

HISTORIA DE LAS NACIONES



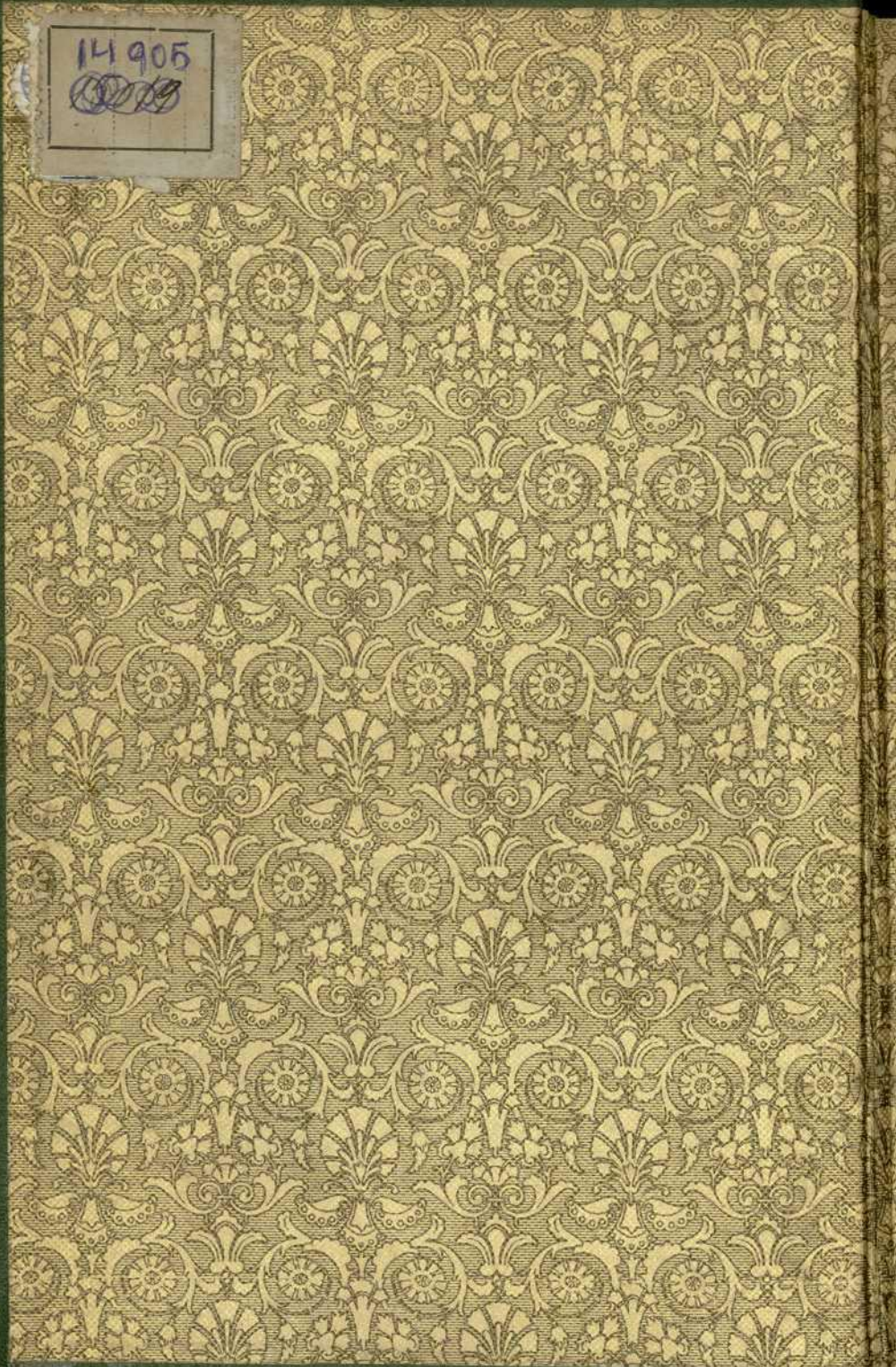
ASIRIA

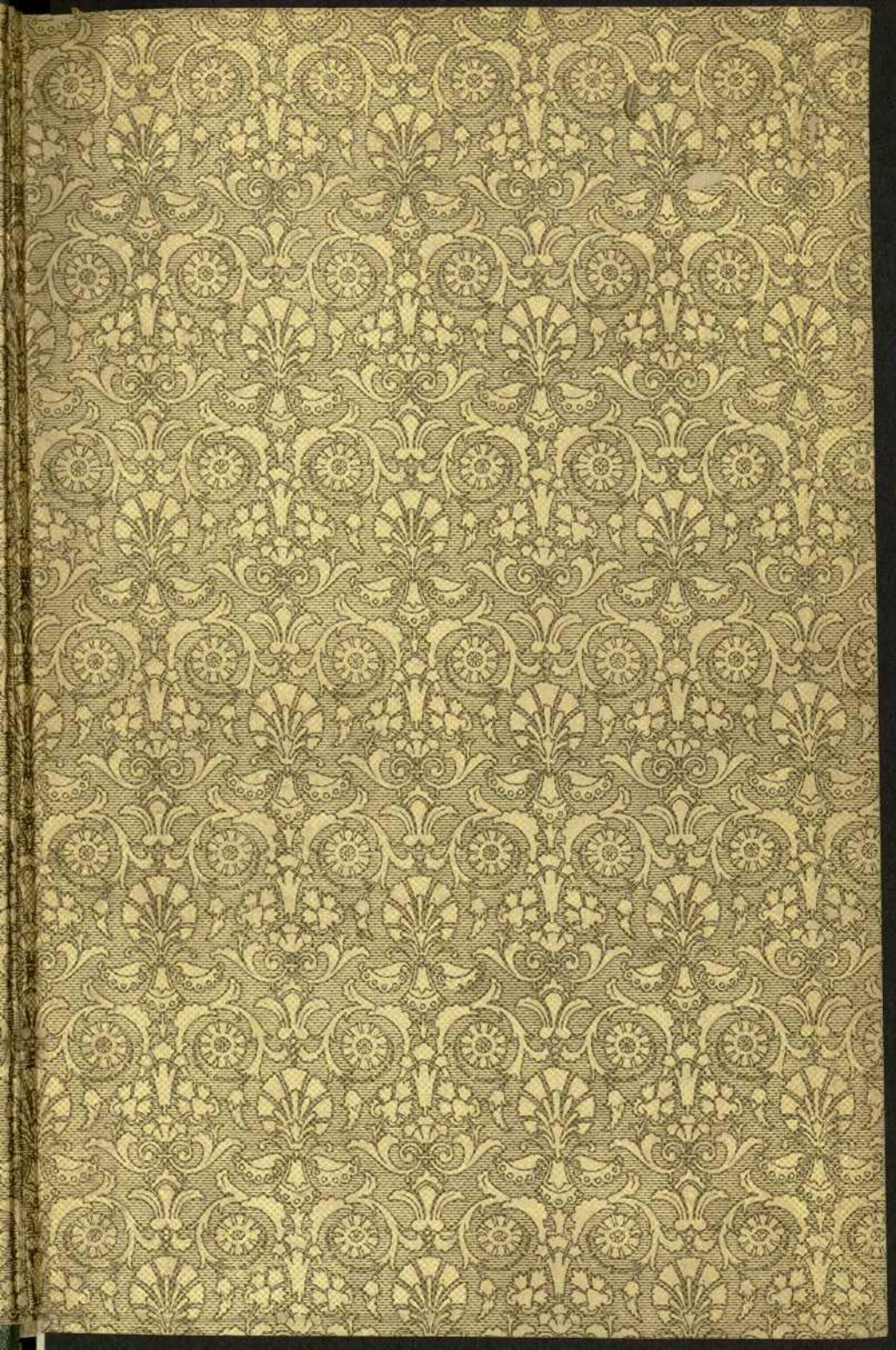
P. Carcedo

905

14905

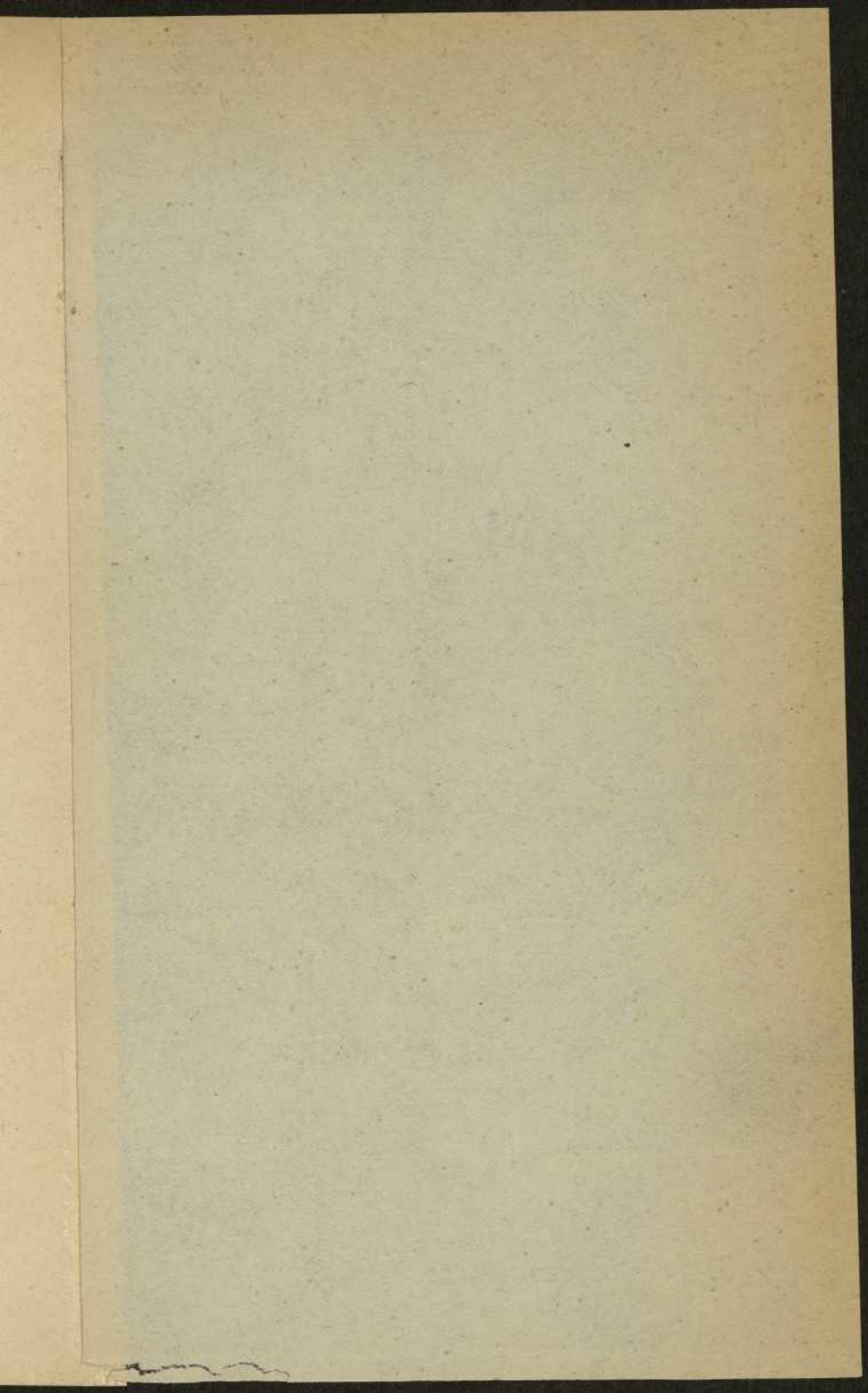
~~14905~~

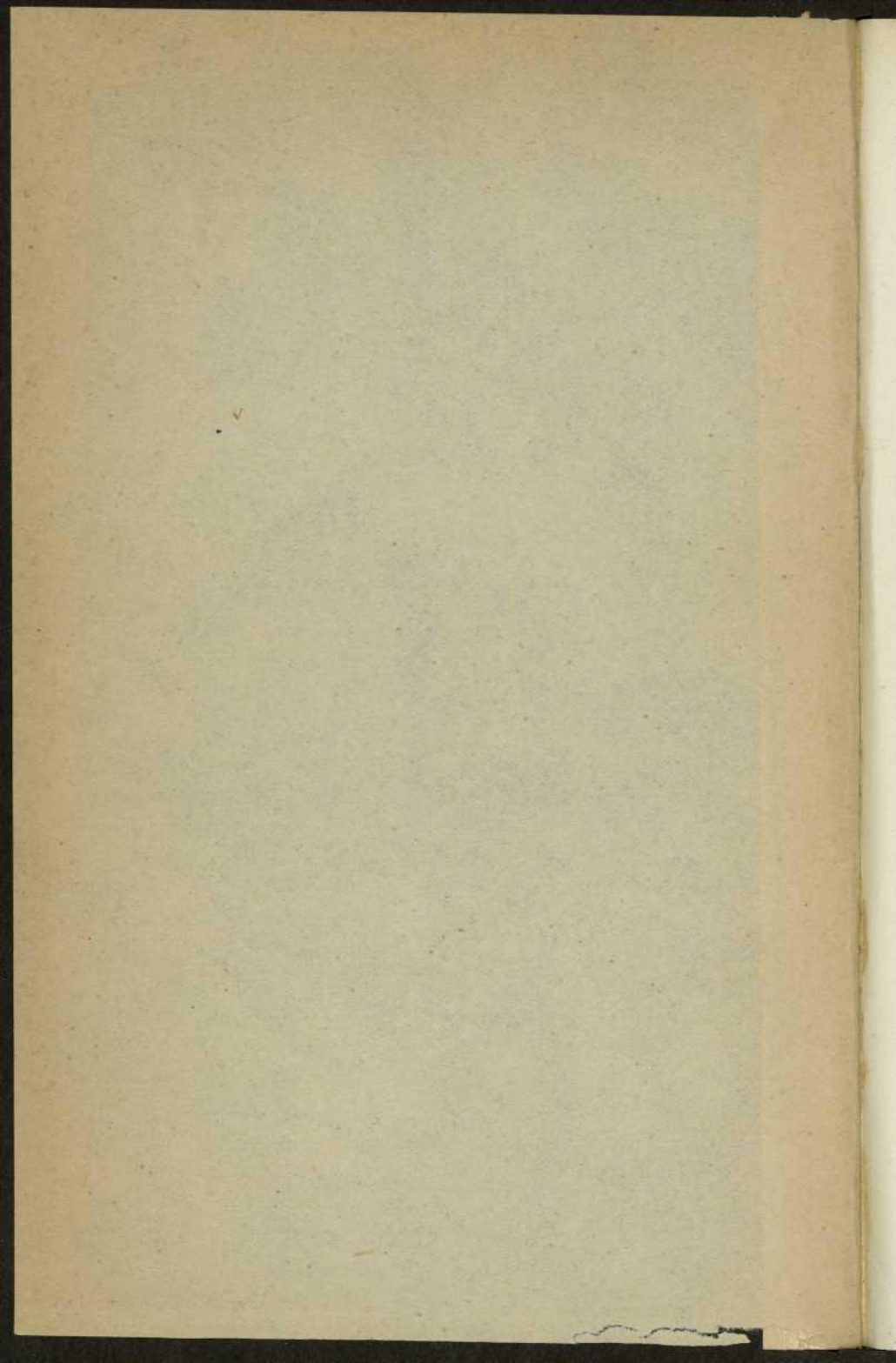




26

227

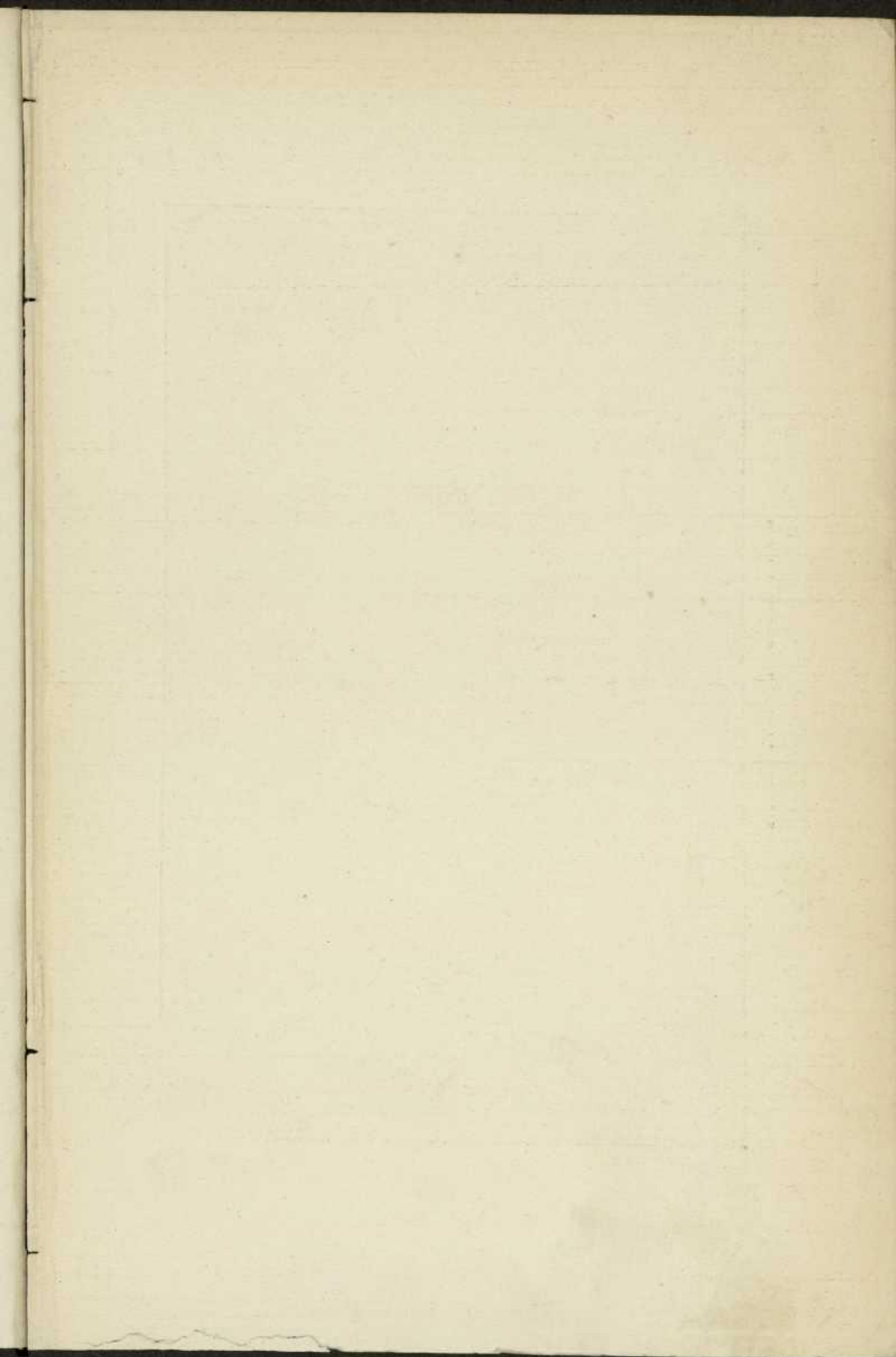


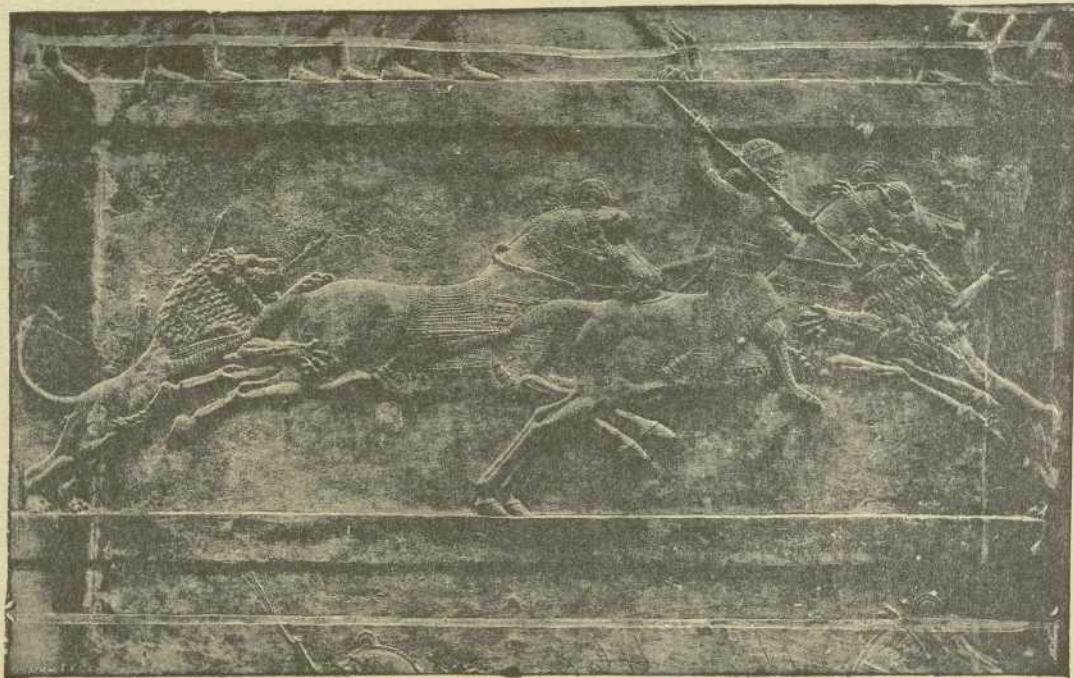


Historia de las Naciones.

ASIRIA.







EL REY ASSHURBANIPAL EN LA CAZA DE LEONES

Je

HISTORIA
DE
ASIRIA

desde el engrandecimiento del Imperio hasta la caída de Nínive

(Continuación de Caldea)

POR

ZÉNAÏDA A. RAGOZIN

DE LA SOCIEDAD ETNOLÓGICA DE PARÍS, DE LA SOCIEDAD ORIENTAL AMERICANA
Y DEL ATENEO ORIENTAL DE PARÍS

VERTIDO DEL INGLÉS POR

D. SIRO GARCIA DEL MAZO

CON PRÓLOGO Y NOTAS

POR

D. MANUEL SALES FERRÉ

CATEDRÁTICO DE HISTORIA UNIVERSAL DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

« Carlyle dice que es parte de su creencia
que la historia es poesía; tal vez está en lo
cierto ». — EMERSON.

« Da mihi, Domine, scire quod sciendum
est ». — IMITACIÓN DE CRISTO.



MADRID
EL PROGRESO EDITORIAL

35 — Calle de la Reina — 35

1890

ES PROPIEDAD.

ÍNDICE GENERAL.

SUMARIO DE LOS CAPÍTULOS.

I

Páginas.

ENGRANDECIMIENTO DE ASSHUR..... 1-41

§ 1. Naturaleza del terreno de Asiria y alrededores de Babilonia.—§ 2. Ruinas primitivas.—Primeras colonias, *Patesis* asirios.—§ 3. Asiria propiamente dicha.—§ 4. Asshur, su origen semítico.—Afinidades religiosas con los Hebreos.—Asshur, dios supremo.—§§ 5-6. Paralelo entre algunos pasajes de las inscripciones asirias y de la Biblia.—§ 7. Diferencias entre las relaciones de la divinidad con los reyes asirios y hebreos.—§ 8. Emblemas de Asshur en los monumentos.—§ 9. El panteón asirio es casi idéntico al de Babilonia.—§ 10. Primeras relaciones entre Asiria y Babilonia.—§ 11. Primera aparición de los conquistadores egipcios en el Asia occidental.—§§ 12-13. Breve ojeada sobre la historia primitiva de Egipto.—Invasión de los Hiksos.—§ 14. Conquistas egipcias en Asia.—Hechos y relaciones.—§ 15. Batalla de Megido.—Primera colisión entre Asiria y Egipto.—§ 16. Los Khetas ó Hittitas.—Su poder y riquezas.—§§ 17-18. Capitales é Imperio hittitas.—§ 19. Larga duración del poder de los Hittitas.—§ 20. Grandeza del Imperio hittita.—§ 21. Religión y artes.—§ 22. Engrandecimiento de Asiria.—Primera conquista de Babilonia.

II

Páginas.

EL IMPERIO ANTIGUO Ó PRIMITIVO. TIGLATH-PILESER I.....	42-67
§ 1. Lagos Van y Urumiah.—§ 2. Tierras de Naïri.—§ 3. Escultura en roca de Tiglath-Pileser I en una de las fuentes del Tigris.—§ 4. Cilindro de Tiglath-Pileser I empleado como texto en asiriología.—§§ 5-6-7. Campañas de Tiglath-Pileser I en la región de Naïri, narradas en este cilindro.—§ 8. Expediciones de este rey hacia el Oeste.—Primera mención de los Arameos.—Influencia política de esta raza.—§ 9. Resumen de las empresas militares de Tiglath-Pileser I.—§ 10. Tiglath-Pileser I, como soberano prudente y magnánimo.—§ 11. Como cazador valiente.—§ 12. Su pasión por la historia natural y la pesca.—§ 13. Desastres de sus últimos años.—Desastrosas expediciones contra Babilonia.—§ 14. Importancia de Tiglath-Pileser I en la historia de Asiria.—Silencio de la historia durante dos siglos.—§ 15. Tiglath-Pileser es el verdadero fundador de la grandeza de Asiria.	

III

LOS DESCENDIENTES DE CANAÁN: SUS EMIGRACIONES. LOS FENICIOS.....	67-104
§ 1. Poderío y grandeza de los Fenicios 1.100 años antes de J. C.—§ 2. Razas cananeas.—«Punt» ó «Puna».—§ 3. Conjeturas sobre sus primeras emigraciones.—§ 4. Habitantes precaneos en Siria y Palestina.—§ 5. Conjeturas sobre ¿quién fué este pueblo?—§ 6. Importancia histórica de los Fenicios.—§ 7. Riqueza y poder de los Fenicios.—§ 8. La <i>púrpura</i> fenicia fué una de las causas del engrandecimiento de este pueblo.—§ 9. Origen de sus descubrimientos marítimos y de su colonización.—§ 10. Sus industrias metalúrgicas.—§ 11. Tarshish.—§ 12. Las «Casitéridas».—Viajes por caminos á través de Francia hasta Inglaterra.—§ 13. Columnas de Melkarth.—Gades.—§ 14. Los Fenicios buscan el <i>ámbar</i> .—Sus viajes á través de Alemania.—§ 15. Sus viajes por el Asia occiden-	

tal.—§ 16. Gran esplendor y poder de Tiro.—§ 17. La pasión por las riquezas constituye el carácter de los Fenicios y determina su misión histórica.—§ 18. Su filosofía y su literatura.—Invenciones originales de los Fenicios.—Carácter de sus artes.—§ 19. Su verdadera importancia histórica como comerciantes.—§ 20. Importancia del comercio en la historia de la civilización.

IV

LOS HIJOS DE CANAÁN: SU RELIGIÓN.—EL SACRIFICIO COMO UNA INSTITUCIÓN.—SACRIFICIOS HUMANOS.....

105-145

§ 1. Materialismo y sensualidad características de las razas hamíticas.—§ 2. Carácter materialista de su religión y su tendencia hacia cierto monoteísmo.—§ 3. Dualismo de las religiones cananeas.—Baal, Moloch y Ashtoreth.—§ 4. Melkarth, el Baal de Tiro.—§ 5. Oscuridad de los mitos fenicios.—§ 6. Ashtoreth y sus diferentes formas.—§ 7. Bosques sagrados en el culto de Ashtoreth-el «asherah».—§§ 8 y 9. Baal y sus diferentes formas.—§§ 10-11. Torturas y vestigios de sacrificios humanos en aquellas religiones.—§§ 12-13. Naturaleza del antiguo sacrificio.—§ 14. Consagración como forma del sacrificio.—El sacrificio para ser perfecto, reclama la destrucción del objeto ofrecido.—§ 15. Condiciones de las víctimas.—§ 16. Los sacrificios humanos como consecuencia lógica de la idea de sacrificio.—Sacrificio de los niños.—§ 17. Sacrificio de los niños como cumplimiento de un deber religioso.—El pueblo judío.—§ 18. Los sacrificios humanos en relación con el concepto de la divinidad.—Tradición fenicia.—§ 19. Confirmación de esta tradición por el sacrificio que ofreció Mesha, rey de Moab.—§ 20.—Tradiciones indias.—§ 21. Tradiciones griegas.—§§ 22-24. Naturaleza grandemente impresionable de los orientales.—Religiones orgiásticas.—§ 25. Sacrificios humanos dedicados á Baal.—Moloch, el Destructor, en épocas de calamidades públicas.—§§ 26-28. Sacrificios de niños en Cartago.—§ 29. Votos.—El *Kerem* judaico.—§ 30. Carácter de las narraciones de Sanconiatón.—§ 31. Relaciones entre la cosmogonía de los Fenicios y la de

la antigua Caldea.—Antiguo culto de Adonis.—Thamuz.—§ 32. Los Kabirim.—§ 33. Los Fenicios llevaron su religión á todas sus colonias.

V

LOS VECINOS DE ASSHUR.—NUEVO ESPLENDOR DEL IMPERIO..... 146-176

- § 1. Renacimiento de Asiria.—§ 2. El «Limmu» y el Canon Epónimo.—§ 3. Estado de los asuntos de Siria.—§ 4. Expansión del pueblo tiro-sidonio.—Philisteos.—§ 5. Israel.—La monarquía hebrea.—§ 6. Tolerancia con la idolatría.—El templo establecido en Jerusalén.—§ 7. Despotismo de Salomón.—§ 8. División de Israel á consecuencia de las abominaciones de Salomón.—§ 9. El abatimiento de Asiria favorece el engrandecimiento de los pueblos vecinos.—§ 10. Nuevas conquistas de Asiria hacia el Norte.—§ 11. El rey Asshurnazirpal.—Sus campañas en la región de Naíri.—§ 12. Su atroz crueldad.—Hace tributarios á los príncipes fenicios.—§ 13. Sus construcciones.—Reedificación de Kalah como segunda capital del Imperio y residencia imperial.—§ 14. Esculturas de su tiempo.—§ 15. Bajos relieves representando cacerías.—§ 16. Terror de «Kaldu» (Caldea propiamente).—§ 17. Los príncipes de Caldea.—Su política y ambición.

VI

SHALMANESER II.—ASSUR É ISRAEL..... 177-223

- § 1. Carácter del reinado de Shalmaneser II.—§ 2. Resumen de sus expediciones militares.—§ 3. Primeras campañas.—§ 4. Primera expedición á Asiria.—La liga de Siria.—§ 5. Alianza entre Ahab, rey de Israel, y Benhadad de Damasco.—§ 6. Batalla de Karkar.—§ 7. Segunda campaña en Siria.—§ 8. Tercera campaña en Siria.—Sumisión de Jehú en Israel.—§ 9. El obelisco negro.—§ 10. La sumisión de Jehú no mencionada en la Biblia.—§ 11. Placas de bronce halladas en Balawhat.—§ 12.

Reposo de Shalmaneser.—Rebelión de su hijo.—Le sucede otro de sus hijos.—§ 13. Ramán-Nirari III.—§§ 14-16. Historia de Semíramis.—§ 17. Incongruencias históricas de esta leyenda.—§ 18. Urartu y los Alarodianos.—§ 19. Grandeza de los reyes de Van.—Sus victorias sobre los Asirios.—§ 20. Decaimiento de Asiria.—Advenimiento de Tiglath-Pileser II.—§ 21. Sus dos nombres, Phul ó Pul y Tiglath-Pileser.—§ 22. Misión del profeta Jonás no mencionada en los monumentos.—Explicación verosímil de este silencio.—§ 23. Fundación de Cartago.

APÉNDICE AL CAPÍTULO VI

LA ESTELA DE MESA EL MOABITA

VII

EL SEGUNDO IMPERIO.—SITIO DE SAMARIA 221-252

§ 1. Engrandecimiento de Asiria bajo el reinado de Tiglath-Pileser II.—§ 2. Carácter político del segundo Imperio.—§ 3. Anexiones; deportación de los turbulentos.—§ 4. Generales jefes de las expediciones militares.—§ 5. Plan de operaciones en el Oeste.—§ 6. Primeras campañas en Caldea, los Zagros y Naíri.—§ 7. Campaña de Siria el año 738 antes de J. C.—Menahén de Samaria tributario.—§ 8. Luchas entre Siria, Israel y Judá.—§ 9. Se aproxima la disolución de Israel.—Ahaz, rey de Judá, solicita alianza con Tiglath-Pileser.—§ 10. Campaña de Siria en 734 antes de J. C.—§ 11. Ataque de Damasco.—§ 12. Campaña contra las grandes ciudades babilónicas § 13. Sumisión de Merodach-Baladan, senor de B't-Yakin.—§ 14. Término del reinado de Tiglath-Pileser II.—§ 15. Shalmaneser IV.—§ 16. Renacen los disturbios en el Oeste.—§ 17. Renacimiento de Egipto.—Shabaka, rey de Etiopia.—§ 18. Planes infecundos de este rey.—Isaías.—§ 19. Revolución de Tiro.—Su sitio por los Asirios.—§ 20. Revolución de Israel.—Sitio de Samaria.

VIII

Páginas.

EL ORGULLO DE ASSHUR-SARGÓN..... 253-297

- § 1. Caída de Samaria y cautividad del pueblo de Israel.—§ 2. Genealogía de Sargón.—§ 3. Su vigorosa política y su administración.—§ 4. Descontento en el Oeste é intrigas en Egipto.—§ 5. Represión violenta contra la Siria.—§ 6. Batalla de Raphia.—§ 7. Sumisión de Tiro.—§ 8. Gran conspiración en Naïri.—Merodach-Baladan, rey de Babilonia.—§ 9. Conspiraciones y represiones generales.—§ 10. Revolución en los distritos medos de los Zagros.—§ 11. Campaña en las fragosidades de Urartu.—§ 12. Expedición á Media.—§§ 13-14. Insurrección popular en Ashdod.—§ 15. Merodach-Baladan se prepara para la lucha con Asiria.—§§ 16-17. Envía embajadores á Hezekiah, rey de Judá.—§ 18. Sargón invade á Caldea.—§ 19. Merodach-Baladan se niega á pagar tributos.—Devastación en Elam.—§ 20. Sargón es invitado á entrar en Babilonia.—§ 21. Toma de Dur-Yakin.—Desaparece Merodach-Baladan.—§ 22. Reparaciones de Sargón.—§ 23. Sumisión de los reyes de Chipre.—§ 24. Luchas y victorias.—§§ 25-27. Construcción de Dur-Sarrukin.—§ 28. Maravillas artísticas en las esculturas del palacio de Sargón.—§ 29. Sumario relativo á la población de la nueva ciudad.—§ 30. Sargón como gobernante y administrador.—§ 31. Invocaciones para la prosperidad y para una larga vida.—§ 32. Sargón muere asesinado.

IX

LOS SARGÓNIDAS.—SENNACHERIB.—(SIN-AKI-IRIB). 298-336

- § 1. La Biblia nos ha hecho familiar la historia de Sennacherib.—§§ 2-3. Carácter general de este reinado.—§ 4. Sus primeras campañas en Caldea.—§ 5. Sucesos de Merodach-Baladan.—§ 6. Campañas contra los Kasshi y contra Ellip.—§ 7. Preparativos para la campaña del Oeste y de Egipto.—§ 8. Hezekiah, rey de Judá, se insurrecciona.—§§ 9-10. Sitio de Lakhish y sumisión de Hezekiah.—§§ 11-12. Embajada de Hezekiah á

Sennacherib.—§ 13. El rey de Judá es alentado por el profeta Isaías.—§ 14. Batalla de Altaku.—§ 15. Sennacherib se ve obligado á la retirada por la epidemia que se declara en su ejército.—§ 16. Segunda campaña de Caldea.—§ 17. Campaña á la región de Nairi.—§ 18. Expedición marítima contra los emigrantes de la costa de Elam.—§ 19. Retirada de Sennacherib.—§ 20. Campaña contra Babilonia.—A cometida de las fuerzas de Elam y Babilonia.—§ 21. Batalla de Khaluli.—§ 22. Inscripción en una roca en Bavián.—§§ 23-24. Saco y destrucción de Babilonia.—§ 25. Breves observaciones sobre la carrera militar y política de Sennacherib.—§ 26. Asesinato de Sennacherib por dos de sus hijos.—§ 27. Reconstrucción de Ninive.—§ 28. Palacio de Sennacherib en Ninive.

X

LOS SARGÓNIDAS; ESSARHADDÓN (ASSHUR-AKHI-IDDIN)..... 337-352

§ 1. Deficiencias de los monumentos relativos á este reinado.—§ 2. «Avisos» de Ishtar y sus «mensajes».—§ 3. Luchas de Essarhaddón en Capadocia.—§ 4. Luchas con la familia de Bit-Yakin.—§ 5. Reconstrucción de Babilonia.—§ 6. Expedición contra «la distante Media».—Derrota de los Cimmericos en el Norte.—§ 7. Campaña de Arabia.—§ 8. Represión de los disturbios de Sidón.—§ 9. Essarhaddón recibe el homenaje de veintidós reyes.—§ 10. Construcción é inauguración de su palacio de Ninive.—§ 11. Revueltas en Siria.—§ 12. Revolución de Tiro, sofocada.—§ 13. Campaña de Egipto.—§ 14. Abdicación de Essarhaddón.—§ 15. Se asocia como virrey de Babilonia á su hijo más joven Shamash-Shumukin.

XI

LA FORMACIÓN DE LA TORMENTA.—LA ÚLTIMA DE LAS CUATRO GRANDES RAZAS..... 353-376

§§ 1-3. Aparición en la escena de la raza aryaana, la última de las cuatro grandes razas.—§ 4. Migraciones de la raza

aryana ó indoeuropea.—§ 5. Sus grandes cualidades.—
 § 6. Aryana —§ 7. Eran y Turan.—§ 8. Los Medos.—
 § 9. Su condición social.—§ 10. Sus excursiones hacia
 el Sureste.—§ 11. No se confundieron con otras razas,
 conservando su origen turano.—§ 12. Migraciones
 aryas hacia las llanuras de Rusia.—§ 13. Los Cimmericios.—Migraciones de los Scithas hacia las llanuras ocu-
 padas por los Cimmericios.—§ 15. El Asia Menor
 poblada primariamente por los Hittitas.—§ 16. Esculturas
 hittitas en Lydia.—§ 17. En Cilicia.—§ 18. En Ca-
 padocia.—§ 19. Lydia y sus antiguas tradiciones.—§ 20.
 La familia de naciones phrygo-tracias.—§ 21. Los
 Cimmericios cruzan el Bósforo y se establecen en el
 Asia Menor.

XII

LA DECLINACIÓN DE ASSHUR.—ASSHURBANIPAL
 (ASSHUR-BANI-HABAL)..... 377-427

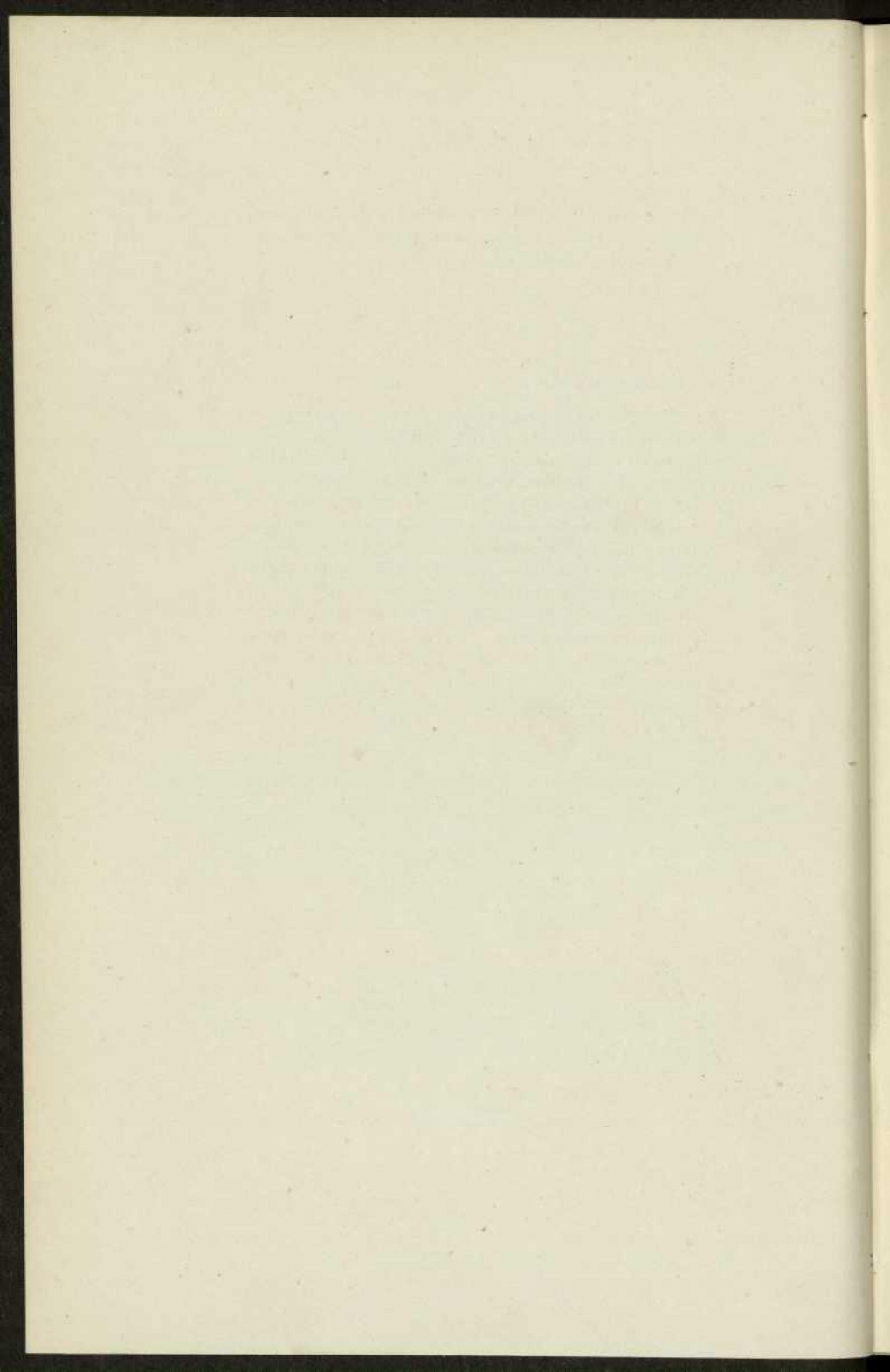
- § 1. Prosperidad de Asiria al principiar el reinado de
 Asshurbanipal.—§§ 2-4. Campaña de Egipto y saco de
 Thebas.—§ 5. Revolución y sumisión de Tiro y Arvad.
 §§ 6-8. Incidente con Gyges, rey de Lydia.—§ 9. Incierta
 cronología de este reinado.—§ 10. Asiria es acometida
 por varios puntos.—§ 11. Peligros por los Scithas del
 Cáucaso.—§ 12. Victorias sobre Gog, rey de Scithia.—
 § 13. Guerras con Elam y Babilonia.—Urtaki, rey de
 Elam, es traidor é invade á Accad.—§ 14. A Urtaki su-
 cede su hermano Teumman: segunda lucha.—§ 15. La
 visión de Ishtar.—§ 16. Batalla de Ulaï y muerte de
 Teumman.—§ 17. Torturas y ejecuciones.—§ 18. Re-
 volución de Shamash-Shamukin.—§ 19. Profecía de un
 adivino.—§ 20. Revoluciones en Elam.—§ 21. Sitio de
 Babilonia y muerte de Shamash-Shamukin.—§ 22. Trai-
 ción de Nabu-bel-zikri.—§ 23. Nuevas revoluciones en
 Elam.—§ 24. Campaña definitiva contra Elam.—§ 25.
 Trágico fin de Nabu-bel-zikri.—§ 26. Pacificación de
 Bit-Yakin.—§ 27. Los trastornos de Elam.—§ 28. Cam-
 paña de Arabia.—§ 29. Triunfo de Asshurbanipal.—
 Tiran de su carro los tres reyes cautivos de Elam.—
 § 30. Incertidumbre en la historia de los últimos años

de este reinado.—Palacio y biblioteca de Asshurbanipal.—§ 31. Las esculturas.—§ 32. Asshurbanipal es el Sardanápalo de los Griegos.

XIII

LA CAÍDA DE ASSHUR..... 428-443

- § 1. Silencio de los monumentos asirios en los últimos años del Imperio.—§ 2. Incertidumbre respecto á los últimos reyes de Asiria.—§ 3. Rápida descomposición de Asiria.—§ 4. Deiokes, fundador de la nueva monarquía.—§ 5. Probable interpretación de esta historia.—§ 6. Los Medos invaden la Asiria.—Phraortes.—§§ 7-8. Kyaxares y la invasión de los Scithas.—§ 9. Los Scithas pasan á Siria.—§ 10. Descripción de los Scithas por el profeta Jeremías.—§ 11. Otra del profeta Ezequiel.—§ 12.—Carácter de la invasión de los Scithas.—§ 13. Medios empleados por Kyaxares.—§ 14. Alianza entre Kyaxares y Nabopolassar, nuevo rey de Babilonia.—§ 15. Sitio y ruina de Nínive.—§ 16. Profecía de Nahun.—§ 17. Lamentaciones del profeta Ezequiel sobre Asshur.—§ 18. Causas inmediatas de la caída de Asshur.



PRÓLOGO.

Ningún pueblo se ha preocupado en el porvenir, ni ha hecho uso de la escritura para perpetuar su memoria, en mayor grado que el pueblo asirio. Pudo el egipcio igualarle, de ningún modo superarle. «Los reyes, dice Ménant, hacían grabar el relato de sus expediciones en stelas ó tablas de piedra, en los prismas ó cilindros que depositaban en los cimientos de sus palacios y de sus templos, detrás de los bajo-relieves que decoraban los pórticos y en los mármoles con que revestían las paredes de sus grandes salas»¹. Un mismo texto se repetía gran número de veces, y con frecuencia se imprimía, para multiplicarlo hasta lo infinito, llevando cada ladrillo de un edificio el nombre y la genealogía del príncipe que lo hacía levantar. Servía maravillosamente á este intento la sustancia que más generalmente emplea-

¹ J. Ménant, *Annales des Rois D'Assyrie*, pág. 1, París, 1874.

ban: la arcilla, esa materia plástica de la Caldea, indestructible al agua y al fuego y que el pico apenas puede hoy arañar. Y por si todas estas precauciones materiales no fueran bastantes para asegurar la duración de sus escritos, agregaban á ellas el prestigio de las influencias morales. Toda inscripción, pública ó privada, por poca que fuese su importancia, empezaba por una invocación religiosa y concluía por imprecaciones terribles contra aquellos que intentaren alterarla ó destruirla.

Y, sin embargo, todo fué en vano. En este movimiento de transformación y renovación universales; llególe al Imperio de Ninive la hora de la caída, y todos aquellos palacios y templos fueron arrasados; sus inscripciones, sepultadas entre los escombros; su lengua y su escritura, olvidadas. Otro Imperio, otros palacios, otra lengua, una nueva civilización, en suma, se levantó sobre las ruinas de la de Asiria, cuyo recuerdo quedó borrado de la memoria de los hombres y su historia suprimida de la historia humana. Hasta el lugar sobre que se asentara Ninive se dió al olvido: por él pasó, unos doscientos años después, Jenofonte con sus Diez mil, sin que se diera cuenta de que pisaba la ciudad que había llenado con su fama el mundo. ¡Quién había de decir á aquellos esforzados conquistadores que de sus expediciones, espanto de los pueblos; de sus construcciones, admiración de los hombres y gloria de los dioses; de aquel Imperio que había avasallado á la Susiana y al

Egipto y dictado la ley al mundo, no habia de quedar, unas generaciones después, ni el más leve rastro en la superficie de la tierra y no más que tenues reminiscencias en la memoria de los hombres. De nada sirvió la inmensa labor de aquellos ejércitos de escribas y grabadores: ni una palabra, que procediese directamente de sus inscripciones, pasó á la posteridad, la cual no ha tenido, durante más de dos mil quinientos años, otras noticias del pueblo asirio y de su civilización que las escasísimas que consignaron sus vecinos los Hebreos, los fragmentos que nos han quedado del caldeo Beroso y las breves páginas que le dedicaron algunos escritores griegos.

Aparte ligeras alusiones puestas en boca de los profetas, del capítulo XV al XIX del libro II de los Reyes, y en los V y XXXIII de los libros I y II, respectivamente, de las Crónicas, se contiene todo lo que nos dicen los libros hebreos del pueblo asirio. Redúcese á unas cuantas notas acerca de las relaciones que mediaron entre ambos pueblos, y que consistieron, casi únicamente, en invasiones llevadas á cabo por los soberanos asirios en los reinos de Israel y de Judá. El mejor elogio que puede hacerse del texto biblico, es que los cinco soberanos que menciona, no seis, como se creia hasta aquí, puesto que recientes investigaciones han mostrado que Phul, el adversario de Manaem, y el gran conquistador Teglathfalasar son uno y el mismo monarca; los cinco soberanos que menciona, repito, se han encontrado

con leves modificaciones de nombre en las listas asirias de los Limnu.

No ceden en importancia al relato biblico los fragmentos del libro que, con el título de *χλδαίικα*, escribió el sacerdote Beroso, hacia la época de Alejandro Magno ó Ptolomeo Philadelpho (336-246), utilizando los documentos cuneiformes que se custodiaban desde tiempo inmemorial en los archivos de los templos de la Caldea. Las dos dinastias asirias que cita, la primera de 45 monarcas y que habría durado 526 años, del 1273 al 747, y la segunda de ocho, cuyos reinados suman 122 años, del 747 al 625, han sido confirmadas por las inscripciones. Esta concordancia hace que miremos con respeto los informes que consigna acerca de la historia de los primeros reyes asirios, mezclada con la de los últimos caldeos.

De muy distinto valor que las dos anteriores son las fuentes griegas, cuyos informes no pueden aceptarse sino con gran reserva. Baste decir que los Griegos no entraron en relación con Asiria sino mucho tiempo después de la caída de Ninive, y es dudoso que supiesen leer la escritura cuneiforme, cuyos elementos se han descifrado en nuestros días. Las noticias que recogieron de boca de los Medos y de los Persas habian sido ya desnaturalizadas por la fantasia de algunas generaciones, y ellos acabaron de viciarlas con su poderosa inventiva é imaginación fácil. Solamente así se explica que Moisés de Khornea tomara una lista de nombres de ciudades por

los primeros reyes de Asiria, y que Ctesias nos dé como real la fabulosa historia de los personajes míticos Nino y Semiramis, que Diodoro no se hizo escrúpulos de consignar en el libro II (1-23) de su *Biblioteca Histórica*. Aquel mismo famoso Sardanápalo, afeminado y voluptuoso, que habría perecido en las llamas á la ruina de Ninive, aunque calcado sin duda en un tipo asirio, no ha podido ser referido á ningún nombre, no conviniéndole ni el de Assurnirar, en que se fijó F. Lenormant, uno de los soberanos que reinaron durante el eclipse que sufrió la estrella de Ninive después de Ramán-Nirari III, muerto en 782, ni el de Assur-edil-ili, que destronaron Medos y Babilonios coligados. Ragozin lo identifica con Assurbanipal, penúltimo de los soberanos de Asiria ¹.

En lugar aparte hay que poner á dos escritores griegos: Ptolomeo, cuyo canon menciona dos reyes, Sargón y Assarhaddón, de identificación obvia, y Herodoto, cuyas indicaciones deben acogerse con gran respeto. Lástima grande que este último sea tan parco en noticias y, sobre todo, que se perdiera la historia de Asiria á la que alude en el primero de sus Nueve Libros (106 y 184), y en la que, sin dejar de hacerse eco de las leyendas que corrian en su tiempo, narraría con todo género de detalles la caída de Ninive y el embellecimiento de la capital de la Caldea, cuando menos.

¹ *Hist. ant. de L'Orient*, continué par E. Babelon, t. IV, p. 213. Paris, 1885.

A esto se reducen, en suma, los informes que pasaron á la posteridad acerca del pueblo asirio. Y ocurrió que, como se carecía de base y criterio para distinguir las fuentes verdaderas de las falsas y las primeras daban tan poco asunto, se aceptaron como reales los maravillosos relatos de Ctesias, y las historias de Nino y de Semiramis han constituido, á pesar de su inverosimilitud, lo principal de la historia de Asiria hasta este siglo.

No cabe duda que con el tiempo se agrandan las dificultades para reconstruir la historia de un pueblo muerto y olvidado; mas tales recursos puede atesorar una civilización remota, que venza las dificultades que las próximas no pudieron salvar. Tal ha sucedido en el caso presente. Aquel pueblo asirio, muerto para los Griegos, para los Romanos, para los Árabes, para los Europeos, acaba de salir de sus tumbas, volviendo á la vida no oscuro y medio desvanecido entre sombras, sino radiante de luz, con su mismo carácter, con su propia fisonomía, merced al mágico genio del siglo xix.

De principios de este siglo, en efecto, datan las primeras tentativas para descifrar los signos cuneiformes, de los cuales habian llegado un pequeño número á Europa, desde aquellos cinco que Pietro de la Valle envió desde Schirar al jesuita Kircher en Roma, el 21 de Octubre de 1621, y que fueron los primeros conocidos en el Occidente. El 4 de Septiembre de 1802, G. F. Grotefend daba cuenta á la

Academia de Gottinga de un alfabeto cuneiforme, que habia logrado construir á costa de pacientísimo trabajo, acompañado de portentos de intuición: fué acogido con general desconfianza, que el tiempo justificó por cierto; pues de todos los valores que habia fijado, sólo ocho han sido confirmados por los estudios posteriores. Desde entonces, esta rama de los conocimientos humanos solicitó de dia en dia la atención de mayor número de doctos. En el curso del año 1836, tres asiriólogos, el alemán Lassen, el francés E. Burnouf y el inglés G. Rawlinson, cónsul de Inglaterra en Bagdad, trabajando separadamente y sobre materiales distintos, llegaron á un mismo resultado, publicando cada uno un alfabeto casi idéntico al de los otros dos. Con esto, habiase hallado la clave de la escritura cuneiforme aria ó persa; faltaba la de la escritura cuneiforme anaria ó asiria, cuya dificultad estribaba en ignorarse el idioma que contenia. Este descubrimiento surgió del monumento que acababa de traducir Rawlinson: era la célebre inscripción trilingüe de Dario grabada en la roca de Behistun, á una legua al Norte de Kirmanschah, en el camino que seguian antiguamente los ejércitos que partian de la Persia á la conquista de la Mesopotamia. Observóse, en efecto, que el texto de la tercer columna estaba redactado en el mismo sistema de escritura que las inscripciones recogidas á orillas del Tigris y del Éufrates; señal inequívoca de que el uno y las otras contenian la misma lengua.

Por comparación con el texto persa, no fué difícil leer en la columna asiria los nombres propios del idioma ario, que eran 90, y por este procedimiento se averiguó que la lengua asiria era semita. Desde entonces, la esfinge cayó de su pedestal hecha pedazos; la ciencia de la escritura cuneiforme adelantó á pasos de gigante, y, por natural consecuencia, la facilidad de leer los textos sugirió el deseo de emprender excavaciones en las llanuras mesopotámicas, para descubrir los restos de los antiguos Imperios de Asiria y Caldea.

Inauguró estos trabajos, hacia el año 42 de este siglo, el cónsul de Francia en Mosul, Botta, quien, después de tentativas poco fructuosas en los montículos de Coyundjik, se trasladó á la aldea de Khor-sabad y desenterró el famoso palacio que Sargón se había hecho construir fuera de Ninive, llamado *Dur Sharrukin*, «Castillo de Sargón». Los grandes toros alados, con cabeza humana, y los numerosos relieves representando escenas de guerra y cacerías, fruto de estas exploraciones, decoran hoy la sala asiria del Museo del Louvre. Á la noticia de estos descubrimientos, el gobierno inglés, no sin vacilaciones y aplazamientos, comisionó en el año 46 á Enrique Layard, quien sentó sus reales en los montículos de Nimrud y excavó los inmensos palacios, ennegrecidos aún por el humo, de la que había sido segunda capital del Imperio asirio, Kalah. Animado con tan felices resultados, y habiendo sido Botta

trasladado, en el interin, á Jerusalén, á consecuencia de la revolución del 48, Layard reanudó en Co-yundjik las excavaciones que aquél había empezado, teniendo la fortuna de descubrir el palacio de Senna-querib, embellecido y agrandado por Assurbanipal, y el emplazamiento de Ninive. Los tesoros de inscripciones y de obras de arte que envió á Londres, sugirieron la idea de fundar el Museo Británico. Desde entonces, las antigüedades asirias han quedado como patrimonio de los arqueólogos ingleses. Rawlinson, Taylor, G. Smith y el incansable Hormuzd Basam han seguido explotando las ricas minas abiertas por Layard, enriqueciendo el Museo Británico con tales maravillas que hacen de él, en punto á lo asirio, el primer museo del mundo. Aunque todavía quedan vastos espacios que explorar; aunque no ha podido obtenerse aún permiso para excavar el montículo de Nebbi-Yunus, donde está enterrado el suntuoso palacio de Esarhaddón, son tantos y de tal importancia los monumentos descubiertos, que se ha podido reconstruir casi por entero, sin más que insignificantes lagunas, la historia del pueblo asirio, y no sólo en los rasgos generales, sino en los detalles más íntimos de la vida pública y privada.

Porque las inscripciones halladas no tienen cuento, y se refieren á todas las ramas en que aquel pueblo desplegó su actividad; y allí donde no llega la inscripción, alcanza el relieve. Con estas dos fuen-

tes á la vista, podemos seguir la formación, engrandecimiento y vicisitudes del Imperio asirio en todas sus relaciones y aspectos: el político, el militar, el religioso, el jurídico, el científico, el literario, el artístico y hasta el folklórico, caminando siempre sobre documentos inmediatos de autenticidad indubitable, donde es fácil de conocer la frase del discurso ó el trazo del buril que se deslizaron por consejo de la lisonja ó del amor propio. Clasifícanse los hechos con admirable precisión, hallándose datados del día, mes y año del soberano respectivo, cuyo reinado tiene señalado su lugar en la cronología general. Sin exageración de ningún género podemos decir, que hoy conocemos el pueblo asirio con más verdad que el griego ó el romano, y con tanta, por lo menos, como cualquier Estado europeo del siglo pasado.

Prueba de ello es la presente HISTORIA DE ASIRIA, escrita por Zénaïde A. Ragozin, donde por la abundancia y precisión de los hechos, por la gran verdad de los actores, por el vivo colorido del relato, nos parece que estamos leyendo la historia de algún Estado contemporáneo, y si no fuera por los nombres propios, tengo para mí que la ilusión sería completa. Bien es verdad que M. Ragozin reúne cualidades excepcionales de historiador: profundo estudio de las fuentes, penetración poco común, gran sentido del detalle, raro talento de composición y genio poético no escaso, con el que infunde como un soplo de vida

á la narración y hace interesantes las partes más áridas de la historia, cuales son los periodos de decadencia. Siempre que puede, cede la palabra á los actores, con lo cual gana el texto en verdad, variedad y belleza. Con dificultad se habrá escrito relato donde se hermanen tan intimamente el interés de la novela y la verdad de la historia. No contribuye poco á este raro resultado la composición, que no vacilamos en calificar de obra maestra. Al rededor del pueblo asirio, que es la figura principal del cuadro, van desfilando todos los pueblos con los cuales entró aquél en relación, retratados con escrupulosa fidelidad y ocupando cada uno el lugar proporcionado á su importancia. No es la historia de Asiria, es la historia del mundo durante la hegemonía de Asiria, contada con arte singular, la que se desarrolla en las páginas de este libro.

Su carácter es principalmente narrativo. Conforme al título general que lleva la obra, *Historia de las Naciones*, Ragozin ha dedicado atención preferente la vida política de Asiria, no tratando de sus instituciones ni de sus costumbres sino cuando entran como factores en el curso de los sucesos. Así, ni la etiqueta de palacio, ni el gobierno y administración, ni las leyes, ni la literatura, ni las habitaciones, muebles y trajes, ni el género de vida, nada de esto se estudia en particular, porque no se trata de una historia de la civilización. Esta omisión, por lo mismo que es voluntaria, consecuencia del plan, no pue-

de calificarse de defecto ni siquiera de vacío ; sin embargo, por el gran interés que inspiran hoy estos aspectos de la vida, les dedicamos algunas notas¹, que podrán satisfacer la curiosidad del lector, pero que no acrecentarán el mérito de obra tan magistralmente concebida y desempeñada.

Sevilla 22 de Mayo de 1890.

MANUEL SALES FERRÉ.

¹ Distinguimos estas notas de las citas del Autor, añadiendo al final de cada una: (*N. de S. F.*)

HISTORIA DE ASIRIA.

I.

ENGRANDECIMIENTO DE ASSHUR.

1. En el adjunto mapa de Asiria, trazado escrupulosamente, puede verse, bastante al Norte de la ciudad de Accad ó Agadè, una clara línea de puntos, muy ondulada, que cruza el valle común de los dos rios, desde His ó Hit, en el Éufrates—lugar célebre por sus inagotables pozos bituminosos—hasta Samarah, sobre el Tigris. Esta línea señala el comienzo de los fértiles y húmedos terrenos de aluvi6n, debidos á los rios, y es al mismo tiempo el limite natural de Babilonia, al Norte. Detrás de ella, la tierra, aunque llana todavia, no sólo se va elevando hasta encontrar las cumbres de piedra caliza del Sinjar, sino que es de formaci6n y aspecto de todo en todo diferentes: seca y yerma, apenas se distingue, bajo este aspecto, del contiguo desierto sirio, y sólo con un sistema de riegos bien entendido habrá podido hacersele producir en otro tiempo, excepto en las inmediaciones de los rios. En lo que esta comarca se ha convertido des-

pués de muchos siglos de incuria y abandono, ya lo hemos visto ¹; en condiciones idénticas debió hallarse antes de la época en que, merced á los esfuerzos de una civilización poderosa, perdiera su natural aridez y se cubriera de ciudades y casas de labor; y es probable que por espacio de gran número de siglos, al Sur de la línea del aluvión hubiese, lo mismo que al Norte, un vasto territorio, no ocupado de hecho por nadie, el cual serviría de refugio á algunas tribus nómadas, no clasificadas y de nombre desconocido, por que Agadè es la más septentrional de las ciudades accadienses importantes de que se tiene noticia.

2. Sin embargo, algunos exploradores se dirigirían hacia el Norte, en tiempos relativamente remotos, siendo seguidos á intervalos por una corriente más continua de emigrantes, arrojados tal vez de sus ciudades populosas de Accad por las molestias y opresión subsiguientes á la gran invasión y conquista elamitas. Como quiera que sea, cerca de la actual aldea de Kileh-Shergat, á la orilla derecha del Tigris, existen las ruinas de una ciudad cuyo primitivo nombre accadiense de Aushar, que parece significar «llanura bien regada», se convirtió en el de Asshur; esta ciudad, como las antiguas caldeas, fué gobernada por reyes-sacerdotes—*patesis*—². Vense allí restos de templos, construidos de ladrillos, en los cuales se leen los nombres de Ishmi-Dagan y de su hijo Shamash-Ramàn, citados por un rey posterior, de tal modo que parece debieron existir hacia el año 1800 antes de J. C. Semitas fueron los colonos que allí se asentaron y crecieron rápidamente, desparramándose por el Norte y poblando la región, poco extensa pero

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 6-7, y cap. II de la Introducción.

² *Story of Chaldea*, pág. 203 y 235.

fértil, situada entre el Tigris, los varios rios que le tributan sus aguas y las primeras alturas de los montes Zagros; el nombre de su primera ciudad se aplicó á todo el territorio que ocupaban, y con él se designaron á sí mismos. «Fueron el pueblo de Asshur»; su tierra fué «la tierra de Asshur»; y no transcurrieron muchas centurias sin que sus vecinos, al Norte y Sur, de Oriente y Occidente, tuvieran poderosos motivos para conocer y temer este nombre. El oculto rincón de que hablamos, sumamente circunscrito, pero situado en excepcionales condiciones desde el punto de vista de la defensa y ventajas naturales, puede considerarse como la cuna del gran Imperio asirio, donde la joven nación construyó sus primeras ciudades; especie de fortaleza, en la cual, por espacio de muchos años, se mantuvo fiera é independiente, dando pruebas graduales de su carácter especialmente vigoroso y agresivo y cobrando alientos para empresas más altas en luchas continuas, aunque de escasa importancia, con las errantes tribus circunvecinas del monte y la llanura.

3. Por lo tanto, este pequeño distrito de algunas millas cuadradas—con sus tres grandes ciudades de Kalah, Ninive y Arbela, y otra cuarta, Dur-Sharrukin, fundada muy posteriormente—es la región conocida de los antiguos con los nombres de Aturia ó Asiria propia, á la cual se alude en el cap. X del Génesis. En la época de su mayor expansión, sin embargo, el nombre de Asiria—«tierra de Asshur»—comprendía un territorio mucho más vasto, esto es, todo el espacio situado entre ambos rios, desde las montañas de Armenia hasta los terrenos de aluvi6n, lo que da una longitud de 350 millas por una anchura que variaba, entre el Tigris y el Zagros, de 170

á 350 millas. «Su área no bajaba probablemente de 75.000 millas cuadradas, siendo superior á la de las provincias alemanas de Austria ó Prusia, más del doble que Portugal y no mucho menor que la Gran Bretaña. Asiria, pues, por su misma extensión, se vió llamada á desempeñar un papel importante en la historia, con tanto más motivo cuanto que, en el período de su apogeo, casi ninguna de las naciones con que estuvo en contacto, tenía un territorio tan dilatado ¹».



CABEZA ASIRIA.

4. Que Asshur, que el cuadro bíblico de las naciones coloca la segunda entre las de origen semita, procede, en efecto, de esta rama, es cosa que nunca se ha puesto en duda. La notable semejanza del tipo asirio con el hebreo sería casi razón suficiente para establecer el parentesco de ambos pueblos, aunque las lenguas habladas por ellos no demostraran lo mismo. Pero los vínculos que ligan á Hebreos y

Asirios son más fuertes y se manifiestan en ciertas tendencias espirituales que tienen su expresión en la religión nacional, ó, hablando con más propiedad, en la modificación esencial que introducen los Asirios en el culto babilónico, que, por otra parte, aceptan totalmente, tal y como lo llevan de las comarcas del Sur. De igual manera que sus hermanos los Hebreos, llegan á la percepción de la unidad de Dios; pero mientras los profetas hebreos se mantuvieron inflexi-

¹ Rawlinson, *Five Ancient Monarchies*, tomo I, pág. 227 (edición de 1862).

bles en su monoteísmo, que logran imponer al pueblo recalitrante con un fervor y una energía superiores á toda resistencia y recaída, los sacerdotes asirios se proponen reconciliar la verdad, imperfectamente entrevista por ellos, con las antiguas tradiciones y el sistema religioso establecido. Conservan el pantheon babilónico completo, con su teoría de las emanaciones sucesivas, sus dos grandes triadas, sus cinco divinidades planetarias y el cortejo de dioses inferiores; pero á la cabeza de todos y por encima de ellos colocan el Dios único y Señor, que conocen como supremo y no «se lo representan de un modo vago é incierto y como envuelto en sombras; le individualizan clara y distintamente, dándole un nombre; le llaman Asshur; y sea que este nombre se aplicara al dios antes que á la ciudad, ó á la ciudad antes que al dios, y al pueblo y al territorio después que á uno y otra — cuestión muy discutida — queda como cierto un hecho de la más alta importancia, y es á saber, que los Asirios se identifican con su dios nacional, se consideran como «su pueblo» y se creen bajo su especial protección y dirección, así en la paz como en la guerra ¹. El nombre de Asshur encabeza casi siempre las listas de los «grandes dioses», que se invocan, por regla general, ya solos, ya con sus «grandes y exaltadas consortes», al comienzo de largas inscripciones. He aquí la invocación con que principia una de las más célebres, donde Tiglah-Pileser I,

¹ Esto, que en el texto aparece como peculiar del pueblo asirio, fué común en la antigüedad á todos los Estados, sin exceptuar ninguno, lo mismo en Oriente que en Grecia y Roma. Toda tribu, toda ciudad tenía su dios, que vivía con el pueblo, velaba por su bienestar, le acompañaba á todas partes, siendo su jefe, su guía, su protector. Los dioses antiguos eran más terrenales que celestes, y vivían en íntima unión con su pueblo. Pero la existencia de este dios nacional, como

rey poderoso y primer gran conquistador asirio, narra algunas de sus campañas: «*Asshur, el gran señor que rige el ejército de los dioses*, que, dotado de cetro y corona, gobierna la monarquía;—Bel, el señor, el rey de todos los Annunaki¹, padre de los dioses, señor de las naciones;—Sin, el prudente, señor de la corona, el exaltado en luminoso resplandor;—Sasmash, el juez de cielo y tierra, que ve los malvados pensamientos de los enemigos...—Raman, el impetuoso, que anega el territorio de los enemigos, sus haciendas y sus casas;—Nineb, el fuerte, que destruye á los malhechores y á los enemigos y deja que los hombres hablen lo que sus corazones desean;—Ishtar, la hija primogénita de los dioses, fiera en la pelea;—vosotros, grandes dioses, gobernadores del cielo y de la tierra, cuyo choque es batalla y destrucción, que habéis exaltado el trono de Tiglath-Pileser, el grande, el amado de vuestros corazones», etc, etc. Más de una vez tendremos que recordar esta inscripción. Por ahora basta el anterior extracto para mostrar la precedencia y supremacía incuestionables de Asshur.

5. Con frecuencia también se le menciona solo. De hecho, siempre que cualquier rey da cuenta de alguna expedición, empresa ó acto público suyo de importancia, los refiere á Asshur, como Dios supremo y genuina representación nacional, subordinándolos

diríamos hoy, no excluía la de otros inferiores. Cuando una tribu ó ciudad entraba en relación con otras por el comercio ó la conquista, aceptaba por lo regular, aunque relegándolos á segundo lugar, todos ó algunos de sus dioses, los cuales, lejos de hacer sombra al suyo, lo enaltecían á dios de dioses, dios supremo, ora quedasen independientes y como en cierta anarquía, ora se los subordinase al supremo, según el genio más ó menos monoteísta del pueblo en cuestión.—*(N. de S. F.)*

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág 250; *Five Monarchies*, tom. I, pág. 300.

á su servicio ó ley ó mandato directo ó inspiración. Y aquí otra vez, como observa con exactitud Mr. George Rawlinson, los Asirios patentizan su parentesco con los Hebreos que, por igual manera, justifican todos sus actos públicos, desde el saqueo en los países vencidos hasta el exterminio de los prisioneros, con el servicio y mandato de Yaveh (Jehovah). Los reyes asirios nunca se olvidan de atribuir sus victorias y conquistas á Asshur, cuyo emblema les precede en el combate (fig. 1.^o), coronando sus estandartes. Podemos citar á este propósito dos ó tres frases consagradas que se repiten constantemente: «La majestad de Asshur, mi señor, los aterra; vienen y me besan los pies»; ó «el miedo de Asshur abate á los enemigos, que se cogen á mis pies»; ó «el miedo terrible de Asshur, mi señor, les invade y se cogen á mis pies». Estas citas corresponden á reinados y siglos muy distantes entre sí y podrían multiplicarse al infinito, reproduciendo exactamente la expresión bíblica: «Yaveh los puso en sus manos», ó «la fama de David se extendió por todo el mundo y Yaveh llevó el temor de su nombre á todas las naciones». Las expediciones dirigidas contra los territorios comarcanos ó encaminadas á someter á los rebeldes, «se emprenden por orden directa de Asshur ó de Asshur y «los grandes dioses», y tienen por objeto propagar sus leyes ó castigar «á aquellos que no guardan sus juramentos á los grandes dioses», ó «hacen alarde de la dureza de sus corazones y desobedecen á Asshur, el dios, mi creador». Así Tiglath-Pileser I dice en la inscripción antes mencionada: «Asshur y los grandes dioses que han exaltado mi trono, dotándome de valor y poder, *me mandaron ensanchar los límites de su Imperio y pusieron en mis manos sus*

armas poderosas, el aliento de las batallas: tierras, montañas, ciudades y reyes *se humillaron á Asshur*; venci y conquiste sus reinos». Otro monarca representa á Asshur y á los dioses como hablándole por medio de un mensaje directo: «Entonces elevé mis manos á Asshur, Sin, Shamash, Bel, Nebo, Nergal, Ishtar de Ninive é Ishtar de Arbela. Los dioses aceptaron mi oración. En su gracioso favor me enviaron un mensaje para alentarme: ¡Vé, nada temas! ¡So-



ESTATUITAS DE TIERRA COCIDA, REPRESENTANDO AL DIOS NEBO.
(Se hallan en el Museo Británico.)

mos contigo! ¡Protegeremos tu expedición!» Estas expresiones traen forzosamente á la memoria pasajes bíblicos como el siguiente: «Y el Señor dijo á Joshua (Josué): alza el broquel que tienes en tu mano hacia la ciudad de Hai, porque te la entregaré» (libro de Josué, VIII, 18), y más aun este otro, que se repite á menudo con escasas variantes: «Y David preguntó á Dios: ¿Voy contra los Philisteos? ¿Los pondrás en mis manos? Y el Señor le contestó: vé, porque los pongo en tus manos... David entonces hizo lo que

Dios le mandaba y pasó á cuchillo el ejército de los Philisteos» (libro I de los Reyes, XXIII).

6. Además, cuando los reyes asirios someten á los vencidos, sean individuos ó pueblos, á un tratamiento más cruel que el ordinario, invocan su celo religioso, vanagloriándose de cumplir fielmente las órdenes directas de Asshur y los grandes dioses de Asiria. «Se rebelaron contra mí», dice Assurnazirpal, aludiendo al pueblo de Accad, al de Aram y otros, «y obedeciendo lo dispuesto por Asshur, Belit y los grandes dioses, mis protectores, los pisoteé». En seguida refiere que

en una expedición anterior había cortado la cabeza á su enemigo cautivo, el rey de Elam, «pormandato de Asshur». Respecto de los rebeldes de Accad,



TORMENTO DADO Á LOS PRISIONEROS DE GUERRA.
(Representación asiria, según Layard.)

se jacta de que «á aquellos que profirieron maldiciones contra Asshur, mi dios, y maquinaron en contra mía, que soy el príncipe, su adorador, les ha sido cortada la lengua» (forma común de tortura representada muy á menudo en los bajo-relieves); en cuanto al resto, los hizo arrojar vivos, en gran número, á un pozo profundo ó zanja, abierta en medio de la ciudad, entre los leones de piedra y los toros de las puertas del palacio, después de mutilarlos, «para que sus miembros sirvieran de pasto á los perros, osos, águilas, buitres, á las aves del cielo y á los peces del mar». Con esto, añade con reli-

giosa complacencia, «satisface la voluntad de los grandes dioses, mis señores». Y cuando más adelante refiere que á otro jefe cautivo se le custodia sujeto á una cadena en unión de varios perros en la gran puerta que hay en medio de la ciudad, dice que con esto se propone «cumplir la ley de Asshur y de los grandes dioses, mis señores». No se expresan de otro modo los Judíos en los anales de sus guerras y conquistas. Los Hebreos son impulsados, en nombre del Señor, por sus jefes y sacerdotes, á pasar al filo de la espada á los pueblos vencidos, para preservarse del contagio de sus religiones idólatras. «Entonces saldréis de la emboscada y caeréis sobre la ciudad que el Señor os entregará; y cuando la hayáis tomado, la reduciréis á cenizas, *de conformidad con el mandato del Señor*» (Joshua, VIII, 7-8). Quizás la ocasión más memorable es aquella en que Saúl pierde la corona y el favor de Dios por perdonar la vida á Agag y no haber degollado todas sus reses. El profeta Samuel envía á Saúl contra los Amalekitas y empezando por decir: «Asi habla Yaveh Shebaoth» (el dios de los ejércitos), continúa: «Vé ahora y aniquila á Amalek y destruye cuanto tiene y no perdones nada ni á nadie, *sino degüella á los hombres y á las mujeres, á los infantes y á los niños de teta*, bueyes y carneros, camellos y asnos». Saúl, en efecto, ataca á los Amalekitas y los pasa al filo de la espada, pero perdona al rey Agag, que es cogido vivo, y no sacrifica las mejores cabezas de su ganado. Samuel entonces exclama, dirigiéndose á Saúl: «has despreciado la palabra del Señor y el Señor te despoja de la corona de Israel». En seguida, ordenando que trajesen á Agag, *Samuel lo despedazó delante de Yaveh* (libro I de los Reyes, capítulos XV y XXIII).

7. Pero si Hebreos y Asirios atribuyen todos sus actos militares á las órdenes de la divinidad, bajo cuya dirección se creen, el inmenso poder así creado se encarna en distinta institución en unos y otros.



PINTURA MURAL ASIRIA.

Entre los Hebreos, estuvo por completo en manos de los profetas y sacerdotes, y aun después de establecida la monarquía, gozan los reyes de escasa autoridad. No eran éstos más que los instrumentos, casi

podemos decir los servidores, de los sacerdotes y profetas, que los elegían, ungían y deponían cuando no se mostraban bastante sumisos. El acto mismo de ofrecer sacrificios públicos á la divinidad era uno de los privilegios sacerdotales, y Samuel reprocha acerbamente á Saúl el haber hecho un sacrificio por sí mismo (libro I de los Reyes, XV). Las cosas ocurrieron muy de otro modo en Asiria. El rey fué siempre

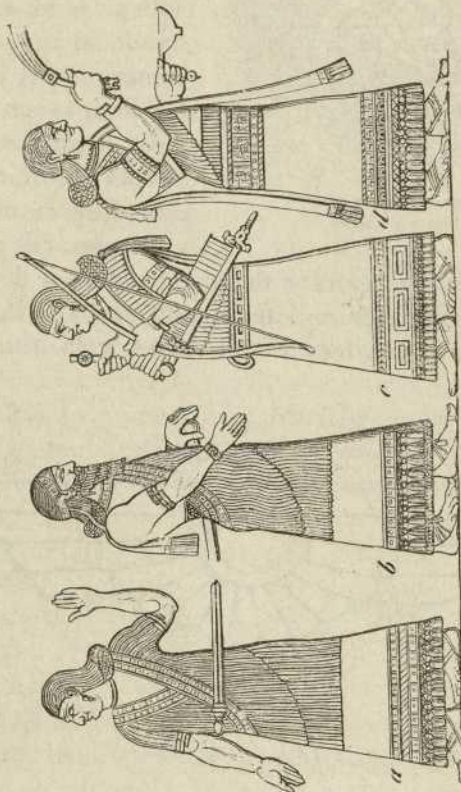


REYES ASIRIOS EN TRAJE DE GUERRA.

el sacerdote, el *patesi* de los tiempos primitivos. Algunas veces se denomina á sí mismo «alto sacerdote de Asshur», pero sólo de Asshur, el dios supremo. El rey en la tierra es el representante del soberano en el cielo. El dios nacional y el caudillo nacional constituyen juntos la grandeza y la salvaguardia del Estado: se comunican directamente y nadie puede interponerse entre ellos. Los monumentos nos proporcio-

nan pruebas amplisimas y concluyentes de esta estrecha unión.

8. En las escenas esculpidas que representan incidentes de la vida de algún monarca — cuya persona se reconoce siempre por sus suntuosas vestiduras,



alta escofieta é imberbes acompañantes — vemos frecuentemente encima ó precisamente enfrente del rey un objeto singular: es las más de las veces una figura humana que termina en un apéndice con plumas, semejante á la cola de un ave — la paloma, según se

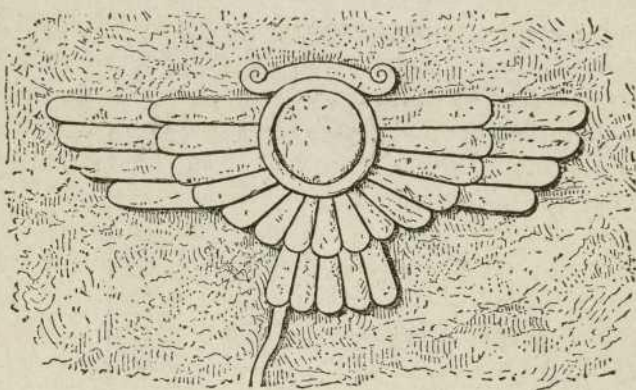
cree—que lleva pendiente de la cintura, ó atravesado, un círculo ó aro, provisto de alas. Es el emblema de Asshur, y á no ser encima de los árboles sagrados



EMBLEMA DEL DIOS ASSHUR.
(Perrot y Chipiez)

ó en los altares donde se ofrecen sacrificios, sólo se le ve acompañando al rey, nunca en ninguna otra parte. La distinta actitud del dios, según los casos, revela también que está allí para proteger y consagrar la presen-

cia del rey. Si se trata de una batalla, se le representa delante del rey, tendiendo el arco: la flecha que dispara va á esparcir el terror y la muerte en



DISCO ALADO (EMBLEMA DE ASSHUR).
(Perrot y Chipiez.)

medio de los enemigos, según nos dicen las inscripciones. Si es una solemnidad pacífica—como, por ejemplo, una procesión triunfal ó una ceremonia re-

ligiosa— lleva el arco colgando y eleva su mano desarmada, actitud en que frecuentemente se ve al rey en ocasiones semejantes; á veces se suprime el arco, y el dios ostenta en la mano una guirnalda, emblema probablemente de paz y prosperidad. No es raro que la figura humana esté también ausente, y entonces el emblema simplificado se reduce á un disco ó círculo con alas y cola de ave, que nunca se omiten. Bajo esta forma se parece mucho al simbolo de la deidad suprema entre los Egipcios, el cual es también un disco con alas, aunque carece de cola: por otra parte, en el emblema egipcio se imitan las alas del gavilán, ave sagrada de este pueblo, como la paloma lo fué de los Asirios y de otras ramas semitas y canaanéas. Los dos pueblos mantuvieron relaciones entre si y estuvieron en contacto con bastante anterioridad á la época que representan las esculturas, y no es imposible que los sacerdotes asirios, deseando incorporar á su sistema religioso una concepción que no habían traído de su antigua patria caldea, tomaran dicho emblema de los Egipcios, cuya fama de sabios en estas materias era universal. Acaso no sea muy aventurada la conjetura de que el emblema de Asshur era un simbolo compuesto, con el cual se intentaba representar las fuerzas reguladoras del universo— los dioses, hablando el lenguaje de la antigüedad— resumidas en el Dios supremo. Como sabemos, el disco simboliza el sol en todas las mitologías y la paloma es el ave de Ishtar, la diosa que personifica la fecundidad primitiva de la tierra. ¡Cielo y tierra! ¡la pareja eterna! Y cuando vemos el emblema sagrado suspendido sobre el árbol místico de la vida (como en las figuras 3 y 4) la intención parece manifiesta y su ejecución acabada. En lo interior del disco, hay algunas

veces cinco esferas más pequeñas, y es casi irresistible la presunción de que representan los cinco planetas, como simbolo del cielo; tampoco hay medio de explicarse de otro modo la circunstancia, que no se repite en ninguna otra parte, de que el sello cilindrico del rey Senacherib (fig. 3) tenga una cabecita



CILINDRO CON INSCRIPCIÓN
CUNEIFORME
(según Grotfend).

encima de cada una de las alas del emblema; mientras que si vemos en éste la personificación de la trinidad suprema y forma femenina de la naturaleza, es decir, el universo entero en su doble esencia, masculina y femenina, el simbolo se comprende sin dificultad y parece corresponder en la profundidad de su significación al plural hebreo «Elohim», que se emplea para nombrar al Dios uno é indivisible ¹. Otro ejemplo, no menos notable, de la naturaleza compuesta del emblema de Asshur, nos lo proporciona un nuevo sello cilindrico que, según se cree, pertenece al siglo ix antes de J. C. El rey (á quien se representa

por razón de simetría á uno y otro lado) acompañado de uno de esos genios protectores con alas y cabeza de águila, que tan conocidos son de los arqueólogos, está en adoración delante del árbol sagrado, encima del cual aparece suspendido el emble-

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 354.

ma de Asshur en su forma más completa: del disco pende una cinta ondulante que, como termina en una *horquilla* bien caracterizada—el emblema indubitado de Ramán, dios de la atmósfera—puede suponerse razonablemente que representa la luz. Que el rey tenga la cinta asida, sin herirse, sólo significa el carácter sagrado de su persona y su íntima conexión con el dios nacional. Esta hipótesis no contradice en manera alguna la explicación que se da generalmente, según la cual la cinta simboliza el lazo de unión que la oración establece entre el dios y el rey. Las dos suposiciones son perfectamente compatibles. La *horquilla* representa sin género de duda á Ramán. Descúbrese el carácter sagrado del monarca en sus vestiduras, que dan juntamente la idea del rey y la del sacerdote, pues no sólo re-



EL SELLO CILÍNDRICO DE SENNACHERIB.

producen en los bordados del pecho el disco con alas y el árbol sagrado, sino que aun en sus partes accesorias están adornadas con dibujos de la misma naturaleza religiosa que aquellos otros que decoran los muros del palacio, sobre todo, en los departamentos interiores. Casi estamos tentados á creer que se colocaba al rey en el mismo rango que á los dioses, como sometido únicamente á Asshur, ó al menos, que era digno de asociarse á ellos, al ver en otro sello que al lado opuesto del simbolo religioso y enfrente del adorador real, hay un personaje tan importante como Ea-Oannes, sér divino muy reverenciado, el cual, como el rey, rinde homenaje al sagrado emblema. Muy á menudo se hallan en las escultu-

ras y sellos, sacerdotes que oran y sacrifican, pero no en presencia del monarca, ó están únicamente como formando su séquito y acompañamiento: nada ni nadie se interpone entre el rey y «Asshur, su señor.» No obstante, de los demás «grandes dioses» se esperaba también que protegiesen y consagrasen las personas reales. Así vemos que los reyes ostentan, en forma de collar, los cinco emblemas divinos secunda-



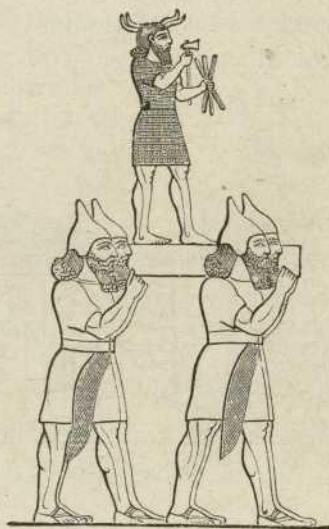
EL ÁRBOL SAGRADO DE LOS ASIRIOS
(según Layard).

rios, forjados probablemente en oro. Representaban éstos el sol, la luna creciente, una estrella, la horquilla centellante de Ramán y el casquete con cuernos de toro de Bel, simbolo no exclusivo de este dios, sino general para expresar la soberanía y poder divi-

nos, concepto en que acompaña al mismo Asshur, á los toros y leones alados—los fuertes guardianes de las puertas del palacio—y á los buenos genios con alas (fig. 35). Los mismos emblemas rodean las cabezas de los reyes en las imágenes esculpidas (fig. 46). Una de estas *stelas*, como tales representaciones se llaman técnicamente, tiene un interés especial, por el altar que se encontró precisamente debajo de ella, el cual parece sugerir la idea de que el monarca, fue-

se durante su vida, fuese después de muerto, recibía honores divinos, ó al menos, se le consideraba presidiendo las ceremonias religiosas, en efigie cuando no en persona. No es improbable semejante suposición después de las indicaciones apuntadas acerca del carácter sagrado de la majestad real; y, en verdad, Shakespeare podría haber recordado los monarcas asirios cuando habla de la divinidad que envuelve á un rey.

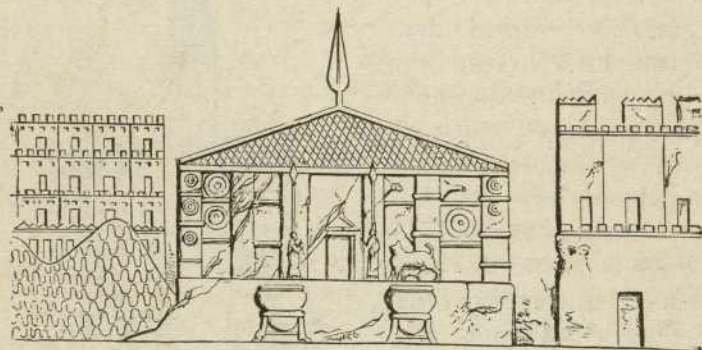
9. Habiendo explicado con el debido detenimiento el rasgo más importante y distintivo de la religión asiria, ó sea, el concepto y culto de Asshur, sólo hay que dedicar breves palabras al resto del panteón, que apenas difiere del de Babilonia; enumeraremos, sin embargo, algunas desviaciones que merecen ser señaladas. No se habla ya de Gibil, el dios del fue-



BEL LLEVADO EN PROCESIÓN
(según Layard).

go. Bel-Marduk, transformación del benévolo y diligente Meridug, tan querido del antiguo Shumir, Bel-Marduk, la deidad principal y tutelar del último imperio caldeo y de la gran Babilonia, donde su templo fué reputado y recordado largo tiempo como una de las maravillas del mundo, tiene que contentarse en el reino hermano con la posición muy secundaria de director del planeta Júpiter. Los primitivos reyes

asirios le incluyen en su invocación á los dioses, y algunas veces le mencionan separadamente en las inscripciones; pero esta costumbre va desapareciendo á medida que el dios nacional, Asshur, crece en importancia. No se le eleva un solo templo en Asiria, y si reyes de épocas muy modernas le nombran en lugar preferente en sus documentos, hay que considerar este hecho como un tributo de respeto que rinden á los Babilonios, con quienes renuevan estrecha alianza y cuyo favor tratan de conciliarse. Peor



REPRESENTACIÓN DE UN TEMPLO ASIRIO.

es aún la suerte de su padre, Ea. Éste, en efecto, aunque conserva su puesto en la gran trinidad, Anu, Ea, Bel, de hecho es relegado al olvido, y la respetuosa frialdad con que se le nombra de tarde en tarde, sólo sirve para evidenciar más claramente la desgracia en que cayera. Tampoco se le erige un solo templo en Asiria, mientras que Anu, al cual, por otra parte, tiene poco que envidiar, logra que se le alce uno, bien que no fuese en Ninive ni en Kalah, las capitales modernas, sino en Asshur, la cabeza del antiguo Imperio, y cuando los lazos con la madre

patria y sus tradiciones no podían estar rotos todavía. Sin embargo, «hay razones para creer», según algunos autores, «que el culto de Anu se perpetuó por casualidad en uno de los altares de un templo consagrado á otro dios»¹. Por el contrario, Ishtar no fué menos grande y favorecida entre los asirios que en el Imperio del Sur. Sus dos principales templos estaban en Ninive y Arbela (Arba-ilu «la ciudad de los cuatro dioses»). En esta última, se honraba principalmente su carácter marcial; era la diosa de la guerra y las batallas, la inspiradora de los actos heroicos, la dispensadora de la gloria. En la primera, en cambio, predomina el lado femenino y voluptuoso de su naturaleza; es la diosa del amor, de la vida y de todos los placeres. Tan marcada llegó á ser esta división que la diosa se desdobló, por decirlo así, en dos deidades, y en las invocaciones se la menciona por duplicado, como Ishtar de Ninive y como Ishtar de Arbela, estándole consagradas alter-



LA ISHTAR ASIRIA.

nativamente las dos quincenas de cada mes. De cualquier modo, en el sistema astronómico-religioso de Asiria, el papel del planeta que llamamos Venus—la *estrella*, uno de los cinco emblemas divinos—debía estar especialmente desempeñado por ella. Es lo más probable que su nombre significase originariamente «la diosa», por *excelencia*, y que en la escritura asirio-babilonia (la misma en ambos países como el lenguaje), el signo de una estrella envolviese la idea y

¹ G. Rawlinson, «Five Monarchies», vol. II., pág. 241.

la palabra de «deidad», fuese ésta «dios» ó «diosa». Cuando se alude á las estrellas reales, visibles, el signo se repite por tres veces, formando un grupo característico; prueba decisiva del primitivo carácter astronómico de la religión. Otro detalle interesante, de significación idéntica, es que el planeta Venus, que aparece por la tarde, no bien puesto el sol, y por la mañana, precediéndole inmediatamente, fué llamado Ishtar, de noche, y Belit, en la madrugada, según en una tabla que



REPRESENTACIÓN DE BAALTIS
(según Layard).

se conserva se dice expresamente: esta distinción, lejos de oscurecer, tiende á confirmar la identidad fundamental entre las dos, Ishtar «la diosa» y Belit, «la señora»¹. Los demás dioses cambian poco en su emigración desde el golfo Pérsico al pie del Zagros y los montes armenios; por otra parte, á medida que avanza nuestro relato, ten-

dremos ocasión de indicar cualquier rasgo peculiar que adquieran ó cualquier influencia que puedan ejercer.

10. Si Asiria fué en su infancia una mera dependencia de la madre patria, regida tal vez por gobernadores enviados de Babilonia, ó si fué desde luego una colonia independiente (como el joven enjambre que abandona la colmena), no es cosa bien dilucidada. Proviene esta duda de que las inscripciones narrativas de los monumentos no pasan del año 1100

¹ Véase «*Story of Chaldea*», pág. 245.

antes de J. C. No obstante, pensándolo maduramente, la segunda hipótesis se nos presenta aún como la más probable. Los emigrantes semitas, al retirarse al distrito septentrional de Asshur (antes probablemente de verificarse la irrupción elamita), abandonaron la madre patria en momentos en que ésta, empeñada en guerras sangrientas con los aborrecidos extranjeros, no podía fijar su atención en aquellas distantes regiones, y debieron pasar tan inadvertidos á propios y extraños, como sus hermanos de Ur, cuando invadieron las estepas de Canaán. La dependencia de Asiria fué, según todas las probabilidades, simplemente moral, nacida de la comunidad de cultura, lenguaje y religión. Este lazo no podía impedir que la rivalidad estallase, al aumentar el poder de la colonia, ni que se tradujera con frecuencia en verdadera hostilidad, no tardando en sobrevenir disgustos y desavenencias por no estar bien delimitada la frontera natural, si merece tal nombre de frontera la línea aluvial con la ligera elevación que determina en el terreno. Así, la primera noticia positiva que tenemos de Asiria, como poder político, es un tratado que celebran un rey de esta nación y otro de Kardunyash (Babilonia) ¹, para determinar los límites de ambos países, entregándose mutuos rehenes en garantía. Aconteció esto hacia el año 1450 antes de J. C., y 50 años más tarde se renovó el tratado. Tan estrecha era por aquel entonces la amistad entre Asirios y Babilonios que Burnaburyash, rey de Babilonia ², se casó con una hija del Asirio; matrimonio que dió pretexto á la primera intervención armada del Imperio del Norte en los asuntos del Sur.

1 Véase *Story of Chaldea*, pág. 286.

2 Ídem id., pág. 228.

À la muerte de Burnaburyash, en efecto, hubo una rebelión entre los Kasski. Levantáronse contra el hijo de aquél (quizás por el origen extranjero de su madre) y le mataron, colocando en el trono á un usurpador—un hombre de baja extracción, dice la tabla). Asshur-Uballit, rey á la sazón de Asiria, bajó á Babilonia para vengar el ultraje hecho á individuos de su familia, derrotó á los rebeldes y dió la corona á otro hijo de Burnaburyash. Infligida esta corrección paterna, volvióse a sus lares, y las cosas siguieron como antes. Posible es que no le desagradase haber tenido ocasión de demostrar la fuerza é importancia de su Imperio, estableciendo un precedente lisonjero para su recién adquirido poderio.

11. Como 200 años antes de estos sucesos, hallamos el nombre de Asshur donde menos podía pensarse. Nos referimos á una lista egipcia de las naciones asiáticas que envían tributos ó presentes al gran conquistador egipcio, Dhutmes III, el cual invadió hasta 14 veces en 17 años la vasta región situada entre el Nilo y el Éufrates. Hasta entonces, no había aparecido Egipto como un pueblo conquistador y guerrero, y aunque nación que contaba ya largos siglos de vida, el papel que empezaba á representar era nuevo para ella. Los Egipcios, desde su más remota antigüedad (la cual, como sabemos ¹, nos lleva á una época cercana al origen de la Caldea), habían vivido siempre encerrados en su admirable valle del Nilo. Este valle, ganando en longitud la anchura de que carecía, les proporcionó terreno bastante en que vivir y crecer en la abundancia y la prosperidad, permitiéndoles desenvolver aquella civilización esplendente, asombro y maravilla del mundo, que va sien-

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 364.

do más digna de nuestra admiración á medida que avanzan en su obra el azadón y la pala, esos modestos instrumentos, gracias á los cuales vuelve la muerte á la vida y se reconstruyen ciudades é imperios: tenian los egipcios el orgullo de raza, propio de todos los pueblos antiguos, y además se consideraban como algo sagrado, como una nación separada del resto de los hombres por su pureza y santidad. Con semejante opinión de si mismos, aborrecian naturalmente á los extranjeros, cuyo simple contacto les obligaba á purificarse, y esto por si sólo habria sido razón suficiente para retraerles de viajar por paises extraños ó de tratar de anexionárselos.

12. Pero el aislamiento absoluto es cosa imposible y contraria á las leyes naturales, tanto para los individuos como para las naciones, y los Egipcios vieron al fin precisados á abrir—de mala gana y con repugnancia sin duda—un rincón, al menos, de su tierra sagrada á sus vecinos semitas y canaaneos; el rincón Noreste, por el lado del mar, el cual, de otra parte, habria sido muy difícil cerrar á las tribus errantes que llegaran del desierto á través de las arenas incultas de la península del Sinai, pues Egipto no tenia por este lado ninguna defensa natural que lo protegiese. Este distrito fertilísimo, á causa de los muchos brazos del Nilo que lo riegan, estuvo durante siglos habitado por extranjeros. Las tribus nómadas que acudian en épocas de sequía, con sus rebaños enflaquecidos y sedientos, eran recibidas distribuyéndoseles terrenos con pastos, en los cuales se asentaban definitivamente, á menos que prefiriesen, pasado algún tiempo, volver á sus estepas de Siria ó á los oasis de la Arabia. Fué así como Abraham visitó á Egipto. «Y Abraham viajó, continuando to-

avía hacia el Sur. Y hubo un hambre en la tierra y Abraham bajó á Egipto, para morar en él durante algún tiempo, porque reinaba un hambre asoladora en el país» (Génesis, XII, 9-10). Sus descendientes, Jacob y sus hijos, siguieron el mismo camino, no siendo más que una tribu—poco más que una familia—al establecerse en la región donde, 400 años más tarde, debían formar un pueblo. Dijeron á Faraón: «Tus servidores, nosotros y nuestros padres, somos pastores... Venimos para morar en esta tierra, porque no hay pastos para los rebaños de tus servidores, porque el hambre es cruel en la tierra de Canaán; te rogamos, pues, que permitas á tus servidores vivir en la tierra de Goshen» (Génesis, XLVII, 3-4). Mercaderes fenicios casi siempre, según lo más probable, habitarían las ciudades. Sus barcos mantendrían constantes relaciones comerciales entre las bocas del Nilo y las ciudades del Mediterráneo, y sus caravanas traerían los tesoros del África y el Asia anterior y posterior, siguiendo la ancha carretera que, costeano el mar, se dirige por el Norte á la comarca del Libano y atraviesa el Aram hasta el Éufrates.

13. De este modo, formóse una población numerosa y fuerte, mirada por los naturales con sospecha y disgusto, pero tolerada como un mal necesario, hasta que un día quedó justificado el instinto profético de los Egipcios, viniéndoles un gran desastre de aquella región peligrosa. El país fué invadido por una horda de las tribus semitas que vagaban por el desierto, como hoy los beduinos, á las cuales los Egipcios daban presuntuosamente el insultante nombre de SHASUS, «ladrones, saqueadores». Atravesando la península del Sinai, entraron por el distrito extran-

jero del Noreste, siendo sin duda auxiliados por sus ricos y cultos compatriotas, pues sin ello tribus nómadas y semibárbaras habrían podido llevar á cabo una irrupción pasajera, con ánimo de robar, pero no una invasión sistemática y organizada, y menos aun, hubieran establecido un régimen permanente, reemplazando la antigua dinastía con otra de su raza, la cual se mantuvo en el trono por espacio de varios siglos. Los reyes de esta dinastía se conocen generalmente en la historia con el nombre de *reyes pastores*, traducción del egipcio *hiksos* (*hik-rey* y *shos-pastor*), con el cual se alude despreciativamente á sus hábitos primitivos. Es imposible precisar la fecha de esta importante revolución, por falta de inscripciones. Los Egipcios, después de la expulsión de los Hiksos, quisieron olvidar aquel largo periodo de humillación nacional y borraron, por espíritu de venganza, sus huellas de todos los monumentos, de tal suerte, que apenas se conservan los nombres, tal vez salyados por equivocación, de unos cuantos de aquellos reyes extranjeros, y no es posible reconstruir la historia de esta época, sin nuevos descubrimientos, por lo menos. Los historiadores tienen que contentarse con indicar vagamente la fecha de estos acontecimientos, colocándola entre el año 2200 y el año 2000 antes de J. C.; pero aun fijada con tanta incertidumbre, coincide con otra época memorable de la historia caldea — la de la invasión y conquista elamitas — é involuntariamente sugiere la duda de si no hay más que una relación casual entre ambos sucesos. Las expediciones destructoras de Khudur-Nankhundi y sus sucesores, hasta Khudur-Lagamar ¹, debieron producir un gran movimiento entre las tribus, se-

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 219-225.

dentarias á medias, ó totalmente nómadas, de Aram y Canaán, y tal vez determinaran otras emigraciones, además de las dos que, por regla general, se atribuyen, más ó menos directamente, á esta causa. Una vez en conmoción, las tribus susodichas se dirigirían, á causa de sus rebaños, más bien á las extensas llanuras del Sur que á las altas regiones del Norte, avanzando de año en año, juntándose y aumentando hasta encontrarse con los Shasus, más guerreros y agresivos, de la Arabia y el Sinai. Éstos, conociendo el camino de Egipto, les propondrían sin duda el llevar á cabo una invasión en común, y las dos masas unidas debieron arrollarlo todo ante sí por la sola fuerza del número. José fué vendido y llevado á Egipto en tiempos de uno de los últimos reyes hiksos, y esto explica su extraordinaria carrera. Un extranjero no habría podido llegar á ser primer ministro, «gobernador del país» (Génesis, XLII, 6), con un rey nacional. Las afinidades semíticas entre el Faraón y el joven extranjero influirían á favor de este último, no menos que su habilidad en interpretar los sueños (habilidad, por otra parte, que era de origen caldeo). La entrada en Egipto de la pequeña tribu hebrea (ahora ya llamada Israel), Jacob, sus hijos y nietos, setenta personas en total, además de las esposas de los hijos (Génesis, XLVII, 26-27)—se cree que se verificó hacia el año 1730 antes de J. C. Los principes del país, que sostenían en el Sur la guerra de la independencia, ganaban terreno y estaba cercano el día del triunfo nacional; pues los Hiksos fueron expulsados y la monarquía legítima restaurada poco después del año 1700—1662 es la fecha más aceptada por los historiadores.

14. Pero no quedaron satisfechos los Egipcios con

haber sacudido el yugo extranjero. Mortificados largos años en sus sentimientos patrióticos, querían desquitarse, ardían en sed de venganza, y este deseo apasionado transformó sus hábitos sedentarios y pacíficos convirtiéndolos en una raza de invasores fogosos é insaciables. Reyes y pueblo participaron de este espíritu agresivo, y durante varias centurias sucedíanse en el trono líneas de monarcas guerreros, entre los cuales figuran algunos de los conquistadores más poderosos que registra la historia. Un año y otro caían sobre el Asia y asolaban lo mismo los territorios poblados que los desiertos, con sus tribus nómadas y esparcidas, las cuales huían delante de ellos, más afortunadas al poder escapar que los habitantes de las ciudades y campos cultivados. De éstos, algunos se creían fuertes y peleaban, pero vencidos generalmente, se redimían del cautiverio á costa de grandes sacrificios. Los que se sentían débiles ó temían perder sus riquezas, compraban su seguridad con presentes. Estas expediciones triunfantes no fueron en rigor más que correrías ejecutadas en grande escala, porque los Egipcios no se anexionaron políticamente ninguna de las regiones que sometieran, no intentaron convertirlas en provincias de su Imperio, limitándose, cuando más, á construir algún fuerte ó á dejar una guarnición; pero volvían una vez y otra, en parte, para satisfacer el antiguo rencor nacional— para purificar sus corazones, como dicen las inscripciones expresamente—y en parte, para recoger los inmensos despojos periódicos que habían llegado á mirar como cosa que de derecho les pertenecía. El pueblo, contraído el hábito de esperar la vuelta de los ejércitos victoriosos, se habría creído defraudado, si se hubiese dejado de brindarle en muchos años el

espectáculo, más grato á sus ojos que ningún otro, de una expedición triunfante, con su pompa militar, sus procesiones de príncipes cautivos, sus prisioneros llevados en rehenes y la exhibición del botín. Y en verdad no tenía por qué quejarse de la buena voluntad de los Faraones. Catorce campañas destructoras en 17 años—que, como hemos dicho, llevó á cabo Dhutmés III, conquistador grande entre los más grandes—bastarian seguramente á saciar la sed más cruel de venganza y la codicia más inmoderada.

15. En una de estas campañas, le opuso resistencia más obstinada y mejor organizada que otras veces una coalición de príncipes canaaneos, los cuales salieron á su encuentro en los desfiladeros del Líbano meridional. Libróse una gran batalla cerca de la ciudad de Megido, situada entre el Jordán y el mar, y la victoria que en ella obtuvo el Faraón, le dejó franco el paso hasta el Éufrates—quizás hasta el Tigris, aunque esto es menos seguro.—Los pueblos comarcanos se apresuraron á ofrecerle regalos en el mismo lugar donde hizo alto, y en la lista de los príncipes tributarios se incluye al jefe de «Assura» (Asshur), el cual envía 50 libras y 9 onzas de lapislázuli real, otra cantidad (que no se indica por tratarse de materia de menos valor) de lapislázuli imitado de Babilonia, y «muchos adornos de... piedras de Asshur».

En el catálogo de los tributos recogidos dos años más tarde, «el jefe de Assura» vuelve á figurar con 50 cedros, 190 árboles de otra clase, varios cientos de carros, muchos brazaletes y otros artículos que no se detallan con claridad. El nombre de «tributo» y no de «botín» bajo el que se clasifican todos estos objetos, demuestra que Asiria se abstuvo de pelear, sin

duda por considerarse inferior en fuerzas á su formidable enemigo. La batalla de Megido se dió muy cerca

del año 1584 a. de J. C.—dejemos consignado que muy poco después del año 1600 a. de J. C.

—y Asiria no gozaba aún de gran nombradía entre sus vecinos occidentales. Se ha observado que si las inscripciones egipcias han sido bien interpretadas, el hecho de negarse el titulo de rey al monarca de Asiria, mencionándole simplemente como «jefe», patentiza su sumisa actitud y, al mismo tiempo, que su Imperio no ocupaba aún un rango muy



REPRESENTACIÓN DE UN CAMPO DE BATALLA.

elevado entre las naciones independientes. No poco debían variar las cosas en los 300 años que iban á seguir.

16. Ofreciendo singular contraste con la sencilla mención que se hace de Asiria, hallamos en lugar preferente el nombre de otro pueblo en esas mismas listas que nos dan noticia del botín y los tributos recogidos por el gran Faraón en sus campañas de Asiria. Queremos hablar de los Khetas, que la Biblia llama *Hittitas*, nación grande y poderosa, desparada en una extensión vastísima allende la comarca, cuyos límites señalamos al principio, y que tocaba

al pináculo de su gloria precisamente cuando Asiria comenzaba á salir de su insignificancia. Contra los Khetas se dirigen principalmente las expediciones faraónicas, y en ellos encuentran resistencia más heroica y mejor ordenada; y aunque generalmente los derrotan, son los únicos con quienes tratan á veces de igual á igual y que nombran con respeto, como enemigos dignos de ellos. La coalición que estuvo á punto de detener los progresos de Dhutmes III en Megido la formaban príncipes hittitas y aliados suyos, y los despojos de que los Egipcios se apoderaron en el campo de batalla acreditan la riqueza y opulencia de aquellos pueblos. Entre ellos, se cuenta un carro real de guerra, todo de oro, y 31 carros más, forrados con planchas también de oro, estatuas con cabezas del mismo metal, millares de anillos de oro y plata, innumerables joyas, anchas mesas de madera de cedro, incrustadas de oro y piedras preciosas, tronos con escabeles de cedro y marfil, etcétera, etc. Los tributos de los Khetas, cuando los pagaban, consistían casi siempre en piedras y metales preciosos. La plata era el metal que preferían, y al firmarse, después de 400 años de guerras casi continuas, una paz duradera entre ellos y el Faraón, Ramsés II, de la décimonona dinastía, se hizo grabar el tratado en una hoja ó disco de plata. Ocurrió esto en los primeros años del siglo XIV antes de J. C. (poco después de la intervención de Asiria en los asuntos de Babilonia), á consecuencia de la celebérrima batalla librada cerca de Kadesh, una de las capitales hittitas, sobre el río Orontes, en la cual Ramsés II, no obstante quedar dueño del campo, experimentó tantas pérdidas, que no pudo enorgullecerse de su victoria. Con

Batalla de
Kadesh, 1380
a. de J. C.

este motivo aceptó la reconciliación tan pronto como su adversario se la propuso.

17. Como los Egipcios, los Hittitas pertenecian á la gran división hamítica del género humano—«Heth, hijo de Canaán» (cap. X del Génesis, 15). La Biblia le llama, y adviértase que Heth sigue inmediatamente á Sidón, «el primogénito». El Génesis coloca á este pueblo — puesto que Canaán y Sidón son, como sabemos ¹, términos geográficos — donde la historia precisamente los encuentra, es decir, en posesión desde tiempos muy remotos de la mayor parte de Canaán (Siria), distribuidos en masas compactas ó en tribus esparcidas. Pero los Hittitas fueron solamente la rama meridional de un vigoroso tronco hamítico que tuvo su asiento en el Tauro, los montes Masios y las montañas armenias. En qué tiempo ó por cuál camino ganara un cuerpo emigrante de Hamitas aquella ancha faja de tierras montañosas, es, en verdad, problema aun no resuelto; pero de cualquier modo, sabemos que una vez posesionados de ella, permanecieron allí largos años. Sin embargo, sea debido á la dificultad de trasladarse de un punto á otro, mucho mayor en los valles montañosos, sólo accesibles por medio de agrestes y angostos desfiladeros, que en las tierras llanas, sea que otras tribus vinieran á estrecharlos en su rincón, viéronse forzados, ya por el aumento de población, ya por necesidad, á enviar nuevas colonias en busca de otras tierras. En las razas montañosas se desenvuelven cualidades individuales muy notables, que cuando llegan á arraigar como hábitos físicos y morales—constituyendo una segunda naturaleza—no se pierden por completo ni aun bajo la influencia de condiciones to-

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 134.

talmente distintas. Así los Hittitas, mucho tiempo después de habitar las cálidas llanuras de Canaán, todavía conservan en sus trajes—botas y túnicas ceñidas y cerradas—ciertos signos que denuncian su origen septentrional. Esto se ve palpablemente en las pinturas murales egipcias que representan la batalla de Kadesh, y reproducen con gran escrupulosidad los rasgos distintivos de los pueblos que tomaron parte en ella.

18. Los Hittitas tenían otra y aun más importante capital que Kadesh, Karkhemish, sobre el Éufrates, ciudad tan fuerte, desde el punto de vista militar, como rica y poderosa, que estaba situada en la confluencia de los dos caminos comerciales, el que va de Egipto á las montañas de la Armenia (de Sur á Norte) y el que une á Babilonia y Ninive con las ricas ciudades mercantiles de la costa (de Este á Oeste). Karkhemish fué la capital principal, el gran centro nacional de los Hittitas. He aquí por qué los Asirios llaman con frecuencia al rey de Karkhemish «rey de los Hittitas», aunque éstos, como los demás pueblos antiguos, se dividieran en multitud de principados, más ó menos extensos, cuyos jefes ostentaban todos el título de reyes. No es, sin embargo, inverosímil que el rey de Karkhemish lograra ejercer con el transcurso del tiempo cierta supremacía efectiva sobre todos los otros, pudiendo obligarles á que le siguieran en la guerra y creyéndose autorizado á contar con sus servicios. No muy inferior en poder é importancia era el rey de Kadesh. Estos dos reyes dominaban, según parece, todas las ciudades y tribus hittitas diseminadas por el Norte de Siria; pero pueblos extraños—los Amonitas, Hivitas, Jesubitas, etcétera de la Biblia—los separaban de otra rama me-

ridional de su nación, los Hittitas de Hebrón, que se extendían desde el mar Muerto hasta el Mediterráneo—los mismos que venden á Abraham, por unas cuantas monedas (también de plata), el pedazo de tierra donde construye el sepulcro de su familia¹. Esta rama meridional de los Hittitas era como una cadena entrecortada, cuyos últimos eslabones tocaban á la frontera egipcia, y como no pudo menos de mantener relaciones con los Shasus del Sinai, es muy probable que tomara parte en la gran invasión. En verdad, algunos sabios eminentes se muestran inclinados á creer que una de las dinastías desconocidas de los Faraones es de origen hittita, probado lo cual se comprendería mejor la cruel enemiga de los Egipcios, no satisfecha ni aun después de 400 años de guerra.

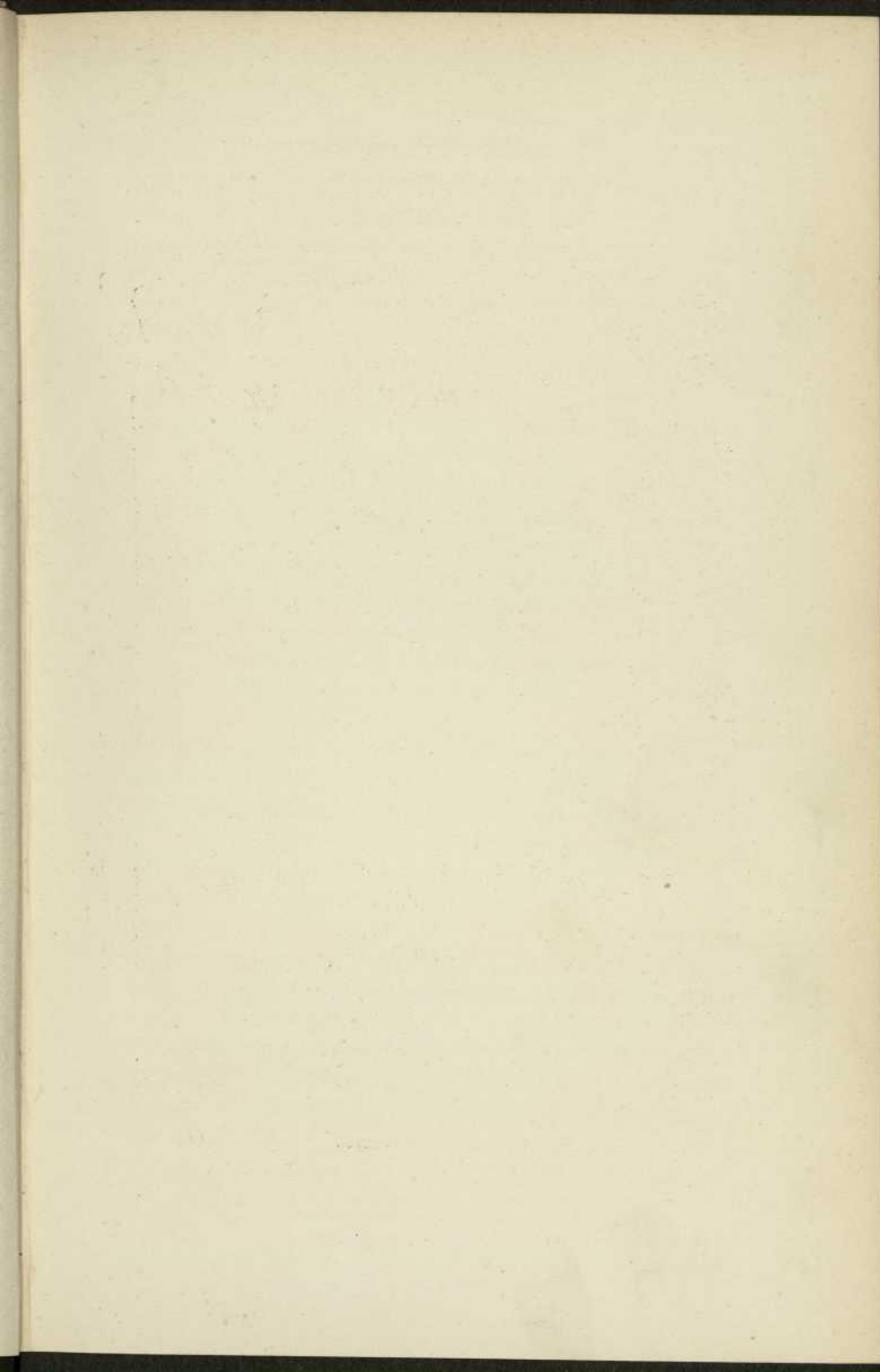
19. En todo caso, la posición de los Hittitas del Sur era mucho más desfavorable que la de los Hittitas del Norte. Tenían que resistir el primer empuje de las invasiones egipcias, y además, se hallaban diseminados y oprimidos por varias tribus hostiles y, sobre todo, por la nación más compacta y poderosa de aquella parte, la confederación de los Pelishtin—Philisteos—de cuyo nombre se deriva el de Palestina, que hoy se aplica á toda la comarca. No es, pues, maravilla que el poder y la grandeza nacionales se retiraran gradualmente del Sur, centralizándose en el Imperio del Norte, más sólido y de población hittita más numerosa. Cuando Asiria empezaba á elevarse y á mostrarse agresiva con sus vecinos del Occidente, la gloria de los Hittitas, muy debilitados por consecuencia de las largas guerras con los Egipcios y combatidos sin descanso por los Amonitas, ya decli-

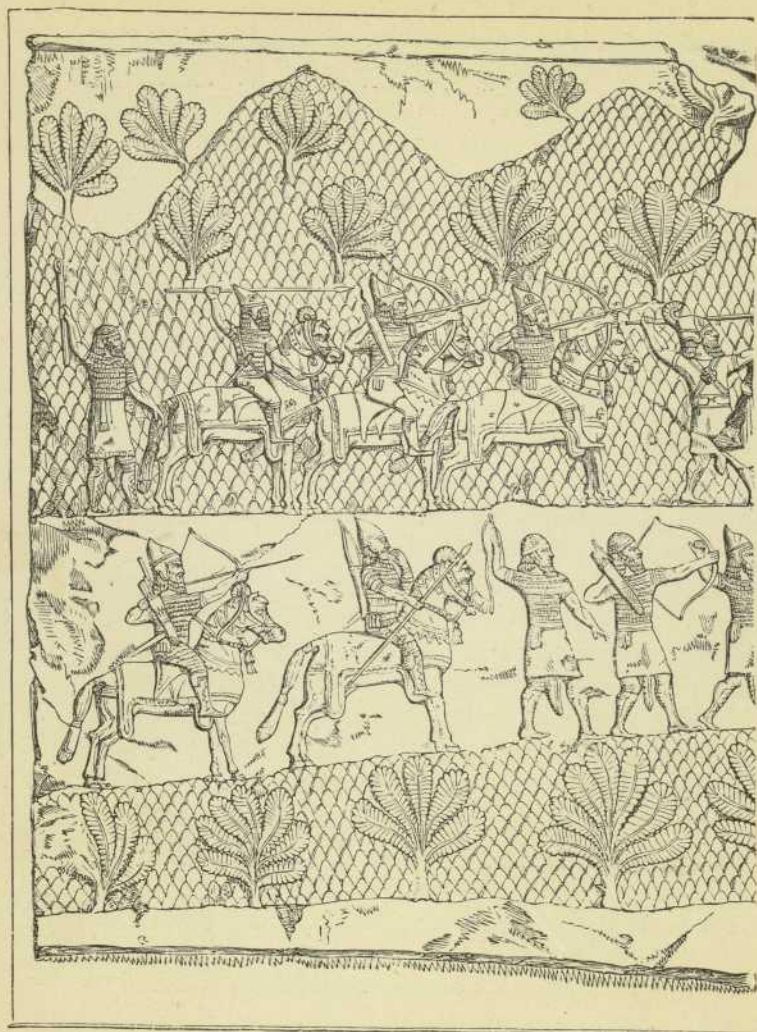
¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 347-348.

naba. Tal vez, la batalla de Kadesh señala el momento más brillante de su historia. La caída no fué, sin embargo, ni repentina ni siquiera precipitada, aunque si constante y cierta; sólo algunos siglos después de la batalla mencionada, el Imperio sucumbe á los ataques persistentes de una larga serie de conquistadores asirios, disuélvese su confederacion y el rey de Karkhemish es reemplazado por un gobernador asirio. No obstante, la raza no fué destruída ni dió por terminada su misión; la grandeza que huía de una rama, pasaba á otra. Ya en el periodo de su mayor prosperidad — el siglo xv a. de J. C. — los Hititas fueron corriéndose hacia el Oeste, ó, mejor dicho, hacia el Noroeste. Desde las ásperas y frias montañas que fueron su mansión primitiva, se trasladaron á la vasta península del Asia occidental, que se llama Asia Menor, hasta tocar el hermoso litoral de la región más codiciada del Mediterráneo. Aquí fundaron ó conquistaron Imperios y ciudades. Ya volveremos á encontrar sus huellas cuando estas regiones ocupen su sitio en el panorama que la historia del Oriente desarrolla con lentitud ante nuestros ojos; pero por ahora debemos dejarlos.

20. De cualquier manera, al registrar la caída definitiva del Imperio hittita, hacia el año 700 antes de J. C., no puede decirse que tuviera un fin prematuro. Vivió cerca de 3.000 años, casi doble tiempo que sus afortunados conquistadores. Ya en la magna obra astrológica que se asocia al nombre de Sargón de Agadé¹, hallamos las siguientes frases incluidas en una lista de observaciones astronómicas que se relacionan con acontecimientos terrestres: «El día 16 (del mes de Abril) hubo un eclipse; el rey de Accad

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 209.





GUERREROS ASIRIOS COMBATIENDO
(según Cantanacci).

murió; el dios Nergal (la Guerra) asoló el país.—El 20 hubo un eclipse; *el rey de los Khatti atacó al Imperio y tomó posesión del trono*. Como «Khatti» es el nombre que se da invariablemente á los Hittitas en las inscripciones asirias y caldeas, no cabe duda de que se alude aquí á una irrupción primitiva de aquéllos en la Mesopotamia. De lo cual se sigue, que ya por entonces ocupaban la región que se extiende entre el Orontes y el Éufrates, que es, en realidad, la misma donde los vemos más tarde, al concluir el cuarto milhar y comenzar el tercero a. de J. C., con la diferencia de que en ese periodo primitivo el centro de su poder debía radicar más bien en el Sur que no en Karkhemish, su capital posteriormente.

21. Con todo, sus relaciones con los antiguos Estados caldeos no fueron tal vez siempre hostiles, y debieron estar durante algún tiempo en íntimo contacto con aquellos venerables centros de civilización, si es que realmente no llegaron en sus emigraciones al valle formado por los dos caudalosos rios y se establecieron en él temporalmente. Su religión y sus artes llevan impreso el sello, imposible de confundir, de su origen caldeo. Respecto á la primera, en verdad poco conocida, sabemos que daban á su dios más poderoso el nombre de Sutekh, «rey del cielo y de la tierra», y que la diosa Ishtar era adorada en Karkhemish bajo el nombre de Atargatis (corrupción hittita de su nombre caldeo), tributándole culto en su templo niñas y mujeres, sacerdotisas «sagradas» ó consagradas á ella. En cuanto á las segundas, los monumentos con bajo-relieves que se han descubierto revelan sus afinidades con el arte babilónico, aunque usasen en su escritura signos ó jeroglíficos de su propia invención y en nada semejantes á los signos

cuneiformes ó á la escritura de los Egipcios. Poco se ha hecho todavia para descifrar las inscripciones hittitas; pero cuando se piensa que 10 años ha, no se soñaba aún en la existencia de una gran nación hit-



INSCRIPCIÓN HITTITA.

(Hommel.)

tita ni en la de un Imperio hittita que abrazase desde las fronteras de Egipto hasta las márgenes del Bósforo, hay que admirar, no lo poco que se ha adelantado, sino lo mucho que gana la ciencia con los nuevos conocimientos, en parte ya adquiridos y en

parte sólo apuntados. Al profesor A. H. Sayce, de Oxford, á su ingenuidad, nunca bastante alabada, á su actividad incansable y á su celo apasionado por abrir nuevos campos á las investigaciones, debemos revelación tan importante, que ya puede llamarse verdadera revolución por la viva claridad que inesperadamente proyecta sobre un vasto periodo de la historia antigua, hasta hoy oscuro y completamente descuidado.

22. Por su posición, eran los «Khatti» ó Hittitas los enemigos naturales de Asiria—formidables vecinos para un poder naciente y ambicioso. Contra ellos, pues, dirigió sus armas en primer término la joven y ya agresiva nación. Asshur-Uballit (el rey que bajó á Babilonia para castigar el asesinato de su sobrino, hacia el año 1380 a. de J. C.) hizo frecuentes expediciones al Oeste y Noroeste de Ninive, atacando á las tribus montaÑesas, que ó eran avanzadas hittitas ó vivían en íntimo contacto con los Hittitas propiamente dichos. Sus sucesores obedecieron el mismo impulso, se internaron más en las montañas, descendieron hacia el Sur y no sólo consolidaron su dominación en todo el territorio situado entre el Tigris y el Éufrates—río que más adelante debía considerarse como el límite natural del Imperio asirio por el Oeste—sino que se corrieron hasta las llanuras de Siria. Como el botín abundaba y la población crecía, nuevas ciudades surgieron en torno de las dos capitales primitivas, Asshur y Ninive. De cada excursión traían millares de cautivos, á los cuales había que dar ocupación conveniente—¿y qué otra mejor que el emplearlos en construir aquellos palacios, amurallados y macizos, cuyo costo evaluado en trabajo humano da cifras increíbles?—Así Shalmane-

ser I—reino hacia el año 1300—edifica la gran ciudad de Kalah, que se convirtió en la tercera capital de la monarquía y fué la residencia favorita de algunos de los emperadores más poderosos. Esta es la ciudad, cuyas ruinas

Cerca del
año 1300, an-
tes de J. C.—
Fundación de
Kalah.

ha descubierto Layard en Nimrud, la desierta y demantelada «Larisa» de Jenofonte. Distantes entre sí algunas millas y unidas por las aguas del Tigris, estas ciudades parecen ser barrios separados de una sola y vasta capital, y no debe sorprendernos que los primeros exploradores se inclinaran á creerlo así. La fecha del año 1300 es notable en la historia asiria. Próximamente por entonces—tal vez algunos años después—fué conquistada Babilonia por primera vez por un rey asirio, hecho de armas que va unido al nombre de Tukulti—Nineb, hijo de Shalmaneser I, que mandó forjar un anillo-sello con su nombre y título y la inscripción «conquistador de Kar-Dunyash». Su éxito, sin embargo, no debió de ser duradero, como lo comprueba el hecho de haber perdido dicho anillo, que los Babilonios, con vanidad perdonable, conservaron cuidadosamente en su tesoro real, en memoria sin duda de la retirada desastrosa y precipitada del conquistador, que halagaba su orgullo nacional. Seiscientos años más tarde, este anillo era encontrado y rescatado por otro monarca

Primera
conquista de
Babilonia.

—el rey Sennacherib—que llevó á cabo la misma conquista, aunque con mayor fortuna, y el cual reputó el hallazgo de suficiente importancia para consignar la historia del suceso en sus anales, transmitiéndonos así una de las pocas fechas auténticas de la historia primitiva. Más importante es aún para nosotros la fecha de que se trata, porque coincide con la salida del pueblo hebreo de Egipto,

Salida de
los Judios de
Egipto.

bajo la dirección de Moisés. Así, al comenzar el siglo XIII a. de J. C. vemos á Asiria acercándose á pasos de gigante al periodo de su gloria, y enfrente de ella y en distinto grado de desenvolvimiento cada uno, los tres poderes que más debian influir, en bien como en mal, en sus destinos futuros: el poder de Babilonia, el de los Hittitas (cuya decadencia se había iniciado) y el de los Judios. Este último aparecia en el horizonte como una nubecilla, invisible á los ojos de los altos y poderosos señores de Asshur.

II.

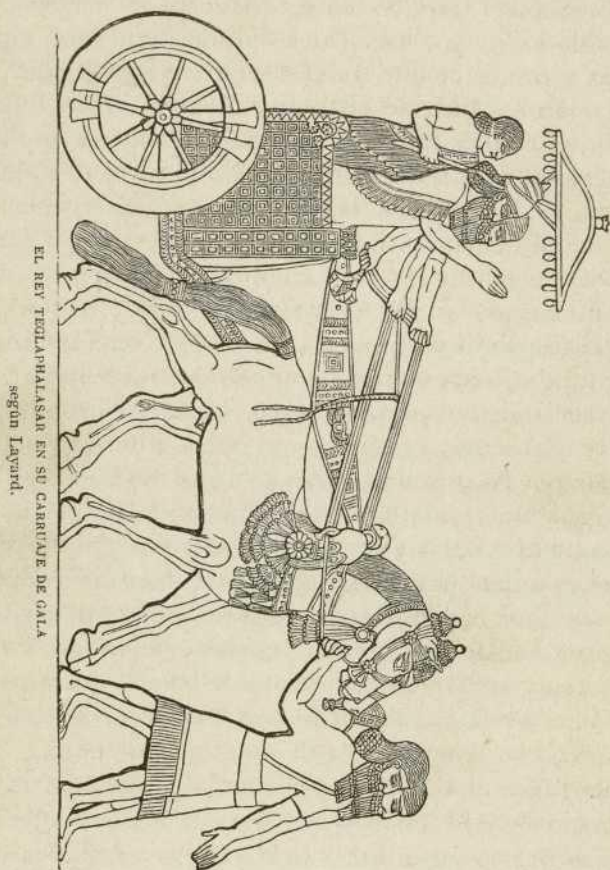
EL IMPERIO ANTIGUO Ó PRIMITIVO. TIGLATH-PILESER I.

1. En la parte Sur y Sureste de la dilatada región montañosa que se extiende en una serie de espinazos, más ó menos paralelos y que varían en altura y fragosidad, entre la cadena del Cáucaso y la del Tauro con sus estribaciones, hay dos de los lagos más notables del mundo, el lago Van y el lago Urmiah. Ambos, en efecto, están situados á una altura donde no debia esperarse el encontrar tan vastos depósitos de agua, á 5.000 pies el uno y á 4.000 el otro sobre el nivel del Mediterráneo: la meseta escabrosa en que el segundo se halla no es muy inferior en altura á la del lago Ontario. Además, los dos tienen una propiedad poco común en los lagos: su agua es salada. La del lago Urmiah, especialmente, lo es más que la de ningún mar, hasta el punto de aumentar materialmente su peso específico. Sir Enrique Rawlinson dice á este propósito: «el peso específico del agua es considerable, debido á la gran cantidad de sales que contiene en disolución. Un buque de 400 toneladas, al cargarlo, no se hunde sino 3 ó 4 pies á lo más. Las tormentas alteran apenas la inmovilidad de las

aguas; las ráfagas huracanadas sólo levantan olas de unos cuantos pies de altura, y cuando han pasado, el lago recae en su sueño quieto, profundo, semejante á la muerte». No hay en este lago peces ni seres vivos de ninguna clase. Tales singularidades son tanto más extrañas cuanto que caracterizan á otro lago, el llamado á causa de ellas mar Muerto, en la Palestina, el cual es tal vez el más bajo de todo el mundo, puesto que está á 1.300 pies bajo el nivel del Mediterráneo. Estos dos lagos, con una diferencia de 5.300 pies en sus niveles, pero idénticos por la naturaleza de sus aguas, son como otros, entre ellos el mar Caspio, que es el mayor de todos, restos del Océano primitivo que en otro tiempo, edades enteras antes de que el hombre apareciese sobre la tierra, cubria la mayor parte de Asia, África y Europa, del cual sólo emergian, formando islas solitarias y separadas por enormes desiertos de agua, las cumbres de las más altas montañas, tales como el Himalaya, el Cáucaso, el Atlas y, en parte, los Alpes. Algún día, esos grandes charcos se secarán también, quedando en su lugar bancos de sal, como esos otros depósitos que se ven frecuentemente en las estepas arenosas del Asia central y en el Sureste de Rusia, que atraen de lejos al viajero abrasado por el calor y consumido de sed, con la apariencia de montones de nieve.

2. Tanto el lago Urmiah como el Van eran muy conocidos de los Asirios, y los pueblos que vivían en sus orillas tuvieron que sufrir una vez y otra vez sus talas y depredaciones. De ambos, el lago Van fué acaso el más familiar á los infatigables conquistadores. La comarca, extraordinariamente fría y áspera en que está situado—parte de la región que hoy se denomina el Kurdistán—pertenece á la vasta exten-

sión montañosa que los Asirios designaron vagamente en ocasiones con el nombre de Naïri, ó tierras de Naïri. Los valles que hay entre las montañas es-



EL REY TEGLAPHALASAR EN SU CARRUJE DE GALA
según Layard.

taban habitados por tribus independientes, cada una de las cuales se llamaba á si misma una nación y cuyos jefes ostentaban el titulo de «reyes». No unidas en todo caso por fuertes lazos, eran una presa

fácil para los compactos y bien organizados ejércitos que un año y otro les obligaban á huir á las cimas de las cordilleras «como bandadas de pájaros», según la expresiva frase de las inscripciones históricas. Esperarían allí á que se alejasen los invasores, los cuales, como recorrían muchos países, no podrían detenerse largo tiempo en ninguno, ó bien, apremiados por el hambre y el frío, compelidos por la destrucción de sus hogares y el exterminio de sus guerreros y sus compatriotas rezagados, abandonarían sus guardias, y haciendo de la necesidad virtud, se someterían y pagarían tributos.

3. En una de las fuentes del Tigris, algo al Oeste del lago Van, hay una figura esculpida en una roca natural alisada á tal intento, que representa á un rey en actitud de señalar el camino, y tiene la inscripción siguiente: «Con la ayuda de Asshur, Shamash, Raman, los grandes dioses, mis señores, Yo, Tukulti-Palesharra, rey de Asiria, hijo de...» (siguen los nombres y títulos de su padre y abuelo), «que he conquistado desde el gran mar del Oeste al mar de la tierra de Naïri, he invadido por tercera vez la tierra de Naïri». Este monumento, la huella más antigua de las conquistas asirias en el Norte, es también el primer ejemplar que se ha encontrado de los bajo-relieves asirios, y representa realmente al primer gran rey de aquel país ó, por lo menos, al primero cuyos hechos nos son bien conocidos, merced á una serie de circunstancias fortuitas. El modo cómo fué descubierto dicho monumento tiene excepcional interés, por haber desvanecido las dudas que durante mucho tiempo alimentaron algunos hombres de estudio, escépticos y cautos en demasia, acerca de si se habían interpretado ó no rectamente los signos

cuneiformes. Fué el caso que al leerse una larga inscripción de Ashurnazirpal, rey muy posterior, cuyo palacio dejó abierto Layard en Nimrud, se vió que hacia mención de la escultura referida, describiendo exactamente el sitio en que se encontraba. Pues bien, sin más guía que esta indicación, exploróse el lugar designado y se halló el bajo relieve de que se trata, con lo que ya no pudo negarse á la asiorología el carácter de ciencia fundada en datos ciertos é investigaciones sistemáticas, y no en conjeturas más ó menos ingeniosas y plausibles, como se había pretendido. No hacia falta, sin embargo, semejante confirmación, porque el descubrimiento de dicha escultura data de 1862, y ya desde 1857 habia otras pruebas verdaderamente irrecusables.

4. Al explorar un vasto terraplén de Kileh-Sherghat (antigua Asshur), los trabajadores extrajeron de los cuatro ángulos de los cimientos ¹ otras tantas columnitas ², en forma de prismas octogonales, de cerca de 18 pulgadas de altura, donde se lee el nombre de Tukulti-Palesharra; al mismo tiempo, las inscripciones de los muros revelan que aquellas ruinas pertenecen á un templo consagrado á Ramán y restaurado por dicho rey. Dos de los prismas estaban completos; á los otros dos les faltaban bastantes fragmentos; sin embargo, la pérdida no era sensible, porque en los cuatro se repetía la misma inscripción. Como esta era el primer texto integro de considerable extensión—sobre 1.000 líneas—encontrado hasta entonces, su llegada al Museo Británico excitó mucho interés, determinándose utilizarlo para llevar á cabo un experimento que debía mostrar de un modo

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 114.

² Ídem, grabado 51

decisivo el valor de la nueva ciencia. Litografiada la inscripción, enviáronse copias á los cuatro sabios que entonces se dedicaban preferentemente á la interpretación de la escritura cuneiforme, Sir Enrique Rawlinson, Mr. Fox Talbot, Dr. Hincks y Mr. S. Oppert. Las versiones, acabadas en el plazo de un mes y hechas con absoluta independencia una de otra, se mandaron á la Real Sociedad Asiática para que juzgase; y cuando estuvieron impresas en cuatro columnas paralelas, á nadie pudo caber duda que correspondían al mismo original, pues sólo se diferenciaban en algunos detalles, circunstancia nada extraña, si se atiende al atraso en que aun estaba esta rama de estudios. La inscripción ha sido después traducida de nuevo y con más exactitud, y la última versión, la más perfecta de todas, difiere algo de las primitivas. Sin embargo, el experimento era demasiado convincente para no considerarse como una prueba final en favor de las investigaciones cuneiformes, y si algunos escépticos quedaron, tuvieron que rendirse á la evidencia que produjo cinco años más tarde el sorprendente descubrimiento del bajo relieve de que hablamos anteriormente.

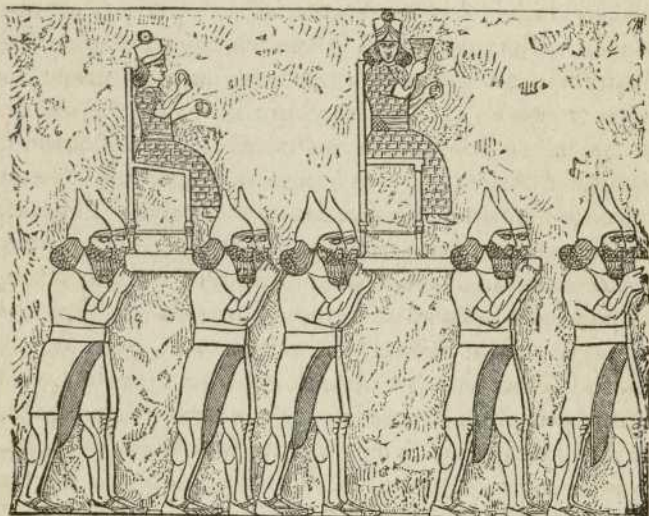
5. La inscripción en si, aun prescindiendo de la prueba filológica que trajo, es de grandísima importancia, por ofrecernos una relación minuciosa de los cinco primeros años del reinado de Tiglath-Pileser I (pues así se lee comunmente, aunque sin la debida fidelidad, el nombre del rey de que se trata), y evoca ante nuestros ojos, con el vigor que podría hacerlo el mejor retrato, la imagen de aquel rey guerrero, dándonos á conocer al mismo tiempo la grandeza alcanzada por Asiria durante su reinado, que debe colocarse al finalizar el siglo XII antes de J. C. (1120-1100).

Tiglath-Pileser I.—Historia del año 1100 a. de J. C.

Sus comienzos no pudieron ser más brillantes, y no es frívola jactancia si declara, con más verdad que modestia, en el largo y trabajado preámbulo de cuyo principio ya tienen noticia nuestros lectores (núm. 5 y 6): «No tuve rivales en las batallas. Á la tierra de Asiria le agregué tierras y á su pueblo le agregué pueblos. Ensanché mis dominios. Someti todas sus provincias (las de sus enemigos)». Que no fué el primero en llevar á cabo tan altas empresas y que las conquistas de Asiria habian ya hecho avanzar considerablemente, al Norte y Oeste, los límites primitivos, nos lo prueba el que casi todas las expediciones que ocuparon á Tiglath-Pileser I, en los cinco primeros años de su reinado, fueron dirigidas contra tribus rebeldes ó vecinos inquietos. De estos últimos, sintieron antes que nadie el peso de su poder ciertas tribus hittitas que habitaban las montañas que separan el mar del Éufrates Superior: «las atacué en su propio país — tierra de difícil acceso — derrotando á sus cinco reyes y 20.000 guerreros». «Sembré de cadáveres los desfiladeros y las alturas. Un rico botín cayó en mis manos. Seis mil de sus guerreros, los únicos que se habian salvado — huyendo delante de mis armas — vinieron á abrazar mis pies. Los llevé conmigo y los diseminé entre los habitantes de mi reino». Y esto no fué más que el comenzar. El rey iba de un distrito montañoso á otro, á través de regiones fragosas é intransitables. La victoria seguía sus banderas, aunque las marchas eran penosas, como nos dice él mismo en algunas frases sueltas. Ya, en efecto, manifiesta que tenia que abrirse camino con las hachas por en medio de espesos matorrales y de árboles corpulentos; ya escribe: «escalé altos y escarpados montes, cuyas

crestas eran agudas como el filo de una daga. Dejé mis carros y subí á la elevada cima»; ó esto otro: «mientras el terreno lo permitió, crucé en mi carro la montaña, y cuando ya no pude seguir, eché pie á tierra».

6. El rey se vanagloria de haber atravesado pendientes y desfiladeros donde ningún monarca había

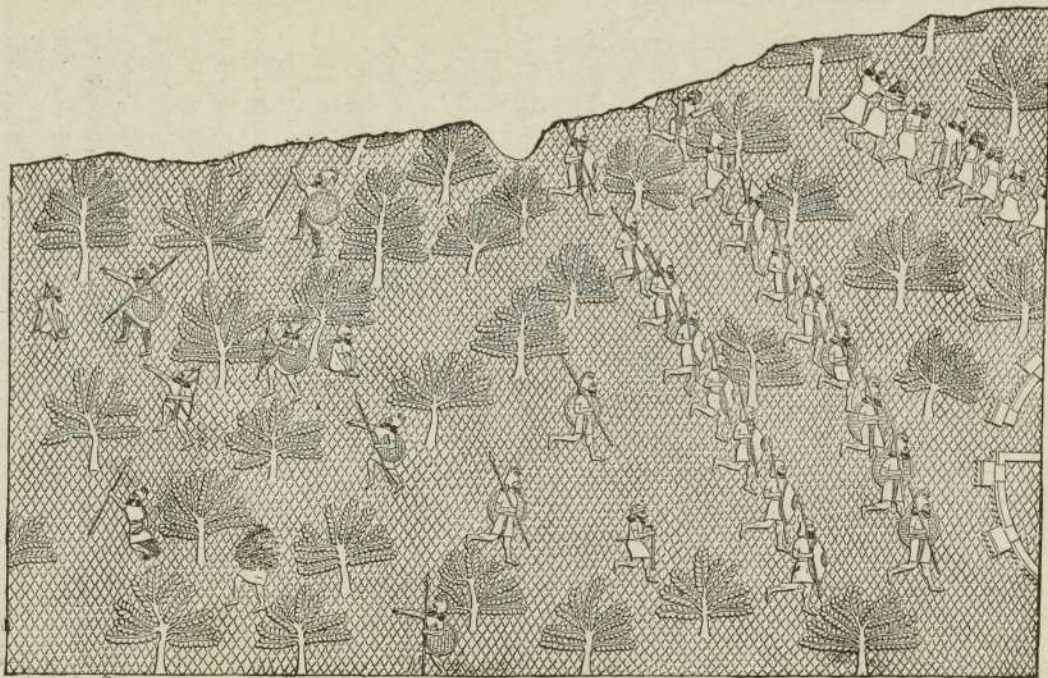


CONDUCCIÓN DE DIOSÉS CAUTIVOS.

(Perrot y Chipiez.)

puesto la planta hasta entonces, y de haber ganado alturas y cruzado regiones en que no se conocían los caminos. En verdad, parece ser el conquistador asirio que más se internó en las montañas armenias; muchos de sus sucesores siguieron sus huellas, pero ninguno avanzó tanto en aquella dirección; y sus repetidas campañas contra los pueblos que habitaban en las inmediaciones del Éufrates Superior y del Alto

Tigris tuvieron siempre el mismo resultado; los mismos desastres, terriblemente monótonos para los montañeses, monótonos hasta en la lectura; los mismos espantosos detalles, repetidos en frases frías, idénticas, como estereotipadas, que aumentan la impresión penosa que produce el cuadro de las devastaciones. Montañas, bosques, desfiladeros donde se hacían los cuerpos de sus defensores; cadáveres arrojados al Tigris ó arrastrados á él por sus afluentes; ciudades abrasadas y destruidas; palacios saqueados y reducidos á escombros; las familias de los reyes caídas en cautiverio con millares de sus súbditos, ó, si se sometían y su homenaje era aceptado, llevadas á Asiria como rehenes; descripciones minuciosas del botín, que consiste en caballos, ganado, planchas y barras de bronce, etc., etc., sin olvidar «los dioses» de los vencidos, he aquí resumida en breves palabras la larga inscripción triunfal de Tiglath-Pileser I. En la primera mitad de cada párrafo, se refiere la conquista de alguna provincia ó reino, y la segunda termina generalmente con frases como estas. «Invadí sus propiedades, quemé todos sus pueblos, les pedi rehenes, tributos y contribuciones»; ó «les sometí al pesado yugo de mi soberanía y les mandé que llevaran tributos todos los años á mi ciudad de Asshur»; ó «conquisté su país de un extremo á otro y lo agregué á mi reino»; ó finalmente, «les perdóné, les impuse tributos y los hice súbditos de Asshur, mi señor». En una comarca se apodera de sus «veinticinco dioses» y los lleva á «su ciudad de Asshur», colocándolos en los templos principales, movido, sin duda, del mismo impulso, por el cual reducía á esclavitud á los reales prisioneros y los incorporaba á su servidumbre.



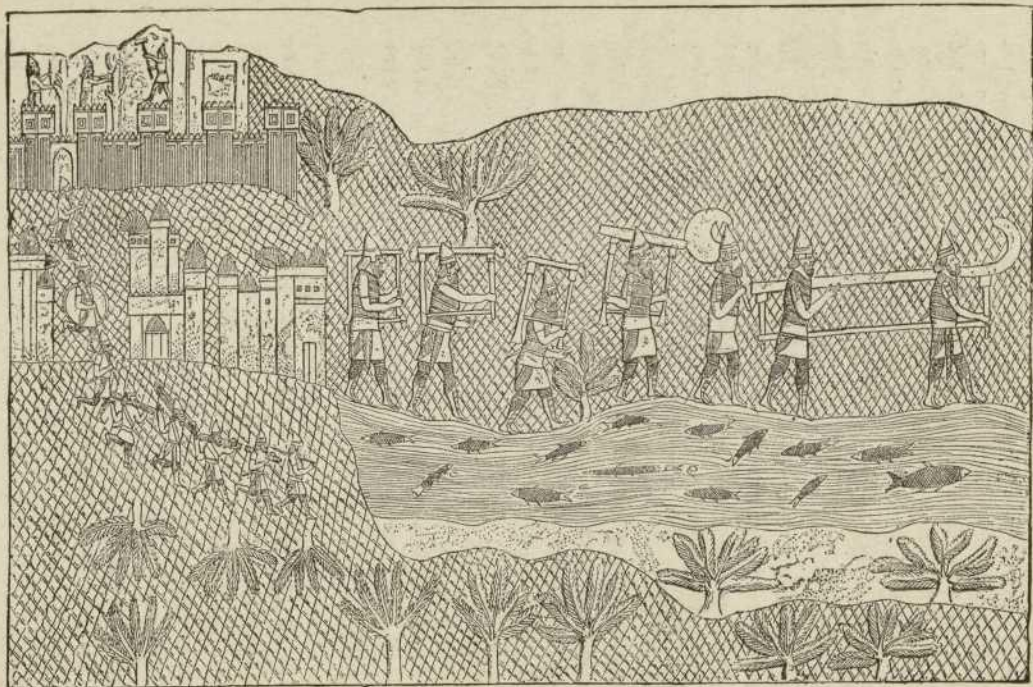
MARCHA DE UN EJÉRCITO ASIRIO Á TRAVÉS DE UN BOSQUE.

(Lenormant.)

Cat.
Fig. 2. C.
9 101 1. 1.

7. Hubo una expedición que debió ofrecer más dificultades y peligros que las demás, á juzgar por los detalles en que, al referirla, entra la inscripción y la extraña solemnidad del preámbulo, que es casi, en su mayor parte, una repetición del gran párrafo inicial. Tiglath-Pileser tuvo que luchar en ella, no contra tribus diseminadas ó pueblos separados, sino contra una coalición de casi todos los reyes de la tierra de Naíri. Cita á 23 de éstos, á los cuales se unieron más adelante otros 60, en junto 83. Aunque la misma importancia de esta cifra es una prueba de que los llamados «reyes» no eran en realidad sino caudillos de tribus montañosas (algo parecido acaso á los antiguos jefes de los «clanes» de Escocia), su unión, sin embargo, debió ofrecer un formidable contingente de fuerzas, especialmente en una comarca salvaje y escabrosa, poblada de matorrales espesos y árboles seculares y cuyos estrechos pasos, familiares á los naturales, eran desconocidos y peligrosos para los invasores. En este párrafo es donde Tiglath-Pileser consigna que ningún rey antes que él había puesto la planta en tales sitios. La relación entera de esta memorable campaña es tan viva y animada, abunda en tantos detalles característicos, que puede citarse, casi en su totalidad, como el mejor ejemplar de la primitiva literatura monumental de los Asirios.

«En aquellos días... Asshur, el señor, me mandó que me dirigiese, yo, que no conozco vencedor en la guerra ni rival en las batallas, aquél cuya soberanía es honrada en los cuatro extremos del mundo, contra los reinos independientes que hay en las márgenes del mar Superior, y le obedecí. Pasé á través de alturas impracticables y de desfiladeros donde ningún rey había puesto antes la planta. Crucé 16 altas montañas (cuyos nombres se expresan); fui en mi carro



SAQUEO Y DEMOLICIÓN DE UNA CIUDAD EN UNA REGIÓN MONTAÑOSA.
(Lenormant.)

hasta donde el terreno me lo permitiera; cuando fué inaccesible, me abrí camino con el hacha y construí puentes magníficos para el paso de mi ejército. Atravesé el Éufrates. Los reyes de... (aquí sigue la lista), 23 reyes de las tierras de Naíri, reunieron sus carros de guerra y sus huestes en medio de sus montañas y me presentaron la batalla. Con el impetuoso empuje de mi poderoso ejército los desbaraté. Semejante al rayo de Ramán, deshice sus numerosas huestes; como briznas de paja sembraron los cadáveres de sus guerreros las altas montañas y los muros de sus ciudades. Destruí en la batalla 120 carros de los 60 reyes de las tierras de Naíri, y de los otros primeros á quienes éstos habían venido á socorrer. Proseguí hasta el mar Superior. Tomé sus ciudades; me apoderé de sus bienes y propiedades; reduje á cenizas las poblaciones, las devasté, las arrasé y convertí en tierras para el arado. Traje de allí numerosas pjaras de caballos, potros, terneros é innumerables alhajas. Los reyes de las tierras de Naíri cayeron vivos en mis manos. Les perdoné. Cautivos y atados los conduje delante de Shamash, mi señor, y les hice jurar fidelidad á mis grandes dioses y que siempre les serian leales. Me llevé en rehenes á sus hijos, los continuadores de sus dinastías. Les impuse un tributo de 1.200 caballos y 2.000 toros, y los envié á sus respectivas provincias. Siri, rey de Dayaini (uno de los veintitrés), que no se quiso someter á Asshur, mi señor, fué llevado, prisionero y encadenado, á mi ciudad de Asshur. Aquí le hice merced y le despedí, después de jurar que sería un fiel y sumiso servidor de mis dioses. Conquisté las vastas tierras de Naíri en toda su extensión, y puse á todos sus reyes bajo mis pies».

Es imposible no fijar la atención en la extraordinaria blandura con que Tiglath-Pileser trató á los reyes de Naíri, la cual contrasta singularmente con los procedimientos sumarisimos que usaba de ordinario y parece revelar propósitos conciliadores. Pensó, sin duda, que no le sería fácil á Asiria emprender con frecuencia, en montañas bravías é inaccesibles, campañas tan arriesgadas como la que con tanta gloria acababa de llevar á cabo, y hubo de contentarse con imponer su alianza y exigir tributos á aquellos vecinos indómitos y acaso agresivos, sin intentar anexion-

narse su territorio ni dejarles sentir demasiado pesadamente la mano de Asshur, «mi señor».

8. Estas conquistas en el Norte, parece que fueron su principal ocupación y empresa más afortunada. Verdad es que se menciona, como de éxito muy liasonjero y resultados provechosos, otra expedición dirigida hacia el Sureste, á las avanzadas de los montes Zagros, pero no se da cuenta de ella con el énfasis de costumbre. Tampoco hablan las inscripciones con demasiada complacencia de otra campaña sostenida en el Oeste contra los «Arameos ribereños», merced á la cual extendió el poder de Asiria hasta el Éufrates, por la parte en que el río describe un arco inmenso cuya convexidad mira al Mediterráneo. Sin embargo, este párrafo es de gran interés, por nombrarse en él oficialmente por vez primera á un pueblo que estaba llamado á tener un brillante porvenir. Pocos siglos, en efecto, después de la época de Tiglath-Pileser I, los Arameos, gentes de pura raza semita, ocupaban todo el territorio de la moderna Siria, formando un solo reino, del cual Damasco, ciudad hittita en su origen, fué la capital. Y he aquí una de las pocas ciudades del mundo que nunca han perecido por completo. Centro esencialmente semita, conservó su esplendor y posición preeminentes durante toda la antigüedad; en la Edad Media, al fundar los Árabes—semitas también—llevados de ardiente proselitismo su vasto Imperio, Damasco fué uno de sus centros más importantes, no muy inferior á Bagdad mismo por su poder y civilización; más adelante, cuando los bárbaros Turcos inundan como un torrente todas las provincias del Asia occidental sometiéndolas á su yugo, Damasco sobrevive, y hoy es aún una ciudad principal. Cuenta, pues, 3.500 años,

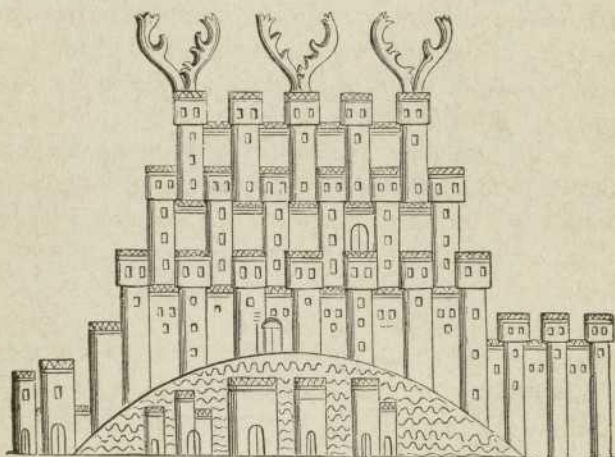
por lo menos, de existencia continuada, antigüedad de que acaso no puede jactarse ninguna de las poblaciones que están en pie. Aunque no fundada por los Arameos, á ellos les debe su grandeza, pues en la fecha á que nos referimos, hacia el año 1120 antes de J. C., los «Arameos ribereños», cuyo territorio invade de pasada el conquistador asirio, cruzándolo para caer rápida y repentinamente sobre el país de los Khatti, donde sorprende y «aniquila á Karkhemish en un solo día», vemos que no eran más que una tribu importante que no se había atrevido á pasar el río protector. Evidentemente, fueron los sucesores de los Hittitas en la región que llamamos Siria, avanzando á medida que los últimos retrocedían, pisándoles materialmente los talones y ocupando sus terrenos y ciudades tan pronto como ellos los evacuaban en su movimiento de retirada, en busca de las montañas.

9. Después de haber referido mas ó menos minuciosamente cada una de sus campañas, Tiglath-Pileser resume el resultado en unas cuantas líneas, concisas, pero expresivas, cuya sencillez, exenta de los adornos acostumbrados, no carece de verdadera grandeza:

«Cuarenta y dos provincias y sus príncipes, desde más allá del Zab inferior y los montuosos y distantes distritos hasta la tierra de los Khatti, detras del Éufrates, y hacia el mar Superior, por donde el sol se pone (el Mediterráneo, por encima de las bocas del Orontes) cayeron en mi poder, desde el primer año de mi reinado hasta el quinto. He hecho que hablen una misma lengua, recibido sus rehenes é impuéstoles tributos».

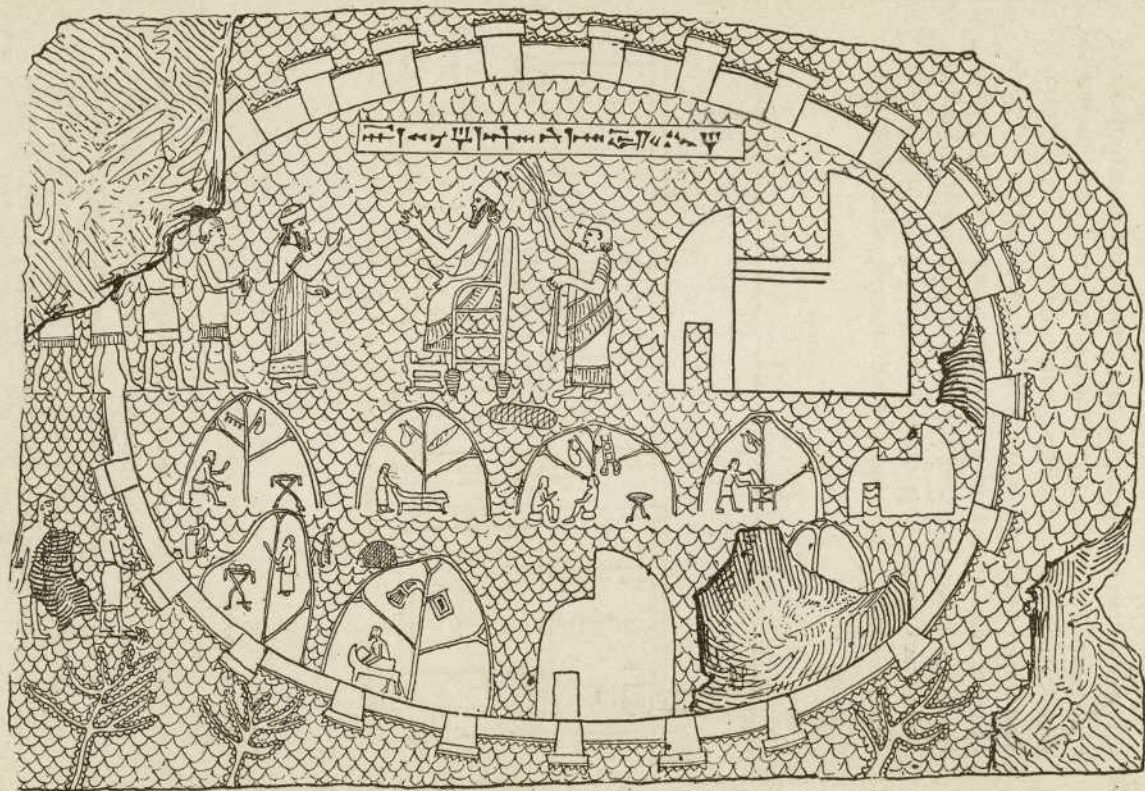
10. Hasta aquí el guerrero y el conquistador. Pero hay otra fase del carácter de Tiglath-Pileser I, que

se describe con el mismo vigor y colorido en la inscripción inapreciable que hasta ahora nos ha servido de guía. Muéstranos, en efecto, dicho monarca como un soberano prudente, que dedica sus horas de descanso á obras de paz y á aumentar el poder de su país. «He construido, dice, más carros y yugos que había antes y los he provisto de troncos de caballos. Á la tierra de Asshur agregué tierras; á mi pueblo



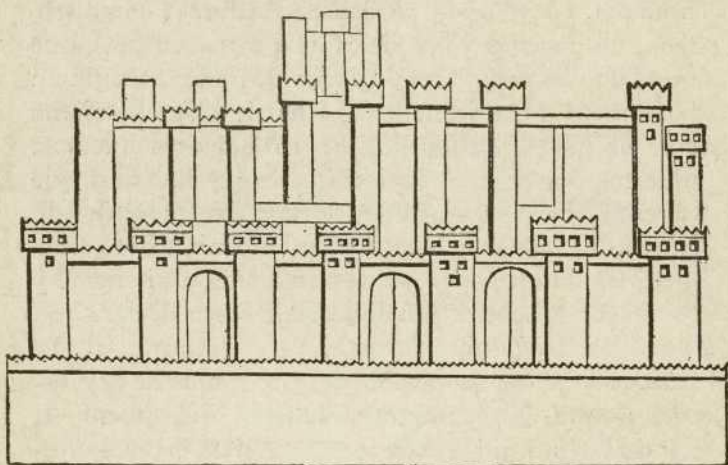
BAJO RELIEVE DE UNA FORTALEZA ASIRIA.

agregué pueblos; mejoré la condición de mis súbditos; les hice vivir en casas propias». Añade, que restauró castillos, inundó la Asiria de graneros reales y reunió en rebaños «como si fuesen manadas de ovejas», gatos monteses, ciervos, antilopes, que había hecho capturar en los bosques de las regiones montuosas por donde pasara; estos animales se multiplicaron, proporcionándole víctimas escogidas que sacrificar en los altares de los grandes dioses. Ni dejó de ocu-



INTERIOR DE UNA FORTALEZÁ ASIRIA.

parse en el embellecimiento de la capital y en general de todo el reino. En sus mismas marchas tuvo tiempo de admirar los hermosos árboles de las selvas, disponiendo que los cortasen, transportaran á Asiria y plantaran en los jardines y parques reales. Menciona el cedro y otras dos clases de árboles, cuyos nombres han sido descifrados, pero cuyas espe-



ASPECTO DE UNA FORTALEZA
según un bajo relieve.

cies no han podido ser identificadas: «... estos árboles, que no conocieron mis antepasados, los traje é hice plantar en los jardines de mi país; también traje y planté en los jardines de Asiria preciosas parras».

II. El rey, asimismo, nos habla de la caza, su pasión favorita, á la cual debió dedicarse en grande escala en sus varias expediciones. En todas las comarcas que visitó, y hasta en la misma Asiria, había leones y animales salvajes, distintos según las regio-

nes, de tal modo, que la abundancia de la caza era tan ilimitada como el ardor del cazador en perseguirla. Es evidente que los triunfos en este ejercicio los reputaba Tiglath gloriosos y dignos de la majestad real; los refiere con orgullo y los atribuye al favor de «sus patronos» Nineb y Nergal, las dos deidades tutelares de la guerra y de la caza, especialmente Nergal, que tenía por emblema el león alado con cabeza humana. Llevó á «su ciudad de Asshur», como trofeos, los cuernos y las pieles de 4 toros salvajes, que mató con su propio arco y lanza de punta acerada en la frontera de la tierra de los Khatti, é hizo lo mismo con las pieles y colmillos de 10 elefantes machos, muertos por él en el desierto, y con 4 elefantes que cayeron vivos en su poder. «Bajo los auspicios de Nineb, mi patrón», dice, «en mi juvenil ardor, en la plenitud de mi poder, maté 120 leones á pie firme y 800 desde mi carro. Enriquecí mi botin de caza con toda clase de bestias y aves».

12. Tanta fué la pasión de este monarca por las curiosidades de la historia natural, que cuando el rey de Egipto quiso estrechar su amistad con él ofreciéndole cortésmente algunos regalos, no halló nada mejor que enviarle que «un gran animal acuático»—seguramente un cocodrilo—y «otros animales del gran mar». Este curioso incidente, sin embargo, no lo conocemos por el propio Tiglath-Pileser I; tenemos noticia de él por un fragmento de una inscripción posterior, en que otro conquistador famoso recuerda las glorias de su insigne predecesor. Aunque muy concisa, esta segunda inscripción reproduce los rasgos esenciales de la primitiva y hasta agrega algunos detalles, siendo el más interesante de todos el hecho que menciona de haberse «embarcado Tiglath en las

naves de Arvad y matado un... (quizás un delfín) en el gran mar». Ahora bien, Arvad ó Aradus es la más septentrional de las ciudades fenicias, situada en la costa del Mediterráneo, en la parte que los Asirios llamaban el «mar Superior, por donde el sol se pone», y resultaría de este pasaje que, nuestro rey fué el primero de su nación que llegó hasta el mar. De lo que sabemos de él, es fácil deducir que le halagaría mucho el embarcarse y el pescar, ya como demostración política, especie de toma de posesión del nuevo elemento, considerado hasta entonces como patrimonio de los Canaaneos que habitaban sus costas, ya como ocasión oportuna de satisfacer su amor á los ejercicios corporales en un nuevo campo. Debíó ser una fiesta memorable y desearía uno haber presenciado semejante espectáculo, que realzarían las magnificencias de los trajes orientales, desplegadas en todo su esplendor, y el azul brillante de aquel mar y aquel cielo, verdaderamente maravillosos.

13. Hemos visto á Tiglath-Pileser I en el apogeo de su poder y de su gloria, sintiendo admiración por sus heroicas y brillantes cualidades personales; y no sin pena sabemos que al fin de su reinado quebrantóse aquel poder y se oscureció esta gloria. Como los demás reyes asirios, de quienes poseemos recuerdos, sostuvo guerras con los Babilonios, y en éstas no fué nunca afortunado. Aun durante el período de la más alta prosperidad de Asiria, cuando el éxito coronaba todas sus campañas en el Norte, el Este y el Oeste, sus armas fueron con frecuencia humilladas duramente en el Sur, cosa que no debe sorprendernos; porque Babilonia, antes su metrópoli y maestra, era su igual en las artes de la paz y de la guerra, su igual, si no su superior, en cultura. Sin embargo,

desde que Tukulti-Nineb I habia entrado triunfalmente en Babilonia, llamándose á si mismo «conquistador de Kar-Dunyash», la monarquia más moderna aspiró siempre á la supremacia sobre la madre patria, y estas pretensiones fueron reconocidas, según se cree, la mayor parte de las veces. De otro lado, los reyes de Babilonia aparecen repentinamente desde aquella misma época con nombres semitas, en vez de los Accadienses ó Coseanos que se habian sucedido uno á otro en una larga linea, y esto autoriza á creer que los conquistadores asirios ayudaron á un cambio de dinastia favorable á sus intereses. Alguna clase de alianza, alguna forma de homenaje, debieron exigirles, aunque los documentos no nos dan luz ninguna acerca del particular, porque vemos que se habla de «los tributos» de Babilonia, y cuando los reyes de Asiria bajan al Sur, es generalmente para reprimir lo que ellos se complacen en denominar una «rebelión». De cualquier manera, los reyes de Babilonia no dejaron nunca de afirmar su independencia, colocándose alternativamente, según las circunstancias lo permitian, ya en actitud de simple defensa, ya en actitud de verdadera agresión con intervalos de sumisión y forzosa inactividad, si la suerte de las armas les era por mucho tiempo contraria.

Las relaciones de las dos monarquias de la Mesopotamia durante los 600 años que transcurren entre la primera conquista y su última lucha por la existencia, puede compararse á una interminable partida de juego que ofrece vicisitudes continuas, en la cual los contendientes, cuando más seguros se creen de la victoria, experimentan una derrota repentina, y cuando parecen más irremisiblemente perdidos, se levantan briosos en busca del desquite. Á Tiglath-

Pileser I, como á su antecesor Tukulti-Nineb I, después de haber obtenido ventajas importantes, le llegó el turno de perder, y también como este último, hubo de dejar en manos de su adversario un trofeo que el renombrado Sennacherib, cuando avasalló á Babilonia 400 años más tarde, recobró al mismo tiempo que el anillo-sello del primer conquistador. En este caso, como en el de Tukulti, solamente por Sennacherib sabemos algo del desastre, que este monarca yengó al cabo. Parece que Tiglath-Pileser, que en casi todos los párrafos de su gran inscripción revela sentimientos religiosos profundísimos, mostrándose tanto ó más orgulloso de haber construido y restaurado templos que de sus empresas belicosas, llevó consigo á su campaña de Babilonia las estatuas de su dios favorito Ramán y de su consorte, la diosa Shala, y que «el rey de Accad» se apoderó de ellas, y «las hizo conducir á rastras á Babel», de donde las trajo Sennacherib, restituyéndolas á su templo.

14. Lo dicho completa las noticias, tan extraordinariamente detalladas, que tenemos acerca de Tiglath-Pileser I, hecho debido principalmente á su deliberado intento de transmitir las á la posteridad, colocando cuatro copias de su extensa inscripción en los cuatro ángulos del edificio más importante que construyera: «Para lo sucesivo, para lo futuro, para siempre», exclama al terminar su relato. La poderosa figura del rey guerrero se destaca más colosal é imponente, semejante á una estatua primorosamente labrada y vista, sobre un fondo negro, bajo un rayo esplendente de viva luz; porque todo es oscuridad en torno suyo, donde sólo algunas vagas sombras se dibujan. Como nada se sabe de sus antecesores, á excepción de algunas noticias incompletas relativas

á Asshur-Ubalit y Tukulti-Nineb, por igual manera, nada se sabe de sus sucesores, en el espacio de dos centurias. Su nombre tiene para nosotros el valor de una revelación. Suyo es el primer recuerdo histórico y literario importante que se ha encontrado en las ruinas asirias; suyo el primer monumento asirio que conocemos; después de él, húndese la mirada en densas tinieblas. No se ha descubierto ninguna reliquia artística del periodo subsiguiente, y en cuanto á la historia, sólo se ha logrado averiguar los nombres de algunos monarcas (posteriores casi en doscientos años), que son para el historiador como fantasmas sin realidad. «Nada se sabe al presente de la historia de estos reyes», dice Mr. Rawlinson en sus «Cinco Monarquias». No hay inscripciones históricas pertenecientes á su época; ningún acto suyo se registra en las inscripciones de los soberanos posteriores. Iérguense en nuestra presencia simplemente como sombras colosales, prueba de las veleidades de la fama póstuma, que es casi tanto la obra de la casualidad como la recompensa otorgada al mérito superior»¹. Estas reflexiones impresionan sin duda el ánimo. Pero ¿son verdaderamente oportunas? ¿Se trata en realidad de «sombras colosales», de reyes insignes, cuyos hechos gloriosos han caído en el olvido más absoluto? La grandeza, cualquiera que sea su clase, el éxito, aun siendo fugaz, generalmente sobreviven bajo una ú otra forma, dejan algún rastro ó memoria, surgen espontáneamente en las relaciones de épocas posteriores, si por acaso faltan monumentos contemporáneos. Los reyes asirios, por atentos que estuviesen á la ejecución de empresas propias y por dados que fueran á la glorificación de sí mis-

¹ *Five Monarchies*, vol. II, pág. 336.

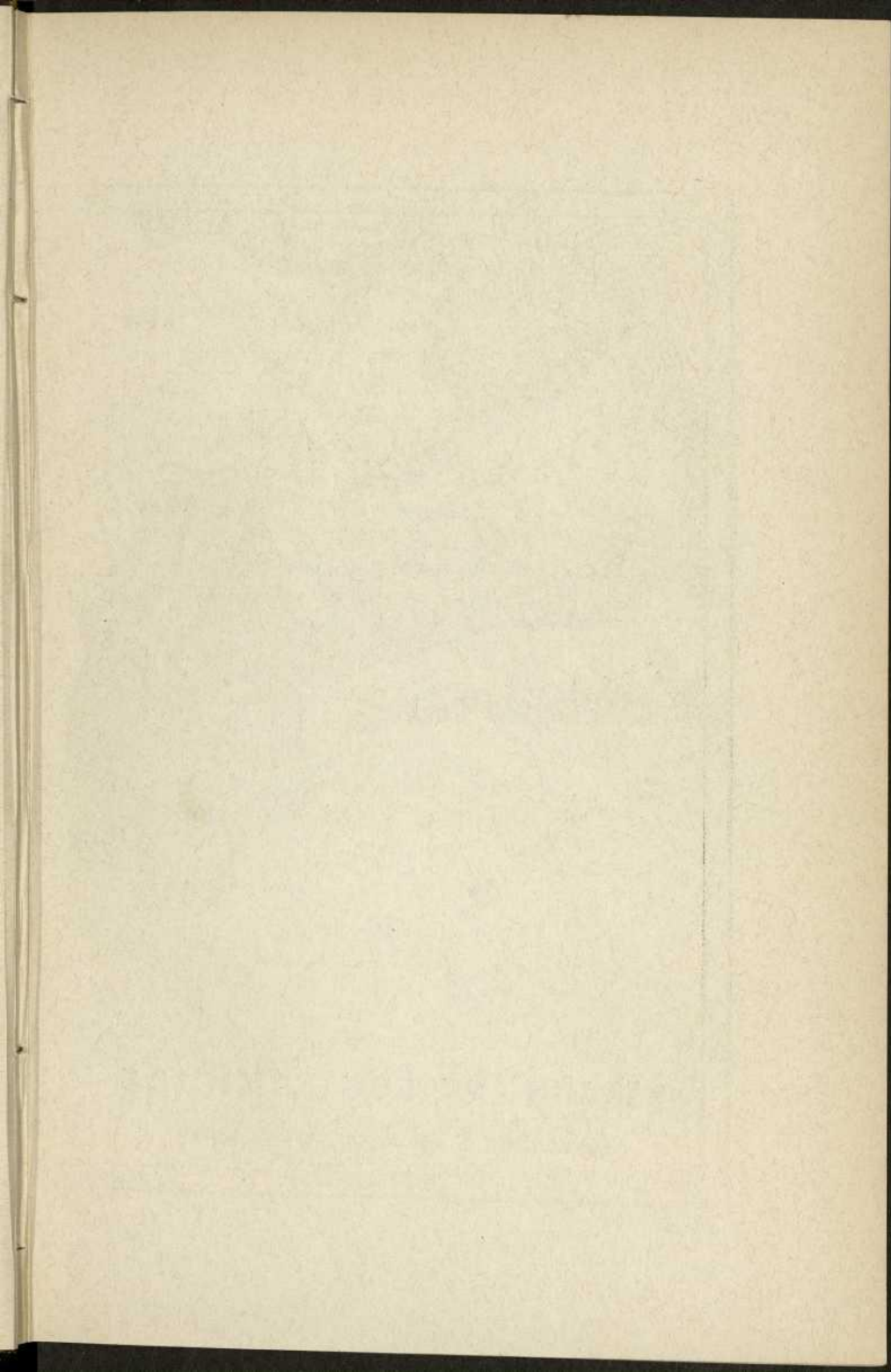
mos, según resulta de su literatura monumental, no se olvidaban de sus más eminentes predecesores, y con frecuencia recuerdan sus títulos y merecimientos con respeto y admiración, ó, por lo menos, refieren aquellos sucesos, conforme se ha podido ver, que tienen alguna conexión con otros de su reinado. Que no se haga mención póstuma, por espacio de los dos siglos siguientes, del poder tan sólidamente establecido por Tiglath-Pileser I, es más bien para nosotros una prueba decisiva de que, durante ese tiempo, no hubo nada digno de ser especialmente recordado, ni en punto á acontecimientos, ni en punto al carácter personal de los reyes; nada digno de fijar la atención de la posteridad, nada que rompiese la rutina, monótona en su variedad, de guerras sin importancia, partidas de caza, edificaciones y gobierno despótico, que constituía la ocupación propia de un monarca asirio.

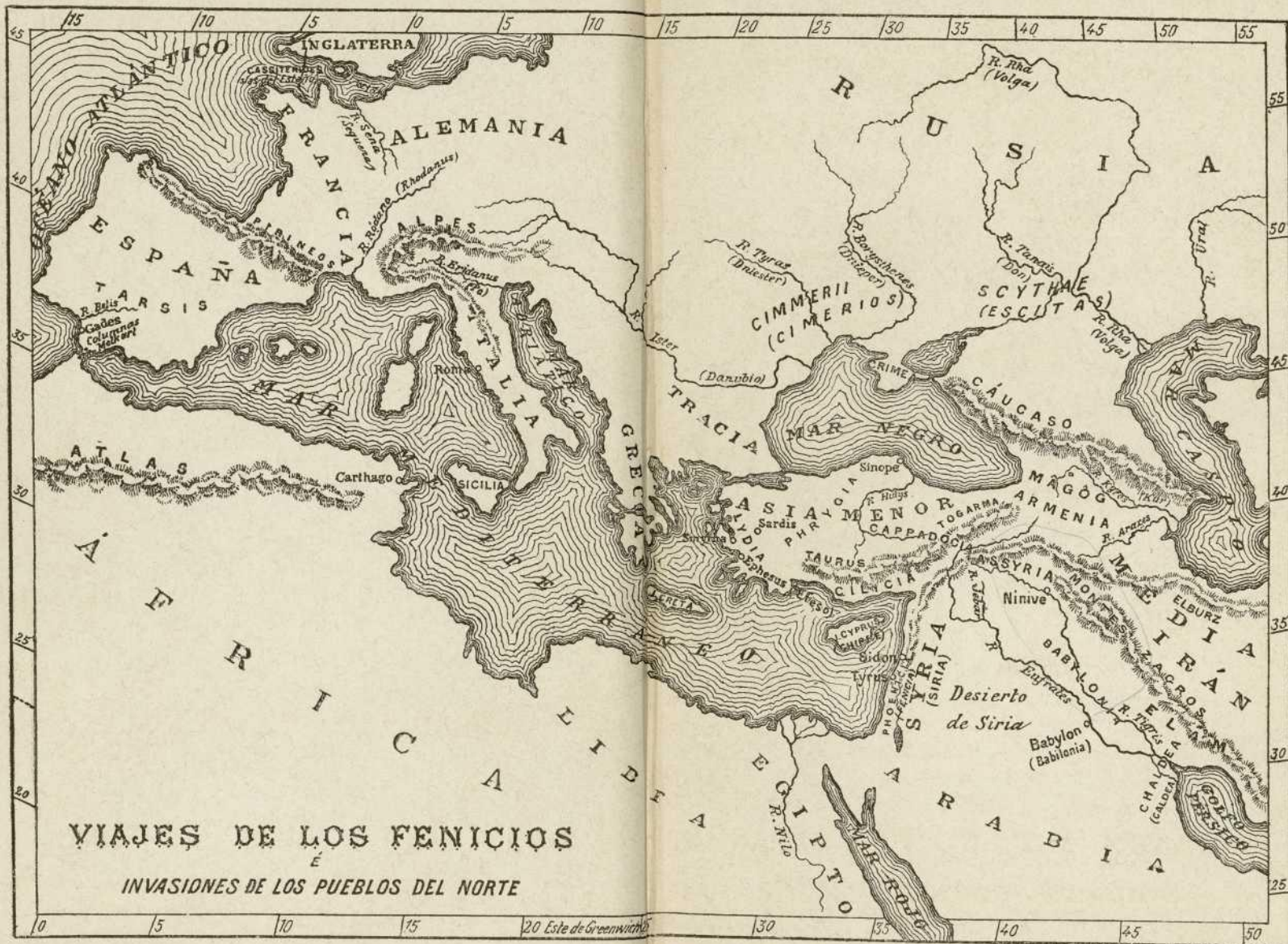
15. De cualquier manera, Tiglath Pileser I personifica para nosotros el primer periodo de la elevación y grandeza de Asiria, al cual se da el nombre de «Imperio antiguo ó primitivo», porque la línea de soberanos que lo fundan, se perpetúa, aparentemente sin interrupción y así es lo probable, durante 800 años. Este hecho notable es indicado por el mismo Tiglath-Pileser, que después de nombrar en el párrafo de su magna inscripción, dedicado á su real genealogía, á su padre y abuelos más inmediatos hasta la cuarta generación, menciona á sus antepasados más remotos, Ishmidagán y Shamash-Ramán (llamados *patesis*, no reyes de Asiria), atribuyendo al segundo la construcción del templo de Ramán que él se alaba de haber levantado de nuevo con más magnificencia y esplendor. Es evidente que bajo su mando, y

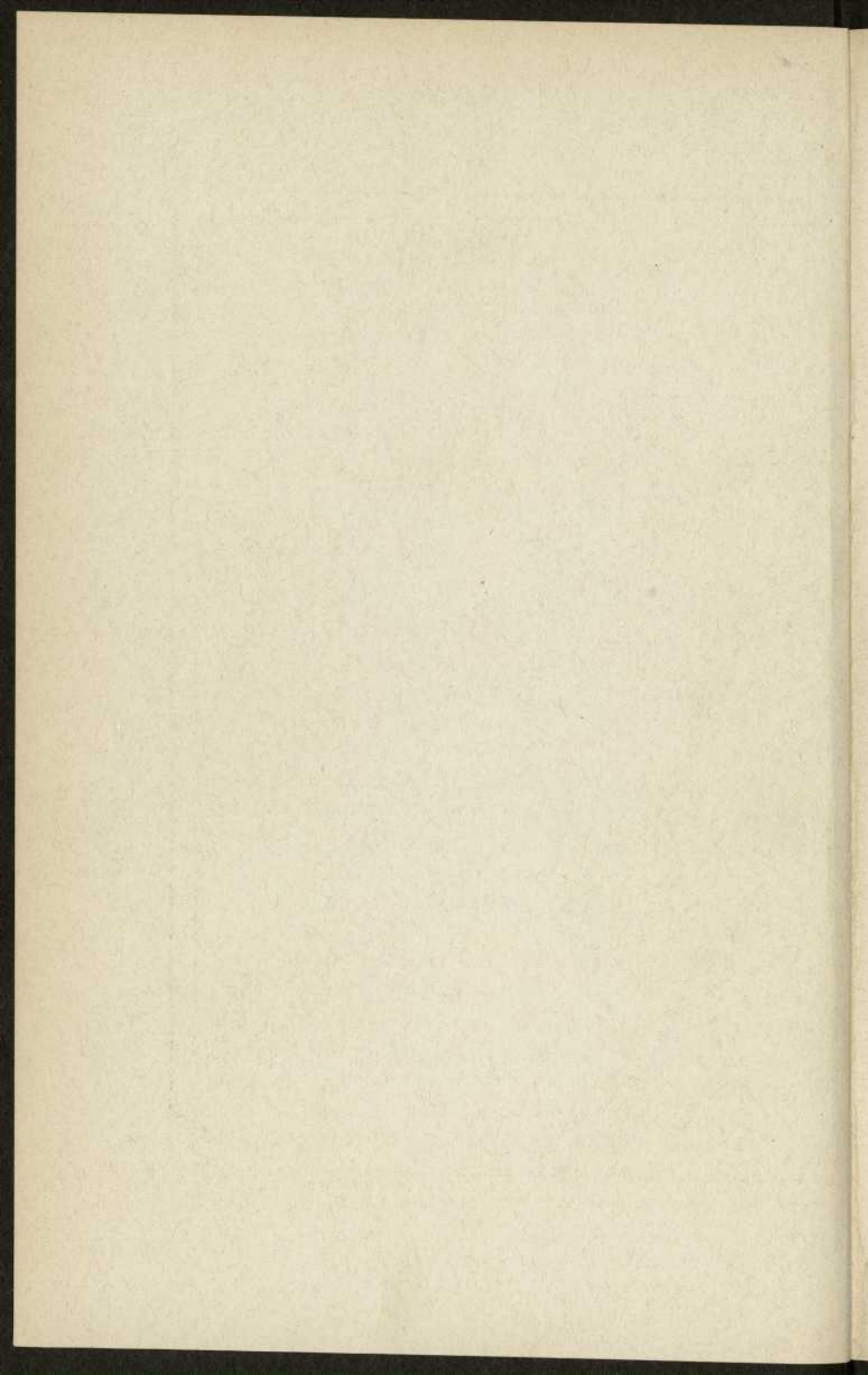
principalmente por sus esfuerzos, Asiria alcanzó su extensión y límites naturales. En el Norte, la efigie esculpida del conquistador, austera é imponente, parece indicar, como frontera ganada en definitiva para el Imperio, la línea que va de las fuentes del Tigris á las escabrosas montañas conocidas después con el nombre de montes Niphates (Montes Nevados). Por el Oeste, el límite natural parece ser el Éufrates, mientras al Este, la cadena de los Zagros es una barrera indiscutible. Por el Sur, aunque la línea del aluvión sea una separación natural, la frontera debió variar por la frecuencia con que cambiaba el estado de relaciones entre Ninive y Babilonia. Mr. Rawlinson, para distinguir esta región de aquellas otras que los Asirios conquistaron simplemente y sometieron á su poder, la define diciendo que es «la comarca que actualmente se denomina Asiria», la cual está cubierta de restos indudables de habitaciones y ciudades asirias. El mismo autor continúa:

«Si es lícito señalar á Asiria los límites susodichos, debió tener una extensión no sólo mucho mayor que la Caldea ó Babilonia, sino realmente considerable. Extendiéndose entre el 38 y el 34 paralelos, tuvo una longitud, en sentido diagonal, de 350 millas y una anchura, desde el Éufrates á los montes Zagros, que variaba de 300 á 170; su área no bajaba probablemente de 75.000 millas cuadradas, siendo superior á la de las provincias alemanas de Austria ó Prusia, más del doble que la de Portugal y no mucho menor que la de la Gran Bretaña, Asiria, pues, por su misma extensión se vió llamada á desempeñar un papel importante en la historia, con tanto más motivo cuanto que, en el período de su apogeo, casi ninguna de las naciones con que estuvo en contacto tenía un territorio tan vasto» 1.

1 *Five Monarchies*, vol. I, pág. 227.







III.

LOS DESCENDIENTES DE CANAÁN: SUS EMIGRACIONES. LOS FENICIOS.

1. Cuando leemos que Tiglath-Pileser I se embarcó un día memorable en las naves de Arvad y mató un gran animal marítimo, hay en este suceso algo impropio, algo que involuntariamente provoca una sonrisa, como si se tratara de un pueril entretenimiento. Sientan tan mal estos honores marítimos al héroe de cien batallas campales, al afortunado invasor de regiones montuosas, desconocidas é intransitables, y era Asiria un poder tan eminentemente continental, que su rey y su ejército parecen estar fuera de su sitio en la playa, en medio de un pueblo de marineros y comerciantes. En todo caso, no fué esto más que una excursión pasajera, una visita militar, y los mercaderes fenicios que en aquella ocasión no vacilaron en obsequiar al regio huésped y rendirle cortés homenaje, que iría acompañado, sin duda, de ricas dádivas, no dieron probablemente al suceso la menor importancia, ni sospecharon que no estaba muy distante el día en que la férrea dominación de Asshur pesara sobre sus suntuosas ciudades, sus depósitos y astilleros, sus almacenes y fac-

torias, manteniendo á sus descendientes en dura y prolongada sumisión. Los Asirios, uno de cuyos rasgos más salientes era una avaricia insaciable, no podían olvidar aquella riqueza sin límites, aquella extraordinaria prosperidad que deslumbrara, como un relámpago, sus ojos atónitos y codiciosos. Los Fenicios, en esta época, habían ya tocado al límite de su engrandecimiento, y mientras á sus huéspedes espontáneos les sorprendía y entusiasmaba la novedad de un barco y de una pesca marítima, ellos se extendían y reinaban soberanamente en el líquido elemento, tan lejos como lo permitían los conocimientos humanos en la materia y sus barcos los llevaban, unos y otros debidos á sus propios esfuerzos. La fecha en que se coloca el reinado de Tiglath-Pileser I, hacia el 1100 é inmediatos antes de J. C., es también la que se señala generalmente á la fundación de la colonia fenicia más remota y una de las más célebres é importantes, Gades (ahora Cádiz), en España, al otro lado del estrecho de Gibraltar. Para llegar hasta aquí, debieron tocar y establecerse antes en muchos puntos intermedios y transcurrir no pocas centurias, porque es muy largo el camino desde el golfo Pérsico al Océano Atlántico, y todos los autores convienen, de acuerdo con los mismos Fenicios, que el punto de partida de éstos fué un pequeño grupo de islas situadas en aquel golfo—«el Gran mar por donde el sol se levanta»—como dice la Geografía asiria.

Fundación de
Cádiz, ha-
cia el 1100
a. de J. C.

2. Este pequeño grupo de islas, conocidas ahora con el nombre de Bahrein, se halla cerca de la mitad de la orilla occidental del golfo, en la costa de la Arabia, donde, á todo lo largo del mar, el terreno es fértil y habitable, estando protegido por algunas

montañas contra los vientos ardientes de los arenosos desiertos interiores. Estos lugares fueron, según parece, la primera morada que se conoce de los Hamitas de Canaán, antes que se multiplicaran y separasen en las numerosas tribus que ocuparon todas las comarcas fructíferas y deliciosas de Siria, ejerciendo grandísima influencia en la suerte de los Hebreos, razón por la cual, la Biblia los menciona en particular (Véase Génesis, X, 15-19). Aquí y no sólo en las islas sino también en el litoral, debieron vivir durante siglos. Una de estas tribus hamíticas tuvo aún después suficiente importancia para recibir por separado el nombre de Punt ó Puna (el Phut ó Put del Génesis, X, 6), que las corruptoras influencias griegas cambiaron en Phenicia, y para haber sido personificada como uno de los hijos del mismo Canaán. Mantuvieron éstos su propia individualidad en la gran emigración occidental, mientras sus compatriotas tomaban su nombre genérico de la tierra de Canaán, donde se desparramaron, y su denominación especial de los distritos ó ciudades que habitaban. Los Puna fueron esencialmente una raza comercial, y eligieron para establecerse los sitios que ofrecían más ancho campo al desarrollo de sus instintos peculiares. Una rama importante de ellos se posesionó de la región más favorecida de la Arabia, el actual Yemen, la extremidad Sureste de la península, en el estrecho de Bab-el-Mandeb, y de la opuesta extremidad del África oriental, llamada hoy costa de los Somali; posición que les aseguraba el comercio del mar Rojo, del golfo Arábigo y aun el más distante del Océano Índico, y era, como lo es todavía, punto de partida y llegada para las caravanas, á lo que hay que agregar, que así el Yemen como el país de los Somali

abundan en ricos productos orientales, tales como maderas raras, incienso, especias, etc. En estas regiones vivieron y comerciaron los Puna, principalmente con los Egipcios, mucho antes que se oyera hablar de los Fenicios. No pocos creen que estos últimos fueron una rama que, andando el tiempo, separóse de aquellos y se dirigió hacia el Norte. Otros, por el contrario, opinan que el pueblo que se estableció en las costas de Siria fué el mismo de los Puna, el cual emigró, siguiendo un camino más septentrional, cruzando directamente el desierto sirio á partir de su antigua morada en el golfo Pérsico, de donde sus hermanos canaaneos habian salido antes que ellos, así que los encontraron construyendo ciudades y fundando comunidades. Debieron verse detenidos entre éstos y las tribus semitas que continuaban su vida nómada—algunas no la han abandonado todavía—hasta que, mediante la constante comunicación y los cruzamientos posteriores, se borraron las diferencias, contándoseles entre los hijos «de Canaán», y su primera capital, Sidón, se jactó ella misma de ser «la primogénita de Canaán».

3. Las emigraciones de razas son los acontecimientos de más interés que registra la historia de los tiempos primitivos, y aquellos tambien á los cuales, por su misma naturaleza, es más difícil señalar una fecha, aunque sólo sea aproximada. Las razas generalmente emigran cuando se hallan en un estado de cultura que no les permite aún levantar monumentos, y la creación de monumentos requiere tiempo. Ocurre que, en cierto momento, se menciona á un pueblo en cualquiera inscripción que se debe á otro más adelantado, y esta es la primera vez que se oye hablar de él. Todo, pues, lo que podemos decir es:

«en tal tiempo estaba en tal parte, he aquí la prueba»; pero ¿desde cuándo? Esta es una pregunta imposible de contestar la mayor parte de las veces. Sin embargo, en algunos casos favorables hay indicaciones indirectas que autorizan á colocar el suceso dentro de un periodo de dos siglos, poco más ó menos, y esta es una aproximación más que suficiente, dada la distancia que de él nos separa. Ahora bien, en el Génesis (cap. XII, 5-6), donde se dice cómo Abraham, con su mujer, Lot, el hijo de su hermano y toda su familia y bienes, se partió de Harrán hacia el Sur, llegando á la tierra de Canaán, leemos esta corta línea: «y los Canaaneos estaban *entonces* en la tierra». El adverbio *entonces* parece implicar que no llevaban mucho tiempo en ella. Sea que hubiesen vivido como los Hebreos en las tierras de Shumir mismo, sea que se hubieran encerrado en las fértiles regiones bañadas por el golfo, parece que precedieron á los Hebreos en su emigración occidental. Según una tradición, se vieron precisados á abandonar su país á consecuencia de la enemiga del rey de Babilonia. La fecha que así queda indicada se corresponde casi exactamente con la famosa conquista elamita de Khudur-Nankhundi, la cual tenemos que recordar á cada paso, y no es improbable, en este supuesto, que la dispersión de los Canaaneos, como la emigración de los Hebreos y semitas Asirios, fuese motivada por el choque de la invasión, que debió dejar sentir su influencia en un círculo muy vasto (aun antes de llegar al mismo mar Muerto, bajo el emprendedor Khudur-Lagamar) ¹ hasta arrojar á los Hiksos sobre Egipto, como hemos visto en el capítulo primero. En la irrupción de los Hiksos, el

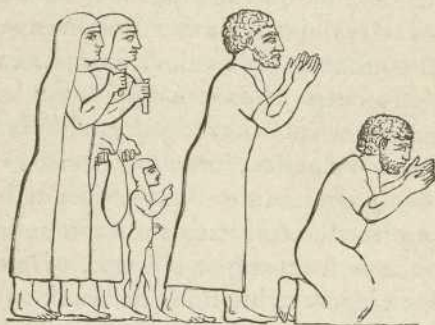
1. Véase *Story of Chaldea*, pág. 221.

elemento canaaneo, sobre todo el hittita, estaba poderosamente representado, tan poderosamente como el mismo semita, y ambos obraron de concierto hasta el punto de no podérseles distinguir, cosa nada sorprendente por las muchas y extrañas afinidades que siempre han existido entre las dos razas de Sem y Ham y la facilidad con que se han amalgamado, como impelidas por una mutua atracción. Así, todo concurre á demostrar que la invasión elamita fué uno de los acontecimientos más importantes y mejor comprobados de la remota antigüedad, y el punto de partida de grandes revoluciones que influyeron en el mundo oriental, trascendiendo á comarcas muy distantes de aquellas en que nació el impulso, y determinando el estado de cosas que hasta nuestra época se ha considerado como el más lejano de que la historia podía dar testimonio. Nada era lícito asegurar hasta ahora con anterioridad al año 1000 antes de J. C., y por extraordinario que les parezca á algunos, todo el espacio de tiempo que hemos ganado en nuestro progreso retrospectivo, se debe al trabajo del pico y de la azada en los últimos 30 ó 40 años.

4. Hemos visto ¹ que es ley de la historia el que ninguna región se encuentre desierta cuando la ocupa alguna raza invasora ó emigrante. Tampoco hay ninguna raza, por largo tiempo que se halle establecida en un país y aunque ella misma se crea indígena, de la cual no se pueda decir que ha venido de alguna otra parte, si es posible remontarse lo bastante en el curso de su historia. Por tanto, detrás de cada cosa comprobada está la inmediata desconocida, que podremos ó no podremos averiguar, puesto que nadie es capaz de predecir *dónde* está el límite de los

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 221.

conocimientos y descubrimientos, aunque es cierto que ese limite *existe* en cada rama y dirección del saber. Cuando seguimos en sus viajes á las razas emigrantes, nos encontramos frecuentemente con pueblos cuyo pasado se oculta á nuestras miradas, y los mismos nombres que les dan los recién llegados nos demuestran que fueron para ellos un problema tan oscuro como para nosotros. Así se nos dice «que Palestina no estaba desierta cuando la ocuparon los Canaaneos». La mayor parte de sus ciudades estaban



REPRESENTACIÓN ASIRIA DE UNA FAMILIA HEBREA

(según Layard).

ya construidas y las comarcas circunvecinas habitadas por una población numerosa, que fué ó exterminada ó forzada á huir por los invasores. Algunos restos, sin embargo, de las razas primitivas existían aún cuando los Israelitas conquistaron el país. Algunos de los nombres con que la Biblia designa á las razas primitivas de Palestina denotan hombres de alta estatura y gran vigor, y así la tradición popular, en edades posteriores, los apellida «gigantes»¹. Tales fueron los *Anakim*, los *Emim* (este últi-

¹ Franc. Lerormant.

mo nombre significa «los terribles», los «formidables»); tal también el pueblo que los Canaaneos llaman *Zurim* y *Zamzummim*, nombres que indican sencillamente que hablaban un lenguaje que sonaba en los oídos extranjeros como una monótona jerga, como un zumbido ininteligible. Los últimos restos de estas razas primitivas fueron destruidos por los Hebreos, pero aun eran bastante numerosos y la relación bíblica nos los representa como suficientemente terribles para inspirar á los nuevos conquistadores más temor que las naciones canaaneas que acababan de desalojar. Cuando Moisés envía 12 hombres de su confianza y de valor, uno por cada tribu, y «todos jefes entre ellos», á «explorar la tierra de Canaán» y á «ver esta tierra, qué pueblo la habita, si son vigorosos ó débiles, muchos ó pocos», vuelven desalentados y declaran á Moisés y las tribus reunidas que «no pueden combatir contra aquellas gentes, porque son más fuertes que ellos»... «Hemos visto, dicen, á los gigantes, los hijos de Anak, que vienen de los gigantes, y en su presencia éramos á nuestros propios ojos como langostas, y esto mismo éramos á sus ojos» (Núm., XIII). Y de la tierra de los Moabitas, situada junto al mar Muerto (en la costa meridional) se dice más lejos: «Antiguamente vivían en lo interior los Emim, que eran muchos y altos y corpulentos, que también fueron llamados gigantes, como los Anakim, pero los Moabitas les dieron el nombre de Emim»; y refiriéndose al pueblo que precede á los Ammonitas, algo al Norte del territorio de los Moabitas; «... los Ammonitas los llamaron Zamzummim, hombres de alta estatura y corpulentos y muchos en número, como los Anakim, pero el Señor los destruyó y ellos (los Ammonitas) les reem-

plazaron y se establecieron en su país» (Deuteronomio, II, 10-11, 20-21). De hecho, el vigor físico de aquellos últimos descendientes de los dueños más antiguos del país llegó á ser proverbial: «¡Quién puede levantarse ante los hijos de Anak!» era una expresión corriente, y hubo necesidad de dos conquistas sucesivas, la de los Canaaneos y la de los Hebreos para destruirlos. El relato de la última concluye diciendo expresamente: «no quedó ninguno de los Anakim en la tierra de los hijos de Israel», excepto en algunos distritos de los Philisteos.

5. Ahora bien, cuando se formula la pregunta que se ocurre naturalmente: ¿qué razas primitivas fueron estas tan notables? ¿Bajo qué división de la familia humana deben ser clasificadas? Sólo por conjeturas podemos contestar. Si alcanzaron un alto grado de cultura, no dejaron tras sí ningún monumento, y el gran cuadro del capítulo X del Génesis no nos da ninguna luz; porque mientras enumera minuciosamente las ramas de la familia canaanea, guarda silencio acerca de sus predecesoras, que han sido llamadas con razón «las razas precanaaneas de Siria». Sin embargo, este mismo silencio es acaso una guía indirecta, porque evidentemente, es intencionado. No puede proceder de ignorancia ó inadvertencia, puesto que se cita á dichas razas frecuente y detalladamente en otras partes. Es voluntario y sistemático, como lo es el relativo á las divisiones negra y amarilla del género humano. Por esta causa, no parece improbable que perteneciesen á la raza amarilla, sobre todo, si recordamos las tradiciones que nos presentan á los turanies ocupando por espacio de muchos siglos el Asia occidental, y el hecho de que adondequiera que llega en el curso de sus emigraciones alguna de

las razas blancas, que son las únicas que la Biblia incluye en la descendencia de Noé, parece encontrar una población turani, de largo tiempo establecida.

6. De todos los «hijos de Canaán», los que alcanzaron más fama y cumplieron una misión histórica más importante y universal fueron los Fenicios. Conquistaron al mundo—al menos el mundo entonces conocido—no por la fuerza de las armas, sino por su industria y habilidad. Conocieron más países que ningún otro pueblo, porque eran los únicos que tenían naves y se aventuraban en el mar, en alta mar, perdida de vista la tierra. Fueron el lazo de unión entre las comarcas más distantes y los pueblos menos afines, los fundadores de esas amistosas relaciones que crea y estrecha el comercio, porque satisfacen mutuas necesidades. Fueron los primeros fabricantes en grande escala. Dieron, y tal vez es su mayor título de gloria, el alfabeto al mundo. Y todo, grandeza, poder, riquezas, misión histórica, lo debieron á una instintiva inclinación nacional de su entendimiento, y juntamente á las desventajas peculiares del territorio que ocupaban. Y no es que el suelo fuese improductivo, ó áspero y agreste. No hay acaso faja de tierra más fértil que aquella que se extiende entre el mar y la cadena del Libano. Pero es precisamente una faja tan estrecha, que las gigantescas montañas, coronadas de nieves eternas (Libano significa «montes blancos»), que la limitan no encuentran espacio bastante para poder ofrecer cómodo acceso desde la playa por medio de fáciles graderías naturales ó graciosos declives, como sucede en la falda oriental que mira á la llanura de Siria; sino que están cortadas casi perpendicularmente y erizadas de rocas salientes, que á veces penden sobre la

misma orilla del mar. En la parte más ancha, la costa sólo tiene unas cuantas millas; así que las mismas corrientes de agua no son verdaderos ríos, sino torrentes impetuosos que se despeñan de las alturas. Nunca hubo pueblo con tan corto espacio para crecer y desenvolverse, tan imposibilitado materialmente de extenderse por ningún lado. Era como una copa que, una vez llena, sólo podía desbordar en el mar. Los puertos naturales eran numerosos y excelentes en todo lo largo de la costa, y en torno de ellos, los establecimientos de pescadores fenicios se convirtieron en ciudades activas y populosas, formando una especie de escala, con el promontorio del monte Carmelo al pie, y la isla y ciudad de Arvad en lo alto. Desde entonces, la línea de naves que recorrían el litoral sirio se detenían para recibir carga y pasajeros en todas las grandes estaciones marítimas de los Fenicios: Acre, Tur, Saida, Beirut, Djebel, son las antiguas Arko, Tiro, Sidón, Berytan, Gebal, cada una de las cuales era una ciudad independiente ó principado, con su territorio propio y aldeas sometidas, su rey y su consejo de ancianos, nobles y ricos; las separaban celos, envidias y rivalidades, que á veces estallaban en verdadera hostilidad, pero estaban unidas por los múltiples lazos de raza, lenguaje, religión, costumbres, instituciones y genio emprendedor, hasta que, andando el tiempo, desaparecieron las distinciones y todas las diferencias se borraron bajo el nombre colectivo de «Fenicios». Acosadas por la falta de tierra firme, estas comunidades tomaron pronto posesión del agua, y los Fenicios llegaron á ser los mejores marinos y constructores de barcos de la antigüedad; tuvieron casi tantas naves como casas, y debieron mirar el mar como su

verdadero domicilio, puesto que sus mismas habitaciones estaban levantadas más sobre el agua que en la tierra. Arvad fué edificada en una roca aislada, á alguna distancia de la costa; Tiro ocupaba un grupo de pequeñas islas, que se unieron artificialmente rellenando los estrechos poco profundos que habia entre ellas, y aunque el distrito más antiguo de la ciudad continuó en tierra firme, quedó reducido á la categoría de barrio, destinado á depósito y desembarcadero, mientras los palacios y los templos, los arsenales y los docks, adornaban los distritos insulares; el nombre no corrompido de Tiro es *Tsor*, la Roca. Sidón estaba situada en una pequeña península, unida á la costa por un angosto istmo; podia vanagloriarse de tener tres puertos, lo que era un lujo verdaderamente inusitado.

7. Durante el siglo iv ó v de la dominación de los Hiksos en Egipto, fué cuando las ciudades fenicias se elevaron á su más alto grado de poder, á lo cual hubo de contribuir no poco esta misma dominación que, ejercida por razas hermanas, debió crear condiciones muy favorables para su comercio. Fué entonces, sin duda, cuando Sidón obtuvo la preeminencia, que aunque no consistiese en una verdadera soberanía, es seguro que le confirió cierta jefatura ó supremacía efectiva, de donde provino que se arrogase el sobrenombre soberbio de «primogénita de Canaán», aunque algunas otras ciudades podían alegar mayor antigüedad; por espacio de mucho tiempo los extranjeros usaron indistintamente el nombre de «Sidonios» y el de Fenicios. El mismo nombre de Sidón parece indicar que los honores otorgados á esta ciudad tuvieron su origen en la abundancia que habia en sus aguas del molusco de donde se extraía la púrpura.

De todos los artículos exportados por el comercio fenicio, el que daba lugar á más pedidos y se cotizaba á precios más elevados, era la púrpura, invención exclusiva suya. Abastecían los mercados de otros géneros, muy apreciados, producto de su industria, pero ninguno se solicitaba tanto como éste. Trabajaban hábilmente los metales y fabricaban preciosos vasos, platos, jarros y toda clase de utensilios y adornos de oro, plata y bronce: su cristalería era tan famosa como lo es hoy la bohemia ó veneciana; sus telares no estaban ociosos. Pero en todas estas ramas tenían imitadores y rivales, que á veces les sobrepujaban. Así, los Egipcios producían en joyería verdaderas maravillas de arte y fabricaban también el cristal; otras muchas ciudades y comarcas podían disputarles el premio en punto á tejidos finos y ricas alfombras; pero los Fenicios descubrieron la púrpura, y guardaban codiciosamente su secreto. Ellos supieron hacer pasar la maravillosa sustancia por todas las gradaciones, desde el delicado carmesí hasta el rojo de sangre, desde el suave amatista al rojo más oscuro, de tal modo que los tejidos de lana más finos y costosos adquirían un valor décuplo al ser sumergidos en las tinas de sus tintoreros. La tela de púrpura de Tiro ó de Sidón llegó á ser el atributo casi indispensable de la realeza y la soberanía; se la empleaba para adornar los templos, y era la señal distintiva de los privilegiados de todas las naciones, hasta el punto de que las personas menos pudientes ó más económicas, como los Romanos de los últimos tiempos, que no podían soportar ó que condenaban tanto lujo, todavía adornaban el ribete de sus trajes con una franja de púrpura, más ó menos ancha, según su rango.

8. Nunca, ni antes ni después, ningún pequeño crustáceo — porque tal es el lugar humilde que en la escala de la creación le corresponde al dispensador de la preciosa sustancia tintórea — fué tan honrado ni desempeñó un papel tan importante en la vida de los poderosos de este mundo, si se exceptúa la ostra de la perla; pero aun esta misma, si es cierto que ha enriquecido á compañías y alimentado poblaciones enteras, no es posible decir de ella que haya sido causa de la fundación de grandes Estados, mientras el molusco de que hablamos *fué* realmente el autor de la existencia de Fenicia, que se debe, primero, á su descubrimiento, después y con más motivo, á su desaparición. La sustancia tintórea es un fluido segregado por él animalculo en cantidad casi microscópica, no dando cada crustáceo más que una pequeña gota. Ahora bien, se sabe que se necesitaban 300 libras de esta primera materia para teñir 50 libras de lana. Por tanto, los bancos de moluscos descubiertos, aunque abundantes, debieron acabar por agotarse, y cuando ya escaseaban, los pescadores persiguieron al crustáceo con sus botes á lo largo de la costa. Pronto se vió que toda la costa del Asia Menor abundaba en la pesca preciosa, y entonces se equiparon y enviaron barcos en su busca, como ocurre hoy con los buques balleneros. De este modo, de estación en estación, pescando, vendiendo, explorando, los Fenicios se alejaron al Norte, hasta el *Hellesponto*, y hubo más, según parece; en aquel tiempo, la especie particular de moluscos de que se trata, poblaba las aguas, no sólo de la costa asiática, sino de todas las islas que existen entre ésta y Grecia, las bahías, golfos y estrechos de esta península, el mar de Sicilia y la costa septentrional de África y la me-

ridional de España, en toda la extensión del Mediterráneo. Los Fenicios avanzaron, pues, cada vez más hacia el Occidente, en persecución siempre de su preciosa «primera materia», hasta que las costas de África y España les fueron tan familiares como sus propias playas. Así, el mismo insignificante animalillo, al que los Fenicios eran deudores de su riqueza y prosperidad, estimuló el genio emprendedor de aquel pueblo, siendo la causa directa de los primeros viajes de descubrimiento que se llevaron á cabo, los cuales hicieron retroceder los límites del mundo entonces conocido, explorándose el Mediterráneo con todas las regiones que le rodean y las islas que le esmaltan; porque ninguna de éstas seguramente fué visitada por nadie antes que por los Fenicios.

9. Mas no pára aquí la obra del maravilloso molusco. Por él fundan los Fenicios sus primeras colonias. Habría sido, en efecto, poco práctico y muy costoso el llevar á Fenicia los barcos cargados con los crustáceos. Era mucho más sencillo el extraer á éstos el fluido y dejarlos pudrirse ó secarse en la playa, como hacen los pescadores de perlas con las ostras. Que esto se convirtió pronto en práctica general, lo prueban los grandes montones de conchas encontradas de vez en cuando en las riberas de esta ó aquella isla. Un cálculo tan natural dió nacimiento á las primeras dependencias y factorías en los principales puntos de carga, los cuales á su vez se transformaron gradualmente, sobre todo en las estaciones más importantes, en establecimientos permanentes. Era inevitable el contacto con los naturales, á pesar de la incultura y rudeza de éstos, y no se tardaría en utilizar su trabajo, como cosa conveniente desde el doble punto de vista de la comodidad y la baratura.

Los isleños pescarian el estimado molusco, vendiéndolo á los extranjeros á cambio de algunos artículos de poco precio—alfareria, cristal, telas—y no hay duda de que los Fenicios harian excelentes negocios, engañando á sus semibárbaros parroquianos tan sistemáticamente y con tanto éxito como los traficantes de nuestros días á las tribus africanas, de las cuales reciben oro y marfil por puñados de abalorios, botellas de aguardiente y mezquina cuchilleria. Los Fenicios, poniendo sus naves al abrigo de los puertos ó de radas bien resguardadas, saltaban á tierra, desplegaban en vistosa exhibición sus géneros sobre la playa, atraian por este medio á los naturales é improvisaban una especie de feria, que no concluiria frecuentemente hasta los cinco ó seis días, puesto que el séptimo estaba consagrado por los Fenicios, como por los Babilonios y Asirios, al descanso ¹. Muy á menudo, el capitán del buque y la tripulación invitarian á los isleños á una gran fiesta á bordo para terminar los negocios pendientes—acaso ofreciendo á las mujeres regalos y nuevas mercancías—y cuando el viento hinchara las velas y todo estuviese pronto para la partida, secuestrarian las jóvenes, muchachos y niños de que les fuera fácil apoderarse sin demasiado riesgo, y los llevarian consigo para venderlos en su propio país, ó en Egipto, ó en el Asia Menor, ó en otras islas distantes, conducta igual á la seguida por los piratas europeos en las costas de África antes que se aboliera la abominable trata de negros ². Sin embargo, los habitantes de las islas

¹ Véase, *Story of Chaldea*, pág. 256.

² Los Fenicios no abandonaron nunca por completo la costumbre de comerciar en esclavos, como lo prueba el siguiente reproche que les dirige el profeta Joel: « Los hijos de Judah y de Jerusalén fueron vendidos á los hijos de los Griegos ».

griegas no eran como las estólicas tribus africanas, sino los antecesores de los Helenos, la raza mejor dotada del mundo antiguo, por manera que pronto aprendieron todo lo que los Fenicios les enseñaron y mucho más, á tal punto que vino el día en que pudieron tratar bajo un pie de igualdad con los extranjeros, no dejándose ya defraudar por ellos; y transcurridos algunos siglos, reemplazaron con sus naves las naves fenicias y fueron los rivales de este pueblo en muchas artes, aunque nunca en la producción de la púrpura, por más que intentaron imitarla, y no sin resultado. Pero estas consideraciones nos alejan del periodo que historiamos, que es el de la colonización fenicia.

10. La prosperidad de la mayor parte de las islas griegas data del establecimiento en ellas de colonias fenicias, de las cuales las más antiguas, que corresponden al periodo de la supremacía de Sidón y serian enviadas principalmente por esta ciudad, fueron, como es fácil comprender, las más próximas á la madre patria. Como las más importantes, por muchos conceptos, debemos contar las establecidas en la vecina isla de Chipre y en la de Creta, las dos mayores y más meridionales de las islas griegas. El principal atractivo de la isla de Chipre estribaba en sus minas de cobre, que eran tan abundantes que la isla les debió su nombre ¹; y este descubrimiento no podía menos de ser muy apreciado por un pueblo que con tanta habilidad trabajaba el bronce, aleación que contiene el 90 por 100 de aquel metal. Ahora bien, el bronce se empleaba en aquellos tiempos primitivos en toda clase de utensilios domésticos, herra-

¹ Los Hebreos llamaron á este metal *hopher*; los Griegos, *kupros*; los Germanos, *kupfer*; nosotros, *copper*. — (N. del A.)

mientas y aun armas—espadas, dagas, puntas de flecha y de lanza—; pues el hierro no se introdujo, en gran escala por lo menos, hasta época muy posterior. Mas si el cobre es el principal componente del bronce, el otro metal, el estaño, no es menos indispensable, aunque sólo entra en la proporción de un 1 por 10. Sin embargo, el estaño es suministrado con mucha menos abundancia por la naturaleza, habiendo en el mundo varias minas de cobre por una de estaño, y las que se encuentran están distantes entre sí y son relativamente pobres y se agotan pronto. Como la gran superioridad del hierro sólo podían revelarla el uso y los progresos de los siglos, la escasez del estaño debió ser la primera causa que impulsara á preferirlo al bronce, no obstante su mayor dificultad para ser trabajado. Pero en el periodo primitivo de la historia de los Fenicios, el bronce reinaba aún soberanamente, y había que proveerse de estaño para abastecer las fundiciones nacionales y las de otros países, de Egipto, por ejemplo. De este modo, lograron encontrar algunos criaderos de estaño en la región montañosa del Tauro, al Norte de Fenicia, pero la producción era insuficiente y cesó pronto por completo. Se dirigieron entonces al Cáucaso, recorrieron con sus naves toda el Asia Menor, atravesaron el Helesponto y el Bósforo hasta el mar Negro y establecieron colonias en la costa meridional. En sus navegaciones occidentales, no se alejaron menos en busca del ansiado metal que del precioso molusco de que hemos hablado anteriormente, explorando el terreno dondequiera que arribaban.

II. Fué así como llegaron á una comarca que debía ser por espacio de mucho tiempo una de sus más ricas posesiones, al Mediodía de España, á que dieron

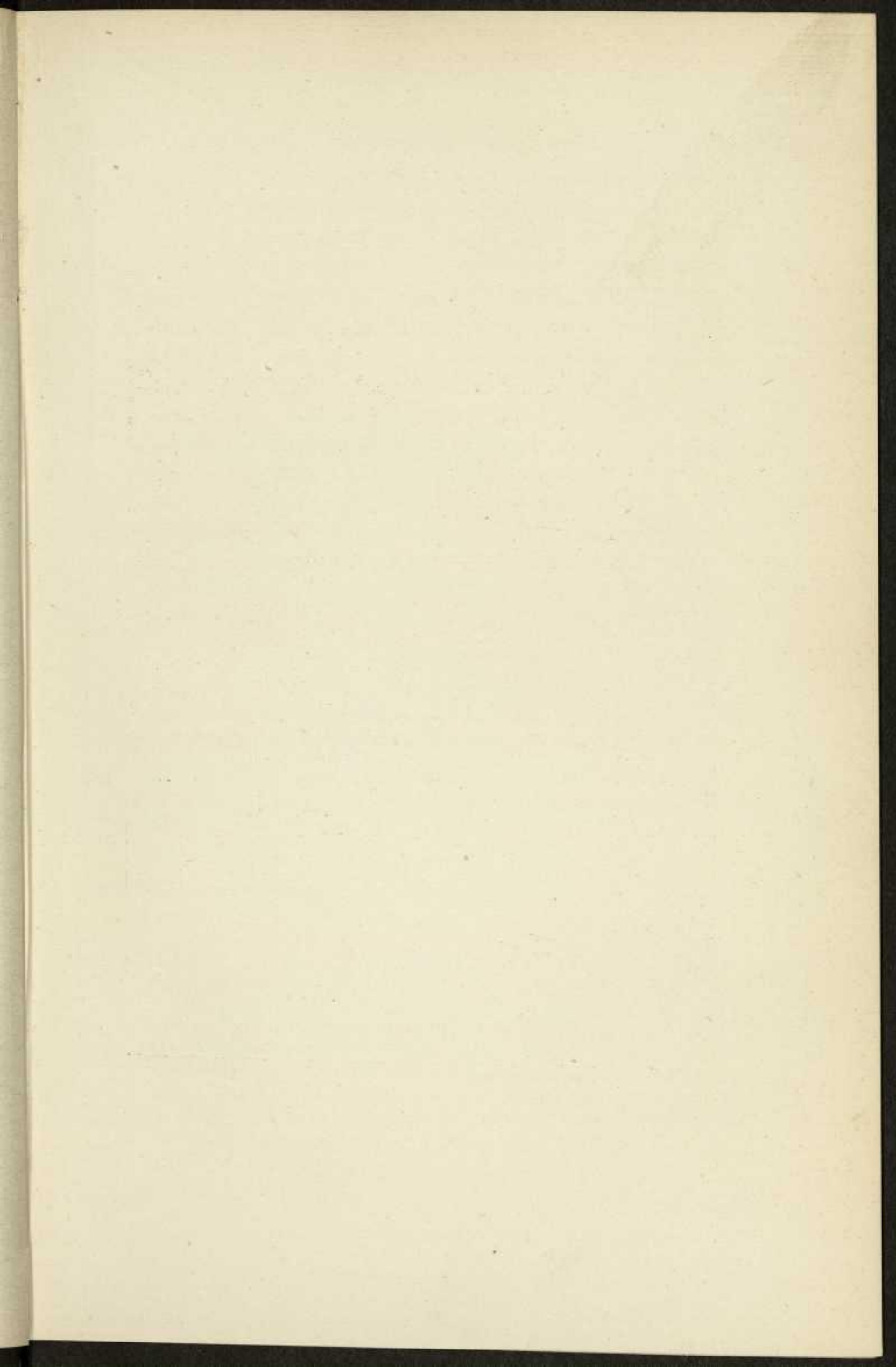
el nombre de *Tarshish*, el cual, por corrupción, se trocó más adelante en el de *Tartessus*. Aquí, los ríos arrastraban arenas de oro; las montañas abrían generosamente sus flancos cargados de plata, y brindaban tesoros que largos siglos de explotación no fueron bastantes á agotar; había también cobre, plomo y, aunque en poca cantidad, estaño. Por otra parte, en las fértiles llanuras, admiradas hoy bajo el nombre de Andalucía como uno de los jardines de la tierra, fluían literalmente la miel, el aceite y el vino; los campos eran un verdadero granero de trigo y otras semillas ¹, y en las praderas pastaban rebaños

1 Bien se deja de ver que el autor no ha estado en la Andalucía baja, que es á la que se refiere el texto. Visitárala de Junio á Septiembre y la compararía al desierto de Sahara y no á un jardín. Otras muchas regiones de España, Valencia, Alicante, Murcia, Granada, cuyos campos bien regados están siempre cubiertos de verdor, merecen el nombre de jardines antes que esta Andalucía, donde no se riega un palmo de tierra y la agricultura se halla en muchas partes subordinada á la ganadería. No quiere esto decir que no sean fertilísimos sus campos; antes bien, con un gobierno celoso y habitantes menos indolentes, quizás llegasen á producir otro tanto que el resto de España. Mas hoy, faltos de agua y de abono, apenas si dan una cosecha cada dos años. Ciertó que sus condiciones eran muy otras á la llegada de los Fenicios. Montes y valles estaban cubiertos de espesos bosques. Los ríos corrían errantes divididos en multitud de brazos en la parte baja de sus cuencas, y ocupaban vastos espacios en las inmediaciones de sus desembocaduras. Las rías se internaban grandes distancias, cubriendo la del Guadalquivir las marismas de Lebrija, por una parte, y lamiendo, por otra, los cerros de La Puebla y de Coria. No es probable que un brazo de este río pasase por Jerez de la Frontera, como afirma un inteligente y erudito historiador español; impedíalo la línea de colinas, derivación de la sierra de Morón, que pasa por Lebrija y va á morir en Trebucena; pero no hay duda que la bahía de Cádiz se extendía hasta el pie de los cerros de aquel pueblo, cubriendo la baja cuenca del Guadalete. El clima era más húmedo y, probablemente, más cálido que hoy. Mas, por esto mismo, no es verosímil que sus bárbaros moradores tuvieran grandes plantaciones de olivos y viñas, ni vastas tierras para la siembra de cereales. Debían de ser tribus cazadoras ó pescadoras, y las más adelantadas cultivarían pequeños espacios al rededor de sus viviendas.—(N. de S. F.)

de ovejas, de finísima lana. Las fábulas más extravagantes circularon acerca de esta región privilegiada, como si se tratase de una tierra de hadas, y muchas han llegado hasta nosotros transmitidas por escritores de nota que las refieren con asombro y poco menos que les prestan entero crédito. Así nos cuentan que los primeros Fenicios que llegaron á *Tarshish* recibieron tanta plata á cambio de baratijas, que sus naves casi zozobraban bajo el peso, y también que abandonaban en la plaza las herramientas y utensilios, las áncoras inclusive, para reemplazarlas con otras de aquel metal. Otros refieren gravemente que, prendido fuego á un monte, los metales preciosos hervían bajo la tierra, fundidos por la tremenda conflagración; porque cada altura y cada montaña eran sólidas masas de plata y oro. La misma historia se repite al hablar de los Pirineos, donde se dice que, en ocasión análoga, se formaron y caían de lo alto arroyos de plata fundida. En el ángulo Noroeste de la península hispana, hallaron los Fenicios el estaño en más cantidad que al Sur.

12. Pero el único mercado seguro, donde el estaño se encontraba en grandes cantidades en las edades del bronce, era Inglaterra, sobre todo al Suroeste, en la región que hoy se llama Devon y Cornwall, juntamente con las islas del Canal, cuyo primer nombre—que se recuerde—es de origen griego y significa «Islas del Estaño» (Cassitéridas) ¹. Cuando ó có-

¹ Parécenos que los historiadores han interpretado con excesiva restricción la palabra *Cassitérides* aplicándola exclusivamente á las islas Scilli, situadas junto á la punta de Cornwall. Bien hace el autor en incluir, además, bajo aquella denominación la isla Whigt y las costas del Devon y Cornwall; pero aun así, estimo deficiente esta ampliación. Ex'iste una región que se ha dejado hasta aquí sistemáticamente de lado, y que ha debido ser explotada por los Fenicios antes que Ingla-





HONDEROS ASIRIOS
(según un bajo relieve de Koyundjik).

mo los Fenicios oyeron hablar de aquella región remota, tan apartada del círculo de acción de todas las naciones que en aquel entonces descollaban por algún concepto, ha sido siempre un verdadero misterio. Pero es evidente que mucho antes de la fundación de Cádiz (hacia el 1100 antes de J. C.), recibían de allí periódicamente sus cargamentos de estaño, por un camino continental que atravesaba toda Francia. Es probable que al principio no llegaran hasta las mismas islas, sino que los naturales de estas les trajesen el estaño, que sus caravanas recogerían en la desembocadura del Sena, ó más al interior, ó quizás

terra. El autor la menciona, aunque sin concederla importancia; me refiero á Galicia, no menos rica en estaño que las islas meridiona es de Albión. Cuando se sigue, desde la embocadura del Miño hasta el Ferrol, aquella costa gallega tan caprichosamente recortada como la de la Grecia en profundas bahías, rías y ensenadas, se adquiere la convicción de que los marinos fenicios debieron hacer alto durante mucho tiempo, tal vez durante siglos, en aquellas playas, antes de pasar adelante. Y esta idea que sugiere la vista de la costa, la confirman la multitud de explotaciones estañíferas, hoy abandonadas, que existen en el interior y que se remontan á fecha muy remota. Solamente en el distrito de Carballino oí hablar de cuatro. La situada en el término municipal de Maside, parroquia de San Martín de Lugo, única que tuve tiempo de visitar, tiene cerca de dos kilómetros de longitud y asombra la enorme cantidad de tierra removida. Su parte más baja está cubierta por las aguas de lluvia que, á causa de haberse obstruido la salida que antes tenían, se acumulan allí formando un lago perenne y de bastante fondo, que los naturales llaman «Lago del Encanto». Y no vale el decir, con Vivien de Saint Martin, que estas explotaciones son interiores y están á alguna distancia del mar, porque mnchísimo más fácil era llevar este estaño Miño abajo hasta su ría, ó por tierra á la bahía de Vigo, de Pontevedra ó del Carril, que no transportar el de las islas y costas de Inglaterra al través de la Galia hasta las bocas del Rhodano, lo que ningún historiador ha puesto reparo en aceptar. Por consecuencia, así como Tarshish significa el Mediodía de España, de igual manera entendemos que la palabra Cassitírides comprende no solamente las islas Scylli y costas del Cornwall y del Devon, sino también las islas y costas de Galicia, cuyo estaño hubieron de cargar las naves fenicias mucho antes de que surcasen las aguas de Albión. — (N. de S. P.)

en los mismos Pirineos. Basta dirigir una ojeada al mapa para ver cuán fácil sería remontar el Sena, mientras es navegable, trasladar después el cargamento, sin más que hacer una breve jornada por tierra, al Saona, seguir este río hasta su unión con el Ródano, y abandonándose ya á la corriente rápida y profunda, ganar alguno de los numerosos puertos del Mediterráneo, donde estarían en espera las llamadas «naves de Tarshih», bajeles de insólita altura y peculiar construcción, á propósito para largas navegaciones y pesados fletes ¹.

13. Este itinerario debería ser incómodo, por los gastos y dilaciones que imponía. Habitaban á todo lo largo de él numerosas tribus, que encontrarían cómodo lograr fáciles provechos á cambio de dejar pasar por su territorio libres y salvos á los mercaderes extranjeros. Los Fenicios no fueron un pueblo guerrero y se sometían siempre á estas exacciones y aun vejaciones, habiendo utilizado desde época muy lejana sus riquezas y extraordinarias aptitudes para

¹ En este punto, se deja llevar el autor algún tanto de su fantasía. Que antes y algún tiempo después de la fundación de Cádiz, las naves fenicias cargaran estaño en las bocas del Rhódano, no hay razón para no admitirlo; mas que este estaño se lo granjearan los Fenicios por comercio directo con los naturales de las Cassitérides en las bocas del Sena, y desde aquí lo llevaran sus caravanas por un camino frecuentado al través de toda la Francia hasta los puertos del Mediterráneo, más que improbable es inverosímil. Si en la misma Asia, como si dijéramos en su casa, no eran, por lo general, fenicias las caravanas que llevaban y traían los productos cambiados entre Tiro y las ciudades del interior, sino árabes, sirias, armenias, bactrianas, indias, scytas y massagetas, ¿cómo habían de serlo en un continente tan apartado de su patria como la Francia, desconocido de ellos y habitado por una raza bárbara y belicosa? Dado el aislamiento en que vivían las tribus galas, su desmesurado amor al suelo y la aversión que profesaban á todo elemento extraño, no hay que pensar en que hubiesen permitido por ningún tributo del mundo el paso por sus tierras á extranjeros. El estaño que las naves fenicias cargaban en las bocas del Rhódano debía ser en cortas

abrirse camino por todas partes. Además, sus ganancias eran tan enormes, que no les costaba trabajo el sacrificar una parte de ellas, á trueque de no ser molestados en demasía en su tráfico lucrativo. Hay también que advertir, que los Fenicios nunca se mostraron indolentes en idear medios y darse buena traza para sustraerse á la imposición de enfadosas obligaciones. Y esto ocurrió en el caso que nos ocupa. No tardaron en descubrir que habia un camino marítimo que conducía á las «Islas del Estaño».

Sin embargo, para tomar esta ruta, la misma que hoy siguen las naves que parten de Gibraltar, se requería verdadero valor, por no decir temeridad; y no tanto porque faltaran condiciones á las naves ó destreza á los marineros, cuanto porque los Fenicios creían que el estrecho que separa á España de África, señalaba el fin del mundo. La gran masa de aguas que veían al otro lado era para ellos el misterioso Océano occidental, en el



CILINDRO ASIRIO QUE
REPRESENTA
Á HÉRCULES.

cantidades, y se lo proporcionarían los mismos naturales, después de haber pasado por multitud de manos. De otro modo, ¿cómo siendo el estaño el producto de más estimación entonces y principal base de la fortuna de los Fenicios, no se habla de ningún establecimiento importante fundado por éstos en las costas mediterráneas de Francia, ni existe memoria ni rastro alguno de estación en todo ese largo camino por las cuencas del Saona y del Sena? Es probable, además, que si los Fenicios hubiesen logrado establecer esa vía comercial al través de la Francia y cargar en el Rhódano estaño en grandes cantidades, no habrían pensado en continuar su ruta marítima al Poniente de Cádiz por el Atlántico, importándoles muy poco los tributos que pagarán á las tribus galas ante los temores que debía causarles la vista de aquel Okeanos, límite de la tierra; y si por casualidad hubiesen llegado á descubrir aquella vía marítima, es seguro que la habrían pospuesto á la terrestre, por los peligros que les amenazaba navegación tan larga y por mares tan procelosos, en comparación con los que estaban acostumbrados á recorrer. — (N. de S. F.)

cual su deidad nacional, el gran Baal-Melkarth, el glorioso Sol-Dios, se sumergia todas las tardes, al terminar su carrera diaria, no siendo lícito á ningún mortal el seguirle hasta allí. Él habia protegido á su pueblo en sus lejanas expediciones, él le habia conducido, desde su nacimiento hasta su ocaso, llevándole á las puertas mismas del otro mundo; pero aqui estaba el término, el limite, aqui decia: «¡No más allá!».



HÉRCULES, EL HÉROE DE KORSABAD.

Las dos rocas gigantescas situadas á la entrada del estrecho las habia plantado el mismo Dios, como señales y limites; eran y debian ser siempre, en su concepto, «LAS COLUMNAS DE HÉRCULES»; salvarlas, franquearlas, equivalia á incurrir en un sacrilegio.

Cádiz, en verdad, el emporio de su comercio occidental, rica y espléndida, una Tiro en miniatura, construida, como la metrópoli, en un peñasco aislado á alguna distancia de la costa, se levantaba al otro lado de las columnas sagradas; pero, por una parte, no era más que la continuación de una costa que les pertenecia en toda su extensión, y por otra, habia sido fundada de orden del mismo Dios, orden dictada en un sueño. Á no haber sido por estos sentimientos de temor supersticioso, no es posible adivinar hasta dónde hu-

bieran llegado los descubrimientos de los Fenicios. Uno más llevaron á cabo, pero fué debido á la casualidad, y sólo hay de él algunas noticias fabulosas de que más tarde se apoderaron los Griegos y, vistiéndolas con las galas de su deslumbradora fantasía, las convirtieron en relatos maravillosos. «Parece que algunos barcos fenicios fueron impelidos al Atlántico por vientos impetuosos, y perdido el rumbo, la tempestad los arrojó, después de muchos días, á una gran isla situada en la parte opuesta de las costas de Libia (África), tan fértil y de aires tan puros, que más bien se la creería destinada á ser mansión de dioses que morada de hombres». Era evidentemente la isla de Madera; pero los Fenicios no volvieron á ella, y hasta 2.000 años después no fué nuevamente descubierta. El incentivo de la ganancia, sin embargo, acalló alguna vez sus escrúpulos religiosos, y es indudable que montaron al cabo un servicio marítimo constante con las «Islas del Estañó»; pues si no fundan ningún establecimiento permanente en aquellos climas ingratos y remotos, no faltan huellas que acrediten su presencia en ellos. Así, tenían una estación en la isla Wight, en el centro, sobre la alta eminencia que domina toda la isla. El sitio estaba tan bien elegido, que cuando vienen los Romanos 1.000 años más tarde, levantan un fuerte en el mismo punto, el cual, á su vez, es reemplazado en épocas posteriores por un castillo de construcción normanda, cuyas nobles ruinas son visitadas y admiradas todavía bajo el nombre de Castillo de Carisbrooke. Los Fenicios guardaron como un secreto precioso el descubrimiento de su nueva ruta, poniendo el mayor cuidado y diligencia en que nadie los siguiera y suplantase; pues los Griegos, arreba-

tándoles el monopolio en la explotación de los países más próximos á la madre patria, les habían puesto sobre aviso. Conocido es aquel interesante episodio de un capitán fenicio que, viéndose perseguido por algunos barcos romanos que casualmente se extraviaron en mares poco familiares para ellos, no pudiendo escapar á fuerza de remos y de velas, concibió y ejecutó el proyecto de hacer encallar su nave y echarla á pique con tripulación y cargamento, para ahorrarse interrogatorios—lo que se estimó en Tiro como un acto de heroico patriotismo.

14. No era el estaño el solo producto que los animosos comerciantes traían de sus viajes al Norte. Fueron también los únicos importadores de otra sustancia septentrional, el ámbar amarillo del Báltico, artículo de mero capricho, de puro lujo, en verdad, pero muy solicitado y que alcanzaba precios exorbitantes, porque su estima fué universal en todo el mundo civilizado de aquel entonces, á causa de su escasez y del encanto misterioso que la distancia le prestaba. Nadie ignora que la materia resinosa que llamamos ámbar, producto de inaccesibles bosques de plantas submarinas que arrojan á la playa las altas mareas y las olas tempestuosas, se encuentra esparcida á lo largo de la costa de Prusia. Por esta razón se supuso y dió casi como cierto que las naves fenicias visitaron estos mares, cerrados é inhospitales. Sin embargo, estudios posteriores mejor dirigidos, han evidenciado que no es probable que arrostrarán los peligros de una navegación al rededor de Dinamarca y se aventurasen en aguas desconocidas y agitadas casi siempre, cuyos arrecifes y escollos numerosos y someros y la multitud de estrechos las hacen poco menos que impracticables á los mari-

nos extranjeros. Después se ha demostrado que, en tiempos muy remotos, abundaba el ámbar en las costas de Holanda, de fácil acceso partiendo de Inglaterra, y, por último, que los Fenicios habían establecido una línea de caravanas á través de toda Alemania, desde el Adriático hasta el Báltico. Por este camino que les ofrecía frecuentes ocasiones de cambiar sus productos asiáticos por otros del país, el ámbar, sin duda, era llevado á las bocas del Po, donde lo recogían las naves estacionadas en el Adriático.

15. Porque los Fenicios, aunque deban principalmente su renombre á sus expediciones marítimas, eran tan intrépidos viajeros por tierra como en el mar. En el continente asiático, ejercían en grande escala el comercio por medio de caravanas; las rutas más importantes del Oriente estaban casi por completo en sus manos; iban desde el mar Negro al Nilo, por Karkhemish y Damasco; desde sus propias ciudades, cruzando el territorio de Judah, á los mercados septentrionales de la Arabia; á través de la Siria, por Damasco, el Éufrates y, bajando este río, á Babilonia, ó, cortando por en medio del desierto, á la Asiria propia—Ninive, Kalath, etc.—; finalmente, desde Babilonia, atravesando el continente, á la misma India, ó, al menos, á las bocas del Indo. Este último punto, sin embargo, lo visitarían con más frecuencia en grandes naves armadas, de igual construcción que las «naves de Tarshish»¹. Fué el feni-

¹ Esta afirmación es algún tanto aventurada. Que los Fenicios, al mismo tiempo que extendían con tanta fortuna sus navegaciones por el Occidente, desplegaban su actividad en los mares de Levante, está perfectamente averiguado, mas que en estos viajes llegaran hasta la India, es cosa que no cabe afirmarse ni negarse. No tenemos más que dos testimonios acerca de estas navegaciones. Uno, el más antiguo, nos lo suministran los libros hebreos (*Reyes*, lib. III, cap. IX, v. 26-28,

cio el pueblo comercial por excelencia; toda la riqueza de las naciones pasó y repasó mil veces por sus manos al transportarla de una región á otra, y le produjo lo bastante para haber construido ciudades marítimas, prósperas y ricas, aun prescindiendo de la fuente inagotable de mercancías que sus propias factorías le suministraban y que por sí solas eran sobradas para llenarlo de oro.

16. La opulencia y el lujo ilimitados que los Fenicios desplegaban en el interior de sus ciudades, ex-

y *Crónicas*, lib. II, cap. VIII, v. 17-18); es el viaje al famoso Ofir que hacían juntas las flotas de Salomón y de su amigo Hiram, rey de Tiro. Mucho se ha discurrecido y escrito acerca de la situación de este Ofir que la mayor parte de los críticos han colocado en la India, originándose de aquí la creencia de que las flotas fenicias fondeaban en las bocas del Indo ó en los puertos del Malabar; pero de la letra de los textos resulta claro, como ha mostrado Vivien de Saint Martin (*Historia de la Geografía*, t. I, pág. 63 y siguientes), que la Ofir bíblica corresponde á la Safar de los Griegos y Romanos, á la Dhofar ó Dhafar de los Árabes, la cual era una capital importante, situada en el corazón de la Arabia Feliz y que se comunicaba con la mar por la ciudad marítima de Muza. Por tanto, el testimonio bíblico solamente autoriza á afirmar que, bajo el reinado de Salomón, hacia el año 1000 a. de J. C., las flotas fenicias surcaban el mar Rojo de cabo á cabo. Mas es indudable que estos viajes databan de fecha mucho más antigua, y que se extendían al mar Erithreo, donde seguían dos direcciones: la del Golfo Pérsico, por la costa arábiga, y la del Suroeste, por la africana.

La costa africana se refiere precisamente el otro testimonio que poseemos acerca de estas navegaciones: aquel pasaje de Herodoto en que se dice que el rey de Egipto, Necos, «despachó en unas naves á los Fenicios, dándoles orden de volver por las Columnas de Hércules al mar Boreal ó Mediterráneo hasta llegar al Egipto» (IV, 42). El pensamiento de Necos no se realizó por completo; pero la circunstancia de que «navegando al rededor de la Libia tuvieron el Sol á mano derecha», obliga á admitir que llegaron cuando menos hasta el cabo de las Tormentas.

En suma, lo único cierto es que los Fenicios navegaron por el mar Rojo y el Erithreo, alejándose en la dirección Suroeste, hasta la punta meridional de África; en la del Este, hasta el Golfo Pérsico. Ahora; traspasaron este golfo, ó arribaron á la India? He aquí lo que no podemos afirmar ni negar. — (*N. de S. F.*)

ceden á toda descripción y apenas la fantasia es capaz de representarlos. «Tiro se construyó á si misma una fortaleza», dice uno de los profetas hebreos, ¹ «y amontonó la plata como el polvo, y el oro fino como el lodo de las calles». Pero la pintura más completa y pasmosa de Tiro, en la época de su mayor florecimiento, se encuentra en algunas páginas admirables del profeta Ezequiel. Es un cuadro que parece alentar y vivir ante nuestros ojos extasiados, y no es posible decidir qué causa más asombro, si la belleza poética de la descripción ó su magnificencia y fuego realmente deslumbrantes. El profeta apostrofa á la reina de las ciudades fenicias:

«¡Oh! tú, que habitas en la entrada de la mar para emporio del comercio de muchas islas... Tú, Tiro, has dicho: yo soy de una hermosura perfecta... Por tu saber y por tu prudencia te has hecho fuerte y has adquirido oro y plata en tus tesoros... Por tu mucho saber, y por el tráfico, has acrecentado tu poder y se engrió tu corazón con tus riquezas... Y has dicho: yo soy Dios y me sientó en la silla de Dios en medio de la mar... Situada en el corazón de la mar, tus moradores que te edificaron completaron tu belleza. De abetos de Sanir te labraron, con todas las quillas de la mar trajeron un cedro del Libano para hacerte el mástil. Encinas de Basán labraron para tus remos, y bancos te hicieron de madera de boj de la isla de Kittim (Chipre) con embutidos de marfil. El fino lino, bordado de Egipto, te ha sido tejido para la vela del mástil; jacinto y púrpura de las islas de Elishah (islas griegas), son tu toldo. Los moradores de Sidón y de Arvad fueron tus remeros, tus sabios ¡oh, Tiro! se han hecho tus pilotos... Todas las naves de la mar y sus marineros se dedicaron á tu servicio... Tarshish te brindó la multitud de sus riquezas; comerció contigo en plata, hierro, estaño y plomo. Javán, Túbál y Meschec (los Jonios y las tribus montaÑesas del Tauro) fueron también factores tuyos; esclavos y vasijas de cobre trajeron á tu pueblo. De la casa de Togormah (Armenia), caballos y cabalgaduras y mulos trajeron á tu mercado... Muchas islas negociaron por tu mano; dientes de marfil y ébano te trajeron á vender. Siria fué tu

1 Zacarías, IX, 3.

mercader por tus muchos géneros, esmeraldas y púrpura y recamados y lino fino y coral y rubíes. Judah y la tierra de Israel fueron tus mercaderes con el más excelente trigo; bálsamo y miel y aceite y resina pusieron en tus mercados. Damasco fué tu mercader por tus muchos géneros, con multitud de varias riquezas, de vino de Helbón y blanca lana... Arabia (el profeta enumera diferentes tribus, desde el golfo Pérsico al mar Rojo) vino á ti para comerciar contigo... con carneros, corderos y cabritos..., con todos los aromas exquisitos y piedras preciosas y oro, que pusieron en tu mercado..., con varias cosas en balas de jacinto y de bordados de varios colores y de preciosas ropas, que estaban embaladas y atadas con cuerdas; tenían también cedros en tus tráficos... Con la salida de tus mercancías por mar henchiste muchos pueblos; con la muchedumbre de tus riquezas y de tus géneros enriqueciste á los reyes de la tierra, y te llenaste y fuiste muy glorificada en medio de las aguas» 1.

17. «Tu saber y tu prudencia». «Tu gran saber y tu tráfico». La ciencia de enriquecerse, la suspicacia comercial; he aquí, en verdad, el *summum*, el aspecto más elevado de la moral fenicia. El amor á las riquezas, el afán del lucro y de la acumulación, no son únicamente rasgos que distinguan á los Fenicios; constituyen, por decirlo así, la esencia de su carácter, son su carácter mismo. El motivo que determina sus actos, el aguijón que los estimula, la constancia que despliegan, todo reconoce la misma causa. Fueron emprendedores, sufridos, activos, ingeniosos, pero estas preciosas cualidades las sostenía y animaba tan sólo el deseo de poseer bienes materiales: en éstos fundaban su orgullo, su alegría. «Se engrió tu corazón con tus riquezas». Ciertamente, si alguna nación ha sido adoradora de Mammón; si le ha rendido culto fervoroso y asidose fuertemente á él, esa nación es la fenicia. Carecían de todas las cualidades que han merecido á otras razas el calificativo de heroicas é inteligentes; su ambición no tuvo más que

1 Ezequiel, cap. XXVII y XXVIII.

un objetivo. No eran conquistadores ni belicosos, ni amantes de su independencia. Prontos á someterse al invasor y á contentarle con tributos, preferían invariablemente pagar á pelear. Insensibles á la vergüenza de la dominación extranjera, la sufrieron sin disgusto mientras las exacciones fueron moderadas y no afectaron á sus operaciones comerciales. No tuvieron ejército sino soldados extranjeros mercenarios para hacer frente á cualquiera eventualidad; el profeta les dice: «Los de Persia y Lud (Lidia) y los de Put (Libia) eran en tu hueste tus hombres de guerra: el escudo y el yelmo colgaron en ti para tu gala». Cuando se les atacaba en sus ciudades, en su domicilio, ó las exacciones eran intolerables, se *resolvían* á luchar en sus bahías como bestias salvajes que se defienden en sus antros, y así lo hicieron en más de una ocasión. Pero rara vez se vieron impulsados á este extremo; eran súbditos demasiado valiosos y agentes é intermediarios demasiado útiles, para no ser tratados con consideración. De este modo logran vivir sanos y salvos y sin empobrecerse en los 500 años que duran las invasiones y la dominación de los Egipcios, contra la cual se muestran muy pocas veces refractarios y nunca en abierta rebelión. Cuando fundan colonias, se avienen gustosos á pagar crecidos tributos para que les permitan establecerse, si los naturales se los exigen ó reivindicán sus derechos, y con frecuencia siguen abonándolos aun después de transformadas las colonias en comunidades poderosas, sin duda para ahorrarse disgustos y pendencias.

18. No descollaron por su filosofía ni por su literatura. Aunque inventaran el alfabeto, lo usaron principalmente para sus anotaciones comerciales. No han

dejado poesía, ni anales históricos, ni obras de ciencia ó especulación ¹. Ni se curaron al menos de consignar sus notables empresas y descubrimientos; perseguían la riqueza; la gloria les importaba poco. Si los conquistadores asirios hubieran visitado regiones tan remotas y poco conocidas como las costas de España, las del Báltico, y las «islas del Estañó», ¡cuán interesantes noticias no habrían transmitido á la posteridad! ¡Cómo se hubiera visto resaltar, en medio de la monotonía de las narraciones militares, rasgos breves, pero gráficos, dando á conocer las peculiaridades más notables del país y de la gente y aun de

1 No han llegado hasta nosotros, sería más exacto, pues no cabe duda que los escribieron y dejaron. ¿Cómo un pueblo que tenía su existencia vinculada al comercio y á la navegación, no habría poseído escritos acerca de sus empresas, de sus viajes, de sus industrias, de su vida colonial, de su organización interior, en una palabra, de los países y pueblos cuyo trato frecuentaba? ¿Por qué los colegios sacerdotales de la Fenicia no habrían redactado sus fastos y creado sus teogonías á semejanza de todos los demás colegios? Si Egipto, Caldea, Asiria se mostraron tan afanosos, por sed de gloria, en poner por escrito sus actos más importantes, ¿por qué no habría hecho lo propio el Fenicio, que á la sed de gloria juntaba el interés y hasta la necesidad? No, no puede negarse á Fenicia su arte, su literatura y su ciencia, y hubo de distinguirse, por razón de su vocación, en la ciencia geográfica. El mismo autor, en el siguiente capítulo, reconoce que tuvo mitos muy bellos, como el de Adonis; concepciones morales y profundas, como la de los Kabirim; historiadores, como Sanchoniatho; una ciudad santa, Gebal, y una ciudad de los libros, Kirjath-Sepher. Pero tuvo sobre todo, geógrafos. Todavía bajo el Imperio romano, cuando ya Tiro no era más que una capital de provincia absorbida en la unidad romana, su escuela de geografía rivalizó con la de Alejandría, no siendo la obra de su gran geógrafo Marín, inferior á la de Ptolomeo. Lo que pasó fué que el genio de la destrucción y de la muerte batió sus alas con especial furia sobre las ciudades fenicias, y todo desapareció, hasta el menor vestigio, sin que haya llegado á nosotros una sola palabra que proceda directamente de sus archivos. Unos cuantos fragmentos esparcidos en los libros judíos y en los autores griegos; he aquí todas las fuentes de que disponemos para conocer y juzgar á aquel pueblo extraordinario.—(N. de S. F.)

las plantas y animales! Nada semejante ocurre con los Fenicios, cuyo silencio es de lamentar sobre todo en lo que se refiere á las islas Británicas, porque *deberíamos* saber lo que era Inglaterra 2.000 años antes de J. C. No fué el fenicio un pueblo dotado de facultades inventivas ó creadoras, sino un pueblo laborioso y con grandes aptitudes para la imitación. De las muchas artes que cultivaban, ninguna les pertenecía. La única invención original suya fué el tinte de la púrpura, y esto es un oficio, no un arte. Su escultura, de la que se conservan numerosos ejemplares, no es más que una transformación del arte asirio y babilonio. Nada más horrible ni informe que las imágenes de sus deidades principales, la mayor parte de barro, que llevaban consigo en todas sus



ÍDOLO FENICIO PEQUEÑO EN TIERRA
COCIDA.

expediciones. De su arquitectura no podemos juzgar, porque cuando vino la hora de la destrucción, fué ésta total y completa, no quedando piedra sobre piedra en las construcciones. Cumpliéronse las profecías de Ezequiel: «Y derribarán los muros de Tiro y destruirán sus torres... Y derribarán tus muros y arruinarán tus magníficas casas y arrojarán en me-

dio de las aguas tus piedras y tu madera y tu polvo... *Y te tornaré en piedra muy tersa y serás tendadero de redes*»¹.

19. Recorrido el círculo de las facultades que faltaban á los Fenicios, debemos forzosamente volver á recordar las que tenían, insistir acerca de su vocación



ASHTORETH, ÍDOLO FENICIO PEQUEÑO
EN TIERRA COCIDA.

para el comercio y el arte de enriquecerse, donde desplegaron un genio sin rival y una capacidad ilimitada. Y, hecho que parece ser una compensación sabia é invariable, aquel pueblo egoísta, que trabajaba exclusivamente en su propio beneficio, debía, por modo indirecto y con independencia de su voluntad, coadyuvar eficazmente al adelantamiento de los demás pueblos, llevándoles, ya que no la cultura intelectual, el progreso en la esfera de los bienes materiales; sin los Fenicios, en efecto, sin el bienhechor contacto en que estuvieron

con ellos, numerosas tribus y comarcas habrían permanecido aún, durante edades enteras, en la ignorancia de sus propios recursos y poder.

«En este respecto, dice Francisco Lenormant, sabio citado con tanta frecuencia, es imposible ponderar demasiado los servicios prestados por los Fenicios, ni la extensión de su influencia... Hubo una

¹ Ezequiel, XXVI.

época, cuyo momento más brillante debe colocarse hacia el siglo XII antes de J. C., en que las factorías de los hijos de Canaán formaban una cadena no interrumpida á todo lo largo de las costas del Mediterráneo, hasta el estrecho de Gibraltar, mientras había otra serie de establecimientos similares desde la extremidad meridional del mar Rojo hasta las playas de la India. Estas factorías ejercían una influencia extraordinaria en las comarcas circunvecinas.

Todas llegaron á ser núcleos de grandes poblaciones, porque los naturales se agrupaban prontamente en torno de los establecimientos fenicios, solicitados por las ventajas que les ofrecían y la atracción de la vida civilizada. Un pueblo bárbaro no entra en relaciones comerciales, activas y prolongadas, con otro civilizado sin que gradualmente se apropie su cultura, sobre todo si se trata de razas tan inteligentes y susceptibles de progresar como eran las de Europa... Sintieron éstas nuevas necesidades. Los naturales codiciaron los productos manufacturados que les traían de fuera, y que despertaban en ellos la idea de refinamientos desconocidos. Pronto les aguijó el deseo de dar con el secreto de su fabricación, de dominar las artes que los creaban, de aprovecharse de los recursos en que abundaba su propio país, en vez de entregarlos como primera materia á aquellos extranjeros que con tanto ingenio los transformaban» 1.

20. Si nos esforzamos por imaginarnos cómo, en nuestros mismos días, reviven, se animan, reciben beneficios, países aislados y distantes, aunque situados á veces en los límites de la civilización, con las excursiones periódicas de los buhoneros que les llevan mercancías, elegidas con discreción y tino, especialmente si éstas les son ofrecidas á cambio de productos locales y primeras materias que ellos pueden proporcionar; multiplicando este resultado, podremos formarnos una idea aproximada de la prosperidad que seguiría en todas partes á la presencia de los Fenicios. La semejanza es tanto más estrecha cuanto que nuestros buhoneros defraudarán á sus parroquianos sin ningún escrúpulo mientras les sea posible, es decir, hasta tanto que los últimos adque-

1 Franc. Lerormant. *Les premières civilisations*, t. I, pág. 158.



SARCÓFAGO FENICIO HALLADO EN SOLUNTE (SICILIA).

ran algún conocimiento del verdadero valor comercial de sus productos y se emancipen, en cierto modo, de los mercaderes ambulantes por haber aprendido á fabricar, aunque grosera y toscamente, algunos artículos. Los clientes, sin embargo, obrando con cordura y equidad, no deben guardar rencor á sus explotadores por las ganancias exorbitantes que hayan obtenido, aunque procuren reducirlas á límites razonables para lo futuro; pues es justo que consideren que todo aprendizaje exige un sacrificio. Cada una de las grandes naciones que se han elevado á un lugar preeminente en la historia del mundo, parece haber sido llamada á desempeñar una misión especial en armonía con sus peculiares facultades y aptitudes; en este sentido, podemos definir á los Fenicios, sin que se eche á mala parte ni se tome por falta de respeto y consideración á la importantísima obra que realizaron, diciendo que eran «los buhoneros de la antigüedad». Fué en aquel entonces, sin duda alguna, una misión altamente beneficiosa y necesaria; sin embargo, es lícito vacilar en darle el calificativo de noble ó gloriosa; pues estos epítetos son incompatibles con la persecución de fines puramente egoístas y materiales, como el de allegar riquezas en propio y exclusivo beneficio ¹. Las empresas que tienen este carácter, aunque pongan en juego cualidades espléndidas, las degradan por el uso á que se aplican, y

¹ Es extraño que el autor se haga eco de la acusación vulgar de egoísmo, lo que le lleva á formular un juicio por todo extremo duro é injusto. Ciertamente que el pueblo fenicio fué egoísta; mas para hacerle un cargo por este defecto, es menester averiguar si su egoísmo fué mayor ó de peor género que el de los demás pueblos de su tiempo. Es curioso que nadie eche en cara á los Asirios ni á los Caldeos el egoísmo de la conquista, que devasta sembrados, arrasa ciudades y esclaviza pueblos; que nadie censure en los Indios el egoísmo místico, que convierte al hombre á la indolencia y le inutiliza para sí y para su prójimo.

las únicas fases de la humana naturaleza que desenvuelven de un modo pleno y permanente, son las más bajas: la astucia sin escrúpulos, el dolo, la brutalidad, y, á veces, la crueldad calculada y á sangre fría.

y que todo el mundo haya de acusar á los Fenicios por su egoísmo mercantil y colonial, que llevó la civilización á los pueblos bárbaros y mejoró el bienestar de los civilizados. No fueron los Fenicios más egoístas que sus contemporáneos, y su egoísmo fué indudablemente el más bienhechor de todos. En crueldad y demás defectos que el autor les señala, quedaron muy por bajo de los Asirios, y si superaron á todos en astucia, es porque carecían de la fuerza, y de algún arma habían de proveerse para no sucumbir en la lucha por la vida.—(N. de S. F.)

IV.

LOS HIJOS DE CANAÁN : SU RELIGIÓN.—EL SACRIFICIO COMO UNA INSTITUCIÓN.—SACRIFICIOS HUMANOS.

1. Fuerza es admitir que los Fenicios poseían en grado sumo aquellas cualidades de cuya combinación resultará siempre un carácter nacional más bien repulsivo que simpático. Una sensualidad excesiva y una inclinación exclusivamente materialista, tanto en los actos como en las creencias religiosas, dándose la mano con la falta completa de los sentimientos más nobles y de las aspiraciones más elevadas, y resolviéndose todo ello en torpe inmoralidad y en embotamiento de conciencia—tales son los rasgos comunes que generalmente caracterizan no sólo á las varias ramas canaaneas, sino á toda la raza hamítica, con la sola y brillante excepción de los Egipcios, pues nunca ha habido nación que haya igualado á ésta en tendencias espirituales ni en amor á la vida contemplativa. Las numerosas tribus comprendidas bajo el genérico nombre de «hijos de Canaán», comparten con los Fenicios este carácter perfectamente definido, aunque carecen de su genio, pues hasta el genio en realidad se elevan los últimos en su propia y particular vocación. Tal es la causa de que con ansia de

prosperidad material no menor, con un encallecimiento de conciencia tan impenetrable, las demás naciones canaanas no rivalizarán nunca, ni aun de lejos, con sus hermanos de la costa—favorecidos en verdad, por las peculiares condiciones en que vivían—en poder ni en riqueza, exceptuada la confederación hittita, por espacio de algunos siglos. Es natural que este mismo carácter de sensualidad y materialismo penetre en la religión canaanea y le imprima el sello imborrable de la raza. Porque si hay algo donde el genio de cada raza se exprese de lleno, en sus cualidades más recónditas, es la religión. Por tanto, el modo de ser, dignificado, exaltado, magnificado, de cada pueblo, se revela en sus dioses y su culto. Esta es una consecuencia inevitable de la tendencia antropomórfica, necesaria á la limitada naturaleza humana ¹, que un antiguo escritor griego definía exacta, aunque groseramente, diciendo que si los caballos y los bueyes tuviesen dioses, se los representarían, sin duda, bajo la forma de los bueyes y caballos más robustos y perfectos. Un bosquejo general de las concepciones religiosas de los Canaaneos nos dará á conocer la religión de los Fenicios, aunque, como tiene que ocurrir tratándose de razas politeístas, cada comunidad rinda sus homenajes á esta ó á aquella deidad en particular, y por más que algunos nombres locales, algunas formas especiales del culto, produzcan á veces la apariencia de religiones diferentes. *Es una verdadera ilusión.* La religión de Canaán—Siria y Fenicia—es en su esencia una y la misma.

2. La religión de Canaán, como la de Babilonia, como la de todas las razas y naciones del mundo, se

¹ Véase *Story of Chaldea*, páginas 355-357.

basa originariamente en la concepción primitiva de las fuerzas naturales como seres vivos, divinamente dotados, ó dioses. Pero, aparte de esta semejanza que comprende al género humano en su totalidad, tiene una conexión más estrecha, manifestada en numerosas y exactas coincidencias, tanto en los rasgos generales como en los pormenores, con la religión de Babilonia; conexión que se explica fácilmente por razón de parentesco al recordar que la raza hamítica debe de haber figurado en proporción muy alta en la población mezclada del antiguo territorio de Shumir y Accad. Puede decirse, en cierto sentido, que las ideas religiosas de los Canaaneos fueron un progreso con relación á las babilónicas, porque menos dados á la contemplación y más libres de la influencia del culto de los espíritus, propio de los Turanics, su sistema fué mucho más sencillo y, aunque todavía politeísta, redujo el número de las divinidades, aproximándose con ello al monoteísmo. No encontramos aquí la estructura superior de sagradas triadas, concepción confusa aunque de profunda importancia; ningún sistema bellamente ordenado de divinidades planetarias, con sus múltiples esferas coloreadas y sus sutiles influencias en la suerte de los hombres y de los Imperios. Para los Canaaneos, el mundo era cosa bastante menos maravillosa. Habitando en una región donde alternan las arenas yermas y estériles y las altas y peladas montañas con las lujuriosas y fértiles llanuras y las laderas cubiertas de árboles, la invencible aridez del desierto con la eterna frescura del mar—en una región donde la atmósfera se satura de aromas y el suelo se cuaja de rocío por la noche, mientras durante el día falta el aliento, y el sol envía torrentes de fuego—donde á una primavera

lluviosa y florida sigue rápidamente un verano im- placable y destructor, los Canaaneos debieron ser impresionados especialmente por el contraste que ofrece la Naturaleza, por lo que se llama el DUALISMO de las cosas, esto es, su doble aspecto, sus dos fa- ses, que se contraponen y equilibran mutuamente. Vieron que había bien y mal en el mundo (uno y otro de naturaleza puramente física); calor y frescura; se- quía y humedad; el rudo resplandor del día y la suave claridad de la noche; el día, destinado al ejer- cicio y la fatiga, al trabajo penoso del cuerpo y del entendimiento; la noche, que invita al grato reposo, al dulce descanso en medio del lujo y de los placeres que se compran con la riqueza y se gozan en el ocio. Y, en otro orden de ideas, vieron también que había un poder eterno que produce, crea y mantiene todas las cosas; el principio masculino y femenino que pe- netra la creación viva entera, bajo la forma de ley de los sexos, según la cual la Naturaleza se desdobra por si misma dando lugar á la división que rige y armo- niza el Universo ¹. De esta división abstracta parece ser un trasunto la división material en calor y hume- dad, en fuego y agua; é impulsando más lejos esta idea, el elemento del fuego, el más activo y enérgi- co, se identificó naturalmente con el principio mas- culino, y el de la humedad, el más suave y pasivo, con el femenino, simbolizándose perfectamente la necesidad de que ambos se unan para formar el Uni- verso, en el hecho de que la humedad sólo es pro- ductora de la vida cuando está sometida á la influen- cia del calor, mientras el calor esteriliza y agota cuando no le temple la humedad.

3. En el mundo material, este dualismo tenía su

¹ Véase *Story of Chaldea*, páginas 242-245.

representación visible en los dos grandes reguladores de los fenómenos celestes, el Sol y la Luna, el Señor del Día y la Reina de la Noche, la fuente de todo calor y la dispensadora de la frescura y el rocío (tal papel se atribuía á la Luna); astros ambos de naturaleza semejante, pero muy diferentes en su carrera y misión. Al Sol, pues, adoraron los Canaaneos, llamándole ya Baal («Señor»), como los Babilonios Bel), ya Moloch (rey), con variantes incidentales, tales como «Señor del Cielo», «Rey de la Ciudad», —y cuando se habla de Baalim («dioses» en plural) es sólo para referirse á los dioses-sol de las distintas ciudades ó comunidades— significando, por tanto, dicha palabra el mismo Sol-dios, localizado y apropiado mediante la agregación del nombre de la ciudad respectiva. La deidad femenina de los Canaaneos,



LA ASTARTÉ FENICIA.

Ashtoreth (llamada por los Griegos Astarté) es la Ishtar y Mylitta ó Belit («Baalat», «Señora») del ciclo de los dioses asirio-babilónicos, apenas modificada en su nombre y naturaleza; las dos son diosas del amor y de la guerra, de la producción incesante y la laboriosa maternidad y de los placeres fáciles y voluptuosos, consistiendo la mayor diferencia entre ellas en que Ashtoreth se identifica con la Luna y lleva el signo de ésta en su creciente, y la diosa de Ba-

bilonia rige el planeta Venus, la estrella matutina y vespertina de los poetas. Se conserva un cilindro fenicio de cornerina que representa á Baal bajo la forma de un árbol ó poste rodeado de rayos que le caracterizan como simbolo del Sol-dios; la Luna creciente le acompaña. Este cilindro, que también pone de manifiesto el culto unido del Sol y de la Luna, del principio masculino y del femenino, se supone por el lugar en que lo encontrara un labrador, que representa al Baal de Aphaka, ciudad situada en la falda occidental del Libano, al Este de Byblos (Gebal), donde hubo un templo antiguo y muy famoso.



CILINDRO FENICIO.

4. Como era de presumir, las dos ciudades más importantes de los Fenicios se colocaron respectivamente bajo el patronato de las dos grandes deidades nacionales. Sidón tributó culto especialmente á Ash-

toreth, invocando Tiro á Moloch bajo el nombre local, mencionado ya varias veces, de Melkarth («Rey de la Ciudad»). El templo del dios era el orgullo de la isla de Tiro, y corrieron historias ponderando su magnificencia, que casi exceden en extravagancia á las referidas con motivo del suntuoso templo de Bel-Marduk en Babilonia. Herodoto, el celebrado viajero é historiador griego de la quinta centuria antes de Jesucristo, nos cuenta que hizo un viaje expresamente á Tiro para ver dicho templo del cual habia oido hablar como de una verdadera maravilla. «Visité el templo—escribe con completa buena fe—y vi que estaba adornado con multitud de ofrendas entre las

cuales habia dos columnas, una de oro puro, otra de esmeralda, que brillaba intensamente por la noche». La columna de oro acaso existiese, pero la de esmeralda, y de esmeralda tan perfecta que esparciese rayos de luz en la obscuridad, es claro que pertenece á la fábula. Esta columna estaria tallada probablemente en el famoso cristal verde de los Egipcios que se asemeja á la esmeralda, piedra, según nos informan antiguos escritores, la más fácil de imitar; mas aun asi debia tener un valor extraordinario.

5. Los Fenicios, y en esto no se diferenciaban de los demás Canaaneos, no fueron un pueblo literato; no fueron ni aun un pueblo poético, por lo menos en el sentido de consignar por escrito y coleccionar en forma poética las leyendas populares relativas á sus dioses. De aqui que no nos hayan legado, propiamente hablando, ninguna mitologia ni, naturalmente, ninguna epopeya ¹. Sin embargo, la facultad imaginativa ó poética, no falta en absoluto á nadie, sea pueblo ó individuo. Asi los Canaaneos como todas las demás razas, tenian mitos—representaciones de los fenómenos naturales bajo la forma de imágenes poéticas ²—sólo que estos mitos no se cristalizan en historias; realmente no fueron expresados casi nunca por medio del lenguaje, sino más bien valiéndose de ceremonias, usos, formas del culto y otras tentativas de representación artistica. Por esta causa los mitos fenicios son más difíciles de reconstituir que los de ningún otro pueblo. Ha sido menester estudiarlos en los cuños de los sellos, en los fragmentos de los monumentos, pocos é insignificantes, y, sobre todo, en las noticias esparcidas en las obras de

1 Véase *Story of Chaldea*, páginas 298-299.

2 Ídem *íd.*, pág. 294.

gran número de escritores, algunos de los cuales hablan de ellos como de cosa que les consta por propia experiencia, y otros únicamente por referencia á viajeros y compiladores de tradiciones y á la experiencia de otros pueblos. Entre las compilaciones ocupa la Biblia un lugar preferente. Algunos de estos mitos fueron también transmitidos por los Fenicios, en sus viajes, á los Griegos, y éstos, los mejores narradores del mundo, pronto los condensaron en forma de realidad casi tangible, en fábulas bellas y sorprendentes, no variando apenas, sin embargo, sus rasgos esenciales. Así, utilizando todos estos materiales, numerosos é incoherentes, han sido reconstruidas gradualmente las concepciones míticas de los Canaaneos, á pedazos, por decirlo así: pero con tal riqueza de detalles, que se destacan vivamente y no es posible confundir sus caracteres distintivos.

6. Como su hermana de Babilonia, la diosa canaanea era servida especialmente y honrada por mujeres. Los templos estaban poblados de hermosas jóvenes —consagradas al baile y la música— y en sus altares oficiaban sacerdotisas, reclutadas con frecuencia entre las familias más nobles. Pero el templo de fábrica tenía una importancia secundaria: los templos naturales, los bosquecillos sagrados que rodeaban á aquél, eran el principal santuario: la diosa de la Naturaleza debía ser adorada al aire libre, bajo las bóvedas que formaba la vegetación, que simbolizaba mejor que ningún esfuerzo del arte su eterna fecundidad y juventud. De aquí, que los árboles más hermosos le estuviesen consagrados; sobre todo, aquellos que siempre están verdes, entre los cuales era el preferido el ciprés, que en la religión babilónica se consideraba esencialmente como el emblema de la

vida perdurable ¹. El fruto propio y especial de la diosa era la granada que, por los muchos granos que su pulpa encierra, es símbolo muy adecuado de la fertilidad. Por la misma razón le consagraban los pescados; en muchos sitios era un sacrilegio el comer ó el matar el pescado; generalmente, en los bosques adscriptos á los templos, habia viveros de peces, bien provistos y religiosamente respetados, y en Ascalón, donde la diosa era adorada bajo el nombre de DERKETO, se la representaba en forma de mujer con cuerpo de pescado desde las caderas. Habia, además, cerca de dicha ciudad, un gran lago muy abundante en peces. Otro atributo de la diosa, más invariable y favorito aun, era la paloma blanca, que era para los Canaaneos un ave esencialmente sagrada, reputándose acción criminal el matarla para alimento ó por diversión. En las pocas representaciones de los templos de aquellos pueblos que conocemos (la mayor parte en objetos procedentes de las islas griegas, donde los Fenicios importaron el culto de su diosa), vemos palomas que revolotean encima de la piedra cónica, personificación ruda y extraña de la misma divinidad ².

7. Pero el rasgo característico del culto de Ashtoreth ha sido siempre el bosque sagrado, situado en barrancos frondosos ó en las faldas del Libano, ya



SELO DE CHIPRE,
REPRESENTANDO EL TEMPLO
DE PAPHOS.

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 268.

² Esta es una forma idolátrica semítica y canaanea, muy antigua. Algunas veces, como en el grabado 18, ostenta toscos apéndices, figurando una cabeza y brazos. Véase también el grabado 17.

fuese una plantación artificial, ya obra de la misma naturaleza, así como los altares á Baal se erigian más bien que en el interior de los templos al aire libre en las cumbres de las montañas ó en otro paraje elevado. Cerca de los altares de Baal se plantaba generalmente un «árbol sagrado», el Asherah¹, que era á veces un árbol verdadero, y otras una imitación de forma convencional. De esta manera, el dios no recibia culto únicamente de los Baalath, y los adoradores se veían obligados á recordar la doble naturaleza del Unico Primer Principio ó — invirtiendo

los términos—la unidad real de la pareja divina. Se ve este simbolo —el altar del dios y el árbol de la diosa—en muchas esculturas asirias, que representan escenas del culto. También la Biblia denuncia con frecuencia y ardiendo en ira «los sitios elevados» y «los asherahs», las abominaciones paganas en que caían de continuo Judah é Israel y les atraían los incesantes

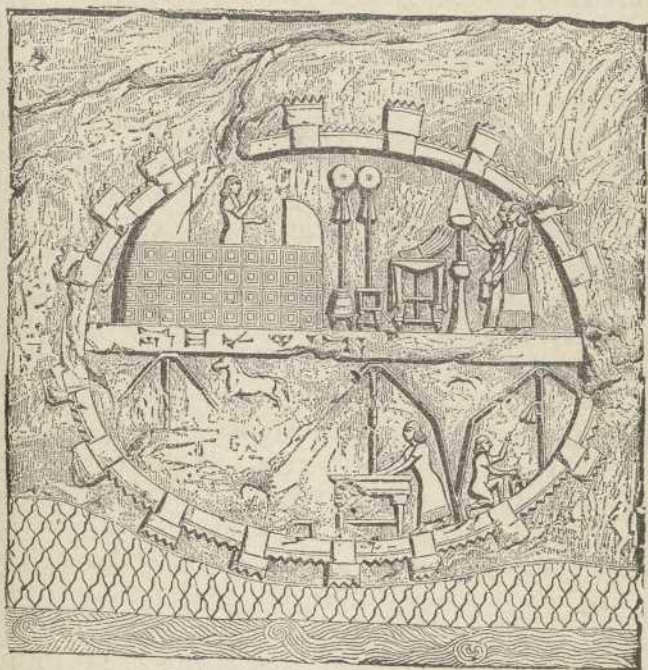


SELO DE SIDÓN,
REPRESENTANDO UN ALTAR
PORTÁTIL, Ó CUSTODIA,
USADO PROBABLEMENTE
EN LAS PROCESIONES.

anatemas de los profetas, hasta que, de vez en cuando, un rey piadoso ó arrepentido derribaba aquellos simbolos idolátricos que, por regla general, su sucesor, su mismo hijo casi siempre, volvía á restaurar. Así se dice que Josiah, rey de Judah, un gran reformador religioso, mandó quemar todos los objetos que se habían fabricado para el servicio de Baal «y para el asherah y todo el cortejo del cielo»,

¹ Otra forma de árbol sagrado, «sagrado simbolo de la vida», nos es familiar por las esculturas asirias y babilónicas, y su significación ha sido plenamente explicada en la *Historia de Caldea*, pág. 268 y siguientes.

y «depuso á los sacerdotes idólatras, á quienes los reyes de Judah habian ordenado quemar incienso en los «sitios elevados», en las ciudades de Judah y en los alrededores de Jerusalén; y á aquellos que quemaban incienso ante Baal, y al Sol y á la Luna y á



ALTAR PORTÁTIL ASIRIO CON EL ASHERAH.
(Interior de un campamento ó fortaleza).

todo el cortejo del cielo... y echó abajo las casas donde las mujeres tejian colgaduras para el *asherah*...» Estas colgaduras eran riquísimos tejidos, la mayor parte de fina púrpura, con profusión de bordados; muchas se utilizaban para levantar tiendas ó pabellones en los bosques sagrados, lujosos sitios de des-

canso donde los fieles se reunían como en un lugar de grata peregrinación ó excursión, no hallando mejor manera de honrar á la diosa de la alegría y el placer sensual, que pasar toda la noche en fiestas y desordenados regocijos dentro del recinto sagrado, en compañía de las mujeres y las jóvenes consagradas al culto divino, que así cumplían uno de sus principales deberes religiosos.

8. Para los Canaaneos, el Sol y la Luna—los principios masculino y femenino representados por el calor y la humedad, el gran padre y la gran madre de todos los seres—eran marido y mujer. Así, al Baal de Tiro, Melkarth, se le asocia Ashtoreth con el título de reina« (Milkath), y en Ascalón y en otras ciudades de la confederación philistea, además de la misma particularidad que acaba de indicarse, fueron, ella, la diosa-peza, Derketo, y él, el dios-peza, Dagón (de *dag*, peza en las lenguas semitas). En un templo de Dagón había una estatua del dios, que nos describen como teniendo la cara y las manos de hombre, el cuerpo de pescado y los pies también humanos. No es difícil reconocer en esta descripción un aspecto duplicado del Oannes babilónico ¹, semejanza que es aún mayor si se atiende á una tradición que circuló en épocas posteriores, la cual atribuía á Dagón la invención del arado, convirtiéndole en protector de la agricultura y en dispensador del sustento. El nombre de uno de los primitivos *patesis* asirios, Ishmi-Dagán (véase núm. 1.º, cap. I) indica ya una estrecha conexión entre los dos mitos, que hoy puede ser probada con documentos.

9. Esta concepción, sin embargo, no fué más que una caprichosa transformación local. El genuino

¹ Véase el grabado 56 en la *Story of Chaldea*.

Baal-Moloch de Siria y Fenicia, fué un sér mucho más activo y poderoso. Su rasgo más notable es la doble naturaleza de que está dotado, su combinación de buenas y malas cualidades, de las que, ya predominan las primeras, ya prevalecen las segundas, hasta que el dios se divide en dos, decididamente hostiles entre sí. El excesivo calor del estío que seca la tierra y esparce la muerte es Moloch, el terrible, el devorador, el fiero Sol-dios. El suave calor de la primavera con sus lluvias blandas y vivificantes, el calor que hace germinar la semilla y brotar la hierba, ó la grata temperatura del otoño, que trae las nubes, ausentes durante algunos meses de la abrasada atmósfera, apaga la sed ardiente de la tierra, la cubre con un segundo manto de verdura y madura sus frutos, es Baal, el benigno, el benéfico, el buen Sol-dios. Cuando su fuerza decae y su gloria palidece: cuando sus rayos, oblicuos y distantes, visitan á la tierra durante menor número de horas cada día, y no es poderoso á agitar la savia en los árboles, ni la semilla en el suelo, entonces Baal duerme ó viaja por regiones remotas, situadas al Occidente, y los hombres lloran su ausencia hasta que los meses, en su curso periódico, lo traen otra vez y se celebra su vuelta ó resurrección con ruidosa alegría y grandes fiestas, que hoy se verificarían en el mes de Marzo.

10. Hay un pasaje famoso en la Biblia, donde se alude á este mito. Es aquel en que se nos refiere que durante el reinado de Ahab un hambre terrible asoló el país, y 450 sacerdotes de Baal, acompañados de 400 sacerdotes del «Asherah», se reunieron en el monte Carmelo á la vista del pueblo de Israel, siendo desafiados por el profeta Elías á lograr con sus oraciones que descendiese el fuego del cielo sobre su

sacrificio. «Y habiendo tomado el buey que les fué dado, lo sacrificaron; é invocaban el nombre de Baal desde por la mañana hasta el medio día, diciendo: «Baal, escúchanos»; pero no había voz ni quien respondiese..., y pasaban saltando el altar que habían hecho. Y como fuese ya el medio día, se burlaba de ellos Elías, diciendo: «gritad con voz más fuerte porque ese dios quizás habla con alguno, ó está en otra parte, ó *de camino*, ó *acaso duerme y debe despertársele*». (Libro III de los Reyes, cap. XVIII, v. 26-27). La invectiva del profeta no es sólo una obra maestra de sarcasmo, por cuya causa se la cita con frecuencia, sino una alusión directa al mito. Sigue un versículo muy notable donde se revela la ceremonia más extraordinaria del culto canaaneo: «y conforme á su rito, se sajaban con cuchillos y lancetas, hasta quedar bañados en su propia sangre».

11. La significación de esta al parecer insensata ceremonia, helá aquí sin duda: los sacerdotes, viendo desatendidas sus oraciones y ofrendas, trataban de que fuesen más aceptas al dios por la adición de su propia sangre y sufrimiento voluntario, partiendo de la hipótesis, muy natural dadas sus creencias, de que la sangre humana, y sobre todo la sangre de sus propios servidores, había de ser mucho más preciosa á los ojos de Baal que la de un animal menos sensible, y el tormento que se imponían por libre y espontánea determinación, debería tener virtud más persuasiva que la agonía dolorosa de una víctima estúpida y pasiva. Suponiendo que el desaliento y la férvida excitación de los sacerdotes se desarrollaran proporcionalmente y hasta tocar en la desesperación, el paso inmediato debía de ser el ofrecer su propia vida ó la de alguna otra víctima humana, como medio

extremo de mover la piedad de Baal. Tal es la necesidad lógica contenida en la misma idea del «sacrificio» según el mundo antiguo entero entendía esta palabra, razón por la cual la práctica horrible de los sacrificios humanos fué universal en las edades más remotas. Ninguna de las religiones antiguas se vió libre de ella; pero en el periodo de tiempo á que nuestros conocimientos se extienden no encontramos en la mayor parte de dichas religiones más que escasas supervivencias, huellas medio borradas de práctica tan cruel, mientras los hijos de Canaán la conservan no sólo en la época histórica, no sólo en fecha relativamente próxima, sino en un periodo tan inmediato á nosotros como el primer siglo de la era cristiana.

12. La palabra «sacrificio» es latina y significa únicamente «acto sagrado», cualquier rito relacionado con el culto; pero hubo de aplicarse exclusivamente á la ceremonia que se consideró como más santa, más respetuosa, más misteriosa, más adecuada para poner al hombre en comunicación personal con la divinidad, en su misma presencia; á la ceremonia solemne que consistía en ofrecer dádivas al dios. Ahora bien, los hombres se obsequian con presentes ó por el impulso del amor—éstos expresan la amistad y la gratitud—ó por el impulso del temor—dádivas propiciatorias—que son, naturalmente, las más espléndidas y copiosas. Hay una tercera clase de ofrendas que no pueden llamarse propiamente obsequio, pues vienen á ser como un medio de seducción que se emplea para recabar de quien las recibe algún favor excepcional, alguna merced extraordinaria. El valor de estas ofrendas debe ser proporcionado á la importancia del favor que se solicita.

y puede aumentarse gradualmente si el peticionario halla indiferente ó rehacio á su presunto protector. Semejante transacción es evidentemente un contrato más bien que un sacrificio. También existen las ofrendas reguladas por la ley en cuanto al tiempo, la calidad y la cantidad, las cuales tienen el verdadero carácter de contribuciones, tasas ó impuestos, que se entregan al señor de la tierra en la inteligencia de que dándole lo mejor que ésta produzca, en cantidad suficiente, se abstendrá de pedir más ó de tomarlo todo, como podría hacerlo, usando de su derecho. Es claro que en todos estos casos se espera una recompensa, en forma de bienes y ventajas materiales. Ni aun los regalos por afecto son una excepción, porque el que los hace se cree ciertamente con títulos á la benevolencia amable y amistosa de aquel que los recibe, y el poderoso suele expresar su agrado en actos de gracia y favor. Sólo la caridad prodiga sus dones sin esperanza de recompensa, sin exigir ni aun agradecimiento, pero la caridad era un sentimiento desconocido al mundo antiguo y no podía reflejarse en sus religiones ¹.

13. Los sacrificios á los dioses se corresponden exactamente con estas varias clases de presentes que entre los hombres se usan; los sentimientos que los promueven, su motivo, su objeto, son los mismos. Para comprender la naturaleza, enteramente prácti-

1. Este es un error de sistema, que no puede sostenerse hoy. El mundo antiguo ofrece enseñanzas y ejemplos de caridad tan pura y desinteresada como puede ofrecerlos el mundo moderno. Basta citar la doctrina de Confucio, los mandamientos de Bhudda y la moral de Egipto, expresada principalmente en la confesión general que hacían los muertos ante el tribunal de Osiris en el Amantis. Lo que hay es que, en los pueblos antiguos, los premios y penas que servían de sanción se referían á esta vida y eran materiales, mientras que en los pueblos moder-

ca y egoísta, de la institución, coloquémonos en el lugar de los antiguos sacerdotes, identifiquémonos con sus creencias y guiémonos por el antropomorfismo absoluto, intenso, en que descansaba su concepción de la divinidad ¹. El dios para ellos es un rey, «nada más que un rey», más benévolo, más benéfico en su indulgencia, infinitamente más poderoso y proporcionalmente más terrible en su cólera cuando se le ofende. Se muestra celoso de las oblaciones de sus fieles. Es el señor de la tierra que les permite habitar. Les ha dado cuanto contiene y sustenta para usar y gozar de ello; pero se le debe una parte de todo á él, al Señor Supremo, en testimonio de la común gratitud. Es preciso darle, cuando menos, la primera cria macho de cada animal doméstico, los primeros frutos de las plantas, y debe entregársele en el templo más próximo, en periodos fijos, consagrados solemnemente, una parte, casi siempre la décima, de todo lo que produce el suelo ú obtiene el hombre de la industria. Se celebra con grandes fiestas y regocijos el acto del ofrecimiento, por miedo á que la divinidad no crea que se le paga su deuda de mala gana y como á la fuerza, y, en su justa cólera, retire sus liberalidades ó inflija un castigo. Es fácil comprender que el número de cabezas de ganado y la cantidad de productos acumulados de esta mane-

no se refieren al otro mundo y son espirituales; pero esto no cambia la naturaleza de los actos. El que da de comer al hambriento á cambio de la eterna dicha en el cielo, ejecuta un acto tan egoísta como el que se lo da á cambio de la salud y prosperidad en esta tierra. Y son tan pocas las obras de caridad que hoy se practican sin la mira de la eterna bienaventuranza, y tantos los actos de heroísmo que nos presenta el mundo antiguo, que es lícito dudar si, en punto á sentimientos nobles y desinteresados, llevan ventaja las sociedades modernas á las antiguas, en particular á la griega y romana.—(N. de S. F.)

¹ Véase *Story of Chaldea*, páginas 355-357.

ra en los templos, alcanzaría á veces cifras enormes, tanto más cuanto que la divinidad tenía también derecho á una parte —la décima á lo menos— del botín de guerra en recompensa de la protección dispensada á las armas nacionales.

14. Había dos maneras de llevar á cabo el sacrificio. La cosa ofrecida podía ser destruida, consumida en el altar por el fuego, ó consagrada al uso del santuario. El primer modo, llamado holocausto del fuego, era el más completo y directo. Se suponía que los dones y oraciones, ó acciones de gracias, eran transportados directamente á la divinidad. De aquí la expresión constantemente usada: «los dioses *huelen* un sacrificio»; si el olor «es suave», el sacrificio es aceptable. Iahveh (Jehovah, el Señor) olió un olor suave», dice el Génesis 1... «Permitame Iahveh oler un sacrificio», dice David. En muchos casos sólo se



CELEBRACIÓN DE UN SACRIFICIO.
(Representación tomada del obelisco de Nimrud).

1 Encontramos idénticas expresiones en el *Izdubar. Epic. Véase Story of Chaldea*; páginas 316-359.

quemaban animales vivos—bueyes y terneras, cabritos y corderos—juntamente con algunos productos de la tierra, como grano, harina, aceite. Pero esto mismo no era lo más corriente. Por regla general, se degollaba la víctima, se quemaba sobre el altar una parte escogida de la carne y la manteca, se separaba una buena porción para alimento de los sacerdotes y servidores del templo, y con el resto se festejaba á la muchedumbre. De los líquidos—leche, aceite, vino—parte se arrojaria al fuego, en el altar ó en el suelo (holocausto de la bebida ó libación), y lo demás «debía ser consagrado», como los frutos y la mayor parte de los productos restantes, al uso del santuario y de sus ministros. De este modo formóse un capital bastante para subvenir á los gastos de reparación de los edificios y urnas ó templos portátiles, para proveer con gran magnificencia al sostenimiento del culto y los sacerdotes y para tener el tesoro del templo siempre bien repleto. En las ocasiones extraordinarias, cuando el holocausto ofrecido por un individuo ó comunidad era un «sacrificio expiatorio»—sacrificio que tenía por objeto el obtener el perdón de algún crimen ó el aplacar la cólera de la divinidad irritada por cualquier ofensa que se le hubiese inferido ó por haber omitido alguna solemnidad del culto;—ó cuando el objeto era recabar alguna grande y extraordinaria merced, personal ó nacional, la consagración se reputaba insuficiente; el sacrificio debía ser completo; sólo la renuncia absoluta podia satisfacer á la majestad ofendida del dios ó merecer su especial intercesión. En estos casos, rebaños enteros, cargamentos de ricas mercancías eran consumidos por las llamas del sacrificio, que se alimentaban con los aromas, especias y aceites más preciados.

15. Salta á la vista que las cosas ofrecidas en sacrificio, bien fuesen seres vivos ó productos inanimados, debian ser lo mejor en su clase, no manchados por el uso, sin rival en su belleza y no abatidas por el trabajo su fuerza y gallardia; ¿regalaría alguien á su superior, á su amigo, un traje usado, un carnero trasquilado, un bucy con desollones, un caballo con mataduras? Y si lo hace, ¿no se expondrá á su enojo, debiendo temer las consecuencias de su venganza en vez de esperar una recompensa? Por esta causa, la victima reservada para el sacrificio debia ser perfecta y sin tacha, la más hermosa por su forma y color; la ternera y el novillo no debían haber conocido la ignominia del aguijón y el arado, ni el corcel la humillación de la obediencia, ni los animales hembras los trabajos laboriosos del parto y la carga de la maternidad. Además, sería irreverente el ofrecer un animal después de haber obtenido provecho de él por el trabajo ó la generación. Por el contrario, si se ofrecía un animal favorito ó de gran valor por la rareza ó excelencia de su casta, el sacrificio era tanto más meritorio y probablemente tanto más eficaz, como expresión de una piedad solícita y extraordinaria.

16. Es muy conforme con la naturaleza humana, que el celo y la prodigalidad que se desplieguen sean proporcionales á la necesidad con que se pide ó á la causa de la gratitud. En los periodos ordinarios de la vida, los fieles cumplirían gustosos el deber del sacrificio en las ocasiones oportunas—natalicios, matrimonios, vuelta de un viaje, éxito en alguna empresa, etc.,—pero sin excederse de la medida señalada por la costumbre ó por la ley. Sólo cuando el corazón rebosa de alegría ó es presa de la angustia y

el terror, los hombres dejan de calcular, pierden en cierto modo la cuenta de sus riquezas y olvidan el valor relativo de las cosas. Hay favores tan grandes y males tan espantosos, que los hombres, bajo la influencia de una excitación excesiva, se despojarían voluntariamente de todo, de sus bienes, de su propia vida, de su propia carne y sangre. De estas premisas, pues — concepción de un dios á quien puede moverse, mediante sacrificios, á que ejecute ó se abstenga de ejecutar ciertos actos, y un estado del sentimiento que ahogue transitoriamente la voz de la razón — resultarán como consecuencia lógica y necesaria, los sacrificios humanos por ser la vida humana el dón más estimado. En este orden de ideas, se comprende que el sacrificio de las criaturas, de los niños, especialmente de los niños primogénitos, sea el más meritorio, tanto por ser la víctima más pura cuanto porque la inmolación pone á los pies de la divinidad, con la sangre del inocente, el holocausto adicional del tormento de los padres.

17. El sacrificio de los niños era, en realidad, deber ineludible, pues se les consideraba como un aumento de la riqueza y el poder de la nación. Si el dios exige la primera cría de los animales domésticos, ¿por qué razón han de ser exceptuados los primogénitos del hombre? Esta obligación la hallamos formal é incondicionalmente reconocida entre los hebreos, el único pueblo semita cuyas leyes han llegado íntegras hasta nosotros. He aquí el notable pasaje del Éxodo (XXII, 29): «No tardarás en pagar tus diezmos y primicias: *me darás el primogénito de tus hijos. Y semejantemente* harás de tus bueyes y ovejas; siete días estará con su madre y el día octavo me lo darás». Teniendo en cuenta que la costumbre de sa-

crificar víctimas humanas, niños especialmente, fué una verdadera institución en otras razas canaaneas y semitas, hay que admitir que en el periodo primitivo, en los remotos tiempos prehistóricos, las palabras transcritas se entendieron y aplicaron literalmente. Sin embargo, cuando los Judíos aparecen en el estadio histórico del mundo, su concepción de la bondad divina como contrapuesta á la divina dureza, ha avanzado lo bastante para no permitir la bárbara interpretación literal de aquel precepto, y el sacrificio, en lo que se refiere á los primogénitos, no es más que la consagración. Todavía, sin embargo, la significación originaria de la ley precitada, sobrevivió con suficiente energía en la conciencia del pueblo, para obligar á los padres á una especie de rescate, que consistía en la ofrenda, poco gravosa aun á las fortunas más modestas, de dos tórtolas ó un par de jóvenes pichones ¹.

18. Los sacrificios humanos son una consecuencia tan inevitable de la concepción, groseramente material y antropomórfica, de la divinidad, común á todo el mundo antiguo, que no puede sorprendernos el ver que se les atribuye un origen directamente divino. Es muy natural que los dióses que dan leyes á los hombres y les enseñan todo lo concerniente al estado de civilización en que se encuentran, establezcan el rito que se reputa como el más sagrado y solemne. Hay en los distintos pueblos diferentes historias y leyendas que expresan esta idea. Entre las más notables, figura una tradición fenicia de que se ha-

¹ «Y después que fueron cumplidos los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, lo llevaron á Jerusalem para presentarlo al Señor».

«Y para dar la ofrenda, conforme está mandado en la ley del Señor, un par de tórtolas ó dos palomas». (San Lucas, cap. II, 22-24.)

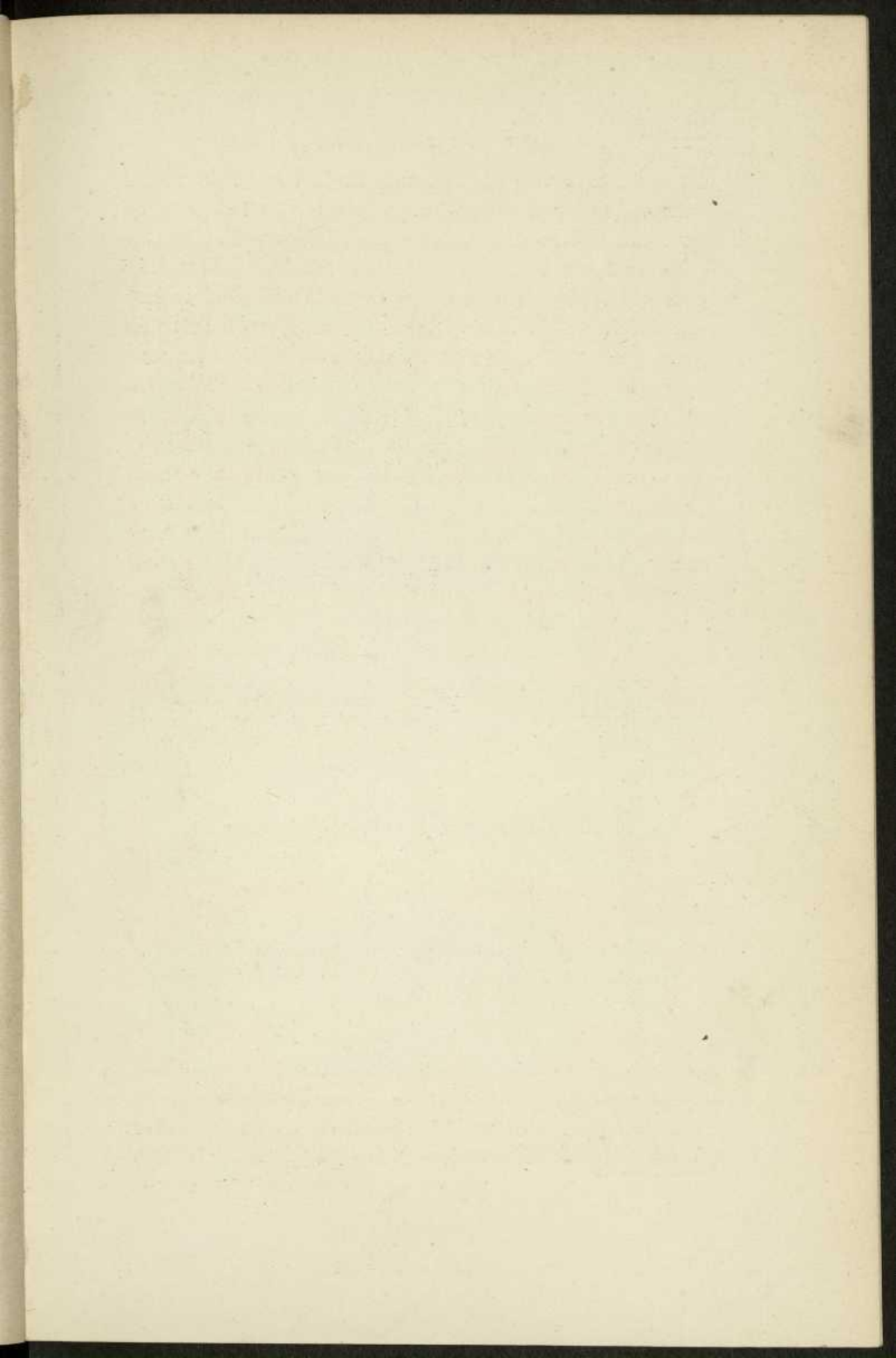
bla en algunos fragmentos citados por escritores de épocas posteriores y que pertenecen á una obra más extensa de cosmogonía y teogonía, atribuida á un antiguo sacerdote, Sanchomiatho, el cual se cree que vivió hacia el año 1000 antes de J. C. En uno de estos fragmentos se dice, que el mismo Dios supremo, en cierta ocasión en que «un hambre y gran mortalidad sobrevinieron, ofreció en holocausto su propio hijo á su padre el Cielo»; y en otro, se refiere la misma leyenda en forma menos descarnada, poniendo á plena luz el origen del cruelísimo rito. «Fué costumbre entre los antiguos, en tiempos de gran calamidad, para evitar la total ruina, el que los jefes de la ciudad ó nación sacrificasen á la deidad vengadora el más querido de sus hijos, como precio de la redención; las víctimas destinadas al sacrificio, eran ofrecidas místicamente (con ceremonias de significación misteriosamente sagrada, *mística* — en memoria del origen divino de la práctica y aludiendo á él—); «porque, continúa el texto, el dios no tenía más que un hijo, y, cuando la terrible calamidad de la guerra afligía á la tierra, adornó el altar, vistió á su hijo los emblemas de la majestad real y lo sacrificó». Es evidente que la leyenda se inventó para explicar la costumbre y consagrarla con la autoridad divina, sin lo que nunca se habría abierto paso una violación tan monstruosa de las leyes naturales. Tales leyendas, que revelan el origen ó la causa de algunas prácticas, nombres, creencias, etc., particulares, son tan numerosas en la historia de los pueblos antiguos que se han clasificado bajo un nombre especial, el de *mitos aitiológicos* (de la palabra griega *aitia*, causa).

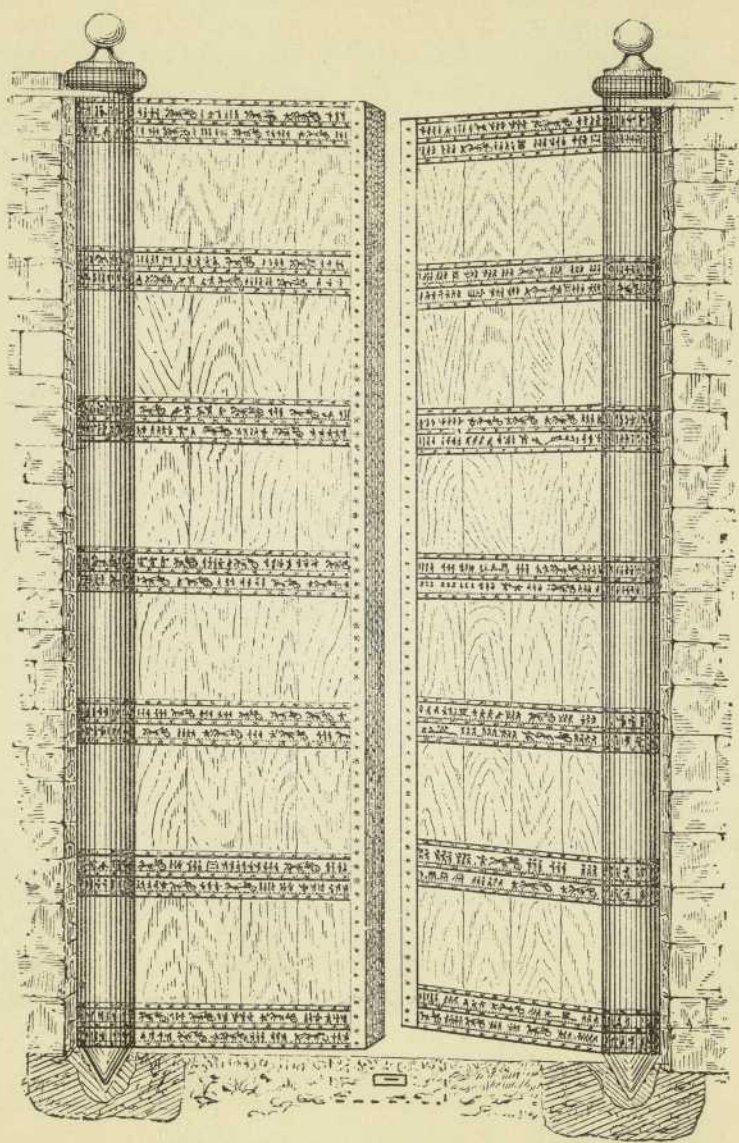
19. Es verdaderamente extraordinario el encontrar

en la Biblia la descripción, que impresiona sobremadurera por su misma sencillez, de un suceso, indudablemente histórico, que es la reproducción exacta en la tierra del sacrificio que las tradiciones antiguas suponen consumado en otro tiempo en el cielo. Trátase de un incidente de la guerra (hacia el año 850 antes de J. C.) de los Israelitas y los Moabitas, pueblo éste muy afín al primero y cuyo rey, Mesha, nos ha dejado una inscripción famosa que le acredita de haber sido fiel y celoso adorador de su dios nacional, Khemosh †: «... Levantándose los Israelitas, hirieron á los de Moab, que huyeron delante de ellos. Los vencedores los siguieron y desbarataron á los de Moab. Y destruyeron sus ciudades; y llenaron los campos más fértiles de piedras que cada uno echaba; y cegaron todos los manantiales de las aguas; y cortaron todos los árboles frutales, por manera que sólo quedaron los muros de ladrillos; y la ciudad de Kir-Haresheth (ciudad algo al Este de la extremidad meridional del mar Muerto) fué cercada por los honderos y en gran parte derribada. Lo cual visto por el rey de Moab, es á saber, que los enemigos prevalecieron, tomó consigo 700 hombres que sacaban espada, para forzar el campo del rey de Edom, mas no pudieron. *Y arrebatando á su hijo primogénito, que habia de reinar en su lugar, ofreciòle en holocausto sobre el muro; y causó una gran indignación en los Israelitas, y en el mismo punto se retiraron de él y se volvieron á su tierra*». Libro II de los Reyes, capítulo IV, 24-27).

20. Entre los Indios antiguos, existia una leyenda de significación análoga. Su origen se pierde en la noche de los tiempos, y no la encontramos formal-

† Véase el apéndice al capítulo VI.





LAS PUERTAS DE BALAWAT (RESTAURADAS).

mente relatada en ninguna parte. Sin embargo, se alude á ella, como hablando de cosa perfectamente conocida, en uno de los himnos sagrados. Parece que habian imaginado el principio universal masculino bajo la forma de un sér gigantesco de este sexo, llamado Hombre (*por excelencia*), no obstante su naturaleza divina, el cual era el señor del Universo, aquel de donde proceden todas las cosas que fueron, son y serán. Cuando los dioses ofrecieron al Hombre-Divino en holocausto, dice el himno, la primavera vertió sobre él su manteca clarificada, el estio prestó su fuego, el otoño sus oblacones (frutos y tortas). «Esta victima, nacida en el comienzo de los tiempos, fué inmolada y regaron con agua la hierba del sacrificio... Cuando los dioses consumaron el sacrificio ataron la victima y colocaron al rededor de ella siete vallas de madera y debajo 13 veces siete lechos de leña... *Estas fueron las primeras instituciones*». «Mediante la inmolación del Hombre-Divino se crearon, dice la leyenda, todos los mundos y todas las cosas que hay en ellos». Los libros sagrados de los Indios contienen las instrucciones más detalladas y formales acerca de los sacrificios humanos, de cuándo deben llevarse á cabo y de las ceremonias que han de acompañarlos. Las victimas sumaban á veces una cifra enorme, inmolándose hasta 150 en un solo acto. Más adelante, con la mayor cultura y el progreso de la suavidad en las costumbres, estas bárbaras prácticas cayeron en desuso. Se supuso que la voluntad divina se habia declarado contra ellas y concedido el perdón de las victimas, y este nuevo sentimiento popular encarnó, como siempre, en parábolas y leyendas. En una de éstas se cuenta que un joven, que ya estaba atado al madero espe-

rando el golpe mortal, oró sucesivamente á todos los dioses, y sus lazos fueron milagrosamente desatados. En otra se refiere, que para contestar á los ruegos de una mujer que se encontraba en las mismas circunstancias, los dioses enviaron una lluvia de rayos, que sólo cayeron en aquel sitio, sobre la pira ya encendida. Y cuando los sacrificios sangrientos, aun de animales, se abolieron casi por completo, reemplazándolos las ofrendas de tortas de arroz y de trigo, el cambio fué autorizado por una parábola, según la cual la virtud del sacrificio habia descendido de la más alta y valiosa victima, el hombre, al caballo, del caballo al novillo, del novillo a la cabra, de la cabra á la oveja y de ésta, al fin, á la tierra, donde residia en los granos de arroz y de trigo, arrojados como semilla. Fué una manera ingeniosa de decir que, en adelante, la sencilla ofrenda de tortas de arroz y de trigo seria tan grata á la divinidad como antes lo fuera el sacrificio de seres vivientes, de hombres y de animales. Que el tránsito no pudo efectuarse sin invocar una autoridad más alta que la del sentimiento humano, es cosa fácil de comprender; pues necesitábase la sanción de los dioses para abrogar una práctica por ellos directamente establecida.

21. Tampoco es otra la significación del episodio biblico de Abraham y de su hijo Isaac. Dios pide á Abraham que le sacrifique á su hijo, y cuando ya está el cuchillo levantado sobre la victima, detiene el brazo de Abraham y depara á éste un carnero—que es sacrificado en lugar del hijo—indicando por tal manera su voluntad de contentarse con victimas menos preciosas y perdonar á los hijos de los hombres. La misma leyenda, apenas alterada, se encuentra en la tradición popular de los primeros tiempos de Gre-

cia. Aquí es un rey poderoso á quien se manda inmolar, en bien del pueblo, á su hija más hermosa y querida, la cual, en el momento del sacrificio es reemplazada por una blanca cierva. Podríamos citar otros ejemplos, tomándolos de las tradiciones legendarias de diferentes pueblos, los cuales todos concurren á demostrar que el aumento de cultura enseña á los hombres una fe más pura y noble, inculcándoles el convencimiento de que la divinidad, la bondadosa dispensadora de la vida y de los afectos humanos, no puede deleitarse con la vista de la sangre, ni complacerse en pisotear los sentimientos más dulces y más santos, inspiración de la misma naturaleza.

22. Hay que exceptuar, sin embargo, á los Semitas y Canaaneos, cuyos brutales ritos no se suavizan al contacto de una cultura superior. Debiendo á la peculiar rudeza y sanguinaria propensión de su temperamento un celo ardiente y una vehemencia incontrastable, parece que fueron tan pródigos en el exceso del dolor como en los transportes de la alegría. Ocurre siempre lo mismo con las naturalezas sensuales y fáciles á la emoción. Muy inclinadas á la molición, por un contraste extraño, aunque fácil de comprender, caen en extremos de crueldad repugnante, y en ocasiones se gozan en atormentarse á sí mismas. Tales temperamentos experimentan la necesidad insaciable de sensaciones fuertes y violentas. El abuso de los goces sensuales y de los placeres materiales de toda clase, produciendo la saciedad, secan la fuente de la emoción. Sin embargo, hay que procurarse sensaciones á cualquier precio, y los nervios gastados las buscan en estimulantes cada vez más enérgicos. Los sentimientos naturales del corazón humano no causan impresión ninguna, si no se excitan

y exaltan hasta el paroxismo. La alegría es delirio; el terror, locura; el duelo, desesperación. Y fuera de esto, una apatía, una calma que raya, al parecer, en la insensibilidad, pero que sólo es superficial y engañosa.

23. Lo que los orientales han sido siempre, eso son hoy. Aquí está el secreto de su impasibilidad majestuosa, de su lenguaje breve y acompasado, de sus escasos y ceremoniosos gestos, que inspiran una especie de temor respetuoso á los extranjeros que conversan con ellos. No son menos capaces que sus abuelos de 3.000 años há de exaltarse hasta el frenesi; pero las condiciones de la vida moderna son contrarias á la exacerbación frecuente del sentimiento; por esta causa sus intervalos de quietud son mayores, y cuando estalla el mal comprimido volcán de sus pasiones, la explosión se verifica como por sorpresa, de un modo irreflexivo é inesperado. Hoy, como casi siempre en la antigüedad, estas explosiones son debidas á la sobreexcitación de los sentimientos religiosos. Impúlsales á la matanza y á la guerra el fanatismo, ayudado de los efectos enloquecedores del opio, enérgico estimulante de que abusan de continuo.

24. En los antiguos Asiáticos, eran los ritos religiosos el principal excitante. Entregábanse á ellos con la intensa exaltación nerviosa que fué el resorte de su existencia. Sea que celebrasen las alegres fiestas de la primavera, la resurrección del joven Soldios y su reunión con la diosa Naturaleza, largo tiempo viuda, sea que lloraran su prematuro fin á manos del invierno, ó deploraran los estragos del estio, sus transportes de gozo ó sus lamentos y sus otras demostraciones más dañosas, de regocijo ó de duelo, según los casos, rayaban en la locura, en las

procesiones, que eran requisito obligado de todas estas fiestas. Los sacerdotes señalaban el camino con su ejemplo, y pronto sobrevenia el momento en que su excitación no se calmaba con gritos, ni con gemidos, ni con desgarrarse los vestidos; entonces sólo en la efusión de sangre y en el tormento encontraba vado su irritación nerviosa, llegada al delirio. Se desgarraban su propia carne con las uñas; se herian y sajaban con cuchillos y lancetas. Propagábase el contagio en el tropel de gente que seguía á los sacerdotes, y muchos rivalizaban con éstos en lacerarse, en infligirse torturas y mutilaciones. No era raro que algún desgraciado fanático, perdido el juicio, se arrojase y buscara la muerte bajo las ruedas del pesado carro que conducía al idolo. Así, una fiesta que comenzaba con el imponente y solemne ceremonial y espléndido aparato, tan amado de los orientales, había de terminar, seguramente, en una licenciosa y desenfrenada saturnal si el suceso que se celebraba era alegre, y si triste, en un desordenado cuadro de gritos y lamentaciones y horrible carnicería. Á esta especie de frenesi religioso le bautizaron los Griegos con el nombre muy adecuado de orgias —la palabra griega *orge* significa emoción apasionada y violenta— y las religiones que tienen este carácter extremado —todas las de los Canaaneos y semitas de Siria y el Asia occidental— generalmente se llaman por tal causa *orgiásticas*. Concíbese, sin necesidad de esforzar el entendimiento, que los sacrificios humanos debían ser consecuencia necesaria de tal estado del ánimo.

25. No hay que maravillarse tampoco, de que el progreso de la cultura fuese impotente para humanizar y purificar las concepciones y prácticas religiosas

de aquellos pueblos. Porque, según ya hemos dicho, lo que un pueblo es, eso, en su mayor grado de pureza, es su religión, eso son sus dioses; por otra parte, la cultura no hace más que desenvolver las aptitudes y dotes innatas de cada raza, elevar sus cualidades naturales á su más alto punto de perfección. Así vemos que, lejos de caer en desuso, los sacrificios de hombres y de niños aumentan en número y violencia con el transcurso del tiempo. De haber sido un



LA ASTARTÉ MOABITA
(según un dibujo
de Duisberg).

recurso extremo para atraerse la benevolencia de los dioses en épocas de guerra, de sequia y de peste, se convierten en ritualidad periódica y permanente del culto canaaneo; todos los años habia en Fenicia y sus colonias sacrificios humanos, y en periodos de grandes calamidades se ordenaban otros extraordinarios. No seria, sin embargo, razonable suponer que tan crueles ofrendas eran gratas á todas las divinidades. Los dioses bienhechores — el benéfico Sol-dios y Ashtoreth, la tierna dispensadora de la vida —

no podian ver con agrado la pérdida de la existencia, la destrucción de un bien dado por ellos mismos; este tributo habria sido para ellos un ultraje más bien que un obsequio. No así Baal-Moloch, el destructor, el fiero Sol-dios. La sequia y la peste eran su séquito, y la guerra con sus victimas y horrores, su deleite. Cuando cualquiera de estas plagas, acompañada á menudo de las otras dos, fenómeno nada raro en Oriente, caía sobre el país con la carestia y el hambre, que eran su cortejo, entonces Moloch reinaba como soberano.

Se olvidaba á las deidades amables ; se interrumpía su culto ; sus sacerdotes y sacerdotisas eran exonerados temporalmente. El dios inhumano se llevaba todos los tributos , y cuanto más terrible era el peligro y mayor la calamidad , más pródigamente se le obsequiaba.

26. Dada la escasez de monumentos literarios que los Fenicios nos han legado, nada sabríamos de la manera cómo se celebraban estos temerosos ritos, á no ser por los escritores que los describen con amplios detalles, al hablar de Cartago, la colonia más grande y poderosa, tan rica como la ciudad madre, Tiro, con quien nunca rompió del todo sus lazos; Cartago, en efecto, no obstante su independencia política y su extraordinario poderío, enviaba todos los años como tributo al templo del Melkarth sirio, buena parte del botin recogido en la guerra. Es, pues, lícito presumir que el lazo religioso permaneció intacto, y que las colonias seguían, en las prácticas de su culto, la autoridad del ejemplo y las tradiciones de la metrópoli.

27. Parece que habia en Cartago una estatua de Moloch, destinada especialmente á recibir el sacrificio de victimas humanas abrasadas. Era de altura colosal, toda de bronce y hueca por un lado. Tenia cabeza de toro, por ser el toro el emblema favorito de la fuerza física y, de consiguiente, del principio masculino de la naturaleza, del Sol-dios bajo su aspecto más formidable. Sus brazos eran de desmesurada longitud, y en sus manos, enormes y abiertas, se depositaban las victimas, que los brazos, movidos por cadenas y poleas que habia detrás, dirigian hacia un agujero que la estatua tenia en el pecho, hasta dejarlas en un horno encendido que flameaba dentro,

sobre una parrilla invisible, á través de la cual caían carbones y cenizas, formando un montón que crecía por momentos entre las piernas del coloso. Supónese que los hombres eran antes degollados, pero no hay duda que los niños se depositaban vivos en las horribles y abrasadas manos. Mientras se preparaba el sacrificio, los gritos de los niños eran contenidos con caricias. Y, por repugnante é increíble que parezca, las madres debían estar presentes y reprimir sus lamentos, sus sollozos, cualquier signo de dolor, porque en otro caso, además de perder el crédito que se reflejaba en ellas por el gran honor que sus hijos recibían, se exponían á atraer sobre la comunidad la cólera del vengativo dios; pues una ofrenda hecha de mala gana, ó una víctima perdonada, eran bastantes para malograr todo el sacrificio y aun empeorar los males que se querían remediar. Así, las madres débiles de espíritu debían ser quemadas sin misericordia, como indignas y poco patriotas. Las flautas y los tambores sonaban sin descanso, tanto para sofocar los gritos de las inocentes victimas como para alimentar la pública exaltación. La ceremonia se acompañaba sin duda con bailes solemnes, al menos así se hacía en Siria, y se entonaban himnos é invocaciones—según costumbre de Canaán y Fenicia;— estos cantos eran una especie de letanía en que el nombre del dios se repetía á cada instante. Y si los sacerdotes dudaban de la eficacia del sacrificio, debían enaltecerlo derramando su propia sangre. Los escritores bíblicos, hablando de estos sacrificios, usan, comunmente, la expresión; «*Consagrar á sus hijos por el fuego*» en honor de Baal ó Moloçh. De aquí que se haya supuesto, que la ceremonia de la consagración por el fuego reemplazara á la inmola-

ción verdadera. Sin embargo, esta hipótesis no parece fundada, y muchos pasajes de la Biblia la desautorizan terminantemente. Dirigiéndose á Jerusalén en nombre del Señor y reprochando á la real ciudad sus apostasias é iniquidades, dice Ezequiel: «y tomaste los hijos y las hijas, que engendraste para mí, y se los sacrificaste para que fuesen devorados»; y pocos versículos mas adelante... «por los ídolos de tus abominaciones en la sangre de tus hijos que les has dado», porque los Judíos habían adoptado hasta tal punto las costumbres de los demás pueblos vecinos y consanguíneos suyos, que tenían un lugar, fuera de las murallas de Jerusalén, el valle de Tophet, consagrado especialmente al culto de Baal, donde las piras del sacrificio estaban encendidas constantemente y eran alimentadas con frecuencia con víctimas infantiles ¹.

28. Del principio de que la divinidad estima tanto más las ofrendas cuanto mas preciosas son para su autor, resultó que en los sacrificios nacionales debían elegirse las víctimas de entre las familias más nobles, y cuando algún padre burlaba la ley y se le probaba su falta, el castigo era terrible. En cierta ocasión que los Cartagineses fueron batidos en una batalla importante, cuya pérdida puso en peligro la existencia nacional, se descubrió que algunos ciudadanos pudientes habían contraído la costumbre de comprar y criar niños de humilde extracción, para sustituirlos á los suyos en el acto del sacrificio. Atribuyóse á esta impiedad la cólera del dios, y se ordenó un grande y extraordinario sacrificio nacional, por via de expiación. Doscientos niños de la clase gobernante y fami-

¹ Véase el libro IV de los Reyes, XXIII, 10; Jeremías VII, 31; XIX, 5-7.

lias más pudientes perecieron, y en cuanto á los padres, algunos autores refieren que 300 de ellos, acusados del sacrilego delito, dieron voluntariamente su propia vida en holocausto. Estremece el considerar el ancho campo que estas costumbres dejaban libre á los sacerdotes y personas influyentes, para vengar agravios de familia y rencores personales. Nada menos que hasta los tiempos de Tiberio, contemporáneo de Cristo, estuvo en vigor la inexorable práctica en Cartago. Los Romanos, dueños á la sazón del mundo, no se distinguían por la ternura de su corazón. Sin embargo, sorprendiendo una legión romana, en la época precitada, á los sacerdotes de Moloch en el momento de llevar á cabo un sacrificio de niños, tales fueron su horror y piedad, que no sólo libertaron á las victimas aun no inmoladas, sino que colgaron á todos los sacerdotes. Dióse después una ley prohibiendo la celebración del rito inhumano. No obstante, es indudable que esta costumbre sobrevivió subrepticamente, uno ó dos siglos más, es decir, hasta tanto que el cristianismo se asentara sólidamente en las provincias africanas del Imperio romano ¹.

29. Algunas veces, los sacrificios humanos se ofrecían en señal de gratitud, ó en cumplimiento de un voto. El sacrificio de las mujeres cautivas más hermosas en honor de Moloch, que acostumbraban á hacer los Cartagineses, nos patentiza lo primero; y de lo segundo hay un ejemplo muy notable en la famosa historia de Jefe y de su hija. «Hizo un voto al Señor, diciendo: Si pusieres en mis manos á los hijos de Ammón, el primero, sea el que fuere, que saliere

¹ Véase Münter, *Religión der Karthager*. En el capítulo intitulado «Moloch», de la novela cartaginesa de Gustavo Flaubert, *Salambo*, se puede leer la descripción sabia y brillante de una hecatombe de niños.

de las puertas de mi casa, y viniere á encontrarme cuando vuelva en paz de los hijos de Ammón, lo ofreceré al Señor en holocausto» (Jueces, XI, 30-31). Una forma en grande escala de esta clase de sacrificios, que consistían en «prometer solemnemente» ó en «consagrar» cosas, animales y personas á la divinidad, en acción de gracias por la merced otorgada de un favor antes solicitado, se conservó largo tiempo entre los Judios, que la llamaban el *Kherem*. Ofrecían «consagrar» á Yaveh esta ó aquella ciudad si la ponía en sus manos, y esta promesa significaba que la ciudad, con toda la riqueza que contuviere, con todos los seres vivientes que en ella hubiera, sería destruída en honra y gloria de Yaveh. La orden dada á Saúl por Samuel, cuando le envía contra los Amalekitas, es el ejemplo más elocuente que tenemos de esta práctica. Y cuán estrictamente se exigía su cumplimiento, lo manifiesta la denuncia fulminada contra Saúl, por haber perdonado al rey y no sacrificado las mejores cabezas de su ganado. Visto en qué consistía el *kherem*, se comprende por qué el argumento de Saúl, de que «el pueblo se había reservado los más hermosos carneros y bueyes para sacrificarlos al Señor», no halló gracia ante Samuel; pues, en efecto, ¿qué mérito había en sacrificar una parte, cuando *todo* estaba «consagrado?» En el Deuteronomio (XX, 13-14), se erige en ley y precepto sagrado la consagración de las ciudades conquistadas. Sólo que, como este libro fué escrito mucho después, (hacia el año 800 antes de J. C.), el rigor del *kherem* se mitiga algún tanto, y la ley del exterminio no se aplica más que á los varones de la población; al resto se le confiscaban todos los bienes y se le reducía á esclavitud. He aquí el pasaje íntegro: « y cuan-

do el Señor Dios tuyo la entregare en tu mano, pasarás al filo de la espada á todos los varones que hay en ella. Mas no á las mujeres ni á los niños, las bestias y las otras cosas que hubiere en la ciudad. Repartirás entre el ejército toda presa, y comerás de los despojos de tus enemigos, que el Señor Dios te diere». Conforme á lo cual, vemos á cada paso frases como las siguientes: «Si entregares ese pueblo en mi mano, destruiré todas sus ciudades; y oyó el Señor los ruegos de Israel y le entregó al Canaaneo, al cual él pasó á cuchillo y destruyó sus ciudades» (Números, XXI, 2-3). Tan pocas dudas caben respecto al sentido de la palabra «consagrar», que los traductores de la Biblia la sustituyen en la versión popular por la frase «destruir enteramente». Y aquí podemos cerrar ya esta digresión, extensa, pero necesaria para la recta inteligencia, no sólo del grupo de religiones hermanas llamado «sirio» ó del Asia occidental, sino de aquel aspecto, el más embarazoso é intrincado de las religiones antiguas, que consiste en lo que siempre se ha considerado como el gran misterio del sacrificio.

30. Es lástima que Sanchoniatho no sea un escritor de época menos remota y tan auténtico como Beroso. Se dice que fué, como este último, sacerdote de uno de los principales santuarios de su propio país. Muchos dudan que existiese realmente como individuo, no siendo más que un nombre investido de todos los rasgos y detalles de la personalidad. Pero de cualquier modo, es cierto que los fragmentos que llevan este nombre contienen enseñanzas que se transmitían de generación en generación los colegios sacerdotales de Gebal (en griego Biblos), ciudad que únicamente cedía á Tiro y Sidón por su grandeza

comercial y política y que les era superior en santidad. Estos colegios parecen haber sido una especie de sede del saber sacerdotal, de las leyendas religiosas y de la autoridad y ceremonias del culto. No obstante la imperfección y escasez de sus conocimientos, expusieron un sistema bastante complicado de cosmogonía¹, que se cree fuera el aceptado por las naciones fenicias. Desgraciadamente, las únicas noticias que de este trabajo existen, son las legadas en forma de resumen compendioso é intrincado por un escritor griego del primer periodo cristiano, cristiano él también (Eusebio), y hay tal confusión en ellas, por la adición de las ideas griegas de los últimos tiempos y por haber traducido los nombres al griego, sin acompañarles el original fenicio, que apenas es posible separar el elemento que corresponde á cada pueblo. El resultado nos deja llenos de dudas, y aunque se ha escrito mucho acerca de este asunto, no se ha conseguido disiparlas. No es esta, sin embargo, la ocasión de poner en evidencia aquellas notas de más valor é interés y que más crédito merecen, pues, nuestro objeto ahora es sólo desembrollar y reconstituir las tradiciones y concepciones religiosas propias y originales de los diferentes pueblos, tarea que, en lo relativo á las naciones de origen canaaneo y fenicio, ofrece generalmente grandes dificultades, como ya sabemos, siendo de lamentar la falta de monumentos que proyecten, en los llamados «fragmentos de Sanchoniatho», la luz que los encontrados en Mesopotamia arrojan sobre los escritos más auténticos de Beroso.

31. Que la cosmogonía de los Fenicios y sus principales mitos tenían estrechas relaciones con los mi-

¹ Para la significación de esta palabra véase la *Story of Chaldea*.

tos y cosmogonía de la antigua Caldea, es tan cierto como el que su arte se derivó principalmente del arte babilónico. Por esta causa, no nos sorprende el ver que en la metrópoli del culto fenicio, Gebal, se adorase al Dumazi caldeo bajo el nombre de Adonis-Thammuz («Adonis» significa simplemente «señor, dueño» lo mismo que la voz Adón, empleada frecuentemente por los Hebreos, como un título de Dios). En todo caso, las tendencias morales, rudas y repulsivas de los Canaancos, no eran á propósito para vestir con el ropaje de la poesía y el sentimiento la bella historia del amable Joven Sol, trágicamente muerto. Amado éste por la diosa Boalath (Beltis en griego), la equivalente local de Ishtar y Ashtoreth, separóle de ella un cruel accidente. Cazando un día en los bosques del Libano, le arrebató la vida un feroz jabali enviado contra él, según algunos, por su cruel enemigo Baal-Moloch, el Fiero. Ocurrió esto en medio del verano, en Julio, mes sagrado para los semitas por la muerte de Adonis. Dióse este nombre al río que corría por Gebal, diciéndose que en sus fuentes manaba rojo con la sangre del dios. Esta bonita imagen fué sugerida por un hecho real. El río, en su nacimiento, atraviesa algunos terrenos de arcilla roja, la cual, secándose y desmenuzándose en la estación del calor, es arrastrada en parte por sus aguas. El sentido mítico de la leyenda es evidente. Es la victoria del fiero y malvado Sol-dios, el Destructor, sobre el Sol benéfico, el Sol de la primavera, el esposo de la Naturaleza en toda su lozania y esplendor. Por supuesto, que resucitaba. Verificábanse sus fiestas al empezar la primavera. Comenzaban con manifestaciones de duelo, con procesiones de mujeres que sollozaban, se mesaban

el cabello, se desgarraban el traje, daban grandes voces llamando al dios muerto y repetían: «¡Ailanu! ¡Ailanu!» (¡Ay de nosotras!). Colocaban en un ataúd una efigie de madera que representaba al dios, vestido con hábitos reales, la untaban de aceite y ejecutaban con ella todas las ceremonias prescritas para los muertos. El ayuno era riguroso en el entretanto. El ataúd era llevado en procesión é iba seguido de una multitud que se engrosaba por momentos, la cual expresaba su dolor de la manera extravagante que sabemos. Celebrábase después la resurrección del dios con demostraciones de regocijo no menos extravagantes, y ensordecía los aires el triunfante grito de «¡Adonis ha vuelto á la vida!» como antes el clamor universal, «¡Adonis ha muerto!» No hay para qué decir que este festival, en su doble aspecto, tenía un carácter esencialmente orgiástico. Relacionábase con él una costumbre muy interesante, que consistía en sembrar musgo y otras plantas tempranas, en cajones de madera, á fin de que estuviesen verdes y en flor en la época del festival, con objeto de ofrecerlas al dios, á cuyo renovado poder se aludía con ellas. Debía ser algo semejante á nuestros invernaderos.

32. Lo más aproximado á una concepción moral de la naturaleza divina que podemos atribuir á los Fenicios, es la creación del grupo divino de los SIETE KABIRIM («Poderosos»); pero no es realmente una creación nueva. Melkarth y Ashtoreth figuran entre ellos, y es lo más probable que las cinco deidades restantes fuesen en su origen poderes planetarios. Sin embargo, sufrieron algunas transformaciones y aun recibieron nombre de las cualidades morales que se les atribuían. Uno de estos dioses se llamaba

el «Ordenador», é inventó el arte de trabajar el hierro; otro es la «Ley», y todos, dice Sanchoniatho, eran «hijos de «Sydyk, el Justo», ó tal vez se exprese mejor la idea, aunque no se traduzca literalmente el nombre, diciendo la «Justicia». La particularidad más notable de este grupo es la adición de un nuevo Kabir, el más poderoso y excelso de todos, aunque se llamaba su hermano. Se le denomina ESHMUN (esta palabra sólo significa el «octavo»), y se suponía que estaban reconcentrados en él la esencia y el poder de todos los demás dioses—esfuerzo desesperado, pero impotente, para llegar al monoteísmo.— Los Kabirim representaban la inteligencia y omnisciencia divinas, bajo cada uno de sus aspectos. Eran la salvaguardia de la organización social y política de la nación. Por una parte habían inventado las artes, cuya prosperidad sostenían; debíaseles, sobre todo, la construcción de buques, la navegación y la forja del hierro; por otra parte, eran los maestros religiosos del pueblo. El fragmento de Sanchoniatho termina con la declaración siguiente: «Estas cosas fueron consignadas primeramente en sus «registros» por los Kabirim, los siete hijos de Sydyk y su octavo hermano, Eshmun... y ellos las entregaron á sus sucesores y á los extraños». Por consiguiente, los Fenicios consideraban sus sagradas escrituras como reveladas por los Kabirim, de igual manera que los Babilonios atribuían la revelación de las suyas á su dios más antiguo, Éa, el Oannes de Beroso. Estas escrituras debieron ser cuidadosamente conservadas, puesto que había colegios sacerdotales y hasta una ciudad llamada «la Ciudad de los Libros» (Kiriath-Sepher), y es muy extraño que no haya quedado la menor traza de ellas.

33. Claro es que los Fenicios llevaban sus dioses y su culto adondequiera que fundaban establecimientos comerciales ó colonias. Así ocurrió en todas las islas griegas é italianas y en buena parte del continente griego, sobre todo, á lo largo de la costa oriental. La flexible y abierta inteligencia de los Griegos se asimilaba la mayor parte de aquellas creencias é ideas exóticas, amalgamándolas con las suyas propias, y adornándolas con las galas de su genio poético; con la transformación que así sufrieron y bajo tal disfraz, sólo el ojo práctico del hombre de ciencia puede reconocer las antiguas, rudas y bárbaras formas.

V.

LOS VECINOS DE ASSHUR.—NUEVO ESPLENDOR DEL IMPERIO.

1. La laguna de cerca de 200 años que se presenta en la historia monumental de Asiria, después del brillante incidente del reinado de Tiglath-Pileser I, nos ha permitido verificar una larga excursión á las ciudades marítimas de la costa, sin desatender nuestro principal asunto. Al dirigir otra vez nuestras miradas al valle del Alto Tigris, la décima centuria antes de J. C. está para cerrarse; las sombras que se espesaban sobre Ninive se han disipado, y el león asirio se iergue más formidable y hambriento que nunca. Ocupa ahora el trono una línea no interrumpida de reyes guerreros, tal vez una nueva dinastía, rebosando de energía juvenil y apoyada en una vigorosa organización militar. Podemos seguir la sucesión de estos reyes y sus empresas con suma facilidad, cosa ciertamente muy cómoda después de las tentativas casi desesperadas á que hemos tenido que entregarnos en las primitivas investigaciones cronológicas. Débese esta facilidad á una institución muy práctica, peculiar de los Asirios, é ideada por ellos con el propósito expreso de tener un sistema de datos dignos de confianza.

2. Parece que, desde tiempos muy remotos, fué costumbre el designar anualmente á uno de los magistrados más preeminentes del Estado para que diese nombre al año. El año se denominaba el *Limmu* de tal ó cual. Piensan algunos que los magistrados mismos, por su cualidad de servir para el cómputo del tiempo, agregaban el sobrenombre de *Limmu* al título que debían á su cargo. Los sabios modernos han traducido dicha palabra por la de Epónimo ¹. El oficio en cuestión parece haber sido muy considerado; pues vemos que sólo lo desempeñaban las personas investidas de las dignidades más altas. Los reyes eran *limmus* una vez por lo menos, generalmente el segundo año de su reinado (los reyes no contaban los años de su reinado desde el día en que subían al trono, sino desde el primer día del año siguiente: lo que quedaba del año anterior se llamaba simplemente el «comienzo del reinado») ². Sucedianle, en rotación

¹ Véase la explicación de este nombre en la *Story of Chaldea* pág. 134.

² El año civil de los Asirios comenzaba en el equinoccio de primavera, en el mes de Nisán. Como el *limmu* de cada año se nombraba á fines del anterior, cuando el advenimiento del soberano no coincidía con el principio de año, el tiempo que mediaba entre su advenimiento y año nuevo pertenecía al *limmu* anterior, y el rey sólo podía dar nombre al primer año entero de su reinado.

Estas listas de los *limmu* nos dan á conocer los grados superiores de la jerarquía administrativa del Imperio asirio. Ocupaban el primer puesto los cinco grandes ministros que rodeaban al rey: el *turtán* ó jefe del ejército; el *rabsaris*, ó gran eunuco; el *mil ehal*, ó prefecto de palacio; el *tucultu*, ó canciller, y el denominado «*gobernador del país*», especie de ministro del Interior. En segundo lugar venían los gobernadores ó, mejor dicho, sátrapas, de las cuatro grandes ciudades: Nínive, Kalah, Ellassar y Arberlas. En tercer lugar, en fin, los de las provincias que podríamos llamar de primera clase: Nísive, Arafá, Resen, Lahir, Kírrur, Goran, Resef, Masamna y Karkemish. Ministros, gobernadores, y en general todos los funcionarios, eran amovibles. Nombrábalos el rey discrecionalmente, sin cortapisa ninguna, pudiendo elegirlos hasta en la clase ínfima del pueblo, y los destituía cuando le acomodaba, hundiéndolos á veces de la cúspide de los honores al

más ó menos regular, primero, el *turtan* ó general en jefe; después, el primer ministro del Estado; luego, un magistrado que Jorje Smith supone que era el primer sacerdote; en seguida, un oficial á quien el mismo sabio atribuye el carácter de una especie de *ayuda de campo* del monarca; venían, por último, los gobernadores de las provincias asirias y los de las conquistadas. Las listas de los epónimos, con sus años respectivos, se archivaban cuidadosamente, y muchas veces se anotaban los escritos en esta forma: «cuarto año de Shalmaneser, *limmu* tal ó cual;» ó «segundo año de Shalmaneser, *limmu* el rey». Desde cuándo se seguía esta costumbre, es cosa ignorada:

fondo de los calabozos. Los sátrapas gozaban en su provincia de omnimoda independencia. Con tal de mantener el orden material, pagar el tributo y tener dispuesto el contingente de tropas para cuando se les pidiese, eran libres en todo lo demás de hacer y disponer á su antojo. Los de las provincias algo distantes comunicaban de vez en cuando á su soberano lo que ocurría, escribiéndolo en tablitas de tierra cocida, que le enviaban por medio de emisarios. He aquí como ejemplo la carta que Bel-zikir-essis, comandante en la frontera de Arabia, escribió á Asshurbanipal: «Al rey de los pueblos, mi señor, tu servidor Bel-zikir-essis. Que los dioses Bel y Marduk concedan largos días, años eternos, un cetro de justicia y un trono duradero al rey de los pueblos, mi señor. De la comisión que el rey, mi señor, me ha confiado, le hablaré así: Tú sabrás las noticias del país de Arabia; te envío una relación. Tocante á los nabateos, estas son las noticias: Ammiata, del país de Vasai, ha marchado contra ellos, los ha matado, los ha saqueado; una vez en medio de ellos, los ha perdonado. Ha entrado en la ciudad del rey. Ahora, yo le envío al rey, mi señor; el rey se dignará oír el relato de su boca». Por estas cartas, que nos revelan uno de los aspectos más curiosos de la administración asiria, el rey estaba enterado de cuanto pasaba en toda la extensión de su vasto Imperio. Otras veces no eran los sátrapas, sino los mismos pueblos, tiranizados y oprimidos por ellos, los que se dirigían al monarca elevándole sus quejas, y no era raro que éste atendiese la denuncia y castigase á los opresores. En este caso, solía dirigir al pueblo lo que hoy llamaríamos un manifiesto. El mismo Asshurbanipal nos ofrece un ejemplo en el que dirigió á los «habitantes de las orillas del mar», probablemente el golfo Pérsico, anunciándoles que iba á repararles los agravios del go-

sólo cabe decir, que las listas que se han encontrado no se remontan más allá del año 900 antes de Jesucristo. Primeramente se exhumaron nada menos que cuatro copias de estas listas de *limmus*, las cuales, no obstante las injurias recibidas del tiempo y el hallarse en parte borradas, ajustando los fragmentos y comparando las unas con las otras, pudieron completarse, hasta el punto de que, sin más que reproducirlas en cuatro columnas paralelas, se obtuvo la relación seguida y fidedigna de varios reinados, que comprenden un período de más de 200 años (desde el 900 al 666). Este es el famoso documento que se llama «Canon Epónimo de Asiria», tabla auténtica de los Epónimos. Otra fuente, aun mas valiosa,

bernador Nabu-bel-zikri, reemplazándolo por Bel-ibni. Helo aquí textualmente: «Manifiesto del rey á los habitantes de las orillas del mar, á sus hijos y á sus servidores. Paz en su corazón y dicha para ellos. He velado con solicitud por vosotros, he abierto sobre vosotros mis propios ojos y he decidido reparar por completo las faltas de Nabu-bel-zikri. Os he libertado de él. Ahora os envío á Bel-ibni, mi servidor, mi mensajero, para velar por vosotros. Mando, y según mi voluntad. ... Á este efecto, os envío mis tropas; me uno á vosotros para guardar vuestros bienes y vuestras fortunas. Escrito en el mes de Airu, el día 50, bajo el limmu de Bel-harán-saduyu».

Debajo de los altos funcionarios de que acabamos de hablar, había ejércitos de pequeños empleados, cuya jerarquía nos es por hoy imposible establecer. Con respecto á sus funciones, unas veces nos las revelan sus mismos títulos; otras, son de interpretación muy difícil. He aquí los títulos más frecuentemente mencionados en las inscripciones, especialmente en los contratos privados: «Jueces ó Jefes de los jueces», «Jefe de la cuchilla del país» y «Portador del puñal», jefes de la policía probablemente; «Jefe de los dos cuernos» y «Jefe de los tres cuernos», tal vez cargos religiosos; «Hombre de armas del jefe de los eunucos»; el *Alilu*, especie de doctor en derecho y jurisprudencia; el «Encargado del peso de los metales», función importantísima porque los Asirios no conocían la moneda; el *Nisu kacir*, «hombre de la división», á manera de repartidor de impuestos; el *Tupsar*, notario, y los escribas de la cancillería, que levantaban escritura de todos los actos privados que necesitaban de esta formalidad para su validez oficial.—
(N. de S F)

proporcionó el descubrimiento de tablas de Epónimos con breves noticias que señalan los sucesos más importantes de cada año, como por ejemplo, «(expedición) á Babilonia», ó, «á la tierra de Nairi», ó, «á la tierra de los Cedros», ó, «en la tierra», frase la última, que significa que el rey aquel año no traspasó las fronteras nacionales; es la menos frecuente de tales indicaciones. Un eclipse, mencionado oportunamente en una de estas listas, ha permitido determinar y precisar todas las fechas. Muy interesantes han sido estos resultados, especialmente por tratarse de un periodo en que Judios y Asirios están en constante colisión. Casi todos los acontecimientos y episodios, relacionados con el Imperio de Asiria, que se refieren en la Biblia, se recuerdan fielmente en las inscripciones históricas de los reyes asirios, y gracias al Canon Epónimo, es posible corregir algunas veces la vaga cronología de los historiadores hebreos, los cuales no contaban con el auxilio de registros anuales y eran además muy dados á expresar las fechas en cifras redondas y sólo de una manera aproximada.

3. Cuando Asiria sale del largo sueño de reposo y obscuridad de que queda hecha mención, y se lanza de nuevo al estadio del mundo—de *su* mundo—la situación de los pueblos habia cambiado grandemente. El poder hittita, que ya en tiempos de Tiglath-Pileser I habia cesado de existir como Imperio independiente—ó mejor dicho, como compacta confederación—está ahora roto por completo, y si Karkemish conserva todavía mucha importancia, la debe á estar situada en medio de uno de los grandes caminos comerciales de que hablamos en el capítulo I y á ser asiento del culto nacional, no á su carácter de

centro político. Los Arameos se han elevado al pínaculo de su gloria, reemplazando en todas partes á los Hittitas y empujando á muchos de estos pueblos hacia el Norte, á los desfiladeros de las montañas del Amanus y el Tauro. Aram se ha convertido en una nación unida y poderosa, bajo el cetro de reyes que establecen su corte en Damasco. Pero el poder hittita no se ha visto únicamente combatido al Oeste, del lado del Éufrates, por los Arameos. También ha tenido que sufrir la presión constante de los Judios que, en el espacio de algunos siglos, ocupan las tierras que rodean el mar Muerto y las que se extienden á ambos lados del Jordán, aquella «tierra de Canaán», que ellos creían firmemente que era su patrimonio por derecho divino, y de la cual se apoderan por la invencible tenacidad de su resolución y su despiadada crueldad. Así, aunque las inscripciones históricas de este periodo mencionan frecuentemente las «ciudades de los Khatti (Hittitas)», la «tierra de los Khatti», esta palabra no tiene más que una vaga significación geográfica, expresando de un modo general la tierra y las ciudades que más tarde se comprendieron bajo el nombre de Siria, y el pueblo á que se alude es tan á menudo de raza aramea como de raza hittita.

4. También se han operado cambios de importancia en las ricas poblaciones comerciales de la costa. La supremacía de Tiro, que de antiguo rivalizaba con Sidón, se ha confirmado plenamente, y los Fenicios no son ya conocidos con el nombre genérico de «Sidonios». El proceso colonizador se desenvuelve con más actividad; sólo que, si las primeras colonias que siguen á la exploración de los mares é islas de Grecia parten de Sidón, las últimas y cada vez más

remotas son enviadas por Tiro. (Véase lo que se dice de Gades y Tarshish en el capítulo III). Estas colonias se alejan más y más, porque los Griegos desalojan á los comerciantes fenicios de sus aguas y sustituyen su comercio y sus buques con el comercio y los buques nacionales. Sale al mismo tiempo de la antigua colmena cada vez mayor número de enjambres, porque estrechan y encierran á los Fenicios, por la parte del Oriente, Aram é Israel, y por la del Sur, otro pueblo, los Pelishtim (Philisteos), nuevos vecinos, de raza distinta, probablemente europea. En la Biblia se dice que procedían de Kaphtor, isla situada al Occidente. Se supone que esta isla no es otra que Creta, la mayor y más meridional de las islas griegas, pero no hay seguridad de haber acertado. Hay pocas esperanzas de obtener noticias fidedignas acerca del origen de este pueblo belicoso, tan interesante por las continuas guerras que sostuvo con los Judíos; pues, según parece, se identificó muy pronto con los semitas, conforme evidencian sus mismos nombres y religión. Hemos visto, en el capítulo IV, que adoraban principalmente á Dagón y Atargatis (Derketo), el Pez-dios y la Pez-diosa. En una de sus ciudades, Akkaron, el Sol-dios era honrado bajo un aspecto particular con el nombre de Baal-Zebul, «el Señor de las Moscas», esto es, «el productor de la corrupción», la corrupción de la decadencia y la muerte, de la cual surge la vida en nueva forma. Sin embargo, dícese que los Philisteos conservaron algunos rasgos originales y que nunca adoptaron ciertas costumbres y ceremonias muy difundidas en el mundo semita, todo lo cual da fuerza á la conjetura de que fuesen una banda de emigrantes extranjeros, que se apoderaron de una región antes ocupada y organizada por los se-

mitas, estableciendo en ella una monarquía y régimen aristocráticos, es decir, un gobierno de clases. Como quiera que sean, la historia los encuentra formando una confederación unida y vigorosa, compuesta de cinco principados, con sus capitales respectivas: Gaza, Askhalón, Ashdod, Gath y Akkaron (Ehron). Los jefes de estos principados son «los cinco reyes de los Philisteos» que tanto dan que hacer á Saúl y David y hostigan de continuo á los labradores judíos, quitándoles la gana de labrar y sembrar, por saber que no les permitirían coger la cosecha y tendrían que ocultarse en las cavernas y los bosques.

5. Pero el cambio más notable ocurrido en el mundo semita y canaaneo fué la transformación de unas cuantas tribus esparcidas en el desierto, primero, en población rural sedentaria y habitantes de ciudades, con valientes caudillos y familias principales gobernantes, y, después, en un reino poderoso, cuya organización copia el modelo de la monarquía oriental más fastuosa y absoluta, y esto no obstante, reviste un carácter popular, porque nace de las luchas en favor de la independencia, siendo la corona el premio de los libertadores, que se ofrece con entusiasmo y no se le regatea el respeto ni se la reverencia con servil abatimiento. En el siglo que transcurre después de Tiglath-Pileser I (1100-1000 antes de Jesucristo), la suerte se muestra lo más desfavorable posible á los Judíos en sus guerras con los Philisteos; pues no sólo tienen que sufrir la presencia de gobernadores philisteos en sus ciudades más importantes, sino que, según una tradición, tal vez exagerada, se les prohibió por sus altaneros opresores el llevar armas y el dedicarse á forjar metales y armaduras. Matando á uno de estos gobernadores, fué como Saúl y

su hijo Jonathan, principes de la tribu de Benjamín, comenzaron su heroica y afortunada carrera. Pero no fué el trono para ellos lecho de rosas. Cúpoles en suerte la pesadumbre de guerras continuas, no sólo contra los Philisteos sino contra otros pueblos limítrofes, los arduos cuidados, las terribles responsabilidades de la jefatura nacional en tiempos críticos y peligrosos y, por último, la amarga muerte de los vencidos en el campo de batalla. Á David, en cambio, al elegido de Judá, al real bandolero, estaba reservado el llevar en paz y prosperidad la corona que sólo había traído disgustos á Saúl, quien la perdió voluntariamente con la vida, por cansancio y desaliento. David fué el llamado á terminar la obra de la emancipación, reuniendo en un haz las fuerzas disgregadas del pueblo, uno por la raza, pero políticamente impotente por estar desmembrado en multitud de comunidades independientes, las tribus. El cambio lo operó David, cercando el territorio de fortalezas, estableciendo un ejército permanente y bien organizado en lugar de las bandas irregulares del tiempo de los Jueces, que sólo se armaban temporalmente y estaban siempre prontas á dispersarse, y reemplazando con un gobierno central el antiguo régimen de los patriarcas y consejos de ancianos. Llevó, por último, su empresa á feliz remate, construyendo una ciudad en una altura bien elegida, Jerusalén, y sobre todo, disponiendo que el santuario real fuese el único lugar sagrado del reino.

6. Porque, hasta entonces, había habido muchos lugares sagrados, en los cuales se celebraban las ceremonias del culto y adonde se acudía en peregrinación. Afluían á ellos las ofrendas incesantemente, y unos eran preferidos por unas tribus, otros por otras.

Además, el monoteísmo, aunque se profesaba en teoría, distaba mucho de haberse afirmado sólidamente en la práctica. No estaba abolida rigurosamente la idolatría, que, como en la misma Biblia se ve, era por lo menos tolerada. Los particulares ricos é influyentes podían tener capillas y santuarios de su propiedad, consagradas á Iahveh —no á las «abominaciones» del culto de los Baales extranjeros, como el pueblo decía—y sostener sacerdotes para officiar en sus altares, debiendo haber sido muy frecuente el colocar ídolos en éstos, como imágenes de Iahveh ¹. La erección del santuario real para guardar la gran urna nacional, el Arca, en Jerusalén, fué no sólo un movimiento religioso necesario en el camino recto, sino una medida política, sabia y prudente. Nada contribuye más á mantener separados á los pueblos, aunque tengan la misma fe, que la diversidad de templos; nada tan á propósito para cimentar pronta y sólidamente su unión, como un santuario común. El pueblo, cuyos sentimientos más desinteresados, más altos pensamientos, y esperanzas más nobles tienden á un centro común, orando y confundándose en el mismo templo, lejos, durante algún tiempo, de las rivalidades y rencores del mundo, debe al cabo sentirse unido por los fuertes lazos del amor y la fraternidad. Cuando el hijo y sucesor de David, Salomón, levantó el templo en el Monte Moriah, declarando que era el único lugar sagrado donde debía orarse y sacrificarse á Iahveh, puso el sello á la obra comenzada por su padre, obra que se ha perpetuado á través de las edades hasta nuestros mismos días. Sin este mandato y este recuerdo, los Ju-

¹ Libro de los Jueces, VIII, 27 y 33. Ídem XVII y XVIII. Samuel, I, XIX, 13-16.

dios se habrían confundido, como todos los pueblos conquistados, con sus conquistadores y perdido su carácter nacional; pero, merced á ese recuerdo y á ese mandato, que todavía consideran obligatorios, se han mantenido siempre como un pueblo aparte, y aun hoy, diseminados en los diferentes países, no renuncian á sus rasgos peculiares y se llaman enfáticamente una nación separada.

7. En el reinado de Salomón alcanza la monarquía hebrea su más alto grado de poder y de gloria. Salomón es el ideal de lo que puede llamarse un déspota oriental del gran tipo, con su extraña mezcla de generosas cualidades y amor ostentoso al fausto, de sabiduría y de crueldad. Por su afición á edificar, por la escala en que la cultiva y la manera de satisfacerla, recuerda á los monarcas de Asiria y Babilonia. Agrupados en numerosas cuadrillas, «trabajadores extranjeros que había en la tierra de Israel» eran dirigidos por millares de sobrestantes; 70.000 como cargadores y 80.000 como leñadores en las montañas, además de los cuales fueron enviados 30.000 al Libano para cortar cedros y sacar piedra. Salomón tuvo que imponer pesados tributos á su pueblo para hacer frente á tantos gastos, porque no sólo debía costear los materiales de construcción y la obra de mano, sino traer artistas de fuera para el adorno y decorado, pues la naturaleza negara á los Judíos la inventiva que las artes requieren, excepto en lo concerniente á la música y la poesía. Pidió, por tanto, á su aliado Hiram, rey de Tiro, «porque Hiram fué siempre muy amado de David», que le enviara artistas y hábiles trabajadores que enseñaran á su pueblo, comprometiéndose á mantenerlos á su costa. Hiram accedió á todo: pro-

Salomón é Hiram de Tiro, á mediados del siglo X antes de J. C.

porcionó cedros y abetos, y aun auxilió á su amigo con préstamos en metálico, conforme á sus deseos. Por esta causa, cuando al cabo de 20 años se concluyeron las dos obras principales, el templo de Iahveh y el palacio real (en el primero se invirtieron 7 años y en el segundo, 13), Salomón, incapaz de sacar del exhausto tesoro con qué pagar á su real acreedor, cedióle voluntariamente 20 ciudades situadas en los límites de ambos Estados. Es una gran desgracia para la historia del arte, que las construcciones de Salomón fueran arrasadas por completo, pues la descripción minuciosa que de ellas se conserva en la Biblia es bastante confusa, y no es posible imaginárselas bien sin otro auxilio; ambas construcciones debieron ser obras maestras del arte fenicio, que, según sabemos, había tomado partes iguales de Babilonia y de Egipto, elevándose á un alto grado de habilidad en la ejecución, pero del que tan poco queda para formar juicio.

8. Por lo demás, como hombre de Estado, Salomón no rayó tan alto como su padre David. Su política se redujo á contraer amistades cerca y lejos y á asegurarse un reinado pacífico; mas aunque lograra sus deseos, los resultados no fueron tan completos ni tan duraderos como sin duda se prometía. Llevó á cabo sus planes, siguiendo la costumbre característica del Oriente, es decir, emparentando por medio de matrimonios con los príncipes sus vecinos. La reina principal era una princesa egipcia, y construyó para ella un palacio cerca del suyo. Su harén llegó á tener una extensión inusitada, aun en el mismo Oriente, donde un harén numeroso es la señal necesaria y visible de la dignidad real, y contenía princesas fenicias, hittitas, mohabitas, ammonitas, edo-

mitas, es decir, de todos los pueblos con que podia empeñar guerras Israel. Elevó altares á los dioses extranjeros, «y esto lo hizo á causa de sus esposas extranjeras, para que éstas quemaran incienso y sacrificaran á sus dioses»; pero sin duda debió ser impedido á ello, muy principalmente, por el deseo de atraerse las simpatías de los otros pueblos y alentar el tráfico y las relaciones internacionales, con lo que Jerusalén no tardó en ser un mercado de los más importantes. Sin embargo, los efectos de esta condescendencia, inspirada al parecer en sanas razones de política, fueron desastrosos; porque la amistad no se mantuvo sino el tiempo que convino á todas las partes, y, en cambio, alentóse fatalmente la propensión, siempre mal refrenada, de los Judios á adorar los dioses de sus vecinos semitas y Canaaneos, convirtiéndose Jerusalén en el centro de las mismas abominaciones que sus fundadores condenaban y denunciaban con terrible energía. El yugo impuesto por Salomón á un pueblo antes independiente y soberano pesaba tanto que relajáronse los lazos nacionales en el momento que la muerte arrebató las riendas del gobierno de manos de aquel rey; y cuando su hijo rehusó en términos insultantes aliviar las cargas públicas, alzóse el grito de guerra: «¡Á tus tiendas, oh, Israel!» y 10 tribus se separaron de la casa de David eligiendo rey aparte; sólo Judá permaneció fiel al hijo de Salomón. Desde este punto, pues, hubo dos reinos, el de Judá y el de Israel. Ocurrieron con frecuencia en el primero revueltas, revoluciones palaciegas y violentos cambios de dinastía; la casa de David, en cambio, reinó hasta el fin de padres á hijos, sin interrupción. La actitud mutua de ambos reinos fué generalmente hostil, y muy á menudo dirimieron

sus querellas en el campo de batalla. Con esto tuvieron ocasión propicia de engrandecerse la nueva monarquía de Damasco, que siguió la política, práctica y sencilla, de impeler al un reino contra el otro, y todos los antiguos enemigos de Israel, especialmente Moab, que en este periodo se muestra muy ambicioso y agresivo, desplegando cualidades que, por incidencia, nos da á conocer en un par de líneas el profeta Isaias: «Se nos ha hablado del orgullo de Moab, que es muy insolente, y de su arrogancia, y de su soberbia, y de su ira».

9. Si, como es verosímil, el abatimiento transitorio de Asiria, cuyas causas se desconocen, no es un hecho al que sea extraño del todo el engrandecimiento de tantos pueblos vecinos que Tiglath-Pileser, conocedor de sus humildes orígenes, habría mirado con el más soberano desprecio, hay también motivos para creer que la división de la monarquía judaica y las disensiones que estallaron entre todas aquellas naciones, indóciles y celosas, estimularan á los remotos sucesores del gran conquistador á reanudar la victoriosa carrera de las armas imperiales. «Y los pueblos sufrieran la opresión unos de otros y todos de su vecino», dice el Profeta, «y, ay, Asshur se levantó ante ellos y mirará á destruir y á exterminar naciones no pocas». (Isaias, VII, 2-7.)

10. No es, sin embargo, al Occidente del Éufrates donde hallamos de nuevo una huella distinta de los reyes guerreros, sino otra vez hacia el Norte, en aquella misteriosa y agreste comarca de Nairi, cuya exacta extensión y límites no han sido nunca bien determinados, pero que sin duda formaba el baluarte tras del cual ninguna rama de origen semita se asentó y organizó políticamente. De Tukulti-Nineb II,

el tercero de la nueva serie de reyes (hacia mediados del siglo X antes de J. C.), nos dice su hijo que colocó una *estela* con su propia efigie en una de las fuentes del Tigris, al lado de la de Tiglath-Pileser I. Pero estábale reservado á este mismo hijo, el gran Asshurnazirpal, el hacer revivir el antiguo esplendor de Asiria y darle mayor realce, tanto por sus campañas victoriosas como por su conducta en la paz.

II. «Yo soy el rey, el señor, el exaltado, el fuerte, el reverenciado, el gigantesco, el primero, el vigoroso, el ilustre, el león y el héroe, el rey poderoso, el rey de Asshur».

Así se anuncia á si mismo en la larga inscripción

Asshurnazirpal, 884-860 antes de J. C.

conocida con el nombre de «Anales de Asshurnazirpal», consagrando otras muchas líneas á su propia glorificación, como «espada irresistible», «destructor de ciudades», «azote de sus enemigos», etc., antes de entrar en la narración de sus campañas. La primera fué dirigida contra aquella misma indomable tierra de Naïri, que parece haber agotado buena parte del tiempo y de la energía de los reyes asirios, habiendo casi motivo para sospechar que sus frecuentes expediciones en dicha dirección tenían más bien por objeto la propia defensa que la conquista. Es muy posible que aquellos montañeses, como los habitantes de las tierras altas en todos los tiempos y países, hubieran molestado con continuas irrupciones y depredaciones á sus poderosos vecinos, á no ser por el temor constante de la invasión. Como quiera que sea, se les considera siempre como «rebeldes» y se les culpa de atraer sobre sí la colera y el castigo de sus vencedores. Asshurnazirpal se alaba repetidas veces, en el relato de esta su primera campaña, «de haberse in-

ternado más que ninguno de sus antecesores» de haber subido á montañas que horadaban el cielo «como la punta de una daga», á las cuales «los mismos pá-



ASSHUR-NASIR-HABAL EN EL TRONO.
(Ba'io relieve de Kalah.)

jaros no tenían acceso», y de haber arrojado de la cima al pueblo que allí había construido una fortaleza, «como un nido de águilas», viéndole «rodar á sus pies» y «teñir las montañas con su sangre, como si fueran lana». La tribu, sin embargo, de que se

trata, no debía ser muy numerosa puesto que la matanza sólo «dejó fuera de combate» á 200 guerreros. Se talló en la roca la imagen del rey, junto á las fuentes del Tigris, en la misma cueva que estaban la de Tiglath-Pileser y la de Tukulti-Nineb, donde fué descubierta, á la par que la primera, por Mr. Tylor; la segunda habia sido destruida tal vez con motivo de algún desprendimiento del terreno. De consiguiente, Assurnazirpal, no obstante sus alabanzas, no fué mucho más allá que sus predecesores; pues, en otro caso, no habria dejado de colocar su imagen en el punto más distante que hubiera visitado.

12. Se desearia que hubiese exageración en el relato de las crueldades inauditas detalladas por Assurnazirpal con jactanciosa complacencia, demasiado común, por desgracia, en los guerreros orientales, y no sólo en la antigüedad. Bastará transcribir algunas líneas relativas á esta primera campaña, para que se comprenda el carácter repulsivo de la narración. Después de tomar otra fortaleza, «suspendida como una nube en el cielo», construyó una pirámide con las cabezas de sus degollados defensores. «Al principe de la ciudad» lo llevó consigo á Arbela y allí lo desolló vivo, colocando su piel extendida en la muralla. Otro caudillo, «un hijo de *nadie*» (no de linaje principal), sufrió la misma suerte en Ninive, después de haber presenciado la degollación de sus compañeros. «Levanté una columna enfrente de la puerta de su ciudad», dice el rey: «como muchos nobles se habian rebelado, los desollé vivos y forré la columna con sus pieles; á algunos los empalé en estacas colocadas en lo alto de la columna; á otros los empalé en estacas situadas al rededor de la columna...» Parece que habia la costumbre de cortar á los prisioneros las

manos y los pies, las narices y las orejas, de punzarles los ojos, de arrojar vivos al fuego á los niños. El único respiro, en medio de tanto horror, lo proporciona el seco y monótono relato del botín, tributos y presentes recogidos. La narración gana en interés, ya que no en ligereza, cuando refiere la expedición (campana novena) á la «tierra de los Khatti» (Siria), á las faldas del Libano y la costa: «en aquellos días ocupé los alrededores del Libano; me dirigí al gran



SOLDADOS ASIRIOS CORTANDO LAS CABEZAS DE LOS ENEMIGOS MUERTOS EN EL COMBATE.

(Relieve del palacio de Assurnazirpal.)

mar de Fenicia; llegué hasta él con mis ejércitos; sacrificué á los dioses; recibí tributos de los príncipes de la costa». Tiro, Sidón, Gebal, Arvad, figuran entre las ciudades tributarias, y el gran pueblo comerciante tuvo que comprar su salvación entregando plata, oro, cobre, estaño, telas de lino y de lana y también «excelentes maderas», muy preciosas á los ojos del monarca asirio por necesitarlas para sus numerosas construcciones; así que nos dice que cortó muchas por sí mismo en los montes Amanos.

13. Diez campañas en seis años, llevadas á cabo con la energía y vigor que hemos visto, aseguraron la sumisión por algún tiempo, permitiendo al monarca convertir sus ojos al interior. Se habia escarmentado al Norte, ensanchado el Imperio por el Este y



PRISIONEROS EMPALADOS DELANTE DE LAS MURALLAS DE LA CIUDAD.

Arietes asirios.

reprimido en el Sureste y el Sur á las tribus monta-
 ñesas de los Zagros meridionales, de tal modo que,
 en los 15 años restantes de este reinado, sólo se habla
 de una nueva expedición al Norte, cuya resistencia,
 á pesar de haber perdido 250 ciudades, que fueron
 destruidas, nunca cesó del todo. Este largo intervalo
 de paz lo dedicó Assurnazirpal á reconstituir y ador-

nar su ciudad de Kalah, fundada por Shalmaneser I y destruida ó arruinada en parte. Asshurnazirpal la elevó al rango de residencia favorita suya y segunda capital del Imperio. Empleó en trabajos gigantescos á todos los cautivos que habia traído «del otro lado del Éufrates», y lo que fueron las obras ejecutadas, lo han mostrado á los ojos atónitos de nuestra edad ¹ las excavaciones de Layard en el terraplén de Nimrud. Habitaba Asshurnazirpal en el llamado «Palacio del



RUINAS DE KALAH.

Noreste», que flanqueaba el templo de Ninéb, la divinidad favorita del monarca asirio; en su recinto se levantaba el Ziggurat ², señalado hoy por la eminencia

¹ Véase *Story of Chaldea*, Introducción, cap. I-III.

² De este ziggurat, sólo quedan hoy el basamento y el primer cuerpo, y estos bastante deformados, sin huellas de la rampa exterior ni de los colores que debían adornarlos. Perrot opina (*Hist. de l'Art dans l'Antiq.*, t. II, p. 402) que este ziggurat es el mismo que llamó la atención de Jenofonte al pasar por Larissa, en su retirada á la cabeza de los diez mil, y que menciona con el nombre de pirámide de piedra, sin embargo de no ser pirámide ni estar hecha de piedra. Ambos errores se explican fácilmente: lo de piedra, por estar el basamento revestido de esta materia, hasta una altura de 7 metros; lo de pirámide, porque si bien estas construcciones son torres compuestas de prismas cuadrangulares, de caras verticales, lo cual no tiene que ver nada con la pirámide, cuyas caras son oblicuas, sin embargo, como cada uno de los

cia en forma de pirámide que domina la colina de Nimrud. Se construyó un canal importante, tanto con objeto de abastecer la ciudad de aguas puras de la montaña, como para regar los predios de los alrededores, distribuyendo las aguas por medio de presas

prismas es de menor volumen que el inferior, el edificio va disminuyendo gradualmente desde la base á la cúspide, sobre la que se alza una capilla, y causa á lo lejos la impresión de una pirámide: de aquí el haberse llamado pirámide de gradas. Hacíanse estas torres de ladrillo, material característico de la arquitectura caldeo-asiria; y se levantaban sobre alto y espacioso terraplén. Subíase á ellas por una rampa exterior, á veces por dos, de suave pendiente, que iba dando vueltas por espacios iguales al edificio, el cual era completamente macizo, sin más huecos que alguna pequeña capilla abierta en los flancos de los prismas, cuyas caras, así como los muros de la rampa, estaban coronadas de almenas recortadas formando gradas. Ya constaban de tres prismas, ya de cinco, ya de siete, en representación de los tres mundos, ó de los cinco planetas, ó de los cinco planetas más la luna y el sol, y los muros y almenas de cada prisma de la rampa se pintaban del color del dios ó del astro que representaban. La capilla que servía de remate al edificio se forraba de láminas de metal. Estas torres no eran invención de los Asirios, sino de los Caldeos, de quienes aquéllos las tomaron, y á juzgar por los textos y las ruinas, las de los Caldeos fueron siempre de dimensiones mayores que las de los Asirios. Idearon sin embargo éstos un nuevo tipo, el que Ch'piez denomina *templo asirio de base cuadrada*, caracterizado por la curvatura de las caras del basamento. ¿Cuál era el destino de estos monumentos? La capilla que se alzaba sobre la cúspide, las otras capillas abiertas en los flancos de los prismas y los textos de los escritores griegos, todo concurre á mostrar que estos edificios eran templos. Ciertamente podían servir, y sirvieron de hecho, de observatorios; mas si recordamos que los astrónomos eran sacerdotes y la astronomía ciencia divina, que tenía por objeto leer en los astros la voluntad de los dioses acerca del destino de los individuos y de los pueblos, veremos claro que esta aplicación es una prueba más del carácter religioso de estas construcciones. Á causa del gran esfuerzo que exigían, tanto por su masa como por su altura, solamente se levantaban para los grandes dioses, y de aquí el que no las hubiese más que en las grandes capitales donde residían los soberanos. Á los dioses menores se les erigían templos más modestos, compuestos generalmente de *pronaos* ó pórtico, de *cella* ó nave y de *secos*, espacio cuadrangular en el que se erguía sobre un pedestal la estatua del dios. Toros ó leones alados flanqueaban las puertas de estos templos, cuyos muros solían decorarse de ladrillos esmaltados. —(N. de S. F.)

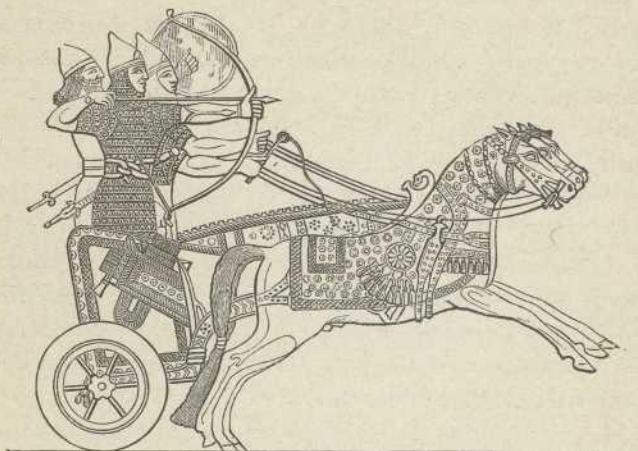
y esclusas. De las obras asirias de este género, es la única de la cual hayan quedado restos bastantes para poder apreciar en qué consistian. La nueva capital debió edificarse con mágica rapidez. Mr. Jorge Rawlinson la describe con frases vivas y pintorescas: «Se alzaban en la elevada plataforma palacios y más palacios, ricos en maderas esculpidas, dorados, pinturas, esculturas y esmaltes: en cada uno de ellos se trataba de eclipsar á los anteriores, y los leones de piedra, templetes, obeliscos, y las torres de los templos, embellecian el cuadro rompiendo la monotonía con su variedad. El alto Ziggurat, dominando el conjunto, daba unidad á la vasta masa de palacios y edificios sagrados. El Tigris, que bañaba toda la base oriental de la colina, al reflejar los edificios en sus olas, doblaba aparentemente su altura, disimulando el verdadero flaco de aquella arquitectura. Cuando el sol al ponerse bañaba las construcciones en esa luz espléndida del ciclo oriental, Kalah debía aparecerse al viajero que por primera vez se encaminaba á ella, como una ciudad encantada¹.»

14. De algunos de los bajo-relieves históricos que decoraban profusamente el palacio de Asshurnazirpal, puede verse una copia en los grabados de este capítulo. Al descubrirse los primeros fueron una verdadera revelación del lujo y refinamiento que los Asirios empleaban en sus trajes, equipos militares, armas y utensilios. Mr. Jorge Rawlinson nos permitirá que transcribamos otra página de su excelente libro, digna de ser alabada por la exactitud y precisión de las apreciaciones:

«Lo que más sorprende en ellas (en las esculturas) es la rapidez con que el arte parece haberse desarrollado, sin pasar por los esta-

¹ *Five Monarchies*, vol. II, pág. 356-357.

dos intermedios y usuales de rudeza é imperfección. Prescindiendo de una estatua mutilada, de ejecución pobrísima, y de un tallado en una roca (la estatua frecuentemente mencionada de Tiglath-Pileser), no hay ejemplares del arte asirio figurativo con anterioridad á Asshurnazirpal. (Algunos sellos cilindricos de los reyes asirios son tal vez más antiguos, pero su fecha es incierta)... Asshurnazirpal tenía, sin duda, indicado el camino, tanto respecto á su palacio como á los templos, en las construcciones de monarcas anteriores. Los palacios y templos de Kileh-Shergat (Asshur) debian revestir cierta grandeza, y en su arquitectura tal vez Asshurnazirpal no hizo más

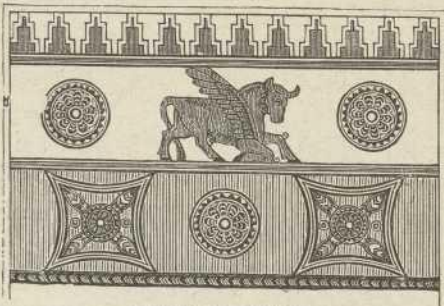


CARRO DE GUERRA ASIRIO.
(Bajo relieve de Nimrud, según Layard.)

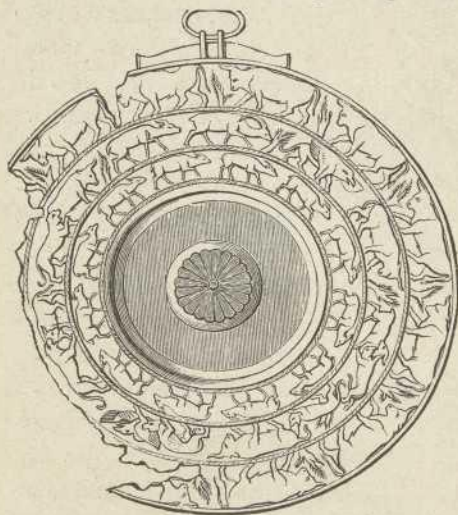
que ampliar y mejorar los modelos que le habian legado sus predecesores; pero en punto á la ornamentación, hasta ahora hay que creerla obra exclusiva suya. De las colinas de Kileh-Shergat, se han extraido ladrillos en gran abundancia, pero ni un solo fragmento de bajo relieve. No podemos decir que los bajo-relieves no existieran antes de Asshurnazirpal; ciertamente, los tallados en las rocas de reyes más antiguos son esculturas que ofrecen este carácter; pero á Asshurnazirpal parece que le corresponde la gloria de ser el primero que los empleó en gran escala, como ornamentación arquitectónica, y la de servirse de ellos para representar toda la vida pública del monarca... La inspección de las esculturas basta por sí sola para mostrarnos que

los Asirios eran ya entonces un pueblo grande y aficionado al lujo y la suntuosidad; que no sólo conocían la mayor parte de las artes manuales, sino que las elevaron á un alto grado de perfección, y que en vestidos, adornos y joyería, apenas eran inferiores á los modernos».

15. Quizás las más notables de estas esculturas, desde el punto de vista de la belleza artística, sean las que representan cacerías rea-



MOSAICO ORNAMENTADO.



PLATO DE BRONCE, DE NIMRUD.

les. Son las más llenas de vida por su composición y las más perfectas en los detalles; en los animales se despliega una valentía y una verdad que los colocan, atendiendo á la variedad de las actitudes y á lo acabado de la forma, muy por encima de la rigidez conven-

cional de las figuras humanas, con su exagerado juego de músculos, su eterno perfil y la identidad de sus movimientos. Sólo la larga observación de la na-

turaliza y el amor á ésta podían producir semejantes resultados, y debemos suponer que los artistas acompañaban al rey con el expreso propósito de sacar croquis y hacer estudios sobre el terreno. La pasión



ASSHURNAZIRPAL EN LA CAZA DE TOROS.
(Relieve de Kalah.)

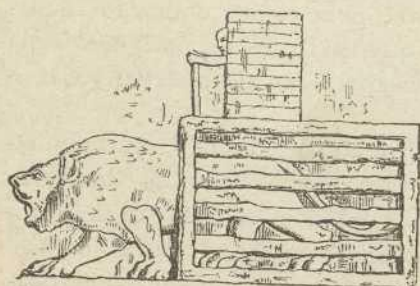
por la caza era un rasgo distintivo de los monarcas asirios, que no daban menos importancia á sus excursiones venatorias que á sus empresas guerreras, mostrándose tan deseosos de transmitir á la posteridad el recuerdo de las unas como el de las otras. La persecución de leones y toros salvajes parece haber sido la caza favorita de Asshurnazirpal; estas fieras eran sin duda las que más abundaban, y acaso las cacerías reales tuviesen un objeto de utilidad pública. Se representa siempre al rey luchando él solo contra el león, ya á pie firme, ya desde su carro; verdad es que detrás hay uno ó más ser-

vidores, pero están inactivos, como espectadores respetuosos, por decirlo así, sin más misión que la de llevar una reserva de flechas y lanzas. Es fácil comprender que no eran dignos de tomar parte en la diversión del señor, salvo previo mandato, ó á me-

nos que se viera en peligro inminente la sagrada persona del monarca. Asshur-nazirpal, como Tiglaht-Pileser, reseña detalladamente sus cacerías más notables y el número de animales muertos ó capturados por él; pues con frecuencia se cogían vivos y se encerraban ya en el palacio real, ya, más probablemente, en parques suficientemente espaciosos para darles caza, abriéndoles la puerta de la jaula. Pero quizás esta costumbre fué privativa de los últimos reinados, cuando ya la caza favorita escaseaba. Dábanse gracias á los dioses lo mismo por una cacería afortunada que por una victoria, y hay varias escenas que representan al monarca en el acto de alzar



EL REY CAZANDO EL LEÓN.



LEÓN EN EL PALACIO REAL. — SE LE DA LIBERTAD PARA CAZARLO. (PALACIO DE ASSHURNAZIRPAL.)

sobre los leones ó toros muertos, colocados en la misma posición que si estuvieran al pie del altar.

16. En los «Anales» de este reinado se lee la frase siguiente: «El temor

de mis conquistas llegó á Kardunias»; los progresos de mis armas llenaron de terror la tierra de Kaldu». «Kaldu» es nuestra Caldea, y no deja de extrañar que sea esta la vez primera que dicho nombre aparezca en un monumento asirio ó babilonio, y distinga la comarca á que se refiere de Kardunias ó Babilonia propia. Es fuerza admitir que el nombre que *nosotros* usamos, con el cual se designa toda la Mesopotamia inferior para separarla de la Asiria, es una denominación que induce á error. No es un nombre tan antiguo, ni señala una región tan extensa. Se aplica legítimamente á las tierras bajas inmediatas al golfo y á su población, y en este sentido, se emplea continuamente en aquellos tiempos, con objeto de distinguir la comarca que abraza á Babilonia con su distrito particular, la tierra de Accad y el Norte de Shumir con sus grandes ciudades. Es preciso tener esto presente, para comprender bien las últimas revoluciones en que los Caldeos, en el sentido restringido que queda expuesto, toman parte principalísima. No hay nada más difícil de corregir que una falsa denominación fundada en un conocimiento insuficiente, pero sancionada por el uso. Así, todos los niños saben hoy que el sol ni «se levanta» ni «se pone»; sin embargo, nadie espera seguramente que las frases «levantarse el sol» y «ponerse el sol» desaparezcan de nuestro vocabulario.

17. Los Caldeos propiamente dichos, eran el pueblo que habitaba las tierras bajas del golfo, divididos en gran número de principados, es decir, de comunidades patriarcalmente gobernadas por caudillos propios, los cuales se llamaban á si mismos enfáticamente «reyes» y eran probablemente los jefes de las

familias primitivas, convertidas con el transcurso del tiempo en poderosos *clanes* ó tribus. Esta versión parece comprobarla el hecho de que cada principado llevaba el nombre de «Casa de tal ó cual—Bît»... Por muchas razones, el más importante fué el fundado por Yakin-Bît-Yakin. Los principes de «esta casa» sobrepujaban á los otros en riqueza y en influencia, y cuando vino el tiempo del gran levantamiento nacional, que se habia ido preparando lentamente, asumieron, como era de esperar, la jefatura. No está claro cuándo estas tribus empiezan á tener importancia y á constituirse en cuerpo político, pero no parece improbable que este movimiento se iniciara hacia la décima centuria, durante el periodo de abatimiento y obscuridad de Asiria. Desde el instante que aparecen son enemigos irreconciliables de los Asirios, rebeldes obstinados, como éstos los consideran desde su punto de vista, hablando siempre de ellos con rencor amargo, no exento de cierto grado de temor y de respeto. No tenían el mismo carácter las relaciones de los Asirios con Babilonia, las cuales, aunque no siempre amistosas y pacíficas, eran generalmente de buena vecindad y afectuosa protección por parte de los primeros. Los reyes de Babilonia fueron, sin duda, vasallos de Ninive, razón por la cual castigábalos ésta cuando se sublevaban, pero volvía á admitirlos en su gracia al reiterar su sumisión y enviar tributos. Los reyes de Asiria iban á ofrecer sacrificios á los grandes santuarios — que eran para ellos santuarios nacionales — de Babilonia, Borsip, Sippar, Kutha, y estimaban como un favor de los grandes dioses el que les fuera permitido rendirles este obsequio. Eran estos santuarios como lugares de peregrinación. Es de creer que Babilonia y las

demás ciudades importantes se resignarían, sin demasiada repugnancia, á vivir bajo la dependencia de un gobierno que no podía mirarse realmente como extranjero, puesto que los lazos de raza y los vínculos religiosos excluían la odiosidad de la sumisión;



AZULEJO DE NIMRUD, ACTUALMENTE EN EL MUSEO BRITÁNICO.
(Las figuras son de tres colores, blanco, negro y amarillo.)

los pueblos de las tierras bajas y de la costa, por el contrario conservaban obstinadamente sus sentimientos de independencia y se mantenían á la defensiva, hasta tanto que las circunstancias les consintiesen convertirse en agresores. Cuando recordamos que la primitiva cultura de Shumir y Accad tiene su asien-

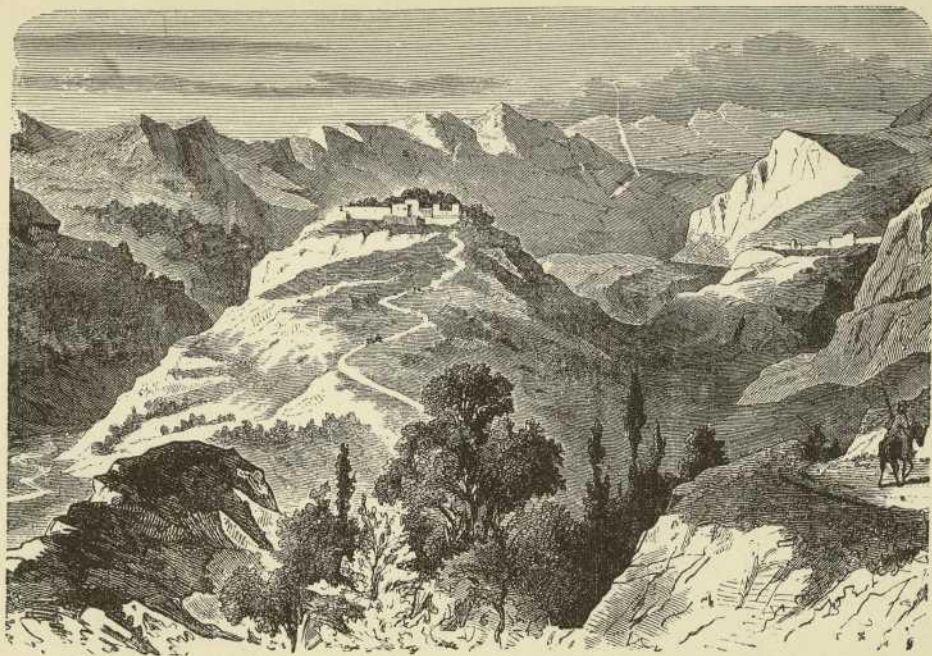
to en esta misma comarca y de ella se desparrama por el Norte, no parece improbable que la población de la costa perteneciese principalmente al antiguo tronco turani y, en medio de sus mezclas y estratificaciones, guárdase la conciencia de su raza y las tra-



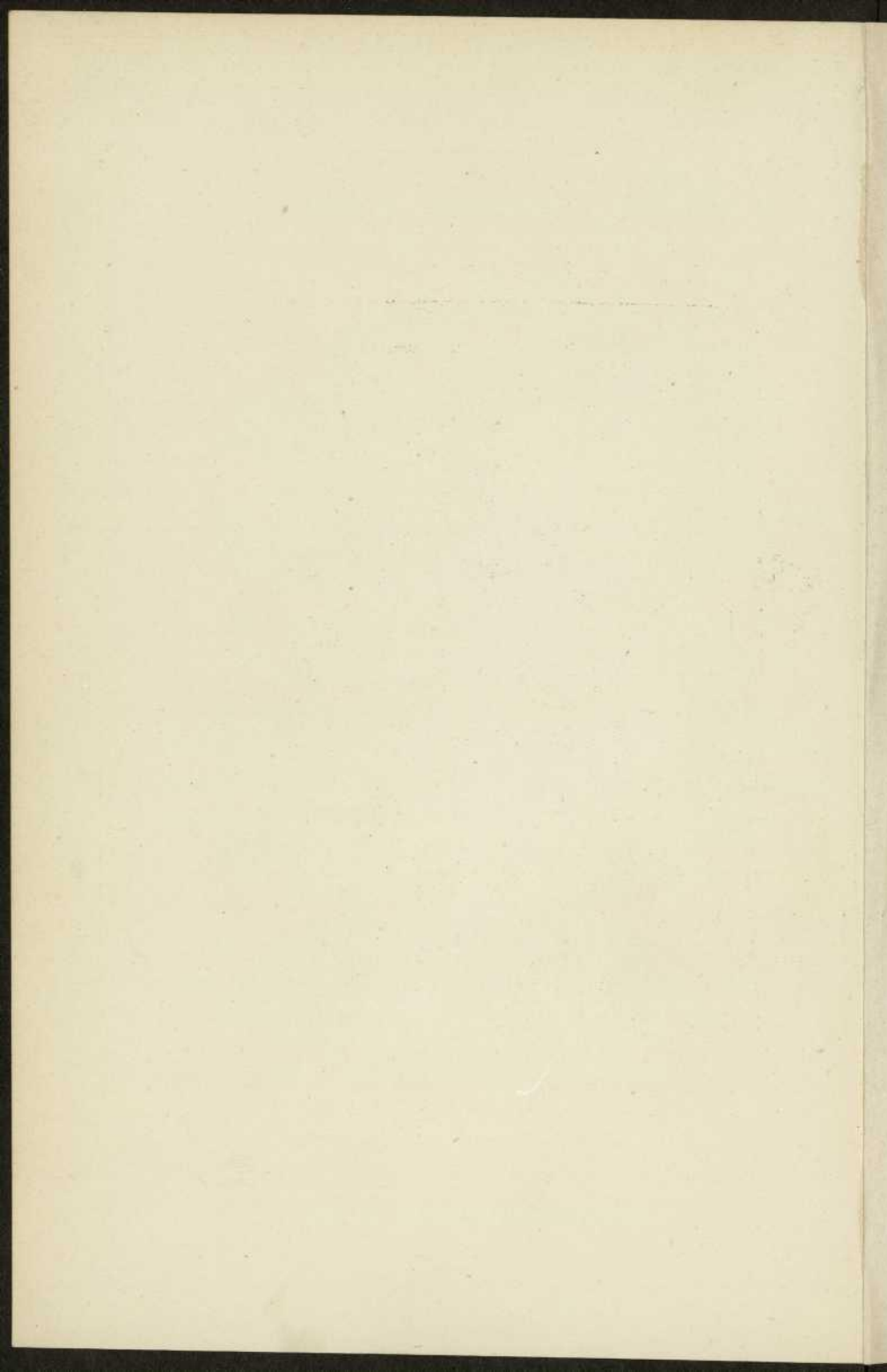
PLACA DE MÁRFIL ESCULPIDA, HALLADA EN NIMRUD,
ACTUALMENTE EN EL MUSEO BRITÁNICO.

diciones de una antigua grandeza nacional, juntamente con el vivo y audaz deseo de recobrar su independencia y restablecer su soberanía. Estos pueblos despliegan grandes cualidades en los conflictos que acaso provocan imprudentemente, pero en los cuales desafían toda superioridad durante más de dos centurias. Cuando el profeta Habbakuk los llama (I, 6)

«gente amarga y veloz, horrible y espantosa», sus palabras encierran un testimonio muy autorizado; tenía excelente oportunidad para estudiarlos, porque precisamente en su tiempo se alzaban triunfantes, y suyo era el Imperio y suya Babilonia, «la gloriosa entre las naciones», «la belleza, orgullo de los Caldeos» (Isaías, XIII, 19), que deslumbraba al mundo que los Griegos, con su falta habitual de escrupulosidad histórica, llamaron Caldea. Este es uno de los errores corrientes de que los griegos son responsables.



PAISAJE DEL LIBANO.



VI.

SHALMANESER II.—ASSHUR É ISRAEL.

«Y los pueblos sufrirán la opresión
unos de otros y todos de su vecino.»

(ISAÍAS, III, 5.)

1. Comienza ahora uno de los reinados más largos y monótonos de que haya noticia, el del hijo de Asshunazirpal, Shalmaneser II (Shalmanu-ussir). Á no ser por algunos monumentos muy notables que pertenecen á este monarca y por el hecho de que en su tiempo estalla la primera colisión directa entre Asiria é Israel, los 35 años de su reinado podrian encerrarse en breves lineas. Y no que provenga aquella monotonia de la inacción ó falta de gloria. Bien al contrario. Asiria, bajo Shalmaneser, se eleva á su más alto grado de poder y de grandeza, llegando á ser una verdad el dicho jactancioso de Asshunazirpal, de que regia desde las fuentes del Tigris hasta el Libano y el gran mar. La falta de variedad en el relato de expediciones inacabables, con los mismos detalles de horrores y crueldades que conocemos (aunque las reseñas son menos extensas y se nota en ellas menos vengativa complacencia que en los «Anales» del reinado

precedente), es lo que hace tan enojosa la lectura de las inscripciones históricas de este monarca. El conquistador se nos aparece como una especie de mártir ó esclavo de la grandeza militar. Las campañas, por su orden—«en mi décimo año...», ó «en mi vigésimo segundo año...» ó «en mi trigésimo primer año...»—sucédense una á otra, con opresiva regularidad, cual si se tratara del cumplimiento de alguna ley natural, siniestra é ineludible; compréndese así toda la verdad que encerraba la observación del historiador bíblico: «y vino con el transcurso del año la época en que los reyes van á la guerra» (Libro I de las Crónicas, XX, 1). Shalmaneser salía á campaña todas las primaveras, como hoy se va á cazar gallos silvestres y ánades todos los otoños, habiéndolo un día señalado para dar comienzo á la guerra, como ahora lo hay en muchas provincias para emprender las expediciones venatorias. Este monarca no parece haber tenido tiempo ni aun para cazar; por lo menos no se menciona en las inscripciones de su reinado ninguna cacería real. En cambio, leemos que cortó maderas en ocho ocasiones diferentes en los montes Amanos, y que cruzó el Éufrates en persona no menos de 24 veces, más de una «en la crecida», lo que debió aumentar considerablemente las dificultades del paso. Lo que más contribuye al tedio que produce la narración, es la aridez absoluta del estilo, la falta completa de todo adorno, carácter distintivo de los anales de este periodo. No hay una sola descripción pintoresca, ningún toque vivo y real, como los que encontramos en abundancia en las inscripciones de 200 años antes. La única expresión poética que se encuentra en dos largos relatos, es la que compara el pico de una montaña á una daga que horada el cielo,

y para eso se copia de los anales de Asshurnazirpal.

2. No es difícil, sin embargo, al lector asiduo el encontrar, bajo la dura y espinosa corteza, un fruto, si no dulce y agradable, de bastante substancia para extraer de él gran número de informaciones interesantes y preciosas. Por de pronto, se descubre el hecho principal de este reinado, que consiste en que la mayor parte de las expediciones, y las más importantes, se dirigen contra el Este; al Norte y al Sur sólo se va de vez en cuando y por incidencia, no siendo objeto de más atención que la puramente necesaria para mantenerlos sumisos. Shalmaneser nos dice que fué á la tierra de Nairi en busca de las fuentes del Tigris, donde, á imitación de sus predecesores, colocó su imagen, invadiendo la Armenia propia (por los lagos de Van y Urmiah); pero es evidente que no pudo dominar de un modo definitivo la resistencia de aquellos tenaces montañeses. En otra ocasión, se aprovecha de una querrela intestina de la casa real de Babilonia para hacer ostentación de su poder, sacrificar á los dioses en los grandes santuarios y obligar á los principes de Caldea á enviarle tributos, «esparciendo el terror de sus armas hasta el mar» (golfo Pérsico). Otra vez describe que bajó al mismo país por los grandes lagos armenios, á lo largo de los límites orientales de Asiria, hacia los Zagros, si bien no aparece claro si fué movido de un espíritu puramente agresivo, á fin de recoger tributos y botín, ó si se propuso evitar que aquellos pueblos se convirtieran en vecinos turbulentos. En cualquier caso, no pasaron de ser estas expediciones lances secundarios de su vida. Su principal objetivo fué el asegurar la sumisión permanente de las tribus errantes del desierto sirio y, sobre todo,

poner término á la independenciam de los varios reinos de esta comarca, cuya creciente prosperidad y riqueza eran causa de que se estimaran como vasallos pero se temiesen como rivales. Su inferioridad, bajo este concepto, y sus mutuos celos y continuas contiendas, permitieron á Shalmaneser llevar á cabo su propósito. Sin embargo, es probable que la empresa fuese de menos fácil y rápida ejecución de lo que en un principio supusiera.

3. Shalmaneser no inició las operaciones de un



TOMA DE UNA FORTALEZA Y CONDUCCIÓN DE CAUTIVOS.

modo precipitado ni con la mira exclusiva de un despojo inmediato; meditó y calculó maduramente su plan. Empezó por recorrer las dos orillas del Éufrates, y después de apoderarse de las ciudades más fuertes, les arrebató sus defensores, enviándolos á Asiria y reemplazándolos con guerreros asirios. Karkhemish, tan importante desde el doble punto de vista estratégico y comercial, por ser la llave de la gran carretera que va de Egipto al Norte, admitió la soberanía de Shalmaneser sin protesta, y su rey hitita le envió, no sólo ricos presentes en ganado, oro, plata, hierro, bronce, telas de púrpura, etc., sino

hasta su propia hija para su harén, con nuevos regalos, y las hijas de un centenar de sus nobles. Después, cruzando el Orontes, avanzó al Norte á través de toda la región septentrional de Siria, pasó los Amanos, recogiendo de camino copiosos tributos en «truncos de cedros», el producto local de más valor, y descendió al otro lado internándose en Cilicia, donde verificó una breve pero provechosa irrupción. Á su vuelta, detúvose de nuevo en el Éufrates para recibir los tributos que le enviaban «los reyes de la costa marítima» y los reyes de las orillas de dicho río.

4. Estos ostentosos paseos militares, debieron ser observados con recelo é inquietud por los reyes y pequeños príncipes de la Siria inferior, á quienes no podía ocultarse que nada bueno les auguraban. El rey de HAMATH, especialmente, por ser su territorio el más próximo (en el lado oriental del Libano, un poco al Norte de Arvad), creyóse ya presa del león asirio. Sin embargo, no habia sonado aún la hora de la invasión. La campaña preparatoria estaba terminada y la tormenta que juzgó pronta á estallar, dió treguas hasta el siguiente año, sexto de Shalmaneser y 854 antes de J. C. Los reyes amenazados se aprovecharon hábilmente del respiro, organizando una coalición para la común defensa y resistencia. Fué una formidable exhibición de fuerzas. Á la cabeza de los pueblos coaligados estaban los tres reyes más poderosos de la Siria inferior; el de Damasco, Hadidri (ó Dadidri), que la Biblia llama Benhadad II, con 1.200 carros, 1.200 caballos y 10.000 infantes; el de Hamath (Hamath el Grande, como dice uno de los profetas), con 700 carros, 700 caballos y 10.000 infantes, y Akhabbu Sirlai (Ahab de Israel), con

2.000 carros y 10.000 hombres. Shalmaneser nombra nueve príncipes más que llevaron ó enviaron contingentes más reducidos; entre ellos figuran el rey de Arvad, otro de Ammón, un príncipe árabe (probablemente beduino) y, lo que es más extraño, mil Egipcios. Esta última circunstancia parece mostrar que el terror del nombre asirio comenzaba ya á sentirse más allá de los reinos limítrofes; y que Egipto, aunque no debía verosimilmente temer aún ser invadido y conquistado por las armas asirias, veía con disgusto que el poderoso imperio se acercase á sus fronteras y alentaba y auxiliaba la resistencia de las naciones aliadas.

5. No sin sorpresa se ve al rey de Israel formando liga con algunos de los más antiguos é implacables de sus enemigos, Ammón, Hamath y Damasco. Nada más heterogéneo que los elementos así reunidos, y sólo la inminencia de un peligro común y extraordinario podía determinar su fusión momentánea y el aplazamiento de odios seculares. Este común peligro, y no otra cosa, explica satisfactoriamente la reconciliación entre Ahab de Israel y Benhadad de Damasco, referida con muchos pormenores en en la Biblia, libro III de los Reyes, XX. Había habido cruda guerra entre ellos y librádose varias batallas, en la última de las cuales Israel obtuvo una victoria decisiva y Benhadad cayó prisionero. Pues bien, en este punto las cosas, maravilla que Ahab, en lugar de proceder con el rey cautivo según la antigua y general costumbre de «despedazarle ante el Señor», le llame «su hermano» y pacte con él. No sabemos cuál fué el convenio, y sólo si que «pasaron tres años sin que hubiese guerra entre Siria é Israel» (Libro III de los Reyes, XXII, 1). Pero la la-

guna de la narración bíblica la llenan admirablemente los monumentos contemporáneos asirios, las dos grandes inscripciones de Shalmaneser II. En una de ellas se encuentra la lista completa de los aliados; en la otra se habla de la mayor parte colectivamente — Dadidri de Damasco, Irkhulina de Hamath, con los reyes de la tierra de los Khatti y los de la costa — pasaje donde se ve claramente el sentido en que el nombre «khatti» usábase en aquella época.

6. Desde los tiempos de la gran confederación hitita contra Ramsés II y las batallas de Megido y Kadesh; no se había visto un ejército de naciones asiáticas tan fuerte y unido. Los aliados tenían tanta confianza en el éxito que salieron al encuentro del Asirio, presentándole batalla en la ciudad de Karkar, cerca del Orontes. Fuese favorable á unos ó á otros la suerte de las armas, es lo cierto que los reyes aliados consiguieron alejar á Shalmaneser de su territorio. El resultado, en verdad, parece haber sido algo dudoso. Shalmaneser declara, en la primera inscripción, que en aquella batalla mató 14.000 enemigos, número que eleva, en la segunda y última, á 20.500; afirma que con la ayuda de Asshur, el gran Señor, derrotó al ejército contrario. «Cai sobre él como el dios Raman...» «Le tomé sus carros, sus cabalgaduras, sus tiros». Pillaje y matanza no faltarian seguramentente; pero no vemos que el ejército asirio avanzase más allá del Orontes, y no se hace la menor mención de que prestasen vasallaje á Shalmaneser ni le pagaran tributos los príncipes que se supone vencidos. Un rey asirio jamás confesó sus derrotas; pero su silencio, en algunas ocasiones, como la presente, es muy significativo. Es indudable, por lo menos, que la victoria no pudo ser

Batalla de
Karkar, 854
a. de J. C.

tan completa como el monarca asirio pretende, y el hecho mismo de que dejara transcurrir cinco años sin volver á la carga, patentiza que la resistencia de que fué objeto se pareció bastante á un descalabro. En este intervalo, verifica sus expediciones al «nacimiento del rio, á las fuentes del Tigris, al lugar en que brotan sus aguas», donde se hace tallar en la roca «una imagen suya de gran tamaño», y lleva á cabo sus otras excursiones á «Babilonia y la tierra de Kaldu»; después de lo cual recorre por dos veces las orillas del Éufrates, antes de intentar otra campaña decisiva contra Hamath. Vuelve á encontrarse aquí con su antiguo contrario, Benhadad, y «doce reyes de los Khatti», como anteriormente, y es rechazado de nuevo.

7. Inclínase uno á creer que es aventurado tomar el número «doce» que, según hemos dicho, se repite en esta segunda campaña, como una cifra real y efectiva. Al menos, no hubo siempre los *mismos* doce. En tiempos de la segunda campaña siria, no vivía ya Ahab de Israel, y la alianza con Damasco, opuesta á los intereses de ambos países, se habia roto, desde el momento que cesara la amenaza de un peligro común é inmediato. Ahab, unido con el rey de Judá, habia declarado la guerra á Benhadad; se libró una gran batalla, y en ella murió Ahab, terminando con él una dinastía que prometía á Israel muchos dias de gloria. El padre de Ahab, Omri, valiente soldado y atrevido usurpador, se habia apoderado de la corona por medio de la conspiración, el asesinato y la guerra civil, con el favor y la ayuda del ejército que mandaba. Fué un soberano enérgico y hábil, y su mayor empeño consistió en consolidar la nación y monarquía de Israel. Como David, compró una altura y

construyó una ciudad, Samaria, que fué la capital del reino. Ahab, no menos capaz y enérgico que su padre, pensó robustecer el poder de su casa y de su trono, casándose con una princesa tiria. Fué probablemente en tiempos de estos monarcas cuando la fama de Israel llega á oídos de los reyes asirios, á los cuales impresionan extraordinariamente las noticias que adquieren de su poder y esplendor; y decimos que debió ser en estos tiempos, porque para ellos todo el reino es «la casa de Omri», conforme á la costumbre asiria de designar los Estados por los nombres de los fundadores de las dinastías reinantes.

8. Una tercera campaña siria no produjo resultados más decisivos. La coalición existía aún y resistió á Shalmaneser, que esta vez acaudillaba, según parece, un ejército numerosísimo ¹.

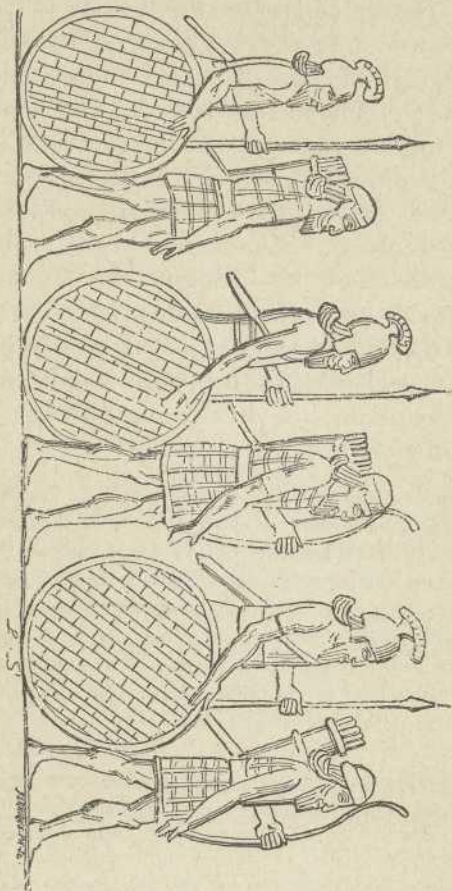
«En mi décimocuarto año, dice en uno de los letreros de sus grandes toros alados, levanté un ejército innumerable, compuesto de gentes de todo el ancho Imperio. Con 120.000 hombres crucé el Éufrates en su crecida. En aquellos días, Dadidri, de Damasco, é Irkhalina, de Hamath, con doce reyes de la costa de los mares Superior é Inferior (porciones del Mediterráneo), reunieron sus imponentes, sus numerosas huestes y salieron á mi encuentro. Les dí la batalla y los derroté, destruí sus carros, su caballería; me apoderé de todos sus bagajes. Huyeron para salvar la vida».

¹ El ejército asirio se reclutaba con suma facilidad. Todo hombre válido capaz de llevar las armas, estaba obligado al servicio militar, y partía á prestarlo al primer llamamiento. Terminada la campaña, cada contingente volvía á su provincia, con el botín y los esclavos que le habían tocado. Á este ejército, que podemos llamar nacional, se juntaba el de los reyes vasallos y tributarios, que se reclutaba y armaba según los usos de cada país. Rodeaba al rey un cuerpo de preferencia, especie de guardia real, compuesta de los más valientes y más fieles, elegidos por el mismo monarca, con quien iban á todas partes, á la guerra como á la caza, y en tiempo de paz, vigilaban el palacio.

Las armas ofensivas de los Asirios eran el arco y la flecha, la lanza ó jabalina, la maza, la honda, la espada y el puñal; las defensivas, el cas-

Su principal contrario fué aún Benhadad, intrépido como siempre, secundado ahora por «los reyes de

GUERREROS ASIRIOS EN ORDEN DE BATALLA
[según un bajo relieve del palacio de Assurmazirpal, actualmente en el Museo Británico].



la costa», los Fenicios y acaso los Philisteos de las cinco ciudades (véase cap. V). Vemos también que

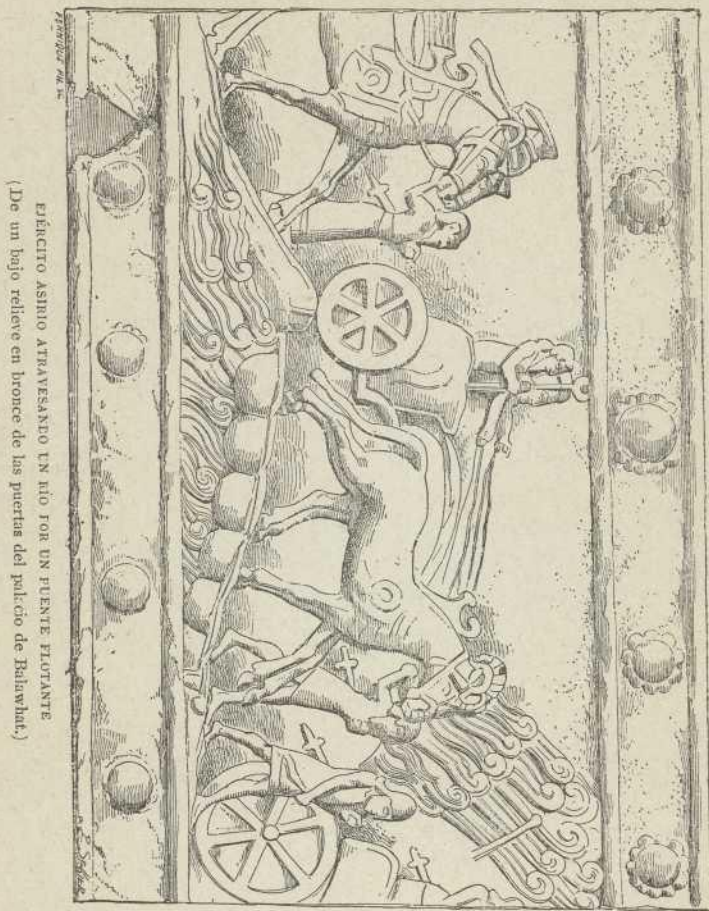
co de bronce, la coraza, consistente en una túnica de tela recubierta de láminas metálicas, la cota de malla y el escudo. El casco cubría solamente el cráneo, y, á lo sumo, la parte superior de las mejillas. Su for-

observan la antigua táctica: ir al encuentro del enemigo, sostener su empuje, quebrantar sus fuerzas y lograr de este modo que se aleje. Una revolución, cuyos detalles se ignoran, pero que colocó á un usurpador en el trono de Damasco, á Hazael, que asesinó á su anciano señor, Benhadad II (Libro IV de los Reyes, VIII, 7-15), parece haber disuelto la coalición. En efecto, después de un respiro de cuatro años, al volver el obstinado asirio á la carga, menciona tan sólo á un enemigo, Khazailu de Damasco, el cual, quizás temeroso por razón de su aislamiento, le espera en su propio país en medio de las fortalezas de las montañas que preceden al Libano (Anti-Libano), y allí experimenta tan espantosa derrota, con tal pérdida de hombres, carros, caballos y bagajes, que se ve forzado á retirarse á la capital, adonde le sigue el vencedor. Shalmaneser, sin embargo, no dice que la tomase, sino sólo: «le sitié en su ciudad de Damasco. Destruí las plantaciones». «Inmediatamente se dirige á la costa á recibir la sumisión y los

ma variaba bastante, al exterior. Los unos eran cónicos, los otros remataban en cimera, que ya era lisa, ya tenía por adorno un penacho de pluma ó de crin de caballo, y en uno y otro caso, ora se encorbaba hacia adelante, ora se bifurcaba en dos ramas que se retorcían en opuesta dirección, hacia adelante y hacia atrás. Los escudos eran de dos clases: pequeños y redondos, discos de metal abombados en el centro y forrados interiormente de tiras de cuero, sujetas por una armadura de hierro y formando una especie de tejido reticular ó zonas concéntricas; grandes y alargados, de mimbre forrado de cuero, encorbados por los lados y por la extremidad superior, para preservar de los disparos horizontales en las batallas campales y de los verticales en los asaltos. Los primeros se tenían con la mano y se usaban cuando se combatía de cerca con la lanza; los segundos los llevaba un escudero y los plantaba delante del arquero, cuyo cuerpo cubrían completamente.

Los Asirios combatían en carro, á caballo y á pie. Mirábase como más noble la lucha desde lo alto del carro. Éste es muy parecido al de los Romanos, pequeño y corto, á manera de cajón, redondo y completamente cerrado por delante, abierto por detrás, de dos ruedas, ba-

tributos de las arrepentidas Sidón y Tiro, y de YAHUA, el hijo de KHUMRI». Este último no es otro que Jehu,



el nuevo rey de Israel. No es, en verdad, «hijo de

jas, anchas de pinas y delgadas de radios. Tiraban de él dos caballos uncidos de frente, á veces tres, jamás uno. Los que lo montaban tenían-se de pie, y mientras los unos se preservaban con el escudo de las fle-

Omri), «miembro de la casa de Omri», sino, por el contrario, el destructor de esta familia, un capitán aventurero que, habiéndose hecho proclamar rey por sus soldados, amedrentó á la capital, dió muerte al joven rey y á su madre, y ordenó la decapitación de toda la familia de Ahab—70 niños, nos refiere la Biblia, que su padre confiara al cuidado de varios magnates de la nación (Libro IV de los Reyes, IX, X). Es extraño que se llame á este hombre «hijo de Omri» en dos monumentos asirios, y hay que atribuir semejante error, ya á ignorancia de los sucesos, ya á que, habiendo el nombre de Omri impresionado fuertemente á los políticos asirios, lo conservaron como una tradición hasta el punto de expresar lo mismo en su lenguaje las frases de «tierra de Israel» y «casa de Omri», y de considerar á los reyes de este pueblo, sin fijarse en los cambios de dinastía, como los sucesores y, por tanto, los hijos de Omri.

chas que se les lanzaba, los otros la disparaban contra los enemigos. Solamente cuando éstos se acercaban y amenazaban escalarlo, echaban mano de la espada y luchaban con la ventaja que les daban lo alto del sitio y el continuo movimiento del carro. Desplegaban en el decorado de los carros y en los jaeces de los caballos un lujo inverosímil, no superado hoy en los grandes centros de Europa y que variaba según la fortuna y dignidad del dueño. Los caballeros vestían lo mismo que los infantes: se los ve en los relieves, á veces, con los pies desnudos; siempre, sin espuelas y sin silla, llevando á lo sumo, de vez en cuando, un tapiz extendido sobre el dorso del caballo. Sus armas son el arco, la lanza y la espada corta, de la que con dificultad podían hacer uso desde lo alto del caballo. Estas mismas armas usaba la infantería, cuyo vestuario ofrece notables variantes; pues mientras unos aparecen desnudos de pies, piernas y brazos, consistiendo todo su vestido en una túnica sujeta al cuerpo por ancho cinturón; otros van envueltos en hierro, como nuestros caballeros de la Edad Media, cubierto el cuerpo por una cota de malla, que de un lado se adapta al casco y de otro les baja hasta los pies, sin vérselos más que las narices, los ojos y los brazos, estos últimos para manejar mejor el arco. Entre estos dos extremos se encuentran todos los términos intermedios.

Cuando el ejército tenía que permanecer algunos días en un punto,

9. En las ruinas del palacio de Shalmaneser, que ocupan el centro de la gran colina de Nimrud, ha encontrado Layard un monumento muy notable; es un pilar de dura piedra negra, de siete pies de altura, tallado en forma de obelisco. La dureza de la piedra le había preservado de las injurias del tiempo, conservándose mucho mejor que aquel otro monumento, de mayor tamaño y la misma forma, de piedra blanca y más blanda, perteneciente á Asshurnazirpal. Las cuatro caras están cubiertas de esculturas y letreros, habiendo cinco filas de las primeras y



TIENDA DE CAMPAÑA
(según un bajo relieve).

gran número de líneas de los segundos. Estos letreros forman la llamada «Inscripción del Obelisco», que contiene la relación de las guerras de Shalmaneser en los últimos años de su reinado. Las esculturas

representan procesiones de gentes de cinco naciones distintas, llevando tributos. En una de las caras hay algunos personajes presentados por los oficiales de palacio; uno de ellos ostenta como una tira en la mano; es probablemente la lista de los artículos que constituyen el tributo. La actitud de dichos personajes pone de manifiesto que no hay exageración en las frases repetidas tan á menudo en

se construía un campamento fortificado, que con sus muros y baluartes semejaba una verdadera fortaleza, y en el interior se acampaba bajo tiendas. Las fortalezas asirias tienen gran parecido con nuestros castillos feudales. Defendían la entrada dos gruesas torres y un cuerpo avanzado á modo de baluarte; ancho foso se abría al pie de los muros, el cual se inundaba siempre que se podía dirigiendo á él el agua de los

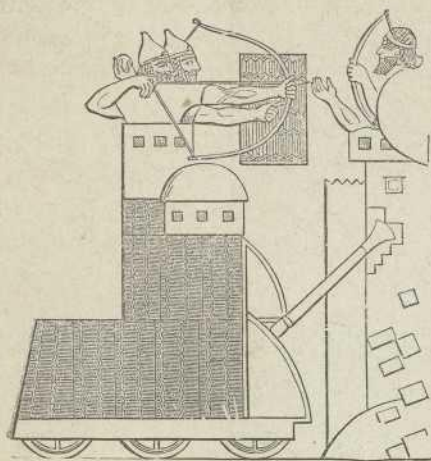


OBELISCO NEGRO DE SHALMANESER II

los monumentos: «toman mis pies». El personaje postrado en el segundo tramo, se ha dicho que es un

Jehu, rey de Israel, paga los tributos á Salmáneser II, rey de Asiria (842 antes de J. C.).

embajador de Jehu, pero parece más probable que sea el mismo Jehu en persona. He aquí, en efecto, la traducción literal de la inscripción que allí se lee: «Tributo de Yahua, hijo de Khumri; plata, oro, vasijas de oro, botellas de oro, vasos de oro, cubos de oro, plo-



ARIETE ASIRIO.

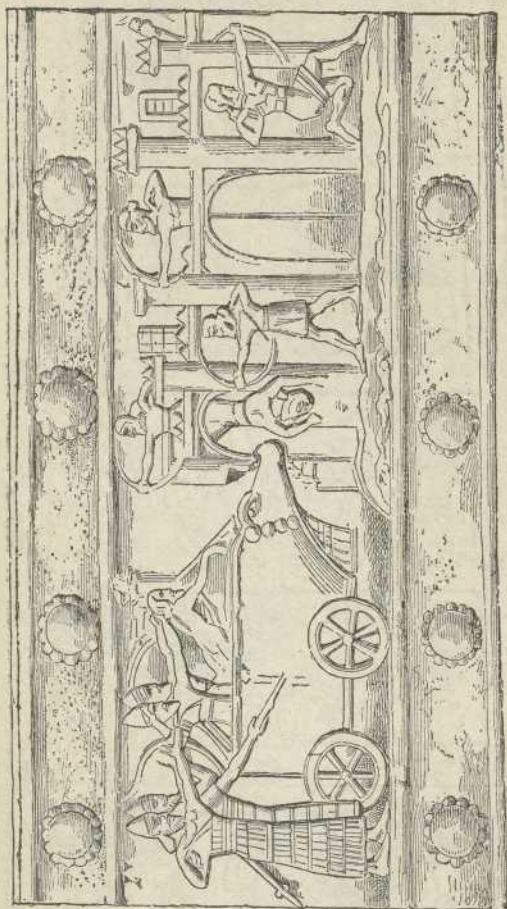
mo..., (?) madera, tesoro real..., (?) madera, yo recibí»¹. La mayor parte de los artículos que se enumeran pueden ser identificados en la escultura, que expresa admirablemente la actitud servil y temerosa de los portadores, lo mismo que el

aire judío de sus acciones, imposible de confundir. Este es el tramo de bajo-relieves más importante, por la claridad que proyecta en la narración bíblica; pero algunos otros tienen en sí más interés, por los diferentes

rios; eran las muros de enorme espesor, reforzados á cortos trechos de machones y coronados de almenas. Contra estas fortalezas ideó el genio militar de los Asirios multitud de medios mecánicos; minas, trincheras, torres móviles, carneros, tortugas y máquinas arrojadizas, llevando la poliorcética á tal grado de adelanto que no fué igualada des-

¹ El profesor Dr. G. Lyon, á cuya amabilidad debemos esta traducción, cree que el personaje postrado es el mismo Jehu.

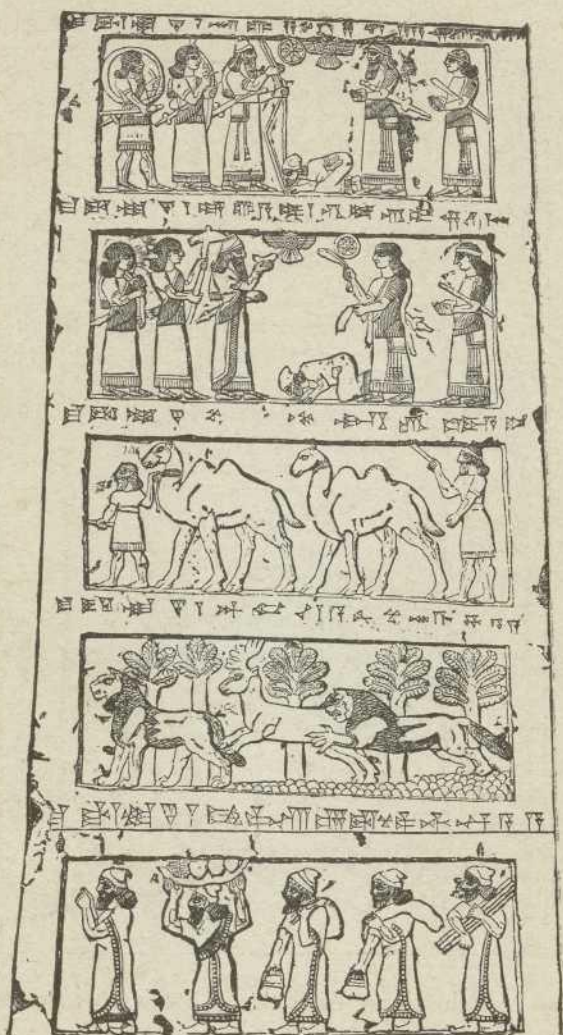
animales, de especies poco comunes, que representan; el efebante, los antilopes, los dos camellos, los



ARIETE MINANDO LOS MUROS DE UNA FORTALEZA
(según un bajo relieve en bronce de las puertas de Balawat (el ariete tiene la cabeza en forma de cordero).)

monos, se destinan evidentemente á enriquecer los

pués de ellos hasta los tiempos de Alejandro Magno. En los relieves que representan sitios de ciudades, vese á unos escalar los muros, á otros prender fuego á las puertas; aquí, carneros que abren brecha en



PRIMERA CARA DEL OBELISCO NEGRO.

(Jehu de Israel está en el 2.º tramo.)



SEGUNDA CARA DEL OBELISCO NEGRO.

(En el 2.º tramo se ven los portadores del tributo judaico.)

parques y casas de fieras reales, y maravilla la naturalidad y exactitud con que el artista ha reproducido sus rasgos más salientes y característicos.

10. Llama la atención que, en los libros bíblicos correspondientes á este periodo, no se refieran ni mencionen siquiera dos acontecimientos tan importantes como son la participación de Ahab en la liga siria y la guerra contra Shalmaneser, y la sumisión de Jehu. Es difícil imaginar motivos que justifiquen esta extraña omisión, á menos que los sucesos mencionados se narrasen en un libro que aparentemente se ha perdido, al cual se alude constantemente bajo el título de «Libro de las crónicas de los reyes de Israel». «Y el resto de las acciones de Jehu, y todo lo que hizo y su valor, ¿acaso no está escrito todo en el Libro de las crónicas de los reyes de Israel?». He aquí la fórmula, casi invariable, que se repite á la muerte de cada rey. Pero el libro mismo se ha perdido.

11. Otro monumento perteneciente á este monarca de gran interés y valor artístico y, además, único que se ha encontrado de su clase, fué descubierto hace 10 años por Mr. Hormuzd Rassam (primeramente auxiliar de Layard y ahora sucesor suyo en el rico

los muros avanzando y retrocediendo sobre calzadas artificiales; allí, torres giratorias, cargadas de arqueros y honderos, que dominan las mismas almenas de la fortaleza; en varias partes, mineros zapando los muros con largas barras de hierro. Los sitiados lanzan sobre las máquinas toda clase de proyectiles, hasta teas y haces inflamados; pero los sitiadores se han provisto de agua y, por medio de recipientes de largas mangas, apagan el incendio dondequiera que se produce. El genio de los unos multiplica sus recursos á competencia con el de los otros, siendo el número ó el accidente el que otorga la victoria.

Estos detalles de la poliorcética asiria, que nos han dado á conocer los relieves, arrojan nueva luz sobre muchos pasajes de la historia antigua que no habían podido ser interpretados hasta aquí.—(N. de. S F.)

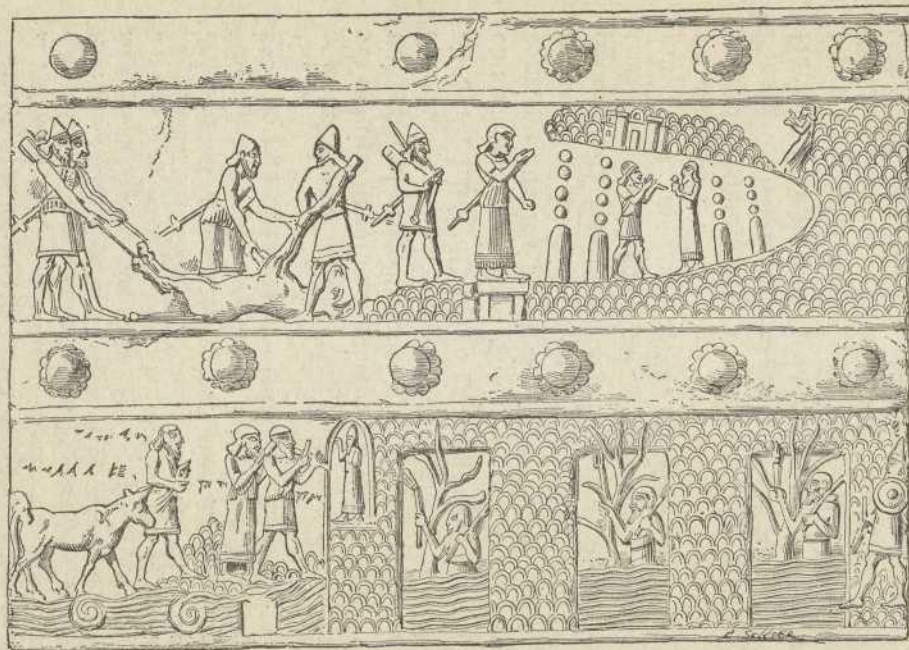
campo de las excavaciones asirias). Dejemos que el explorador hable por sí mismo :

« En 1877, en un terraplén llamado Balawhat, á unas 15 millas al Este de Mossul y 9 de Nimrud, encontró unas tiras de cobre, como cubriendo un monumento asirio. El cobre (más propiamente el bronce) había recibido muchas injurias por el inmenso número de años que llevaba bajo tierra. La parte superior estaba á unos 3 ó 4 pies de la superficie del suelo ; la inferior á unos 15 pies debajo. Hoy se hallan estas tiras en el Museo Británico. Se supone que eran el revestimiento de una enorme puerta de dos hojas, cuyo espesor debía ser de unas 4 pulgadas, según es dable inferir de la inclinación de los clavos que las sujetaban á la armazón de madera ».

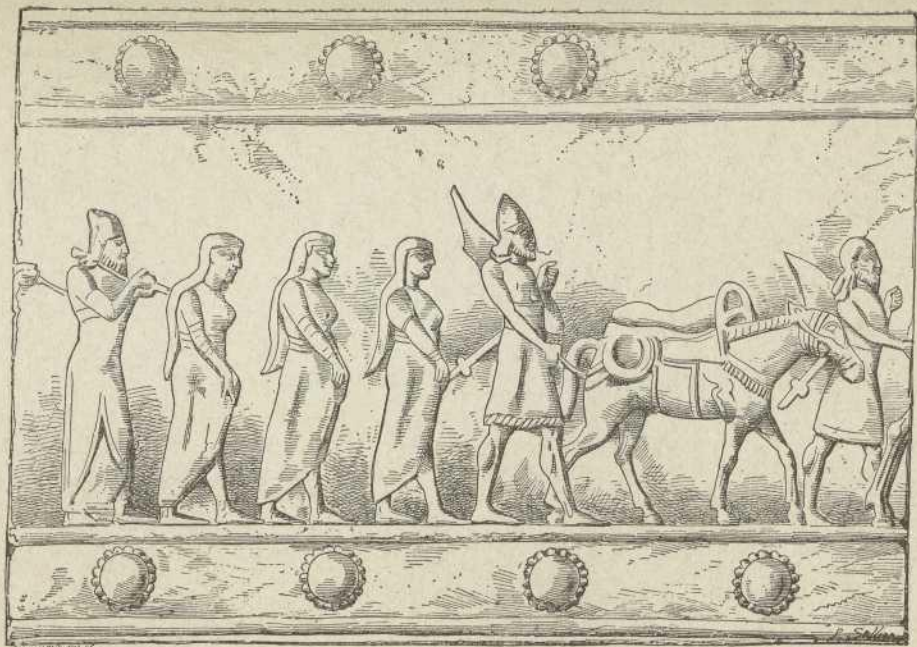
Estas franjas ó tiras están cubiertas de bajo-relieves del tipo usual, no vaciados en moldes, sino levantados por el procedimiento que hoy se llama *repujado*. Encontróse el hueco correspondiente y le fué fácil á un hábil dibujante el imaginarse las puertas en su aspecto original. Una inscripción, que refiere concisamente los acontecimientos de los nueve primeros años del reinado de Shalmaneser, corre al rededor. Esta puerta pertenecía á una ciudad, construida por Asshurnazirpal, y debía ser imponente y muy fuerte, mas no pesada, gracias á sus hermosas proporciones.

12. Los siete ú ocho últimos años de su vida, los consagró Shalmaneser al reposo, que bien merecía. Durante ellos, residió casi siempre en Kalah, construyendo, restaurando, rindiendo culto á « los grandes dioses ». Fué él quien completó el gran Ziggurat del templo de Nineb, comenzado por su padre— la misma pirámide cuyas ruinas confundían á Jenofonte, cuando hizo alto en Larissa — ¹. En este período, las campañas fueron dirigidas por los generales en

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 3.



BAJO RELIEVE EN BRONCE.
(Fragmento de las puertas de Balawat).



CONVOY DE MUJERES PRISIONERAS

(según un bajo relieve de las puertas de bronce del palacio de Balawat, actualmente en el Museo Británico).

jefe, victoriosamente según parece ¹. Pero eran relativamente poco importantes ahora, ya que la gran obra del reinado del infatigable monarca—la sumisión de Siria—había sido llevada á término feliz. No le fué concedido, sin embargo, á Shalmaneser gozar en paz, hasta el fin, del poder que tanto había realzado y robustecido. Su hijo primogénito se rebeló contra él, consiguiendo arrastrar á gran parte de la

1 Quizás fuera más exacto decir general en jefe, en singular. El carácter más saliente de la monarquía asiria, es el ser personalmente militar. Los reyes huyen de confiar á otro el mando de las tropas. Si tenían ó no razón para abrigar esta desconfianza, lo dice la historia de Sargón, que destronó á Shalmaneser V, por haberle entregado éste el mando del ejército que sitiaba á Samaria. Así vemos siempre á los reyes á la cabeza de las tropas, ya conduciendo á los soldados al combate, ya dirigiendo el sitio de una fortaleza ú ordenando el ataque; aquí, entrando triunfalmente en las ciudades enemigas; allí, recibiendo la sumisión de los vencidos, y siempre inspeccionándolo todo por sí, mandando y ejecutando al par, é imprimiendo á todo el sello de su personalidad. En los relieves es siempre el rey á quien se ve, solo sobre su carro, sembrando la muerte en derredor. Cierto que de estas representaciones hay que descontar la parte sugerida por la lisonja; probablemente, cuando el príncipe se exponía en primer término, en vez del eunuco con el quitasol, le rodeaban guardias montados, arqueros de habilidad y valor probados; pero la adulación solamente influyó en la forma, no en el hecho mismo de la representación. El primer jefe después del soberano, era el *turtán*, especie de ministro de la Guerra, generalísimo que, según la tablita de las funciones y dignidades, marchaba á la derecha del rey. El *turtán*, y nadie más que él, mandaba el ejército en ausencia del rey, y él solo hubo de mandarlo ahora, en los últimos años del reinado de Shalmaneser II. Un puesto más bajo que el *turtán* estaba el *siltán*, que marchaba á la izquierda del rey, pero cuyas atribuciones militares no conocemos con precisión. Jefes militares de alto rango eran también los prefectos de las ciudades, los gobernadores de las provincias y los mismos reyes tributarios, cada uno de los cuales mandaba su contingente. Menciónase, además, en la tablita de las dignidades, «al jefe de los carros», «al jefe de los arqueros», «al conductor de los camellos», «al jefe de los honderos» y «al jefe de los cincuenta», título este último que induce á pensar si el ejército estaría distribuido en escuadrones de 50 hombres. Tales son las únicas noticias que tenemos respecto á la organización del ejército asirio.—(Nota de S. F.)

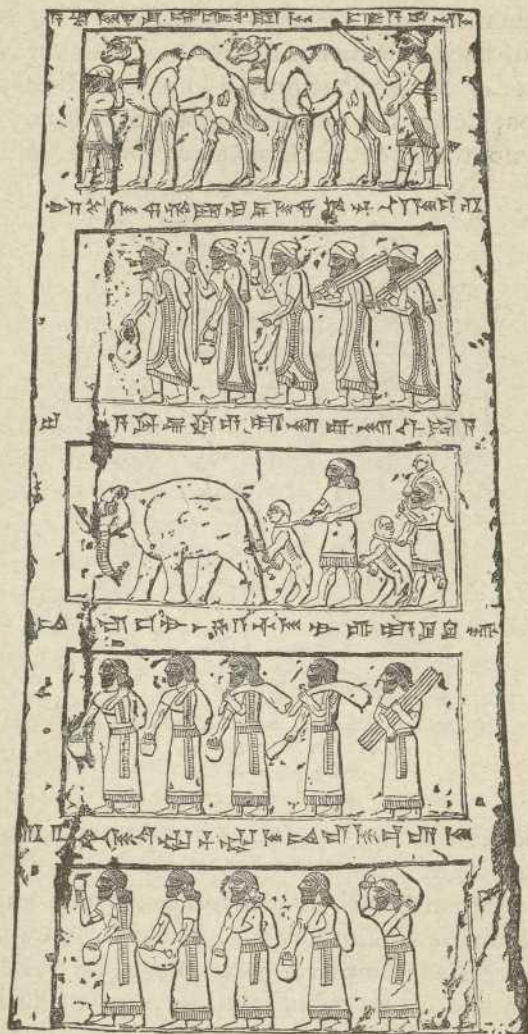
Asiria propia. Dicese que se declararon en su favor 16 ciudades. Sofocada la rebelión, sucedióle á Shalmaneser otro de sus hijos, Shamshi-Ramán III.

13. De este monarca no se sabe más sino que reinó. No así de su hijo y sucesor, Ramán-Nirari III, que recuerda á su glorioso abuelo, no sólo por la extensión de su reinado, que casi iguala al de Shalmaneser, sino por el número é importancia de sus campañas, dirigidas especialmente contra Siria. Enumerarlas ó describirlas, sería incurrir en repeticiones molestas é infructuosas, porque su carácter general es el mismo de siempre. Baste decir, que dicho monarca completó la sumisión de Aram tomando á Damasco, triunfo que Shalmaneser no llegó á alcanzar por completo, é imponiéndole onerosísimos tributos, además del botín recogido en las batallas y en las marchas. En cuanto á lo demás, él mismo nos ofrece el exacto resumen de su carrera, cuando dice: «Al Oeste del Éufrates subyugué la tierra Khatti, toda la tierra Akharri (Fenicia), Tiro, Sidón, Bit-Khumri, Edón y Philistia, juntamente con la costa del Mar del Sol Poniente, y les impuse tributos y contribuciones». Sin embargo, ni Israel ni las ciudades de la costa fueron conquistados por la fuerza de las armas, pero enviaron regalos, lo que constituía un precedente peligroso; pues, según las ideas de los Asirios, este acto equivalía á declararse vasallo, y si después de ejecutado una vez no se repetía periódicamente en señal de homenaje—en suma, si no se pagaba un tributo anual—se consideraba rebeldes á los rehacios y se les trataba como á tales. Menciónase á «todos los reyes de Kaldu», como pagando obedientemente las contribuciones; pero no parece que Nairi fuera visitada de nuevo. En compensación, hallamos



TERCERA CARA DEL OBELISCO NEGRO.

(En el 2.º tramo se ven los portadores del tributo judaico.)



CUARTA CARA DEL OBELISCO NEGRO.

(En el 2.º tramo se ven los portadores del tributo judaico,)

los nombres, desconocidos ó poco citados hasta aquí, de gran número de «reinos» y «naciones»—la palabra «tribu» induciría menos á error—situadas al Noreste y Este, en las estribaciones y lomas exteriores de los Zagros, desde los grandes lagos hasta Elam. Entre estos nombres, debemos señalar especialmente el de



EMBAJADORES OFRECIENDO EL TRIBUTO.
(Bajo relieve de Kalah.)

los Medos (Madaï), que tanta importancia adquieren más adelante.

14. Ramán-Nirari III estuvo casado con una princesa llamada Shammuramat. Tal es el nombre que los Griegos corrompieron y cambiaron en Semiramis, aplicándolo á una reina fabulosa, acerca de la cual propalaron las leyendas más extravagantes que, transmitidas por escritores del mismo país, han corrido como historias verdaderas hasta el descubrimiento

de los escritos cuneiformes, hará unos 30 años. He aquí ahora la fábula, en sus rasgos más generales.

En tiempos muy remotos, había reyes en Asia; pero ni hicieron nada digno de contarse ni dejaron huella ninguna, hasta que aparece un poderoso guerrero, el asirio Nino, gran conquistador, que funda un vasto Imperio. Toda el Asia Menor, hasta el mar, Armenia y Media, son sometidas por él. Conquista los países que circundaban el mar Negro y el Caspio, parte de la Rusia meridional inclusive, y el territorio que comprende la moderna Persia, para no hablar de la Arabia. Construye una magnífica capital, á la que da su propio nombre, Nino—la ciudad de Nínive.—Tenía un general de su confianza, Onnes ú Oannes, y este general una esposa, Semiramis, la más hermosa de todas las mujeres. En realidad, era algo más que una criatura mortal. Era hija de Derketo, la diosa-peza de Siria, y había sido alimentada por las palomas en una roca salvaje, no lejos del santuario de su madre en Ascalón (véase cap. IV), hasta que unos pastores la encontraron y llevaron á su jefe Simmas, encargado de la alta dirección de la real ganadería, quien la crió como hija propia. La vió un día el gobernador Onnes, y como era imposible contemplarla sin enamorarse de ella, inmediatamente le entregó su corazón y su mano. Demostró Semiramis ser tan intrépida y sagaz como hermosa, y en cierta ocasión, ayudó personalmente con su heroísmo á su esposo y al rey Nino, á tomar una fortaleza que se les resistía obstinadamente. El rey sucumbió, á su vez, al fatal encanto de la belleza de Semiramis, y se la quitó á Onnes, el cual se dió la muerte de pesar. Semiramis llega á ser reina de la ciudad de Nino, que su nuevo esposo le da en dote, y cuando este úl-

timo muere, le deja todo el Imperio, no obstante tener un hijo, Ninyas.

15. Semiramis descuella como soberana más alto que el mismo Nino, porque á su real ambición y á sus grandes hazañas en la guerra, juntaba el noble genio y el gusto de las artes de la paz. Construye la ciudad de Babilonia, con sus jardines colgantes, sus fuertes muros y altas torres, el gran templo de Bel y el soberbio puente sobre el Éufrates. Ordena que se rompan las siete cadenas de la cordillera de los Zagros, para abrir un camino directo y cómodo que condujese á Media, donde edifica otra capital, Egbatana, con un magnífico castillo real, y la abastece de aguas, que trae de algunos lagos de las montañas á través de un túnel. Hay en los altos Zagros una roca, con tres picos, muy elevada y casi perpendicular, cerca de un sitio que antiguamente se llamaba Bagistana. Dispone que la superficie de esta roca se pulimente con cuidado y se cubra de esculturas, que la representen, á ella, la reina, seguida de 100 guerreros de su guardia. Sus expediciones bélicas superan en grandeza á las de Nino, su difunto esposo; no sólo conquista á Egipto, Ethiopia y parte de Libia, sino que organiza y dirige una campaña contra la India. Llega á la orilla del Indo y lo atraviesa; pero, cuando se preparaba á internarse en el país, es atacada por un ejército de naturales, que la derrotan y obligan á retirarse con enormes pérdidas. Este desastre no abate el ánimo heroico de la reina. Tórnase á sus dominios, y allí se entrega á los placeres y á la voluptuosidad, con el mismo ardor que había desplegado en la guerra y en el fomento de las artes y obras de pública utilidad. El irresistible encanto de su belleza no desaparece con la edad. Le basta mirar á un hombre

para esclavizarlo á su albedrío, y su corte brillaba con toda clase de atractivos. Pero su hijo, Ninyas, poco conforme con el retraimiento y oscuridad en que vive, conspira contra ella. La reina, sabedora de la conjura, recuerda una antigua profecía, según la cual estaba destinada á la inmortalidad y á recibir honores divinos el día que su hijo se rebelase contra ella. En su consecuencia, eleva á Ninyas al trono y ordena á sus nobles y generales que le presten acatamiento. En cuanto á ella, se convierte en paloma, y vuela fuera del palacio con una bandada de estas aves. Desde entonces, los Asirios honraron á Semiramis como una diosa, y le consagraron la paloma. El arte asirio ha representado muy á menudo esta transformación. Hay, sin embargo, otras versiones acerca de la muerte de Semiramis.

16. Ninyas fué un monarca tan débil y despreciable como ambiciosos y activos habían sido sus padres. Encerróse en su palacio, entregándose á la pereza, el afeminamiento y los placeres del harén. Nunca se mostró al público, y sus generales y dignatarios gobernaron el Imperio. La misma conducta observaron sus sucesores, de cuyos nombres y hechos no hay ninguno digno de recordación, y así vivió el Imperio por espacio de unos 1.300 años, hasta ser sojuzgado por los Medos.

17. Restablecida la verdad histórica, gracias al descubrimiento y estudio de los monumentos cuneiformes, es superfluo señalar las inverosimilitudes é incongruencias en que abunda toda la narración. Los Griegos nada sabían de los Asirios directamente; las pocas noticias que de ellos tuvieron, debieronlas á sus sucesores, los Medos y Persas, mediante un concurso de circunstancias cuya exposición ha de enca-

jar mejor en otro volumen. La leyenda que forjaron pertenece propiamente, no á la historia, sino al folklore, y acaso también, en parte, á la epopeya nacional, puesto que Nino, el epónimo de Ninive, y Semiramis, la paloma-mujer, son personajes del panteón asirio, á quienes se traslada á la tierra revestidos de forma humana. Nino es, probablemente, la personificación heroica de Nineb, una de las deidades protectoras más populares de los reyes asirios, y

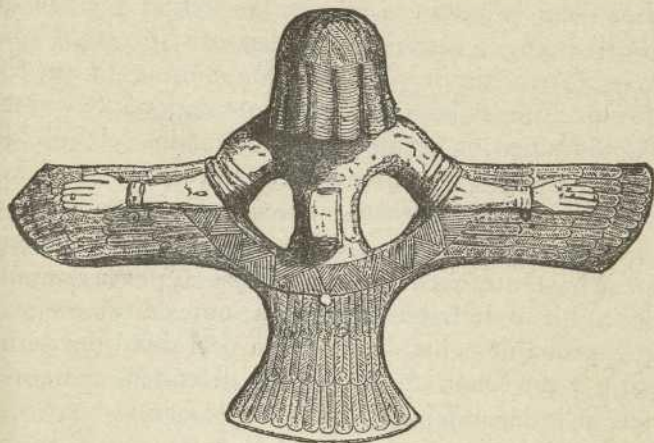


SEMÍRAMIS TRANSFORMADA EN PALOMA.

Semiramis, cuyo nombre asirio «Shammuramat», significa simplemente paloma¹, es sin duda Ishtar en su doble carácter de «diosa de la guerra» y «reina del amor y la belleza»—Ishtar de Arbela é Ishtar de Ninive, en su unidad primitiva.—También debe observarse, que los dos nombres de Onnes y Simmas tienen una gran semejanza con los de dos seres divinos, Oannes y Shamash. Esta parte de la leyenda

¹ Francisco Lenormant, en una carta particular, se retracta formalmente de la laboriosa interpretación de este nombre intentada en su «Leyenda de Semiramis», decidiéndose por la más sencilla y obvia del texto.

es, pues, evidentemente mítica. En cuanto á las grandes incongruencias históricas, no debemos explicarlas por ahora. Ocasión tendremos de volver á ellas. Por de pronto, bástanos consignar que la única Semíramis ó Shammuramat histórica es la mujer de Ramán-Nirari III, la sola reina asiria, por otra parte, cuyo nombre se recuerda en las inscripciones monumentales. Se lee en los pedestales de dos esta-



SEMÍRAMIS TRANSFORMADA EN PALOMA
(Vista posterior).

tuas dedicadas por el gobernador de Kalah á Nebo, «el protector de Ramán-Nirari, rey de Asshur, y de Shammuramat, la esposa del rey, su señora». Se ignora á qué debe atribuirse esta desviación de la costumbre universal en el Oriente. Se ha supuesto que Shammuramat pudo ser una princesa de Babilonia y ejercer, en tal concepto, alguna autoridad por derecho propio.

18. El reinado de 29 años de Ramán-Nirari III (811-782) nos lleva á otra centuria y, á la muerte de

este rey, va corrida parte del siglo VIII antes de J. C. En los 40 años siguientes, ó cosa así, ocupan el trono de Asiria tres monarcas, que no parecen haber añadido nada al lustre de su dinastía, ya que Asiria no sufriera en su tiempo, como parece, un nuevo eclipse. En verdad, no se habla de levantamientos en el Este—sin duda porque los pueblos sirios no habían podido reponer aún sus pérdidas en hombres y medios—ni se altera la paz en las tierras vecinas de Naïri; pero, en cambio, en el distante Noreste, *Urartu*—la Armenia propia, la región montañosa que rodea los grandes lagos—se presenta imponente y amenazador. En los 10 años de su reinado, el hijo de Ramán-Nirari, Shalmaneser III, lleva á cabo seis expediciones contra Urartu, sin resultado aparente. Era la causa el haberse formado en aquellos países un reino de bastante extensión é importancia, por la reunión de multitud de tribus hermanas, antes diseminadas, que probablemente sentirían la necesidad de agruparse y estrechar sus lazos para defenderse, mantener su independencia y, tal vez, tomar la ofensiva. Fué éste el reino que se llamó Van, porque el nombre de Armenia es de fecha muy posterior. El de Urartu con que le conocían los Asirios, es quizás el primitivo, ó muy parecido á él, según demuestra el de «Ararat» que aun conserva la más alta montaña de Armenia. Al pueblo que se extendía, sin que pueda precisarse por ningún lado hasta dónde, en aquel intrincado laberinto de montañas, le dieron los geógrafos griegos posteriores el nombre de ALARODIANS, corrupción manifiesta del de Urartu y no más semejante á su original que otros muchos, también alterados, que conocemos perfectamente, porque los Griegos eran unos lingüistas detestables y nunca

acertaron á imitar el sonido de las voces extranjeras, de donde han dimanado no pocos errores y enigmas históricos y geográficos. La capital de dicho reino fué la ciudad de Van. Se han encontrado algunos rastros de este pueblo, como monumentos originales con inscripciones cuneiformes y esculturas en forma de *eslabs* ó estelas talladas en la superficie de la roca viva convenientemente pulimentada, todo lo cual evidencia que la nueva nación se apropió la cultura de los Asirios, no obstante el sostener cruda guerra contra ellos.

19. Urartu, al principio, parece haber sido únicamente uno de los reinos de Naïri. Es muy probable que fuese el mayor y más inexpugnable de todos, y que, debido á esto, ganase cierta supremacía, la cual pudo convertirse en soberanía de hecho, porque los reyes de Van, en su periodo de grandeza, se intitulan «reyes de Naïri» al referir sus contiendas con los Khatti (los Hittitas del Sur de los Amanos) y las victorias que obtienen sobre los Asirios, detalle este último que no se registra en los anales de los sucesores de Ramán-Nirari. Las inscripciones de que antes hicimos mención, en las cuales hay que combinar de una manera nueva y violenta los signos familiares para adaptarlos á un lenguaje nuevo y poco afin, han puesto á prueba por espacio de mucho tiempo la inteligencia y la ingenuidad del profesor A. H. Sayce, que, gran explorador y maestro en el arte de descifrar, no había podido, sin embargo, sospechar la existencia de un primitivo reino armenio, con una poderosa dinastía indígena. Este pueblo, el de los Alarodians, es llamado por él frecuentemente PROTO-ARMENIO (la palabra *proto* significa en griego primero, anterior), para distinguirlo de los Armenios

de tiempos posteriores, que eran invasores, de origen y cultura completamente distintos. Mr. Sayce, estudiando el lenguaje de los monumentos de Van, concluye que los proto-armenios no son semitas ni tampoco turanics. Cree — y su opinión se afirma cada vez sobre base más amplia y firme — que eran una rama de la gran familia hittita, que ocupaba todo el Naïri, rota en innumerables tribus independientes, las cuales, en tiempos diversos, que la historia no puede determinar, invadieron en diferentes direcciones los anchos y amenos valles del Asia Menor. Es ciertamente notable que los montañeses de toda aquella región usen hoy todavía alto gorro de pieles, calcen botas con la punta vuelta, y ciñan *kaftán*, lo mismo que los vemos en las esculturas hittitas. Mr. Sayce se inclina á creer que la dispersión de los Hittitas al Occidente debió verificarse hacia el siglo XIII ó XIV antes de J. C., correspondiéndose, por tanto, con el primer período de la grandeza asiria.

20. De los tres sucesores de Ramán-Nirari, el primero, Shalmaneser III, tal vez hubiera hecho más, á no haber muerto tan pronto; pero los dos últimos parece que cayeron gradualmente en la mayor inacción. Por lo menos, en el canon epónimo anotado, se lee, cada vez con más frecuencia, la nota de «en la tierra», dando á entender que el monarca no se había movido del reino en aquel año. Se ha supuesto que esto pudo producir descontento en el ejército que recordaba aquellas campañas anuales, siempre afortunadas, de donde traía abundante botín, suficiente á enriquecer á los soldados y al Imperio; explicación plausible, una vez admitida, de los disturbios que estallaron en varias ciudades, entre ellas las mismas Asshur y Kalah, dando lugar á una re-

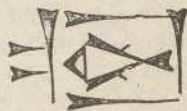
volución que puso á un usurpador en el trono. De este modo desaparece la dinastía que, si ha sido correctamente interpretada una noticia muy explícita que se encuentra en la inscripción de Ramán-Nirari, se enlazaría por una línea no interrumpida de reyes, á través de unos 1.000 años, con el fundador de la monarquía asiria. De la manera como esta revolución se llevó á cabo, no queda, desgraciadamente, la más ligera indicación. Los acontecimientos políticos interiores no tienen cabida en los anales reales, porque las inscripciones históricas se redactan exclusivamente para la glorificación de los monarcas respectivos cuyos hechos refieren, y, por otra parte, contienen muchas reticencias cuando tratan de asuntos escabrosos ó desagradables. Así que nos faltan medios de averiguar hasta quién fuese el usurpador, si sólo un aventurero, un general ambicioso y falto de escrúpulos, como Omri, Jehu, Hazael y casi todos los fundadores orientales de nuevas dinastías, ó algún aspirante, ligado al menos colateralmente con la antigua casa real. Es verdad que él habla de «los reyes, sus padres», pero como no cita nunca á su padre ó abuelo, la palabra «padres» puede ser aquí sinónima de «predecesores», acepción no extraña á las costumbres orientales, y el haberse llamado el nuevo monarca «hijo de los antiguos reyes nacionales», deberse á la misma causa que todos los reyes de Israel se consideraran por los mismos Asirios como «hijos de Omri». De cualquier modo, lo cierto, y para nosotros lo esencial, es que este usurpador había de llegar á ser uno de los conquistadores más poderosos de la tierra.

21. Reinó bajo el nombre, que nos es familiar por la historia de los reyes judíos, de Tiglath-Pileser II,

el cual justificó ampliamente, bien fuese el suyo propio, bien lo adoptase al ceñirse la corona, como un pronóstico feliz ó como una declaración del ilustre modelo que se proponía imitar, porque es muy curioso que el nombre de este monarca haya sido durante muchos años motivo de disputa y, aparentemente, un problema imposible de resolver. La confusión provenía de mencionarse en la Biblia (Libro IV de los Reyes, XV, 19) á un rey de Asiria, llamado Phul ó Pul, y de hablarse en el mismo capítulo, 10 versículos después, de Tiglath-Pileser. Ahora bien, gracias al canon epónimo, tenemos una lista auténtica, completa é inapreciable, de los reyes asirios que corresponden á todo este periodo, y en ella no figura Phul. Por otra parte, en la lista de los reyes de Babilonia, de Beroso, se halla este nombre, que copia un escritor griego, convirtiéndolo por corrupción en POROS. Con tales datos, merced á laboriosas investigaciones, fundadas en cálculos cronológicos y en otras circunstancias evidentes, se ha probado que Phul y Tiglath-Pileser son una misma persona. Tiglath-Pileser conquistó á Babilonia, asumiendo todos los títulos de los reyes babilonios. Por qué razón fué inscrito en la lista real de Beroso bajo un nombre distinto del que tenía como monarca asirio, es cosa no explicada. Indicase, sin embargo, que acaso Phul fuese su verdadero nombre y Tiglath sólo un sobrenombre.

22. Si en los libros bíblicos que han llegado hasta nosotros nada se dice de acontecimientos que tanto interesan al pueblo de Israel, como la primera liga siria, la batalla de Karkar y la sumisión de Jehu, refiérese otro que afecta á Asiria y que no se registra en los monumentos. Queremos hablar de la ida de

Jonás á Ninive y de sus predicaciones en esta población. Es difícil apreciar las causas de este viaje, que llama la atención tratándose de un Judío, especialmente si se considera que nunca salieron los Judíos de su patria, animados del deseo de favorecer el bienestar espiritual de ningún otro pueblo. Sin embargo, la inverosimilitud no es quizás tan grande como á primera vista se juzga. La fecha de este suceso, hacia el año 800 antes de J. C., coincide con el desastroso período de miseria y disturbios interiores que preceden inmediatamente al segundo Tiglath-Pileser, cuando la monarquía misma parece amenazada de disolución. Ahora bien, la predicación de penitencias y ayunos públicos en épocas de peligro y calamidad nacional, no es incompatible con el espíritu de la religión asirio-babilónica, ni, realmente, con el de ninguna otra religión semita, y de ello tenemos ejemplos en diferentes casos. Por otra parte, los Asirios tenían también profetas ó adivinos que les inspiraban fe absoluta. En fin, la misma fábula de todo el libro de Jonás, que es un rompecabezas para el lector inteligente, se ilumina de pronto con viva claridad, cuando los asiriólogos nos informan de que el nombre asirio de la « gran ciudad » es NINUA, palabra muy parecida á NUNU, que significa *pez*; conexión que, además, está indicada por la figura que presenta este nombre al ser escrito, el cual consiste en una combinación de líneas ó signos que semejan un *pescado en un depósito ó estanque*, en la siguiente forma:



No se ha podido explicar, ni el origen del nombre, ni el de su representación escrita; sospéchase únicamente que uno y otra deben estar relacionados con el mito del pez, de carácter semita, y más aun canaa-

neo (véase cap. IV) y la consiguiente consagración de los pescados.

De cualquier modo, creemos que así se explica satisfactoriamente la historia de Jonás. La ballena que se tragó al profeta no es sino Ninive, la misma Ciudad-Pez, donde él seguramente corrió bastantes peligros para justificar su desesperado grito de libertad, cuya energía recuerda los antiguos «salmos penitenciales» de Shumir y Accad ¹. El hecho extraordinario reviste así el carácter propio de una parábola oriental, de colorido excepcional, sin duda, y adornada seguramente con adiciones extrañas, lo que se explica, tal vez, porque transmitida de unos á otros por la tradición y no escrita sino mucho tiempo más tarde, el historiador que la recogió ignoraba el mito que encubría. De aquí, la fuga en el barco, para justificar que Jonás fuese tragado por la ballena. Vemos también, que la tradición local ha ligado la memoria y nombre del profeta á uno de los terraplenes que contienen ruinas de palacios y templos de Ninive (Nebbi-Yunus) ². Pero acaso esta tradición deba ser atribuida á los Árabes y Turcos, puesto que los musulmanes conocen y honran á los profetas bíblicos. De otro lado, no hay inconveniente en admitir que el libro de Jonás es muy oscuro ³.

23. Antes de referir la segunda y más trágica fase

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 177-179.

² Véase más adelante, cap. X; véase asimismo *Story of Chaldea*, pág. 49.

³ Esta versión de la famosa historia de Jonás le ha sido sugerida al autor por un pasaje de la «Leyenda de Semíramis», de Francisco Le-normant, y la presenta simplemente como una hipótesis que, sin embargo, sería útil continuar y desenvolver, hasta adquirir la certidumbre de su exactitud ó de su falta de fundamento. Si se confirmara, pondría término á la enorme y embarazosa inverosimilitud de la historia de que se trata.

del conflicto entre Asshur é Israel, conflicto en que se vieron directamente envueltas las ciudades fenicias, permitasenos levantar acta de un suceso que, si de escasa importancia inmediata, debia tenerla muy grande en un porvenir aun remoto. Aludimos á la fundación de una ciudad en la costa septentrional de África por una colonia tiria, el año 814 antes de Jesucristo, décimo del reinado de Shamshi-Ramán, el sucesor de Shalmaneser II. Habia ocurrido una revolución en Tiro. Dos niños, Pigmalión y Elissa, la segunda de alguna más edad que el primero, ocupaban juntamente el trono; pero, en realidad, era el verdadero rey un tio suyo, el gran sacerdote de Baal-Melkarth, con quien Elissa habia sido casada por su padre. Cuando Pigmalión creció, rebelóse contra esta tutela, y como el pueblo estaba de su parte, dió muerte á su tio y se proclamó único soberano. Elissa entonces, seguida de unos cuantos partidarios de su marido, probablemente individuos de las antiguas familias nobles, se embarcó con ellos en algunas naves que habia en el puerto prontas á zarpar, atravesó el mar y atracando en la costa septentrional de África, en un paraje donde existian ya establecimientos fenicios, unos prósperos, otros caidos y abandonados, fundó sobre las ruinas de uno de estos últimos la ciudad cuyo nombre corrompido de Carthago no es fácil reconocer bajo su forma primitiva de *Kart-Hadascht* (« Ciudad-Nueva »). Esta historia, que los Griegos nos han transmitido, es exacta en todos sus detalles. Los nombres son sin duda griegos, no semitas, y el relato ha sido más de una vez fuente de inspiración para los poetas occidentales, hasta el punto de cambiarse el nombre primitivo de la prince-

Fundación
de Carthago,
814 antes de
Jesucristo.

sa siria en el de Dido, bajo el cual es una de las figuras más notables de las ficciones de la antigüedad. Pero en punto á la verdad histórica, quedan dos hechos innegables: el de que hubo una revolución en Tiro y el de que, por efecto de ella, emigrados tirios fundaron la ciudad africana, la última y más gloriosa de las hijas de Tiro. En cuanto al nombre de la fundadora, Elissa, es posible que fuera un epónimo de todas aquellas comarcas colonizadas por Fenicia, que la Biblia llama Elishah, aplicado, así á las islas griegas y establecimientos de la costa como á las colonias no muy distantes del África septentrional.

APÉNDICE AL CAPÍTULO VI.

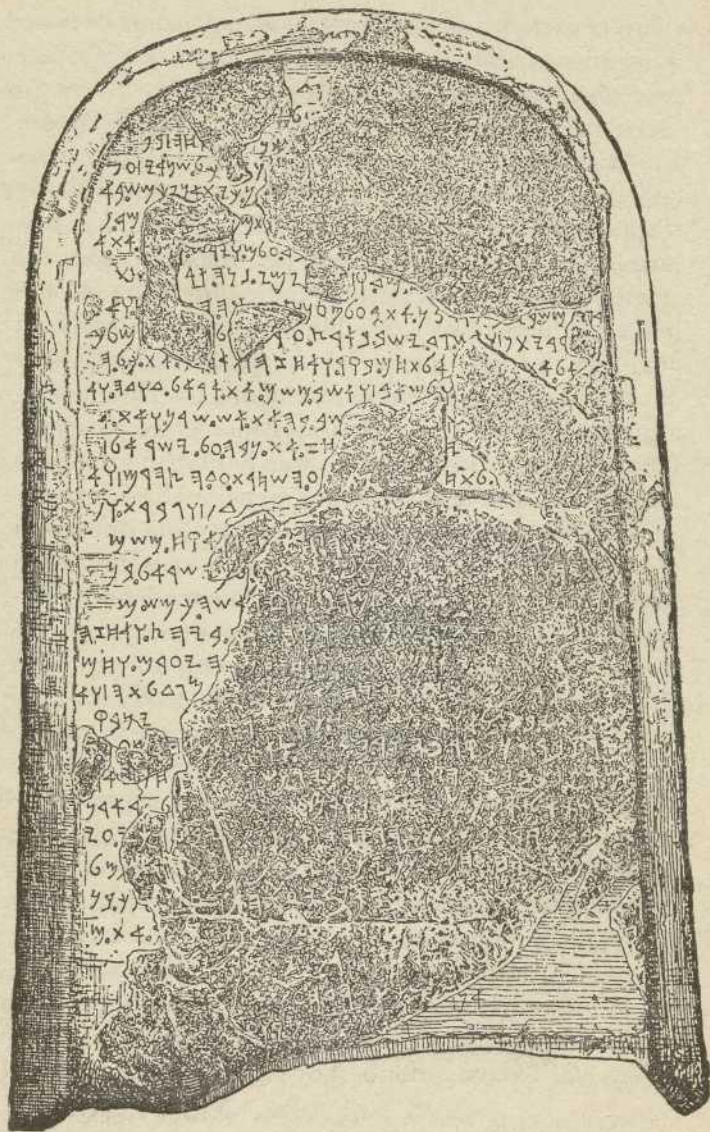
LA ESTELA DE MESHÁ EL MOABITA.

Los destinos de Moab, como los de los restantes Estados y principados que forman el grupo de Palestina, sólo tienen interés para nosotros en cuanto se presentan en contacto ó en colisión con el principal actor del drama histórico que nos ocupa; pues, en lo demás, se hallan bastante fuera de la órbita de Asiria, para dedicarles un capítulo aparte ó una atención demasiado prolija en el curso de nuestro relato. Los mismos reinos judíos no constituirían una excepción, si no fuera por el interés peculiar que los liga á nosotros. De este interés resulta que les hagamos figurar en primer término en acontecimientos en los cuales gentes extrañas é indiferentes los relegarían á lugar muy secundario. Israel y Judá tendrán

siempre extraordinaria importancia á los ojos de cualquier historiador de Asiria, por razones que no pertenecen propiamente al orden político.

No militan los mismos motivos á favor de Moab. Sin embargo, un monumento de este pueblo, descubierta hace 20 años, reclama nuestra atención. Se trata de una piedra en forma de estela, donde hay una larga inscripción. Este monumento parece que fué erigido por el rey Mesha, en conmemoración de haberse emancipado su pueblo del yugo de Israel, al cual estuvo sujeto como Estado tributario, por espacio de 40 años. Los Moabitas, como los Edomitas y algunos otros pueblos de Palestina, eran parientes tan cercanos de los Hebreos, que hablaban su misma lengua; así que la inscripción mencionada «está escrita en dialecto moabita, que es con corta diferencia el mismo lenguaje de la Biblia... Los caracteres son los hebreos antiguos, llamados samaritanos y fenicios»¹. No es sólo dicha estela el monumento literario hebreo más antiguo que se haya descubierto, sino el ejemplar de escritura alfabética de fecha más remota que conocemos. La estela estaba de pie, medio enterrada en el suelo, junto á una altura, al lado de Dibón, la antigua capital de Moab, y se rompió desgraciadamente al excavar para sacarla de allí, haciéndose más de 20 pedazos, que fué preciso juntar después, quedando en tan mal estado la superficie, que la mitad de la escritura se habría perdido irremisiblemente á no haber tenido el explorador que encontró el monumento la precaución de hacer que copiasen las letras antes de removerlo. Esto permitió á los sabios del Louvre, donde hoy se conserva la estela,

¹ Vigoureux, *La Bible et les Découvertes Modernes*, vol. IV, página 59.



LA ESTELA DE MESA EL MOABITA.

completar el texto, reproduciendo lo que faltaba, sobre una capa de yeso, con que se cubrieron las partes estropeadas de la superficie. En el grabado se destacan claramente los trozos originales y los reproducidos.

Pero, por grande que sea la importancia filológica de este «hallazgo» no es menor la de su contenido histórico. La inscripción se refiere á una época y á sucesos tan conocidos de las crónicas bíblicas, que cualquier niño, alumno aprovechado de las escuelas dominicales ¹, no vacilaría en relacionarla con la historia que se cuenta en el capítulo III, libro IV de los Reyes, de cuyo trágico desenlace hemos hablado en el capítulo IV de este libro. En el pasaje citado de la Biblia, se dice «que Mesha, rey de Moab, criaba muchos ganados y pagaba al rey de Israel 100.000 corderos y 100.000 carneros con sus vellones, pero que, cuando murió Ahab, se rebeló contra Israel». Después, en una relación muy animada, se nos informa de cómo los reyes de Israel y de Judá reunieron sus fuerzas contra Moab, venciendo y acorralando sus huestes á tal punto, que el rey Mesha, llegada la hora de la desesperación, recurrió al último y horrible sacrificio de las religiones canaanas, ofreciendo á su hijo primogénito en holocausto á Khemosh, el dios de Moab, cuyo nombre no se cita, espectáculo ante el que los Israelitas retrocedieron horrorizados y se partieron á su patria. Este es el rescate que se celebra en la inscripción, aunque se calla el precio á que se obtuvo.

«Yo soy Mesha, el hijo de Khemoshgad, el Dibonita, Mi padre reinó 30 años en Moab y yo reiné después de mi padre y erigí este

1 Donde se enseña el catecismo en Inglaterra.

santuario á Khemosh, en Karkha... porque me asistió contra mis enemigos, permitiendo que mis ojos contemplasen su huida.—*Omri, rey de Israel, oprimió á Moab durante mucho tiempo, porque Khemosh estaba enojado con sus fieles. Y su hijo le sucedió y pensó también: «oprimiré á Moab». Así habló en mis días, y mi corazón se alegró con la desgracia de él y de su casa. Y Omri había tomado posesión de la tierra Medeba y morado en ella... los días de su hijo, 40 años. Y Khemosh la redimió en mis días. Y los hombres de Gad habían poblado la tierra de Atarot en muy remotos tiempos. Y el rey de Israel había construido á Atarot para sí. Y yo fui contra la ciudad, y la tomé, y degollé á todos... para regocijar los ojos de Khemosh y Moab... Y Khemosh me habló... Ve, toma á Nebo de Israel. Y fui de noche, y estuve peleando desde el amanecer hasta el medio día, y la tomé, y degollé á todos, 7.000... mujeres... y doncellas consagré á Ashtoreth de Khemosh (ó á Khemosh, Ashtoreth?), y me apoderé de los vasos sagrados de Yahveh y los arrastré ante Khemosh... Y edificué á Karkha... Y construí sus puertas y sus torres. Y levanté el palacio real... Y no había ninguna cisterna en Karkha; y hablé así al pueblo: «que cada cual abra una cisterna en su casa...»*

Sigue la mención de nuevas construcciones. El último fragmento inteligible es: «Khemosh me habló: *Ve, pelea contra Khoronan, y yo... Khemosh, en mis días...*» La inscripción deja de ser legible en la línea treinta y cuatro.

Salta á la vista la semejanza de esta inscripción con las asirias, en punto á su estilo y espíritu. Pero, además, evoca necesariamente el recuerdo de muchos pasajes de la Biblia. Póngase Yahveh en vez de Khemosh en los lugares que hemos subrayado, y reemplácese el nombre de Israel con el de Edom, de Ammón ó de cualquier otro enemigo de Israel, y podría

¹ El descubridor de la estela, Mr. Clermont Ganneau, cree que «Karkha, monte y ciudad á la par, es la Sión de Dibón, la Jerusalén moabita, la ciudad de Mesha, que contenía el templo de Khemosh y la ciudadela. No me es posible expresarme con más claridad, añade, que comparando Dibón á Roma, Karkha al Capitolio y el santuario de Khemosh al templo de Júpiter Capitolino.»

suscribirlos el más ardiente monoteísta hebreo. De la misma manera hablan los Asirios de Asshur—la personificación semita de la Divinidad Suprema, bastando para convencerse de ello el recordar cualquiera de las citas que hemos hecho en el capítulo primero, como por ejemplo aquella en que se lee: «¡ve, nada temas; somos contigo; protegeremos tu expedición!»

VII.

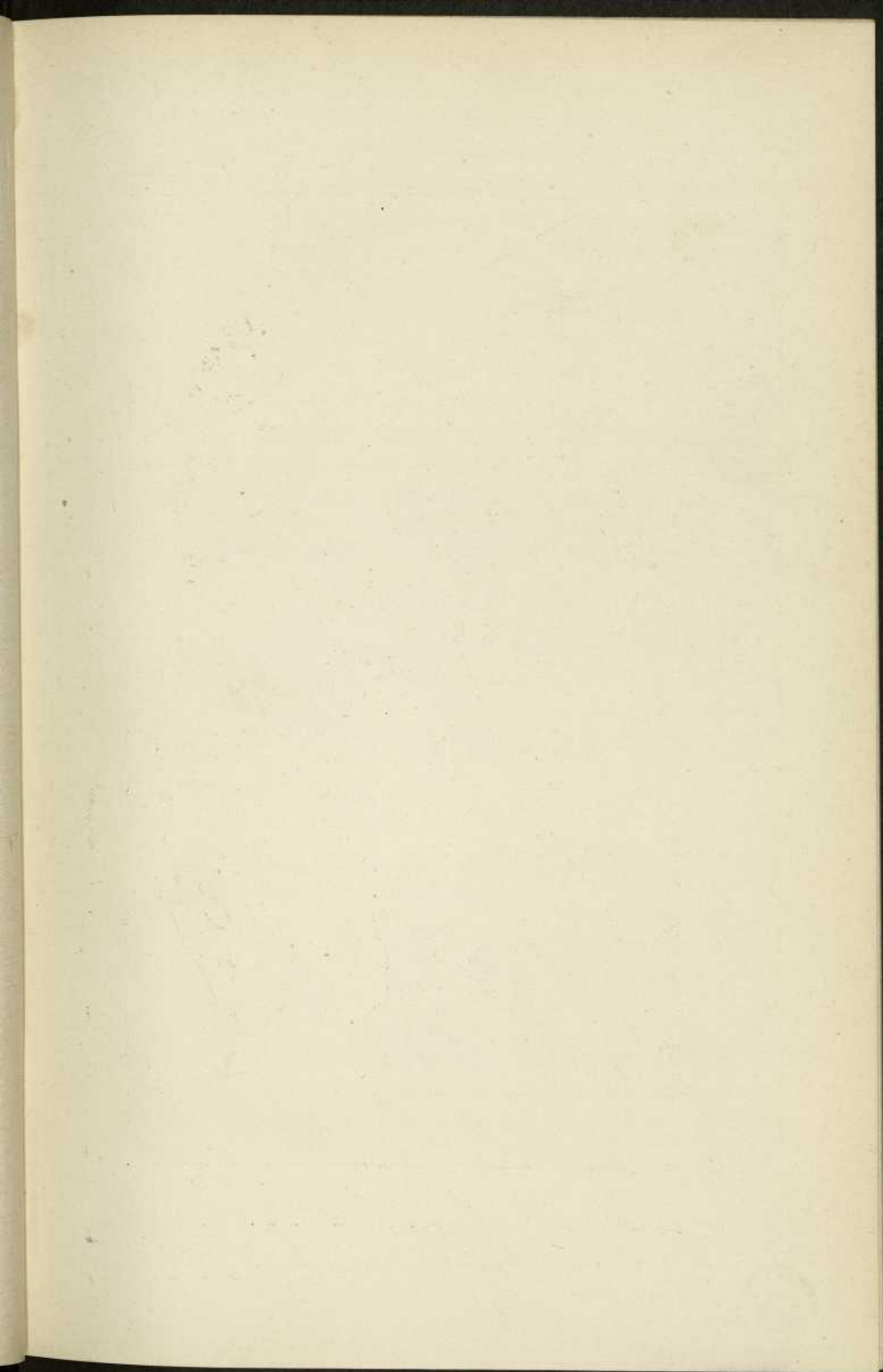
EL SEGUNDO IMPERIO.—SITIO DE SAMARIA.

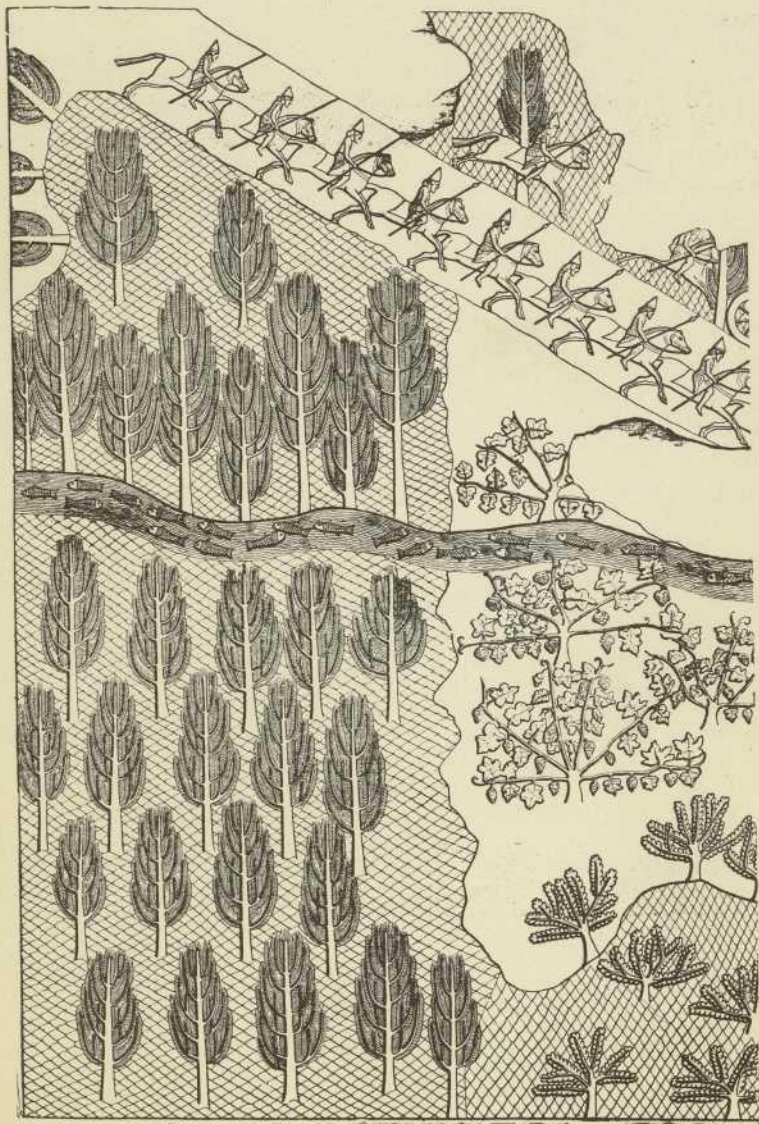
«¡Ah! la multitud de muchos pueblos como estruendo grande de mar, y el tumulto de muchas gentes, como ruido de muchas aguas ¹. El Señor traerá sobre ellos ² aguas del río, impetuosas y abundantes, al rey de los Asirios y todo su poder, é irá por Judá, inundando y pasando, y llegará hasta el cuello. Y la extensión de sus alas llenará la anchura de tu tierra». — ISAÍAS.

1. Cuando el profeta Isaías describe con la pompa y magnificencia propias de su estilo, la marcha triunfal de un conquistador asirio, comparándola con la crecida é inundación del Éufrates, habla de un espectáculo que sus ojos contemplan con pena un año y otro. Y no ya á un solo rey puede referirse, sino á cuatro, cuyo contemporáneo fué: todos ellos poderosos conquistadores, porque Asiria se remonta en este tiempo al pináculo de su grandeza, á aquel punto culminante de elevación en que las cosas humanas se

1 Los Asirios.

2 Sobre los Judíos.





ATAQUE DE CABALLERÍA.

(Bajo relieve de Nimrud, actualmente en el Museo Británico).

mantiene breve tiempo, para declinar inmediatamente, de pronto, con más frecuencia, que por lentos pasos. Este brillante periodo de apogeo lo debió sin duda Asiria al segundo Tiglath-Pileser, el cual, no obstante ser un usurpador, tenía más dotes de hombre de Estado que sus predecesores y modificó radicalmente el carácter del poder asirio.

2. «La exaltación de Tiglath-Pileser II al trono, dice un escritor eminente ¹, señala un movimiento decisivo en la historia del Asia occidental. Lo primero que hizo este monarca fué recuperar las posiciones ganadas por sus predecesores y que después se perdieron en los últimos reinados, sobre todo por la parte de los Alarodians; lejos, sin embargo, de darse por satisfecho al realizar este propósito, acometió una empresa mucho más vasta. Los reyes asirios se habían contentado hasta entonces con la sumisión efectiva de Mesopotamia y las tierras de Naïri, limitándose, respecto de los territorios más remotos, como Babilonia y Siria, á invadirlos de vez en cuando para saquearlos é imponerles tributos. El nuevo soberano tuvo por norte fijo y persiguió sistemáticamente la fundación de un gran Imperio político».

«Este segundo Imperio (diremos también, copiando las palabras de otro sabio ilustre, el profesor Sayce ², difiere esencialmente del primero. Tiglath era tan hábil organizador como general valeroso, y fué el primero en el Asia occidental que pensó en dar á sus conquistas carácter de solidez y permanencia. Las provincias conquistadas no estuvieron ya unidas al poder central solamente por el pago de tributos, que se negaban tan pronto como los ejércitos asirios volvían las espaldas; ni las campañas emprendidas tenían el carácter de irrupciones pasajeras, sin otro objeto importante que el prestigio de las armas asirias y el saqueo de los países invadidos. Todo obedece

¹ Ed. Meyer *Geschichte des Alterthums*, pág. 446, § 365.

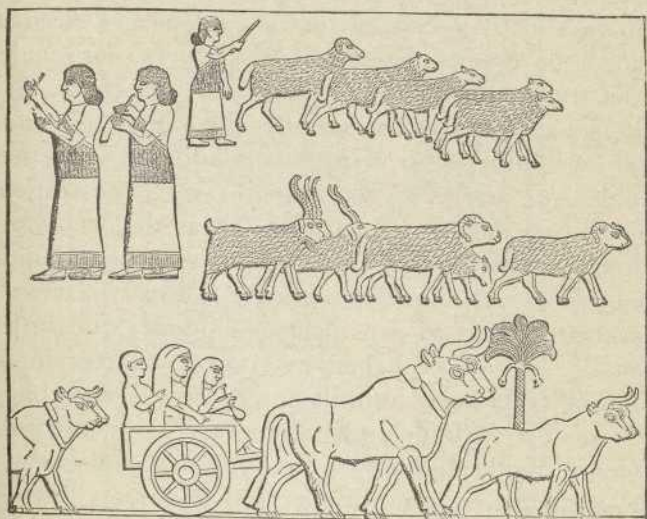
² A. H. Sayce, *Herodoto*, pág. 376.

ya á un plan preconcebido, á una línea de conducta perfectamente definida y seguida con tenacidad ¹. Los pueblos conquistados se convirtieron en provincias sometidas, gobernadas por sátrapas asirios; la población indócil ó turbulenta era deportada á alguna comarca distante del Imperio. Todas las provincias y capitales pagaban una contribución anual, fija y regular, al Tesoro público y la centralización impedía que se rompieran los vínculos que unían entre sí Estados y ciudades mutuamente hostiles... El segundo Imperio fué esencialmente comercial. Le dió movimiento y vida el propósito de atraer el tráfico y la riqueza del Asia occidental á las manos de Asiria»....

3. Respondiendo á este nuevo carácter, se observa un cambio muy notable en el lenguaje que se emplea en las inscripciones. La fórmula para anunciar una conquista no es ya: «Saqueé, devasté por completo tal ó cual país», sino «agregué al territorio de Asshur». Asshurnazirpal había indicado este camino, estable-

¹ Se exagera aquí algún tanto la política de Tiglath-Pileser, de donde se origina cierta contradicción en el texto mismo. Si Tiglath-Pileser «incorporó definitivamente á Asiria los países sometidos», dando «á las conquistas carácter de solidez y permanencia», ¿cómo su sucesor Salmaneser IV hubo de volver á conquistar «las mismas regiones que su antecesor había anexionado y casi aniquilado?» Sin duda, porque semejante anexión no se había hecho. Precisamente este fué el lado tacaño de aquellos antiguos Estados. Á excepción del romano, no hubo ninguno que supiese asegurar lo conquistado, y de aquí esa actividad belicosa, sin punto de reposo, de los Imperios orientales y lo efímero de su grandeza y de su existencia. Por lo que respecta á Asiria, hallábase su territorio dividido en dos zonas: el país de Asshur, propiamente dicho que comprendía aproximadamente, según los límites que le señala la estela de Samsi-Ramán III, toda la Mesopotamia y la faja que se extiende entre el Tigris y la cordillera del Zagros. Este país constituía como el territorio nacional, y estaba administrado por agentes directos. Jamás se sublevaba, y las guerras que en él se produjeron á consecuencia de disensiones palaciegas, eran guerras civiles nacionales. Más allá estaban las provincias vasallas, sometidas por la fuerza de las armas y que á toda hora protestaban desde el fondo de su alma contra el yugo que se les había impuesto. Estas provincias conservaban su organización tradicional, sus leyes particulares, hasta sus reyes nacionales, sin más obligación que la de reconocer éstos por señor al de Asiria, pagarle anualmente el tributo convenido y suministrar un contingente

ciendo algunas veces gobernadores en las ciudades ó distritos que invadiera. Mas lo que en su tiempo no pasó de ser un hecho accidental, transformase ahora en regla sistemática. El mismo rey había trasladado á Asiria (véase cap. V) parte de un pueblo vencido, cuya sumisión le inspiraba poca confianza; pero Ti-



CONDUCCIÓN DE GANADOS Y MUJERES CAUTIVAS.

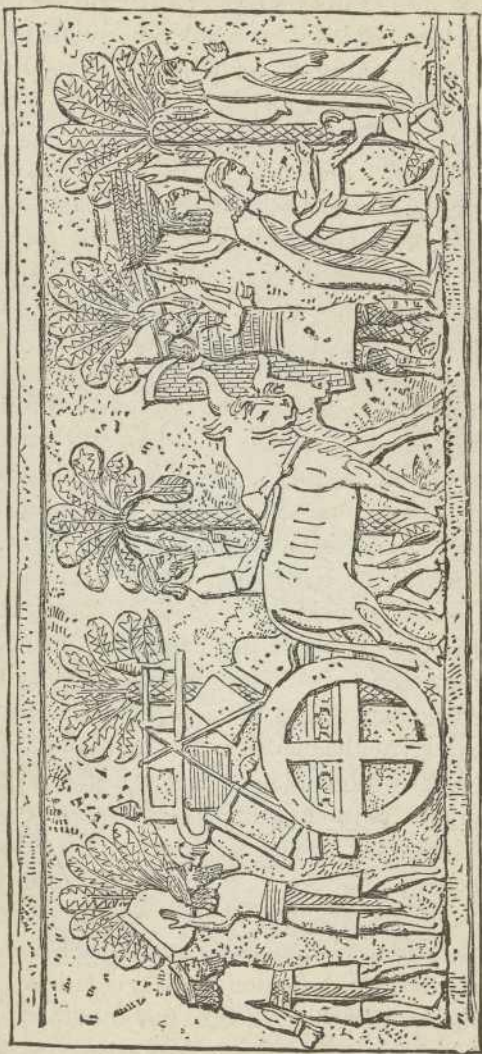
glath-Pileser eleva esta conducta á ley y lleva á cabo en grande escala semejantes deportaciones.

importante á sus ejércitos. Y hasta tal punto llevaban los reyes de Asiria su respeto á las familias reales de los países tributarios, que no era raro que instalasen en el trono al hijo cuyo padre acababa de ser ejecutado por insurrecto, haciéndolo perecer entre suplicios atroces. Solamente en casos muy contados, después de una serie de rebeliones sin cesar renovadas, decidíase los reyes de Asiria á despojar de sus privilegios á una provincia tributaria, «tratándola como país de Asshur», según la fórmula oficialmente consagrada, esto es, haciendo de ella una provincia gobernada por un prefecto enviado de Nínive. Tal hizo Sar-

Puede calcularse en la cuarta parte de la población sometida el número de habitantes llevados á la Asiria propia ó á otras provincias ó dependencias distantes del Imperio, y que eran reemplazados con familias asirias ó procedentes de distritos más afines y leales. Que el objeto era preparar la fusión general de razas y tener con el tiempo en toda la extensión del Imperio vasallos fieles y sumisos, lo evidencia la circunstancia de deportarse miles de mujeres, las cuales eran trasladadas á las provincias del centro de Asiria, sin duda para casarlas allí y crear una población que, á causa de su origen mezclado, no sería probable que abrigase sentimientos muy patrióticos por el país de sus antepasados. Estas deportaciones en *masa*, como eran no un castigo, sino una medida política que seguía generalmente á la pacificación y escarmiento de las provincias y ciudades que se resistían, no parecen haber revestido el carácter de ostentosa crueldad y humillación que otras. Los bajos-relieves del segundo Imperio representan á menudo escenas donde figura este extraño acompañamiento de la guerra. Se ven mujeres con sus hijos y menaje de casa, conducidas en asnos ó carros de donde tiran yuntas de bueyes, que probablemente les habrían pertenecido; con frecuencia van también hombres, casi nunca atados: siguen los rebaños y bagajes, y,

gón con el reino de Israel y trató de hacer con Babilonia. Con semejante política, seguida por todos los reyes asirios, la rebelión no podía menos de ser constante. Á cada cambio de reinado, á cada acontecimiento grave que ocurría en Nínive, sublevábanse las provincias vasallas, y cada rey tenía que empezar de nuevo la conquista y pasar la vida á la cabeza de las tropas en continuo movimiento del uno al otro confín del Imperio, para mantenerlas sujetas. Fácil era de prever cuál sería el desenlace de esta política: la ruina de Nínive, que así malgastaba sus hombres y sus tesoros en una empresa imposible.—(Nota de S. F.)

en último término, aparecen los guerreros asirios es-



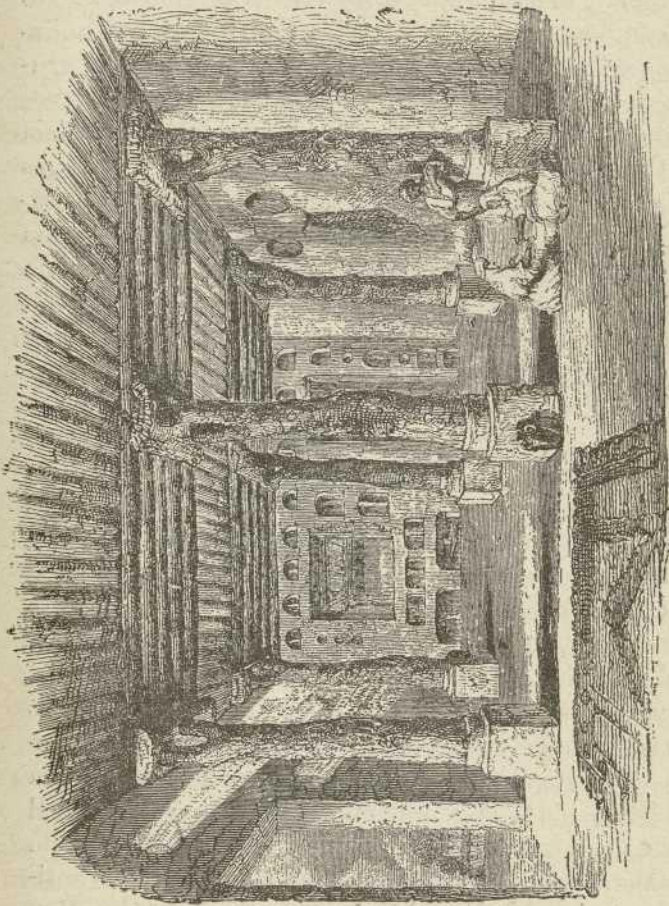
CAUTIVOS Y BOTÍN.

coltando y vigilando el convoy. Tales procesiones di-

fieren mucho de aquellas otras de prisioneros hechos en el campo de batalla ó en el recinto de una ciudad, que iban delante del rey, con los pies sujetos por cadenas y los codos atados por detrás de la espalda, espoleándolos sus conductores con las armas ó las estacas.

4. Otro detalle característico de la nueva política inaugurada por Tiglath-Pileser II, es que el rey confia gran parte de sus expediciones á generales experimentados que probablemente habrían sido ilustres compañeros de armas suyos, que descollaban en las diferentes ramas del arte militar. Shalmaneser II, es verdad, en los últimos siete años de su vida, no acudía sus huestes por sí mismo, poniendo al frente de ellas á sus generales, cuyos nombres cita frecuentemente con respeto y elogio. Pero es sólo después de 30 años de expediciones guerreras, que quebrantan su vigor, cuando resigna su bastón de mando, retirándose á descansar en Kalah, donde se consagró á promover la construcción de edificios y á redactar las inscripciones que lega á la posteridad. Por el contrario, el turtán (general en jefe) aparece en los primeros años del nuevo reinado, y cada vez se le ve con más frecuencia al frente del ejército. Ensanchadas las fronteras del Imperio por todas partes, era preciso pelear constantemente para mantenerlas, y la invasión de los países limítrofes, antes que á un espíritu de agresión verdadera, obedece al deseo de dar á la propia defensa una forma más digna, más segura y más provechosa, pues la diyuntiva era invadir ó ser invadido. Había necesidad de defender la integridad del territorio en muchos puntos á la vez, por medio de expediciones militares incesantes y vigorosas, y siendo imposible la presencia simultánea del monarca en

todas partes, tenía que limitarse á concentrar sus esfuerzos personales en aquella que más importancia tenía en el plan general de su política.



INTERIOR DE UNA CASA ASIRIA DESCUBIERTA EN VEZIDI
(según Layard).

5. Ahora bien, era lo más esencial, en este plan, la sumisión completa del Occidente, de la extensa región que abraza desde el Éufrates hasta el Mediterrá-

neo, limitada al Norte por el Tauro y las cadenas de los Amanos, mientras se prolonga indefinidamente al Sur á través de arenales desiertos, hasta la Arabia y el Egipto. El incentivo material é inmediato de apoderarse, bajo la forma de tributos y expoliaciones, de la imensa riqueza acumulada en aquel grupo de pueblos antiguos y civilizados que se designaban conjuntamente con los nombres de Siria, Fenicia y Palestina, veíase secundado aquí por el deseo más digno de un político, de poseer la llave del gran camino comercial mencionado varias veces: por otra parte, brindábales Egipto á los Asirios la lisonjera perspectiva de un nuevo campo de conquistas y botín, aunque, á decir verdad, acaso esta perspectiva no fuese entrevista claramente en el periodo que historiamos. De cualquier manera, es indudable que Egipto sintió el peligro, y adoptando una actitud agresiva, superior á las fuerzas de su poder que decaía rápidamente, provocó las iras del león del Norte, más formidable que nunca, y apresuró sin duda la catástrofe que trataba en vano de evitar.

6. Como Shalmaneser II, Tiglath-Pileser se puso á cubierto, antes de emprender sus campañas sirias, de cualquier ataque por retaguardia ó por los flancos, escarmentando á sus vecinos de Urartu, los Zagros y Caldea lo bastante para estar seguro de su obediencia, durante algunos años cuando menos. Babilonia fué reducida á la condición de franco vasallaje, y el rey asirio, por primera vez después de la conquista pasajera de Tukulti-Nineb, pudo ostentar los antiguos títulos de «Rey de Shumir y Acad» y de «Rey de Kar-Dunyash», que sus sucesores llevaron hasta la caída de la monarquía septentrional. Los príncipes de Kaldu cedieron al impetu de una rápida y vic-

toriosa irrupción, siendo ejecutados muchos de ellos ante las puertas de sus mismas ciudades. Algunas tribus arameas de natural indómito establecidas á lo largo del Éufrates, cayeron en dura servidumbre, siendo deportadas en parte á otras provincias del Imperio. En el Este, las tribus montaÑesas de los Zagros quedaron reducidas á la impotencia por algún tiempo, víctimas de una invasión que penetró en lo interior del país más que ninguna de las precedentes, y aun parece haber salvado las siete cordilleras y desatado sus furores contra las tribus de los Medos. Esta campaña condujo á los ejércitos asirios al pie de una alta montaña que los monumentos llaman BIKNI, que no ha podido ser identificada. La expedición, dirigida al principio por el mismo rey, lo fué después por su turtán, á causa de reclamar la presencia del monarca el Norte, donde se levantaba amenazador el reino de Van, que había crecido tanto en poder y en influencia que actualmente capitaneaba una liga de los pueblos—probablemente de su misma raza—cuyos jefes designan las inscripciones con el nombre de «Reyes de Naïri»: liga en la cual entraron, según parece, algunos príncipes del Norte de Siria y, especialmente, la importante y rica ciudad de Arpad. Esta campaña de Armenia fué tan afortunada, que Tiglath-Pileser arrolló los ejércitos enemigos, persiguiéndolos en las fragosidades de sus montañas mucho más lejos que ninguno de los monarcas anteriores; y tal terror sobrecogió á los príncipes aliados, que volvieron prontamente bajo el yugo, disolviéndose la coalición alarodián. Sin embargo, no fué tomada la capital real del lago Van, sin duda porque á Tiglath-Pileser le faltaba tiempo para emprender un largo y difícil asedio. Contentóse el rey asirio con eri-

gir «una imagen de su soberanía» enfrente de las puertas de la ciudad, á manera de recuerdo y advertencia.

7. Estas operaciones preliminares duraron tres años, y los resultados, aunque plenamente satisfactorios, no pueden estimarse como brillantes, por no haberse ejecutado nada decisivo en ninguna dirección. Las campañas siguientes consagrólas el rey á dominar las regiones occidentales, obra que requirió mucho empeño y perseverancia, porque sólo la ciudad de Arpad detuvo tres años ante sus muros á los ejércitos asirios. Cuando Arpad fué ocupada, las cosas marcharon más de prisa; pero hasta el quinto año de combate, no quedó anexionado realmente al Imperio asirio el Norte de Siria, es decir, el valle del Orontes con la parte de costa correspondiente. Los habitantes de esta región fueron trasladados en masa á los distritos leales de Naïri, mientras á los Arameos de Babilonia se les repartía el territorio que se acababa de conquistar. Aquel mismo año, los demás reyes sirios, cuya hora aun no había sonado, enviaron tributos y rindieron homenaje al poderoso monarca. En la lista donde se menciona á estos reyes tributarios, figuran el de Damasco, el de Kharkhemish, el de Hamath, el de Tiro, el de Gebal (Biblos), una reina de la Arabia—probablemente de alguno de los distritos septentrionales inmediatos al desierto sirio—y otro cuyo nombre es muy conocido, MINIHIMI IR SAMIRINA, ó sea, MENAHEM, DE LA CIUDAD DE SAMARIA, rey de Israel á la sazón. Este Menahem había escalado el trono asesinando á su predecesor, cosa frecuente en Israel, y acababa de salir de los peligros de una porfiada guerra civil, teniendo motivos para no considerarse muy seguro. Apresuróse,

pues, á comprar la protecci3n del conquistador, mandándole 1.000 talentos de plata, «para que le ayudara y le afirmase su reino». «Y cargó este impuesto Menahem á todos los poderosos y ricos» (Libro IV de los Reyes, XV, 19-20). Aquí es donde á Tiglath-Pileser se le da el nombre de Phul.

8. El siglo transcurrido desde la sumisi3n del usurpador Jehu y el asesinato del nieto de Omri, habia sido un periodo de gran decadencia para los dos reinos judios. El de Israel fué el primero en declinar. «En aquellos dias» (los de Jehu), exclaman con pena los historiadores biblicos «Yahveh empezó á mirar con hastio á Israel» (Libro IV de los Reyes, X, 32). En el Sureste, Moab, después de la victoria comprada á tanta costa por el rey Mesha en la guerra de emancipaci3n, habia vuelto á ser un vecino formidable de los Israelitas y no les dejaba un momento de paz; pero los enemigos más encarnizados de Israel eran los reyes de Damasco. Hazael y su hijo Benhadad III habian conquistado y anexionádose poco á poco casi toda la comarca que hay al Este del Jordán—los ricos y altos terrenos cubiertos de arbolado y de pastos de Gilead y de Bashán.—De aquel poder que habia permitido á Ahab enviar á campaña fuerzas tan numerosas (véase cap. V), sólo quedaban á Israel 50 caballos, 10 carros y 10.000 infantes, «porque el rey de Siria los habia pasado á cuchillo y los habia reducido como polvo en la trilla de una era» (Libro IV de los Reyes, XIII, 7). La misma suerte habria cabido á Judá; pero aquí el rey, «cuando ya Hazael habia enderezado su rostro para subir contra Jerusalén, tomó todas las ofrendas santas que habian consagrado Josaphat y Joram y Ozochias, sus padres, reyes de Judá, y las que él mismo habia hecho, y

toda la plata que pudo hallarse en los tesoros del templo del Señor, y en el palacio del rey, y lo envió á Hazael, rey de Siria, y se retiró de Jerusalén» (Libro IV de los Reyes, XII, 18). Pero la tormenta que el rey de Judá había disipado á expensas de tan penoso sacrificio, volvió á traerla sobre su cabeza por parte de Israel, á quien provocó gratuita y temerariamente, dando ocasión á una guerra que fué desastrosa para él: «Judá fué derrotado por Israel, y huyeron cada uno á sus tiendas». El mismo rey cayó prisionero, y el vencedor entró en Jerusalén derribando parte del muro, y «tomó todo el oro y la plata y todos los vasos que se hallaron en la casa del Señor y en los tesoros del rey, y los rehenes y se volvió á Samaria» (Libro IV de los Reyes, XIV, 14). No puede menos de llamar la atención el que quedaran tantas riquezas, cuando se acaba de decir que todo lo que existía así en el palacio como en el templo, había sido recogido y enviado al rey de Siria. Esto, sin embargo, sólo nos enseña que debemos estar prevenidos contra los excesos de la fraseología oriental, y no aceptar sus exageraciones sino á beneficio de inventario.

9. Tiempos calamitosos corrían para los dos reinos judíos: no contentos con sostener guerras incessantes con todos sus vecinos, no se resignaban á vivir en paz entre sí; hasta tal punto habían crecido su rivalidad y su odio. Pero Judá, al menos, gozó de cierta seguridad interior, con la única excepción de una tragedia de familia y de una conspiración también familiar, regido siempre por la casa de David, mientras Israel, fundado por un aventurero, estuvo desde el principio á merced de cualquier intrigante bastante audaz para ceñirse la corona: en la época

que nos ocupa, lo devoraba la anarquía y la guerra civil, y era fácil adivinar que corría á un término inevitable, á una disolución rápida y falta de gloria. Menahem, poco después de su abyecta sumisión, murió súbitamente, y su hijo Pekahiah le sucedió en el trono; pero al poco tiempo fué á su vez asesinado por «Pekah, su capitán», hijo de Rameliah, el cual estrechó alianza con el nuevo rey de Siria, Rezin, para caer ambos sobre Judá. Reinaba entonces en Jerusalén Ahaz, muy joven aun y que llevaba poco tiempo en el poder. Su inexperiencia podía ser un incentivo para sus enemigos, quienes, por otra parte, debieron creerlo en desgracia con el conquistador asirio, puesto que su nombre no se halla en la lista de los reyes tributarios antes mencionados, sin embargo de citarse al abuelo de Ahaz, Azariah (llamado también Uzziáh) en otra inscripción, como habiendo pagado tributo durante el largo sitio de Arpad, probablemente el último año de su reinado. Este retraimiento de Judá debió ser mirado como una rebeldía, y es muy significativo que sus vecinos más próximos, Edom, Moab y Ammón, tampoco figuren en la lista susodicha. Todo esto parece indicar que hubo como una tentativa de recobrar su independencia por parte de Judá, y una coalición transitoria y defensiva de este reino con sus implacables enemigos hereditarios. Semejante tentativa en aquella época, bajo las alas extendidas del león asirio «que llenaban la anchura de la tierra», era sencillamente una locura. Así lo comprendió el joven rey de Judá, y ante la alianza de Siria y de Ephraim, «su corazón se agitó y el corazón de su pueblo, como los árboles de la selva movidos por el viento» (Isaias, VII, 2). Pero el profeta le inspira fortaleza en nombre de Yahveh,

diciéndole: «Cuidado con estarte quieto: no temas ni se acobarde tu corazón por miedo de esos dos cabos de tizonos que humean en ira de furor, Rezin de Siria y el hijo de Rameliah, que han dicho subamos contra Judá y despertémosle, y arranquémosle... Eso no subsistirá ni será» (Isaías VIII, 4, 6, 7). «Antes que el niño (el que acaba de nacer) sepa llamar á su padre y á su madre, será quitada la fuerza de Damasco y los despojos de Samaria delante del rey de los Asirios» (VIII 4). «Y el Señor destruirá de Israel en un mismo día la cabeza y la cola, al que obedece y al que manda». Ahaz cobró aliento y se decidió por arrostrar el menor mal de los muchos que le amenazaban, porque Judá se veía acosado estrechamente no sólo al Norte, por Israel y Siria, sino al Sur, por Edón y los Philisteos. Imploró, pues, el auxilio del conquistador. «Y Ahaz envió embajadores á Tiglath-Pileser, rey de los Asirios, diciéndole: hijo tuyo y siervo tuyo soy yo, sube y sálvame de la mano del rey de Siria y de la mano del rey de Israel, que se han levantado contra mí». El mensaje hubiera sido recibido con desprecio, á no haber ido acompañado de regalos: así vemos que Ahaz, «habiendo recogido la plata y el oro ¹ que pudo hallarse en la casa del Señor y en los tesoros del rey, envió presentes al rey de Asiria. Y éste condescendió con sus deseos» (Libro IV de los Reyes, 7, 8, 9).

10. No sabemos dónde los embajadores de Ahaz encontraron á Tiglath-Pileser. Los dos años últimos había estado en el Norte y Este, donde disturbios ocurridos en Urartu y los Zagros reclamaban su presencia. Victorioso como siempre, quedó en libertad de convertir su atención á los asuntos del Occidente,

¹ Otra versión dice *una parte*, y esta debe ser la verdad.

que iban tomando el sesgo más favorable á sus intenciones. Esta expedición, que mantuvo suspendido largo tiempo sobre Israel el golpe mortal, se dice en el Canon epónimo que fué dirigida «á Philistia», probablemente porque el rey, atravesando el territorio judío, se internó en el de los Philisteos. Sin embargo, la descripción corresponde muy bien á lo que *nosotros* podríamos expresar, diciendo «á Palestina». La resistencia de Israel no tardó en ser vencida. Pekah fué asesinado, quizás por haber arrastrado á su patria á una lucha tan desigual; acaso por no querer ponerle término con su sumisión. De cualquier modo, el usurpador que le sucedió, Hoshea, declaróse formalmente vasallo del rey de Asiria, con cuyo consentimiento ocupó el trono. Tiglath-Pileser reclama para sí todo el mérito de esta revolución, que sin duda se verificó espontáneamente, aunque, después de cumplida, se pidiera el reconocimiento del vencedor: «á Pakaha (Pekah), dice, su rey, lo maté; á Ausi (Hoshea) le di el mando». Con el mismo tono de jactancia exagera las conquistas que entonces lleva á cabo. «Los remotos países de Bit-khumri... *todos sus habitantes*, con sus bienes, me los traje á Asiria». Bien es verdad que los historiadores bíblicos (Libro IV de los Reyes, XV, 29) nombran varios distritos y ciudades que fueron tomados, viniendo á ser en junto como la mitad de Israel, y respecto de sus habitantes agregan, de perfecto acuerdo con las inscripciones, que el rey se los llevó á Asiria. «Hay otra lista de países tributarios que corresponde á este año (734 antes de J. C.), en la cual se incluye á los reyes que echábamos de menos en la anterior, TAHUHACI MAT JUDAÏ (Ahaz de Judah) y los de

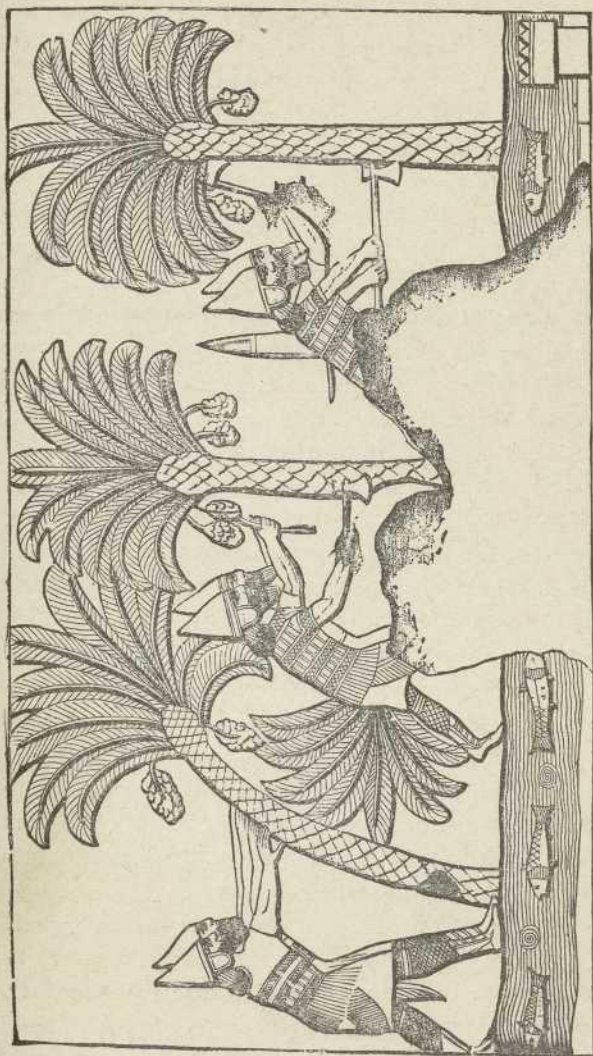
Hoshea es rey reconocido de Israel: tributo de Ahaz, rey de Judá, 734 antes de J. C.

Ammón, Moab y Edom, documento muy elocuente en su misma aridez. Dicha lista contiene también los nombres de Arvad, Ascalón y Gaza. Tiro se omite y no sin razón, como vamos á ver ¹.

II. Habiendo librado á Ahaz de uno de sus enemigos y dejándole reinar en Jerusalén como su hijo y servidor, su humilde vasallo, revolvióse Tiglath-Pileser contra el otro y mas formidable: Rezin de Siria. La inscripción donde se refiere el sitio de Damasco, que duró dos años, y la toma de esta ciudad, está por desgracia tan mutilada que sólo pueden leerse algunas líneas. Sin embargo, queda lo bastante para comprender que el ejército sirio fué completamente derrotado, perdiéndolo todo; que Rezin, intentando salvar su vida huyó á Damasco, «donde entró por la gran puerta»; que Tiglath-Pileser cogió vivos á algunos de sus capitanes y los empaló, «después de tenerlos encerrados como pájaros en una jaula»; y que los Asirios destruyeron las magníficas plantaciones de árboles, «imposibles de contar», que rodeaban la capital, «no dejando un solo árbol en pie». Todo esto confirma y completa el sencillo relato de la Biblia (Libro IV de los Reyes, XVI, 9). «Y el rey de los Asirios

¹ Este es uno de los pasajes en que la cronología bíblica ofrece más disparidad en las fechas con las dadas por los monumentos y el Canon epónimo. El compilador del Libro de los Reyes dice que Pekah reinó 20 años. Sin embargo, hemos visto que Menahem reinaba en 738, y que Pekah fué muerto en 734. Estas fechas inequívocamente establecidas por el Canon (véase Shrader's «Die Keilinschriften und das Alte Testament», 1883, pág. 251, 258 y 475) no dejan lugar á dudas. No debe sorprendernos esta diferencia, puesto que las fechas establecidas paralelamente por los historiadores bíblicos para los dos reinos de Judá é Israel no siempre están conformes. Por otra parte, como los monumentos, el Canon y la Biblia se hallan contestes en la fecha de un acontecimiento más importante—la caída de Samaria—tenemos este sólido punto de apoyo, y podemos sentar sin vacilación que las distintas fuentes se confirman una á otra.

subió á Damasco y la tomó y trasladó sus moradores



SOLDADOS ASIRIOS DESTRUYENDO UNA PLANTACIÓN.

á Kir (lugar no identificado) y mató á Rezin». «Y el

rey Ahaz fué á Damasco, á visitar á Tiglath-Pileser», continúa el cronista judío. Si se hubieran conservado mejor las inscripciones de Tiglath-Pileser, veríamos probablemente que el monarca judío fué no sólo á «visitar á su terrible aliado y señor». Era ya uso corriente el que los reyes vasallos, además de enviar á su soberano regalos y obsequios al sitio donde se encontrase, siquiera fuese en tierra extranjera, se trasladaran personalmente para rendirle homenaje á cualquier punto importante donde hubiesen de permanecer por algún tiempo. Es verosímil que estos actos de respeto fuesen precedidos de invitación, por no decir mandato, y acuerdo del rey, y la falta de obediencia se consideraría como una ofensa mortal, que llevaría consigo el rompimiento de la alianza y el castigo consiguiente. ¡Que lástima que no tengamos ninguna descripción de estas convocatorias reales! Debían dar ocasión á grandes fiestas, celebradas con un fausto y un esplendor cuya imagen deseáramos ardientemente poder evocar ante nuestros ojos; no es difícil imaginarse que el ceñudo y terrible señor haría esfuerzos, aunque sólo le impulsasen la vanidad y la política, para mostrarse afable, agasajando á sus no siempre voluntarios huéspedes reales, por más que no les permitiera forjarse ilusiones respecto al yugo que sufrían. Que los huéspedes por su parte no se quedarían cortos en demostraciones de afectada sumisión é hipócritas adulaciones, es cosa obvia y tenemos ejemplo de ello en el acto de lisonja practicado por el rey Ahaz de Judá, cuando demostró tal admiración por el altar portátil en que vió á Tiglath-Pileser sacrificar en Damasco, que envió al Pontífice de Jerusalén «un modelo de él y una semejanza conforme en todo á su hechura», ordenándole que man-

dara construir un altar igual y lo llevara á la casa de Yahveh, retirando el antiguo de bronce de Salomón, que se colocó á un lado y quedó relegado á segundo término. Y cuando volvió á Jerusalén y vió que todo se habia hecho según sus órdenes, imitó las costumbres asirias á tal punto que «veneró el altar y subió á él y ofreció holocaustos y su sacrificio; é hizo las libaciones y derramó la sangre de los pacíficos, que habia ofrecido sobre el altar», todo lo cual era contrario á las leyes judías, que no consentían que el rey sacrificase por si mismo ¹.

12. La contumacia de Tiro no fué olvidada ni perdonada; pero siendo la presencia del rey necesaria en otra parte y no pudiendo el Occidente inspirarle mucho temor, dejó á su turtán el encargo de entenderse con la ciudad mercantil y el de imponerle una fuerte multa, y enderezó sus pasos hácia el Sur; aquí, los príncipes caldeos habian acentuado vigorosamente su política agresiva contra Babilonia, donde intentaban establecer una monarquía caldea, y no sin éxito, porque ya uno de ellos, Ukinzir (cuyo nombre corrompieron los Griegos transformándolo en Chinziros), era actualmente rey de Babilonia. Por esta razón, sin duda, Tiglath-Pileser fué recibido como un libertador por la capital y las grandes ciudades babilónicas: fué aquello una marcha triunfal; el rey se detenía en todos los santuarios venerables que encontraba en su camino, y ofrecía los acostumbrados sacrificios á los dioses hereditarios. En cuanto á lo demás, el éxito coronó por completo su expedición

¹ Como Max Duncker observa juiciosamente: «No es posible afirmar en serio que Ahaz reformase el culto nacional y cambiara el altar de su dios, llevado del deseo de imitar á Rezin, enemigo suyo y de Asiria, y de quien precisamente acababa de verse libre».

contra los principes de la costa. Á uno de ellos dispuso que lo empalasen delante de las puertas de su misma ciudad, que fué arrasada hasta los cimientos. Asoló el principado de Ukinzir, pero la capital, Sapiya, no pudo tomarla; los Asirios entraron en ella no por la fuerza de las armas sino mediante un tratado, y Ukinzir siguió reinando en Babilonia, juntamente con Tiglath-Pileser, durante los últimos cuatro años del reinado de este monarca, nominalmente, al menos; en realidad, es probable que sólo fuese su obediente vasallo. En Sapiya se verificó otra de aquellas recepciones reales que se habian convertido en una institución y permitian á los reyes contar el número de sus servidores y adictos, los cuales demostraban su lealtad á la usanza antigua, es decir, por medio de magníficos regalos, no ofrecidos generalmente de buena voluntad.

13. En esta ocasión, el monarca asirio recibió la sujeción voluntaria de un alto y poderoso personaje, MARDUK-HABAL-IDDIN (llamado generalmente MERO-DACH-BALADAN, según podemos ver en la Biblia), señor de Bit-Yakin, el mayor y más oriental de los principados caldeos, que se extendia hasta el Golfo, lo que le ponía en condiciones de obtener tantas ventajas comerciales, que los hijos de la «Casa de Yakin» eran llamados por lisonja «Reyes del Mar», ó «Reyes de la Costa». La importancia que dió el conquistador asirio á la adquisición de este nuevo vasallo está patente en la complacencia y el énfasis con que recuerda el suceso. «Á Marduk-Habal-Iddin, rey de la costa, ninguno de cuyos antepasados á los reyes mis padres se llegó y les besó los pies, terrible espanto de Asshur sobrecogióle y vino á Sapiya y me besó los pies; oro, polvo de oro de su país en abun-

dancia, copas de oro, instrumentos de oro, los productos del mar... ricas vestiduras, goma, bueyes y carneros yo recibí.» Razón tenía Tiglath Pileser para enorgullecerse, juzgando por las apariencias. Mas para nosotros, que podemos examinar las cosas á la luz de los acontecimientos subsiguientes, es obvio que el ambicioso y taimado político dobló su orgulloso cuello al acto humillante del homenaje sólo para ganar tiempo y madurar los planes que ya abrigaba. Porque de todos los príncipes que solicitaron la alianza de Tiglath-Pileser, ya cediendo á la fuerza, ya por convencimiento de su debilidad, ninguno pensó seguramente menos en ser fiel á ella: todos guardaban en su corazón amargo rencor contra Asiria, pero él era el más peligroso; y el arrogante conquistador, que acaso refrenaba á duras penas el impulso de rechazar á puntapiés á aquel príncipe soberbio que se prosternaba en su presencia en ademán de un bien fingido abatimiento, se habría estremecido de horror en su alto sitio, si una inspiración profética le hubiese revelado que el hombre que tenia ante sí iba á ser en los 50 años siguientes el mal genio de su patria y una de las causas indirectas de la caída de Asiria, puesto que debía desunir y soltar algunas de las piedras que aplastaran la cabeza demasiado erguida de la monarquía septentrional. Pero es probable que ningún presentimiento ni desfallecimiento asaltase el orgulloso corazón del rey de Asshur, «ni oscureciese» la gloria de la altivez de sus ojos, porque él habia dicho: «Por el esfuerzo de mi mano hice esto, y con mi sabiduría lo alcancé; y quité los términos de los pueblos, y despojé á sus príncipes, y destroné como poderoso á los que estaban en altura. Y ocupó mi mano, así como un nido, la fortaleza de los pueblos:

y como se recogen los huevos que han sido desamparados, así reuni yo bajo mi poder toda la tierra: y no hubo quien moviese el ala, ni abriese la boca ni chis-tase» (Isaias, X, 12, 13 y 14).

14. Aquí termina la carrera militar y política del segundo Tiglath-Pileser. Correspondiente al año 730, hay una nota en el Canon que dice: «en la tierra», esto es, que el rey en aquel año no se movió de Asiria. En los dos años siguientes, el rey parece haber ido á Babilonia, pero pacíficamente y como en peregrinación religiosa, y en el Canon se repite por dos veces esta otra nota bastante más obscura: «el rey toma las manos de Bel». Supónese que se alude aquí á algunos sacrificios y ceremonias, durante los cuales el rey recibía la más alta consagración religiosa. Sería muy interesante el hallar otra explicación más detallada de dicha frase, pero es difícil que pueda conseguirse alguna vez. Tiglath-Pileser murió en 727. Hay motivos para creer que los tres últimos años de su reinado vivió en paz, siendo ésta sólo interrumpida al fin por una rebelión.

15. Sucedióle Shalmaneser IV. De qué manera, por qué causa, mediante qué título, son cosas que ignoramos completamente. No es posible afirmar si fué hijo de su predecesor, como algunos doctos ¹ aventuran, ó un colateral suyo, ó simplemente un usurpador. Si se confirmase la indicación apuntada por un historiador eminente ², acerca de que este rey y otro que figura con el nombre de Ilulai en la lista de Babilonia son uno y el mismo, como Tiglath-Pileser y Phul, habría muchas probabilidades á favor de la primera de aquellas hipótesis. Podría en este caso supo-

¹ Ed. Meyer, C. P. Tiele, Geo. Rawlinson.

² C. P. Tiele *Assyrisch-Babylonische Geschichte*.

nerse que Phul tenía un hijo, Ilulai, quien, al ascender al trono, cambió su nombre privado por otro real, á imitación de su padre. Sin embargo, no pasa todo esto de ser una mera conjetura. Más raro aun que lo expuesto, es que no nos hallemos mejor informados respectó al reinado de dicho monarca; pues el Canon epónimo se limita á consignar su existencia y su breve duración—cinco años.—No hay monumentos de este periodo, ó quizás, y es lo más probable, no se han encontrado todavía, de modo que lo único que sabemos acerca de él se debe á fuentes extrañas—la Biblia y un historiador tirio de época posterior—pero, de cualquier manera, parece cierto que Shalmaneser IV sólo emprendió dos guerras importantes, una contra Tiro y otra contra Samaria.

16. No deja de sorprender el encontrarse á otro monarca empeñado en conquistar aquellas mismas regiones que un guerrero de la talla de Tiglath-Pileser había castigado tanto y en apariencia aniquilado bajo sus golpes. Pero tal es el hecho: estos países contaban todavía con grandes recursos, y si hubieran mantenido y ensanchado la coalición formada en tiempos de Ahab y Shalmaneser II, habrían opuesto una barrera infranqueable á los ataques de los invasores. Mas los separaban odios inveterados y rivalidades sin fin, y la tentación de servirse unos contra otros del poder de los conquistadores, era harto grande para resistirlas aquellas razas cuyas miras políticas se circunscribían á la consideración de intereses locales, egoístas y mezquinos, y su escasa previsión, donde el patriotismo era factor desconocido, se limitaba al momento actual. En los trances de mayor peligro, los implacables enemigos formaban aún alianzas parciales y transitorias, y repetían en ellas

el ejemplo de los mimbres que, reunidos en un haz, desafían el más vigoroso esfuerzo, pero, sueltos, se rompen fácilmente. Ahora, sin embargo, aparece un nuevo actor en escena y favorece cierto despertar de la energía, breve y engañoso ciertamente, mas bastante para retardar algún tanto la catástrofe final.

17. Este actor era Egipto, por tanto tiempo inactivo, por tanto tiempo desconocido: Egipto, en el ocaso de su carrera, donde las arenas del desierto avanzaban, que no ocupaba ya el puesto de honor entre las naciones libres y progresivas. Su larga serie de conquistas en Asia, con que vengara la esclavitud que había sufrido bajo la dominación de los invasores asiáticos (véase capítulo I), tocó á su término por causa de las disensiones y disturbios que estallaron en el país. Reunión en su origen de muchos pequeños principados, la monarquía del Nilo se había ido disolviendo poco á poco en sus partes componentes, estableciéndose al cabo tantas soberanías como grandes ciudades había, con sus templos, sus colegios de sacerdotes y sus distritos territoriales. Estos príncipes estaban casi siempre en guerra entre sí, hallándose expuestos, por consiguiente, lo mismo que los reyes y ciudades de Siria, Palestina y Fenicia y por idénticas razones, á los ataques de cualquier vecino ó invasor. Pero el peligro esta vez no amenazaba por la parte de Asia, donde reyes y pueblos tenían bastante que hacer con sus asuntos propios; venía de más cerca, de un país y de una raza que iba á vengar muchos siglos de opresión y de desprecio. Ethiopia, «la vil Khush» de las inscripciones correspondientes á los días de gloria de Egipto, vió que era llegado el momento oportuno y supo aprovecharlo. Así como los Alarodians de Urartu y Naíri se asimi-

laron la cultura de sus inveterados enemigos, los Asirios, del mismo modo los Khushitas de Ethiopia se habian apropiado la de sus aborrecidos dueños, llegando á ser sus iguales no sólo en poder material, sino en desarrollo intelectual y politico. Dirigidos por jefes hábiles y ambiciosos, sus progresos fueron lentos pero continuos, dominando al cabo todos los principados egipcios, á tal punto que el rey de Ethiopia, Shabaka, pudo llamarse también, sin jactancia, rey de Egipto. Fué éste un monarca moderado y prudente, que gobernó al país con energia y firmeza, pero dando pruebas al mismo tiempo de indulgencia y tolerancia. Dejó á la mayor parte de los principes en sus puestos, los mantuvo obedientes y sumisos; y Egipto pudo gozar, no sólo de una nueva era de prosperidad material, sino, en ciertos limites, de una resurrección de su importancia politica.

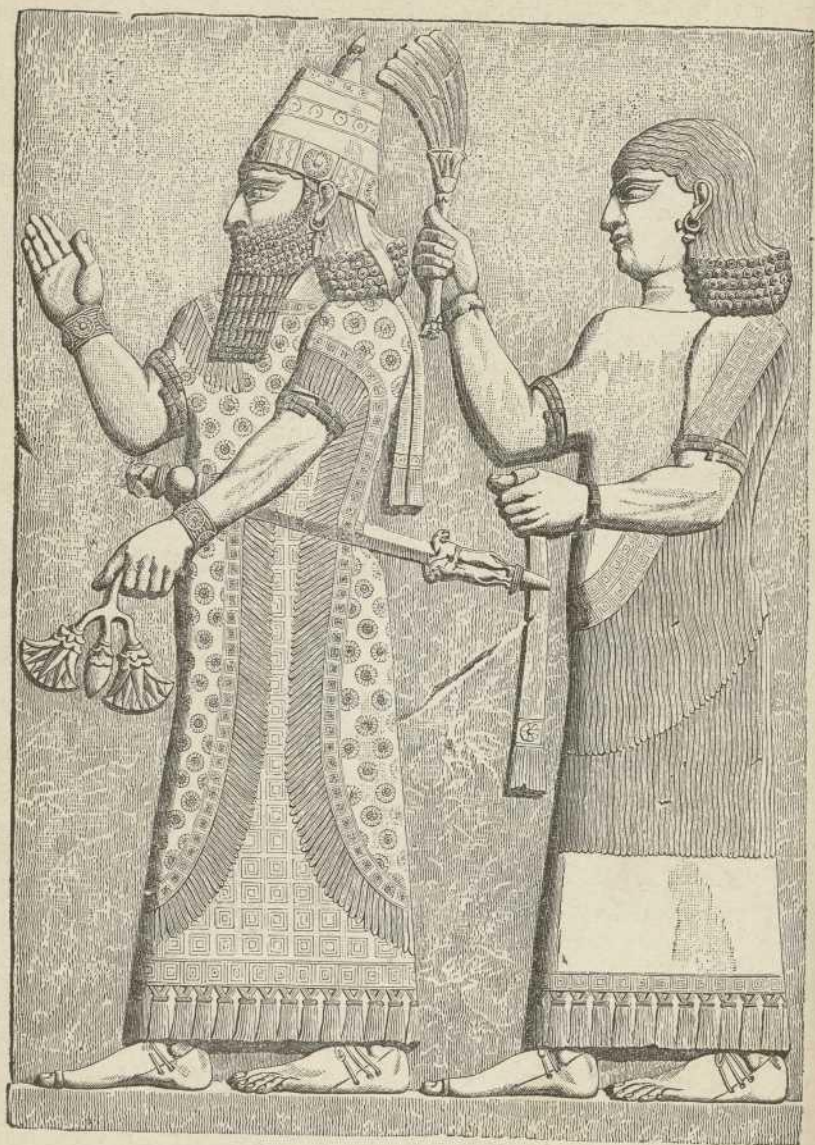
18. Tan pronto como este rey (el *So ó Soh* de la Biblia) se vió asentado en su doble trono, trató de conjurar la tormenta que se le venia encima con la vencidad, próxima á ser un hecho, del Imperio asirio. Cuando todo los pueblos que separaban á Egipto de Asiria hubiesen sido recogidos «como huevos desamparados», no era fácil que pasase inadvertida presa tan rica como el valle del Nilo; y ahora que los mismos Árabes, barrera movible pero real, habian sido sometidos, pocos pueblos en verdad quedaban entre uno y otro, los dos reinos hebreos y las ciudades de la costa, y los primeros especialmente, y en particular Israel, ya estaban casi del todo dominados. Por esta causa, Shabaka se apresuró á buscar apoyo en los Estados, aun sobrevivientes, temeroso de que si transcurria algún tiempo, perdiesen toda su energia vital y fuerza de resistencia. Pero aqui se engañó

respecto á su verdadero poder. No habia adversario capaz de medirse con Asshur en aquellos dias de gloria y de grandeza, y aun no habia llegado el momento en que el coloso de bronce con pies de barro debia desplomarse por su propio peso. Naturalmente, todos cuantos abrigaban todavia alguna remota esperanza y se agitaban débilmente entre las garras del león asirio, habian de volver sus ojos á este inesperado, aunque, como temian fundadamente, tardio protector; pero la suerte les reservaba una desilusión y un lazo: y los hombres de Estado más previsores no se engañaron. «Ay de aquellos que descienden á Egipto por socorro y esperan en sus caballos», clama el profeta Isaías, primer ministro de Judá, «y confían en sus carros, porque son muchos, y en los caballeros, porque son valientes en extremo... Los Egipcios son hombres, no dioses, y sus caballos son carne y no espíritu» (Isaías, XXXI, 1-3).

19. Tal era la situación á la muerte de Tiglath-Pileser. Shabaka habia ocupado el trono de Egipto un año antes. Esta coincidencia favoreció la realización de sus proyectos. Por parte de quién comenzaron las hostilidades, es cosa que ignoramos. Pero muy pronto vemos que Tiro se niega á pagar tributo, y se prepara para arrostrar las consecuencias. Mas para lo que la orgullosa reina del mar *no* estaba quizás preparada, era para ver á las otras ciudades de la costa, sus propias hermanas, unirse, no en su auxilio, sino contra ella; fuesen movidas de vil temor por si mismas ó de bajo espíritu de celosa y despechada rivalidad, el caso es que se alistaron bajo las banderas asirias y fueron contra Tiro, con 60 naves y 8.000 remeros. Tiro, que entonces sólo tenia 12 naves disponibles, se defendió, sin embargo, cinco años en sus

islas peñascosas, bloqueándola vigorosamente por mar sus compatriotas, mientras los Asirios ocupaban militarmente las bocas del río y todas las obras hidráulicas, á fin de evitar cualquier salida desesperada en busca de agua. Afortunadamente, los sitiados podían procurarse el agua, construyendo cisternas y abriendo pozos.

20. Cuán grandes y generales fueron las esperanzas que despertó la muerte de Tiglath-Pileser, lo vemos por los avisos que Isaias dirige á todas las naciones de Siria. Á Philistea le dice: «No te alegres, tú, Philistea toda, por haberse hecho pedazos la vara del que te heria: porque de la estirpe de la culebra saldrá el basilisco y su fruto será una fiera serpiente que vuele... ¡Ahueca, puerta! ¡grita, ciudad! Estás por tierra, ¡oh Philistea! ¡ay de tí! porque viene humo de la parte del Septentrión...» (XIV-29-31). Israel también alegróse locamente y comenzó á conspirar. Cuando Shalmaneser, dice el Libro de los Reyes «salió contra Hoshea, éste fué hecho su siervo y le pagaba tributos». Pero poco después, el rey de Asiria «descubrió que Hoshea intentaba rebelarse, porque había enviado embajadores á So, rey de Egipto, y no pagaba al rey de Asiria los tributos que le enviaba todos los años: por esta causa, el rey de Asiria púsole sitio, y lo aprisionó, y le metió en la cárcel». No volvemos á oír hablar del último rey independiente de Israel, sea que muriese en su encierro, ó fuese muerto, ó viviese en la esclavitud. «Después, el rey de Asiria hizo correrías por toda la tierra, y subió contra Samaria, y túvola cercada tres años...» (Libro IV de los Reyes XVII, 4, 5).



RETRATO DE SARGÓN (KORSABAD).

(Puede verse otro retrato de Sargón en la *Historia de Caldea*, pág. 277.)

VIII.

EL ORGULLO DE ASSHUR-SARGÓN.

1. «En el año noveno del reinado de Hoshea, el rey de Asiria tomó á Samaria». Estas palabras siguen inmediatamente, en la relación bíblica, á las que cierran el capítulo anterior; pero las hemos dejado para empezar el presente, porque entre unas y otras media el fin de un reinado y el comienzo de otro, pues el rey de Asiria «que sube contra Samaria» no es el mismo que la ocupa. El sitio, puesto y sostenido durante tres años por Shalmaneser IV, no sabemos si personalmente ó por medio de sus generales, fué continuado y llevado á termino feliz por Sargón. Al principio de una de las inscripciones de Sargón, se lee: «al comienzo de mi reinado, sitié y conquisté con la ayuda del dios Shamash, que me dió la victoria sobre mis enemigos, la ciudad de Samaria (ir-Samirina). Me traje conmigo 27.280 de sus habitantes. Me correspondieron, como rey, 50 carros. Llevé los cautivos á Asiria y puse en su lugar gentes de otros pueblos, que mi mano había conquistado. Nombré oficiales y gobernadores, para que los mandasen, y les impuse un tributo, como á los Asirios»¹. No se nos

1 En otra inscripción se lee: «como al rey anterior».

dice á qué puntos del territorio asirio fueron deportados los cautivos, pero el Libro de los Reyes enumera algunos de ellos. Por él sabemos que el conquistador «transportó los Israelitas á Asiria y púsolos en Halah, en Habor, el río de Gozán, y en las ciudades de los Medos. Habor es el río Khabour, y Gozán la parte de Mesopotamia regada por él. Halah creen algunos que es Kalah y otros una provincia oriental, no identificada con precisión: en cuanto á los lugares designados en general como «ciudades de los Medos», no puede haber engaño. El mismo libro nos informa de las comarcas de donde procedían los nuevos habitantes de Samaria: «fueron primero gentes de Babel, Khuta y Sippar, y después, de Hamath y de Arva, no identificadas. En el mismo pasaje (XVII. 24-33) se lee que los recién llegados vivían bajo el terror que les inspiraban los leones, los cuales abundaban en su nuevo territorio, habiéndose multiplicado probablemente por falta de persecución en los últimos y calamitosos tiempos; como las fieras devoraban á varios, atribuyeron estas desgracias á la cólera del dios del país y determinaron rendirle culto, lo mismo que á sus propios dioses, para apaciguarle; en su consecuencia, enviaron un mensaje al rey, manifestándole su propósito. «Entonces el rey de Asiria dió esta orden diciendo: Llevad allá uno de los sacerdotes que trajisteis de allí cautivos, y vaya y habite con ellos, y enséñeles el culto del dios de la tierra». El resultado fué una religión heterogénea, como se ve por las palabras siguientes: «Y aunque daban culto á Yahveh, servían también á sus propios dioses, según el rito de las gentes de los que habían sido trasladados á Samaria... ..porque sus hijos y los hijos de sus hijos hacen hasta el día de hoy lo mismo que

hicieron sus padres». Los pueblos extranjeros, representados en Israel, eran muchos más que los que menciona la historia bíblica por sus nombres, y los monumentos asirios de la época nos permiten completar la lista. Sargón, en sus anales, nos informa de que en el séptimo año de su reinado «sometió varias tribus remotas de la Arabia en una tierra donde ningún hombre prudente ni ningún expedicionario habían puesto nunca la planta; eran gentes que jamás habían pagado tributo á sus padres, y *las que quedaron las deportó á la ciudad de Samaria, donde se establecieron*». No es, pues, maravilla que los últimos Judíos de Jerusalén que se vanagloriaban de la pureza de su raza y del rigorismo de su culto, mirasen á esta extraña mezcla de pueblos y de dioses, «á los Samaritanos», con el altivo desprecio y el profundo disgusto que repetidamente les reprueba Jesús, en sus palabras y sus actos, en nombre de sentimientos más elevados de humanidad y caridad.

12. ¿Quién y qué era Sargón? Probablemente el general que dirigiera el sitio de Samaria, ya bajo Shalmaneser IV, ya en su ausencia, y que se habría ganado las simpatías del ejército hasta el punto de poder proclamarse rey á la muerte del último monarca, en la firme confianza de ser admitido y apoyado. No hay nada que induzca á no creerlo así. Acerca de su rango y cuna, Sargón habla «de los reyes, sus padres»; pero lo mismo hace Tiglath-Pileser II, y no se estima como prueba decisiva de su origen real, porque no menciona á su padre ni á su abuelo, según costumbre invariable de los demás reyes. Ahora bien, igual omisión se observa en Sargón. Su nombre tampoco puede sacarnos de dudas. Es el del antiguo Sargón de Agadé, y acaso se lo

apropiase á la par que la corona. Este nombre, en su forma semítica original—Sharru-Kênu—quiere decir el rey «probado», ó el rey «veraz, fiel». Es probable que él mismo atribuyese á su nombre no sólo el prestigio de una memoria gloriosa, sino cierta significación moral; porque en las inscripciones repite con mucha frecuencia la palabra *Kênu*, y se llama á si mismo el «veraz», el «fiel (*Kenu*) pastor», siendo, por otra parte, cierto que, generalmente,

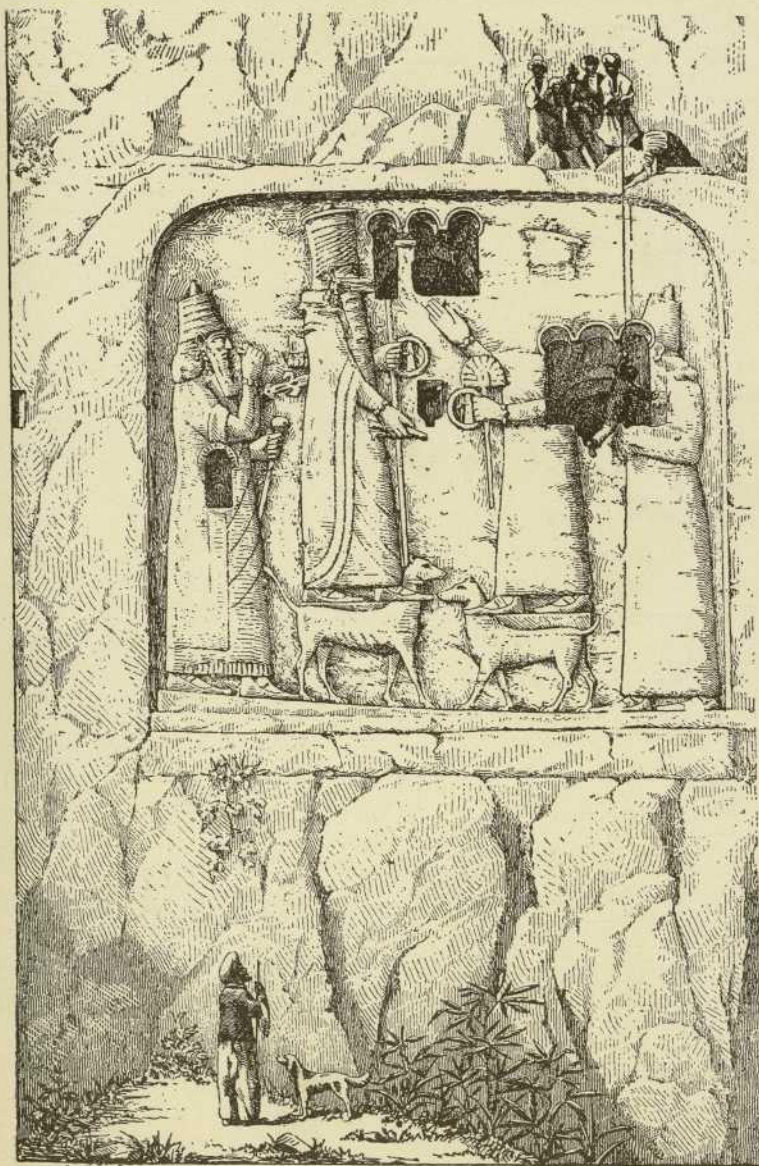
manifiesta en las relaciones con su pueblo más alto sentido moral que ninguno de sus predecesores.



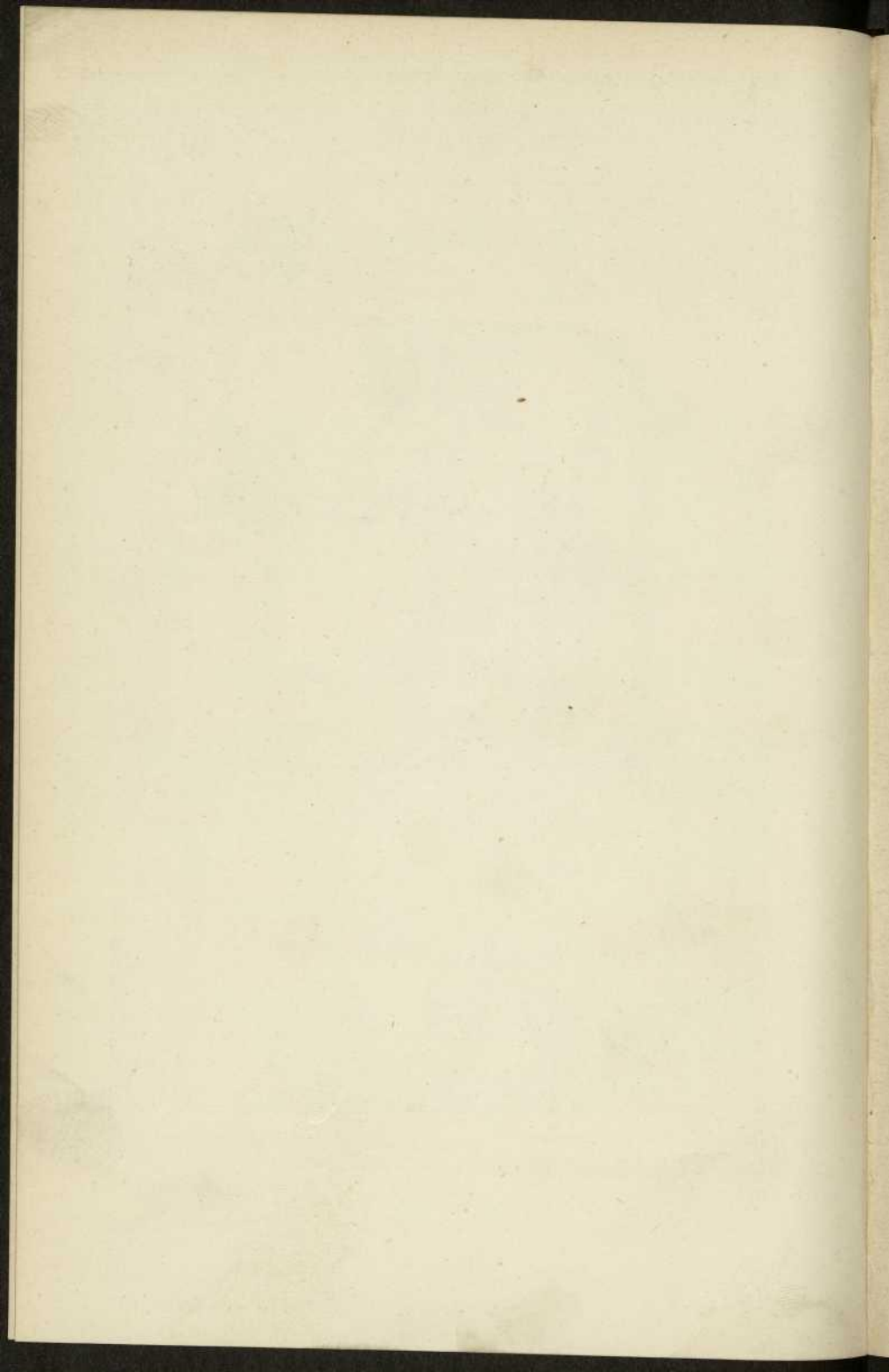
ESTANDARTE DE SARGÓN CON LA FIGURA
DE ASSHUR
(según Layard).

3. Bajo el cetro de este rey, Asiria conserva en el exterior el nombre y gloria que debía á los dos últimos monarcas, y aun ensancha sus dominios. Nótase, sin embargo, que se combate simultáneamente en todas

las fronteras, cada vez en mayor escala, y que, excepto en el Este, donde las armas asirias avanzan más allá de los Zagros, en las demás partes, las guerras no tienen el carácter de conquista, sino el de defensa y represión. La política asiria es aquel mismo despotismo vigorosamente centralizado que caracteriza al segundo imperio; las ciudades rebeldes y las provincias conquistadas no continúan ya al mando de sus príncipes naturales; se confían á gobernadores asirios, dirigidos y vigilados estrechamente desde la



BAJO RELIEVE DE SENNACHERIB EN LA ROCA DE BAVLIÁN.



capital; sólo las regiones más remotas conservan una sombra de independencia, bajo jefes vasallos, confirmados ó impuestos por el distante, pero omnipresente y atento «gran rey de las naciones». La correspondencia entre los gobernadores y el poder central era muy animada y minuciosa en extremo, como lo comprueban las numerosas relaciones y despachos que se han encontrado en el archivo de Ninive, todos dirigidos expresamente al «rey, mi señor». Pero ni la perfección de este mecanismo abrumador, ni el espanto de la inevitable y cruel matanza, ni la perspectiva del tormento y la cautividad, ni las deportaciones en masa, que seguían en aumento, nada podía mantener quietas á las provincias sometidas. Formábase constantemente coaliciones, cada vez más extensas, cada vez más desesperadas, para romper el yugo: y debió de haber, como en toda conspiración, una corriente viva y oculta de aventuras, de peligros, de ardidés afortunados y de mortales descuidos, de cambios de mensajes secretos, de envío de embajadas públicas, mandadas con pretextos plausibles á través de territorios, pacíficos en apariencia, pero trabajados interiormente por el deseo de libertad y que esperaban el momento oportuno de arrojar á sus opresores. Este momento había de retrasarse aún cien años, y el desenlace de semejantes tentativas era siempre muy triste; sin embargo, la persistencia de las conspiraciones, no obstante el desaliento que producía su fracaso y los castigos infligidos, era señal cierta de los tiempos. Es muy significativo, sobre todo, el hecho, completamente nuevo, de que ocurran levantamientos populares; las inscripciones de este reinado refieren repetidas veces que el *pueblo* de tal ó cual ciudad había destronado y muerto—ó

preso—al tirano «puesto sobre ellos» por el rey asirio, y nombrado á un principe de su elección, el cual se negaba á pagar los tributos y se preparaba sin pérdida de tiempo para la guerra. La fortuna de estos principes, aclamados por el voto popular, tenia generalmente un fin pronto y deplorable, y la rebelión era ahogada en sangre y fuego; mas nada se conseguía, porque los pueblos habian perdido el apego á la vida á fuerza de padecer, y del estado de violenta sumisión habian pasado á ese otro de resistencia desesperada, en el cual se desoyen los avisos de la prudencia y los consejos de los politicos, y acaba siempre ó por el aniquilamiento total ó por el logro de una venganza, completa y triunfante, siendo lo último lo más frecuente.

4. En ninguna parte era el movimiento más general ni las esperanzas más tenaces que en el Occidente, siendo Egipto el secreto instigador, el alma verdadera de la resistencia que desafiaba los más terribles castigos y cuyas explosiones no podía contener la voz del propio interés. Shabaka, observa un historiador, era para los pueblos sirios un Mesias, siempre prometido, siempre esperado, nunca venido, porque su fuerza no igualaba á su deseo. Hezekias, rey de Judá, era el único monarca que se abstenia de conspirar y de unirse á las coaliciones contra el monarca asirio, manteniéndose en actitud estrictamente neutral y aun procurando tener satisfecho á su aliado con el envío de presentes, ya que no de verdaderos tributos, con lo que obedecia las apremiantes instancias de su consejero espiritual y politico, el profeta Isaías, quien nunca cesaba en sus invectivas contra la eficacia del poder de Egipto y la locura de confiar en su asistencia. Las opiniones del profeta en este

punto concordaban perfectamente con las del mismo monarca asirio, que habla con cierto compasivo menosprecio de «las embajadas» que los príncipes de Siria enviaban de continuo al rey de Egipto y Ethiopia, «un jefe que no podía salvarles». Debe notarse que, en el lenguaje de estos y los siguientes tiempos de perturbación, «enviar embajadas» significa lo mismo que «conspirar».

5. Bajo la influencia de sus engañosas esperanzas, Siria levantóse en armas el mismo año que siguió á la elevación de Sargón. Y otra vez se reproducen las antiguas expediciones; otra vez se libran las mismas batallas que antes; otra vez volvemos á encontrarnos con los nombres familiares de Damasco y Arpad y Hamath y, aun, Samaria. Porque el pueblo de Israel no habia sido exterminado ni deportado por completo; quedaba aún un residuo bastante considerable para mantener vivo y poderoso el sentimiento de la independencia nacional; y, según el pintoresco y amargo lenguaje de un profeta (Amós, III, 12), «como si un pastor saça de la boca del león las dos piernas ó la punta de una oreja, así serán librados los hijos de Israel que moran en ella»; y más adelante (V, 3): «la ciudad de donde salieron mil, ciento quedaron en ella, y de la que salieron ciento, quedaron diez»; ó, según Isaias, el más poético de los profetas: «Quedarán tan pocos árboles en sus bosques, que un niño podrá contarlos... Sin embargo, quedaron en él como racimo de rebusca y como, cuando vareada la oliva, quedan dos ó tres aceitunas en la punta de una rama, ó cuatro ó cinco de sus frutos en lo alto del árbol». Hamath parece haber sido esta vez la cabeza de la coalición. IAU^BID (ó ILUB^{ID}), probablemente un príncipe nacional, habia usurpado,

según se nos dice, la corona é incitado á los demás rebeldes, haciéndose fuerte en la bien defendida ciudad de Karkar. En esta ciudad, la misma ante cuyos muros se dió la gran batalla entre la primera liga siria y Shalmaneser II (véase capítulo VI), Iaubíd fué sitiado, hecho prisionero y desollado vivo por orden de Sargón, el cual mandó esculpir en su propio palacio un bajo relieve que representase la ejecución, con todos sus pormenores. Para reprimir los sentimientos de libertad de aquella provincia incorregible,



MARTIRIO DE LOS PRISIONEROS DE GUERRA ENTRE LOS ASIRIOS.

dispuso Sargón que vinieran á establecerse en ella 63.000 Asirios, los cuales reemplazarian probablemente á los muertos y á los prisioneros, que fueron reducidos á la condición de esclavos. Terminado esto, poco quedaba que hacer para concluir con la rebelión, y el estado de la comarca, á la partida del ejército asirio, que se dirigió hacia Egipto, con intento de sorprender á Shabaka, «el sultán de Egipto»¹ (*Siltannu Muzri*), en su propio país, antes que pudiera socorrer á sus desgraciados clientes y aliados, se describe con más viveza y exactitud que nosotros logra-

¹ Probablemente es la primera vez que consta haberse usado este título.

riamos hacerlo, en aquellas palabras de un profeta hebreo: «Lo que dejó la oruga comió la langosta, y lo que dejó la langosta comió el pulgón, y lo que dejó el pulgón comió la roya... Porque una gente fuerte y sin número vino sobre mi tierra: sus dientes como dientes de león y sus muelas como de cachorro de león... La tierra, delante de él como un jardín de delicias, y detrás de él como un desierto asolado» (Joel, I, 4, 6; II, 3).

6. Los dos poderes más grandes del mundo oriental se encontraron frente á frente por vez primera en 720 antes de J. C., delante de la ciudad de Raphia, situada en la costa, al Sur de Gaza, que se había aliado con Shabaka. Debió ser este un momento solemne, pero de mal augurio para el poder más antiguo, que hacia tiempo se hallaba en plena decadencia, mientras su antagonista gozaba aún de todo su vigor; y aunque las causas que habían de producir su rápida ruina trabajaban ya activamente, siendo visibles hoy desde nuestro remoto y elevado punto de vista, su labor no era todavía manifiesta á los ojos de los contemporáneos ni de los mismos Asirios. Así, la batalla fué una lucha desigual y terminó con la completa derrota de Egipto y la huida poco digna de Shabaka, que abandonó el campo en compañía de uno de los jefes de su ejército. Sargón, sin embargo, no invadió el territorio egipcio, como Isaias esperaba, por tener demasiadas cosas á que atender, y la predicción del profeta y hombre del Estado hebreo sólo en parte se vió cumplida. Hasta muchos años después, no debía realizarse por completo.

7. Por esta época, hubo de ponerse término al largo sitio de Tiro, empezado al mismo tiempo que el de Samaria. La ciudad no parece haber sido real-

mente tomada; dicese tan sólo que se la «pacificó»; y es muy probable que los sitiadores, no menos cansados que los sitiados de un asedio «al que no se le veía el fin», y teniendo, además, que ir á otras partes, propusieran algún arreglo, oneroso sin duda, pero preferible á la destrucción total—y que Tiro eligiera de dos males el menor, y se aviniese á todo con tal de salvarse por el momento, aunque la paz no hubiera de ser realmente más que una tregua.

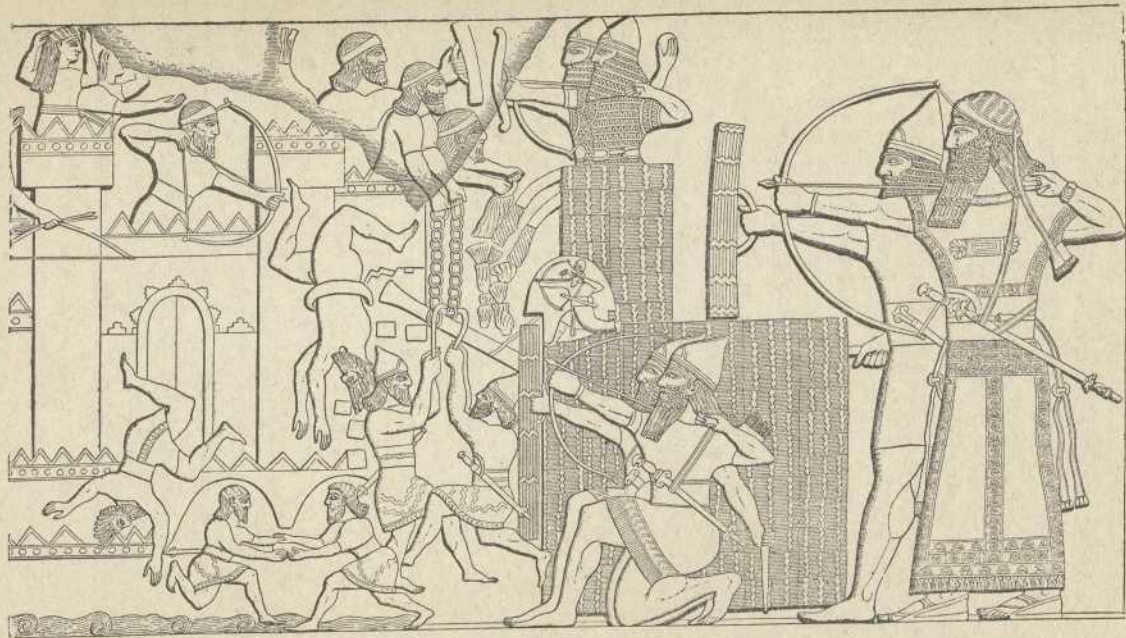
8. En los diez años siguientes, estuvo Sargón muy ocupado. Una conspiración, vasta y poderosamente organizada, que abrazaba el Norte y el Noroeste—todas las tierras de Naïri con varias comarcas circunvecinas—y de la cual, Urza, rey de Urartu, fué el alma, rompió de golpe con la violencia de una conflagración largo tiempo latente, y mantuvo al rey y á sus generales en constante actividad, hasta el punto de no permitir á Sargón realizar una expedición, muy deseada, contra el príncipe caldeo de Bit-Yakin, Merodach-Baladán. Este político, astuto y ambicioso, después de haber cegado á Tiglath-Pileser con el voluntario homenaje que le prestara en Sapiya, se aprovechó hábilmente de los diez años transcurridos. Cómo se allanara el camino para ejecutar sus ocultos designios, no hay medio de averiguarlo; pero es seguro que no economizaria promesas, ni intrigas, ni regalos, ni esfuerzos diplomáticos; de cualquier modo, el mismo año de la elevación de Sargón satisfizo su ardiente deseo, que era el ceñirse la corona de Babilonia, y logró atraer á su partido á un aliado poderoso, Khum-banigash, rey de Elam. Parece, á juzgar por los sucesos posteriores, que no fué aceptado con gran entusiasmo ni unanimidad por los Babilonios. Sargón le llama «Merodach-Baladán, el enemigo, el

perverso, que, contrariamente á la voluntad de los grandes dioses, ejerce el poder soberano en Babilonia», y es de creer que la antigua capital y las demás grandes ciudades se dividirían en dos bandos, el asirio y el babilonio. En el primer momento, Sargón proyectó bajar rápidamente á la frontera de Elam é infligir un rudo escarmiento al aliado del usurpador; pero estaba tan atareado, le urgía tanto atender al Oeste y marchar contra Shabaka, que no le fué posible obrar como queria, y hasta once años después no se le presentó oportunidad de revolverse contra su nuevo enemigo; durante ellos, Merodach-Baladán reinó pacíficamente en Babilonia sin lucha ni oposición.

9. Inmediatamente después de la batalla de Raphia, ocurre la guerra del Norte. No se trataba aquí de una rebelión local, dirigida exclusivamente á sacudir la supremacía de Asiria y á evitar el pago de tributos, sino de una coalición poderosa que varios principes, amigos de Asiria hasta entonces, formaron á impulsos del miedo—uno de ellos fué muerto por sus propios súbditos—y que habria concluido, sin género de duda, en una invasión colectiva de Asiria, si Sargón no se hubiera presentado personalmente con tanta prontitud en escena, reprimiendo, castigando y negociando. Aunque la victoria acompañó, como siempre, á sus armas, y él esparció el terror en las montañas deportando á millares de habitantes, trasladándolos á Hamat y á otra provincia siria, el éxito, sin embargo, no fué tan completo, que las conspiraciones no continuaran y la coalición no volviese á levantar la cabeza, tan pronto como se partió el ejército invasor. En verdad, eran muchos los hilos y estaban urdidos con demasiada habilidad, para po-

der ser rotos fácilmente; la obra de represión duró varios años y Sargón nunca lograba internarse en las comarcas más montañosas de Armenia, porque cualquier miembro distante de la coalición le distraía en el momento crítico, obligándole á operar una diversión y apartándole del centro del poder enemigo— el reino de Urartu y las regiones inmediatas. Un año es el rey de Karkemish el que se rebela, suceso inesperado, porque este rey era un viejo que durante 30 años, cuando menos, se habia mantenido en buenas relaciones de amistad con su terrible vecino, y su nombre figura sin interrupción en las listas de los principes que prestan homenaje y envian tributos en los dos reinados de Tiglath-Pileser y Shalmaneser; no obstante, quizás á la vez tomara parte en las secretas intrigas que se fraguaban en todas las cortes sirias y, como tantos otros, aguardase la ocasión propicia de quitarse la máscara. Si así fué, no anduvo acertado en la elección del momento que escogió para sustraerse al yugo, porque el león, irritado y hambriento, encarnizóse en él, por decirlo así. Reducido á cautiverio, con la mayor parte de los habitantes de su capital, ésta, centro del tráfico y mercado del mundo, proporcionó al tesoro real de Ninive un aumento de riqueza, realmente fabuloso, aun en aquellos tiempos de expoliaciones y saqueos en grande escala. Colonos asirios fueron enviados á Karkemish, y nombróse un gobernador asirio para que la rigiera. Tal fué el golpe final dado á la nación hittita, que, después de la caída de Damasco, alentaba aún en la ciudad, asiento del gran santuario y de los últimos reyes nacionales, como la sangre se retira al corazón y corre por sus vasos hasta el último momento.

10. Otro año, los distritos medos de los Zagros y



SITIO DE UNA FORTALEZA.
(Bajo relieve de Nimrud.)

de la ladera oriental de esta cordillera, nunca sumisos ni domados del todo, á pesar de los fuertes asirios construidos en diferentes épocas en los puntos estratégicos y de los destacamentos que los guarnecían, se levantan con una unanimidad que bien a las claras demostraba que se habían puesto previamente de acuerdo, haciendo indispensable y urgente el ir contra ellos al frente de un ejército numeroso. Las medidas que Sargón adoptara, aunque estaban marcadas como siempre con el sello de ferocidad, fueron, sin embargo, previsoras y obedecían al pensamiento de producir efectos duraderos. Las ciudades que arrasaba y cuyos habitantes eran trasladados á Asiria, las reedificaba poblandolas con Asirios y protegiéndolas con la construcción de fuertes, que formaban una cadena de baluartes asirios, con nombres característicos de este país, KAR-SHARUKIN, KAR-NINEB, etc. (de Kar «fortaleza»). Á algunos de los príncipes rebeldes los ejecutaba de la cruel manera entonces en uso (desollándolos vivos ahora más bien que empalándolos); pero á otros los perdonaba y reinstalaba en su puesto, y aun aumentaba su territorio, incorporándole poblaciones que se sometían voluntariamente. Estas sumisiones eran frecuentes. En una ocasión, Sargón menciona «veintidós jefes de ciudades»; en otra, «veintiocho»; en otra «treinta y cuatro», que le habían prestado obediencia. Como estaba plenamente probado que todos los levantamientos dependían de la gran conspiración, cuyos hilos manejaba Urza, Sargón, al someter á los príncipes rebeldes, media naturalmente su severidad ó su indulgencia por el grado de complicidad ú obstinación que descubría en ellos.

11. Hasta el quinto año transcurrido desde la expe-

dición á Naïri, y después de varias excursiones precipitadas y, por tanto, de éxito parcial, á las montañas del Norte, Sargón no se creyó bastante fuerte y seguro para acometer el plan de una invasión grande y decisiva, que comprendiese, no sólo los desfiladeros y alturas familiares de Naïri, sino las más distantes y mucho más inaccesibles fragosidades de Urartu mismo. Por este tiempo, Urza estaba ya casi solo, pues sus aliados habían sido sucesivamente ó apartados de él ó batidos, como se cortan las ramas de un árbol, antes de derribar el tronco. Sólo le quedaba uno, amigo bastante adicto para compartir la suerte de una caída inevitable. Era éste su más próximo vecino, URZANA, rey de MUZAZIR, comarca que no ha podido identificarse por completo, y de aquí que no figure en los mapas, aunque se cree que estuviese situada junto á Urartu, á su Oeste, y al Norte del lago Van. Muzazir parece haber sido, tanto como el mismo Urartu, centro y corazón de la nacionalidad alarodián; tal vez fuese, desde este punto de vista, aun más importante que Urartu, puesto que en su capital se hallaba el principal santuario nacional dedicado á Haldi, el «gran dios» de los alarodians, el padre y jefe de numerosas deidades subalternas, que, como las de los pueblos canaaneos é hittitas, del mismo linaje que el que nos ocupa, quizás no fueron sino nombres y formas locales de una sola divinidad, adorada en los diferentes distritos y ciudades de la raza (véase cap. IV). Todavía después que Sargón hubo pasado al filo de la espada á los vasallos de Urza, «en número que es imposible señalar», y á 250 personas de la real familia, y de haber capturado toda la caballería del enemigo, habiendo tenido que huir el mismo Urza á las montañas, confiándose á la

velocidad de su yegua para salvar su vida, aun Urzana «rehusó la protección de Asshur». Tal vez contaba con la aspereza de su territorio, como última y eficaz salvaguardia contra un enemigo ya cansado y harto de matanza y de despojos. El mismo Sargón nos dice que eran «aquellas montañas intransitables para los caballos» y «que se encomendó á los dioses, sus auxiliares» al aventurarse en semejantes breñas con un cuerpo de tropas escogidas. Cuando Urzana vió que Sargón no se detenía, perdió instantáneamente su valor «y escapó como un pájaro, huyendo á las más altas montañas», es decir, á los desfiladeros y cuevas donde era imposible perseguirle, donde ninguna huella ni rastro podía denunciar su guarida. Sargón ocupó, probablemente sin resistencia, «la ciudad de Muzazir», apoderóse de todo lo perteneciente á Urzana—sus mujeres, sus hijos, sus servidores, su ganado y sus tesoros—y «se llevó al dios Haldi» y otras divinidades, «con sus vasos sagrados en gran número». Urza, por su parte, anduvo errante cinco meses por las montañas, completamente solo, yendo de las alturas á los valles, en busca más de noticias que de alimento. Y cuando las noticias llegaron su corazón se rompió. La situación es tan trágica que, hasta en el seco relato de los anales oficiales asirios, reviste el sello de la dignidad y la grandeza. «Urza supo la caída de Muzazir, la captura de su dios Haldi. Se desesperó con las victorias de Asshur y con sus propias manos puso fin á su vida.» Parece que no debiera haberse vuelto á oír hablar de Urartu y de Naïri. Pero nada hay comparable al poder de enérgica vitalidad que todas aquellas antiguas naciones debieron poseer. Así, algunos años después, vemos á un nuevo rey de Urartu tramando otra

vez conspiraciones en unión de sus vecinos, y cuando el sucesor de Sargón muere, á manos de dos de sus propios hijos, los asesinos se refugian en Urartu seguros de encontrar franca y hospitalaria acogida.

12. Los tres años siguientes se entretuvo Sargón en guerras de poca importancia, que tenían por objeto, ya el castigar á varios antiguos aliados de Urza, algunos de ellos de países muy distantes, como Cilia; ya el dirimir alguna contienda de familia sobrevenida en un país leal y vasallo, donde dos pretendientes que se disputaban el trono, recurrían al arbitraje del gran rey, ó uno de ellos reclamaba su intervención armada, cosa qué fué bastante frecuente en este reinado y los sucesivos; ya el sostener y vengar á un soberano amigo, cuyo pueblo se había levantado para privarle de la corona y de la vida, en odio á su servilismo. Estos levantamientos populares, como antes hemos notado, eran un signo calamitoso de los tiempos. Con motivo de uno de ellos, fué Sargón otra vez á Media, y ahora no á los distritos montañosos, sino á una comarca fértil y floreciente, donde colinas cubiertas de pastos interrumpían la monotonía de extensas llanuras; á una región que formaba parte de lo que más adelante se llamó propiamente Media, la ELLIP de los monumentos. El rey de este país, DALTA, un anciano, rindiéndose á ruegos persuasivos, había accedido á unirse con las provincias medas rebeldes, pero muy pronto rompió prudentemente el peligroso lazo y se atrajo las simpatías de Sargón, por la religiosidad con que cumpliera sus promesas. «Dalta de Ellip», dice el monarca asirio expresamente, «era mi amigo y tributaba á Asshur. Cinco de sus ciudades se levantaron, negándose á reconocerle en adelante como so-

berano. Fui en su auxilio; sitié y tomé las cinco ciudades; me traje sus habitantes y sus dioses á Asiria y un gran número de caballos...» «Alegré el corazón de Dalta», leemos en otro texto, «y restablecí la tranquilidad en su país». En esta ocasión el rey asirio pacificó otros varios distritos, que, bien se habían rebelado, bien sufrían el azote de las tribus medas errantes de las estepas orientales, recibiendo la sumisión de 55 «jefes» de ciudades, que le enviaron millares de caballos «y asnos y carneros en cantidad innumerable».

13. De carácter muy semejante fué la empresa que llevó á Sargón otra vez—la última—á las costas del mar occidental. Ashdod, ciudad philistea, se había levantado, condenado á muerte al rey, hechura y súbdito de los Asirios, y puesto en su lugar á un hombre de su elección, á un tal YAMÁN (ó YAVÁN) «no heredero del trono». Preparándose á la defensa, fortificaron la ciudad cercándola con una profunda zanja ó foso que llenaron de agua «trayendo los manantiales de la montaña». Philestea, Judá, Edom y Moab «no inspiraban confianza». «El pueblo y sus principales jefes, para pelear contra mí, á Pharaón, rey de Egipto, monarca que no podía socorrerlos, le enviaron presentes y solicitaron su alianza ¹». Á pesar de todos estos preparativos, tal era el terror que entonces difundía el nombre asirio, que al solo anuncio de la aproximación del ejército real, el monarca intruso huyó á la frontera de Ethiopia—«y no dió señal de sí»—abandonando sus dioses, su mujer y sus hijos, los tesoros, las propiedades y las cosas preciosas de su palacio, juntamente con los habitan-

¹ Cilindro descubierto y traducido por Jor. Smith, en los *Assyrian Discoveries*, pág. 290 y siguientes.

tes del país, que fueron llevados en cautiverio. Sargón, sin embargo, siguiendo su práctica invariable reconstruyó las ciudades poblándolas con cautivos del Este, «que eran como Asirios». En cuanto al auxilio de Egipto, no llegó, como no había llegado á Samaria; por el contrario el rey de Ethiopia (y Egipto, pues aun reinaba aquí la dinastia ethiòpica) ¹ procuró desarmar la cólera del Asirio, encadenando y entregando á Yamán. Con este acto de insigne traición, con esta infracción de los deberes de humanidad y hospitalidad, Egipto pudo aún gozar de un nuevo respiro.

14. Parece que el rey no dirigió por si mismo esta expedición, aunque hable de ella en nombre propio en las inscripciones. El profeta Isaias dice terminantemente que el «turtán entró en Ashdod cuando Sargón, rey de Asiria, lo envió, y peleó contra ella y la tomó» (XX, 1). Es difícil hallar en los monumentos asirios que los reyes encargaran á sus generales la dirección de una campaña; los monarcas, que figuran como autores de las inscripciones, hablan casi siempre personalmente y se atribuyen toda la gloria de las empresas; no obstante, Sargón debió pasar por este tiempo una larga temporada en su corte, porque era un soberano que atendía debida y acertadamente á los asuntos interiores; además, le preocupaba hondamente un proyecto que requería tiempo y reflexión.

15. Llegamos con esto al hecho culminante que cierra este reinado sorprendente: la guerra de Babi-

¹ Tal es la opinión de E. Schrader; pero otros escritores se apartan de ella y creen que el país que aquí se nombra no es Ethiopia. Este es, pues, un punto abierto á la discusión, donde no convendría atenerse á la narración popular.

lonia. Hacia 20 años que Merodach-Baladán se sentaba en el trono de la soberbia capital meridional, desafiando á Sargón, quien después de haber infligido un castigo pasajero á su aliado y fiel amigo, el rey de Elam, se vió forzado á dejar en paz al usurpador y aun á reconocerlo en cierto modo, puesto que le llama repetidamente «rey de Babilonia». No obstante, el éxito del insolente Merodach era una espina clavada en su corazón, una sombra que velaba sus ojos, y cuanto más tiempo transcurría sin poder saciar su venganza, con tanta más violencia había de descargar cuando, libre de otros cuidados, le fuera permitido consagrar toda su atención á una guerra que por fuerza tendría que ser destructora é implacable. Aun en medio de las múltiples ocupaciones que le asediaron en aquellos 20 años, siempre tuvo presente una cosa: la de vivir en excelentes relaciones de amistad con el sacerdocio de Babilonia y el de los demás grandes templos-ciudades—clase rica é influyente, que figuraba á la cabeza del partido descontento—estimulando su lealtad á Asiria y su odio al dominador caldeo, á quien miraba como extranjero y como intruso, por medio de frecuentes y valiosos donativos á los dioses; estos donativos los detalla en las inscripciones. Merodach-Baladán, por su parte, no ignoraba que había de llegar el día de la liquidación, y se preparaba para afrontar la tormenta, echando mano de todos los recursos posibles y desplegando extraordinaria previsión y actividad. En primer lugar, ¿no era «él el rey del mar?» «Había establecido su morada en medio del mar del Sol Levante; confiaba en el mar y en la retirada á los pantanos». Alúdese aquí al principado hereditario de Bit-Yakin, y los pantanos de que se habla eran los

formados por las bocas de los grandes ríos (que aun estaban separadas), y se extendían hasta Elam, proporcionándole medios secretos de comunicación y huida, en caso necesario. Pero su mayor esperanza estribaba en el auxilio de otros pueblos y en las negociaciones diplomáticas. No hubo de considerarse bastante garantido con la estrecha amistad que le unía al rey de Elam, Sutruk-Nankhundi, el sucesor de su primer aliado Khumbanigash, y Sargón se queja de que, «contra la voluntad de los dioses de Babilonia, la ciudad de Bel «que juzga á los dioses», Merodach-Baladán, «el embustero, el malvado» «había excitado á todas las tribus nómadas del desierto en contra suya, lo mismo que á Shumir y á Accad, enviándoles embajadas durante 20 años». Ahora bien, ya sabemos lo que entonces significaba «el enviar embajadas».

16. De una de estas embajadas hallamos un relato vivo y circunstanciado donde menos podía esperarse, en el Libro de los Reyes hebreos. Parece ser que Merodach-Baladán, sabiendo que Ezequias había mantenido su neutralidad vigorosa, no rota ni cuando el reino hermano pereció miserablemente á su misma vista, debió pensar que el monarca judío podía ser un aliado muy útil, porque sus recursos, aumentados en largos años de paz, eran considerables, y si él y los demás Estados sirios no anexionados obraban una vez más de concierto, proporcionarían un arma poderosa que esgrimir contra Sargón, cuando éste se hubiese internado en las lagunas del Golfo. Ocurrió, pues, que Ezequias cayó enfermo y estuvo en peligro de muerte. Había puesto ya sus cosas en orden, no creyendo sobrevivir á su dolencia, y tan perdidas estaban todas las esperanzas, que su restablecimien-

to se consideró milagroso. La fama del suceso se esparció por todas partes, no menos que la de su gran riqueza y prosperidad. El Libro de las Crónicas nos informa de que «tenía muchas riquezas y gozaba de gran consideración; y había en sus tesoros en gran abundancia plata, oro, piedras preciosas, especias, armaduras y magníficos vasos; también tenía almacenes para encerrar el grano y el aceite, y establos donde había toda clase de animales; además, las ciudades y posesiones le enviaban rebaños porque Dios había hecho que la abundancia reinase por todas partes». Estos rumores debieron despertar vivo interés en un ambicioso tan necesitado de dinero y auxilio como Merodach-Baladán; hubo, por tanto, de darse traza para ver lo que había de cierto en ellos. La enfermedad y la maravillosa mejoría de Ezequias le brindaron ocasión oportuna y un pretexto plausible para enviar una «embajada» al monarca judío con cartas y regalos.

17. Podemos imaginarnos el fastuoso recibimiento que se haría á los embajadores, y las flores é hipérbolos orientales con que éstos esmaltarian su discurso. Y que no hubieron de tardar mucho en apartarse del objeto ostensible de su venida, halagando astutamente la vanidad del monarca judío para llevar la conversación á otro terreno, harto lo comprueban las siguientes líneas: «Y Ezequias se alegró de su llegada, y mostróles la casa de los aromas, y el oro, y la plata, y varios bálsamos, y los ungüentos, y la estancia de sus vasos, y todo lo que podía hallar en sus tesoros. No hubo cosa en su casa, ni en todo su poder, que Ezequias no les enseñase». El bueno del rey había perdido un tanto la cabeza, cediendo al impulso de su orgullo y propia satisfacción, sin el consejo y

aun sin el conocimiento de su primer ministro, más previsor que él, porque á continuación se nos dice: «Mas el profeta Isaias vino á ver al rey Ezequias y le dijo: ¿Qué han dicho esos hombres? ¿De dónde vinieron á ti? Y Ezequias le contestó: Han venido á verme de una tierra distante, de Babilonia». Esta breve y cándida respuesta despertó ó, más bién, confirmó las sospechas del ministro, que entonces preguntó directamente al rey. ¿Qué han visto en tu casa?» Apremiado Ezequias confesó toda la verdad: «Han visto todo cuanto hay en mi casa. Nada hay en mis tesoros que no les haya mostrado». Entonces el profeta se irritó mucho comprendiendo que el rey había cometido una gran imprudencia, porque no era posible que el rey de Asiria permaneciese ignorante de la embajada y del alarde hecho de las riquezas y de las conferencias celebradas, pues tenía agentes y espías secretos en las cortes de todos los principes vasallos y aliados. Isaias, por tanto, en términos nada respetuosos ni mesurados, vaticinó al rey cuáles serian las consecuencias de su conducta en tiempos no muy remotos: «Oye la palabra de Iahveh. Vendrán días en que todas las cosas que hay en tu casa y han atesorado tus padres hasta este dia, serán transportadas á Babilonia», agregando que «aun los hijos del rey serian llevados y serian eunucos en el palacio de Babilonia». Ezequias, sin duda, estaba ya penetrado de su indiscreción, y en la respuesta que da al enérgico apóstrofe del profeta, se trasluce algún rubor no exento de despecho. «Entonces dijo Ezequias á Isaias: «La palabra de Iahveh que has hablado es justa; haya paz y verdad en *mis* dias». Si Judá apareció complicado con Edom y Moab en el levantamiento de Ashdod, según da á entender el

cilindro de Jor. Smith, fué tal vez á causa de esta embajada. Sin embargo, hasta el próximo reinado, ninguna consecuencia seria sobrevino.

18. Al ver á Sargón seguro y libre de enemigos, comprendió Merodach-Baladán que era llegado el momento crítico, y, rompiendo atrevidamente las hostilidades, negóse á enviar los tributos. Sargón, que en esta campaña se presenta como el campeón de los dioses de Babilonia y el libertador de la gran capital meridional y los templos-ciudades, empieza solemnemente su narración con el anuncio de que Marduk mismo, el gran dios de Babilonia (es digno de notarse que no se menciona esta vez á Asshur ni á ninguno otro de los dioses especiales de Asiria) le eligiera para ser su vengador, «haciendo descollar su cabeza en la tierra de Shumir y Accad y aumentando sus fuerzas para darle el triunfo sobre los Caldeos, púeblo rebelde y perverso». No ignoraba Sargón que tenía que habérselas con un enemigo nada despreciable. Sin embargo, la suerte de las armas no estuvo indecisa ni un solo momento. Sargón desplegó dotes de consumado general, avanzando y dividiendo su ejército en dos cuerpos de los cuales mandaba uno personalmente. Las fortalezas que protegían á Babilonia por el Norte eran desamparadas á la aproximación de los Asirios, y las tribus arameas y algunas fuerzas destacadas como vanguardia para recibir y detener al enemigo, fueron batidas y se dispersaron. El otro cuerpo de ejército, mientras tanto, operaba al Este del Tigris, devastando el territorio de Elam, tomando fortalezas, ocupando distritos, para no hablar de los cautivos, ganado y otras especies de botín, y evitando la unión de Elamitas y Caldeos. De este modo, Sargón, avanzando cautelosamente pero

con prontitud, cruzó el Éufrates y estableció su cuartel general en una de las ciudades caldeas.

19. Merodach-Baladán no le aguardó en Babilonia. En la esperanza de que lograría obtener el apoyo indispensable del rey de Elam, solicitándolo personalmente, abandonó la capital «de noche, como un buho» y fué á Elam por un camino secreto, que él sólo conocía, seguido de su ejército. No tardó en encontrar á Sutruk-Nankhundi, que había huido «á los lejanos montes para salvar su vida», no queriendo proseguir una aventura cuyo desenlace funesto preveía. En vano Merodach-Baladán le ofreció cuantos presentes le fué posible «su trono, su cetro, su quitasol real, todo de plata pura, de peso considerable». El elamita fué sordo á los argumentos y no se venció á los regalos. Entonces el caldeo, en su cólera, apoderóse violentamente de cuanto ganado pudo recoger y se volvió por el mismo camino secreto que había traído, dirigiéndose, no á Babilonia, sino á su capital marítima, Dur-Yakin, que se prometía preparar para una larga y porfiada resistencia.

20. Porque Babilonia no le hubiera abierto ya sus puertas, pues tan pronto como se ausentara de aquella manera precipitada y poco digna, una solemne y respetable delegación de la ciudad y su gran suburbio, Borsip, compuesta de altos dignatarios y oficiales y también de «sabios»—sacerdotes, sin duda—fué á buscar á Sargón, llevando consigo las dos deidades tutelares de la ciudad, Bel y Nebo, con sus consortes, excitándole á tomar posesión de la capital abandonada. Hizolo así Sargón, y en los días de calma que siguieron no sólo ofreció sacrificios expiatorios, sino que llevó á cabo la misteriosa y extraña ceremonia que se describe diciendo «que tomó las

manos de Bel». Tal fué el resultado de la campaña en el primer año.

21. Merodach-Baladán seguía aún en plena posesión de su propio principado, y se había atrincherado en su capital de Dur-Yakin, adonde trasladara «los dioses» de otras ciudades, para impedir que cayesen en poder de los Asirios. Á lo que parece, también él había puesto á contribución los templos de Ur, Larsam y otras ciudades caldeas, llevándose sus dioses, aunque no en prenda de amistad. Había abierto al rededor de la ciudad un ancho y profundo foso, que llenó con el agua que trajo del Éufrates, por medio de zanjas y presas, las cuales destruyó después. Nada se había omitido para la resistencia; sin embargo, tanta era la pericia de Sargón, tanto el arrojo de sus soldados, tal la fama de invencibles que tenían sus banderas, que Dur-Yakin se entregó al primer asalto. Merodach-Baladán huyó á la ciudadela dejando su propia tienda, con todo lo que le pertenecía, en poder del conquistador; la ciudad fué tomada, su palacio despojado por completo «del oro y la plata y todo lo demás que en él había, y el vecindario saqueado». En una inscripción se lee que el mismo Merodach-Baladán cayó prisionero con su mujer, sus hijos é hijas. En otra se dice simplemente: «Y este Merodach-Baladán, reconociendo su propia debilidad, quedó terrorificado; abrumóle el inmenso espanto de mi poder; dejó su cetro y su corona; besó la tierra en presencia de mi embajador; abandonó sus castillos, huyó y no se supo más de él». Esta segunda relación quizás sea más exacta, ó tal vez no se custodiase al prisionero con las precauciones que requería un cautivo de tanta importancia; el caso es que se escapó y volvió á aparecer en escena más ade-

lante, según veremos, pues no era hombre capaz de abandonar la partida.

22. En cuanto á Dur-Yakin, fué arrasada hasta los cimientos ó, como dicen las inscripciones, reducida a un montón de escombros. Habia en ella algunas familias de Sippar, Nipur y Babilonia, llevadas y retenidas allí probablemente contra su voluntad. Á éstas las envió Sargón á sus ciudades respectivas con grandes miramientos y honores, y reinstaló á sus compatriotas en la posesión de muchos terrenos que años antes les habían arrebatado las tribus nómadas, ahora auxiliares de Merodach-Baladán, y famosas por su habilidad en el manejo del arco. Sargón nos dice que impuso su yugo á las tribus nómadas y restableció los olvidados límites. Para completar la obra de desagravios y reparaciones, restituyó á sus templos los dioses sustraídos por Merodach-Baladán, y puso en vigor las leyes y observancias que habian caído en desuso; realizado lo cual regresó á Babilonia, donde fué recibido con verdadero entusiasmo y se atrajo el respeto y la admiración de la clase sacerdotal, con sus regalos á los templos.

23. Debía ir unido un gran prestigio al nombre de Sargón, á juzgar por la facilidad con que triunfaba de todos los obstáculos, aun de los más formidables, por la debilidad con que se le resistia allí mismo donde se habian hecho preparativos extraordinarios para una defensa desesperada; y, especialmente, por el terror que su fama inspiraba en regiones remotas como lo demuestran las sumisiones voluntarias que recibia. De éstas, ninguna debió lisonjear tanto su vanidad como una embajada de siete reyes, que gobernaban pequeños principados en la isla de Chipre (colonias fenicias probablemente en su origen). Lla-

ma á esta isla Yatnán y, con alguna exageración, la describe como situada «á una distancia de siete días de navegación, en medio del mar del Sol Poniente».

Como agrega que hasta el nombre de dicha región fué desconocido de los reyes, sus padres, desde los tiempos más remotos, tal vez la inexactitud en que incurriera deba atribuirse más bien que á espíritu de vanagloria á ignorancia perdonable. Como quiera que sea, Sargón refiere con gran complacencia que aquellos siete reyes, noticiosos de sus gloriosas empresas en Siria y de la humillación del rey de Caldea, «cuyas nuevas habian llegado hasta ellos» «depusieron su orgullo y se humillaron voluntariamente», «presentándose á él en Babilonia, trayendo (enviando más bien) oro, plata, utensilios, ébano, madera de sándalo y manufacturas de su país, y besándole los pies». Sargón, sin duda, recibió estas demostraciones con



LÁPIDA DE SARGÓN CON SU RETRATO Y UNA INSCRIPCIÓN CONMEMORATIVA, QUE MENCIONA Á SIETE REYES DE CHIPRE TRIBUTARIOS SUYOS.

(Este monumento se conserva en el Museo de Berlín.)

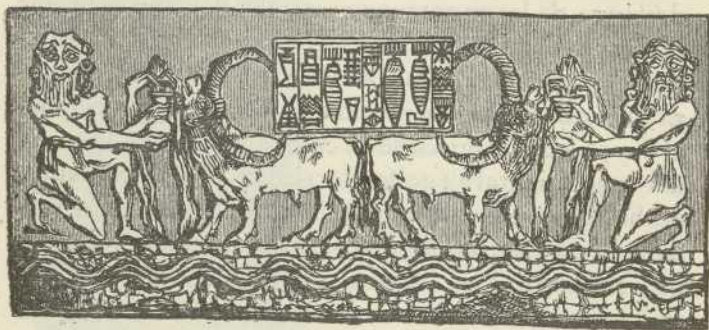
sumo agrado, y en reciprocidad, regaló á los embajadores una estela de mármol, con un retrato es-

cultural suyo, de tamaño natural, y una breve inscripción que conmemoraba los hechos más importantes de su reinado. La estela fué respetuosamente colocada en una de las ciudades de Chipre, donde se la ha encontrado en muy buen estado de conservación, siendo hoy uno de los ornamentos del Museo de Berlin.

24. Poco tiempo antes, habían enviado también regalos á Sargón y prestádole homenaje un rey de DILMÚN, isla del golfo Pérsico, que forma ahora parte de las tierras bajas de la costa, y algunos aliados de Urza, de las montañas armenias del Noroeste, los cuales habían dado mucho que hacer á los gobernadores asirios, pero que al cabo, perdida la esperanza, abandonaban la partida y tributaban vasallaje al rey, yendo á buscarle al campamento «de la costa del mar oriental» (golfo Pérsico). Aquí, realmente, acaba la carrera militar personal de Sargón. En verdad, la paz se rompió dos veces más en su reinado, una con motivo de sangrientos disturbios ocurridos en Urtu, donde el sucesor de Urza comenzaba ya á moverse; y la otra, á causa de una breve guerra con Elam; pero el rey confió en ambas ocasiones el mando del ejército á sus generales, retirándose él á Asiria. El último conflicto fué debido á una sucesión que se disputaban dos hermanos. Dalta, el rey de Ellip, fué mientras vivió fiel vasallo de Asshur, «pero vinieron las enfermedades con los años y se perdió en el sendero de la muerte». Entonces sus dos hijos, habidos en distintas mujeres, «aspiraron á la corona, á la dominación del país y al cobro de los impuestos, y recurrieron á las armas». Uno de ellos «pidió auxilio á Sutruk-Nankundi, rey de Elam, dándole rehenes en señal de alianza». El otro hermano, por su

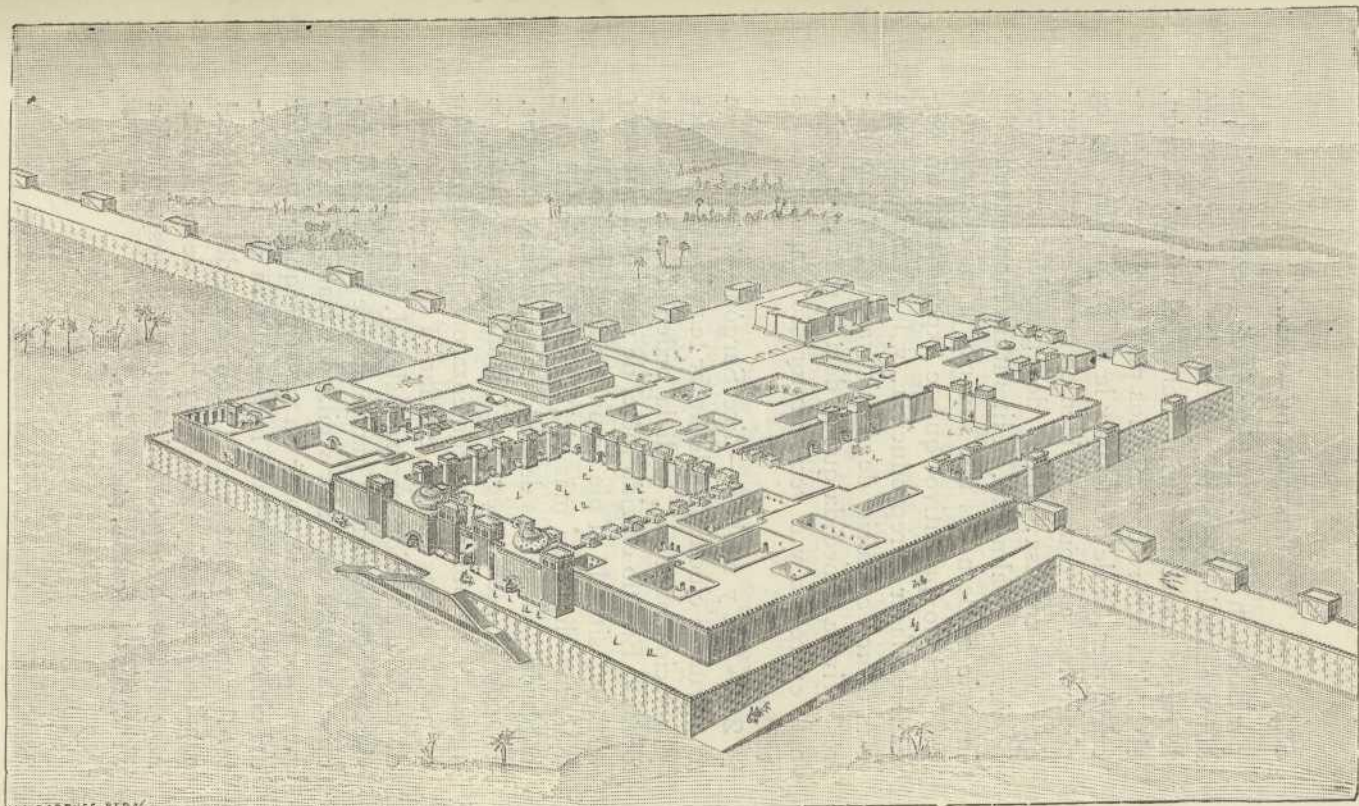
parte, imploró la asistencia de Sargón, prometiéndole obediencia. Siete generales nada menos se enviaron en su socorro, y su contendiente y el rey de Elam fueron derrotados.

25. Ahora, al fin, podía Sargón dedicarse por sí mismo á la ejecución de las obras de paz y de arte, en que hacia tiempo venia pensando con verdadero amor y que ya habia comenzado á realizar, consagrándoles su atención personal en todos los momentos que le era lícito sustraerse al cumplimiento de



CILINDRO DE SARGÓN I, EL ANTIGUO REY DE AGADE.

sus deberes militares, que absorbían por completo la actividad de los monarcas asirios. Dichas obras consistieron en la construcción de una nueva ciudad y residencia reales, separadas enteramente de las capitales primitivas. Ninive habia sido abandonada al elevarse Kalah á mansión favorita de los reyes, desde que Assurnazirpal la reedificara y embelleciera. La nueva ciudad y palacio recibieron de su constructor el nombre de «Dur-Sharrukin»—la ciudad de Sargón;—este palacio es el que estaba sepultado en el terraplén de Khorsabad, excavado primeramente



X.A. BARTHOSS BERN

RECONSTRUCCIÓN DEL PALACIO DE SARGÓN
(según Place).

por Botta en 1842¹. La historia de la construcción es sumamente interesante, y para darla á conocer será lo mejor transcribir las palabras del mismo Sargón, el cual la refiere con muchos pormenores en dos inscripciones, la de los toros y la de los cilindros de los cimientos, así como también en forma solemne, aunque más concisa, en sus dos grandes narraciones históricas. Realmente, la literatura monumental del imperio moderno es tan superior á los documentos del periodo primitivo, que se experimenta un verdadero placer al reproducirla, y la historia de toda esta última centuria de Asiria va ganando en interés y viveza á medida que se detalla más en el original, expresivo y á veces pintoresco lenguaje de los textos.

26. «Día y noche» — dice Sargón — «pensaba en construir la ciudad, en levantar templos á los dioses y palacios para mí, y di la orden de empezar las obras». El sitio elegido fué el de una población muy antigua, situada al pie de un monte llamado Muzri, á alguna distancia más allá de Ninive, ciudad deshabitada y en ruinas desde los tiempos más remotos, estando ya seco y cegado el canal que la surtía de aguas. Las obras se comenzaron probablemente en 714, y quizás Sargón confiara á su turtán el mando de la expedición contra Ashdod, para poder designar él en persona el paraje en que había de levantarse la nueva capital y vigilar los trabajos. Lo primero que hizo fué trazar un vasto parque al rededor del circuito, que imitaba la perspectiva de los montes Amanos, y plantó en él «toda clase de árboles del país de los Khatti y arbustos y hierbas de las montañas». Ninguna sospecha de violencia ó despojo debía

¹ Véase *Story of Chaldea*, páginas 14-17.

manchar el nacimiento de la nueva ciudad y ser un obstáculo á su prosperidad, atrayéndole el disfavor de los dioses que debían ser invitados á morar en ella. Por lo tanto, Sargón, como David y como Omri, compró por su justo precio los terrenos que había elegido. Aludiendo á uno de los significados de su nombre (véase párrafo 10, núm. 2 de este capítulo), declara que: «En conformidad con el nombre que llevo y que los dioses me han dado, para que fuera el guardián del derecho y la justicia, para proteger al débil, no para oprimirlo¹, pagué el precio por el terreno que había de ocupar la ciudad, después que fué debidamente estimado; y para no causar ningún perjuicio al que no quiso recibir dinero, le di campo por campo donde él lo eligió...» «Las piadosas oraciones de mis labios para bendecir el terreno, agradaron á los exaltados profetas, mis maestros, y dieron la orden de construir la ciudad y de abrir el canal». No sólo el acto de poner las primeras piedras de los cimientos, sino aun el de fabricar los ladrillos, el de levantar la plataforma, etc., iban precedidos de plegarias, sacrificios, alzamientos de manos y libaciones, en cada uno de los días de fiesta consagrados especialmente en los distintos meses á divinidades adecuadas. Todo este pasaje abunda en noticias mitológicas y alusiones á prácticas del culto, que sería muy interesante poner en claro por completo, pero, por desgracia, los materiales acumulados á tal propósito son insuficientes.

27. Los primeros edificios construidos fueron los

¹ Este pasaje parece desautorizar la opinión según la cual Sargón tomó este nombre al ceñirse la corona, pues, en tal caso, quizás no se hubiera atrevido á decir que lo debía á los dioses. Por otra parte, vemos aquí confirmado el sentido moral que él ligaba á su nombre.

templos consagrados á los grandes dioses ¹. Después el palacio, de «marfil y de palma, cedro, ciprés y otras maderas preciosas», con «un vestibulo según el gusto hittita», con «puertas de madera de palma y de ciprés, recubiertas de brillantes planchas de bronce» (probablemente como las de Balawhat). La ciudad propiamente dicha, de la que sólo se han encontrado restos de calles, con excelente pavimento, tenía ocho puertas que recibían sus nombres de los principales dioses: dos al Este, las de Shamash y Ramán; dos al Norte, las de Bel y Belit; dos al Oeste, las de Anu é Ishtar; dos al Sur, las de Éa y «la de la reina de los dioses». Los muros estaban consagrados á Asshur, y los terraplenes á Nineb. Las puertas debían ser suntuosas, superiores á toda ponderación, estando guardadas por simétricos pares de colosales toros alados, de estampa plácida y majestuosa, colocados de perfil en los cuarterones de la

¹ El principal de estos templos era el Zigurat, que se levantaba junto al palacio, en el lado occidental. Este Zigurat ha sido descubierto y excavado por Place, que ha encontrado todavía tres pisos completos y el principio del cuarto. Las caras de los pisos estaban decoradas de ranuras, que reproducían en profundidad el motivo de las almenas, y conservaban un estuco de color, cuyo tono variaba de un piso á otro, conforme al orden tradicional que indica Herodoto: blanco, negro, rojo y azul. El primer piso formaba un cuadrado que tenía de lado 43^m,10, y la altura del muro de cada uno era de 6^m,10.

Considerando el gran papel que desempeña el núm. 7 en las combinaciones de la arquitectura asiria, Thomas ha restaurado este Zigurat agregándole otros tres pisos, con lo cual se obtiene una altura de 42^m,70, tan próxima á la de 42^m,10 de la base, que pueden considerarse como idénticas. Esta relación es fácil que estuviese consagrada por el uso, puesto que Strabón dice del gran templo de Babilonia, que su altura era igual á la base. Respecto á los colores, ha completado la serie que indica Herodoto, dando al quinto piso el amarillo, al sexto el plateado y al séptimo el dorado, en representación de los cinco planetas, Venus, Saturno, Júpiter, Mercurio y Marte, de la Luna y del Sol. Por el esmero con que se ha hecho esta restauración puede considerarse, dice Perrot, «como cierta en todas sus partes».—(N. de S. F.)

pared, á uno y otro lado de Izdubar y el León, debiendo imitar maravillosamente la acción de echar el



TRIBUTO EN CABALLOS OFRECIDO AL REY
(según un bajo relieve del palacio de Sargón).

paso. Al cerrar la invocación á los dioses, se llama especialmente la bendición de Asshur sobre estos toros alados. «¡Bendiga Asshur esta ciudad y este pa-

lacio! ¡Haga que sea eterno el esplendor de estas construcciones! ¡Sea su voluntad que estén habitadas hasta los tiempos más remotos! ¡Los toros esculturales, los fuertes guardianes, protéjanlas siempre! ¡Guárdenlas día y noche, y no se mueva nunca su planta de sus puertas!».

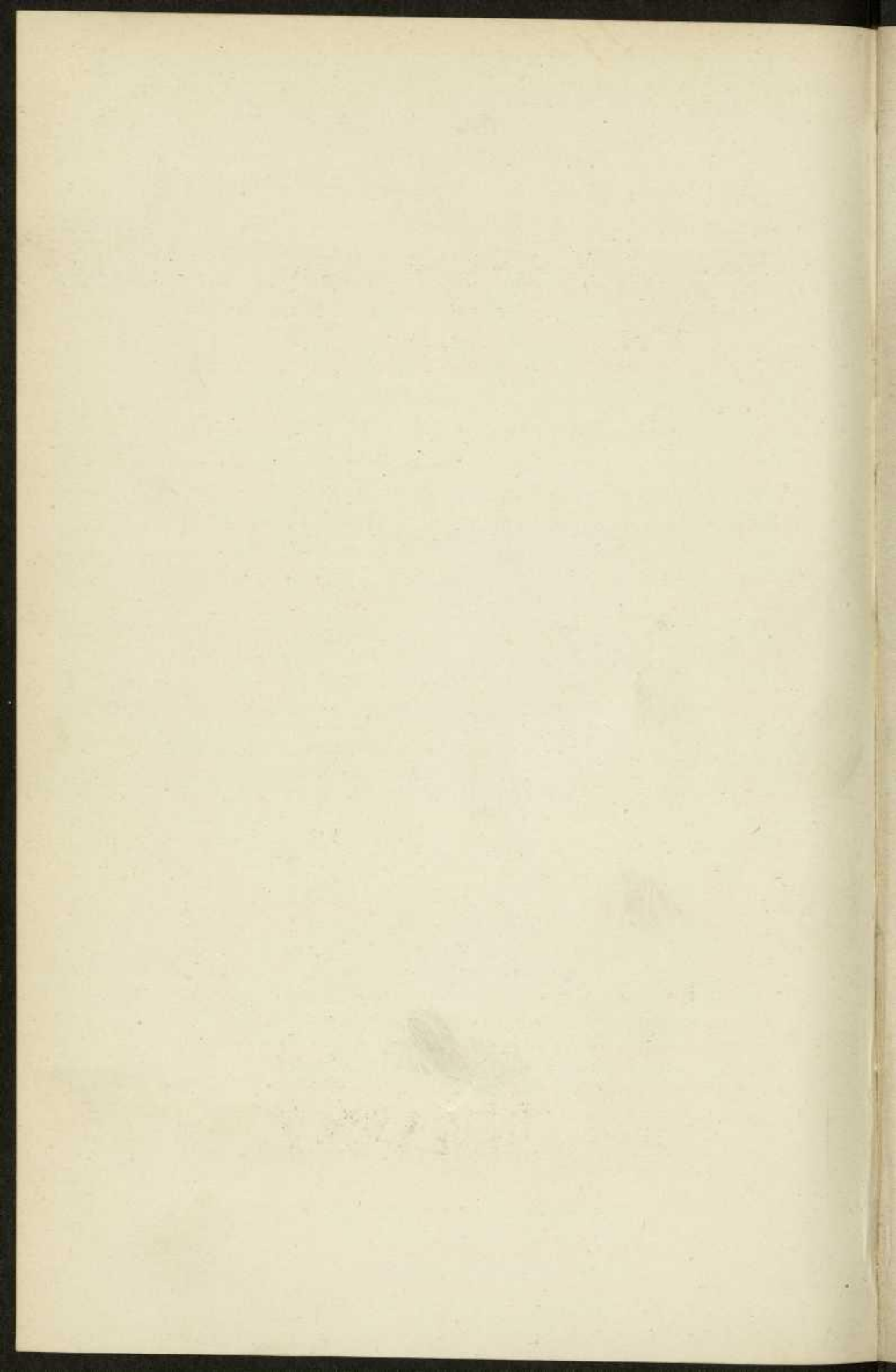
28. Necesitaríamos un capítulo entero, y no corto ciertamente, para indicar las bellezas de aquella construcción maravillosa que se llama el palacio de Sargón, la más detenidamente estudiada y descrita, porque es la que mejor se conserva de las ruinas asirias¹. No hay detalle que no sea del gusto más ex-

¹ Este palacio puede mirarse como el tipo de las residencias reales asirias, y por esto importa conocerlo. No está aislado por completo, sino unido por el lado Noroeste al muro de la ciudad, cuyo perímetro es un paralelogramo rectangular. Álzase sobre dos terraplenes de igual altura, rectangulares y unidos en forma de T, de los cuales el mayor sigue la línea del muro, y, perpendicular á éste, el otro se dilata por el campo, al que dan tres de las caras del edificio y solamente una á la ciudad. Está orientado por los ángulos que miran á los cuatro puntos cardinales y no tiene más que dos portadas, la del Sureste, hacia la ciudad, y la del Noreste, hacia el campo, ambas con tres puertas, flanqueadas de altas torres y lujosamente decoradas de gigantescos toros alados, con cabeza humana, puestos de frente ó de lado, pero todos con la cara vuelta hacia fuera, mirando al que se acercaba á entrar. Las habitaciones están dispuestas en tres grupos, que corresponden exactamente á las divisiones que ofrecen en nuestros días las residencias señoriales de la India, Persia y Turquía; el *serrallo*, ó palacio propiamente dicho, morada de los hombres, donde están las grandes salas de recepción, lo que se llama en todo el Oriente *Selamtiik*; el *harem*, departamento reservado, donde viven las mujeres con sus hijos, guardadas por eunucos y con un ejército de servidores á sus órdenes; el *khan*, ó sea dependencias del servicio. Por la fachada Noreste, á la que precede el patio de honor, se ingresa en el *serrallo*, que comprende 16 patios y más de 60 habitaciones. Aquí están las salas más vastas y mejor decoradas del palacio, donde se celebraban las grandes fiestas y las recepciones solemnes. Fajas de ladrillos esmaltados decoraban los arcos de las puertas, flanqueadas por toros alados, y cubrían las paredes, hasta la altura de dos metros, esas losas esculpidas que avaloran el Museo del Louvre y el Británico, donde se desarrolla en una prolija



Dr. A. H. C. S. T. H.

ASSHURBANIPAL OFRECIENDO UN SACRIFICIO.



quisito y que no esté completamente acabado. ¡Y las esculturas! ¡Cuántas hay! ¡qué riqueza! ¡qué variedad! Todos los episodios de la vida del constructor están representados en ellas; todas las particularidades de las comarcas que visitó se hallan fielmente reproducidas. Sólo su número sería imponente aun prescindiendo de su mérito artístico. ¡Veinticuatro pares de gigantescos toros alados, en la parte saliente de los muros, y lo menos 2.000 estelas esculpi-

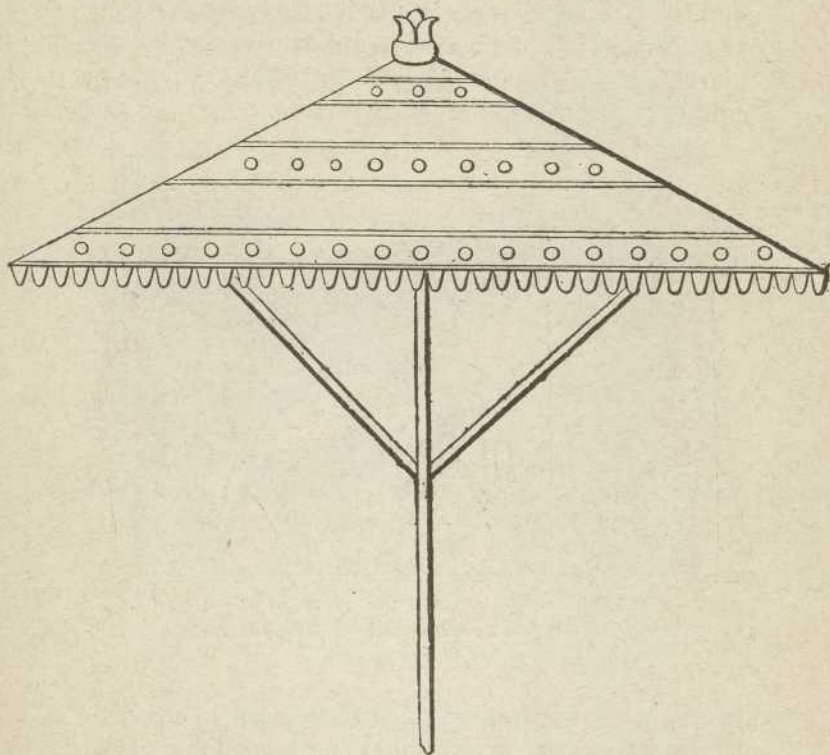
serie de relieves, toda la vida del príncipe, como guerrero, como cazador y como constructor. Al Sur de estas grandes salas, hay una porción de pequeñas y poco lujosas habitaciones, que debían estar destinadas á la vida privada del soberano y á las oficinas de su cancillería. Contiguos al serrallo vense tres edificios: uno muy lujoso, que Perrot opina sería el palacio del príncipe heredero, en el ángulo septentrional; otro, en el ángulo occidental, que Thomas ha restaurado en sala de trono, donde el rey cumplía sus devociones y en ciertos días se exhibía á sus servidores en todo el brillo de su gloria y majestad; el tercero, situado en el lado Noroeste, era el Zigurat. La segunda parte del palacio, el *harem*, situado en el ángulo occidental, comprendía tres patios, al rededor de los cuales se abrían multitud de pequeños cuartos y de salas espaciosas, destinadas sin duda á fiestas y banquetes. Las paredes de estas habitaciones no estaban decoradas más que de estuco blanco, con un plinto negro de 0m,80. En cambio, nada puede compararse á la riqueza de decorado del patio principal, donde se habian reunido todos los esplendores del lujo asiático y todos los refinamientos de la coquetería de las mujeres orientales. El pie del muro hallóse al descubierto, cubierto todavía de un revestimiento de mosaico en ladrillos esmaltados y barnizados, representando animales fantásticos, escenas de caza y de guerra ó leyendas mitológicas; erguíanse á entrambos lados de las puertas grandes estatuas pintadas y las columnas que formaban pórtico y sostenían la galería superior, como en los patios de los modernos palacios orientales, estaban envueltas en una funda de metal que imitaba el tronco de una palmera, y su cumbre semejaba un haz de palmas, de bronce dorado, que colgaban imitando la graciosa curva de las hojas naturales. Nótanse en el harem tres cuerpos de habitaciones, cada uno con su entrada particular é incomunicados entre sí; eran las residencias de las tres favoritas que tenía Sargón, y á las cuales se aislaba, como se las aísla hoy, de esta manera, porque aspirando cada una á reinar sola en el ánimo de su señor, eran entre sí celosas rivales, se odiaban y detestaban hasta el punto de no retroceder ante la idea del

das en las entrantes, á todo lo largo de la pared! «Sé, dice uno de los viajeros y exploradores, cuán extraño parece que se evalúen las obras de arte á peso y medida, pero este cómputo no tiene por objeto dar idea de su mérito artístico, sino sólo del trabajo que suponen». Cuando más adelante leemos que todas las obras, desde la construcción de la plataforma hasta las estelas que decoran los muros—las cuales fueron esculpidas en su mismo sitio, no en talleres y colocadas después;—cuando leemos, repetimos, que todas las obras se concluyeron en cinco años, el asombro se convierte en verdadera estupefacción. Sin embargo, tal es la verdad. Las obras empezaron en 712, y Sargón habita ya el palacio en 707. «Para

crimen para deshacerse la una de la otra. Rodeada cada una de numerosa corte de cautivas, mujeres de todos los pueblos, arrancadas á su patria por los soldados de Asshur, algunas de ellas esposas é hijas de reyes prisioneros, á las que el príncipe otorgaba á veces sus favores; estas reinas pasaban la mayor parte de su vida recostadas en ricos sofás presenciando, indolentes y ociosas, los espectáculos que les daban bailarinas, cantantes y eunucos tocando el arpa y el tamboril. El harem se consideraba como parte tan inherente al soberano, que iba con él á todas partes, á la guerra, á la caza y á los viajes. La tercera división del palacio, el *khan*, mucho más vasta que el harem, comprendía la parte central, á la que se entraba por la portada que miraba á la ciudad y el ángulo oriental. Allí estaban los almacenes de hierro, de cobre, de ladrillos esmaltados, de víveres y utensilios para la casa real, de las riquezas conquistadas á los pueblos vencidos, lo que se llama hoy el *khazneh* ó tesoro; allí, el arsenal ó armería, donde se guardaban durante la paz los carros de guerra, escudos, arcos, flechas, aljabas, lanzas y espadas; allí, panaderías y cocinas; allí, las cuadras, con argollas de bronce en las paredes para atar los caballos y camellos; allí, depósitos de sillas, arneses y tirantes; allí, en fin, sinnúmero de pequeñas habitaciones para los dependientes empleados en todos estos servicios.

Tal era el palacio que se hizo construir el rey Sargón para su uso, y que reproducía los desenterrados en Nimrud, Kalah, Koyundjik y Nebi-Yunus, todos los cuales no diferían entre sí más que en el lujo y las proporciones.—(N. de S. F.)

terminar en tan breve tiempo una construcción como esta, hubo necesidad de gran número de escultores y de artifices diestros de todas clases. Una nación capaz de reunir tantos hombres hábiles debió gozar de



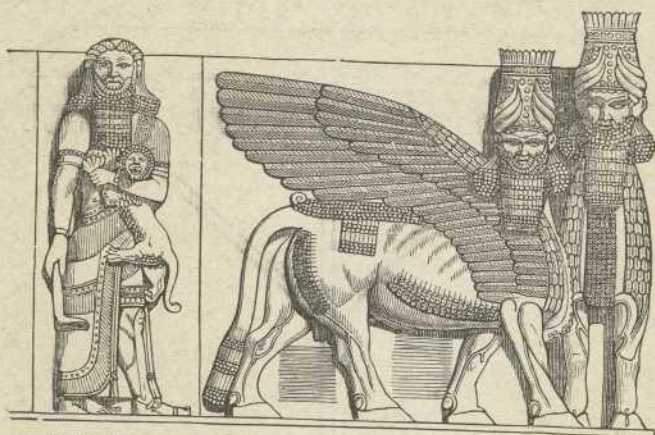
QUITASOL REAL

(según un bajo relieve del palacio de Sargón).

una cultura muy adelantada. Gracias al poder ilimitado que poseían los monarcas asirios, podían congregarse en un momento millares de obreros para fabricar ladrillos y levantar los muros y las terrazas; pero los medios puramente materiales no son bastan-

tes para crear arquitectos, escultores y pintores. *Es preciso* que haya condiciones sociales, en que las artes ocupen un lugar muy elevado»¹.

29. En 706, se consagraron las murallas de la ciudad. Es probable que hasta entonces no se permitiera establecerse en ella á las familias destinadas á poblarla. No puede menos de maravillarse el que una ciudad surja así, casi repentinamente, como por arte



TOROS ALADOS DE LOS DOS LADOS DE LAS PUERTAS DE DUR-SHARRUKIN.

(Puede verse con más detalles la figura del centro—Izdubar y el león—en la *Historia de Caldea*, pág. 314.)

de magia. Si no hubiera documentos que lo comprobasen plenamente, creeríamos estar leyendo un cuento de hadas. Pero un monarca asirio no se entretiene en semejantes burlas. Sargón, nos lo dice con la ma-

¹ Víctor Place, citado en los *Assirien und Babylonien* de Kaulen, página 54. De todos los libros populares modernos que tratan de estos asuntos, el Dr. Kaulen es el que da noticias más minuciosas, instructivas é inteligibles, del maravilloso palacio. También puede consultarse la descripción, ampliamente ilustrada, pero más técnica, de Perrot y Chipiez.

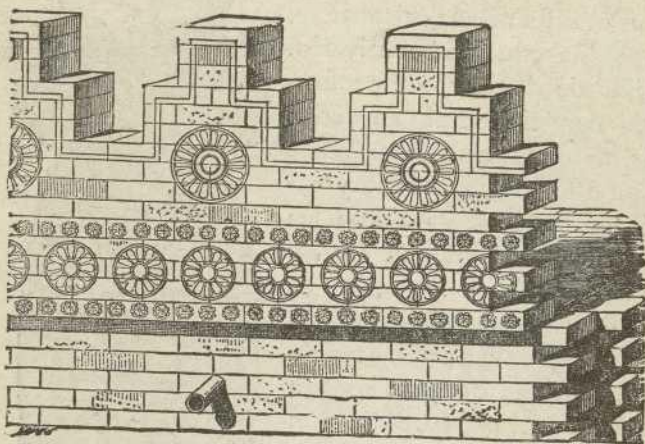
yor naturalidad: «Mandé hablar una misma lengua (la asiria, sin duda), y establecí en la ciudad á gentes que procedían de las cuatro partes del mundo y hablaban idiomas distintos y habían vivido en montes y valles... En nombre de Asshur, mi señor, y con el esfuerzo de mis armas, las había reducido á cautiverio. Hijos de Asshur, de profundos conocimientos en todas las materias, puse á su frente para que los vigilaran, y sabios y escribas para que les enseñasen el temor de Dios y el del rey».

30. Era esta demasiada fortuna para cautivos y tenían motivos para dar gracias á la casualidad, porque Sargón como gobernador, era muy otro que Sargón como conquistador. Una vez que había concedido á cualquier pueblo «las prerrogativas de Asirios» lo consideraba lo mismo que á sus compatriotas y le prodigaba igual atención que á éstos. Y, en verdad, tenía ideas muy estrechas acerca de los deberes de un soberano para con sus súbitos. Como dice en una inscripción, él fué



VISTA ANTERIOR DEL TORO ALADO
DE LAS PUERTAS DE DUR-SHARRUKIN.

«... el rey que se informaba de las públicas necesidades, recibía con agrado las peticiones y aplicaba su entendimiento á reconstruir los pueblos arruinados y á cultivar los terrenos de los alrededores; el que plantó árboles en las cimas de las montañas peladas, donde nunca había habido vegetación; el que se afanara en convertir los parajes yermos, jamás regados por ningún canal, en tierras de labor, donde brotaba el grano y resonaban alegres cantos, y en limpiar los cauces abandonados de las corrientes de agua y abrir zanjas, surtiéndolas de aguas tan abundantes como las olas del mar; un rey de inteligen-



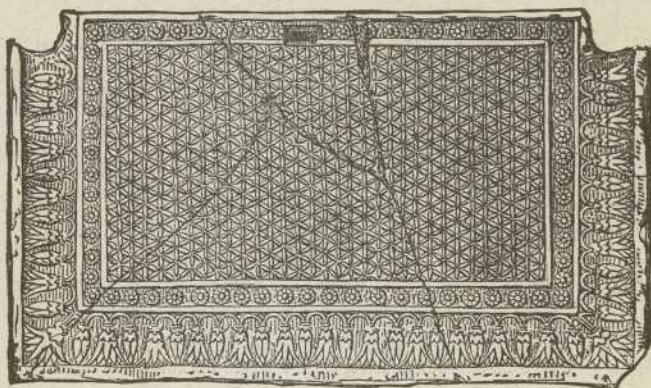
ALMENAS DEL MURO DE LA TERRAZA DE DUR-SHARRUKIN Y TUBO DE DESAGÜE.
(Restaurados con los fragmentos hallados en el terreno.)

cia clara, de ojo vigilante en todas las cosas... atinado en el consejo, sabio y de discernimiento bastante para llenar los almacenes de la ancha tierra de Asshur de viveres y provisiones, hasta tenerlos repletos... y para no permitir que el aceite que da la vida al hombre y cicatriza las heridas, se venda demasiado caro, y para regular el precio del sésamo lo mismo que el del trigo».

(El sésamo es un grano que se cultiva mucho en todo el Oriente para extraer el aceite que contiene.)

El último rasgo, especialmente, nos muestra un rey ansioso del bienestar de su pueblo, para obtener el cual no vacila en ocuparse en los menores detalles.

Lástima que no haya más relatos del mismo género, por donde venir en conocimiento de las empresas pacíficas de los reyes asirios. Porque éstos, fieros y crueles, no dejarían, después de todo, de ser alguna vez celosos administradores, y aquel pueblo, guerrero y aficionado al botín, haría, sin embargo, algo más que pelear y saquear. Pero he aquí un deseo imposible de satisfacer; los reyes asirios diferían mucho de nosotros en sus ideas acerca de la historia, y no



LOSA DEL DINTEL DE LA PUERTA DEL PALACIO DE SARGÓN
(Khorsabad).

nos han legado materiales para reconstruir el régimen interior, los usos y la vida doméstica de su nación.

31. El doble aspecto del reinado de Sargón—y probablemente, con más ó menos extensión, el de otros monarcas asirios—resulta bien patente en una cláusula de la invocación con que termina la inscripción que nos ha servido de guía en la última parte de este capítulo y en las líneas que inmediatamente la preceden. Mientras en la primera se exclama, con el

característico ardor bélico : « Séame concedido acumular en este palacio tesoros inmensos, los despojos de todas las comarcas, los productos de los montes y valles », en las otras se lee: « Con los jefes de las provincias, los sabios, los astrónomos, los grandes dignatarios, los lugartenientes y gobernadores de Asiria, me senté en mi palacio y administré justicia ». Algo más lejos dice el rey : « Pueda yo, Sharru-Kenu, que habito este palacio, ser preservado por el desti-



GRUPO DE CAZADORES ASIRIOS DEL PALACIO DE KHORSABAD.

no durante largos años, en la salud de mi cuerpo, en la satisfacción de mi corazón ».

32. No oyeron los dioses los votos del rey. Quince meses después de la consagración de los muros de la nueva ciudad, Sargón cayó bajo el puñal de un asesino desconocido, acontecimiento que tal vez no deba sorprendernos mucho, si se considera la mezcla de elementos que componían la población de Khorsabad.

Y he aquí el rey cuyas huellas, por un capricho inconcebible del destino, se habían borrado tan por completo como si nunca hubiese existido; cuyo nom-

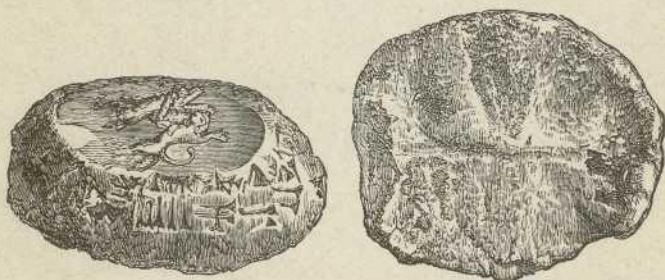
bre sólo se conocía por la sencilla mención que hace Isaias de él, aludiendo á la guerra contra Ashdod; cuya morada, abierta por Botta, es la primera entre las asirias pisada por pies modernos, y cuya reinstalación en su propio lugar, en los anales del género humano, se debe enteramente á los trabajos de los asiriólogos.



IX.

LOS SARGÓNIDAS.—SENNACHERIB (SIN-AKI-IRIB).

1. Entre todos los nombres de los monarcas asirios, el de Sennacherib es el único que nos ha sido siempre familiar y la personalidad de este rey la sola que se ha destacado viva y real, contrastando



Anverso.

Reverso.

EL SELLO DE SENNACHERIB, EN BARRO COCIDO.

El reverso contiene las aberturas para la correa y las ranuras para los dedos
(según Layard).

con las fábulas fantásticas, mal llamadas «Historia de Asiria», que aprendimos de nuestros padres y éstos de los suyos, y así sucesivamente, de generación en generación. Este rayo de luz en medio de las espesas sombras proyectadas por un círculo enorme

de errores y dislates, se debe á la Biblia, que nos ha transmitido, en tres libros diferentes, una relación de las campañas de este rey en Siria, las cuales tanto afectaran á la suerte de Jerusalén. Los últimos libros de la Biblia (*Reyes, Crónicas y Profetas*) abundan en pasajes que nos presentan á los Asirios como una nación poderosa, con gran viveza de colorido y suma verdad en los detalles; pero este rey es el único que es objeto individualmente de una narración dramática é interesante. Y ahora que el descubrimiento de gran número de textos cuneiformes relativos al mismo periodo, algunos de ellos muy extensos y bien conservados¹, nos han puesto en posesión de tantos hechos concernientes al reinado de Sennacherib, con las particularidades y detalles propios de tales relaciones, que son una reseña circunstanciada de los acontecimientos, se ve bien claro que la expedición tan conocida por los relatos de la Biblia y el hermo-



SENNACHERIB EN SU TRONO, EN TRAJE DE GALA.
(Koyunjik.)

¹ Véase *Story of Chaldea*, fig. 51, que representa el llamado *Cilindro de Taylor*.

so poemita de Byron ¹, es en realidad uno de los episodios más salientes de esta época; y su interés es tanto mayor cuanto que se trata en él de la primera campaña desastrosa de las armas asirias; porque esta es la conclusión que deberemos sentar, no obstante el silencio de los anales reales.

2. Sennacherib era hijo de Sargón. No menos guerrero que su padre, parece, sin embargo, que permaneció más tiempo «en el país», durante los 25 años que comprende su reinado. En cualquier caso, en los documentos, inéditos hasta ahora, no se habla más que de siete ú ocho campañas, que abrazan en junto 9 años. Mostró el mismo gusto que Sargón por las construcciones y edificó palacios, dedicándose á restaurar el antiguo esplendor de la por tanto tiempo abandonada capital, Ninive, que aún mejoró y embelleció, por haberla convertido en su residencia habitual, postergando á Dur-Sharrukin, que no se menciona en su tiempo. Quizás cobró antipatía á la nueva ciudad, con motivo de la trágica muerte de su padre.

3. Las grandes campañas militares de Sennacherib, además de su expedición á Siria, que tuvo más especialmente á Egipto por objetivo, son sus guerras contra las fuerzas coaligadas de Elam y Babilonia. Porque el pueblo sagrado de Marduk no era ya el fiel amigo y leal vasallo de la época de Sargón; por el contrario, se había despertado en él vigoroso el espíritu de independencia, y en la confusión que sigue á la trágica muerte del último rey, Merodach-Baladán reaparece en escena y consigue proclamarse otra vez rey de Kar-Dunyash. Fundó grandes espe-

¹ *La destrucción de Sennacherib.* «El asirio entró como el lobo en el redil, etc.

ranzas, como siempre, en el apoyo de Elam; pero no parece haber tenido ahora otros aliados, si se exceptúan las mismas tribus arameas y caldeas que otra vez le ayudaron.

Sin embargo, varios historiadores se inclinan á creer que se verificó en este tiempo «la embajada» á Ezekias de Judá, la cual otros suponen que tuvo efecto 10 años antes. Hasta que nuevas pruebas vengan á resolver esta duda de un modo definitivo, hay que dejar el punto abierto á discusión.

4. «En mi primera campaña (refiere Sennacherib) derroté á Merodach-Baladán, rey de Kar-Dunyash, y al ejército de Elam, su confederado, delante de la ciudad de Kish. En esta batalla, Merodach-Baladán abandonó el campo y huyó solo para salvar su vida. Me apoderé de los carros, caballos, bagajes, asnos. Entré con alegría en su palacio de Babilonia y abrí las arcas de sus tesoros».

Sigue una lista, donde se da cuenta del botín y cautivos recogidos, y se citan los nombres de 75 plazas fuertes de Caldea y 420 pequeñas poblaciones ocupadas. Respecto de las infortunadas «tribus», algunas se sometieron voluntariamente; las demás «fueron subyugadas sin tardanza». De la enumeración de los despojos resulta claro que se dedicaban al pastoreo, llevando una vida semi-nómada. Sennacherib dice: «208.000 personas, entre grandes y pequeños, hombres y mujeres; 7.200 caballos y mulas; 11.173 asnos; 5.230 camellos; 80.100 bueyes; 800.600 camellos, un botín inmenso llevé á Asiria».

5. Merodach-Baladán no había reinado más que 6 meses, y ocultóse de nuevo en el único refugio donde podía escapar á la persecución del asirio, en los pantanos de su patria, Bit-Yakin. Algunas pesquisas se practicaron en busca suya, pero pronto se

suspendieron, y Sennacherib, sea en señal de desprecio, sea para tener un agente fiel á sus órdenes, colocó en el trono de Babilonia á un tal Belibus, hijo de un sabio escriba de aquella ciudad, joven que, según se dice, «había sido educado en su palacio como un perrillo», (¿miranu?)¹. Es muy notable que no vuelva á mencionarse ninguna otra vez este nombre real. En el complicado periodo de revoluciones que va á seguir inmediatamente, no se le cita, y no se le encuentra tampoco en las inscripciones posteriores. De este silencio deducen cautelosamente algunos historiadores que hay aquí algún error.

6. La próxima expedición (la segunda) contra las tribus montañosas, belicosas y turbulentas, de los Kasshi (los Cosseanos de los escritores clásicos)², no dejan de ofrecer interés, por las noticias que contienen acerca de la áspera región de la cadena de los Zagros. Los peligros y dificultades de la marcha en aquellos terrenos, fragosos y desconocidos, debieron ser excepcionales, porque el rey dice especialmente: «Asshur, mi señor, me dió fuerzas para superarlos. Á través de altos bosques, de tierras de difícil acceso, fui á caballo, pues mi litera tenía que ser arrastrada por medio de cuerdas; subí á pie cuestas es-

¹ Esta jocosa expresión es objeto aun, por desgracia, de algunas dudas. He aquí lo que el eminente asiriólogo americano Dr. D. G. Lyon dice á este propósito: «*Miranu* parece significar alguna especie animal, y muchos asiriólogos aceptan la expresión «perrillo», pero no conceptúo incontrovertible este punto». La significación general del pasaje, sin embargo, es clara: indica en tono despreciativo que el nuevo rey se había criado como un cordero entre los pajes de la casa real. Este es el único rasgo, en la literatura asiria, de lo que llamamos *humorismo*, no exento, en verdad, de cierta bárbara rudeza; mas, de otro modo, no sería asirio.

² Véase *Story of Chaldea*, pág. 228

carpadas ¹». La campaña fué coronada del mejor éxito, y ejecutóse con arreglo al plan acostumbrado. Se saqueó y destruyó la «gran ciudad» de la montaña; reconstruyéronla después convirtiéndola en fortaleza asiria, y la repoblaron con cautivos traídos de otras partes; erigióse en la ciudad una lápida (probablemente una estela) dando cuenta de la expedición. Con esto, sin embargo, no se dió por terminada la



ACTO DE SUMISIÓN DE UN PRÍNCIPE VENCIDO, ANTE SENNACHERIB.

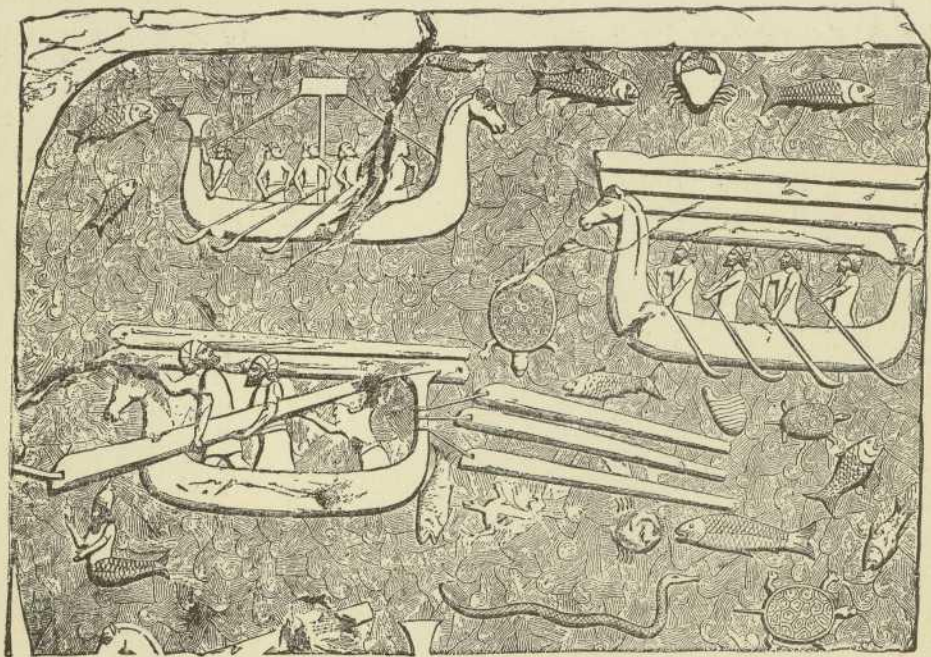
campana. El ejército asirio avanzó á través de los Zagros, hasta Ellip, que fué assolada y transformada en un desierto «en todas direcciones». «El rey de Ellip—el mismo que habia sido auxiliado contra su hermano y puesto en el trono por Sargón—abandonó sus fuertes ciudades y sus tesoros y huyó lejos».

Su capital fué reducida á cenizas, juntamente con otras muchas poblaciones, grandes y pequeñas, y se elevó otra ciudad á la categoría de «capital real» de

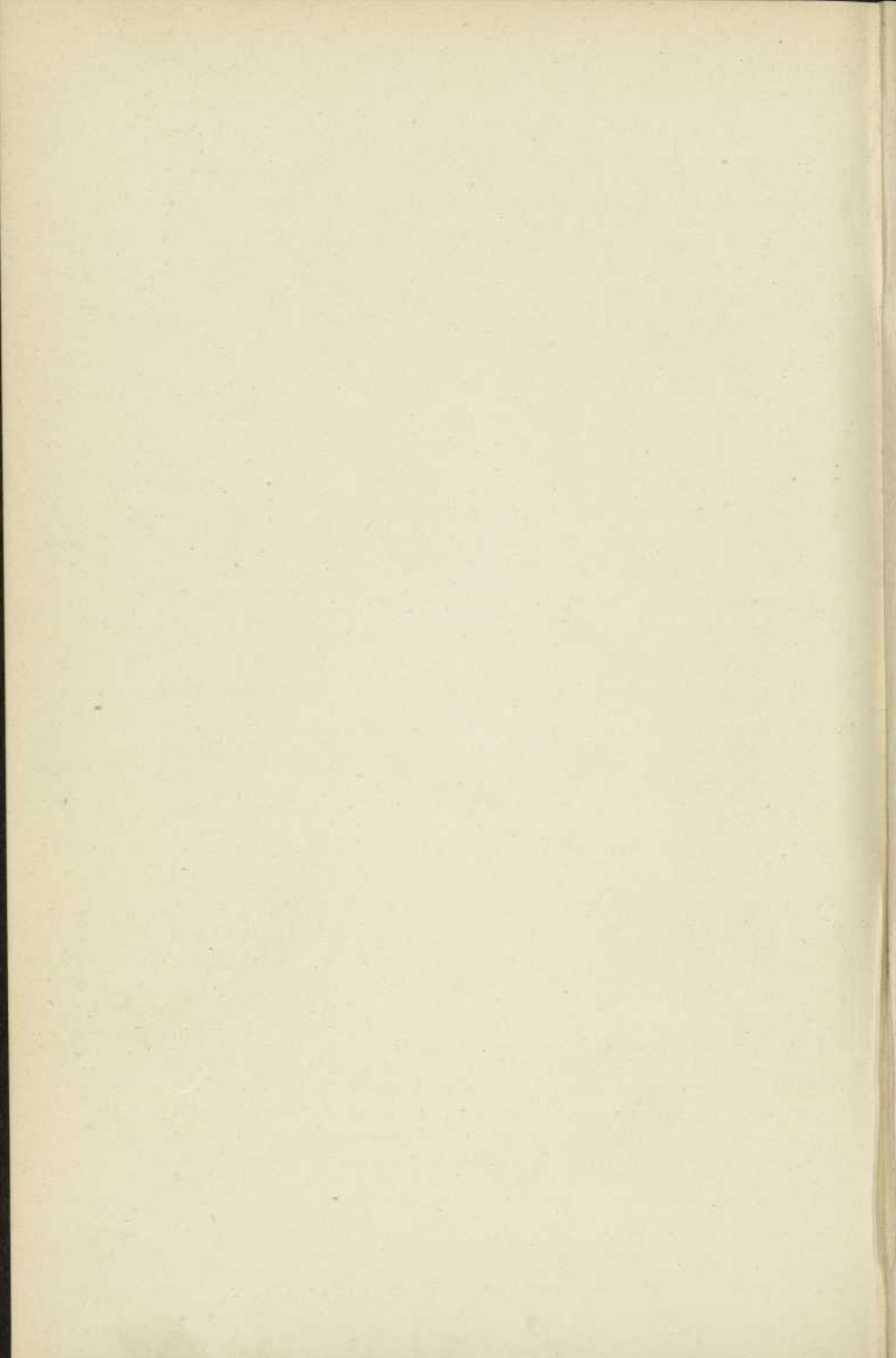
¹ Según la traducción de Hoerning.

la nueva provincia, bajo el nombre de Dur-Senna-cherib. No se dice cuál fuese la ofensa recibida, pero no iremos muy descaminados suponiendo que debió consistir en haberse unido Ellip á alguna tentativa de rebelión por parte de los Medos, porque la vigorosa represión de que fué objeto esparció el terror entre las tribus más distantes, que, á pesar de hallarse libres hasta entonces del yugo asirio y no haber sentido aún el esfuerzo de su brazo, se apresuraron á someterse, cosa que explica el párrafo siguiente con el cual cierra el rey el relato de su segunda campaña: «En el camino recibí crecidos tributos de las tierras lejanas de los Medos, cuyo nombre no fué nunca conocido de los reyes, mis padres; estos pueblos se sometieron al yugo de mi dominación». La complacencia con que este hecho se refiere, no se vió turbada por el triste presagio de que, 100 años después, estos «distantes Medos» vendrían á reemplazar á los Asirios, cuya benevolencia procuraban ahora timidamente granjearse.

7. En el entretanto, el Occidente era presa de sorda agitación, no menos peligrosa porque hubiera más cuidado que otras veces de que no trascendiese al exterior. Cinco años habían transcurrido del nuevo reinado sin que ningún suceso provocase la visita de los Asirios. Sin embargo, los reyes de aquella región esperaban el momento oportuno, prontos á secundar la iniciativa de TIRHAKA (mejor *Taharaka*, en asirio Tarku), rey de Egipto, el tercer monarca de la dinastía ethiope. Pareció éste disponerse á invadir la Palestina, y tal fué la señal de los levantamientos concertados. No obstante, los preparativos no debieron ser tan secretos que no llegasen á oídos del Asirio, el cual no bien enterado de ellos se trasladó á la



TRANSPORTE DE MADERAS PARA EL PALACIO DE SAR.ÓN.
(El dios Ea escolta la flota.)



costa. La rapidez y vigor en el ataque fué el principal secreto del éxito de los Asirios en sus guerras.

«Y aquí vendrá ligero y con velocidad (dice el profeta). No hay en él quien se canse ni fatigue; no se adormecerá, ni le tomará sueño, ni se le desatará el cinto de los riñones, ni se le desatará la correa de sus zapatos. Sus saetas agudas y todos sus arcos entesados. Las uñas de sus caballos, como pedernal, y sus ruedas como ímpetu de tempestad. Su rugido como de león, rugirá como los cachorros de los leones, y crujirá de dientes, y cogerá la presa, y la abrazará, y no habrá quien se la quite» ¹.

«El Asirio entró como el lobo en el redil; y en sus cohortes resplandecía la púrpura y el oro; y el brillo de sus lanzas era como el de las estrellas sobre el mar, cuando las azules olas ruedan de noche en el profundo mar de Galilea» ².

Vinieron «capitanes y soldados, adornados como para una fiesta, cabalgando en hermosos corceles» (Ezequiel). Nunca, ningún rey emprendió una aventura con más tranquilidad que Sennacherib su famosa «tercera campaña contra los Khatti».

8. El rey Ezequías de Judá, aunque no era ya un jóven ímpetuoso, había acabado por ceder á los imprudentes consejos del partido de la guerra, desoyendo las juiciosas observaciones del profeta-ministro, que no se cansaba de repetirle que «era vano confiar en el auxilio de Egipto» y que «el amparo del Faraón era vergonzoso y su protección engañosa». Soliviantados los ánimos, perdida la prudencia, no sólo se negaron los tributos, sino que hubo verdade-

¹ Se ha observado con exactitud que «ningún documento contemporáneo expresa de un modo más vivo y visible la impresión que produjo en Palestina la aparición de los ejércitos asirios.» (B. Stade, *Geschichte des Volkes Israel*, pág. 605). ¡ Y por cuán poderosa manera no interpretan y completan el pasaje transcrito las representaciones esculturales de estos ejércitos!

² Byron.

ras y activas demostraciones de hostilidad. « Los sacerdotes principales, los nobles y el pueblo de Ekrón ataron con cadenas de hierro á Padi, su rey, que guardaba los tratados y era fiel al juramento que prestara á Asshur, y lo entregaron á Ezequias, rey de Judá, el cual lo encerró inicuaente en una prisión ». Rotas de un modo tan violento las hostilidades, no habia más recurso que prepararse prontamente para la defensa. Los judíos tendieron en primer término, á evitar que pudieran surtirse de agua los esperados invasores. Así, « se congregó mucha gente y fué á cegar las fuentes (pozos) y los arroyos que manaban en el campo, diciendo: « por-

Desgraciada
invasión de
Sennacherib
en Judá, año
701 antes de
J. C.

que el rey de Asiria encontraría agua cuando viniese ¹ ». Reedificáronse los muros de la ciudad en aquellos sitios en que habían venido á tierra; se puso la ciudadela en estado de defensa; construyéronse escudos y lanzas en gran cantidad; nombráronse capitanes que acaudillaran al pueblo, « y el rey los reunió en la ancha plaza que hay en la puerta de la ciudad y les habló para animarles. »

9. Afortunadamente para Jerusalén, Sennacherib se entretuvo en su viaje á las poblaciones de la costa. Llegado, en efecto, á Sidón, cuyo rey habia huido á Chipre, detúvose para poner en orden los asuntos de la ciudad, y recibió el homenaje personal y los

¹ La Biblia da cuenta de estos sucesos en el libro II de los Reyes, XVIII, XIX; *Segundas crónicas*, XXXII; Isaías, XXXVI, XXXVII. Estos últimos capítulos son una repetición literal, con muy pocas variantes, de la mayor parte de la narración contenida en el libro II de los Reyes. Para reconstruir la campaña de que se trata con el auxilio de estos libros y los monumentos asirios, he seguido principalmente la interpretación de E. Schrader en su obra, *Keilinschriften und Altes Testament*.

tributos de otros varios reyes fenicios, así como también los de los reyes de Ammón, Moab y Edom. Entre los nombres de los reyes que allí fueron á rendirle acatamiento, figura el de «Menahem, rey de *Samsimuruna*; si hemos de traducir esta palabra por la de *Samirina* (Samaria), tendremos una prueba de que Israel conservaba aún un pálido fantasma de su monarquía. Sennacherib redujo después á la obediencia á Ascalón, donde repitióse el espectáculo habitual de rescates, deportaciones y cambio de dinastía. Entonces ya envió un destacamento de su ejército contra los Hebreos, mientras él seguía con el grueso de las fuerzas hacia el Sureste, para sitiar la importante ciudad fortificada de Lakhish, porque hubiera sido grave falta dejar que los Egipcios se apoderaran de ella. En esta primera campaña, ocurrió lo de siempre. «Sennacherib, rey de Asiria, vino contra las ciudades fortificadas de Judá y las tomó.» El conquistador es más explícito: «Treinta y seis de sus ciudades más fuertes, sus castillos y las innumerables poblaciones más pequeñas de su territorio, con máquinas de guerra, por el asalto y el ataque, el fuego y el hacha, las combatí y tomé; 200.150 personas, entre grandes y pequeños, caballos, asnos, bueyes y carneros en número inmenso, por en medio de ellos los conduje y conté entre los despojos. Á su rey lo encerré dentro de Jerusalén, su ciudad real, como á un pájaro en una jaula. Construí una trinchera enfrente, é impedí que saliese tapiando la puerta de la ciudad». Á todo esto, los Egipcios no llegaban. En tal apuro, Ezequias se vió forzado á retractarse y á solicitar una transacción. Envió, pues, embajadores al rey de Asiria, á Lakhis, diciéndole: «He pecado, retírate de mí y me cargaré con todo lo

que me impusieres». Sennacherib le exigió una suma que se elevaba como á un millón de duros, en oro, y otro medio millón, en plata. Para satisfacer esta demanda, después de los enormes gastos que habian causado los preparativos bélicos, Ezequias no sólo tuvo que vaciar su propio tesoro y el del templo, sino que hizo pedazos las puertas de este último y las planchas de oro con que las guarneciera en los días de su prosperidad. Así pudo mandar, con harto dolor de su corazón, al rey de Asiria, que seguía frente á Lakhis, la contribución pedida; también dió libertad á Padi, el rey depuesto de Ekrón, á quien Sennacherib se apresuró á restablecer en su trono. El territorio conquistado á Judá lo dividió el Asirio entre el mismo Padi y los reyes leales de Ashdod y Gaza, no olvidando aumentarles proporcionalmente los tributos que le pagaban.

10. En este intermedio, Lakhis fué tomada, y aunque el sitio de esta ciudad no se menciona en los grandes textos, tenemos la prueba más poderosa de su existencia en forma aun más convincente, porque está representado con todas sus peripecias en una de las esculturas murales más hermosas, que ocupa varias estelas en un vestibulo del palacio de Sennacherib, excavado por Layard en Koyundjik. He aquí la escena final: sobre una eminencia, á cuyo pie se ve el carro de Sennacherib con su conductor, entre vides cargadas de racimos y árboles frutales, aparece sentado el rey, delante de su tienda, en un trono elevado, de lujosa ornamentación; del espaldar penden preciosas colgaduras, y los cortesanos están detrás con enormes mosqueadores. En el carro real hay un lacayo á cada lado de los caballos; el portador del quitasol real está junto á una rueda, y detrás

un soldado tiene del diestro el caballo del monarca. La matanza no ha cesado todavía, pero un alto oficial, seguido de soldados, habla al monarca; es lo probable que sirva de introductor á la fila de cautivos, que esperan á corta distancia, con la conveniente escolta, unos postrados, otros de pie, todos con las manos extendidas en actitud de súplica. Una inscripción que hay en lo alto, explica la escena de la siguiente manera: «*Sennacherib, rey de las naciones, rey de Asiria, sentado en un trono exaltado, recibe los despojos de la ciudad de Lakhish*».

11. Acababa el Asirio de apoderarse de esta importante plaza, cuando llegaron noticias del avance de las fuerzas egipcias, el cual, lento al principio, verificóse después con tanta rapidez que apenas dió á Sennacherib tiempo de volver sobre sus pasos é ir al encuentro del enemigo, que acampaba en las inmediaciones de Ekrón. En tales circunstancias, no creyó oportuno dejar á sus espaldas una fuerte ciudad real en poder de un aliado dudoso. Envió, pues, una embajada á Ezequias pidiéndole que le entregara á Jerusalén. Con objeto de que la demanda fuese más apremiante, comisionó para exponerla á sus más elevados dignatarios, el turtán (comandante en jefe), el *Rabshakeh* (un general, no el copero), y el Rabsaris (un alto oficial de palacio). La descripción de esta embajada, tal y como se encuentra en los libros bíblicos, es una obra maestra, por la verdad y colorido local que hay en ella, y tiene valor inapreciable, porque pone de manifiesto la manera cómo estas negociaciones semi-militares, semi-diplomáticas, eran conducidas.

12. Los mensajeros subieron á Jerusalén é hicieron alto frente á las murallas. «Llamaron al rey», y

tres oficiales de palacio «vinieron á ellos». El Rabs-hakeh tomó la palabra. Trató de desengañar al rey acerca de su confianza en Egipto, «báculo de caña quebrada, sobre el cual si un hombre se apoyare, rompiéndose, se le hincará por la mano y se la horadará». Procuró luego desvanecer la esperanza de Ezequías en la asistencia del Señor, su Dios, diciendo insidiosamente: «¿Pues qué, he subido yo sin la voluntad del Señor á este lugar para destruirlo? El Señor me dijo: sube á esa tierra y destrúyela». Era este un argumento de fuerza que podia influir de un modo desastroso en el ánimo del pueblo, que seguía con avidez el curso de la conversación desde lo alto de las murallas. Asi que los negociadores judíos se apresuraron á interrumpir al orador exclamando: «Te rogamos que hables á nosotros tus siervos en siriaco, porque entendemos esta lengua, y no nos hables en la judaica, de modo que lo oiga el pueblo que está sobre el muro». Conociendo el Asirio lo ventajoso de su posición, replicó al punto. «¿Pues qué, mi señor me ha enviado á tu señor y á ti para decir estas razones, y no más bien á los varones que están sobre el muro?» Y prosiguió dirigiéndose al pueblo:

«Oid las palabras del gran rey, del rey de los Asirios. Esto dice el rey: No os engañe Ezequías, porque no os podrá librar de mi mano, ni os haga confiar en el Señor, diciendo: ciertamente nos librára el Señor y no será entregada esta ciudad en manos del rey de los Asirios. No queráis dar oídos á Ezequías, porque esto dice el rey de los Asirios: tratad conmigo lo que es útil para vosotros y salid á mí, y comerá cada uno de su viña y de su higuera y beberéis las aguas de vuestras cisternas; hasta que yo venga y os traslade á una tierra que es semejante á vuestra tierra, á una tierra fecunda y abundante de vino, tierra de pan y de viñas, tierra de olivos, y de aceite y miel, y viviréis y no moriréis. No deis oídos á Ezequías, que os engaña

diciendo: el Señor nos librá. ¿Acaso los dioses de las naciones libraron á su tierra de la mano del rey de los Asirios? ¿Dónde están los dioses de Hamath y de Arphad...? ¿Quiénes entre todos los dioses de las tierras son aquellos que libraron su región de mi mano, para que el Señor pueda librar á Jerusalén de mi mano? Pero el pueblo escuchó en silencio y no le contestó palabra; por cuanto tenían orden del rey que no le diesen respuesta».

13. Los enviados asirios entregaron una carta de su señor para el rey de Judá, el cual, al recibirla, «rasgó sus vestiduras y cubrióse de un saco y se entró en la casa del Señor» recurriendo en su amarga angustia al profeta Isaias, á quien avisó. Después extendió la carta delante del Señor é hizo oración en su presencia, diciendo: «Inclina tu oreja y oye: abre, Señor, tus ojos y ve: oye todas las palabras de Sennacherib, que ha enviado á darnos en rostro con el Dios viviente». Pero Isaias envía al rey un mensaje que le alienta. No era ocasión de dirigir reproches al monarca, sino de darle brios, é Isaias, con toda la indignación del sacerdote y del patriota, fulmina, en nombre de Yahveh, una larga y terrible profecía contra el invasor, que se resume en el siguiente pasaje: «Porque has enloquecido contra mí y tu soberbia subió á mis oídos, pondré un anillo en tus narices y un acial en tus labios ¹ y te haré volver por el camino por donde viniste». Con esto, cobró ánimos el rey, aunque un numeroso destacamento asirio llegó y acampó delante de Jerusalén.

14. Ínterin ocurrían estos sucesos, los ejércitos asirio y egipcio se hallaban por segunda vez frente á frente. Libróse una gran batalla cerca de un lugar llamado *Eltekeh* (en asirio, *Altaku*), en la cual Sen-

¹ Parece haber sido este un castigo que se aplicaba con frecuencia á los criminales (fig. 46).

nacherib pretende haber obtenido la victoria. Sin embargo, dedica breves palabras á un acontecimiento tan importante, no se expresa con la arrogancia de costumbre y la narración es á veces confusa. Habla de haberse apoderado de Altaku y de otra ciudad y de haber recogido algún botín; pero no da los detalles precisos que en tales ocasiones eran de rigor. De cualquier modo, no dice que le pagaran tributos, ni que le rindieran acatamientos, ni que se hubiese internado en el país del enemigo vencido. Por el contrario, pasa rápidamente á los asuntos de Judá, y nos informa de que Ezequias reunió un gran tesoro, que le *envió á Ninive*, juntamente con sus propias hijas y muchas mujeres del palacio real. De cómo él volvió á Ninive, ni una sola palabra.

15. El hecho es que sus operaciones militares se vieron interrumpidas aquel año, por causas independientes de la voluntad humana. Sobrevino una epidemia y causó en poco tiempo tantas victimas entre sus soldados, que hubo de ordenar la vuelta del destacamento que vigilaba á Jerusalén y retirarse prontamente. Los historiadores bíblicos describen la catástrofe en el poético estilo oriental que conocemos: «El Angel del Señor salió, é hizo gran matanza en el campamento de los Asirios, y levantáronse por la mañana y he aquí que todos eran cuerpos muertos». Es curioso que este relato se halle corroborado por una tradición que se conservaba en Egipto y que oyó 250 años después el historiador y viajero griego Herodoto, según la cual, Sennacherib, rey de los Árabes y Asirios, había avanzado hacia Egipto con el ánimo de invadirle; pero el piadoso rey egipcio implora el favor divino, y aquella misma noche un ejército de ratones es enviado al campamento asirio y

destruye los carcajes de cordobán, las cuerdas de los arcos y los escudos de cuero, de modo que los enemigos quedaron realmente desarmados y fué fácil derrotarlos y cebarse en ellos. Ahora bien, el ratón fué entre los orientales el emblema de las epidemias de tumores ¹, y hay otros versículos de la Escritura en que el ángel destructor, ó «Ángel de Yahveh», figura como el portador de la peste ².

16. En el año siguiente se desarrolla otro acto del gran drama babilónico. El viejo campeón, Merodach-Baladán, no juzga ya prudente reaparecer como candidato al trono, que deja á un competidor más joven, Suzub, otro príncipe caldeo «que habitaba en los pantanos». El gran cilindro de Tylor relata el resultado de esta campaña, que empieza con la derrota de Suzub:

«Su valor (el de Suzub) desmayó y huyó solo como un pájaro, no pudiéndose hallar sus huellas. Entonces retrocedí y tomé el camino de Bit-Yakin. Merodach-Baladán, á quien en mi primera campaña había derrotado y cuyo poder había destruido, temió el empuje de mis armas. Metiendo en sus arcas á los dioses, los protectores de su patria, embarcóse con ellos, dirigiéndose, como ave que huye, á Nagitu, situada en medio del mar».

1 B. Stade, *Geschichte des Volkes Israel*, pág. 203 y pág. 621, y Libro I de los Reyes, V y VI: aquí se dice que los Filisteos, castigados con una plaga de tumores por haber querido retener el Arca en el templo de Dagón, devolvieron el Arca, con una cajita en la cual, conforme al consejo de sus sacerdotes y adivinos, colocaron, para obtener el perdón de su pecado, «cinco años de oro y cinco ratones de oro», pues les habían dicho: «haréis imágenes de vuestros años y otras de los ratones que han destruído vuestra tierra».

2 Véase Libro II de los Reyes, XXIV, 15-17, donde se refiere que Yahveh envió una peste sobre Israel, de la que murieron setenta mil personas. «Y habiendo extendido el *Ángel del Señor* su mano sobre Jerusalén para destruirla, el Señor se apiadó de su angustia y dijo al Ángel que hería al pueblo: basta, deten ahora tu mano... Y dijo David al Señor, luego que vió al *Ángel que hería al pueblo*: yo soy el que he pecado, yo he obrado inicuamente...»

Esta ciudad debió estar construida sobre isletas— como Venecia en medio de sus lagunas— en el lado opuesto del Golfo— la costa elamita— en las bocas del río Ullai (el clásico Eulaeos), que en aquella época tributaba sus aguas al Golfo, á gran distancia de la desembocadura del Tigris y el Éufrates, mientras hoy se une al Shatt-el-arab bastante antes de llegar á la costa. (Véase el mapa.)

«Me apoderé de sus hermanos, los continuadores de la casa de su padre, que habia dejado en tierra, y de la gente que habitaba en Bit-Yakin, en los pantanos y cañaverales, y los conduje á todos como cautivos. Destruí de nuevo sus ciudades, las arrasé y reedifiqué desde los cimientos. Contra su aliado, el rey de Elam, dirigí el torrente de mis armas. Á mi vuelta, á mi hijo primogénito, *Asshur-nadin-sum*, senté en el trono de su reino; sometí toda la tierra de Shumir y Accad».

Esta es la última vez que oímos hablar de Merodach-Baladán. Ignórase cómo y cuándo murió. Consumida su energía vital en una lucha de cerca de 30 años, perdióse en la oscuridad, aceptando un destierro penoso, renunciando á la reconstrucción de un imperio caldeo independiente, idea que habia convertido en misión suya y de su raza. Sin embargo, esta misión debia ser cumplida, aunque por otras manos y en otro siglo, porque con la desaparición del viejo «rey del mar», termina el año 700 antes de J. C. y empieza la siguiente centuria. Asiria, como Imperio, no debia ver el fin de ella.

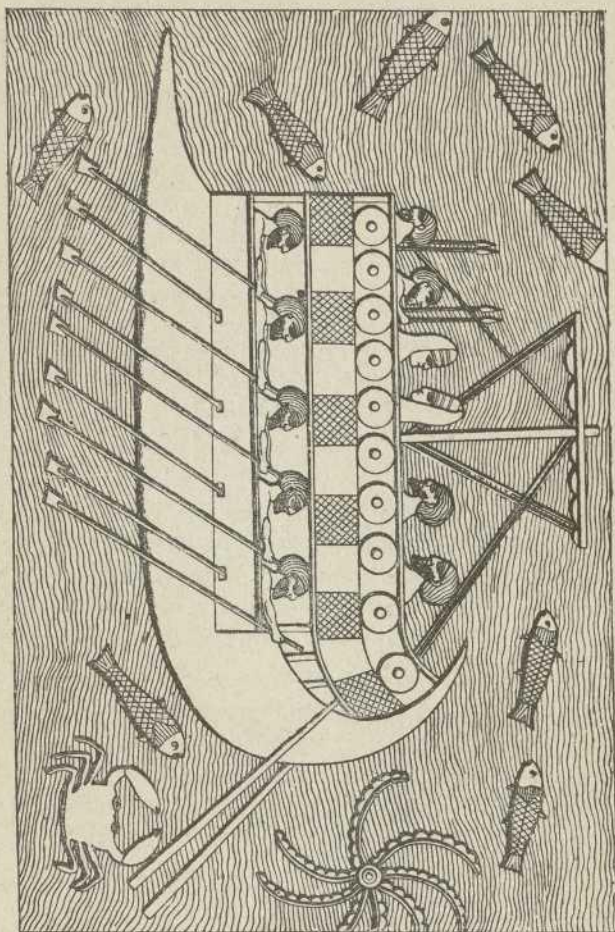
17. Los comienzos del nuevo siglo no son memorables por la ejecución de ninguna empresa brillante. La primera campaña de que se habla— en los montes Nipur (parte de la cadena del Naïri)— no ofrece nada de particular; podríamos dejar de men-

cionarla, si no fuese porque su descripción en el gran cilindro es un modelo en su género:

«En mi quinta campaña, los pueblos de... (sigue una lista con los nombres de varias tribus), que tenían sus viviendas, como las águilas sus nidos, en las cumbres más altas y en los riscos más escarpados de los montes Nipur, rehusaron encorvarse bajo mi yugo. Planté mi campo al pie de los montes Nipur. Con mi séquito, famoso en todo el mundo, con mis guerreros, los inexorables, emprendí la subida, como veloz gacela. Á través de desfiladeros, sobre torrentes mugidores, por pasos montañosos, viajé en mi litera; en los sitios demasiado abruptos, eché pie á tierra y trepé como una cabra montés por entre peñascos elevados. Descansé sobre mis rodillas, me senté en las rocas, y el agua que se precipitaba de las montañas apagó la sed que me devoraba. Perseguí á los naturales en los picos y en los bosques, y los derroté por completo. Tomé sus ciudades; me apoderé de sus despojos; las destruí, las arrasé, las reduje á cenizas».

18. Aprovechándose de estar ausente Sennacherib en los distritos del Norte, Suzub «el Babilonio», como ahora se le llama, salió de su retiro y alzóse otra vez con el título y el poder real. Pero el Asirio, antes de caer sobre él, determinó concluir con el nuevo nido de conspiradores y rebeldes que los emigrantes de Bit-Yakin habían formado en la costa de Elam, y concibió el atrevido y original propósito de atacarlos por mar. Para realizar su designio, ordenó á los carpinteros de ribera cautivos de la tierra de los Khatti (sin duda, Fenicios), que construyesen en Nínive «altos barcos, según el uso de su país», y los dotó con marineros de Sidón y de Tiro; las naves fueron botadas al agua, á cierta distancia, en el Tigris, adonde fueron llevadas por tierra, con el auxilio de... (aquí la inscripción está desgraciadamente mutilada, probablemente diría carretones y rodi-

llos) de madera, y siguieron hasta el gran canal de Arakhtu, uno de los principales canalse de riego y



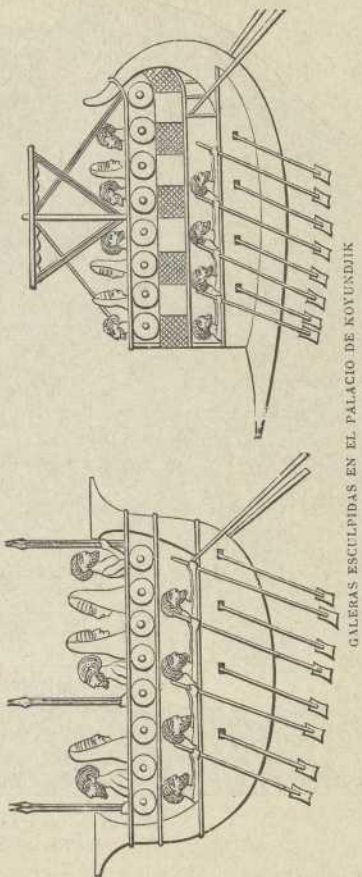
BUQUE DE GUERRA ASIRIO
(según un relieve de Nimrud).

de las más importantes vías de comunicación de Babilonia. Después, el ejército pasó á bordo y la flota ganó el Éufrates, donde se le unieron algunos otros

barcos, contruidos en una ciudad situada á la orilla del Éufrates Superior, siguiendo rio abajo á hacer estacion en el Golfo. Colocóse el campamento del rey tan cerca de la costa que las olas, en la marea alta, lo rodearon por todas partes, y anegaron las tiendas, de tal modo que el rey, con sus acompañantes, se vió obligado á permanecer cinco dias y otras tantas noches á bordo de los bajeles.

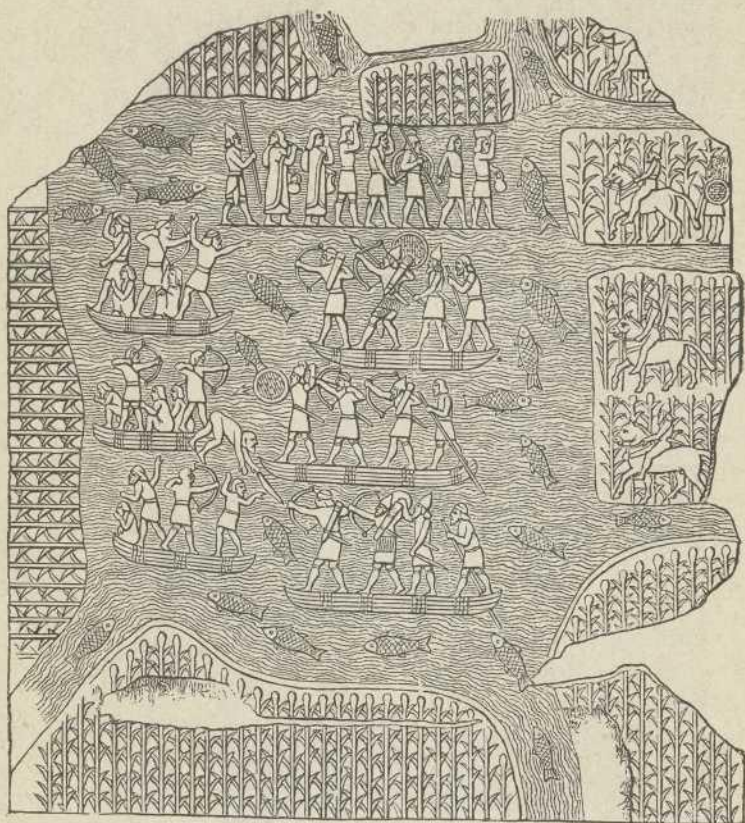
Al fin, la flota, con todas las tropas que conducía, avanzó á través de las lagunas y entró en el Golfo por las bocas del Éufrates. Esta expedición marítima era una gran novedad entre los Asirios, pueblo esencialmente continental, y el suceso consideróse digno de perpetua recordación, siendo debidamente celebrado con gran

número de solemnidades y ceremonias. Ofreciéronse sacrificios y se echaron al agua pequeños peces y otros pescados de oro, como presente propiciatorio á Ea, el señor de las olas. La expedi-



GALERAS ESCULPIDAS EN EL PALACIO DE KOVUNDIK
(según Layard).

ción, por otra parte, fué coronada del éxito más completo.



BATALLA EN UNA LAGUNA
(según Layard).

«Reduje á cautiverio á los hombres de Bit-Yakin y á sus dioses y á los hombres de Elam (varios de sus distritos fueron asolados y sus ciudades tomadas); no dejé detrás á ningún enemigo. Los embarqué en bajeles, los hice cruzar al otro lado y los envié á Asiria... Á mi vuelta, derroté en una gran batalla á Suzub, el Babilonio, que se

había vuelto á proclamar rey de Shumir y Accad; lo cogi vivo con mi propia mano y lo até con cadenas, mandándolo á Asiria. Derroté al rey de Elam, su aliado; deshice su poder y aniquilé sus huestes».

19. A la victoria siguió la invasión: el humo de las ciudades abrasadas, «como empujado por un violento huracán, oscureció la ancha faz del cielo»; y Khudur-Nankhundi había buscado ya su salvación, abandonando su ciudad real y huyendo á las montañas, cuando Sennacherib, por segunda vez en poco tiempo, se vió compelido á retirarse ante un poder superior á las fuerzas humanas. En su ardor de avanzar, no había tenido presente la estación. Se estaba ya en el mes de Diciembre, nunca favorable para la guerra de montaña, y aquel año los elementos se mostraron más inclementes que nunca. Hubo un terremoto, y «los cielos despidieron agua y más agua y nieve, hasta el punto que los torrentes se desbordaron». En vista de esto, Sennacherib volvióse y tomó el camino de Ninive, como confiesa lisa y llanamente.

20. En aquellos mismos días murió Khudur-Nankhundi, rey de Elam, sucediéndole su hermano, *Umman-Minan* «hombre sin inteligencia ó previsión», como las inscripciones dicen de él, á causa de la prontitud con que se uniera á los conspiradores y rebeldes, no obstante las varias lecciones severas que sus predecesores habían recibido.

En verdad, la tentación era grande, porque Sennacherib permaneció sin salir á campaña muchos años, dedicado probablemente á la construcción y reparación de edificios; entre su séptima campaña y la octava transcurren, en efecto, no menos de seis años. En este intervalo, Suzub vuelve á presentarse en Babilonia. Por lo visto, escapó del cautiverio,

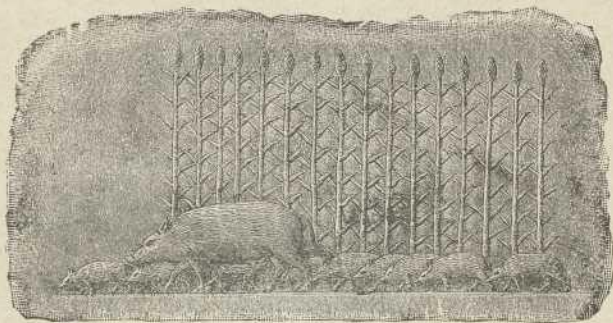
aunque no se expresa cómo ni cuándo realizara el difícil plan de su evasión. Parece haber llevado al principio la vida aventurera de un proscrito, y haber reunido una banda de desesperados, — «malvados, sanguinarios, garulla fugitiva» — viviendo oculto con ellos en las lagunas, de donde, más adelante, pasó á Elam para reclutar más gente, hasta que volviéndose con rapidez, entró en Babilonia. «Aquí el pueblo le sentó, á él que no lo merecía, en el trono, ciñéndole la corona de Shumir y Accad». Suzub trató de buscar aliados. Pero nadie se encontraba dispuesto á comprometerse gratuitamente, y el tesoro real estaba exhausto. Suzub, pues, con el consentimiento de los Babilonios, abrió las arcas de los grandes templos, recogió el oro y la plata que en ellos había, hizo ofrecimientos á Umman-Minan y le propuso un tratado. «¡Reune tú ejército! ¡Levanta tu campo! ¡Apresúrate á venir á Babilonia! ¡Únete á nosotros!» «Entonces», escribe Sennacherib, que en todo este pasaje revela profundo disgusto y viva cólera.

«Entonces, el Elamita, cuyas ciudades había yo tomado y destruido, demostró su falta de juicio, su condición olvidadiza. Reunió su ejército; puso en movimiento carros y bagajes; unció á sus yugos caballos y asnos... Llevó consigo un numeroso ejército de aliados... y tomó el camino de Babilonia... Los Babilonios, malvados y perjuros, cerraron y barrenaron las puertas de la ciudad, y dando pruebas de la dureza de sus corazones, se apercibieron para la resistencia».

Las fuerzas de Elam y Babilonia se unieron sin obstáculo alguno, y en vez de esperar el ataque de los Asirios, avanzaron atrevidamente á su encuentro. Entonces se libró una sangrienta batalla, cuya descripción se conserva, por fortuna, casi intacta en el gran cilindro, y es uno de los mejores modelos que

tenemos de la literatura histórica asiria. En verdad, es tan viva, abunda en detalles tan pintorescos y hay en ella tal movimiento, que puede ser comparada con las obras maestras del mismo género de cualquiera literatura, sin exceptuar los mismos poemas homéricos. Sería sacrilegio omitirla ó mutilarla. La damos integra ¹.

21. «Como una plaga de langostas pasaron por el país, siguiendo adelante para presentarme la batalla. El polvo de sus pies se levantó



CUADRO COPIADO DE LOS PANTANOS CALDEOS; MARRANA SALVAJE CON SUS CACHORROS.

(Palacio de Sennacherib, Koyundjik.)

ante mí, como cuando el fuerte viento de tormenta cubre la faz del ancho cielo de nubes cargadas de agua. En la ciudad de Khaluli, á la orilla del Tigris, se colocaron en orden de batalla y animaron á sus huestes. Yo oré á Asshur, á Sin, á Shamash, á Bel, á Nebo y á Nergal, á Ishtar de Ninive y á Ishtar de Arbela, mis celestiales protectores, y les pedi que me conceliesen la victoria sobre mis poderosos enemigos. En buen hora les supliqué; oyeron mis ruegos y acudieron en mi auxilio. Semejante al león furioso, me vestí la coraza; con el yelmo, honor de los combates, me cubrí la cabeza. En mi rápido carro de guerra, que barre á los enemigos, me subí prontamente. Cogí el arco poderoso que Asshur había puesto en mis manos; empuñé la maza

Batalla de
Khaluli, 692
o 691 antes de
J. C.

1 Según la versión de Hoerning.

destructora. Rompí por entre las huestes enemigas, impetuoso como un león; troné como Ramán. Por orden de Asshur, el gran dios, mi señor, atropellé al enemigo, recorriendo su campo de un extremo á otro, como un torrente asolador. Con las armas de Asshur, mi señor, y mi terrible empuje, hice temblar sus corazones y se precipitaron al río. Aclaré sus filas con la maza y las flechas, y sus cadáveres sembraron el suelo como roldanas (?). Á Khumbanundash, el general y principal sostén del rey de Elam, hombre de elevada alcurnia y de gran prudencia, y á sus acompañantes—que todos lucían dagas doradas en la cintura y brazaletes de oro en las muñecas—los llevé de una parte á otra como vigorosos toros atados, y puse fin á sus días: los degollé como á corderos, y sus preciosas vidas les arranqué como... (?). Cual violento huracán, esparcí sus tiendas y banderas por el suelo, arrugadas y hechas jirones. Los asnos ¹ uncidos á mi carro nadaban en sangre... sangre y cieno teñían los ejes de mi carro, que barria obstáculos y entorpecimientos. De los cuerpos de sus guerreros llené el campo como de hierba. Como trofeos de la victoria les corté las manos, y quité de sus muñecas los brazaletes de oro y brillante plata; con mazas provistas de agudas puntas hice astillas sus brazos; las dagas de oro y plata les quité de la cintura. Á los demás grandes señores, juntamente con Nebosumiskun, el hijo de Merodach-Baladán, que temeroso de mis armas había reunido su ejército, los cogí vivos en medio de la batalla, con mis propias manos. Hize traer sus carros al campamento. Los guerreros que los montaban yacían por tierra; sus conductores habían huido y los caballos corrían desbocados. Á la distancia de dos... ordené recogerlos. Á Umman-Minán, el rey de Elam, al rey de Babilonia y á sus aliados de la tierra de los Kaldú, la fiera de mi acometida los espantó. Abandonaron sus tiendas y buscaron su salvación en la fuga, pisando los cuerpos de sus propios guerreros; iban veloces, como jóvenes golondrinas ahuyentadas de sus nidos... Lancé mis carros y caballos en su persecución; los fugitivos eran atravesados á lanzadas dondequiera que se les encontraba».

Hay una inscripción mural egipcia, semejante á esta, aunque se refiere á otra batalla, dada en siglos anteriores; es un poema donde se describen la batalla de Kadesh y las proezas del rey Ramsés II; el autor es el poeta de la corte y sacerdote escriba,

¿Acaso «mulos»? El escritor alemán dice «Esel».

Pentaour. La descripción es bella y animada, pero más florida que la asiria y contiene aún mayor número de detalles, como, por ejemplo, los nombres de los corceles guerreros del rey. El poema gozó de mucha fama, y se han hallado copias de él en los muros de varios templos.

22. El término de esta brillante campaña no se consigna en el cilindro de Tylor, sino en un monumento tallado en la roca viva cerca de un lugar que se llama Bavián, en un rincón agreste y muy pintoresco, situado algo al Noreste de Khorsabad. Este monumento, que rodean otras varias rocas esculpidas, más ó menos injuriadas por el tiempo y los agentes naturales, es de fecha posterior al cilindro. La campaña, cuyo suceso culminante es la batalla de Khaluli, reséñase brevemente, diciéndose al final que la derrota amedrentó y quebrantó tanto á los Elamitas, que huyeron «como águilas» á las montañas, y por espacio de mucho tiempo no emprendieron más expediciones ni pensaron en nuevas guerras.

23. Pero Babilonia debía ser tratada con más rigor. Después de devastar las comarcas menos inaccesibles de Elam, Sennacherib volvió atrás con el firme propósito de extinguir, de una vez para siempre, aquel foco permanente de rebeliones, esparciendo sus pavesas y cenizas á los vientos. «En mi segunda expedición á Babilonia, que verifiqué para apoderarme de esta ciudad, vi la destrucción de su poder». Abrigaba ya, sin duda, la convicción de que Asiria tenía que habérselas, en su vecina del Mediodía, más bien que con un rebelde ordinario con un rival político formidable, el cual, al despertar de su letargo merced á las largas maquinaciones de los príncipes indígenas y de sus heroicas luchas, no de-

bia contenerse en los límites de la propia defensa ni contentarse con reivindicar su independencia, sino aspirar á restablecer el antiguo Imperio, con todas sus glorias, recabando respecto de sus colonos y vasallos de otros tiempos el carácter de metrópoli y soberana.

24. Esta previsión política explica la terrible venganza de Sennacherib, venganza tan cruel é implacable que parece monstruosa, aun desde el punto de vista asirio, sobre todo, si se considera que fué ejercida á sangre fría, después de pasada la excitación de la batalla y cuando ya habían transcurrido semanas y acaso meses. Procedió con el mayor método. Llegado á Babilonia, hizo primero que se pusieran á buen recaudo los trofeos ganados en épocas anteriores á los reyes asirios—el sello-anillo de Tukulti-Nineb y las estatuas del dios Ramán y de su consorte Sala, perdidas por Tiglath-Pileser I;—y en seguida, dió la orden del destrozo y la destrucción. «La ciudad y sus casas, desde las habitaciones superiores hasta los cimientos, destruí, arrasé, quemé». Las fortalezas y murallas exteriores, los templos de los dioses, el Ziggurat, fueron demolidos y los materiales y escombros arrojados al canal de Arakhtu. Dispuso que se saquearan los templos antes de deruirlos, y se hicieron pedazos las estatuas de los dioses. Además, mandó abrir canales á través de la ciudad, llenándolos de agua, «para que, en el curso de los siglos, nadie pueda encontrar el sitio donde estuvieron la ciudad y los templos¹».

Esta severidad sin ejemplo, aplicada á una ciudad antigua, sagrada y venerada por las dos naciones, y que los predecesores de Sennacherib habían tratado

1 Según la versión francesa de Pognon.

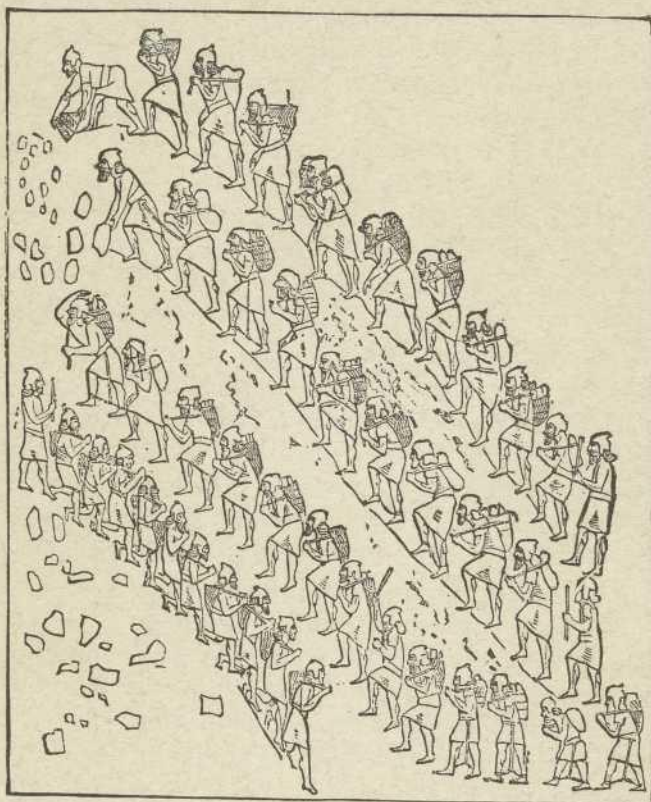
con invariable piedad y respeto, fué una especie de sacrilegio. Sacrilegio inútil, al fin. Cuando los acontecimientos están maduros y llega la plenitud de los tiempos, no está en la mano del hombre el detener su curso, por arte ó por violencia.

25. Nada más hay que decir de la carrera militar y política de Sennacherib. Durante los diez últimos años de su vida, parece haber «permanecido en Nínive», con raras excepciones. Le ocuparon de vez en cuando algunas otras guerras, pero de ellas no tenemos noticias fidedignas, sino únicamente recuerdos fragmentarios, y tradiciones griegas de dudosa autoridad. Sólo parece cierto que no volvió á probar fortuna en «la tierra de los Khatti». Un fragmento de una inscripción nos habla de una guerra sostenida contra una reina árabe. Varios pasajes de las inscripciones primitivas refieren que reprimió repetidas veces al pueblo de Cilicia, cortó madera en sus montes—los Amanos—é hizo trabajar en sus construcciones á los cautivos cilicios juntamente con los Caldeos, Arameos y otros. No hay nada improbable en la tradición, transmitida por escritores griegos posteriores, según la cual un ejército griego llegó en cierta ocasión hasta Cilicia y fué rechazado por Sennacherib, quien, se dice, fundó la ciudad de Tarsos sobre el poco caudaloso, pero rápido, río Kydnos.

26. Sennacherib tuvo el fin más horrible que puede imaginarse. Fué asesinado, mientras oraba en un templo, por dos de sus hijos, que huyeron inmediatamente á Urartu ¹, donde estaban seguros de encontrar, no sólo una amistosa acogida, sino bastantes

¹ Libro II de los Reyes, XIX, 37. *Segundas crónicas*, XXXII; Isaías, XXXVII, 38. Estos testimonios se hallan confirmados por otras fuentes.

partidarios para intentar ceñirse la corona. Su hermano primogénito, que en tiempos anteriores fuera nombrado virrey de Babilonia, debía haber muerto

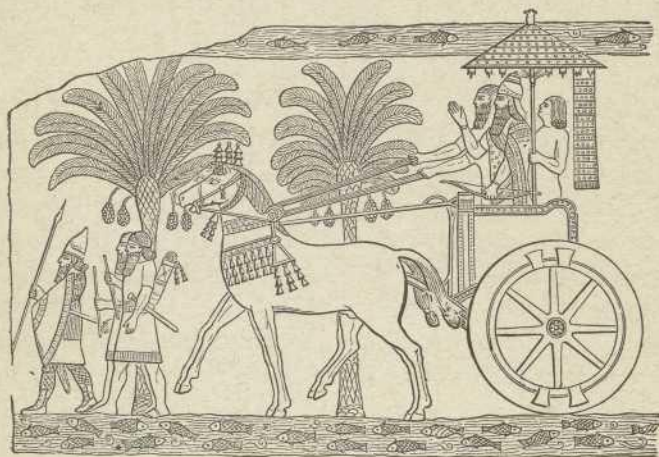


CAUTIVOS CONSTRUYENDO UN TERRAPLÉN-PLATAFORMA.

ya, puesto que quien sube al trono y se propone vengar el crimen cometido es el cuarto hijo de Sennacherib, el favorito de éste, ESARHADDÓN, el mismo á quien el rey difunto dejara cierta propiedad personal

bajo la custodia de los sacerdotes de Nebo, en un documento que se llama su «testamento¹».

27. Si el horror de la muerte de su padre alejó realmente á Sennacherib de la nueva ciudad y palacio de Dur-Sharrukin, el cambio de residencia le sirvió de bien poco. Fué, sin embargo, altamente beneficioso para su ciudad real de Ninive, que, bajo



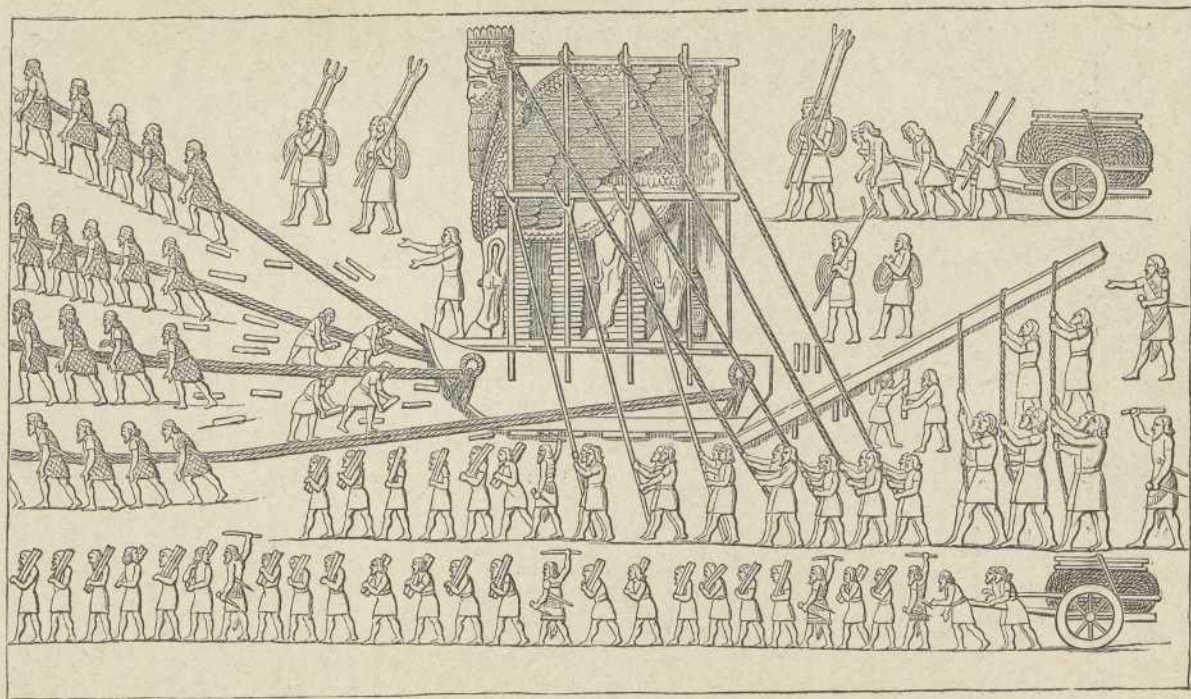
BAJO RELIEVE DEL PALACIO DE SENNACHERIB REPRESENTANDO AL REY
EN SU CARRUAJE DE GALA
(según Layard).

su vigilancia y merced á su munificencia, alcanzó un grado de suntuosidad y belleza que hizo olvidar su antiguo esplendor. No contento con derribar ó restaurar los antiguos palacios y construir otros nuevos, acometió la renovación completa de toda la ciudad, con sus muros y fortificaciones, atendiendo al bienestar de los moradores de las inmediaciones. Y en estas obras desplegó miras que podríamos llamar *modernas*, hasta el punto de que la descripción casi

¹ *Story of Chaldea*, pág. 109 (edición inglesa).

nos descarria en ocasiones. Cuando, por ejemplo, leemos pasajes como los siguientes: «de Ninive, mi ciudad real, aumenté las viviendas; las calles, unas las renové, y otras las ensanché, porque eran demasiado estrechas. Hice que resplandeciera como el sol¹», ¿no estamos tentados á poner «Paris» en lugar de Ninive y Napoleón III en vez del rey asirio? ¿Y qué más podrá hacer un «administrador moderno», que desviar el curso de los ríos, guiado de un propósito de pública utilidad? La ciudad carecia de agua suficiente. «El pueblo murmuraba; no tenia agua potable y á las nubes de la bóveda celeste dirigia sus ojos». De «los reyes sus padres, que le habian precedido», dice, en sentido de reproche, que «de la salud de la ciudad, trayéndole rios de agua... ninguno se habia curado ni puesto su pensamiento en ello. Entonces, yo, Sennacherib, rey de Asiria, resolví, por mandato de los dioses, llevar á cabo esta obra y le dediqué todo mi celo». Abrió, en efecto, diez y seis canales, protegiéndolos con diques y surtiéndolos de agua, que tomó del inmediato río Khuzur. Este es el pequeño río —pequeño, pero impetuoso en la estación de las lluvias— llamado el Khosr ó Khau-ser, que ahora corre entre las colinas de Koyundjik y Nebbi-Yunus, los distritos Noreste y Sureste de la antigua Ninive. El Tigris, que, por otra parte, se habia ido extendiendo gradualmente y minando la plataforma donde los reyes primitivos construyeron sus palacios, que eran ya un montón de ruinas, fué encauzado en su antiguo lecho, por medio de canales. Realizadas estas importantes mejoras, se construyó la morada real.

¹ Del «Cilindro de Bellino»; traducción de Mr. H. F. Talbot, en «*Records of the Past*».



COLOCACIÓN DE LA GRAN IMAGEN DEL TORO
(según Rawlinson).

28. La residencia de Sennacherib pasa por ser el más importante de los palacios asirios. Según Mr. George Rawlinson, «superó en magnitud y esplendor á todos los edificios anteriores y nunca fué sobrepujado bajo ningún concepto, si se exceptúa una construcción posterior. Puede admitirse que el palacio de Assurbanipal, edificado en el mismo terraplén por el nieto de Sennacherib, tenía más perfiles en su ornamentación; pero todavía no igualaba á la gran obra de nuestro monarca, ni en el número de departamentos ni en sus gigantescas dimensiones. «Ocupaba un área de ocho acres ¹, y se cree que no contenía menos de setenta á ochenta estancias. De éstas, las principales—los departamentos oficiales—estaban decorados, como era costumbre, con estelas esculpidas, que representaban las escenas más variadas de la vida del monarca, bajo su doble aspecto de gobernante y de guerrero, tanto dentro como fuera del país ². No podemos hacer nada mejor que copiar,

¹ Cada acre tiene 40 áreas, 27 centiáreas.

² La grandeza y esplendor de estos palacios muestran el alto concepto que los Asirios tenían del monarca, que juntaba al absolutismo político el absolutismo religioso. Ese tipo fijo é invariable de monarquía asiática, absoluta, déspota, unitaria, de una sola pieza, realizada por los Persas, Árabes, Mogoles y Turcos, esa es la monarquía de los Asirios, como lo había sido antes de los Caldeos. No era el monarca asirio un dios, como entre los Egipcios; pero sí era hecho de diferente limo que los demás hombres. Ocupaba un lugar intermedio entre lo divino y lo humano; era el vicario de los dioses, su representante en la tierra, el único sacerdote; sólo él podía ofrecer sacrificios á los dioses por su pueblo. Por esto, en las representaciones, vese con frecuencia, encima de la cabeza del monarca, de la misma manera que en Egipto, un ave ó una figura humana dentro de un círculo ó aro, emblemas uno y otro del dios Asshur y expresión visible de la inteligencia divina que inspiraba las resoluciones del monarca. Quizás de esta misma creencia se originara el artículo del ceremonial palaciego, según el que el rey no podía pisar el suelo: dentro de palacio caminaba siempre sobre alfombras; fuera, á caballo, en carro ó en litera. Por su parte, el monarca

como ampliación á los pocos grabados que nos es permitido ofrecer á nuestros lectores por la escasez



REPRESENTA EL ACTO DE REMOLCAR LA MITAD DE UN TORO ALADO EN UN CARRETÓN SIN RUEDAS SOBRE RODILLOS ENGRASADOS.

SOBRESTANTES LLEVANDO LOS CAUTIVOS AL TRABAJO.

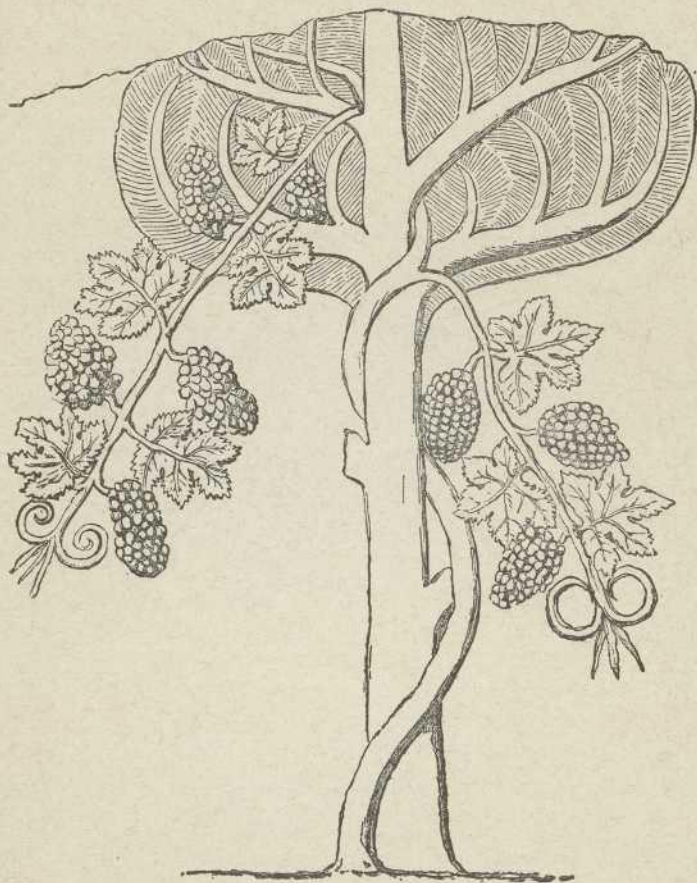
del espacio, las páginas descriptivas del libro, siempre ameno y animado, de Mr. Rawlinson:

procuraba conformar todos sus actos á la voluntad de los dioses, que ya se le revelaba directa é inmediatamente en los ensueños, ya se la comunicaban los sacerdotes, adivinos y astrólogos, que la escudriñaban inspeccionando todas las noches el movimiento de los astros y los fenómenos de la bóveda celeste, quizás desde lo alto de los ziggurat. Esta

29. El rasgo distintivo de la ornamentación del palacio de Sennacherib es su realismo marcado y vigoroso... Son notables los minuciosos detalles de las montañas, rocas, árboles, caminos, ríos, lagos; hasta se intenta expresar el carácter de cada localidad en la medida que lo permiten la habilidad del artista y los materiales de que se

piedad, que ligaba la actividad del monarca á la voluntad divina, inquirida é interpretada por los sacerdotes, era la única cortapisa que podía limitar su omnipotencia. Con este alto concepto de la monarquía conformaban sus insignias, que eran: la *tiara*, de forma cónico-truncada y adornada por lo común de bandas estrelladas; la *diadema*, que ceñía la frente por debajo de la tiara y caía por detrás en dos anchas cintas; el *quitasol*, que sostenía un eunuco, de gruesa tela, adornada también de bandas estrelladas y del que colgaba por detrás ancha pieza, que preservaba de los rayos solares al monarca, y el *mosqueador*, semejante al *stabellum* de los Egipcios, movido por eunucos. Además, una estatua del rey Sargón, en traje de corte, sostiene en su diestra un largo bastón, y otra estatua real, hallada en Kalah, empuña una especie de cayado: ambos parecen insignias de la dignidad pontifical, y el segundo pudiera ser una importación egipcia. Los antiguos reyes asirios vestían amplia túnica talar, sin mangas, adornada de una ó más hileras de franjas y ajustada al cuerpo por un cinturón. Á esta túnica, que se fué enriqueciendo más y más, añadió el rey Sargón una especie de manto, abierto por los lados y que cubría el pecho y la espalda, de la misma forma que una casulla. Usaban pendientes en forma de cruz; pulseras y brazaletes decoraban sus brazos desnudos; sandalias sujetas con correas abrigan sus pies, y la barba y el cabello, esmerada y simétricamente trenzados y rizados, les caían sobre la espalda y el pecho. Tres atributos procuraba reunir todo monarca asirio: los de guerrero, cazador y constructor. Aunque los relieves nos los representan solos sobre su carro, sin más compañía que el cochero y el eunuco sosteniendo el *quitasol*, ya metiéndose en lo más apretado de las filas enemigas y sembrando de cadáveres su camino, ya internándose en el desierto y matando á cuantos leones se ponen al alcance de su lanza, no es menester ser un lince para comprender que estas actitudes heroicas han sido sugeridas por la lisonja de los artistas. El rey iba á la guerra ó á la caza rodeado de brillante escolta, y sin que su persona corriese peligro alguno. Generalmente hacía una campaña por año, en primavera, y el tiempo libre que le dejaban estas y las excursiones de caza, lo empleaba en levantar templos y palacios, que procuraba fuesen más extensos ó más suntuosos que los de sus predecesores. Era para ellos un gran título de gloria el poder añadir, á continuación de su nombre, constructor de tal ó cual templo, tal ó cual palacio. Guerrear, cazar y construir, tal era, en suma, el ideal de la monarquía asiria.—
(N. de S. F.)

sirve... Distinguese las diferentes especies de árboles... Se pone el mayor cuidado en representar los jardines, campos, estanques, cañaverales... Se introducen animales salvajes, como ciervos, jabalies



LA VIÑA TREPADORA

(según un bajo relieve del palacio de Sennacherib en Koyundjik).

y antilopes; los pájaros vuelan de árbol en árbol, ó se ven encima de los nidos dando de comer á sus crias, que alargan el cuello; los peces juguetean en las aguas; barqueros y labradores se dedican á

sus faenas. La escena se diría fotografiada en todos sus pormenores ¹.

Llevado de este mismo espíritu realista, Sennacherib elige para sus representaciones artísticas escenas de la vida ordinaria. Los grupos de criados que diariamente entraban en su palacio con caza y langosta para preparar la comida del monarca y frutas y bollos para los postres, se ven en los bajo-relieves de las paredes tal y co-



BANQUETE ASIRIO

(según un bajo relieve que actualmente está en el Museo Británico).

mo atravesaban los patios de la real morada, llevando los manjares. Hasta se nos ofrece el proceso entero de tallar y transportar un तो

¹ Acaso fué el pensamiento del artista estampar en la obra el sello de su individualidad y hacer más entretenido un trabajo, que, después de todo, debió de ser extraordinariamente monótono y fatigoso para la imaginación, por la semejanza convencional en el modo de presentar innumerables figuras. Sólo así se explican tantas fantasías y caprichos, como el poner en un río, que arrastra cadáveres de hombres y caballos ó botes con pesada carga, un gran pescado que devora á otro más pequeño, al cual no se le ve ya más que la cola, ó un cangrejo que sujeta á un pececillo entre sus destructores tentáculos.

colosal, desde el acto de traer el enorme pedrusco en bruto hasta la elevación final de la escultura á un terraplén, que forma parte del ancho camino que conduce á la residencia real. Vemos cómo los conductores arrastran, á lo largo de un río, el informe peñasco que



ESCLAVOS MÚSICOS

(según un bajo relieve de Koyundjik).

descansa en el fondo plano de un bote de muy poca altura; los conductores se dividen en cuadrillas, y en cada una de éstas es distinto el traje, como indicando la diferente nacionalidad... Capataces, provistos de estacas, estimulan al trabajo á fuerza de golpes... Debe de estar representada la escena completa, y así están allí todos los portadores, en número de trescientos, dibujado cada uno con tanto

esmero como si su imagen no fuera la reproducción exacta de las doscientas noventa y nueve restantes. Vemos después el pedrusco sacado á tierra y tallado toscamente en forma que semeja un toro, siendo luego conducido á rastras, en un gran carretón, por cuadrillas de trabajadores, dispuestos casi lo mismo que antes, al pie del terraplén, en cuya cima ha de colocarse. La construcción del terraplén está representada con gran detenimiento. En la base hay obreros fabricando ladrillos, mientras otros, con canastos, llenos de tierra, ladrillos, piedras y escombros, sobre las espaldas, verifican la ascensión, pues el terraplén está ya á medio construir, y sueltan su carga desde lo alto. El toro, que aun está en el carretón, es elevado á la cumbre, mediante un plano inclinado, por cuatro cuadrillas de trabajadores, en presencia del monarca y de su séquito. Después se concluye la obra de talla, y el coloso, puesto en pie, ocupa el lugar que se le destina».

Es probable que cuando Mr. Layard trasladó los toros para embarcarlos en el Tigris, tuvieran éstos que ser conducidos de modo muy semejante al que representan las esculturas, sin más diferencia que la de ser reemplazadas las cuadrillas de trabajadores cautivos por otras de Árabes, que prestaban sus servicios voluntariamente.

X.

LOS SARGÓNIDAS; ESARHADDÓN (ASSHUR-AKHI-IDDIN).

1. Por una razón ú otra, no hay, acerca del reinado de este monarca, datos tan numerosos como los que se conservan de los de su padre y abuelo. Inscripciones suyas no existen, si se exceptúa una bastante larga, en dos copias que presentan ligeras variantes, y están muy mutiladas por la acción del tiempo. En ella se da cuenta de la más importante empresa de este rey, la conquista de Egipto. La escasez de documentos, extraña en un periodo tan avanzado, puede explicarse, entre otras causas, por qué de los tres palacios que Esarhaddón construyó, el de Babilonia no ha sido descubierto todavía, el de Kalah no se terminó nunca por completo y un gran incendio destruyó ó redujo á escombros sus esculturas, y el de Ninive, sepultado en el terraplén de Jonás, no ha sido realmente explorado, á causa del carácter sagrado del lugar, que ha movido á las autoridades musulmanas á no permitir que siguieran las excavaciones ¹.

2. Es muy de lamentar, sobre todo, que la mitad de la primera columna de una de aquellas inscripcio-

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 11.

nes esté borrada casi del todo, porque es probable que contuviese el relato del asesinato de Sennacherib. Es evidente, por lo que es dable deducir de las líneas legibles, que Esarhaddón se dispuso inmediatamente á vengar á su padre. «Me irrité como un león y mi alma se llenó de cólera»; «elevé mis manos» á los grandes dioses, jurando «asumir la soberanía de la casa de mi padre». Según parece, no es-



ROCA-ESTELA DE ESARHADDÓN EN
NARR-EL-KELB.

taba entonces en Ninive, sino en un distrito occidental de Na'iri. Era el mes de Enero: la nieve y las tempestades assolaban la comarca, y eran un peligro constante para el ejército asirio en aquellos agrestes desfiladeros; no cejó, sin embargo, ni aun trató de prepararse para una campaña de invierno. Había «alzado sus manos» á los grandes dioses, con más fervor y solemnidad que

de costumbre, y recibido el testimonio de su voluntad. «Ellos oyeron mi ruego. En su gracioso favor, me enviaron un mensaje: ¡ve, no temas; iremos contigo; destruiremos á tus enemigos!» Del templo de Ishtar de Arbela, su diosa favorita, vino un mensaje especial, no menos tranquilizador. Estos mensajes son «los avisos» que se archivaban en tablillas, con los nombres de los sacerdotes ó sacerdotisas que los proferían. Consérvase una de estas tablillas, y el texto se halla en bastante buenas condiciones para dar idea muy favorable de tales muestras de poesía

religiosa, que á veces impresionan verdaderamente. «Yo soy Ishtar de Arbela», se hace decir á la diosa: «Á tu lado voy; no temas... Numerosos como las espigas del mes de Siván (Mayo-Junio), tus enemigos bajan á presentarte la batalla. Yo soy la Gran Señora... Á tus enemigos destrozaré y los pondré en tus manos... No temas, ¡oh! Esarhaddón... Yo aliviaré tu pena... Tú has hecho que me respeten como á tu propia madre. Todos los sesenta grandes dioses, los poderosos, te guiarán con su aliento, Sin á tu derecha, Shamash á tu izquierda... No confíes en los hombres; pon en mí tus miradas; confía en mí: Yo soy Ishtar de Arbela ¹».

3. Hubo un encuentro á distancia en las altas tierras del Éufrates Superior (en Capadocia), y la batalla comenzó con una lluvia de flechas. Si continuó y tuvo fin con la victoria de Esarhaddón, ó si el ejército de los príncipes fugitivos no quiso pelear contra fuerzas superiores en número, no es cosa que esté bien clara. «El miedo de los grandes dioses, mis señores, los sobrecogió». «Ishtar, señora de la guerra y de las batallas, estuvo á mi lado. Detuvo sus golpes; su línea de batalla, tan bien ordenada, la rompió de pronto, y en sus ejércitos resonó el grito de: ¡Ese es nuestro rey!» En cualquier caso, Esarhaddón quedó dueño indiscutible del campo y del trono. No hay nada que indique que sus inicuos hermanos perecieran. Siglos después corría una tradición en la Armenia, según la cual sus descendientes estuvieron por largo tiempo en posesión de aquellas regiones.

4. No cabe decir ciertamente que el reinado de Esarhaddón fuese poco glorioso ó pobre en aconte-

¹ Traducción de Mr. Th. G. Pinches, en los *Records of the Past*, volumen XI.

cimientos. Pero como las empresas de los reyes asirios son siempre idénticas y la escena no cambia nunca, las narraciones llegan á causar hastío. Todavía, sin embargo, hay un elemento dramático en la guerra con Caldea y la familia de Bit-Yakin, que tuvo siempre la fortuna de burlar á sus perseguidores. Tocóle esta vez el turno á un hijo de Merodach-Baladán. Aprovechándose de los disturbios producidos por el fin desastroso y repentino de Sennacherib, sorprendió al gobernador asirio de Ur y apoderóse



BLOQUEO DE UNA FORTALEZA.

de la ciudad; y cuando el nuevo rey se afirmó sólidamente en el trono de su padre, el príncipe caldeo se mantuvo en actitud manifiestamente hostil. «No me hizo reverencia; no me mandó los regalos de un hermano; no se aproximó á mí para prestarme homenaje; no vino su embajador á mi presencia ni me preguntó por la paz de mi reino». Todo esto infringía las reglas de la etiqueta internacional, y, procediendo de un vasallo, llevaba consigo la idea de declararse en abierta rebelión. «Llegaron á mi noticia sus actos culpables, en Ninive, mi capital», continúa el rey, «y mi corazón gimió y mi *higado* se afectó. Envié apresuradamente á mis oficiales, los gobernado-

res de la frontera de su país, en contra suya: él, el rebelde, supo la marcha de mi ejército, y á Elam, como una zorra, huyó». Deja traslucir de un modo vago que encontró allí un fin violento; que los dioses, á quienes había despreciado, le hirieron con su castigo; «que confiaba en Elam, pero no logró salvar su vida». Su hermano, Nahid-Marduk, para no compartir su suerte, se apresuró á presentarse en Ninive, verificando su sumisión. Fué investido con la soberanía «de la provincia de la costa, de toda ella, la herencia de su hermano», á cambio de un tributo anual, que tuvo la costumbre de llevar personalmente á Ninive, con la adición de presentes valiosos.

5. La conducta observada por Esarhaddón, en sus relaciones con los Babilonios, fué opuesta en un todo á la seguida por su padre. La sacrilega venganza de que el último hizo víctima á la ciudad santa, pesaba terriblemente sobre el espíritu del nuevo rey. En su consecuencia, consagróse con fervor á la obra de reparación y restauración. Comenzó por atraerse al pueblo de Babilonia y de Borsip, y á este efecto, devolvióle algunas tierras que le habían sido confiscadas. Después puso mano á la reconstrucción de la misma Babilonia y de sus templos profanados. Al narrar esta gran empresa, se llama á si mismo «adorador de Nebo y Marduk», y se abstiene de invocar á los dioses más caracterizadamente asirios; por otra parte, muestra la mayor delicadeza de sentimientos en cuanto se relaciona con la memoria de su padre, que huye de lastimar en lo más mínimo. Atribuye la destrucción de Babilonia á un decreto especial del dios Marduk, y Senñacherib sólo es aludido vaga y oscuramente. «Uno antes que él» (dice aludiendo á

Suzub) «en el reinado de un monarca anterior, habia puesto su mano en el gran templo de Marduk, en Babilonia, y dado todos sus tesoros como precio de un tratado. Esto enojó al señor de los dioses, á Marduk, que determinó en seguida visitar la comarca y castigarla, destruyendo á sus habitantes». Explica, pues, la catástrofe como obra directa del dios. Fué éste quien precipitó sobre la ciudad las aguas del canal de Arakhtu, quien arrasó las casas y demolió los templos, á fin de que los dioses y diosas huyeran al cielo; por tal manera, Sennacherib (hay que suponer que se refiere á él, pero no lo nombra ni una sola vez) queda limpio de toda mancha, pues no fué más que el ejecutor de la voluntad divina. De igual modo, Esarhaddón se anuncia como instrumento del dios, que lo «ha elegido entre sus hermanos» para restaurar la ciudad y sus santuarios. Su cariño á la gran capital, que habia, por decirlo así, levantado de la tumba, era extraordinario, y ella fué su residencia favorita. Nunca, en cambio, tuvo que luchar con la rebelión en este distrito.

6. De las nueve primeras campañas de Esarhaddón, podemos pasar en silencio aquellas que sólo tuvieron por objeto poner coto á las depredaciones y rebeldías de que eran blanco y teatro las fronteras. Debe exceptuarse, sin embargo, una expedición dirigida «contra la distante Media»; Esarhaddón afirma haber penetrado en este país más lejos que ninguno de sus predecesores, no deteniéndose hasta Bikni, «donde están las montañas de alabastro»; redujo á cautiverio á algunos «jefes de ciudades», refractarios á la soberanía de Asiria, y perdonó y reinstaló en el trono á otros varios, mientras tres de ellos, «jefes de ciudades de Media, situadas á gran

distancia», le enviaron caballos escogidos y otros regalos. Otro incidente de la guerra sostenida en las fronteras, digno de ser mencionado, fué la repulsa y derrota de «*Tiushpa el Gimirrai*, guerrero vagamundo, cuyo propio territorio estaba muy lejos». Él y su ejército fueron pasados al filo de la espada, en una región que no se ha identificado, pero que indudablemente se hallaba al Norte de Cilicia, en las montañas de Nairi, en la que fué más adelante provincia de Capadocia. «Gimirrai» es el nombre asirio del pueblo nómada llamado generalmente de los *Cimmerianos*, el cual, como los Medos, pertenecía á raza distinta que las demás naciones de que venimos hablando. Como esta es la raza de donde nosotros mismos procedemos, y como en la época de la historia que ya tocamos se eleva rápidamente al primer lugar, pronto será preciso interrumpir la narración y consagrar un capítulo á sus emigraciones y progresos.

7. Las relaciones de Esarhaddón con Elam parecen haber sido pacíficas. No así con la Arabia. Es muy notable el relato de la expedición que tuvo por objetivo una región arábiga —BAZU— que no se sabe con certeza cuál fuese, pero que debía hallarse situada detrás de una ancha faja del desierto. Algunos historiadores creen que es el Yemen. Según la descripción de Esarhaddón, el camino que siguieron cruzaba primeramente una tierra árida, pedregosa, «tierra de sed», en la cual las serpientes y escorpiones cubrían el suelo como una plaga de langostas, atravesando después altas y peladas montañas—descripción que trae forzosamente á la memoria «el desierto, grande y terrible, del Deuteronomio (VIII, 15), — «en el que había fieras serpientes y escorpiones, y la tie-

rra quemaba y no había agua». No hay motivo para dudar de la afirmación de Esarhaddón, de que ningún rey había penetrado en esta comarca antes que él. Sucumbieron en esta campaña ocho soberanos árabes, dos de ellos mujeres; el vencedor se incautó de sus riquezas y de sus dioses. Uno de los jefes sobrevivientes, Lailié, que había huido al principio ante los invasores, noticioso de que le arrebataban sus dioses, ejecutó la acción extraordinaria de seguir al monarca asirio hasta Ninive, para tratar y recogerlos



ASIRIOS PERSIGUIENDO Á UN JINETE ÁRABE.

á cambio de su sumisión. Esarhaddón, inclinado naturalmente á la benignidad, «mostróse compasivo y le habló como á un hermano». Le devolvió sus dioses, aunque no sin grabar previamente en ellos una inscripción, que recordaba su cautiverio y «el poder de Asshur, su señor». No contento con esto, le confirió la soberanía de toda la provincia de Bazu—que había conquistado—en el concepto de príncipe vasallo y tributario. El caso de devolver los dioses cautivos á sus primitivos dueños, se repitió más de una vez. En otra ocasión análoga, el rey menciona haberles «hecho reparar sus injurias», antes de grabar en

ellos su propio nombre y «el poder de Asshur, su señor».

8. El Occidente no había sido visitado por los reyes asirios desde la desastrosa retirada de Sennacherib, haría unos veinte años. Como las inscripciones reales no citan jamás ninguna comarca á no ser con motivo de alguna expedición asiria, carecemos de noticias relativas á la tierra de los Khatti y de la costa durante este largo intervalo de paz. Probablemente, se ocuparían en reunir elementos para lanzarse de nuevo á la lucha. Levantóse, al fin, la ciudad fenicia de Sidón, que parece depuso al rey nombrado por Senniacherib, y comenzó las hostilidades, anticipándose á sus vecinos y sostenida tan sólo por algunas tribus montaÑesas del Libano. Si otras ciudades abrigaban el pensamiento de secundar su iniciativa, faltóles tiempo para ello, porque Esarhaddón acudió prontamente á sofocar el incendio. Atacó á la ciudad antes de que pudiera recibir ningún auxilio, «arrasó su ciudadela y sus casas, y sepultó sus escombros en el mar»; después construyó una nueva ciudad, que denominó «ciudad de Esarhaddón». Al rey rebelde, que había huido á una isla,—no se dice cuál fuese— «lo sacó del mar como á un pescado y le cortó la cabeza». La misma suerte hizo sufrir á un caudillo del Libano, «que fué cazado en las montaÑas como un pájaro». Se enviaron á Ninive las dos cabezas, con los prisioneros y despojos.

9. Vuelto á Asiria, Esarhaddón convocó á «los reyes de los Khatti y de las naciones de más allá del mar», que se presentaron en Ninive en número de veintidós, diez de la isla de Chipre y doce de los principales estados sirios—los últimos probablemente muy satisfechos de no haber tenido oportunidad

de rebelarse. Encabezan la lista Baal, rey de Tiro, y Manassés, rey de Judá (el hijo de Ezequías). Vienen después los reyes de Edom, de Moab, de Gaza, de Ascalón, de Gebal, de Arvad, de Ammón, de Ashdod y otras dos (no identificados): «en total, veintidós reyes de los Khatti, y de la costa, y de las islas, que desfilaron ante mi». No vinieron, naturalmente, con las manos vacías. Esarhaddón se ocupaba por entonces en construcciones, y los regalos que los reyes traían—bien fueran ofrecidos voluntariamente,



ESFINGE DE NINIVE
(según Layard).

bien exigidos por el Asirio—eran apropiados á las circunstancias. Consistían en «grandes vigas y planchas de ébano, cedro y ciprés», del Líbano y otras partes, «losas de alabastro y de otras clases de piedra, que de las canteras de las montañas, su lugar de origen, para servir á

la ornamentación del palacio, trajeron á Ninive con gran trabajo y dificultad».

10. El palacio á que se alude es el que está sepultado en el terraplén de Nebbi-Yunus. De desear es que algún día se permita explorarlo, porque debe ser una obra soberbia, á juzgar por la detallada descripción que de él hallamos en uno de los cilindros de Esarhaddón. Las fiestas de su inauguración se celebraron con gran pompa y prodigalidad.

«Festéjé en su recinto á Asshur, á Ishtar de Ninive, y á los dioses de Asiria: víctimas hermosas y costosas les sacrificué, suplicándoles que recibiesen mi tributo. Reunida en él la gran asamblea de mi

reino, los jefes y los principales del país, ocuparon todos, cada uno según su tribu y su ciudad, altos asientos, é hice que su compañía fuera alegre. Provistas estuvieron las mesas del zumo de la vid, y músicas marciales halagaron sus oídos 1».

II. Ignoramos cuál fué la causa inmediata de la expedición de Esarhaddón á Egipto (su décima campaña), porque el cilindro acaba aquí precisamente, y no contiene más que noticias fragmentarias acerca de los últimos años del reinado de este monarca. Con el auxilio, sin embargo, de estas pocas noticias y la luz que proyectan sobre ellas los precedentes, no es imposible conjeturar, con probabilidades de acierto, el curso de los sucesos. Repitióse, sin género de duda, la historia de siempre: los príncipes sirios recurrieron á Egipto en busca de apoyo. En verdad, uno de los fragmentos dice expresamente que «Baal, rey de Tiro, poniendo su confianza en Tarku (Taharka), rey de Kush, quiso sacudir el yugo de Asiria». Ahora bien, este mismo Baal de Tiro encabeza la lista de los reyes vasallos que ofrecieron sus respetos á Esarhaddón en Ninive. No parece, pues, que perdió el tiempo, una vez de regreso en su país. No es apenas creíble que se empeñase por sí solo en semejante aventura, y se lee en los libros bíblicos una noticia que induce á creer que el rey de Judá, cuando menos, se había unido á él, ó estaba dispuesto á ello. Uno de los historiadores hebreos, en efecto (*Segundas Crónicas*, XXXIII), refiere «que los capitanes de la hueste del rey de Asiria sacaron á Manassés de su capital, lo sujetaron con cadenas y se lo llevaron á Babilonia»; pero añade que fué pronto perdonado y enviado otra vez á Jerusalén. Todo esto se concilia perfectamente con lo que sabemos de

1 Versión de H. F. Talbot, en los *Records of the past*, vol. III.

Esarhaddón, como rey, el cual residió mucho tiempo en Babilonia, y quien, á diferencia de sus antecesores, era enemigo de ensañarse con los vencidos y muy dado á ejercer actos de gracia. La reposición de Manassés, quien, podemos estar seguros de ello, no economizaría protestas de arrepentimiento y promesas para lo futuro, tal vez no se verificase hasta después de terminar victoriosamente la guerra de Egipto, siendo muy natural que permaneciese entretanto detenido en Babilonia como rehén ¹.

12. Inclúyese probablemente al rey de Judá entre los aliados, cuando se dice (en otro fragmento) que Esarhaddón envió sus ejércitos «contra Tarku, rey de Kush, contra las fuerzas de Egipto y contra los aliados de Tiro». Taharka huyó, según se dice. Pero Tiro, como en ocasiones anteriores, bajo Shalmaneser y Sargón, se sostuvo largo tiempo, siendo inexpugnable en su roca aislada. Esarhaddón, que avanzaba á lo largo de la costa, dejó un cuerpo de tropas para reducirla por hambre y sed. Tiro, sin embargo, se mantuvo firme hasta que la suerte de las armas se manifestó adversa á Taharka. «Baal, su rey, fué perdonado y quedó en pacífica posesión de su trono». En tiempo de Assurbanipal volveremos á encontrarle, lo mismo que á Manassés de Judá, á la cabeza de los reyes tributarios.

13. La marcha desde Raphia á Egipto fué sumamente penosa, y acaso no habría sido posible efectuarla sin un contingente de camellos y un cargamento de agua en pellejos, que proporcionó un gran

¹ El profesor E. Schrader cree que este incidente ocurrió veinticinco años más tarde, reinando el hijo de Esarhaddón, Assurbanipal. Como se dice que Manassés reinó cincuenta años, no hay imposibilidad cronológica en esta conjetura.

jefe beduino. Por desgracia, desconocemos los detalles de la guerra, mas no así su resultado. Taharka se retiró al Sur, á su propio reino de Kush. Memphis, la capital del bajo Egipto, fué ocupada y saqueada; la familia de Taharka cayó prisionera, y el país quedó sometido á la soberanía de Asshur. Es probable que la fácil victoria conseguida se debiese en gran parte á las disensiones que trabajaban á Egipto. Las dinastías locales de numerosos principados que se habian visto despojadas de su independencia y sujetas á una firme autoridad central por Shabaka, el fundador de la dinastía ethiópica, querrian sacar partido de las circunstancias para recobrar su autonomía. Este es el estado de cosas que describe el profeta Isaias, cuyo profundo conocimiento de la política contemporánea le impulsa á proferir la sentencia de Egipto, débil y desgarrado por luchas intestinas:

«Y hará que vengan á las manos Egipcios contra Egipcios; y peleará cada uno contra su hermano y cada uno contra su amigo, ciudad contra ciudad, reino contra reino... Los consejeros sabios de Pharaon dieron un consejo necio... Ellos engañaron á Egipto, ángulo de sus pueblos, etc... como va errando un embriagado que vomita». (Isaias, XIX).

Al abandonar Esarhaddón á Egipto, lo dejó dividido entre veinte pequeños principes, todos indígenas, con excepción de algunos, que eran asirios, los cuales probablemente ejercerian su poder en las ciudades fieles á Taharka y á su fortuna, ahora por tierra. Confió la supremacía sobre los demás á Necho, principe hereditario de Saïs (ciudad importante, aunque relativamente moderna, situada en el brazo izquierdo del Nilo), después de ordenarle que diese

á su hijo un nombre asirio y cambiase de igual manera el de su capital. Así, cuando Esarhaddón, al encaminarse á Asiria, se mandó tallar una estela en una roca de la costa fenicia, en las bocas del río ahora llamado Nahr-el-keleb, al lado de la de su padre, pudo con entera verdad apellidarse «rey de los reyes de Muzur (Egipto)», nuevo y peculiar título que encabeza la larga inscripción de este monumento. En la misma roca, seiscientos años antes, Ramsés II, el vencedor de Kadesh, había dejado su effigie con otras varias esculturas, en conmemoración de las victorias obtenidas contra los Hittitas. Los reyes asirios, al colocar sus estelas junto á la del antiguo conquistador, se propusieron sin duda humillar á Egipto, haciéndole ver el contraste de su gloria pasada con su actual decadencia. Y allí están hoy pacíficamente todas juntas, y la distancia que media entre ellas nada significa; los seis siglos que las separan se han borrado en el fondo oscuro de los tiempos, cuyas ondas murmurantes vienen á estrellarse con sòn soñoliento en torno de su poderoso recuerdo, como baten las del mar la roca desde donde esos monumentos pregonan en su silencio elocuente las muertas grandezas, las rivalidades acalladas, las fieras pasiones extinguidas en el frío reposo del sepulcro, que extiende un melancólico crespón sobre todos los resplandores, sobre todas las agitaciones, sobre todos los ensueños gloriosos de lo pasado.


14. Entre los soberanos asirios, Esarhaddón es, á no dudar, y así se reconoce unánimemente, «la figura más noble y más simpática¹». Su mismo desprendimiento, al abandonar el poder, le presta cierto encanto romántico. Soltó, en efecto, voluntariamen-

¹ Ed. Meyer. *Geschichte des Alterthums*, vol. I, pág. 474.

te la pesada carga de la monarquía, abdicando en su hijo Asshurbanipal. Sería en vano el buscar el motivo ó la explicación de este suceso en los anales asirios, que se limitan puramente á consignar los hechos. Se piensa, sin embargo, que hubo de alterarse la salud del monarca, el cual, por esta causa, creyóse sin fuerzas bastantes para hacer frente á los tiempos agitados y difíciles, que se avecinaban. Porque ya Taharka se había repuesto de la pasada derrota, aunque sólo iban transcurridos cuatro años desde ella; los principes que habían escapado á su jefatura, veían que nada ganaran al trocársela por la supremacía del Asirio, y preparábase una coalición formidable para romper de nuevo las hostilidades, que exigirían, por parte de Asiria, una acción rápida y vigorosa. Era natural que el rey, fatigado de tantas luchas y quebrantado su vigor, quisiera resignar el mando en su hijo, joven y activo, al cual, por otra parte, había ya asociado hacia algún tiempo á los cuidados del gobierno. El caso es que abdicó pública y solemnemente la corona. Los anales de Asshurbanipal nos revelan la fecha exacta de este acontecimiento. El día 12 de Abril (año 668 antes de J. C.)—un día feliz, «reunió al pueblo de Asshur, grandes y pequeños, desde las costas del mar Superior (Mediterráneo) hasta las del mar Inferior (golfo Pérsico)»—para consagrar á su hijo, al cual se juró obediencia ante los grandes dioses. Desde este momento, Asshurbanipal «gobernó el reino de Asshur, entrando con alegría y aplauso de todos» en el real palacio de Sennacherib, «donde su padre, Esarhaddón, había nacido y adquirido las cualidades de un hombre de Estado... donde había reinado y desde donde había extendido su dominación sobre to-

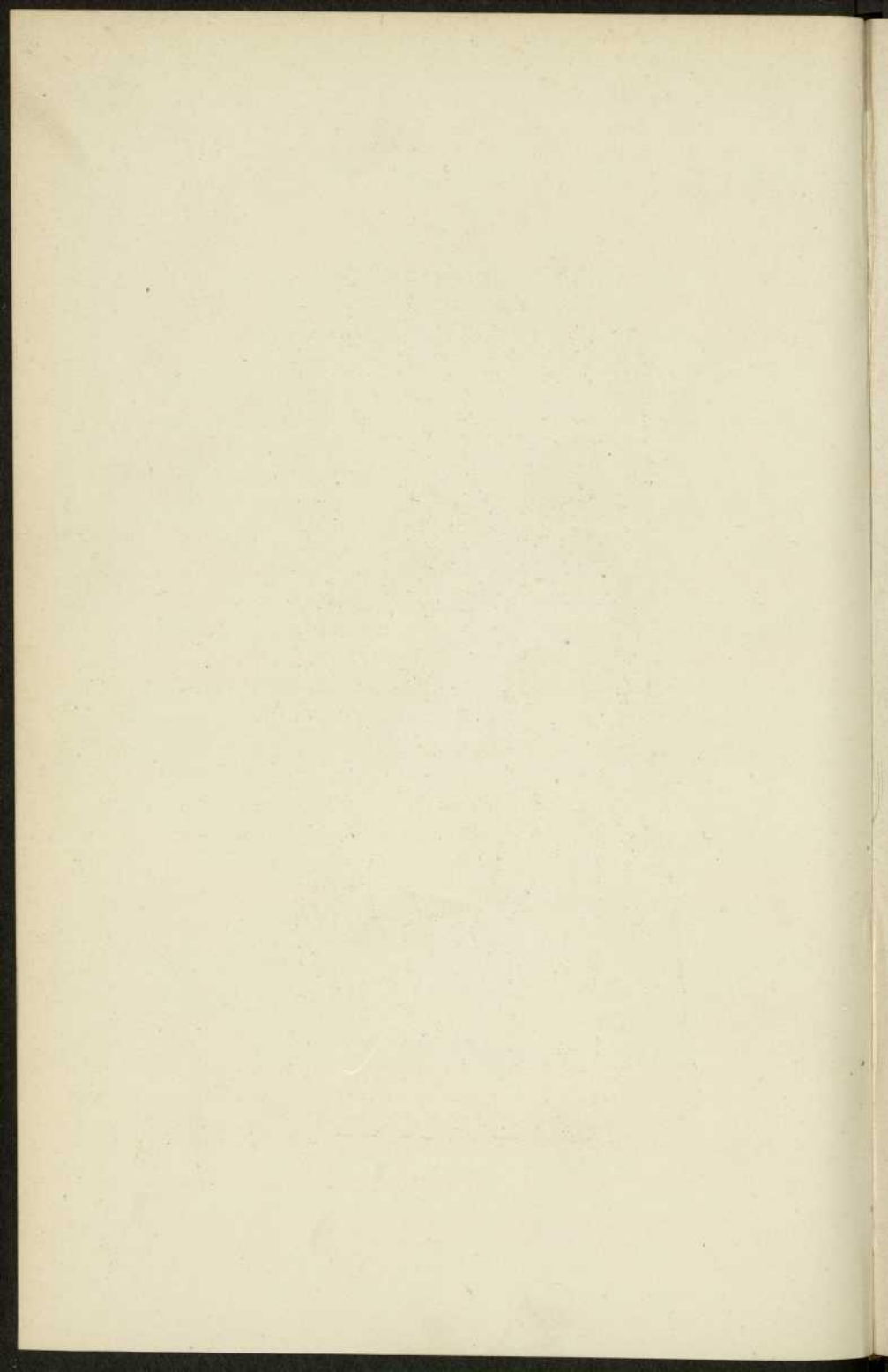
dos los reyes y aumentado el número de sus súbditos á expensas de las naciones extranjeras».

15. Esarhaddón se reservó la soberanía de Babilonia, pero sólo nominalmente; pues se asoció como virrey á otro hijo suyo más joven, Shamash-Shumukin. Hay una carta dirigida á éste por Asshurbanipal, donde el último se intitula «rey de Asshur», y llama á su hermano «rey de Kar-Dunyash, de Shumir y Accad». Esarhaddón murió en Babilonia, al año siguiente de su abdicación.





ESTELA DE SHAMSHI-RAMÁN III (IV, SEGÚN ALGUNOS).



XI.

LA FORMACIÓN DE LA TORMENTA.—LA ÚLTIMA DE LAS CUATRO GRANDES RAZAS¹.

1. Á poco que pensemos en ello, nos sorprenderá seguramente cuán reducido es el espacio de tierra donde hasta aquí se desenvuelven los sucesos que narramos. El escenario, en verdad, se ha ensanchado en ocasiones, tocando á Egipto y aun á la Arabia, mientras, por otra parte, al hablar de los Fenicios, nuestras miradas se han extendido hasta el Occidente de Europa. Pero, en rigor, en este volumen y en el de la historia de Caldea, apenas hemos salido del triángulo truncado, cuyos tres lados son las cadenas montañosas del Libano, Naïri y los Zagros, y la truncadura, una línea imaginaria que atraviesa el desierto desde el golfo Pérsico hasta el Mediterráneo. Ahora bien; basta echar una ojeada al mapa-mundi, para ver cuán mínima parte del hemisferio oriental abarca esta extensión de tierra. Además, de las cuatro grandes razas que figuran en la historia del género humano, llamadas «razas civilizadas», sólo tres han

¹ Debe leerse el presente capítulo teniendo á la vista el mapa segundo, «Navegación de los Fenicios, etc.». En otro caso, no se sacará de él ningún fruto.

aparecido como actores principales en este área limitada, aunque memorable: la turani, la hamita y la semita. De ellas hemos visto á la primera suplantada, si no destruida, por las dos últimas, hermanas entre si y mejor dotadas, y entre éstas aun la semita no tardó en ganar la preeminencia. Llegamos ya al momento en que avanza con rapidez á ocupar el primer rango la cuarta y última de las grandes razas, que todavía no ha perdido su puesto de honor, sino que, por el contrario, mantiene su soberanía y la extiende y la afirma cada vez más sólidamente en toda la redondez de la tierra; raza á la cual pertenece el pueblo de nuestro continente, como heredero de la sangre y cultura de la antigüedad clásica y de todas las naciones de Europa.

2. Esta es la raza, varios de cuyos miembros se mencionan en el cap. X del Génesis (2-5), como hijos de Japhet. Con algunos de ellos hemos trabado ligero conocimiento en el curso de las páginas precedentes: YAVAN, ELISHAH, KITTIRU, ramas todas de la familia griega; TARSHISH, al Occidente; en la opuesta dirección, MADAI (los Medos); y por último, GOMER (los GIMIRRAI de las inscripciones, los CIMMERIANOS de los clásicos). Pero los miembros de la familia japhética conocidos de los historiadores hebreos no eran más que unos cuantos vástagos de un tronco bastante más prolífico, del cual, por otra parte, debemos buscar la raíz en una región situada mucho más al Oriente que la que hasta ahora hemos recorrido—en la vasta y no bien conocida meseta central del Asia, que más generalmente se cree haber sido la cuna común del linaje humano ¹.

3. Hay motivos para pensar que, cuando se veri-

¹ Véase *Story of Chaldea*, pág. 186.

fica la primera gran dispersión (¿quién es capaz de decir en el transcurso de cuántos siglos?), una división numerosa se queda en la morada primitiva durante mucho tiempo, desenvolviendo allí un tipo muy característico, tanto física como moralmente, y un lenguaje más variado, más flexible, más capaz de perfeccionamiento que los que hablaron las demás razas—el lenguaje que vino á ser la lengua madre de todas las europeas, antiguas y modernas, y aun de algunas orientales.—En esta lengua, aquellos numerosos grupos rezagados, al obedecer al fin la ley común y comenzar á moverse y dispersarse en busca de novedades y ventajas, llamáronse á sí mismos *Aryas*, es decir, «los nobles, los venerables», debido, sin duda, á que, en el curso de sus emigraciones, subyugaban ó destruían las tribus naturales ó los pueblos que encontraban al paso, ó, por lo menos, los miraban con el más soberano desprecio. He aquí la causa de que esa entera división del género humano—la cuarta gran raza, con todas las naciones en que se divide y subdivide en la serie de los siglos—se haya denominado la «RAZA ARYA». Éste, por lo menos, es uno de los nombres con que más generalmente se la conoce. Hay otro, sin embargo, que tiene su origen en la manera cómo la raza se divide.

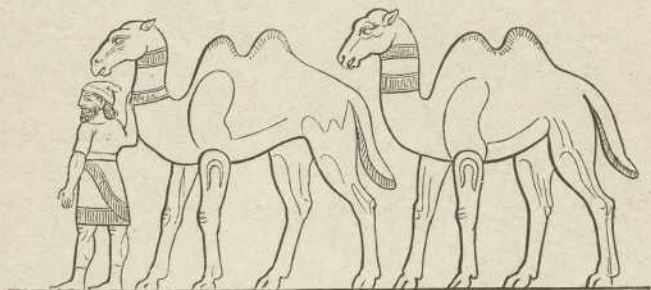
4. Porque, mientras la porción más reducida no salva los límites del continente asiático, el resto, en largos intervalos pero en oleadas cada vez mayores, se derrama por Europa, á través principalmente del ancho portillo de estepas y llanuras que se abre entre las estribaciones meridionales de los montes Urales y el mar Caspio—portillo que parece unir más bien que separar los dos continentes, tanto convida al paso. El único obstáculo que se oponía á los emi-

grantes era el río Oural, y los ríos no son nunca una verdadera barrera. Allí, en efecto, donde una cordillera detiene á una raza por espacio de cien años, un río sólo la detiene un mes. Todas las naciones de Europa podrían encontrar huellas de su origen en estas emigraciones, si hubiera bastantes monumentos. Una rama importante —la más importante desde cierto punto de vista— de la porción asiática, bajó á la India, no por el ancho pero infranqueable desfiladero del Himalaya, la más elevada de las cordilleras del globo, sino por la brecha que hay entre el extremo occidental del Himalaya y la cadena del Hindu-Kush, á través de la cual se abre camino por un abrupto plano inclinado, el río Indo. Por esta razón, las ramas asiática y europea de la raza arya han sido comprendidas bajo el doble nombre de RAZA INDO-EUROPEA, que expresa felizmente su unidad primitiva é indica su presente divergencia. Los Alemanes quisieron introducir la moda de llamarla RAZA INDO-GERMÁNICA, cual si se propusieran preterir hábilmente á las demás naciones europeas con una presunción no exenta de arrogancia. Pero el mundo científico ha hecho poco caso en general de este alarde de mal entendido patriotismo y adoptado la otra denominación, más correcta y comprensiva. En cuanto al nombre bíblico de RAZA JAPHÉTICA, ha sido desechado por insuficiente.

5. La raza indo-europea aparece en el estadio histórico del mundo bajo los más favorables auspicios. No sólo va á recoger la herencia de pueblos ya adelantados en el camino de la cultura, sino que trae plenamente desenvueltas, para poder continuar la magna obra, las dos cualidades que la caracterizan como la más noble y más perfecta variedad de la es-

pecie humana, cualidades que le han valido el dominio del mundo: la facultad de resistencia y de adaptación á las más opuestas condiciones de vida, y la más privilegiada aun de un mejoramiento indefinido, de un progreso ilimitado en cualquiera linea del conocimiento, pensamiento, arte ó acción, donde ejercita su actividad.

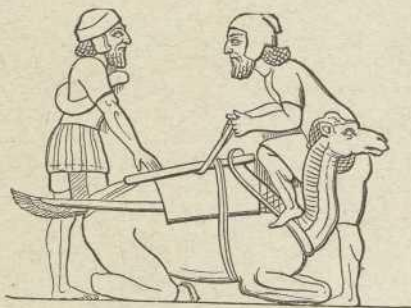
6. La gran mitad asiática de la raza arya hubo con el tiempo de seccionarse, á su vez, en dos ramas. La primera, como ya hemos dicho, bajó á la India



REPRESENTACIÓN ASIRIA DE CAMELLOS
(según Layard).

y allí se detuvo. La otra, vagando al Suroeste de la residencia primitiva y cruzando después muchos terrenos fragosos, se esparció por la vasta región que comprende los distritos actuales de Kaboul y el Afghanistan y la mitad oriental de la Persia moderna. Esta región se componía en la antigüedad clásica de gran número de comarcas, no bien deslindadas ni conocidas, de nombres extraños y poco familiares. De todas, Bactria es acaso la mejor definida; fuera de ella, la mayor parte de este remoto territorio se designaba con el vago aunque expresivo nombre de Ariana, esto es, tierra ocupada por los pueblos aryas.

Hemos dicho «pueblos» y acaso sería más exacto decir «tribus», porque toda esta región, á diferencia de Bactria, donde alternan en serie agradable montañas y valles, con no escasa agua, se compone de herbosas estepas y desiertos arenosos, donde los rios, después de un breve curso, á través de algunos oasis, se secan ó pierden en la arena; así que los grupos de emigrantes, al cruzar este país en sus viajes hacia el Occidente, permanecieron nómadas por necesidad; pero al proseguir su camino y llegar á las estribaciones



ACTO DE CARGAR UN CAMELLO.
(Representación asiria, según Layard.)

de los Zagros y los montes de Elam, pudieron ya trocar sus hábitos por los de la vida sedentaria, puesto que aquellos ricos valles y fértiles laderas y las altas tierras inmediatas habian estado habitadas durante largo

tiempo por una raza anterior; de modo que encontraron ciudades y campos bien cultivados, de que apoderarse, y una población natural á que imponer su yugo.

7. El nombre de «Ariana» se corrompió convirtiéndose en Erán ó Irán ¹, y así fué y es todavía como se designa la familia entera de pueblos aryas que se dispersaron por esta parte de Asia. En sus correrías á través de las estepas y desiertos del Irán, tropezaban de continuo con tribus nómadas de turanics, los

¹ Realmente el mismo que Erim ó Ireland, comprendidos ambos en el original Arya.

cuales, por estar desde más antiguo en posesión del país, los trataban como intrusos. Viéronse, además, cercados al Norte y Noreste por multitud de tribus de la misma raza—los Turcomanos del Turquestán actual.—Surgió así entre ambas razas la hostilidad más profunda y arraigada, el odio más inextinguible, que se ha perpetuado de edad en edad, desde los tiempos prehistóricos. «Irán y Turán», son aún hoy



SACRIFICIO DEL FUEGO, EN BACTRIA.

mismo términos opuestos en la geografía, ethnología y política de Asia, y las luchas entre uno y otro, como ha constituido siempre el fondo de su vida, ha sido también el tema único de sus tradiciones nacionales, cantos y poemas.

8. La primera nación irania que aparece y gana renombre y poder es la de los Medos, llamados «Madai», lo mismo en el cap. X del Génesis que en los monumentos asirios. Es imposible conjeturar cuándo pasaron del Irán oriental al pie de los Zagros.

Hacia la mitad del siglo IX antes de J. C., debían estar ya en posesión de muchos de los valles y laderas exteriores de esta cordillera, porque es por entonces cuando se les ve por vez primera contender con los Asirios, y se menciona su nombre en las inscripciones de Ramán-Nirani III. (Véase cap. VI, núm. 13). Desde este momento, no cesan de crecer en fuerza é importancia, como lo prueba el hecho de ser citados cada vez con más frecuencia en las inscripciones, hasta el punto de que las expediciones contra los Medos, primero en las fragosidades y montañas de los Zagros, después más allá de esta barrera—aun en los mismos desiertos iraníos—son una de las principales preocupaciones de los monarcas asirios. Hablan éstos de tres grupos de Medos: los «fuertes» ó «poderosos medos», probablemente las tribus guerreras que lograron establecerse de un modo permanente en las faldas de los Zagros: los «distantes Medos» ó «Medos del Sol Levante», que tenían ciudades y establecimientos á lo largo de las laderas meridionales de los montes Elburz y más lejos, al Este: y los «Medos nómadas», que eran, al parecer, tribus errantes de los desiertos iraníos. Á estos últimos los llaman ingeniosamente «*Madañ* «*Arabi*» («Medos árabes»), para indicar que vivían de un modo semejante á los Arabes. Los reyes asirios, desde Tiglath-Pileser II en adelante, cifran su orgullo en haber domado á los «distantes Medos del Sol Levante» y extendido su soberanía hasta el monte Bikni. Por desgracia, y á pesar de los trabajos practicados, no puede precisarse cuál era este monte Bikni, que se dice abundaba en mármol ó alabastro.

9. Si estas indicaciones no bastasen para mostrar

que, aun en tiempos tan recientes como los de Esarhaddón, los Medos no formaban una nación compacta y unida, resultaría este hecho plenamente demostrado por la falta de gobierno central entre ellos. Por más que las antiguas inscripciones prodigan el título de «rey», que no tienen reparo en conceder á cualquier modesto «soberano», no dicen nunca «reinos ó reyes medos», sino «poblaciones» ó «jefes de poblaciones»; y esto nos remonta á una constitución social, suelta y disgregada, y á la forma de gobierno más primitiva después de la patriarcal. Es el periodo social caracterizado por la existencia del clán. Hasta peleaban por clanes — lanceros, arqueros y caballería — «todos juntos, formando una masa y confundidos;» acudían al campo de batalla, á las órdenes del respectivo jefe, en vez de dividirse en cuerpos y compañías, como los ejércitos regularmente organizados. Debemos este detalle á Herodoto, el historiador y viajero griego, quien también nos enseña, en perfecta conformidad con los monumentos asirios, que los Medos, en los tiempos antiguos, «vivían en aldeas esparcidas, independientes de toda autoridad central».

10. Es probable que invadieran primeramente las ásperas tierras montañosas que se extienden entre la cadena central de los Zagros—ahora habitadas por tribus vagabundas de Kurdos—y el mar Caspio, y descendiesen después y se esparcieran gradualmente al Sureste, ocupando los diferentes países y pequeños reinos que los Asirios abandonaban después de saquearlos y devastarlos, los cuales, postrados y empobrecidos, no serían capaces de oponerles eficaz resistencia. Así se formaron algunos principados, que debemos considerar como el núcleo verdadero del

futuro reino. Uno de los primeros fué el de Ellip, el cual, bajo el anciano Dalta, se mostró durante tantos años leal á Sargón. Cuando Media se convirtió en un estado unido y poderoso, su capital ECBATANA ó ACBATANA (hoy Hamadán), estaba situada en medio de aquel mismo distrito, llamado por los clásicos Media Propia ó Gran Media.

11. Es evidente que en los países donde se asentaron, había establecidos otros pueblos, con costumbres é instituciones propias. Estos pueblos eran, en su mayor parte, de origen turani, muy mezclados probablemente con elementos hamitas y aun semitas (en Elam, sobre todo). Los aryas nunca propendieron á confundirse con otras razas; y así, al invadir un territorio, formaban una aristocracia elevada, la cual gobernaba al pueblo que había sometido á su poder. La distinción se conservaba merced á las dos diferencias que más separan á los hombres, después de la de raza, la de lenguaje y la de religión. Sin embargo, sería un error el imaginarse que los conquistadores permanecieron libres de toda influencia por parte de los vencidos, los cuales distaban mucho de ser bárbaros; bien al contrario, de largo tiempo establecidos, su cultura era superior á la de los invasores, que precisamente acababan de salir del estado nómada. Por esta causa, cuando los Medos (incluyendo bajo tal nombre á los varios elementos extraños que se asimilaron ó sometieron) se elevan al rango de nación, vemos que son un pueblo muy mezclado, y su religión, especialmente, se nos presenta en definitiva como un producto notabilísimo, debido á la fusión de otras formas más antiguas del culto, cuyo carácter era distinto y aun opuesto. Mas este asunto no debe ser tratado con el necesario de-

tenimiento sino en otro volúmen, que consagraremos especialmente á la antigua raza irania. Por ahora sólo deben ocuparnos los Medos, en tanto que son una de las nubes más tempestuosas que se amontonaban rápidamente sobre la cabeza, harto erguida, de Asshur. Sin embargo, justo es notar, de pasada, cuán desfigurados están los hechos reales por la fantasía, en una leyenda mítica nacional que hallamos en la historia fabulosa de Semíramis (véase cap. VI, núm. 14). Háblase aquí de un Imperio medo, muy floreciente, que conquistó Nino hacia el año 2.000 antes de J. C., es decir, 1.500 años antes de que los Medos figurasen como una insignificante tribu bárbara, y cuando aun habían de transcurrir 400 sin que Asiria apareciese como una comarca dotada de existencia propia. Pero los Griegos tomaron la historia de fuentes medas, y los Medos, que habían sucedido á los Asirios en la dominación de Asia, exageraron, tal vez por vanidad nacional, la duración é importancia consiguiente del Imperio que habían conquistado, dando á la par á sus conquistas el carácter de un desquite por los agravios que antiguamente recibieran de sus ahora aniquilados rivales.

12. El fruto del levantamiento general, que vino á dar repentinamente en tierra con el coloso asirio, cuando estaba, al parecer, en el apogeo de su gloria, fué recogido exclusivamente por los Medos y Caldeos: sin embargo, la catástrofe no se debió tan sólo al concurso de estos dos agentes. Los esfuerzos combinados del Occidente, el Sur y el Oriente, habrían sido ineficaces por bastante tiempo todavía contra Asiria, aun dado, como dice un historiador moderno, «que sus propias victorias desangraran poco á poco» al valiente Imperio. En la tormenta formada de pronto

entra, como factor importante, una nube, hasta aquí invisible, venida del Norte, la cual crece, se ennegrece, se aproxima y, uniéndose á las otras, cubre el firmamento y hiere á Asshur con el rayo. En comarcas situadas mucho más allá de la reducida extensión del planeta donde se desenvuelve el drama que narramos, en la misma región abierta que hay al Norte del mar Negro y que ahora se llama Rusia meridional, durante años—probablemente durante siglos—se habian sucedido acontecimientos que, oscuros y confusos, como el recuerdo que dejaron, debian, no obstante, llegado el momento oportuno, dar el último vaivén á la cuerda en que se balanceaba algo más importante que los destinos del pequeño mundo asirio-caldeo. De las profundidades misteriosas del Asia central, llegaban á intervalos muchedumbres aryas, impulsadas siempre en la misma fatal dirección: cruzaban anchos rios, seguian la costa septentrional del mar Caspio y penetraban por el portillo, ya mencionado, que hay entre éste y los montes Ourales, el cual desde entonces debe haber ganado en anchura lo que por allí ha perdido dicho mar en extensión. Las llanuras de Rusia carecen de limites, al parecer. No se encuentran en ellas más barreras que los rios, que son muchos y caudalosos, de los mayores del mundo, sin contar las corrientes gigantescas del continente americano. Allí las naciones podrían desparramarse, dispersarse, vagar de un punto á otro ó establecerse, según su voluntad. Verdaderamente, si el Asia central fué la cuna del linaje humano, en esta otra parte estuvo la de la moderna Europa; porque, entre las naciones que hoy la pueblan, no hay ninguna cuyos antecesores no hayan, en sus emigraciones hacia el Occidente, acampado

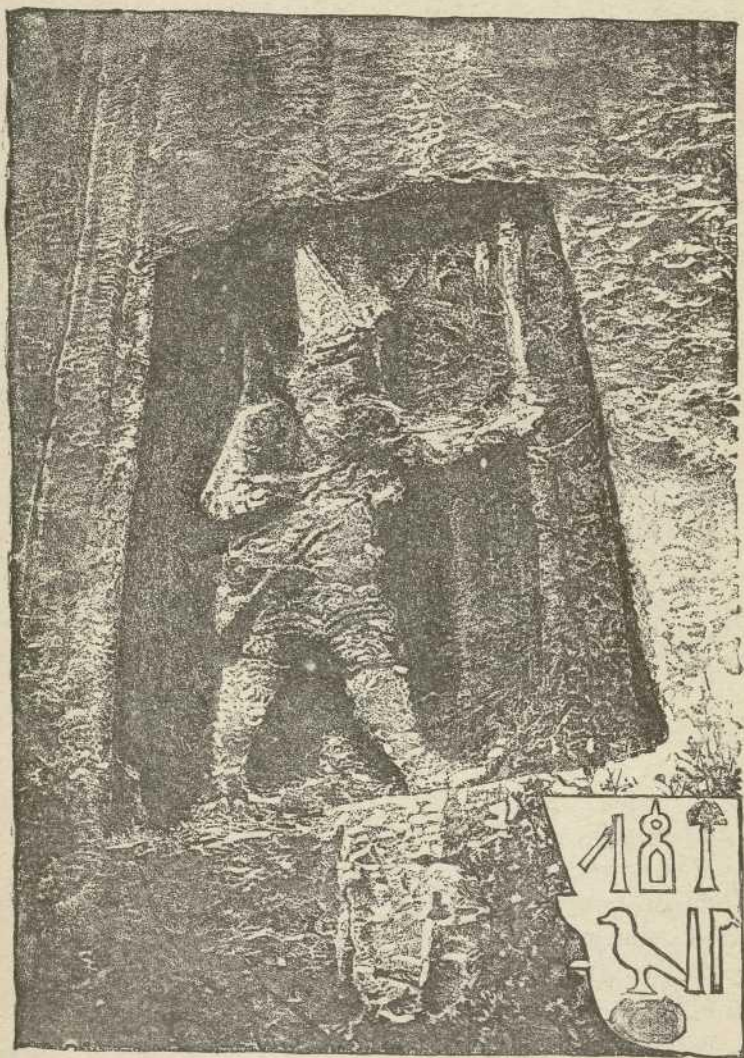
ó hecho alto en otro tiempo en las extensas planicies rusas. Los abuelos de los Griegos y de los Italianos habian pasado por alli hacia largo tiempo en la época de los últimos sucesos referidos— muerte de Esarhaddón, 668 antes de J. C.— Grecia era ya un país próspero y muy civilizado, y Roma misma llevaba cerca de un siglo de existencia. Así es, que la raza arya estaba floreciente y trabajaba con ardor en la prosecución de sus brillantes destinos en el Sur de Europa, cuando apenas comenzaba á dejar entrever su futura importancia en el Asia occidental.

13. El Mediodía de Rusia, por su fertilidad extraordinaria, ha tenido siempre un atractivo irresistible para el pastor, que busca tierras donde apacentar su ganado, y para el labrador, que necesita campos en que sembrar. Es por esta razón la comarca más á propósito para cambiar los hábitos nómadas en hábitos secundarios, y sus antiguos moradores permanecieron largo tiempo en un estado de cultura que participaba de ambos géneros de vida. Los Griegos los designaban vagamente bajo el nombre general de Cimmericianos (con más propiedad Kimmericianos). Herodoto habla de algunas ciudades cimmericianas, y dice que el estrecho que une el mar de Azof con el Negro se llamaba «Bósforo cimmericiano». Esta región era para los Griegos la más septentrional de la tierra, el limite exterior del mundo; las historias más absurdas circulaban acerca de ella. Así, era creencia vulgar que estaba allí una de las entradas del mundo inferior (la región de la muerte), y que el sol nunca brillaba en aquellos horizontes, de donde provino la expresión proverbial, «oscuridad cimmericiana». Esto, no obstante, los hombres cultos y los viajeros conocian mejor dichos países; testigo

Herodoto, que, si bien no pasó nunca al Norte del mar Negro, puso el mayor cuidado en recoger informes fidedignos respecto á aquellos ¹.

14. Parece que, en una época que no es fácil determinar, otro numeroso grupo de nómadas iranos, empujados por algunas tribus salvajes que habitaban al Este del Caspio, emprendieron el camino de siempre: cruzaron el río Oural, el Ra (Volga moderno), el Tanais (hoy Don) é invadieron las vastas llanuras donde se hallaban establecidos los Cimmericos. Los Griegos llamaron á estas hordas SCITHAS ó SITHIANOS; los Asiáticos, SAKHI ó SAKI, denominaciones ambas sumamente vagas y que inducen con facilidad á error, puesto que se aplicaban á *todos* los pueblos bárbaros y errantes del extremo Norte y Noreste, muchos de los cuales, especialmente los del Noreste, eran sin duda turanics. Pero los Scithas que pasaron á Europa, pertenecían, á ciencia cierta, á la raza arya y tronco iranio. Los recién venidos, codiciando la posesión del suelo, empujaron delante de sí á los Cimmericos, y aunque parte de éstos parece que se aislaron en la península de Crimea, protegidos por una muralla («la muralla cimmerica, de Herodoto), la gran masa del pueblo, después de hacer alto desesperadamente en los bancos del río Tyras (Dniester) y de experimentar una terrible y sangrienta derrota, cedieron el campo á los invasores y se alejaron al Occidente, ó más bien al Suroeste. Forzados de este modo á reanudar su vida nómada, cruzaron el río Ister (Danubio), y se esparcieron por la comarca

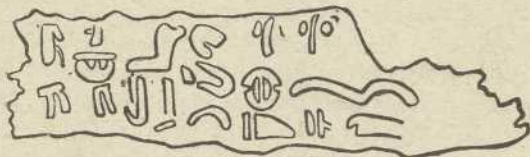
¹ Acerca de los Cimmericos y de los pueblos que con ellos tienen parentesco, véase especialmente el capítulo «Gomer» de los «*Origines de l'histoire*», de Francisco Lenormant. (Vol. II, párrafo 2.º, pág. 332 y siguientes.



ESCULTURA HITTITA TRABAJADA EN LA ROCA, EN EL PASO DE KARABEL (CERCA DE SMIRNA),
Y QUE ERRÓNEAMENTE JUZGARON LOS GRIEGOS QUE REPRESENTABA Á RAMSÉS II.

montuosa que los antiguos designaron con el nombre de Thracia (Bulgaria y Rumelia), ya ocupada por una población sedentaria de su misma familia, la salvaje y guerrera nación de los Thracios, que nunca se mezclara del todo con los Griegos ni se asimilara su refinada cultura. Un grupo considerable de los desalojados Cimmericos se desparramó, á través del Bósforo, por el Asia Menor, donde determinó una conmoción semejante á la que causa en el agua la caída de una piedra.

15. La historia empieza, para el Asia Menor, después que para los Semitas de las tierras ribereñas y los Canaaneos de la costa. Los mismos comienzos de las colonias griegas establecidas á lo largo de la costa jonia y de la meridional del mar Negro, sólo han llegado hasta nosotros á la luz crepuscular de las leyendas épicas y mitos, que, en el Éufrates, se conservaron en registros monumentales auténticos, como de 2.000 años de antigüedad, antes de J. C., y en algunos casos, más antiguos todavía. En cuanto á la población, divisiones políticas y cultura de la tierra, tan maravillosamente favorecida por la naturaleza que se conoce con el nombre de Asia Menor, hasta fecha muy reciente no hemos podido formarnos una idea verosimilmente aproximada á la verdad, aunque vaga todavía. Las investigaciones basadas en descubrimientos ha poco verificados, á las cuales se consagra desde hace algunos años el profesor A. H. Sayce, revelan que floreció allí, en tiempos remotos, una civilización muy desenvuelta, importada por los pobladores hittitas que, probablemente hacia el siglo xv antes de J. C., empiezan á correrse en aquella dirección desde las tierras montañosas del Tauro y de Naïri (después Armenia), donde hemos



ESCULTURA HITTITA TRABAJADA EN LA ROCA, JUNTO Á IBRIZ, EN CILICIA,
Y QUE REPRESENTA UN DIOS HITTITA.

encontrado una rama importante de la raza, el pueblo de Urartu.

16. En la Jonia propia, en el camino que une las antiguas ciudades de Épheso y Sardis, la capital de la antigua Lydia, como á 25 millas de la moderna Smirna, hay un desfiladero que atraviesa una montaña escarpada y roquiza. En este paso, el viajero se ve detenido de pronto por esculturas talladas en la roca, que representan un guerrero, cuyo traje y actitud llaman la atención. Herodoto las vió cuando se hallaban probablemente en mejor estado de conservación que hoy, y le maravillaron mucho. Admite que los Jonios no sabian quién era aquel guerrero, pero parece estar bajo la impresión de que, en opinión de aquéllos, representaba á Ramsés II, el conquistador egipcio que los Giegos conocian bajo el nombre de Sesostris, del cual pensaban, erróneamente, que habia extendido su dominación hasta más allá del Tauro. No deja de ser curioso el que, lejos de señalar la huella de un conquistador egipcio, esas esculturas se labrasen para conmemorar los progresos y la fortuna de los enemigos más poderosos y constantes de los Egipcios.

17. Otro monumento hittita más interesante es la roca esculpida en Ibriz (Cilicia), algo al Noroeste de Tarsus. Se le describe de la manera siguiente:

«Representa á un sacerdote en acción de gracias, ante la imagen del dios que fertiliza la tierra. El dios es un labrador, y sus atributos le designan como dispensador del grano y el vino... lleva el mismo traje usado todavía por los campesinos... el alto gorro puntiagudo, que aun se ve en algunas tribus kurdas; la túnica ceñida por un cinturón... y los zapatos de pieles, que son las sandalias ordinarias del país, con iguales correas y el mismo modo de sujetarlas... Es interesante también fijarse en que algunas prendas del

traje del sacerdote no difieren de otras usadas por los labradores de Capadocia».

18. Capadocia puede vanagloriarse de poseer numerosos restos hittitas, no sólo rocas esculpidas y sepulcros tallados en la roca, sino construcciones, ciudades, palacios con pórticos guardados por leones y departamentos dispuestos á la moda asiria. Las más importantes de estas ruinas han sido descubiertas en *Boghaz-Keni*, donde el palacio estaba dominado por una roca lisa, coronada de dos ciudadelas, que se elevaba á alguna distancia de los muros, también de roca viva, la cual se había pulimentado ligeramente para cubrirla de esculturas, que representaban una procesión entera de personajes de extraño aspecto y de animales, cuyo carácter mitológico no ofrece ningún género de duda. Á decir verdad, en toda el Asia Menor hay esparcidas huellas de una cultura hittita primitiva y poderosa, que, en mucha parte, debió sobrevivir á la grandeza de aquella raza, tan digna de estudio. Así, al establecerse unos colonos griegos en Épheso (Jonia), encontraron un santuario de Atargatis (la diosa-naturaleza hittita, la hermana de la Ishtar semita y de la canaana Ashtoreth), cuyo culto se celebraba principalmente en la capital nacional, Karkhemish. Sorprendióles, sobre todo, la peculiaridad propia de este culto, que consistía en estar encomendado á centenares y á veces millares de mujeres, y estas son las amazonas, las mujeres guerreras de la leyenda salvaje y fantástica, que no tardó en forjar la viva fantasía griega. «En el arte primitivo», dice el profesor Sayce, «las amazonas aparecen vestidas con el traje hittita y armadas del hacha de dos cortes; y las dan-

zas que ejecutaban en honor de la diosa de la guerra y el amor, dió margen al mito que las presentaba como una nación de mujeres guerreras ¹). Según las tradiciones griegas, no sólo Épheso, sino Smirna y otras varias ciudades de la costa jonia habían sido fundadas por amazonas; creencia que nos indica el origen hittita de dichas ciudades, del cual origen da testimonio el rasgo más saliente de la religión hittita, común á ésta, á la de Canaán y á la asirio-babilónica. Los Griegos, siempre prontos á adaptar las ideas extrañas á las suyas propias, conservaron el culto de la diosa hittita, pero dándole un nombre griego. Su santuario llegó á ser uno de los más populares y renombrados del mundo griego; su templo, espléndidamente dotado por la munificencia griega y decorado con los primores del arte griego, se consideró como una de las maravillas de la tierra. Sin embargo, ni la diosa ni el culto se vieron nunca libres de ciertas particularidades asiáticas y cierta grandeza bárbara, que contrastaban con el casto refinamiento y la moderación, propios del gusto y el pensamiento de Grecia.

19. Épheso, Smyrna y otras ciudades importantes greco-jonias estaban diseminadas á lo largo de la costa, en las bocas de los principales rios de un país que vino á ser célebre bajo el nombre de Lydia. Cuando los emigrantes griegos, arrojados de su patria por la guerra civil, comenzaron á establecerse en los valles más fértiles de este hermoso litoral, hacia el año 1.000 antes de J. C., los naturales les opusieron escasa resistencia, porque los Lydios, aunque valientes en un principio, se habían afeminado y caído en la molicie y el abandono. Estuvieron gober-

1 A. H. Sayce. *Herodoto*, pág. 430.

nados por reyes durante mucho tiempo, pero ninguna noticia digna de fe hay de estos monarcas, hasta tres siglos más tarde.

Las extensas listas de soberanos, correspondientes á dos dinastías y transmitidas por la tradición, que se conservan, tienen un carácter mítico, como las primitivas dinastías de Beroso, suponiéndose que los primeros reyes descendían directamente del dios lydió supremo, el dios MANES, y de su hijo ATTYS. Este último es el «benéfico sol-dios», la copia del Adonis-Tammuz, de Babilonia y Canaán. Era joven y bello y tuvo un fin trágico, según algunas versiones, entre los colmillos de un jabali. También le amaba la diosa naturaleza (que aquí se llama KYBELE), la cual, loca de pena por haberle perdido, recorría el mundo en su busca, lamentándose y llorando. Las fiestas de Attys, como las de Adonis-Tammuz, se verificaban al empezar la primavera, duraban tres días y tenían un marcado carácter orgiástico¹. Fué traído, juntamente con los nombres de las tres divinidades (las tradiciones populares perpetuaron el hecho) de Phrygia, la comarca que linda con Lydia por el Este, donde los emigrantes hittitas se detuvieron primeramente, en su viaje hacia la costa. Pero el nombre de Phrygia debe ser de fecha posterior, porque no es de origen hittita.

20. Tomado en un sentido amplio y general, este nombre denota la población arya, que en cierta época invadió gradualmente la región peninsular limitada al Este por los montes de Armenia (Asia Menor), reemplazando á los primitivos dominadores hittitas. Los phrygios, en esta extensa acepción, son una rama del grande y poderoso tronco arya, al que hemos

¹ Cap. IV, núms. 23, 24 y 31, y *Story of Chaldea*, págs. 323-326.

visto que pertenecieron los pobladores de Thracia, y una parte de los cuales siguieron llamándose á sí mismos, por espacio de mucho tiempo, BHRYGAS (en su manera de pronunciar, Phrygas). Se reconoce universalmente el parentesco entre las naciones de ambos lados del Bósphoro y el Hellesponto, y así se denominan con frecuencia, para distinguir las entre sí, con los nombres de familia de naciones «*thracio-europeas*» ó familia de naciones «*thracio-asiáticas*», ó con los de pueblos «*thraco-phrigios*» y pueblos «*phrigo-thracios*». Al contrario de la mayor parte de las emigraciones, ésta parece haberse verificado de Occidente á Oriente, cruzando el Bósphoro y siguiendo hasta los montes armenios; es una de las pocas desviaciones de una gran ley general que la historia nos ofrece. En sus correrías, se dividieron en varias naciones; pero Phrygia, según indica su nombre, parece haber sido el asiento del tronco primitivo. Los aryas que nos ocupan, fueron los que, en los movimientos posteriores de los pueblos, se desparmaron por las montañas de Nairi, extendiéndose hasta las orillas de los dos lagos, expulsando y subrogándose á los Alarodianos de Urartu y las demás tribus de las regiones montuosas vecinas; son los antecesores de los Armenios, que, mezclados después con otros elementos iraníes, se establecieron sólidamente en aquella comarca, donde aun residen. Sin embargo, en el punto á que hemos llegado en nuestra historia, la división armenia de la raza thracophrigia no habia pasado aún de las estribaciones occidentales de la cadena armenia, donde formaba como una avanzada, poco numerosa, pero emprendedora y guerrera. Este es el pueblo que el cap. X del Génesis incluye en la familia japhética bajo el

nombre de *Togarmah*, hijo de Gomer, y al cual aluden los profetas hebreos cuando hablan repetidamente de *Beth-Togarmah*—«la Casa de Togarmah».

21. Es sumamente improbable que los antiguos hebreos tuvieran conocimiento de los Cimmerianos que habitaban al Norte del mar Negro. Las últimas investigaciones parecen revelar que, cuando mencionan á Gomer y sus hijos, se refieren á las naciones thraco-phigias establecidas al Sur de aquel mar, del mismo tronco que los Cimmerianos, si bien éstos, al cruzar el Bósphoro, huyendo de los Scithas, no se presentan ante ellos como pueblos hermanos, sino como bárbaros, ansiosos de dominar y devastar países muy civilizados. Á falta de testimonios monumentales, es una fortuna que haya memoria de un acontecimiento que nos permite fijar aproximadamente la fecha de esta emigración. Hacia el año 750 antes de J. C., los Cimmerianos destruyeron la colonia griega de Sinope, fundada hacia poco tiempo en el mar Negro, en una región conocida posteriormente bajo el nombre de Paphlagonia. Así es que no debieron cruzar el Bósphoro mucho antes. Inician un sistema de talas y correrías por toda el Asia Menor, donde mantuvieron una especie de dominación pasajera; y por espacio de unos cien años, fueron el terror de la población rural, expuesta á sus continuas depredaciones, y conquistaron y saquearon varias ciudades, amenazando invadir el mismo Imperio asirio, bajo un jefe aventurero, Tiushpa, que fué batido por Esarhaddón, probablemente en algún distrito de las montañas de Capadocia, como hemos visto. Ya volveremos á hablar de ellos y de sus perseguidores, los Scithas.

Bien podía el profeta exclamar: «Una olla encen-

pidá vea yo y su cara del Aquilón... Del Aquilón se extenderá el mal sobre todas las naciones de la tierra. Porque, he aquí, que yo convocaré todas las parentelas de los reinos del Aquilón, dice el Señor» (Jeremías, I, 13-15).

XII.

LA DECLINACIÓN DE ASHUR-ASSHURBANIPAL (ASSHUR-BANI-HABAL).

1. Cuando Asshurbanipal quedó único dueño de la soberanía, que durante los últimos años había compartido con su padre, ninguno, y él menos que nadie, podía imaginar que el Imperio estaba en el último medio siglo de su existencia. En verdad, las señales exteriores anunciaban un estado sumamente próspero al comenzar el nuevo reinado, y el joven rey se complace en decir que, Asshurbanipal, 668-626 antes de J. C. «cuando los grandes dioses le asentaron firmemente en el trono, Ramán envió sus aguas á la tierra, la simiente dió cinco por uno, sobraron las dos terceras partes de la cosecha, el ganado multiplicóse rápidamente, las estaciones fueron abundantes y en sus años no se conoció el hambre». En sus monumentos pudo registrar, sin exageración ni jactancia, una larga serie de triunfos y victorias, y su reinado fué, bajo cierto aspecto, aun más brillante que los de sus predecesores. Además, es esta la edad de oro de la literatura asiria ¹. Porque este rey se

¹ Este monarca fué el que, al parecer, fundó, ó á lo menos enriqueció considerablemente, la biblioteca del palacio de Koyunjik. Constaba

distingua por una peculiar aptitud de su entendimiento, algo semejante á la que caracteriza á los que hoy podríamos llamar desenterradores de archi-

esta biblioteca de tablillas de tierra cocida, exclusivamente, escritas por ambas caras en letra cuneiforme cursiva, tan fina y apretada que les cuesta hoy no poco trabajo á los más hábiles asiriólogos leer y descifrar los textos. Créese, por esto, que el uso de esta biblioteca estaba limitado á un reducido número de doctos. Descubrióla Layard, en el curso de sus exploraciones, en Koyundjik. Yacía por el suelo, cubriendo el pavimento de dos habitaciones bastante espaciosas, en un espeesor de medio metro. De trecho en trecho, habían conservado las tablillas su orden primitivo; pero con más frecuencia, hallábanse mezcladas, confundidas y más ó menos rotas. Todo daba á entender que se habían caído de bastante altura y de estantes de madera, y en efecto, examinadas bien todas las circunstancias, se averiguó que habían estado colocadas en las salas del piso superior y que, al venirse al suelo, habían hundido la bóveda de las salas inferiores cayendo en el pavimento de éstas. El estudio de los textos puso de manifiesto, sin ningún género de duda, el orden en que habían estado puestas en la biblioteca; pues cuando el asunto comprende varias tablillas, no solamente el relato empezado en una de ellas se continúa en otras de la misma forma y tamaño, sino que la última línea de cada tablilla se repite en la primera de la siguiente, y todavía, por si esto no fuera bastante, tienen una verdadera foliación. Cada asunto lleva, en efecto, su título, que lo constituyen las primeras palabras del texto, y este título, precedido del número correlativo de la tablilla, se repite al pie de cada una. Así, un tratado de Astronomía, de más de 70 tablillas, comienza por las palabras «cuando los dioses Anu é Ilu»; pues bien, estas palabras son el título de la obra, y este título se repite al pie de cada tablilla en esta forma: «Tablilla 1.^o de la serie: Cuando los dioses Anu é Ilu».—«Tablilla 2.^o de la serie: Cuando los dioses Anu é Ilu».—«Tablilla 3.^o de la serie: Cuando los dioses Anu é Ilu», y así sucesivamente. Para que pueda formarse idea del caudal de documentos que contenía esta biblioteca, bastará decir que los restos recogidos por Layard y Smith, depositados hoy en el Museo Británico, se calcula que formarían una masa de más de cien metros cúbicos, y su contenido llenaría, en la forma ordinaria de nuestros libros, más de 500 volúmenes de 500 páginas en cuarto. Con ser mucho lo que han trabajado los eruditos en descifrar estos materiales, se está todavía muy lejos de haber utilizado para la historia todo el tesoro de datos que contienen. De su carácter é importancia, podrá juzgarse por la siguiente enumeración de los asuntos.

1.^o Enciclopedia gramatical. Comprende: (a) Un léxico de la lengua súmerica-accadia, con el significado de las palabras en asirio, y que debía servir para traducir antiguos tratados de religión y de ciencia; (b)

vos, y en el párrafo con que comienza una de las inscripciones de sus cilindros, dedicado, según costumbre, á la propia glorificación, se regocija de que

Un diccionario de los sinónimos de la lengua asiria; (c) Una gramática de la misma lengua, con los paradigmas de las conjugaciones; (d) Un diccionario de los signos de la escritura cuneiforme, con su significado ideográfico y su valor fonético; (e) Otro diccionario de los mismos signos, en parangón con los jeroglíficos primitivos, que eran la fuente de la que aquellos emanaban; (f) Un léxico de las expresiones particulares, generalmente ideográficas, usadas en las inscripciones del Imperio primitivo de la Caldea; (g) Cuadros de ejemplos, para enseñar la construcción gramatical y la equivalencia entre los modos de expresión ideográfica y fonética.

2.º Literatura. Consiste en proverbios, máximas y sentencias, cuyo sentido y aplicación difícilmente habrá quien logre penetrar. He aquí dos, por vía de ejemplo: «Yo comeré el fruto de muerte, y yo haré de él el fruto de vida». «Tú vas á despojar el campo del enemigo; y es él quien viene y despoja tu campo, el enemigo».

3.º Tratados de religión, que se clasifican en cuatro grupos: (a) Fragmentos mitológicos, genealogías de dioses y listas de las funciones, atributos y epítetos de un mismo dios; (b) Tablas de localidades donde se encontraban los principales templos de cada divinidad, y otras de los dioses que eran adorados en las distintas ciudades de Asiria y Babilonia; (c) Fragmentos de colecciones de himnos, semejantes por su estilo á los salmos bíblicos; (d) Colección mágica, mandada copiar por el mismo Asshurbanipal y compuesta de tres libros, que contienen, el primero, fórmulas de conjuros para ahuyentar á los malos; el segundo, encantos para curar las enfermedades, y el tercero, himnos á ciertos dioses.

4.º Historia, que comprende: (a) Fragmentos de una lista de antiguos reyes caldeos, con indicación de los períodos astronómicos en que reinaron; (b) Restos de los cánones de los magistrados epónimos ó *limmu*; (c) La llamada Tabla de los sincronismos, ó sea, de las relaciones que mediaron entre Ninive y Babilonia, en época remota, y de los tratados concluidos entre las dos ciudades antes de que la primera impusiera su soberanía á la segunda; (d) Anales particulares de los diferentes reinos.

5.º Geografía y estadística. Consisten en listas y catálogos, ya de los oficiales de la corte y de la administración, por orden jerárquico; ya de los países sometidos al Imperio, con indicación de sus productos especiales; ya de las ciudades asirias, mencionando de cada una las sumas que pagaba ó el tributo que suministraba en productos, especialmente en granos; ya, en fin, de los distritos, ríos, poblaciones, montañas y hasta comarcas extranjeras.

los grandes dioses le hayan dotado «de oídos atentos» é inclinado su espíritu al estudio «de las tablas escritas». Elevó el arte asirio á su más alto grado de

6.º Derecho civil, relativo á la constitución de la familia.

7.º Historia natural. De un lado, listas de las plantas y minerales conocidos, de las maderas empleadas en la construcción ó el mueblaje, de los metales, de las piedras para la escultura y la arquitectura; de otro, catálogos de todas las especies animales conocidas de los naturalistas asirio-babilónicos, clasificados por géneros y especies, y designadas por el nombre científico y el vulgar.

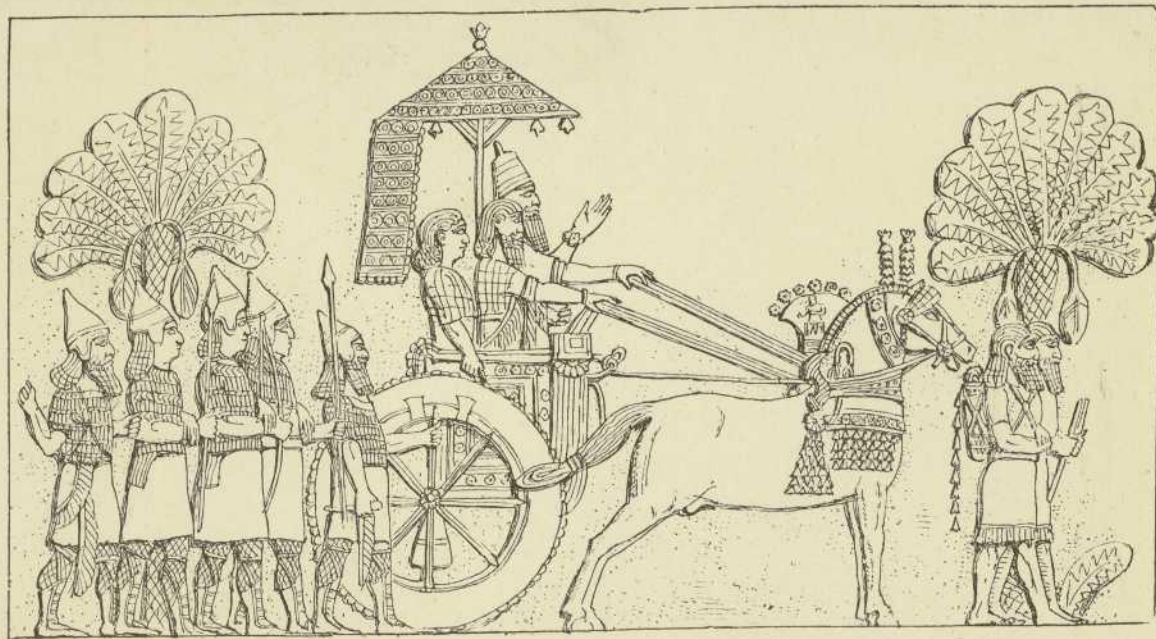
8.º Matemáticas y astronomía. De estas ramas hállanse: (a) Tratados de aritmética, que inducen á pensar que Pitágoras tomó de los Asirios su famosa tabla de multiplicación; (b) Catálogos de estrellas y colecciones de observaciones siderales, entre otras, tablas de las salidas de Venus, de Júpiter, de Marte, y de las fases de la luna, día por día, en el mes; (c) Calendarios, que nos dan á conocer el mecanismo del año caldeo-asirio, su carácter puramente lunar y el sistema de intercalaciones para restablecer la armonía con el año solar y el curso de las estaciones.

9.º Astrología. Ocupa el primer lugar, entre los fragmentos de esta clase, una obra fundamental, reconstituída casi por entero, en la que se exponen los presagios, sacados de las posiciones, apariencias y movimientos de los cuerpos celestes, de las nubes y de todos los fenómenos meteorológicos.

10. Documentos que llamaríamos de archivo, como cartas diplomáticas, comunicaciones oficiales dirigidas al príncipe por los gobernadores de provincia, notas que remitían los astrólogos adscritos al servicio del rey acerca de sus observaciones diarias, proclamas reales, peticiones y denuncias al rey, y cuentas de los tributos pagados por las ciudades.

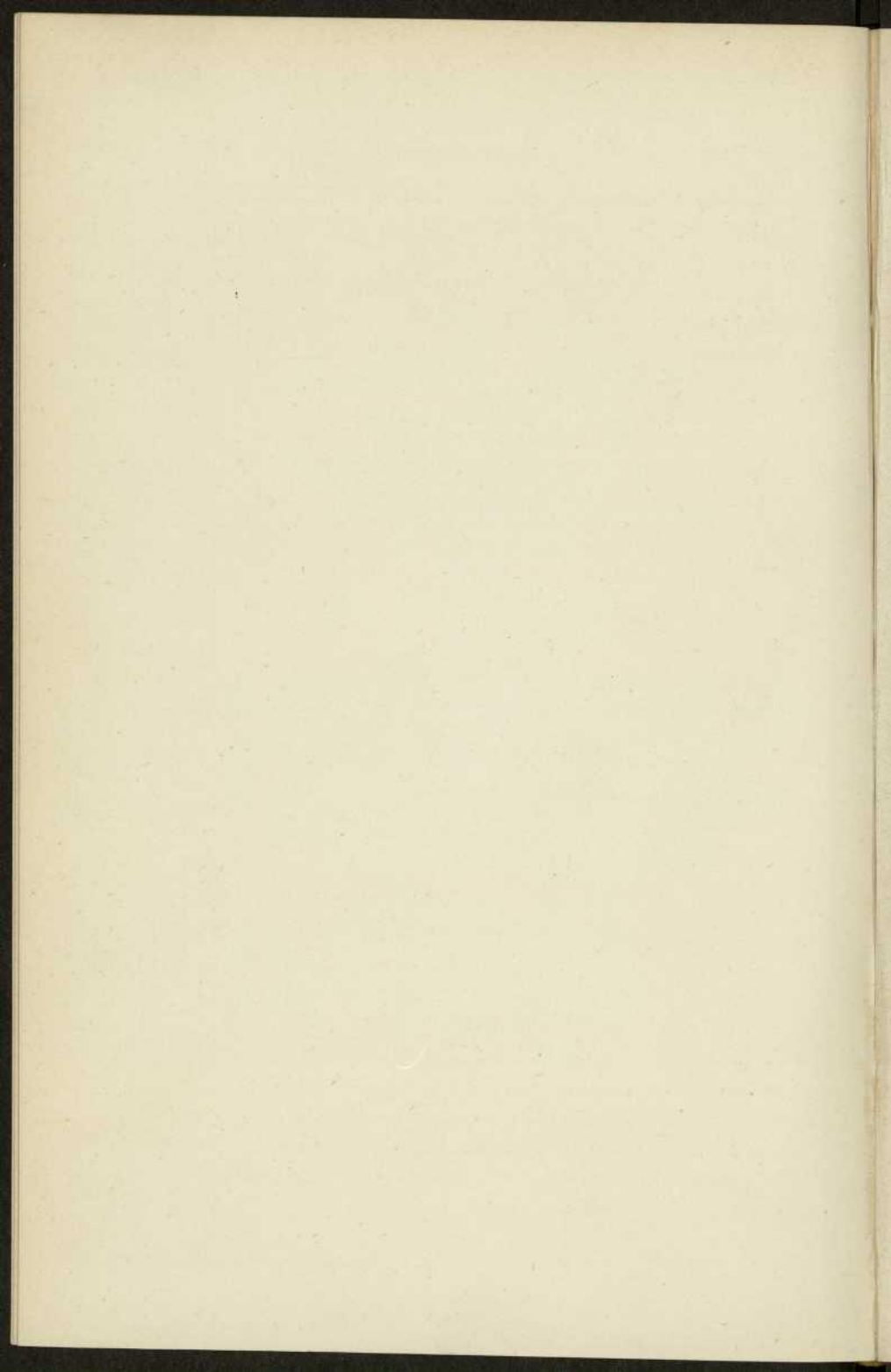
11. Fragmentos de índices ó catálogos de la misma biblioteca.

Tal es la biblioteca de Assurbanipal, que no era de seguro la única en el Imperio. El nombre de Sefarvaín, «las ciudades de los libros», dado por la Biblia á las dos Sippara vecinas de Babilonia; los libros de Oannes, dictados por el mismo dios á los hombres; la gran fama de que gozó Babilonia como centro del saber, y por último, el dicho de Beroso de que en esta ciudad se guardaban los documentos más numerosos y más variados, «abrazando un espacio de tiempo que se remonta á más de 150.000 años»: todo esto no deja lugar á duda de que había en el Imperio asirio varias bibliotecas semejantes á la descubierta de Assurbanipal, las cuales continúan aún sepultadas bajo las arenas de la Caldea y del desierto mesopotámico. Algún día se desenterrarán, y entonces se ensancharán, sabe Dios cuánto, los horizontes de nuestro conocimiento acerca de aquellos antiguos imperios.—(N. de S. F.)



ASSHURBANIPAL EN SU CARRO DE GALA.

(Según un bajo relieve de Koyudjik.)



desarrollo; amó las construcciones, y fué apasionado por la caza del león.—Su harem debió igualar al famoso de Salomón en variedad y magnificencia, porque leemos que todos los reyes que le guardaban respeto y obediencia y le mandaban regalos, en prenda de sumisión ó amistad, le ofrecían como presente las jóvenes de las familias más nobles, generalmente sus propias hijas ó las de sus hermanos. Con tales gustos, no era fácil que imitase la conducta de aquellos guerreros veteranos, como Shalmaneser II ó Tiglath-Pileser II; y, en verdad, muchas de las guerras que emprendió, fueron dirigidas sin duda por sus generales, pero no es posible determinar cuáles fueran, por el hábito de los reyes asirios de hablar en primera persona y atribuirse todo el mérito del triunfo.

2. Hemos visto que, á la muerte de cada rey, seguían siempre conspiraciones y revueltas. El primer levantamiento ocurrido en tiempos de Asshurbanipal, el mismo año que éste subiera al trono, fué el de Taharka, el rey ethiope destronado, que se dirigió contra los príncipes puestos en Egipto por Esarhaddón, logrando establecerse en Memphis antes que ningún ejército pudiera cerrarle el paso. Asshurbanipal, sin embargo, no se mostró rémiso ni irresoluto; voló al encuentro del enemigo, asegurando su retaguardia con el homenaje personal que hizo que le prestaran «los veintidós reyes de la costa y de en medio del mar», y derrotó en una batalla ordenada al ejército enviado contra él por Taharka, el cual, en vista de lo sucedido, huyó prontamente hacia el Sur, á Thebas, y después, á su propio país de Kush, abandonando las dos capitales á los invasores. El vencedor se detuvo en Egipto el tiempo preciso para

restablecer en sus tronos á los veinte reyes vasallos que, como obedeciendo á un acuerdo, se habian refugiado en el desierto á la aproximación de Taharka, y «estrechó más los lazos que los sujetaban» á Asiria, hecho lo cual, «volvióse en paz á Ninive, cargado de botin y de despojos».

3. Las medidas tomadas por Asshurbanipal para «estrechar los lazos» entre Asiria y Egipto, irritando sin duda los ánimos, debieron ser contraproducentes, porque, no bien partido el rey, comenzaron de nuevo las conspiraciones. Asshurbanipal, que alardea siempre de ser un soberano benévolo, pronto á dispensar beneficios y á «olvidar las injurias», se queja de la ingratitud de los Egipcios, diciendo que «despreciaron el bien que les habia hecho y sus razones fraguaron el mal. Hablaron palabras sediciosas, y se dieron unos á otros pérfidos consejos». Volvieron á llamar á Taharka, prometiendo no reconocer á «ningún otro señor». Pero los mensajeros cayeron en poder de los generales asirios, que interceptaron los despachos que llevaban y á ellos los enviaron á Ninive, entre cadenas. Este procedimiento, rápido y sumario, no evitó la explosión. Hubo levantamientos y luchas sangrientas en varias grandes ciudades, aunque con resultados desastrosos para los Egipcios. Á pesar de esto, cuando los reyes cautivos llegaron á Ninive, Asshurbanipal pensó que debía mostrarse clemente y acallar sus agravios y resentimiento. Necho, sobre todo, que, por su nacimiento, ambición y habilidad, ejercia la jefatura entre ellos, fué tratado con marcada distinción. No sólo le puso Asshurbanipal en libertad, sino que le regaló un costoso traje de gala adornado de oro; colocó cintas doradas en sus pies; ciñóle una espada

de honor con vaina de oro, y así equipado y bien provisto de carros, caballos y mulas, le hizo partir para su reino de Saís, de cuya soberanía le había investido Esarhaddón. En verdad, «no fué tan confiado como antes, y envió generales asirios que gobernasen con él». Las ventajas de esta lenidad, á que no se estaba acostumbrado, fueron patentes bien pronto, porque los principes vasallos se negaron á secundar una nueva tentativa del monarca ethiope. Cierta que Taharka murió por este tiempo; pero su sucesor—unos dicen que su sobrino y otros que su hijastro—desplegó al principio mucha actividad y energía; fortificóse en Thebas y, avanzando sobre Memphis, que estaba defendida por una guarnición asiria, «la sitió y tomó». Llegada á Ninive la noticia del desastre por conducto de un veloz mensajero, salieron numerosas fuerzas asirias, ansiosas de vengar la afrenta recibida. Su aproximación parece haber infundido aún más pánico que de costumbre, porque el ethiope no sólo huyó de Memphis á Thebas cuando supo que los Asirios habían atravesado la frontera, sino que, al verse seguido de cerca, dió por perdida la jornada y retiróse á Ethiopia, donde algún tiempo después le sorprendió la muerte. Y este fué el fin poco glorioso de la dinastía ethiópica.

4. Aunque reprimida tan fácilmente, la última y malhadada intentona fué castigada con la mayor severidad. La expiación impuesta á Thebas, la ciudad sagrada, depósito de indecibles tesoros de arte y emporio de riqueza, corre parejas con la que Sennacherib hiciera sufrir á Babilonia, y la dureza asiria volvió á aterrar al mundo. «En servicio de Asshur é Ishtar me apoderé de la ciudad entera», dice el vencedor; «traje de allí despojos innumerables»; los ob-

jetos más notables consistieron en «dos altos obelis-

ASSURBANIPAL ATTRAESANDO UN RIO.



cos, con hermosas esculturas, que estaban colocados delante de la puerta de un templo». Cinco años ha-

bian transcurrido desde el primer levantamiento de Taharka, y en los diez siguientes no hubo disturbio alguno en Egipto.

5. También las ciudades de la costa gozaron de tranquilidad en este periodo, excepto Tiro, que renovó las hostilidades, siendo reducida á la obediencia por un bloqueo

tan estrecho que los habitantes tuvieron que beber agua del mar. En trance tan apurado, el rey envió su hijo al Asirio en señal de sumisión, y su hija y las hijas de sus hermanos, espléndidamente dotadas, fueron á formar parte del harem de Assurbanipal. El rey de Arvad, que se habia comprometido á favor de Tiro, se presentó en persona en Ninive, lle-



MUJER DEL HAREM REAL

(según un fragmento de un bajo relieve en marfil, que actualmente está en el Musco Británico).

vando á su hija y muchos regalos; y cuando muere, «sus diez hijos dejan su ciudad, que se eleva en medio del mar, y van á besar los reales pies de Assurbanipal y á someterle sus pretensiones». El monarca asirio dió á uno de ellos el reino de Arvad, y despidió á los restantes con presentes y señaladas muestras de favor. Otros varios principes trataron de ga-

narse por medios análogos la benevolencia de Assurbanipal, durante la primera y más próspera parte del reinado de este monarca; pero el incidente más curioso es un episodio en que figura el rey de Lydia.

6. Cierta día, se presentaron en la frontera del Imperio, por el lado Noroeste, algunos hombres vestidos de un modo extraño, que hablaban una lengua desconocida, haciendo demostraciones de amistad y pidiendo entrada franca. «¿Quién eres, hermano? ¿cuál es tu patria?» preguntaron los guardias asirios al que parecía ser el jefe; mas éste dió á entender que no comprendía, y hubo necesidad de llevarle á Ninive y conducirlo ante el rey. Aquí «le hablaron en el idioma de la tierra del sol levante y en el de la tierra del sol poniente»; pero no eran el suyo uno ni otro. Por desgracia, el fragmento que refiere esta entretenida escena está muy incompleto y se interrumpe de pronto; así es que no sabemos de qué manera el extranjero logró exponer su pretensión á Assurbanipal. Como quiera que fuese, resultó ser aquél un enviado de Gyges, rey de Lydia (en Asiria, GUGU, rey de LUDI), «un distrito, dice el Asirio, por donde ellos cruzan el mar¹», país remoto, «del cual, añade, los reyes mis padres no habian oído ni aun el nombre». Este GUGU ó GYGES, el fundador de una nueva dinastía y el primer rey de Lydia, cuya existencia está comprobada históricamente, se había apoderado del trono por un atrevido golpe de mano, y su situación era ahora muy angustiosa, por efecto de las continuas invasiones de los Cimmerianos que, bajando de sus primeras estacio-

1. Francisco Lenormant prefiere esta versión á la de Geor. Smith: «un distrito de allende el mar».

nes, situadas á lo largo de la costa del mar Negro, recorrían toda el Asia Menor, y sus correrías eran tanto más temidas cuanto que no verificaban ninguna conquista regular ni se asentaban en parte alguna, sino que iban de una parte á otra asolando y devastando los campos, asaltando y saqueando las ciudades, como un tropel de tribus nómadas. Apremiado por la necesidad y alentado tal vez por las noticias de la victoria de Esarhaddón sobre el jefe cimmerico Tiushpa, Gyges se arriesgó á solicitar la peligrosa asistencia de su poderoso y algo distante vecino.

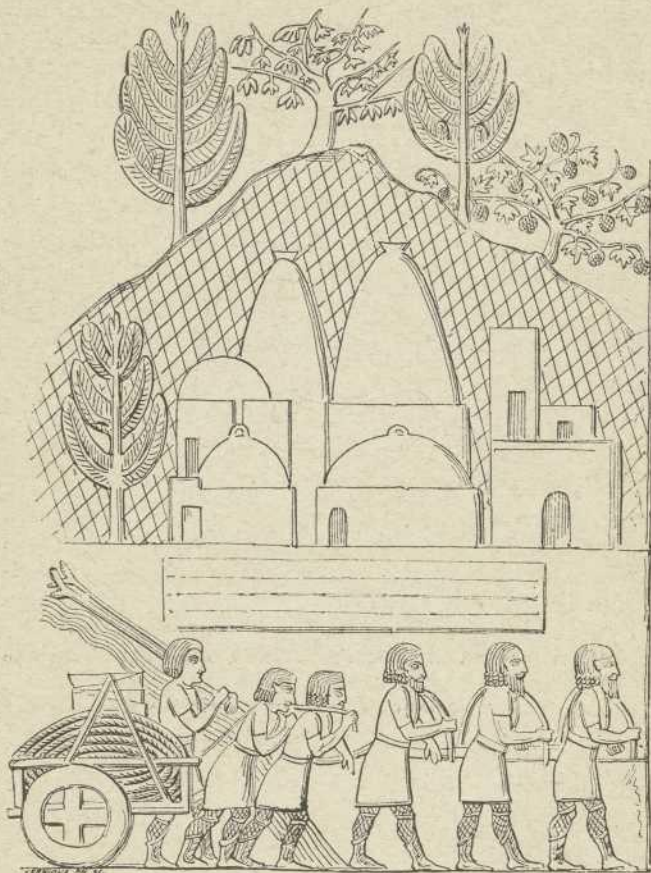
7. Este ruego, según el uso asirio, implicaba sumisión, no alianza entre iguales, y le fué presentado á Asshurbanipal con suma política y como inspiración, hija de un sueño profético. He aquí cómo él se expresa:

«La grandeza de mi poder soberano le fué revelada (á Gyges) en un sueño por Asshur, el dios, mi creador, que le habló así: Sométe al yugo de Asshurbanipal, rey de Asshur, y, tomando su nombre, captura á tus enemigos. El mismo día que tuvo el sueño me mandó un mensajero, solicitando mi amistad. Me hizo presente este sueño por conducto de su enviado, el cual me lo repitió».

No se determina en qué forma ni hasta qué punto accedió Asshurbanipal á lo que de él se solicitaba. La narración dice únicamente:

«Desde el día en que se sometió al yugo de mi poder, los Gimirraí, que se enseñoreaban de su país, que nunca temieron á mis padres y que no se habían declarado vasallos míos, fueron vencidos por él, con la ayuda de Asshur é Ishtar, los dioses mis señores. Dos de los jefes de los Gimirraí, de que se apoderara, sujetos con grillos y cadenas de hierro, hizo venir á mi presencia, enviándome al mismo tiempo numerosos presentes».

8. El «yugo» que el rey lydio había aceptado voluntariamente no debió ser muy ligero, porque más



GRUPO DE CASAS Y DE ESCLAVOS TRABAJANDO
(según un bajo relieve que actualmente está en el Museo Británico).

adelante—probablemente transcurrirían algunos años—dejó de enviar mensajeros con regalos. «Confiado en su propio poder, endurecióse su corazón», y un

ejército lydio fué en auxilio de PSAMMÉTIKO, rey de Egipto, que se había levantado contra la dominación asiria. Este Psammétiko era hijo de Necho, rey de Saïs, y sin duda quería llevar á feliz término la obra iniciada por su padre, es decir, la restauración de una dinastía nacional en Egipto, que libraba al país de la presencia del extranjero y de la tiranía de los pequeños príncipes, sometidos á Asiria. La manera como Asshurbanipal recibió las noticias de la rebelión de Gyges es característica de este monarca, que parece haber superado á sus predecesores en prácticas y hábitos religiosos y en la costumbre de hacer llamamientos directos á la divinidad, consultando á los oráculos y adivinos. «Rogué á Asshur é Ishtar», dice, «como sigue: Delante de sus enemigos sea arrojado su cadáver; caigan cautivos sus acompañantes». Su súplica, nos informa después, fué escuchada y sus deseos obtuvieron satisfacción cumplida. «Delante de sus enemigos fué lanzado su cadáver (el del rey lydio) y sus acompañantes cayeron cautivos... Los Gimirraï, sometidos por él con la gloria de mi nombre, conquistaron y asolaron todo su país». Podemos inferir de esto que Gyges pereció en la guerra, pero quedamos en la duda de cómo se lograron tan rápida y completamente los votos del monarca; ignoramos si éste favoreció el curso de los sucesos, retirando su protección á Gyges, ó aun si estimuló á los Cimmerianos dándoles seguridades de que no encontrarían en su camino á los ejércitos asirios. De un modo ú otro, no debió ser ajeno al desastre que afligió á Lydia, después de su defección, porque las inscripciones nos dicen que el hijo y sucesor de Gyges, ARDYS, estimó prudente reiterar su sumisión.

«Después de él (Gugu) su hijo se sentó en el trono. Los males, con que los dioses, mis protectores, al levantar mis manos á ellos, castigaron á su padre, me participó por conducto de un enviado y sometióse á mi poder, diciendo: Tú eres el rey que Dios ha bendecido; mi padre se separó de ti y la desgracia le abrumó; yo soy tu fiel servidor, y todo mi pueblo hará tu voluntad».

9. Las memorias de Assurbanipal ofrecen la particularidad de no exponer los acontecimientos de año en año: narran por completo cada uno de ellos y pasan luego al siguiente ¹. La lectura de las inscripciones tiene por esto más atractivo desde el punto de vista literario, pero produce mucha incertidumbre en la sucesión cronológica. Pocas veces es posible precisar una fecha en este reinado, como no coincida con otras bien comprobadas, que se hallen en otras fuentes. La del incidente lydío es fácil fijarla sin demasiado error, porque sabemos que Gyges murió en 654, ó tal vez en 653 antes de J. C. La primera embajada lydía debió probablemente ir á Ninive al concluirse la campaña egipcia, en 665 ó 664.

10. Aunque Assurbanipal no vuelve á mencionar á los Gimirraï, es presumible que molestarían de continuo, durante todo su reinado, á los habitantes de la frontera occidental del Imperio. Una cosa es indudable; por más que aceptara con gozo la sumisión de Ardys, no le fué al último de mucho provecho su alianza; porque precisamente, en tiempos de este príncipe, que reinó 36 años y sobrevivió algunos á Assurbanipal, es cuando Lydia padece más con las embestidas de los Cimmerianos, que llegan á

¹ Los fragmentos descubiertos del Canon Epónimo anotado no llegan más que hasta el año 722, el de la toma de Samaria. Las listas de los *limmu* también se interrumpen en los primeros años del reinado de Assurbanipal.

tomar y saquear la misma capital, Sardis, excepto la ciudadela, que era inexpugnable dada la táctica de aquellos guerreros semisalvajes, y en ella refugióse el rey hasta que los invasores fueron expulsados de la ciudad ó la abandonaron voluntariamente, deseosos de encontrar nuevos campos de botín. Había concluido para Asiria la época de la agresión y las conquistas. Lejos de pensar en atacar á los otros, tenía que mantenerse á la defensiva; la invasión la amenazaba por varios lados y sus ejércitos acudían adonde el peligro arreciaba más. Era cuestión de necesidad, no de elección; y por grande que pudiera ser la arrogancia de los Cimmerianos, había un punto al cual era preciso atender con preferencia.

11. Aludimos á la región de los lagos, situada en el extremo Noreste del Imperio. El reino de Van, es verdad, permaneció fiel, pero los pueblos inmediatos del Este y Sureste verificaron algunos movimientos resueltamente hostiles, empujados por otra nación, que representaba una de las nubes más negras en la tormenta general que se iba formando. Esta nación de raza saki, es decir, scitha, ocupaba la elevada región que hay detrás del río Araxes (hoy Aras), la cual, regada por el Kyros (Kour actual), se extiende al pie de la gran cadena del Cáucaso, entre el mar Negro y el Caspio. Era una desmembración de la rama de tronco iranio, que, cayendo sobre los Cimmerianos en el gran oleaje de las emigraciones, logró desalojarlos de las extensas llanuras que habitaban en el Sur de Rusia. Herodoto, repitiendo quizás una tradición corriente, afirma que esta división de Scithas bajó al Asia en persecución de los Cimmerianos, pero que, equivocando el camino, internóse en las altas mesetas del Cáucaso meridional.

nal. La explicación no es muy verosímil; pero el hecho es cierto, y puede suponerse que aquellas hordas dieron por casualidad con el desfiladero ó paso conocido en la antigüedad bajo el nombre de «Puertas del Cáucaso», que es el único punto por donde podrían cruzar una barrera montuosa, tan ancha, áspera é impracticable como el Cáucaso. Legaron su nombre á la región donde se establecieron, que en los mapas del mundo antiguo se llama SACASENA. Los Hebreos de aquel periodo y de los siguientes la denominan MAGOG, y no es de las menores sorpresas debidas á la asiorología la de haber encontrado que el «Gog, rey de Magog», de Ezequiel (cap. XXXVIII y XXXIX) fué en su origen un personaje real é histórico, y no otro que el jefe de los Scithas en tiempos de Assurbanipal, un guerrero, sin duda bastante terrible para que su nombre se perpetuara en la memoria de las gentes, como sinónimo de espanto.

12. Este nombre de Gog se lee en uno de los cilindros de Assurbanipal bajo la forma de Gagi. Al describir la campaña del Noreste—que el éxito coronó y fué altamente satisfactoria desde el punto de vista del botín recogido y los tributos entregados¹,—el rey concluye consignando que él—más bien su general—cogió vivos y condujo á Ninive á dos «hijos de Gagi, un jefe (ó el jefe) de los Saki» después de haberles tomado setenta y cinco de sus ciudades más fuertes, «porque habian sacudido el yugo de su dominación». Aunque haya en esta última expresión

¹ Es curioso ver, entre los nombres de las ciudades conquistadas en esta expedición, el de URMEYATE, la moderna URUMIEH ó URMAH (lago y ciudad)—como un ejemplo de la tenacidad con que los nombres se conservan á través de las generaciones.

más jactancia que exactitud, demuestra que los Scythas de Magog habían vivido donde la historia los encuentra, durante un par de generaciones cuando menos, y abandonado en gran parte sus hábitos nómadas, que, sin embargo, renacen con nuevo vigor en las generaciones siguientes, tan pronto como los excita la perspectiva de un botín ilimitado.

13. Reclaman ya nuestra atención los acontecimientos más importantes de este reinado—las guerras con Elam y Babilonia—serie de sucesos de tal magnitud y carácter tan dramático, expuestos, además, con una habilidad literaria que contrasta tanto con el estilo monumental de las edades primitivas, que, de aquí en adelante, los anales de Asshurbanipal despiertan en nosotros las mismas emociones que la lectura de una leyenda palpante de interés.

Desde algún tiempo antes, Elam sostenía con Asiria relaciones no interrumpidas de inusitada amistad. Á la muerte de Esarhaddón, el trono estaba ocupado por URTAKI, el segundo de los tres hermanos que reinaron sucesivamente. Sobrevino por aquel entonces en Elam una sequía, acompañada de un hambre espantosa, y Asshurbanipal dió pruebas de su real benevolencia y generosidad, lo que es una maravilla en la historia antigua. Socorrió á sus vecinos, enviándoles partidas de trigo, procedentes de sus propios graneros, y acogió á muchos súbditos elamitas «que huían de la sequía, y permanecieron en Asiria hasta que las aguas fertilizaron otra vez su país», al cual permitióles después regresar libres y salvos. Esta conducta era ciertamente digna del mayor reconocimiento, y Asshurbanipal se queja con razón de la ingratitud de Urtaki, cuando éste, en unión de varias tribus de la costa y de los pantanos, invade

repentinamente á Accad. Toda la parte meridional del Imperio estaba gobernada por el hermano más joven de Assurbanipal, SHAMASH-SHUMUKIN, á quien Esarhaddón había nombrado virrey de Babilonia. Atacado de improviso por los Elamitas y sus aliados, recurrió á Ninive, implorando la protección de su hermano. Tan rápida fué la invasión que, cuando el mensajero llegó á Ninive y expuso el estado de los asuntos en Babilonia, expresóse como sigue: «los Elamitas han caído sobre Accad como una nube de langostas; tienen sus tiendas enfrente de Babilonia y han fortificado su campamento». Un ejército asirio les hizo levantar prontamente el sitio, y Urtaki fué rechazado á su país; «los dioses, dice el rey, pronunciaron su sentencia contra él, que cuando yo le trataba como amigo, levantóse contra mí». Aquel mismo año murió Urtaki. De algunas líneas, muy oscuras é incompletas, podría deducirse que se había suicidado. De cualquier modo, «acabó su reinado y la soberanía de Elam pasó á otro».

14. Fué éste, no uno de sus hijos, sino su hermano más joven, TEUMMAN, el cual probablemente ocuparía el trono por medio de la violencia, no por derecho propio, pues parece que era un hombre familiarizado con el crimen en su más negra forma. «Teumman, como un mal espíritu, sentóse en el trono», es la vigorosa expresión del texto asirio. Su primer acto fué la tentativa de asesinato de sus cinco sobrinos, hijos de los dos reyes anteriores, los cuales, sin embargo, avisados oportunamente, huyeron á Asiria, con sesenta individuos más de su familia y un numeroso acompañamiento, compuesto especialmente de expertos arqueros. Assurbanipal les concedió su protección, y cuando *Teumman* envió á dos

de «sus más altos dignatarios», con la pretensión de que se los entregase, rehusó indignado: «no accedi á la demanda de su vil corazón; no quise poner en sus manos á los fugitivos». Esta negativa la consideró Teumman como una declaración de guerra, y como la esperaba, se habia apercebido ya para la lucha. La situación era crítica y así la estimó Asshurbanipal, que, no obstante, confiaba en la victoria, á consecuencia de diferentes pronósticos, funestos para Elam. Su mayor esperanza era la diosa Ishtar de Arbela, protectora especial suya y de su padre, por lo que, antes de salir para esta memorable campaña, que dirigió en persona, encaminóse á Arbela, con objeto de hacer sacrificios en honra de la diosa y solicitar de ella un mensaje ó un signo. Lo que allí sucedió, se refiere en una página de belleza poética tan alta, que supera á cuantos ejemplares poseemos de la literatura asiria, exceptuando, aunque bajo otro aspecto, la descripción de la batalla de Khaluli. La transcribimos íntegra, como hicimos con este otro clásico modelo¹:

15. «En el mes de Ab. (Julio)... en las fiestas de la gran reina (Ishtar)... me detuve en Arbela, la ciudad que ama su corazón, para tomar parte en las ceremonias de su culto. Allí recibí noticias de la invasión del Elamita, que se había rebelado contra la voluntad de los dioses. Teumman había dicho solemnemente: no haré otra libación hasta que haya ido y peleado con él. Al saber la amenaza proferida por Teumman oré á la gran diosa. Acudí á su presencia, me incliné á sus pies, impetré de ella que viniera en mi auxilio y me salvase. Yo le dije: oh, diosa de Arbela, yo soy Asshurbanihal, rey de Asshur, la hechura de tus manos (¿elegido por ti y?) tu padre (Asshur) para restaurar los templos de Asiria y enaltecer las ciuda-

¹ Esta versión es de Mr. Fox Talbot, en los *Records of the Past*, (vol. II, pág. 67, 68) con algunas pequeñas variantes debidas á George Smith

des sagradas de Accad. «Yo he procurado honrarte y he venido para adorarte... Oh tú, reina de las reinas, diosa de la guerra, señora de las batallas, reina de los dioses, que en presencia de Asshur, tu padre, hablaste siempre en mi favor, moviendo los corazones de Asshuir y de Marduk á amarme... Oh, ahora, Teumman, rey de Elam, que ha pecado contra Asshur, tu padre, y Marduk, tu hermano, mientras yo, Asshurbanipal, he alegrado sus corazones, ha reunido sus huestes, congregado su ejército y desenvainado la espada para invadir á Asiria. Oh tú, arquera de los dioses, ven como... en medio de la batalla, y hiérele y mátales con una aguda flecha, disparada desde el cielo».

«Ishtar oyó mi súplica. No temas, replicó, mi corazón está dispuesto á complacerte. Cuando levantes tus manos, tus ojos se regocijarán con la sentencia. Te otorgaré mi favor. Aquella misma noche, cierto adivino se acostó y tuvo un sueño. En medio de la noche, Ishtar se le apareció y él me relató la visión del modo que sigue:

Ishtar, que habita en Arbela, vino á mí, rodeada de llamas á derecha é izquierda, llevando el arco en su mano y montada en su carro abierto, como si fuese á la batalla. Y tú estabas delante de ella. Ishtar te conducía como una madre á su hijo. Ella te sonríe, ella, Ishtar, la más alta de las diosas, y te da una orden.—Toma (este arco) dice, y llévale á la batalla. En cualquier parte de tu campo que él esté, allí estaré yo. Entonces le dijiste: oh reina de las diosas, dondequiera que vayas, llévame contigo. Ella te contestó; yo te protegeré y marcharé contigo en la época de las fiestas de Nebo. Ahora, come, bebe, diviértete con la música y glorifica mi divinidad hasta que esta visión se realice». (Desde aquí el adivino parece hablar por cuenta propia.)

«Los deseos de tu corazón se han cumplido. Que el temor no torne pálido tu rostro. Nadie te atajará el paso; no recibirás ni un solo rasguño en la pelea. En su benevolencia, ella te defiende y está encolerizada con tus enemigos. Delante de ella corre un fuego terrible para destruir á tus enemigos».

16. Nunca hubo profecía que mejor se confirmase. Asshurbanipal encontró á Teumman en las orillas del Ulaï (el clásico Eulacos), donde se había fortificado para cerrar por aquella parte, la menos protegida, el acceso á su capital, Shushan, y lo derrotó completamente. «Los cadáveres obstruyeron el río».

Teumman mismo, que había sido herido, tuvo que ceder á las exhortaciones de su hijo, que le gritaba: «no peles más», y se internó con él en los bosques. Pero habiéndose volcado el carro donde huían, no



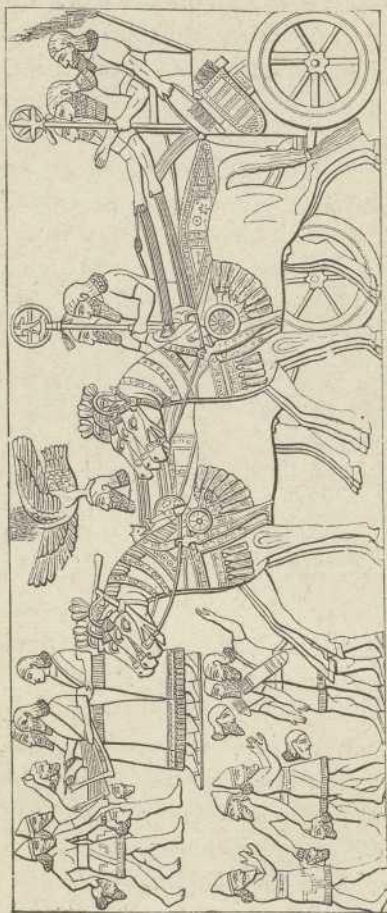
ESCEÑA DE LA BATALLA DEL ULAI: MUERTE DE TEUMMAN.

tardaron en darles alcance los Asirios que iban en su persecución, y después de una breve lucha, los derribaron y decapitaron. Los principes fugitivos estaban entre los perseguidores y, según la inscripción, uno de ellos, TAMMARITU, el hijo más joven de Urta-

ki, fué quien cortó la cabeza á su tío con sus propias manos. Las deficiencias que se observan en el relato del cilindro, las suplen ampliamente las esculturas del palacio de Assurbanipal, que representan las escenas sucesivas de esta guerra en sus menores detalles, explicándolas, además, por medio de breves inscripciones colocadas encima de los grupos principales; en estas inscripciones se dice exactamente lo que hacen y aun dicen los actores. Así, sobre la figura de un guerrero herido que se entrega, se lee: «*Urtaku, pariente de Teumman, herido por una flecha, no mira por su vida. Pide al hijo de Asshur que le corte la cabeza, diciendo: Me entrego. Córtame la cabeza; preséntala al rey tu señor; ¡ojalá sea para él un feliz augurio!*» La falta de espacio no nos permite reproducir más que una sola de las escenas representadas; verdad que es de las más completas, y examinándola con cuidado, podrán verse en su intrincada composición todos los detalles característicos de una batalla asiria. Tiene, por otra parte, un interés particular, porque uno de sus episodios es la muerte de Teumman: el rey herido está arrodillado con las manos extendidas, en actitud de implorar gracia, mientras su hijo le defiende aún con el arco levantado. En la inscripción que hay encima se lee: *Teumman había dicho á su hijo con tono severo: tira el arco*». En otra de las escenas, el interés se concentra en un carro que va al galope, conduciendo un guerrero que lleva en alto la cabeza de un hombre; es la de Teumman, según nos informa la inscripción correspondiente.

17. Esta cabeza fué enviada á Nínive, donde figuró en la procesión triunfal del rey, cuando «verificada la conquista y dueño del botín que por orden de

Asshur había recogido, entró en Ninive con gran alegría, al són de músicos instrumentos». La cabeza de Teumman había sido atada con un cordón, y sus-



CARRO TRIUNFAL DEL REY.
(Relieve del palacio de Assurbanipal.)

pendida al cuello de uno de los jefes aliados y amigos del Elamita, uno de los principes del territorio enclavado en los pantanos, caido vivo en poder de

los Asirios y que iba en la procesión. Los dos embajadores encargados de reclamar las personas de los príncipes fugitivos (Assurbanipal los había detenido en Ninive), se enteraron del triste fin de su señor al contemplar aquel miserable despojo. Á su vista, mesáronse las barbas y uno de ellos se atravesó con su propia espada, mientras el sangriento trofeo era «levantado en alto», enfrente (ó encima) de la gran puerta de Ninive, y expuesto á las miradas del pueblo, que insultaba la memoria de Teumman.



ORQUESTA ASIRIA RECIBIENDO Á ASSHURBANIPAL AL REGRESAR DE SUS VICTORIAS
(según Layard).

Después, empezaron las ejecuciones. Aquellos cautivos que tenían la desgracia de pertenecer á un rango elevado, fueron sometidos á los más bárbaros tormentos, unos en Ninive, otros en Arbela. Lo que los anales no hacen más que indicarnos, las esculturas, con las inscripciones explicatorias que las acompañan, lo detallan plenamente. Asi;... «á los que contra Asshur, mi señor, habían proferido maldiciones, les arranqué la lengua, los desollé vivos», dice el letrero escrito encima de un bajo relieve, donde están representados ambos géneros de tortura. Bajo estos lúgubres auspicios, volvieron á su patria los

principes fugitivos; uno de ellos, *UMMANIGASH*, hijo de *Urtaki*, fué colocado en el trono, y á su hermano más joven, *Tammaritu*, le confirió Asshurbanipal el gobierno de una importante provincia de Elam. Los sucesos que hemos narrado debieron verificarse hacia el año 655 antes de J. C.

18. Es ejemplo curioso de compensación providencial, que Asshurbanipal, uno de los monarcas asirios más vengativos y complacientemente crueles, tropezara con ingratos en todas las personas que fueron objeto de sus beneficios. Había sido, sin duda, un excelente hermano para Shamash-Shumukin, el joven virrey de Babilonia, cuyo poder y rentas había aumentado y sostenido; pues bien, este último meditó la ruina de Asshurbanipal y estuvo á punto de consumarla. No se sabe con certeza si aspiraba á ser rey independiente de Babilonia, ó si quería también ceñirse la corona de Asiria. De un modo ú otro, es lo cierto que desplegó en la preparación de su proyecto tanta astucia y previsión como el mismo Merodach-Baladán. Sus maquinaciones dieron por resultado que se formase una coalición tan extensa como la dirigida por el «rey del mar» y con más probabilidades de éxito que ésta; porque los tiempos eran más favorables y la opresión y el odio habían llegado á su colmo. Muchos de los actores del drama son los mismos que cincuenta años antes. Ahora como entonces, la principal esperanza de los conspiradores estaba en Egipto, donde Psammético esperaba la ocasión de realizar sus ocultos planes (véase núm. 8); su nombre sólo era suficiente para alentar á «los reyes de Khatti» á levantarse. En este tiempo es cuando Asshurbanipal se queja de la defección de Gyges, rey de Lydia, que envía tropas al rey de Egipto. En

fin, Ummanigash, el nuevo rey de Elam, únese á la coalición, sacrificando su lealtad al pensamiento de trabajar en pro de la independencia política de su patria, estimulado juntamente por la espléndida recompensa que le ofreció Shamash-Shumukin. Hasta reconcilióse con el hijo de Teumman y le excitó á la lucha, diciéndole: «Ve, venga en el Asirio la muerte de tu padre». Shamash-Shumukin tampoco encontró dificultades, según parece, en ganar á su causa á la misma Babilonia y á las grandes ciudades del Sur, «asiento de los dioses», aunque Asshurbanipal había tenido especial esmero en dotarlas pródigamente con plata y oro y puesto en ellas las imágenes de los dioses. Todos estos preparativos, que debieron durar algunos años, fueron conducidos con la mayor habilidad y reserva, y poco antes precisamente del rompimiento, el astuto virrey que, como las inscripciones dicen, «prometía el bien con los labios, mientras fraguaba el mal en el corazón», para mejor adormecer á su hermano en su ciega confianza, usó con él del artificio de cumplimentarle, mandándole una aparatosa embajada, procedimiento de que tanto gustan los orientales. Los enviados fueron recibidos con cordialidad fraternal, vestidos con trajes de gala, festejados en la misma mesa del rey y despedidos con costosos presentes. Esta estratagema dió tiempo á los conspiradores para madurar su plan, y la explosión sorprendió á Asshurbanipal confiado y desapercibido.

19. «En aquellos días (según nos informa), un adivino se durmió al comenzar la noche y tuvo el siguiente sueño: «En la faz de la luna está escrito lo concerniente á los que maquinan en daño de Asshurbanipal, rey de Asshur. La batalla va á empezar. Violenta muerte les espera. Con el filo de la espada, las llamas del incendio,

el hambre y los decretos de Nineb, destruiré sus vidas. «Esto of yo y confié en la voluntad de Sin, mi señor. Reuní mi ejército y marché contra Shamash-Shumukín».

20. No obstante sueños y profecias, es muy dudoso que Asshurbanipal hubiese sido capaz de conjurar la tormenta y ganar un respiro de cincuenta años para Asiria, si felizmente no hubiera sobrevenido una escisión en el seno de la dinastía de Elam, que dividió las fuerzas del país entre los príncipes contendientes, é hizo que éstos pensasen más en pelear y destruirse entre sí que en socorrer á su aliado. El hijo más joven de Urtaki, Tammaritu, destronó á su hermano Ummanigash, y «lo pasó, como á otros miembros de su familia, al filo de la espada». Tammaritu, deseando disipar la impresión desfavorable que produjo en el pueblo de Elam la feroz venganza de que había hecho victima á su tío Teumman, negó descaradamente haber tenido parte en su muerte. Asshurbanipal dice expresamente que «él faltó á la verdad en lo relativo á la muerte de Teumman, á quien había cortado la cabeza en presencia del ejército»: él dijo: «yo no he cortado la cabeza al rey de Elam»... Tammaritu, además, al recordarle la sumisión que debía á su protector, replica que, «por su parte, no había contraído ningún compromiso, que sólo Ummanigash había besado la tierra en presencia del rey de Elam». No renovó, por tanto, su alianza con Asiria, y recibió una fuerte suma del rebelde virrey de Babilonia. Su reinado, sin embargo, duró poco, á pesar de sus esfuerzos para atraerse el favor popular. La casa real de Elam había llegado á ese estado de debilidad y descomposición que convida á los usurpadores, los cuales no dejan nunca de presentarse en la persona de ambiciosos generales, que tie-

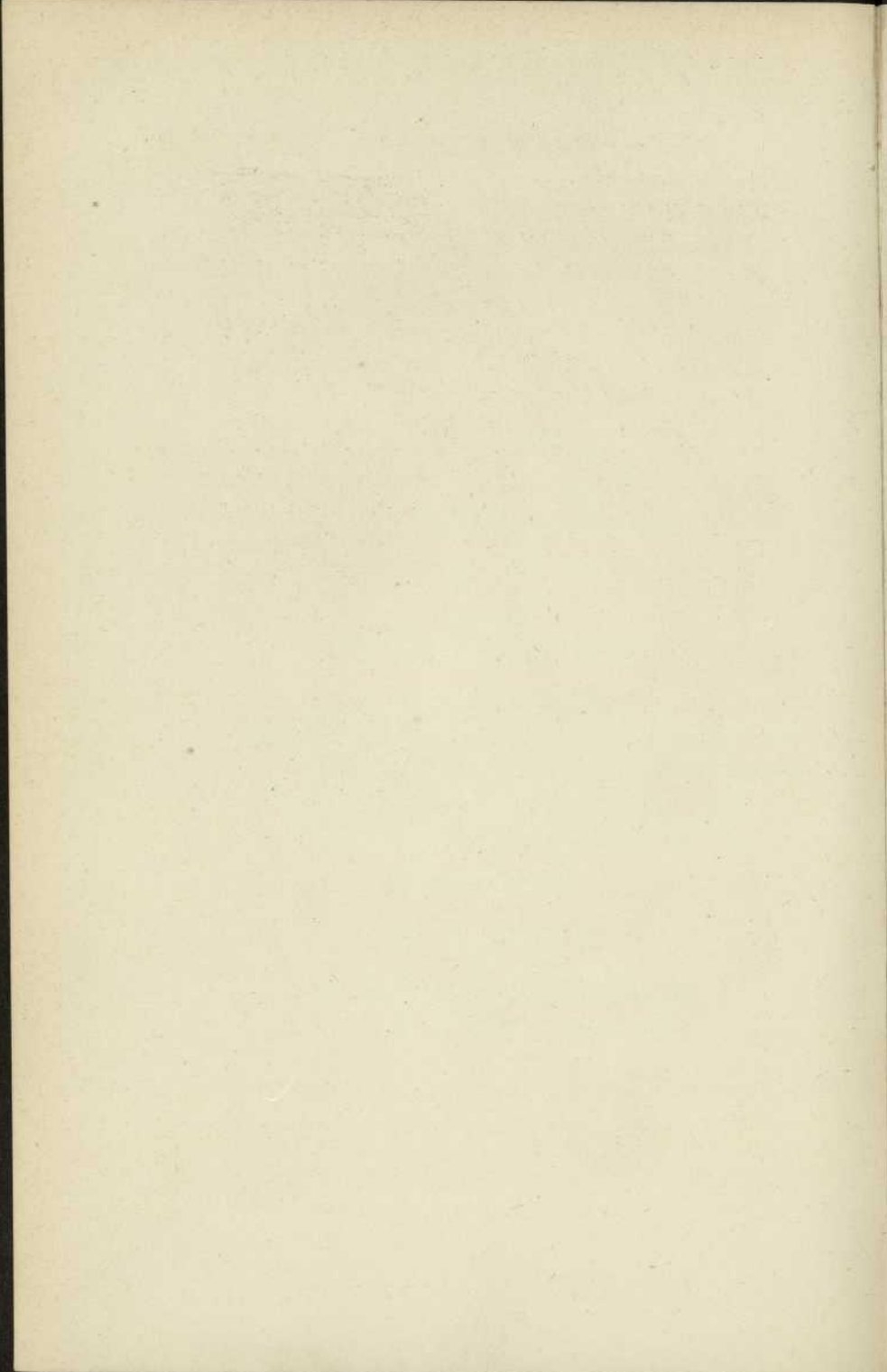
nen á su devoción la soldadesca. Fué así como vemos pasar la corona de Elam de las sienas de Tammaritu á las de un tal *Indabigash*. Tammaritu se salvó huyendo y, por segunda vez, refugióse en Ninive con muchos de sus parientes, en número de 85. Besó los pies de Asshurbanipal, arrastró sus cabellos por el polvo delante del escabel real, y prometió redimir las pasadas ofensas con sus leales servicios, si Asshurbanipal le otorgaba su perdón. El monarca asirio, pensando que los príncipes fugitivos serian útiles instrumentos en sus manos cuando tuviese tiempo de saldar sus cuentas con Elam, los recibió afablemente, alojándolos en su propio palacio, donde naturalmente estarían tanto en concepto de prisioneros como en el de huéspedes.

21. Por el momento, se dedicó exclusivamente á reprimir la rebelión de Babilonia. Sufrió en silencio que Psammético se emancipase de Asiria y, aun, que dominando á los pequeños príncipes, estableciese una monarquía indivisa. Gyges fué abandonado á la voluntad de los dioses, y consintió á los Cimmericos que se extendiesen por donde quisieron. Los Estados de Siria y de la costa formaban parte de la coalición, pero no se dice que se les infligiera ningún castigo. No se menciona á los Medos, mas los acontecimientos subsiguientes demuestran que supieron sacar partido de las circunstancias. Concentradas así sus fuerzas en una sola empresa, Asshurbanipal no debió tal vez celebrar con tanto alborozo «la ruina de su rebelde hermano». De cualquier modo, ésta fué completa. El cerco de Babilonia duró tanto y fué tan estrecho, que los habitantes se vieron reducidos por el hambre á alimentarse con la carne de sus hijos. Como terminó, es cosa que se indica oscuramen-



PESA EN FORMA DE LEÓN.

(Hallada en Korsabad.)



te: dicen las inscripciones que los dioses «precipitaron á Shamash-Shumukin en las llamas voraces y abrasadoras y destruyeron su vida». En los bajo-relieves que representan sitios, vemos con frecuencia á los soldados asirios tirando tizonas dentro de la ciudad, cuyos muros han escalado. Es muy probable que se produjese así una conflagración general, en la cual pereciese el virrey, y que su hermano, en armonía con sus ideas religiosas, mirase esto como consecuencia de un juicio divino. Los horrores á que, en su venganza, se entrega, considéralos piadosos actos de homenaje á la divinidad ultrajada. Arranca la lengua á los que habian proferido blasfemias contra Asshur; arroja á otros á los pozos excavados entre los leones y toros de piedra del tiempo de Sennacherib (probablemente los que habia en las puertas de Ninive), ofreciendo al pueblo este espectáculo; mutila á muchos y echa los palpitantes miembros á los perros, los osos y los buitres. Después de esto, dice: «aplacados ya los corazones de los dioses, mis señores, los cuerpos de las personas muertas por el dios-pestilencia... traje de en medio de Babilonia, de Kutha, de Sippar, y los haciné en montones». Refiere luego que procuró tener propicios á los dioses por medio de ofrendas, ceremonias religiosas y cánticos sagrados ¹.

Por último, habiendo reducido á la obediencia á las tribus de Kaldu, á los Arameos y al resto de Accad, «por mandato de Asshur, Belit y los grandes dioses, mis señores, los pisoteé; bajo el yugo otra vez de Asshur, prefectos y gobernadores de mi elección puse sobre ellos».

¹ Para establecer un paralelo entre estas prácticas y las judías puede verse el cap. I, núm. 6.

22. Entre los príncipes caldeos que habían seguido á Shamash-Shumukin, estaba Nabubelzikri, nieto de Merodach-Baladán ¹ y fiel á las tradiciones de familia. Para inferir la mayor injuria posible al odiado enemigo, recurrió á una estratagema. Fingióse leal, y pidió que fueran tropas en su auxilio. El rey recuerda indignado que «los hijos de Asshur, enviados en su ayuda, fueron con él, guardando su país como una muralla»; pero Nabubelzikri apoderóse de ellos por traición y los embarcó para Elam. Reinaba aquí ya Indabigash, quien, deseoso de congraciarse con el Asirio, da libertad á los prisioneros y manda una embajada á Asshurbanipal, ofreciéndole su alianza. No era bastante esta atención para calmar al irritado monarca que, con su mismo embajador, envió un amenazador mensaje á Indabigash, exigiéndole la entrega de Nabubelzikri y sus compañeros. «Si no me entregas esos hombres (habla el rey), iré á tu país; destruiré tus ciudades; deportaré á tu pueblo; te lanzaré de tu trono y pondré otro en tu lugar. Como antes aplasté á Teumman, así te aplastaré. Ya estás avisado ²». El embajador no tuvo ocasión de repetir el real mensaje á su señor. Noticioso el pueblo de Elam de la cólera de Asshurbanipal, fué presa del mayor espanto, levantóse contra Indabigash, condenóle á muerte y elevó al trono al hijo de otro general, el cual reinó bajo el nombre de Ummanaldash II.

23. Este nuevo usurpador no carecía de dignidad, y negóse á comprar la protección del Asirio violando

¹ Probablemente sería su padre Nahid-Marduk, el hijo más joven de Merodach-Baladán, á quien Esarhaddón confiriera el principado de Bit-Yakín.

² *This is to thee*, «esto es para ti» dice enérgicamente la versión inglesa.—(N. del T.)

la fe debida á sus huéspedes. De algunos fragmentos, escasos y muy injuriados, parece deducirse que medió también una correspondencia entre Umimnaldash y Asshurbanipal, relativa á una estatua de la diosa Nana, llevada cautiva desde Erech por el primer Khudur-Nankhundi, y que el Elamita se negó á devolver. Estas dos negativas fueron motivos más que suficientes para la invasión. Asshurbanipal bajó á Elam y recorrió todo el país en una campaña breve y triunfal, acompañado del fugitivo Tammaritu, á quien repuso en el trono en Shushan. Por increíble que parezca tanta ingratitud, lo primero que hizo Tammaritu fué revolverse contra su protector y rebelarse segunda vez. No obstante, había demostrado demasiada impaciencia y no esperado siquiera á que se partiese Asshurbanipal, el cual aplastó de un golpe la rebelión—éxito que atribuye á Asshur é Ishtar, que, dice el rey, «rompieron el duro y perverso corazón de Tammaritu, le dejaron de su mano, lo lanzaron del trono y le soterraron». No fué, sin embargo, condenado á muerte, sino llevado á Babilonia, donde le esperaba una suerte más humillante.

24. Asshurbanipal emprendió una nueva campaña más laboriosa para completar la ruina de Elam, que ahora fué total y definitiva. Una tras otra, todas las ciudades, todas las fortalezas fueron tomadas, saqueadas, quemadas; degollaban á los guerreros, y la población restante era reducida á esclavitud y deportada en masa. Shushan, la capital, fué la última ocupada. Nunca la habían saqueado, y era una presa digna verdaderamente de un rey. Asshurbanipal reñiere con gozo que se apoderó del tesoro de los reyes de Elam, donde venían acumulándose las riquezas desde los tiempos más antiguos, donde «ningún ene-

migo había puesto la mano hasta entonces», y se hizo dueño no sólo de estas riquezas, sino de los regalos hechos á Elam, en premio de su alianza, por los primeros reyes de Accad y, últimamente, por Shamash—Shumukin, sin contar el mueblaje del palacio, incluso el lecho en que el rey reposaba, los carros de guerra, adornados de bronce y pinturas, los caballos y las grandes mulas, con jaeces de oro y plata—todo lo cual trasladó á Asiria. Pero Shusan no era únicamente la ciudad real de Elam, sino también la ciudad sagrada del país, «la sede de sus dioses», y tenía que sufrir los horrores de la profanación al mismo tiempo que los del saqueo. Su gran torre (probablemente el Ziggurat), cuya parte inferior estaba revestida de mármol, fué demolida, desde los cimientos hasta el tejado, «que estaba cubierto de brillante bronce». Los bosquecillos sagrados, en cuyo interior nunca penetrara ningún hombre, ni aun se permitiera deslizar las miradas, fueron destrozados y quemados por los Asirios. Las estatuas de los dioses y diosas (de los cuales diez y ocho, además de Shushinak, el dios supremo, que habita en los bosques, se citan por sus nombres) las llevaron á Ninive, «con sus alhajas, sus bienes, sus ornamentos, los objetos de su culto, sus sacerdotes y adoradores». Los toros y leones alados «que vigilaban desde lo alto de los templos», fueron rotos ó removidos, y los templos mismos arrasados. La estatua de Nana fué al fin recuperada, al cabo de un cautiverio de cerca de 1.600 años, y restituida á su antiguo santuario de Erech¹. Por último, trasladaron á Asiria treinta y dos estatuas de otros tantos reyes, inclusa una de Tammaritu, de oro y plata,

¹ Véase *Story of Chaldea*, págs. 195, 343, 344.

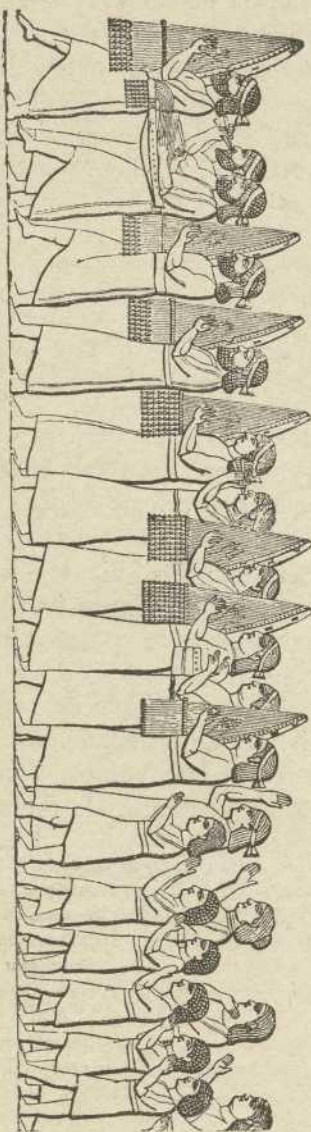
bronce y alabastro. Mutilaron algunas, sobre todo, la de un rey contemporáneo de Sennacherib, enemigo de éste. Asshurbanipal se jacta «de haber desgarrado sus labios, que habían proferido palabras de desafío, y cortado sus manos, que sostuvieran el arco para pelear contra Asiria». Aumenta el terror de la narración con la siguiente enérgica pintura:

«Cegué los pozos de agua potable; en un mes y veinticinco días dejé desiertos los distritos de Elam; *esparcí en ellos la destrucción, la esclavitud y la sed...* el paso de hombres, el rastro de los bueyes y ovejas y los vestigios de árboles y plantas *borré de ellos. Dejé que se propagasen libremente los asnos salvajes, las serpientes y las bestias feroces* 1».

Y enumera después los cautivos, las hijas, las esposas y familias de varios reyes, los gobernadores, ciudadanos, oficiales y jefes de varios cuerpos—«el ejército en masa estaba allí»—además de «muchos despojos». Termina, en fin, con la siguiente afirmación, repulsiva y exagerada, pero expresiva: «El polvo de Shushan, Madaktu y de las demás ciudades, enteramente traje á Ninive».

25. Tal fué el fin de Elam. Como reino, como nación, no volvió á existir. De aquí en adelante, su nombre desaparece del rango de los pueblos. Y cuando llegó el momento, ya tan próximo, de tomar el

1 El profeta hebreo Sofonías, que vivía por aquel tiempo, anuncia en esta forma el próximo fin de Asiria: «Y Yahveh extenderá su mano contra el Aquilón y destruirá á Asshur: y *tornará á la hermosa en soledad y en despoblado y como en un yermo. Y sestearán los ganados en medio de ella, las bestias de todas clases y el onocrotalo y el erizo morarán en sus umbrales...* Esta es la ciudad gloriosa que moraba con confianza: la que decía en su corazón: Yo soy, y fuera de mí no hay otra más. *¿Cómo ha sido cambiada en desierto, en guarida de bestias?*» ¿Debemos ver aquí una reminiscencia vengativa de las palabras del documento asirio, ó sólo una semejanza de pensamiento y expresión derivada de la unidad de raza?



CAPILLA DE MÚSICA COMPUESTA DE ESCLAVOS
(según un bajo relieve de Koyundjik).

desquite sobre el destructor de tantas naciones, Elam no figura entre los vengadores. Los escasos restos de este pueblo se incorporan á otro, demasiado joven todavía para dirigir los sucesos, y asisten de lejos á la catástrofe, con gozo, mas inactivos. Sin embargo, Assurbanipal, en las últimas páginas de su gran cilindro, aun habla de Elam y hasta «de los reyes de Elam». Porque Ummaldash había escapado con vida, huyendo oportunamente «á las montañas». Cuando los Asirios partieron, volvió á sus ahora desiertas ciudades — «entró y se estableció en un lugar deshonrado». — Pero Assurbanipal no estaba aún satisfecho. Nabubelzikri, el nieto del famoso rey caldeo, había compar-

tido las esperanzas y desastres de Ummanaldash, y mientras viviera y estuviese libre, no podía apaciguarse la cólera del Asirio. Envió, pues, un mensajero con orden de prender á dicho príncipe. Es notable el carácter poético que su extrema sencillez presta á la narración, en esta como en otras ocasiones.

«Nabubelzikri se enteró de la ida de mi enviado, y afligióse su corazón. Desesperado, renunció á la vida, dándose voluntariamente la muerte. Dijole a su escudero: «atraviésame con la espada». Él y su escudero, con las agudas espadas que llevaban al cinto, se hirieron mutuamente 1».

Con este acto magnánimo, el último representante de una raza heroica libró á su amigo de cometer un atentado vergonzoso,



RELIEVE DEL PALACIO DE ASSHURBANIPAL EN NINIVE, QUE FIGURA Á ESTE MONARCA Y Á SU ESPOSA SENTADOS Á LA MESA.

1 Sorprende la extraordinaria semejanza de esta muerte trágica con la de Saúl. «Dijo Saúl á su escudero: Desenvaina tu espada y dame una estocada, porque no lleguen esos incircuncisos y me maten, haciendo escarnio de mí. Mas el escudero no quiso hacerlo, porque esta-

que apenas podía eludir en sus actuales circunstancias, el cual hubiera tenido para el príncipe odiado peores consecuencias que la muerte. Su desesperada resolución está, en efecto, justificada por un pequeño fragmento que se ha encontrado entre las ruinas de los Archivos Reales de Ninive. Es el comienzo de una carta y dice: «*De Ummanaldash, rey de Elam, á Assurbanipal, rey de Asshur: Paz á mi hermano... Enviame fuerzas; con ellas me apoderaré de Nabubelzikri y te lo entregaré*»... Es de creer que el desgraciado monarca, reducido á tal extremo de abyección, avisaría secretamente á su amigo y huésped. Como quiera que fuese, cumplió su palabra al Asirio, pues puso en manos de su enviado el cadáver de Nabubelzikri y la cabeza de su escudero, despojos fúnebres que fueron llevados á la real presencia. Assurbanipal únicamente refiere, en su gran cilindro, que no dió sepultura al cadáver, sino que le cortó la cabeza y colgó al cuello de un partidario de Shamash-Shumukin, que había ido con Nabubelzikri á Elam. Pero una escultura, que representa una fiesta real en los jardines del palacio, completa el relato de la manera más espantosa. Assurbanipal aparece bajo una parra, reclinado en un alto lecho; la reina favorita está sentada en un trono al pie del lecho. Ambos acercan las copas á sus labios; hay delante de ellos una mesita ó velador; en otra, que está detrás del lecho, se ven el arco, el carcaj y la espada del rey. Numerosos criados agitan los inevitables mosqueadores, y en último lugar es-

ba sobrecogido de un excesivo terror. Y así tomó Saúl su espada y dejóse caer sobre ella. Lo cual oído por su escudero, es á saber, que Saúl era muerto, también se dejó caer sobre su espada y murió con él». (Libro I de los Reyes, XXXI, 4-5).

tán colocados los músicos. Los pájaros saltan y ju-



LEÓN MORIBUNDO.
(Palacio de Assurbani-pal.)

guetean en las palmeras y cipreses, y el rey clava

su vista en un objeto horrible, suspendido en uno de los árboles. Es la cabeza de Nabubelzikri, colocada allí para aumentar la alegría de la fiesta y deleitar la mirada del monarca, que contempla gozoso aquel despojo deshonrado de su difunto enemigo. Debía conocerse entonces algún medio de conservar las cabezas humanas, ó no habría sido posible hacerlas servir de objeto de recreo durante tantos días.

26. Al mismo tiempo que Asshurbanipal acosaba de este modo al último vástago de la antigua casa de Yakin, procuraba mañosamente ganarse las simpatías de los antiguos súbditos de aquellos príncipes. Tenemos una curiosa prueba de ello en una proclama destinada á presentarles, por decirlo así, el jefe que manda para que los vigile y gobierne, acompañado de buen golpe de soldados.

Se ha encontrado el diseño ó copia de la misma en la *Biblioteca* de Ninive, y como no deja de ser interesante el conocer la forma de esta clase de documentos entre los Asirios, damos su traslado á continuación.

«Sea la voluntad de los dioses con los hombres de la costa, el mar y los hijos de mis servidores.—Mi paz sea con vuestros corazones; os deseo felicidades.—Me interesa sobremanera vuestra felicidad, pero desde el crimen de Nabubelzikri, enteramente estoy separado de vosotros. Ahora se adelanta BELIBNI, mi servidor, mi diputado; él os debe gobernar. Yo mando... envío fuerzas. Estoy unido á vosotros, velando por vuestro bien y vuestra felicidad».

27. En cuanto á Ummanaldash, arrastró durante un par de años más aquel fantasma de monarquía. Y por poco envidiable que fuera su suerte, aun hubo un hombre bastante loco para codiciar las pobres tiras de poder y pompa que todavía ostentaba. *Pakhe*, oscuro aventurero, amotinó al pueblo contra él, y

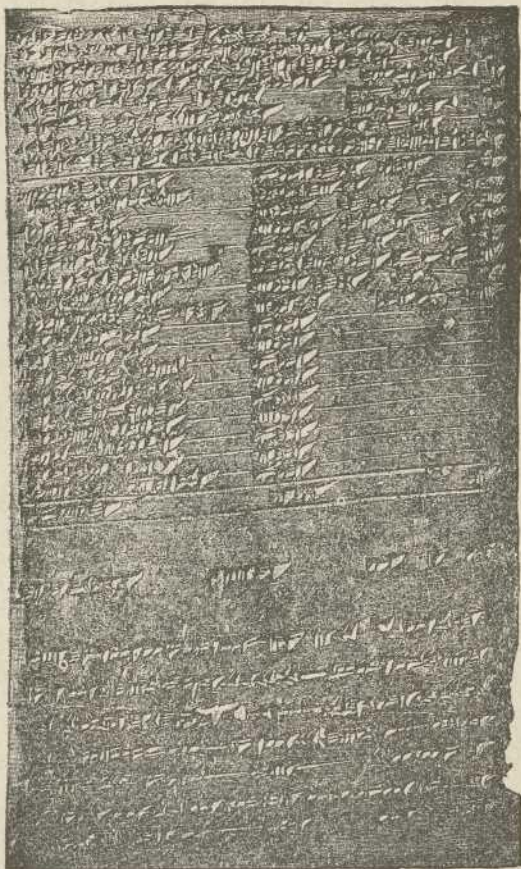
Asshurbanipal refiere así el fin de su reinado: «En presencia del tumulto que sus súbditos alzaron contra él, huyó solo á la montaña. Aquí, en el lugar de su refugio, en el sitio donde se habia escondido, le atrapé como á un cuervo y lo traje vivo á Asiria».

28. Según los cálculos más probables, Shamash-Shumukin declaróse en abierta rebelión hacia el año 650 antes de J. C., y murió en 648. Las dos campañas contra Elam, por tanto, nos llevan al año 645 como la fecha más probable de la destrucción final de este reino y el saqueo de Shushan. Con posterioridad, sólo hay noticia de otra expedición dirigida contra los principes árabes, que habian auxiliado al rebelde virrey. Como siempre que se trata de la Arabia, es imposible identificar exactamente los lugares. El rey nos dice que «subió á una región elevada, pasando por en medio de árboles altos y robustos, que daban mucha sombra... un camino entre grandes selvas, y llegó hasta el centro de Vas, lugar árido y de difícil tránsito, donde sólo se veían los pájaros del cielo y los asnos salvajes»... La última descripción parece indicar un distrito remoto, situado en el interior de la Arabia. En esta expedición, la última distante y victoriosa de los Asirios que conocamos, los despojos en cautivos y camellos fueron tantos que, á la vuelta del ejército á Asiria, los primeros se reunían y cambiaban como manadas de ovejas, y los segundos fueron distribuidos al pueblo por el rey «como carneros», y aquellos que se vendían enfrente de las puertas de Ninive, no costaban más que medio siclo (unos treinta y un céntimos), por cabeza. Uno de los caudillos árabes más poderosos, *VAITEH*, cuyo territorio lindaba con Edom, Moab y Ammón, cayó en poder de los Asirios y Asshur-

banipal le otorgó la vida, aunque no la libertad, después de haber matado con su propia mano, en presencia del infeliz cautivo, al hijo de éste, «por orden de Asshur y Belit», naturalmente. Asshurbanipal regresó á Asiria por el camino de la costa, pues refiere, por incidencia, que «destruyó el pueblo de Akko, que no se había sometido». Estas son las últimas empresas guerreras de las armas asirias en Siria, que se registran en los anales.

29. Convencido Asshurbanipal de que había disipado la horrorosa tormenta que pusiera en grave peligro la existencia del Imperio, se consideró con títulos bastantes para gozar los honores de un triunfo público, que debía celebrarse con esplendor inusitado. Á su vuelta á Ninive, organizóse, pues, este espectáculo solemne, que superó en magnificencia á todos los anteriores. En conformidad con las ideas asirias, la fiesta tuvo un carácter esencialmente religioso, consistiendo sobre todo en sacrificios y libaciones á Belit, «madre de los grandes dioses, amada esposa de Asshur»; pero lo que dióle más novedad fué, que Asshurbanipal ordenó que los tres últimos reyes de Elam—Tammaritu, Ummanaldash y Pakhe, cautivos—se unciesen á su carro de guerra y tirasen de él hasta las puertas del templo, donde bajóse el monarca, *elevó las manos* y oró á los dioses, delante del ejército reunido. Fué extraña ironía de la suerte el colocar así, bajo un pie de igualdad, á los dos aventureros usurpadores y al último descendiente de una línea de reyes, que se remontaba, por lo que podemos presumir, á los primeros invasores de Accad, y es aún más digno de admiración que este acto de insano orgullo fuese el último relámpago de la grandeza asiria, al que debía seguir casi inmediata-

mente una caída rápida é inevitable. ¡He aqui una confirmación harto notable del viejo dicho familiar!

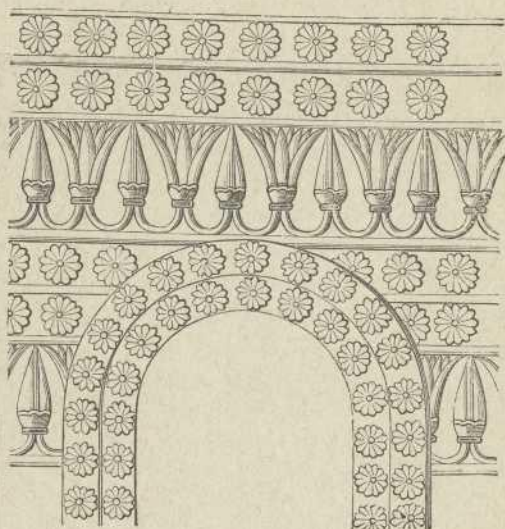


TABLITA PERFECTAMENTE CONSERVADA, A DOS COLUMNAS, CONTENIENDO UN HIMNO ACCADIO Y SU TRADUCCIÓN ASIRIA.

(Procede de la biblioteca de Asshurbanipal (Koyundjik.)

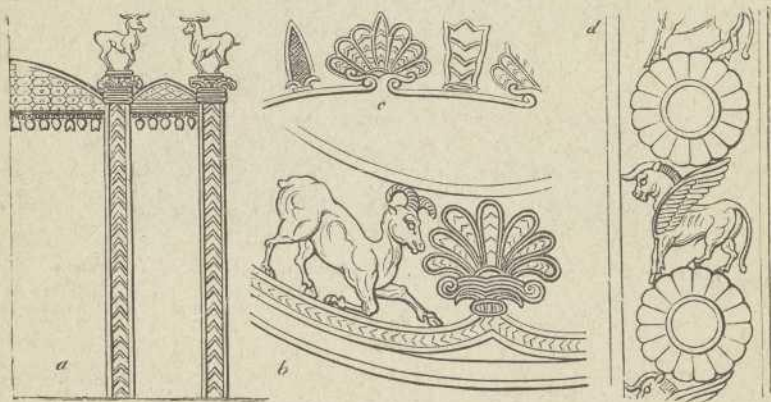
30. Porque hay que despedirse de Asshurbanipal, en este momento de su brillante apogeo. Su muerte,

en verdad, no debió ocurrir hasta el año 626 antes



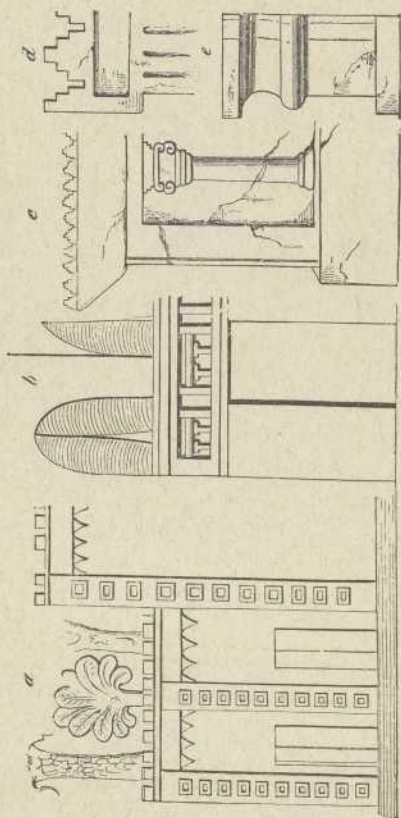
PORTAL EN ARCO DE KOYUNDIK.

de J. C., y el último de los dos grandes cilindros correspondientes á este rey, no pasa del 640. Pero, por



DETALLES DE PALACIOS ASIRIOS.

razón de la falta absoluta de monumentos, ábrese aquí una laguna, de la que nada sabemos. Es muy probable que el último de los grandes monarcas asirios dedicase los postreros años de su vida á gozar

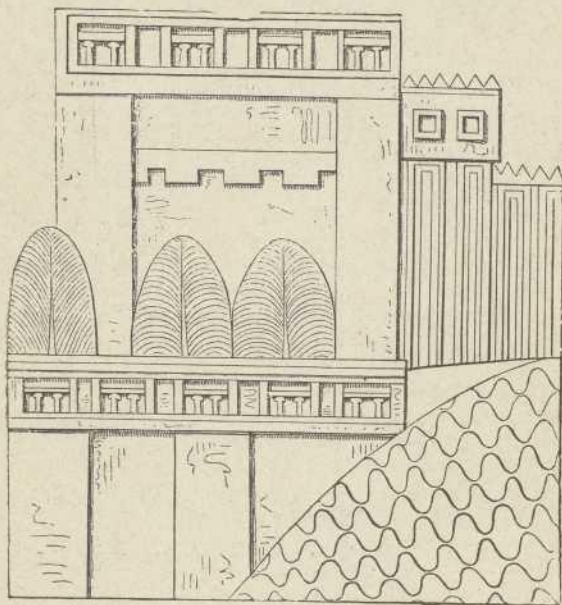


DETALLES DE PALACIOS ASIRIOS.

del lujo y los placeres, á que era naturalmente inclinado, cultivando sus gustos artísticos y literarios y dando rienda á sus aficiones religiosas. Después de lo que se ha dicho en otro volumen ¹ acerca de la

¹ *Story of Chaldea*, cap. IV de la Introducción, *The book of the Past*.

Biblioteca de Asshurbanipal y de la frecuencia con que hemos debido referirnos á ella, tanto en aquél como en el presente, no es preciso dar nuevos detalles, salvo el de que el palacio donde radicaba la librería y cuyos muros había decorado Asshurbanipal con tantos bajo-relieves históricos, no era en realidad



BAJO RELIEVE DE KOYUNDIK.

una construcción nueva, sino el antiguo palacio de Sennacherib restaurado y considerablemente agrandado. Los jefes árabes cautivos y sus tribus condujeron los materiales y llevaron á cabo aquellas construcciones, que, 2.000 años después, otros árabes, dirigidos también por sus jefes, debían desenterrar de entre el polvo de los siglos y descubrir á la in-

paciente mirada de los curiosos extranjeros. ¡Otra de las coincidencias más notables en que abunda la historia!

31. El arte asirio adquiere bajo Asshurbanipal su mayor grado de perfección, en la ejecución y los detalles¹. Consideradas desde el punto de vista orna-

¹ La escultura asiria se ejerció en el bajo relieve, casi exclusivamente, hasta tal punto que las pocas estatuas que se han encontrado parece que debían estar, por lo informe del dorso, adosadas al muro, causando la impresión de altos relieves. En esto se distingue esta escultura de la babilónica, que hubo de realizar un gran desarrollo estatuario, á juzgar por los monumentos de Gudea. La nota más saliente de los relieves asirios es la uniformidad. Sus tipos son abstractos, convencionales y se repiten indefinidamente. Lo propio acontece con los asuntos, que, por estar consagrada la escultura á la vida del monarca, son los mismos en cada reinado: guerras, sitios de ciudades, suplicios, procesiones, recepción de embajadas, cazas y construcciones de templos y palacios. Sin embargo, dentro de esta uniformidad, nótase un desenvolvimiento bien marcado, que presenta tres fases perfectamente caracterizadas: la primera corresponde al reinado de Asshur-nazir-pal (palacio de Nimrud, Kalah); la segunda, á los de Sargón y Sennacherib (palacio de Khorsabad y de Koyundjik); la tercera, al de Asshurbanipal (palacio de Koyundjik, Nínive). La primera fase se caracteriza por la rudeza de las figuras, enérgicas y atrevidas, pero pequeñas, bajas, pocas en número y agrupadas en composiciones simples, rudimentarias, las cuales degeneran en confusas desde el instante que se quiere aumentar el número de los personajes. Los movimientos, aunque llenos de verdad y propiedad, son sobrios y cohibidos. Por influencia tal vez de una idea religiosa, el artista cubría parte de las figuras con largas inscripciones explicativas, especie de leyendas, uso tomado al parecer de la escultura babilónica, puesto que lo vemos practicado en las estatuas de Gudea. El arte de la segunda fase, de Sargón y Sennacherib, tiene carácter de transición; busca sus efectos principalmente en el tamaño de las figuras, que son siempre mayores que el natural. El progreso respecto de la fase anterior es evidente. Los escultores saben ya combinar escenas complicadas, de numerosos personajes, sin perjuicio de la claridad, bien que no con más perspectiva que antes. Jamás precinden, en las escenas de guerra y de caza, del paisaje, toscamente ejecutado por supuesto, pero esforzándose siempre en determinar la localidad por los árboles y animales característicos de ella. Nótase que le gustan al artista los sitios pintorescos: bosques, montañas y ríos; pero al tratar de representarlos, incurre en grandes errores por lo que

mental, nada aventaja á la profusión y exquisita finura de su dibujo, á la delicadeza y riqueza de su



RELIEVE DEL PALACIO DE ASSHURBANIPAL,
QUE FIGURA Á ESTE MONARCA ATRAVESANDO CON SU ESPADA Á UN LEÓN
(según Rawlinson).

trazado. De las esculturas históricas que representan respecta á las proporciones recíprocas entre los objetos, apareciendo aquí, en medio de las olas, peces tan grandes como los buques, y allá, en el bosque, pájaros tan altos como la mitad de los cazadores que los persiguen. Análogo progreso se observa en las figuras, cuyos gestos y movimientos son más marcados, más enérgicos que antes, y no menos verdaderos. Se continúa el uso de las inscripciones, pero ya no se colocan encima de las figuras, sino en uno de los lados. La tercera fase, en tiempo de Asshurbanipal, señala el apogeo de la escultura asiria, que se acerca mucho más á la realidad. En lugar de figuras mayores del natural, escúlpense figuras más bien achicadas, agrupadas en series de cuadros, de escenas sumamente variadas y llenas de frescura y de acción. Abandónanse los fondos de paisaje, la pretensión de representar simultáneamente escenas distintas en planos diferentes, y limitase el artista á indicar el teatro de los episodios de guerra y de caza por algunos árboles, dibujados con gran verdad, aunque invertidos á veces, ó por algunos edificios sobriamente bosquejados. En vida, movimiento, delicadeza y naturalidad, superan con mucho las figuras de este período á las del anterior. Nótase asimismo un gran progreso en el arte de agruparlas, disponiendo y relacionando entre sí, con más sentido de la realidad y sin incurrir en aquellos errores de antes, los diversos elementos de la composición ».—(N. de S. F.)

sitios, tratados, escenas de guerra ó de paz, hemos hablado ya en las páginas anteriores. Debemos decir ahora que las exceden en interés y belleza artística aquellos otros bajo-relieves, que contienen episodios de caza ó representaciones de animales.

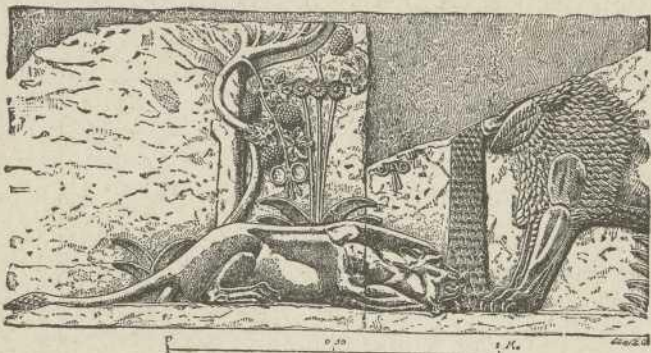
¿Dónde hallar nada más hermoso, más perfecto en la forma, actitud y expresión que aquellos sabuesos que van de caza? Parece que los vemos zamarrear en la trailla y que oímos su ladrido, sonoro é impaciente. La jauría de Asshurbanipal ha suministrado á los artistas muchos y espléndidos modelos, y el rey asirio era tan aficionado á los perros, que tenía retratos de sus favoritos en tierra cocida. Se han encontrado varias de estas estatuillas, con el nombre del animal: DESGARRA AL ENEMIGO, ú otro semejante, sobre la espalda ó en el collar.

El rey protegía toda clase de caza. La caza menos peligrosa — asnos salvajes, antilopes — abundaba en muchos y distintos sitios. La de acecho, red, lago, etc., en el centro. Pero la caza á que el rey se dedicaba con preferencia casi exclusiva, era



ESCENA DE CAZA
según un bajo relieve de Koyunjik.

la verdaderamente regia del león. Ni el mismo Assurnazirpal había sido más apasionado cazador de



LEÓN Y LEONA DOMESTICADOS Y EN LIBERTAD EN EL PARQUE REAL. VIÑA Y FLORES.

leones. Nunca la gallarda figura del rey se destaca más ventajosamente que en el ejercicio de su favorito



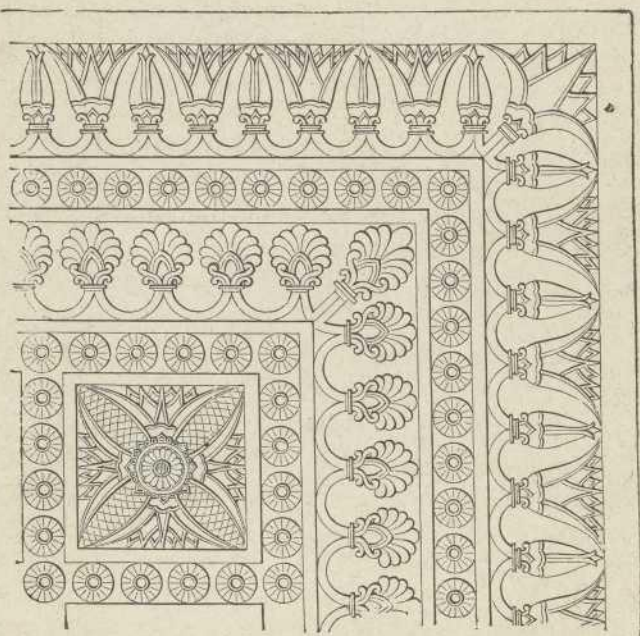
PERRO EN BARRO COCIDO.
(Uno de los favoritos de Assurbanipal.)

y peligroso pasatiempo: vésele vestido con una túnica, cerrada y ajustada, llena de lujosos bordados, con mangas cortas y que sólo llega hasta encima de las rodillas, para dejar libertad á los movimientos y pleno juego á los músculos¹. Las cacerías de leones representadas en el palacio de As-

shurbanipal, son muy numerosas, y los artistas asi-

¹ Véase la acabada é ingeniosa composición de la portada. Es el único bajo relieve de su género, donde se ve al rey conduciendo un ca-

rios descuellan especialmente, como de costumbre, cuando retratan á los nobles animales en las múltiples actitudes que recuerdan las diversas fases y distintos momentos de la caza. Algunos de sus trabajos en este género se admiten universalmente como mo-

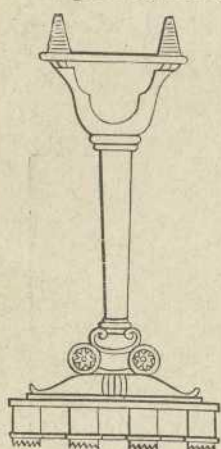


« SLAB » DEL VESTIBULO DEL PALACIO DE ASSHURBANIPAL (KOYUNDIK).

delos clásicos, por ejemplo, el león y la leona moribundos. La última, especialmente, con su lomo abierto y sus cuartos traseros paralizados, levantan-

ballo sin jinete. La explicación más verosímil es que este caballo sería uno de sus favoritos y que, habiendo sido derribado el jinete, el rey cogería las riendas para guiar al animal y salvar su amenazada existencia. Toda la escena tiene un colorido demasiado vivo, para no ser la reproducción de un hecho real. Probablemente, el suceso se representaría por orden expresa del monarca.

dose penosamente sobre sus garras delanteras para lanzar un postrimer rugido de desafío al enemigo, es una obra maestra en el más genuino sentido.



GUARDAALHAJAS DE METAL.

la fuerza del número, y entonces erigió una pira in-

32. El nombre de Asshurbanipal fué conocido de los Griegos bajo la forma corrompida de SARDANÁPALO. Creyeron que habia sido el último rey de Asiria, tirano afeinado que, encerrándose en su palacio, vivió entregado al vicio y los placeres del harem, hasta que, sobrevenida la última crisis, convirtióse en un héroe y peleó durante dos años por su corona y por su vida. Hubo, al fin, de sucumbir a



OBJETOS DE ARTE DE KOYUNDJIK.

a, b, c, d, e. — Vasos de cristal.

f. — Pedestal.

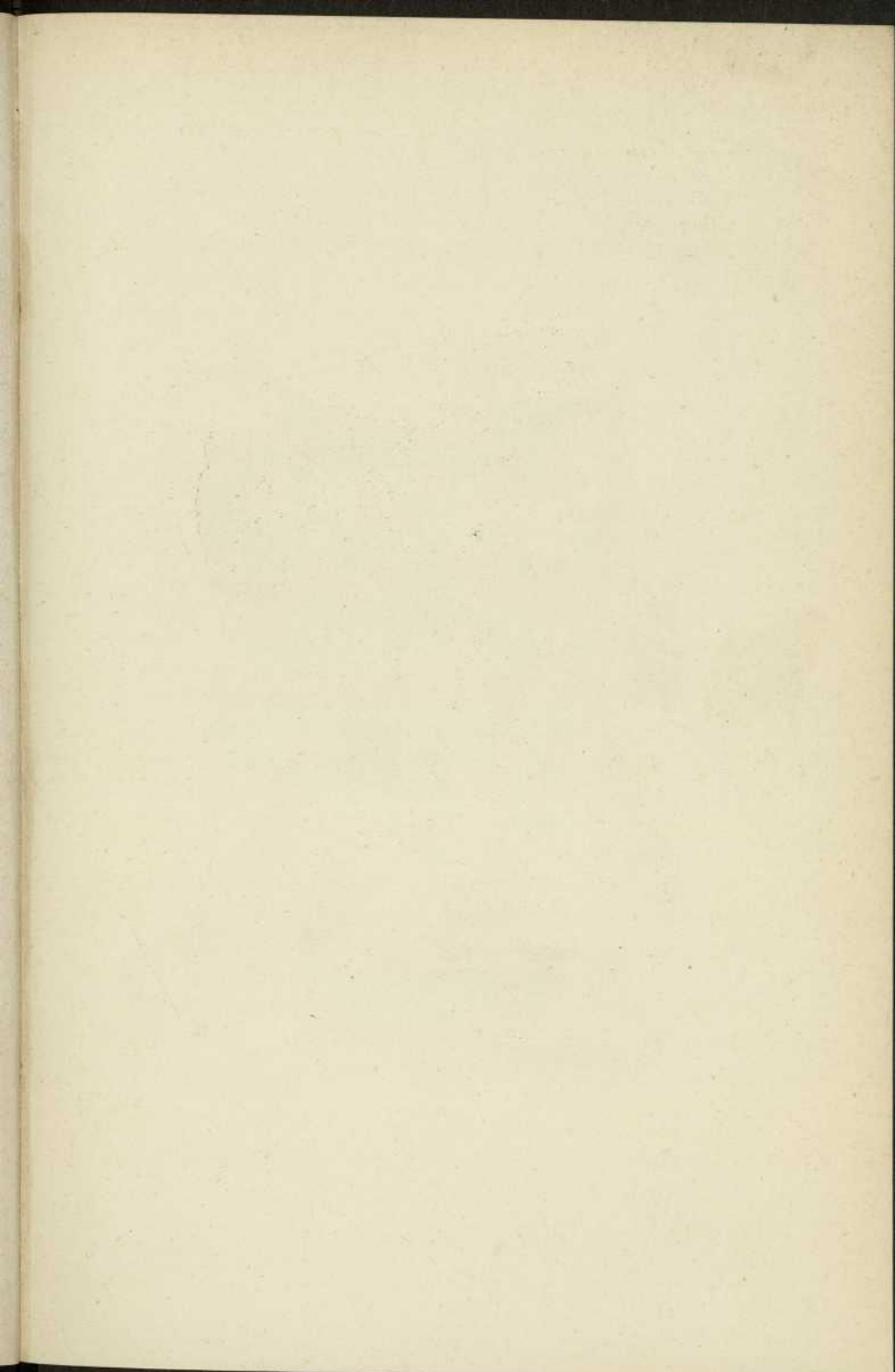
g. — Lámparilla de tierra cocida.

mensa, en la cual arrojóse con todas sus mujeres y todos sus tesoros. Esta fábula no tiene más valor que la de Semiramis, y se deriva de la misma fuente. Tampoco fué creída de *todos* los Griegos. Herodoto, por ejemplo, estaba mejor informado, y habla del sucesor de Asshurbanipal.

XIII.

LA CAÍDA DE ASSHUR.

1. Es muy sensible, aunque no deba quizás sorprendernos, que no haya monumentos asirios correspondientes al breve periodo que sigue á la muerte de Assurbanipal, periodo durante el cual la larga cuenta llevada á Asiria por tanto pueblo ofendido se liquida sumariamente y de una vez. Nada más conforme con lo que sabemos de los Asirios, que el que éstos guardaran silencio acerca de sus desgracias. Por otro lado, tan rápido desenlace debió ir precedido de una serie de perturbaciones y tumultos, que quitaría á los últimos gobernantes de un Imperio, que caminaba derecho á la disolución, el gusto y tiempo necesarios para pensar en edificaciones, esculturas é inscripciones. Tenemos, pues, que abandonarnos á las tradiciones y narraciones griegas, siempre incompletas, con frecuencia poco dignas de confianza y muy fragmentarias. La reconstrucción de los acontecimientos, en sus líneas generales siquiera, es empresa que aburre, y de tan inseguros resultados como el recomponer una carta rota con los pedazos recogidos del cesto de los papeles y cuando ya se han perdido muchos trozos.





ENTRADA DE UN TEMPLO DE CALACH.
(Según Layard. — Rawlinson.)

2. No sabemos aún con certeza si el inmediato sucesor de Assurbanipal fué el último rey de Asiria, ó si aun hubo otro ú otros dos. En un ángulo de la plataforma de Nimrud (Kalah), Layard descubrió los restos de una construcción, comparativamente pequeña, de pobre fábrica, con miserable ornamentación, en cuyos ladrillos se lee el nombre de «ASSHUR-IDIL-ILI, rey de Asshur, hijo de Assurbanipal, rey de Asshur, hijo de Esarhaddón, rey de Asshur». Pero existen otros fragmentos con otro nombre real, y el último rey asirio es llamado por Herodoto y otros historiadores griegos SARAKOS, que bien pudiera ser una abreviación y corrupción de «Asshur-akhi-idina»; hay además otro par de pequeños fragmentos, que se refieren evidentemente á una época de desastre y tribulación, donde se lee este mismo nombre. No es, pues, imposible que la larga serie de reyes asirios se cerrase con Esarhaddón II.

3. De cualquier manera, lo cierto es que, después de la muerte de Assurbanipal, la declinación de Asiria fué rápida y constante en grado increíble, siendo aún probable que comenzara en los últimos años de la vida de aquel monarca. Un cronista griego refiere que «Sardanápalo murió de edad avanzada, cuando el poder de los Asirios yacía por tierra». Ahora bien, hemos visto que Egipto, Siria y Media se emanciparon de la dominación de Asiria, mientras ésta reconcentraba el peso de su poder contra Elam y Babilonia. Por otra parte, Assurbanipal no parece haber hecho ningún esfuerzo, después de la victoria final que obtuvo sobre Babilonios y Elamitas, para recuperar los países perdidos. Debió saber que Psammético trabajaba con ardor en la empresa de someter los Estados sirios, porque leemos que el rey

egipcio guerreó en aquella comarca por espacio de 29 años, y conquistó á Ashdod y, probablemente, otras ciudades además. Poco tiempo antes, no hubiera sido necesario tanto para que hubiese acudido allí un poderoso ejército asirio, y, sin embargo, ahora nada se intenta, según es lícito presumir. Aunque Urartu permanecía fiel, los Scithas y Cimmerianos amenazaban por el Norte y Noroeste, no obstante lo cual, ninguna medida se tomó para contenerlos, desde aquella campaña en las montañas armenias que terminó con la captura de Gog, jefe de los Scithas, y dos hijos suyos. En cuanto á los Medos, también habian sido dejados en paz desde los primeros años del reinado, y ellos, por su parte, se mantuvieron en prudente apartamiento, pues tenían que realizar dentro de casa una obra de gran importancia; así, cuando reaparecen, no son ya una confederación suelta de tribus disgregadas, al mando de jefes independientes, sino una nación compacta, unida bajo el fuerte cetro de un rey poderoso, por todos acatado.

4. Exactamente, cuándo ó en cuánto tiempo se verificó el cambio, nunca lo sabremos; porque no hay monumentos, sirviéndonos tan sólo de guía las tradiciones de los mismos Medos que los escritores Griegos nos han transmitido. Herodoto dice que el fundador de la nueva monarquía fué un tal DEÏOKES, simple jefe de ciudad, el cual ganó tanta fama por su sabiduría y rectitud, que no sólo los hombres de su clan, sino los de las demás tribus y ciudades, recurrían á él cuando estallaba alguna querrela, y se sometían á su resolución en vez de pelear entre sí; por esta manera, fué creciendo y extendiéndose su influencia hasta convertirse en un poder incontrasta-

ble, de tal modo que, cuando apoyado en cierto número de fieles auxiliares, proclamóse rey de todas las ciudades y tribus medas, nadie se le opuso. Hizo construir una residencia real, la ciudad de Haggmatana (Agbatana), en la región que primero se llamó Ellip—asolada por Sennacherib—y estableció en ella un gobierno central, vigorosamente organizado. A su muerte, sucedióle sin resistencia su hijo PHRAORTES, como rey de toda Media.

5. Ahora bien, este nombre de Deïokes es una versión correcta, contra costumbre, de otro que hallamos en algunos monumentos asirios, el de DAYAUKKU. Sargón, en una de sus guerras con Urza, de Van, dice que hizo prisionero y llevó á Ninive á un tal Dayaukku y á su hijo; y dos años más tarde, va á una comarca que llama BIT-DAYAUKKU, que lindaba con Ellip por el Norte ó Noroeste. «La casa de Dayaukku», según la analogía de «la casa de Omri», «la casa de Yakin», debía ser un principado, fundado por un jefe de aquel nombre. Tenía evidentemente alguna importancia, cuando Sargón se toma el trabajo de nombrarlo por separado, juntamente con Ellip, en vez de incluirle bajo la denominación total de «las veinticinco ciudades», cuya sumisión recibiera en aquel año. No es, por tanto, aventurado suponer que un príncipe de la casa de Dayaukku, que llevase el mismo nombre del fundador, reuniera en un haz las tribus disgregadas de la nación. Puede ser muy bien que, después que Sennacherib asoló la tierra de Ellip y exterminó la dinastía reinante, estableciese en este distrito el asiento de su poder, á causa de su hermosura y fertilidad; y más bien que fundar una nueva ciudad, parece lo cierto que restauró y mejoró la antigua capital de Ellip. Cuál fue-

se el origen del nombre de Hagmatana, es cosa que ignoramos.

6. En los 50 años de paz relativa que gozaran los Medos, libres éstos de la amenaza de las invasiones,



EL REY EN LA BATALLA.
(Bajo relieve de Nimrud.)

cumplieron su obra de consolidación y organización nacional, bajo un jefe capaz de realizar esta empresa. El plazo fué más que suficiente para un pueblo preparado ya á verificar la evolución. Cuando el hijo del fundador de la nueva monarquía subió al trono, la joven nación estaba ansiosa de medir sus fuerzas: y ¿con quién mejor que con Asiria, su más antiguo y formidable enemigo, que se agitaba ya en las convulsiones de su terrible lucha por la vida? Por primera vez, cam-

biáronse los papeles, y el invasor fué invadido. Phraortes (corrupción griega del nombre medo FRAVARTISH), después de verificar algunas expediciones victoriosas contra vecinos menos terribles, cruzó el

Zagros y bajó á Asiria. La tentativa, sin embargo, fué imprudente y prematura. No habia llegado aún el momento de que un solo asaltante ultrajara impunemente en su propia caverna al viejo león, que, herido y todo, aun conservaba sus garras. Dióse una batalla, en la que fueron arrollados los Medos, quedando Fravartish en el campo. Esto ocurrió, probablemente, en los últimos años del reinado de Asshurbanipal.

7. La invasión, sin embargo, repitióse pronto. Avakshatara, llamado por los Griegos KYAXARES, hijo y sucesor de Fravartish, fué más grande hombre y mejor guerrero que éste. Atribuyendo la derrota de su padre á la defectuosa constitución de su ejército, suprimió la antigua división por clanes, que no le daba probabilidad ninguna de éxito contra fuerzas tan perfectamente organizadas y disciplinadas como las asirias. Herodoto nos dice que:

«Dividió sus huestes en compañías, formando distintos cuerpos con los arqueros, lanceros y caballería, que antes peleaban mezclados, en confuso pelotón... Este príncipe, reuniendo los soldados de todas las naciones que obedecían su poder, avanzó contra Nínive, resuelto á vengar á su padre y alentando la esperanza de tomar la ciudad. Se dió una batalla, en la cual los Asirios fueron derrotados, y Kyaxares había ya comenzado el sitio de la capital, cuando una numerosa horda de Scithas, al mando de su rey MADYES, hijo de PROTOMYAS, entró en Asia persiguiendo á los Cimmericianos, desalojados por él de Europa, é invadió el territorio medo».

8. Hasta aqui Herodoto. Hemos visto ya (cap. XI, números 13 y 14) que el motivo que señala á la gran invasión scitha es completamente gratuito, y que hacia 100 años largos, cuando menos, que los Cimmericianos aparecieron en la costa meridional del mar Negro. Pero la invasión, en sí misma, es un hecho tan

real como el que más en la historia. Los bárbaros, que llegaron con tanta oportunidad para dar un respiro á Ninive, pues Kyaxares hubo de levantar precipitadamente el sitio para acudir en defensa de su propio reino, fueron el pueblo de Magog (véase capítulo XII, núm. 11), y se piensa que su jefe, Madyes, pudo ser nieto de Gog (Gagi), puesto que el nombre de su padre, Protothyes, se parece bastante al de Paritiya, uno de los dos hijos de Gog, capturados por Asshurbanipal¹. Eran un pueblo de guerreros á caballo y de arqueros, que comían la carne de caballo y bebían la leche de yegua, y cuyo sistema de guerra consistía, como el de los Cimmerianos, en verificar rápidas irrupciones y saquear los países invadidos. Es un misterio el por qué dejaron su morada del pie del Cáucaso y el río Kyros; es lo más probable que les atrajera la agitación producida en toda la región de Naíri, por el relajamiento de los vínculos que ligaban esta comarca á Asiria, hasta entonces siempre temida y amenazadora. Abandonadas á sí mismas, las pequeñas naciones que habitaban en aquellas fragosidades eran más libres; pero estaban también más expuestas á ser fácil presa de las hordas de los bandidos montañeses.

9. No fué Media la única víctima de la visita de los Scithas. Desparramáronse éstos por la mayor parte del Asia Menor y desalojaron á varios pueblos, que empujaron delante de sí, como un torrente desbordado arrastra entre sus ondas impetuosas los árboles que desarraiga y los puentes que destruye. Los Cimmerianos, que aun recorrían aquellos territorios, siendo ya escasos en número y no formando un cuer-

¹ Francisco Lenormant: *Origines de l'Histoire*, vol. II. Parte primera, pág. 465.

po compacto, fueron fácilmente subyugados, y toda la masa rodó hacia el Mediodía. Siria y Palestina sintieron los estragos de la invasión, casi antes de tener noticia de los invasores, y Egipto no se habría librado de la acometida de los bárbaros, á no apresurarse Psammético á captarse su favor con regalos y determinádoles por este medio á no seguir más adelante, si hemos de dar asenso á una tradición recogida por Herodoto. De cualquier modo, el caso es que retrocedieron, y, pasando por la ciudad de Ascalón, una horda rezagada se detuvo á saquear el famoso templo de la diosa siria Atargatis ó Derketo.

10. Esta conmoción de pueblos es «la caldera hirviente», á que alude el profeta Jeremias, que vivió por estos mismos años en Judá. Varios capitulos de este profeta están dedicados á la invasión scitha y en todos se insiste acerca del origen septentrional de los invasores. «Esforzaos; no os estéis de pie derecho, porque yo hago venir del Aquilón un grande mal y quebrantamiento. Salió el león de su morada, y se levantó el destructor de las naciones» (IV, 6).

«He aquí que subirá como una nube, y como tempestad sus carros; más veloces que águilas sus caballos; ¡ay de nosotros, porque somos desolados!» (IV, 13) «...una nación poderosa, una nación antigua, una nación cuya lengua no sabrás ni entenderás lo que hable. Su aljaba es como sepulcro abierto; todos ellos valientes» (V, 15, 16). «...He aquí que viene un pueblo de la tierra del Aquilón, y una nación grande se levantará de los confines del mundo. Arrebatará saeta y escudo; cruel es y no se apiadará. Su voz sonará como el mar y sobre caballos montarán»... (6, 22, 23).

11. Ezequiel es aún más explícito. Escribió algunos años después, cuando la tormenta anunciada por Jeremias acababa de pasar. Tan viva impresión le produjeron los recuerdos de la invasión scitha,

cuyos efectos acaso había contemplado en su niñez, que en una de sus más notables visiones, donde pinta la furia de todas las naciones del mundo desatadas contra el pueblo de Yahveh, que logra al fin contenerlas, da algunas nuevas noticias acerca de la terrible catástrofe. Las hordas invasoras son representadas bajo «el nombre de Gog, de la tierra de Magog», y se dice que traían consigo «gran compañía» de naciones, «Gomer y todas sus hordas, la casa de Togarmah, situada en las regiones más distantes del Norte, y todas sus hordas, con otros muchos pueblos además».

«Y vendrás como tempestad, y como nube, para que cubras la tierra, tú, y todas tus huestes, y muchos pueblos contigo... Maquinarás perversos designios; y dirás, subiré contra el país de poblaciones sin muro; iré á los que están en sosiego y moran sin recelo; todos estos moran sin muro, no tienen cerrojos ni puertas. He aquí que para arrebatar la presa has juntado tu muchedumbre, para quitar plata y oro y para saquear muebles y posesiones y para robar despojos sin cuento... Vendrás de tu lugar de las más apartadas regiones del Norte, tú y muchos pueblos contigo, montados todos en sus caballos, grande turba y ejército poderoso... Te llevaré sobre los montes de Israel; y heriré tu arco en tu mano derecha... Y sucederá en aquel día, que daré á Gog un lugar famoso para sepulcro en Israel... y será llamado el valle de la muchedumbre de Gog».

12. No se sabe cómo Palestina y Siria lograron verse libres de sus terribles huéspedes. Se dice que los Scithas tuvieron bajo su dominio el Asia occidental por espacio de algunos años (28, según Herodoto, pero esta cifra se cree exagerada), «durante los cuales», escribe el mismo historiador, «su insolencia y opresión esparcieron la ruina por todas partes. Porque, además de tributos fijos, exigían de los pueblos impuestos adicionales, que fijaban á su arbitrio, y no contentos con esto, recorrían el territo-

rio y lo saqueaban despiadadamente». No es creíble que Asiria, que había acumulado inmensas riquezas en tantos siglos de guerra y rapiña, fuese perdonada. Los historiadores, en verdad, consideran que esta invasión fué el choque que acabó de disgregar la ya suelta y nunca bien compacta estructura del Imperio asirio, incapacitándole para resistir, cuando vino el momento del último y más regular asalto. Mr. Geo. Rawlinson y Francisco Lenormant opinan que el miserable estado, debido tanto á la demolición como al fuego, en que se hallaban los palacios descubiertos por Layard y Botta, es una prueba visible del paso de los Scithas por aquellos parajes. La falta casi completa de objetos de valor entre las ruinas concuerda bien con el carácter depredatorio de las irrupciones de este pueblo; pero lo que habla con más elocuencia en favor de semejante presunción, es la extraordinaria pobreza de la pequeña y anti-artística vivienda—nada ya de palacio—que el sucesor de Asshurbanipal, Asshur-idil-ili, se hizo construir en el ángulo Sureste de la gran plataforma de Kalah: «Esta pobreza y tosquedad» observa Lenormant, «revelan la premura con que fué preciso construir, de cualquier modo, una residencia real después de un gran desastre... Comparando esta mezquina construcción de Asshur-idil-ili con las espléndidas esculturas que llenan los edificios levantados en Ninive, en tiempos de su padre, se tiene un argumento más concluyente que ningún otro para pintar el cambio sobrevenido en la condición de la monarquía asiria».

13. El profeta hebreo Sofonias, contemporáneo de estos sucesos, esperaba tal vez que Asiria pereciese á manos de los Scithas, cuando fulminó contra ella su

terrible profecía. Pero la ruina no debía consumarse hasta algunos años más tarde. Kyaxares era incapaz de repeler á los bárbaros por la fuerza de las armas, y recurrió al amaño. Refiérese, que él y sus nobles invitaron á Madyés y la mayor parte de su pueblo á un banquete, donde, después de embriagarles, los degollaron. Alguna stratagema por el estilo pudo ser usada, pero, por sí sola, hubiera sido un remedio poco eficaz. Es probable, por tanto, que Kyaxa-



PIEDRA GRABADA BABILÓNICA
CON EL RETRATO DE NABUCO-
DONOSOR.

(Consérvase en el Museo
de Berlín.)

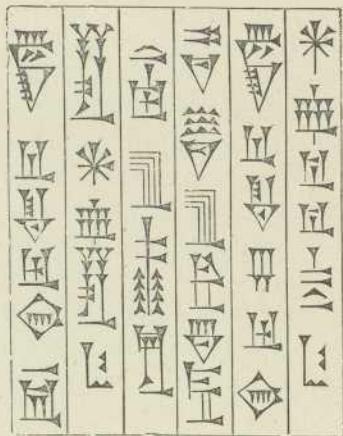
res, valiéndose de otros medios,
—promesas y dádivas, sin duda
—sembrase la división entre los
bárbaros y se atrajese á parte de
ellos. Dicese, en efecto, que tenia un cuerpo de guardias, compuesto de Scithas, los cuales enseñaban el manejo del arco y el ejercicio de la caza á los hijos de los nobles Medos. Esta defeción, después de una matanza que seguiría al degüello de los

jefes, pues es claro que la emboscada en forma de festin debió tenderse á los jefes exclusivamente, infundió á los invasores bastante temor para obligarles á dejar el país. En todo caso, desaparecieron y, para usar la frase favorita de los Asirios, «su huella no volvió á ser vista».

14. Ahora al cabo, podía Kyaxares convertir su atención á la empresa tan largo tiempo acariciada y por tanto diferida. El rey de Asiria, á la sazón—el Sarakos de Beroso y los Griegos—precipitó involuntariamente los acontecimientos, nombrando virrey de Babilonia á un caldeo, á NABU-PAL-UZZUR, llamado generalmente NABOPOLASSAR, el cual unióse en se-

guida en estrecha alianza con el rey medo. Conviniéron en embestir juntos el vacilante Imperio, y repartirse su territorio. Nabopolassar, por de contado, debía ser reconocido como rey de Babilonia. Para sancionar el tratado, se pactó que AMYTIS (ó Amuhia), hija de Kyaxares, se casaría con NEBUCHADREZZAR (NABU-KHUDURUZZUR) ¹, hijo de Nabopolasar. De este modo, el convenio vino á ser como un arreglo de familia.

15. En 608, las fuerzas unidas de Media y Babilonia comenzaron el sitio de Ninive. Debemos presumir, que cada uno de los aliados llevó al campo el contingente de todas las tribus y pequeñas naciones que sometiera á su poder, aunque son pocos los pueblos que se mencionan por su nombre. La desolación fué indescriptible. Se ofrecieron rogativas públicas; cantáronse salmos penitenciales; se ordenó un ayuno general de cuarenta días en la ciudad y el ejército. No se descuidaron las medidas más activas. La capital tuvo aún fuerzas bastantes para resistirse por espacio de dos años, al cabo de los cuales sucumbió. Dicesenos, simplemente, que Sarakos, cuando vió la imposibilidad de



LADRILLO DE LAS CONSTRUCCIONES LLEVADAS
Á CABO POR NABUCODONOSOR,
CON UNA INSCRIPCIÓN EN SEIS LÍNEAS.

¹ Esta forma es más correcta que la de Nebuchadnezzar, y se encuentra también en los libros bíblicos.

prolongar la defensa, prendió fuego al palacio real y pereció entre las llamas. No hay nada de inverosímil en esta tradición, pero ninguna prueba la confirma; ningún detalle existe acerca de la tremenda catástrofe. Se cuenta que el Tigris dejó su lecho aquel año, rompiendo las murallas de la ciudad y abriendo ancha brecha á los sitiadores. Pero lo único que *sabemos* realmente, es que Ninive pereció y, con ella, el Imperio asirio.

16. Hemos visto ya, que este desastre no fué tan repentino ni tan inesperado como podría creerse. Parece que, á los contemporáneos, no les cogió de sorpresa. Así, el profeta hebreo Nahum, que escribía en tiempos de la rebelión de Shamash-Shumukin, elevó un canto triunfal de cólera y venganza, el cual, aunque anticipándose á los sucesos en cerca de medio siglo, los describe con pasmosa viveza. Verdaderamente, la destrucción de una gran ciudad iba siempre acompañada de hechos casi idénticos, y no faltaban en aquellos días ejemplos donde estudiarlos. Pero los reproches especiales dirigidos á Asiria resumen el carácter individual de ésta, como nación que se creía invencible, y siendo, por otra parte, dicho canto una de las obras maestras de la poesía hebrea, vamos á transcribir los pasajes más salientes.

El profeta celebra la inminente ruina de Asiria, como si debiese traer la libertad á su propia patria.

«Así dice Yahveh... Y así quebrantaré su vara de tu espinazo y romperé tus cadenas... He aquí sobre los montes los pies del que evangeliza y anuncia la paz; celebra, Judá, tus fiestas y cumple tus votos, porque nunca más pasará por ti, porque enteramente pereció.

«...Los carros en su marcha perdieron el orden; dieron unos con otros en las plazas; la vista de ellos como lámparas, como relámpagos, que van de parte á parte... Se abrieron las puertas de los ríos

y el templo derribado hasta el suelo... Robad la plata, robad el oro, y no hay fin de las riquezas de todo género, de las alhajas apreciables. Ella (Nínive) destruida es y quebrantada y despedazada.

...¿Dónde está la morada de los leones, y los pastos de sus leoncillos, adonde iban á reposar el león y los leoncillos sin haber quien los espantara? El león tomó lo bastante para sus cachorros, y mató para sus leones, y llenó su cueva de presa y sus guaridas de robos.

...Ay de ti, ciudad sanguinaria, llena toda de mentira y de estrago. No se apartará de tí la rapiña... Voz de azote y voz de ímpetu de rueda y de caballo que relincha, y de carro encendido y de caballería que avanza, Y de espada reluciente y de lanza relumbrante y de muchedumbre de muertos; no tienen fin los cadáveres y caerán los unos sobre los otros... Y acaecerá: todo el que te viere se retirará de tí, y dirá: Nínive ha sido assolada; ¿quién moverá la cabeza sobre tí? ¿De dónde te buscará un consolador? ¿Eres tú acaso mejor que Noamon? ¹.

«...Mira que tu pueblo es como de mujeres en medio de tí; las puertas de tu ciudad se abrirán ante tus enemigos; el fuego devorará tus cerrojos... Durmiéronse tus pastores, oh rey de Asshur, enterrados serán tus príncipes; se escondió tu pueblo por los montes, y no hay quien lo junte. No es oculto tu quebranto; tu llaga es maligna; todos los que oyeron tu fama batieron las manos sobre tí; porque ¿á quién no traspasó siempre tu malicia?».

17. Sin embargo, el canto fúnebre más hermoso, inspirado en la caída de Asshur, se debe á Ezequiel, quien lo incluye en la larga y trabajada profecía acerca de Egipto, pueblo que llevaba la peor parte en la guerra que por entonces le había movido Nebuchadrezzar. Por igual manera que Nahum, decía á Asshur: «¿Eres tú mejor que Noamon?» Ezequiel viene á decir, en sustancia, á Egipto: «¿Por qué no sucumbirías? ¿Eres acaso mejor que Asshur?» Escribió 40 años después de la caída de Asiria. Calmados ya la cólera y la amargura del antiguo rencor, todo el pasaje es una primorosa joya poética, aun

¹ Uno de los nombres con que se conocía á Thebas, cuyo saqueo estaba reciente.

traducido en prosa, y el autor parece absorto en un pensamiento de alta é indulgente contemplación, casi como si sintiese que tantas grandeza hubieran sido condenadas á perecer, á causa de su iniquidad.

«Y aconteció... que vino á mí palabra del Señor, diciendo: Hijo de hombre, di á Faraón, rey de Egipto, y á su pueblo: ¿á quién te has comparado en tu grandeza? Mira á Asshur como un cedro en el Líbano, hermoso en ramas, y frondoso en hojas, y de grande altura, y entre sus densas ramas se elevó su copa. Las aguas lo criaron, el abismo lo encumbró... Anidaron en sus ramas todas las aves del cielo, y debajo de su espesura criaron todas las bestias de los bosques, y á la sombra de él moraba la congregación de muchísimas gentes, y era muy hermoso en su altura... No hubo cedros mayores que él en el Paraíso de Dios; los abetos no igualaron á su copa, y los plátanos no fueron iguales á sus ramas, ningún árbol del Paraíso de Dios se semejó á él ni á su hermosura... Y lo abatí á causa de su maldad. Le cortaron extraños, y lo echaron sobre los montes, y en todos los valles cayeron sus ramas, y fueron cortadas sus arboledas sobre todas las rocas de la tierra; y se retiraron de su sombra todos los pueblos de la tierra, y lo abandonaron. En sus ruinas morarán todas las aves del cielo y bajo sus ramas se acogerán todas las bestias de la región... En el día que descendió á Sheol ¹, puse llanto, cubríle del abismo; y corté sus ríos y detuve sus muchas aguas; se entristeció el Líbano sobre él y se estremecieron todos los árboles del campo»...

18. No obstante que la catástrofe hubiera sido prevista y estuviese preparada, tiene necesariamente que sorprender la rapidez con que sobreviene. La verdadera explicación es muy sencilla y hela aquí. Había relativamente muy pocos Asirios en Asiria, excepto en el ejército, en la administración y en torno del monarca. No es sólo que el país «hubiese ido caminando lentamente hacia la muerte, á consecuencia de sus propias victorias», sino también que los Asirios habian sido trasladados en gran número á las

¹ El mundo inferior, el mundo de la muerte.

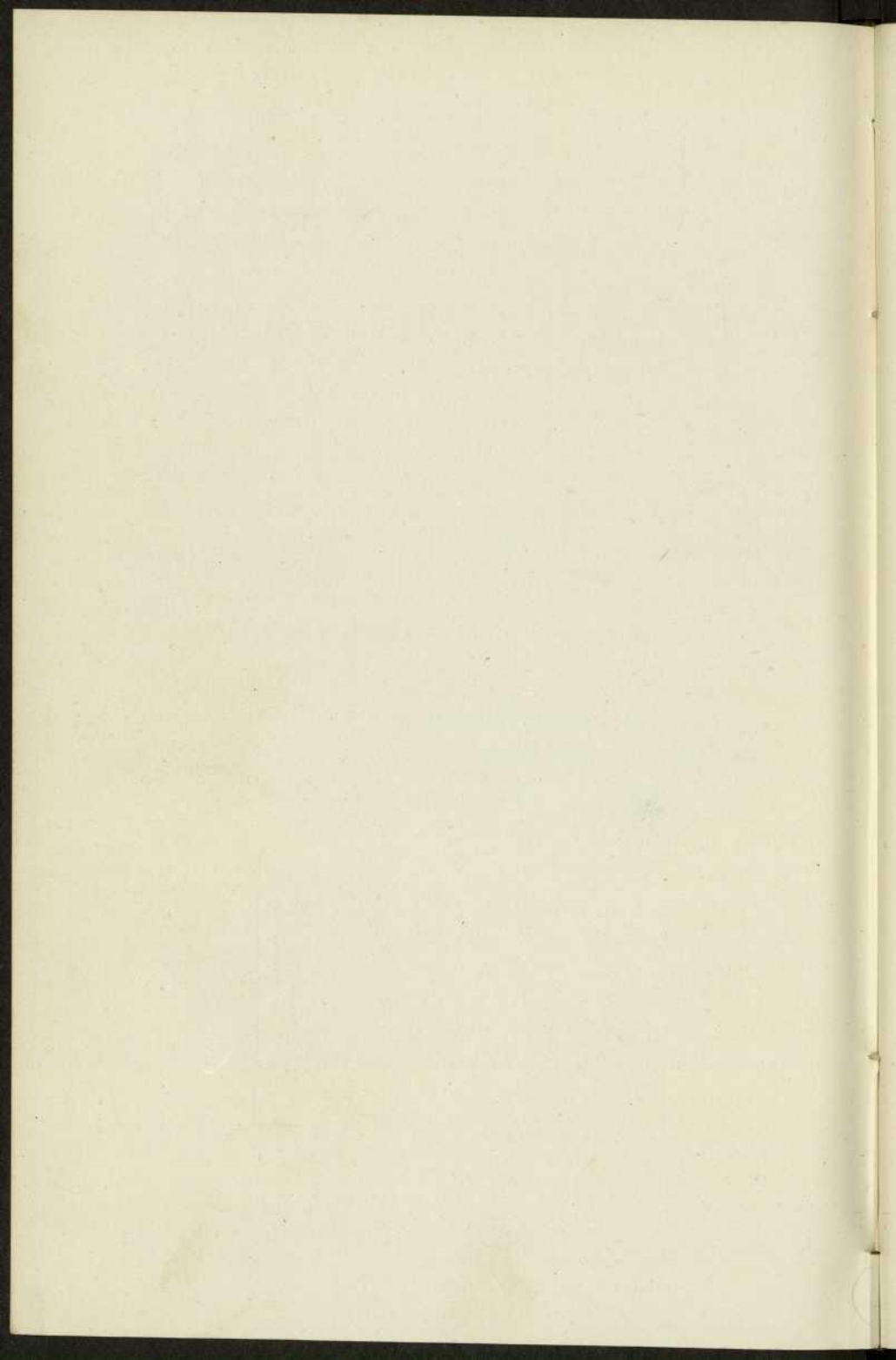
diferentes provincias del Imperio, como medio de asegurar la sumisión de los vencidos, y allí, llegado el momento de la crisis, no pudiendo ser auxiliados por sus compatriotas, tendrían que perecer ó confundirse con la población indígena; por otra parte, una numerosa población extranjera se había establecido en la madre patria, siendo un elemento constante de descontento, semillero de odios y masa siempre dispuesta á la intriga y la traición. Sabemos, por el ejemplo de Sargón, cómo los reyes asirios acostumbraban á poblar las nuevas ciudades, y Asshurbanipal, después de la guerra con Elam, deportó á Asiria millares de familias de este país. Así, cuando la invasión comenzara, no sería posible defenderse más que en las ciudades amuralladas y fortificadas, y aun es posible que también en ellas levantara la traición su cabeza.

No hay, pues, que maravillarse de que «las puertas de la tierra se abriesen de par en par y el fuego devorase sus cerrojos».

Por tanto, Asiria cayó por su propio peso, por su propia imprudencia y locura. Fué una caída dolorosa, una caída irreparable.



CILINDRO ASIRIO
(según Layard).



ÍNDICE ALFABÉTICO

A

- Anales de Assurbanipal, 390.
 Árbol sagrado de los Asirios, 18.
 Arte asirio en el reinado de Assurbanipal, 421.
 Asia Menor, civilizaciones primitivas, 368.
 Asiria, raza, su división, 357.
 Asiria, su grandeza bajo Shalmaneser II, 171.
 — bajo el cetro de Sargón, 236.
 — y Egipto, relaciones en el reinado de Assurbanipal, 382.
 Asiria, explicación de su ruina, 442.
 Asirios y Egipcios, guerras, 261.
 — expediciones marítimas, 317.
 Ashtoreth, culto de esta divinidad entre los Fenicios, 113.
 — caracteres de su culto, 113.
 Asshur, su engrandecimiento, 1.— Su situación, 1.— Cuna del gran Imperio asirio, 3.— Su origen, 4.— Asshur-Dios, 6.— Su influencia en la historia de Asiria, 8.
 Asshur, su caída, 428.
 — é Israel, 171.
 — Sargón, 253.
 Assurbanipal, decadencia del Imperio, 377.
 — fiestas religiosas por sus victorias, 416.

- Assurbanipal, últimos años de su reinado, 419.
 — sus crueldades, 400.
 Asshur-nazirpal, sus guerras y conquistas, 160; sus crueldades, 162.
 Aturia ó Asiria, 3.

B

- Baal, divinidad, 116.
 Baal-Moloch, 117.
 Babilonia, sus límites, 1.
 — primera conquista, 40.
 — su edificación por Semiramis, 206.
 — destrucción, 324.
 Babilonios en los tiempos de Essarhaddón, 341.
 Batalla de Megido, 30.
 — de Kadesch, 32.
 — de Eltekeh, 311.
 Batallas al principio del reinado de Esarhaddón, 339.
 Bel, su templo, 206.

C

- Campañas de Esarhaddón, 342.
 Canaam-Fenicios, su religión, 105.
 «Canon Epónimo de Asiria», 149.
 Capadocia, restos hittitas, 371.
 Cartago, su fundación, 217.

- Caracteres del reinado de Shalmaneser II, 179.
- Conquistas de Shalmaneser, 180.
- Chipre y Creta, sus relaciones con los Fenicios, 83.
- Cilicia, Monumentos hittitas, 370.
- Cimmerianos, sus guerras, 390.
- Ciudades fenicias, su poderío, 78.
- Conquistas asirias hacia el Norte del Imperio.—Monumento del lago Van, 45.
- Construcción de embarcaciones, 315.
- Conspiraciones contra Asiria, 258.
- Cosmogonía fenicia 141.
- Culto asirio, 173.
- D**
- Deiokes, fundador de la nueva monarquía, 430.
- Deficiencias en la historia de Asiria, 146.
- Descendientes de Canaán, sus emigraciones, 67.
- Dilmun, Reyes de, 281.
- Dualismo en la religión fenicia, 108; sus principales divinidades, 109.
- Dur-Yakín, atrincheramiento de Merodach-Baladan, 278.
- Dur-Yakín, su destrucción, 279.
- E**
- Ezequiel, proteta, canto fúnebre á la caída de Asshur, 441.
- Egbatana, 206.
- Egipto, expedición de Essarhaddón, 347.
- Elam, sus relaciones con Essarhaddón, 343.
- Elam y Babilonia, guerras á la muerte de Essarhaddón, 393.
- Elam-dinastía, sus luchas, división entre sus príncipes, 403.
- Elam, su ruina definitiva 407.
- Emblema del dios Asshur, 14.
- Essarhaddón, 337.
- sus cualidades y carácter, 350.
- Escritura entre los Hittitas, 38.
- Estela de Mesha, 218.
- Expedición á Naíri en tiempos de Sargón, 267.
- de Sennacherib contra Egipto, 304.
- F**
- Fenicios, 68.
- sus viajes hacia el Sur y Occidente, 69.
- conquistas por su industria y comercio, 76.
- como marinos y constructores, 77.
- sus trabajos para obtener la púrpura, 81.
- sus relaciones con las islas griegas, 83.
- sus industrias metalúrgicas, 84.
- su llegada á España, 84; Tarshish, 85.
- sus relaciones con la antigua Inglaterra, 86.
- su geografía, 89.
- su comercio de ámbar, 92.
- sus viajes por tierra, 93; lujo en sus ciudades, 95.
- su carácter, 96; su ejército, 97; sus ciencias, 97; sus artes, 99.
- su influencia en el mundo antiguo, 100.
- su literatura, 111.
- Fuerzas naturales como principio de la religión fenicia, 106.
- Fundación de Kalah. 40.
- de Cádiz, 68.

G

- Gobierno de Asiria, 22; sus relaciones con Babilonia, 22.
 Grandeza de Asiria en el reinado de Tiglath-Pileser, 47.
 Grandes razas, la última de las cuatro 353.
 Guerras asirias, su carácter, 228.
 — con Israel, 235.
 Giges, rey de Lidia, envía embajadores á los Asirios, 386.

H

- Herodoto, su relación sobre el ejército de Kyaxares, 433.
 Hiram de Tiro, 156.
 Hittitas, 31; su origen, 33.
 — del Norte y del Sur, 35.
 — sus relaciones con los Asirios, 39.
 Hoshea, rey de Israel, 239.

I

- Isaías, su opinión sobre Egipto, 349.
 Iranias, naciones, Medos, 359.
 Indo-europea, raza, su importancia, 356.
 Indios antiguos, tradiciones sobre los sacrificios, 128.
 Imperio primitivo asirio, Tiglath-Pileser, 42.
 — hittita, su caída, 36.

J

- Jafética, raza, 354.
 Javán, como una de las ramas de la familia griega, 354.
 Jehu, tributario de Asiria, 192.
 Jonás, su viaje á Nínive, 215.

K

- Kabirim, divinidades fenicias, 143.
 Kadesh, ciudad, 34.
 Kalah, su engrandecimiento, 165.
 Karkar, batalla de, 183.
 Karkemish, ciudad de los Hittitas, 34.
 Khaluli, descripción, 395.
 — batalla de, 321.
 Khudur-Nankhundi, rey de Elam, 319.
 Khorsabad, palacio, 282.
 Kileh-Sherghat, inscripción importante hallada en un terraplén, 46.
 Kyaxares como guerrero, 433.

L

- La Biblia y la historia de Asiria, 299.
 Lahkis tomada por los Asirios, 308.

M

- Magistrados asirios, 147.
 Magog, auxiliares de Nínive, 434.
 Medos, su organización, 432.
 — y Caldeos, Relaciones con Asiria, 363.
 Merodach-Baladan, su embajada á Ezequías, 273.
 Merodach, su misión al monarca asirio, 244.
 Mitos fenicios, 111.
 Moab, 218.
 Moabitas y Edomitas, 219.
 Monarcas asirios, 13.

N

- Nabopolassar, virrey de Babilonia, 438.
 Nebbí-Yunus, palacio, 346.
 Nimrud, monumento, 190.
 Nínive, sitio por los Medos y Babilonios, 439.

Nino, su significación histórica, 208.
Ninyas, carácter de su reinado, 207.

O

Obras de arte asirias, 169.

P

Palacio de Sargón, sus bellezas, 288.
Palestina, razas primitivas, 73.
Philisteos, confederación de los, 35.
Prácticas religiosas, sus relaciones con la cultura de Asia, 134.
Psammético contra Asiria, 389.
Pueblo proto-armenio, 211.
Pueblos arios, 368.
Púrpura fenicia, 79.

R

Raman-Nirari III, sus campañas militares, 201.
— á Egipto, marcha de Esarhaddón, 349.
Razas, caracteres de sus emigraciones, 70.
— dispersión, 354.
Rebelión de Babilonia en tiempos de Assurbanipal, 404.
Reino judío, sus desgracias, 236.
Relaciones entre Asirios y Egipcios, 24.
Relaciones entre Asirios y Babilonios, 62.
— entre la doctrina religiosa y el culto fenicio, 137.
— de los Asirios, 19; sus dioses, 19; sus templos, 20; carácter del culto, 21.
Religión fenicia, divinidades masculinas y femeninas, 109; culto en Tiro y Sidón, 110.
Reyes de Israel, sus guerras con Asiria, 182.

Reyes convocados por Essarhaddón, 345.

Ritos fenicios en la celebración de sacrificios, 135.

Ritos religiosos, su importancia entre los antiguos asiáticos, 132.

Rusia, Mediodía de esta región, en sus relaciones con la historia asiria, 365.

S

Sacerdotes de Asshur, 12.

Sacerdotisas fenicias, 112.

Sacrificios, idea general, 119.

— fenicios, 120.

— ritual, 123; diferentes especies de sacrificios, *ibid.*

— humanos en Canaán, 125.

— de mujeres, 138.

Salomón, 156.

Samaria, sitio de, 224.

Sargón, ¿quién era este personaje? 255.

— conspiraciones contra él, 262.

— guerras en su reinado, 265.

— guerras contra los aliados de Urza, 269.

— campaña contra los Philisteos, 270.

— guerra de Babilonia, 272.

— toma posesión de Babilonia, 277.

— prestigio de su nombre, 279.

— sus obras de paz en favor de las artes, 282.

— como gobernador y rey benéfico, 294.

— doble aspecto de su reinado, 295.

— muere asesinado, 293.

Sargónidas, 298.

— 337.

Sardanápalo, nombre griego de Assurbanipal, 426.

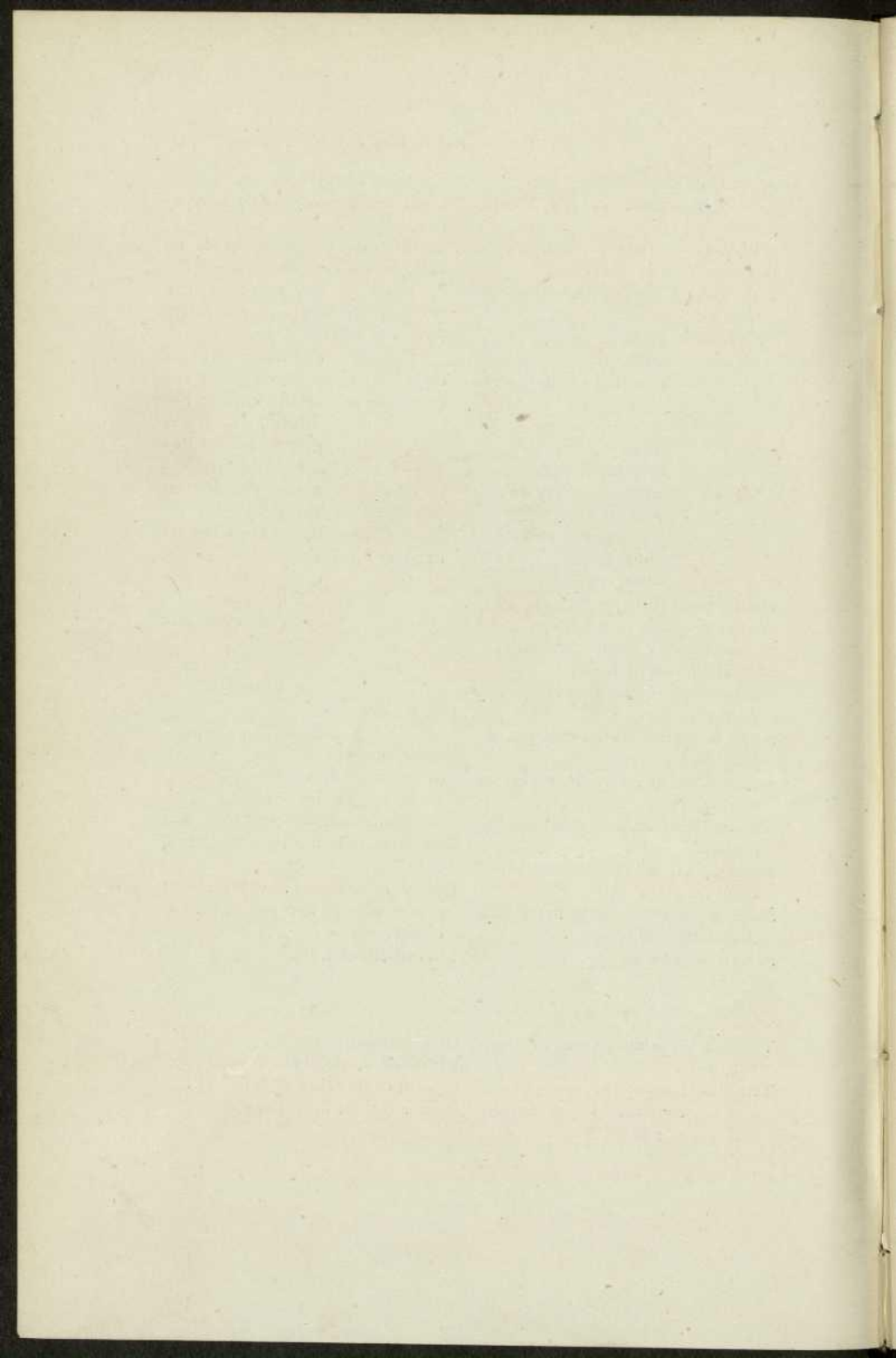
- Scithas, de origen iranio, 366.
 — sus correrías por Media, 434.
 Scithas, sus correrías por Asiria, 437.
 Segundo imperio asirio, 224.
 Semíramis, leyenda relacionada con ella, 205.
 Sennacherib, su sello, 17.
 — 298.
 — campañas militares, 300.
 — invasión sobre Judá, 306.
 — su palacio, 332.
 — embajada al rey de Judá, 311.
 — juicio sobre su reinado, 327.
 — su fin, 325.
 Shalmaneser II, 177.
 Shalmaneser III, su reinado, 212.
 Shalmaneser IV, sus conquistas, 247.
 Shamshi-Ramán III, 201.
 Shamash-Shumukín, guerras con Asiria, 406.
 Sidón, insurrección en tiempos de Esarhaddón, 345.
 Siria y Palestina invadidas por los Scithas, 435.
 Sitio de Damasco, documentos sobre este hecho, 240.
 Sol y Luna, su significación en el culto fenicio, 116.
 Sucesos posteriores á la muerte de Asshurbanipal, 429.
 Sutekh, dios hittita, 37.
 Teumman, su reinado, 394.
 Thebas, castigo después de la rebelión, 383.
 Tiglath-Pileser I, principios de su reinado, sus conquistas, 48.
 — sus guerras contra los reyes de Naíri, 54; contra los Arameos ribereños, 55.
 — dedicado á las obras de la paz, 57; su pasión por la caza, 59; su afición á la historia natural, 60.
 — guerras con los Babilonios, 61.
 — su significación en la historia de Asiria, 65.
 Tiglath-Pileser II, 213; su identidad con Phul, 214.
 — carácter de su política, 230.
 — sus campañas militares, 234.
 — término de sus conquistas, 246.
 Tiro y Sidón, 78.
 — cambios que experimentaron, 151.
 — guerra con Asiria, 243.
 — su largo sitio, 261.
 — hostilidades contra Asiria, 385.
 Transformación del mundo semita, 153.
 Tribus montaÑesas, expediciones contra ellas en tiempos de Sennacherib, 302.
 Tukulti-Nibeb I, 63.

T

- Taharka, levantamiento en sus tiempos, 381.
 Templos fenicios, 112.
 — construídos por Sargón, 286.

U

- Ulaí, batalla de, 396.
 Ultimos años de Shalmaneser, 197.
 Urartu, como reino de Naíri, 211.
 Urzana, rey de Muzazir, 267.



ÍNDICE DE GRABADOS

	Páginas.
Cabeza asiria.....	4
Estatuitas de tierra cocida representando al dios Nebo.....	8
Tormento dado á los prisioneros de guerra.....	9
Pintura mural asiria.....	11
Reyes asirios en traje de guerra.....	12
Empleados de la corte asiria.....	13
Emblema del dios Asshur.....	14
Disco alado (Emblema de Asshur).....	14
Cilindro con inscripción cuneiforme.....	16
El sello cilíndrico de Sennacherib.....	17
El árbol sagrado de los Asirios.....	18
Bel llevado en procesión.....	19
Representación de un templo asirio.....	20
La Ishtar asiria.....	21
Representación de Baaltis.....	22
Representación de un campo de batalla.....	31
Inscripción hittita.....	38
El rey Teglaphalasar en su carruaje de gala.....	44
Conducción de dioses cautivos.....	49
Marcha de un ejército asirio á través de un bosque.....	51
Saqueo y demolición de una ciudad en una región montañosa..	53
Bajo relieve de una fortaleza asiria.....	57
Interior de una fortaleza asiria.....	58
Aspecto de una fortaleza.....	59
Representación asiria de una familia hebrea.....	73
Cilindro asirio que representa á Hércules.....	89
Hércules el héroe de Korsabad.....	90
Ídolo fenicio, pequeño, en tierra cocida.....	99
Ashtoreth, ídolo pequeño fenicio, en tierra cocida.....	100
Sarcófago fenicio hallado en Solunte.....	102

	Páginas.
La Astarté fenicia.....	109
Cilindro fenicio.....	110
Sello de Chipre, representando el templo de Paphos.....	113
Sello de Sidón, representando un altar portátil ó custodia, usado probablemente en las procesiones.....	114
Altar portátil asirio con el Asherah.....	115
Celebración de un sacrificio.....	122
La Astarté moabita.....	134
Asshur-Nasir-Habal en el trono.....	161
Soldados asirios cortando las cabezas de los enemigos muertos en el combate.....	163
Prisioneros empalados delante de las murallas de la ciudad....	164
Ruinas de Kalah.....	165
Carro de guerra asirio.....	168
Mosaico ornamentado.....	169
Plato de bronce, de Nimrud.....	169
Asshurnazirpal en la caza de toros.....	170
El rey cazando el león.....	171
León en el palacio real. Se le da libertad para cazarlo.....	171
Azulejo de Nimrud, actualmente en el Museo británico.....	174
Placa de márfil esculpida, hallada en Nimrud, actualmente en el Museo británico.....	175
Toma de una fortaleza y conducción de cautivos.....	180
Guerreros asirios en orden de batalla.....	186
Ejército asirio atravesando un río por un puente flotante.....	188
Tienda de campaña.....	190
Obelisco negro de Shalmaneser II.....	191
Ariete asirio.....	192
Ariete minando los muros de una fortaleza.....	193
Primera cara del obelisco negro.....	194
Segunda cara del obelisco negro.....	195
Bajo relieve en bronce.....	197
Convoy de mujeres prisioneras.....	198
Tercera cara del obelisco negro.....	202
Cuarta cara del obelisco negro.....	203
Embajadores ofreciendo el tributo.....	204
Semíramis transformada en paloma.....	208
Semíramis transformada en paloma (vista posterior).....	209
La estela de Mesha el moabita.....	220
Conducción de ganados y mujeres cautivas.....	227
Cautivos y botín.....	229
Interior de una casa asiria descubierta en Yezidi.....	231
Soldados asirios destruyendo una plantación.....	241
Retrato de Sargón (Korsabad).....	252

Estandarte de Sargón con la figura de Asshur.....	256
Martirio de los prisioneros de guerra entre los Asirios.....	260
Sitio de una fortaleza.....	265
Lápida de Sargón con su retrato y una inscripción conmemorativa, que menciona á siete reyes de Chipre tributarios suyos.....	280
Cilindro de Sargón I el antiguo rey de Agade.....	282
Reconstrucción del palacio de Sargón.....	283
Quitason real.....	291
Toros alados de los dos lados de las puertas de Dur-Sharrukin.....	292
Vista anterior del toro alado de las puertas de Dur-Sharrukin..	293
Almenas del muro de la terraza de Dur-Sharrukin y tubo de desagüe.....	194
Losa del dintel de la puerta del palacio de Sargón.....	195
Grupo de cazadores asirios del palacio de Khorsabad.....	296
El sello de Sennacherib, en barro cocido (anverso-reverso)...	298
Sennacherib en su trono, en traje de gala.....	299
Acto de sumisión de un príncipe vencido, ante Sennacherib....	303
Buque de guerra asirio.....	316
Galeras esculpidas en el palacio de Koyundjik.....	317
Batalla en una laguna.....	318
Cuadro copiado de los pantanos caldeos; marrana salvaje con sus cachorros.....	321
Cautivos construyendo un terraplén-plataforma.....	326
Bajo relieve del palacio de Sennacherib, representando al rey en su carruaje de gala.....	327
Colocación de la gran imagen del toro.....	329
Representación del acto de remolcar la mitad de un toro alado en un carretón sin ruedas sobre rodillos engrasados; sobrestantes llevando los cautivos al trabajo.....	331
La viña trepadora.....	333
Banquete asirio.....	334
Esclavos músicos.....	335
Roca-estela de Esarhaddón en Narhr-Elkelb.....	338
Bloqueo de una fortaleza.....	340
Asirios persiguiendo á un jinete árabe.....	344
Esfinge de Nínive.....	346
Representación asiria de los camellos.....	357
Acto de cargar un camello.....	358
Sacrificio del fuego, en Bactria.....	359
Escultura hittita, trabajada en la roca, en el paso de Karabel (cerca de Smirna), y que erróneamente juzgaron los Griegos que representaba á Ramsés II.....	367
Escultura hittita trabajada en la roca, junto á Ibriz, en Cilicia, y que representa un dios hittita.....	369

	Páginas.
Assurbanipal atravesando un río.....	384
Mujer del harem real.....	385
Grupo de casas y de esclavos trabajando.....	388
Escena de la batalla de Ulaï: muerte de Teumman.....	397
Carro triunfal del rey.....	399
Orquesta asiria recibiendo á Assurbanipal al regresar de sus victorias.....	400
Capilla de música compuesta de esclavos.....	410
Relieve del palacio de Assurbanipal en Nínive, que figura á este monarca y á su esposa sentados á la mesa.....	411
León moribundo.....	413
Tablita perfectamente conservada, á dos columnas, conteniendo un himno accadio y su traducción asiria.....	417
Portal en arco de Koyundjik.....	418
Detalles de palacios asirios.....	419
Bajo relieve de Koyundjik.....	420
Relieve del palacio de Assurbanipal, que figura á este monarca atravesando con su espada á un león.....	422
Escena de caza.....	423
León y leona domesticados y en libertad en el parque real; viña y flores.....	424
Perro en barro cocido.....	424
«Slab» del vestíbulo del palacio de Assurbanipal (Koyundjik). ..	425
Guardaahajas de metal; objetos de arte de Koyundjik.....	426
El rey en la batalla.....	432
Piedra grabada, babilónica, con el retrato de Nabucodonosor..	438
Ladrillo de las construcciones llevadas á cabo por Nabucodonosor, con una inscripción en seis líneas.....	439
Cilindro asirio.....	443

PRINCIPALES OBRAS

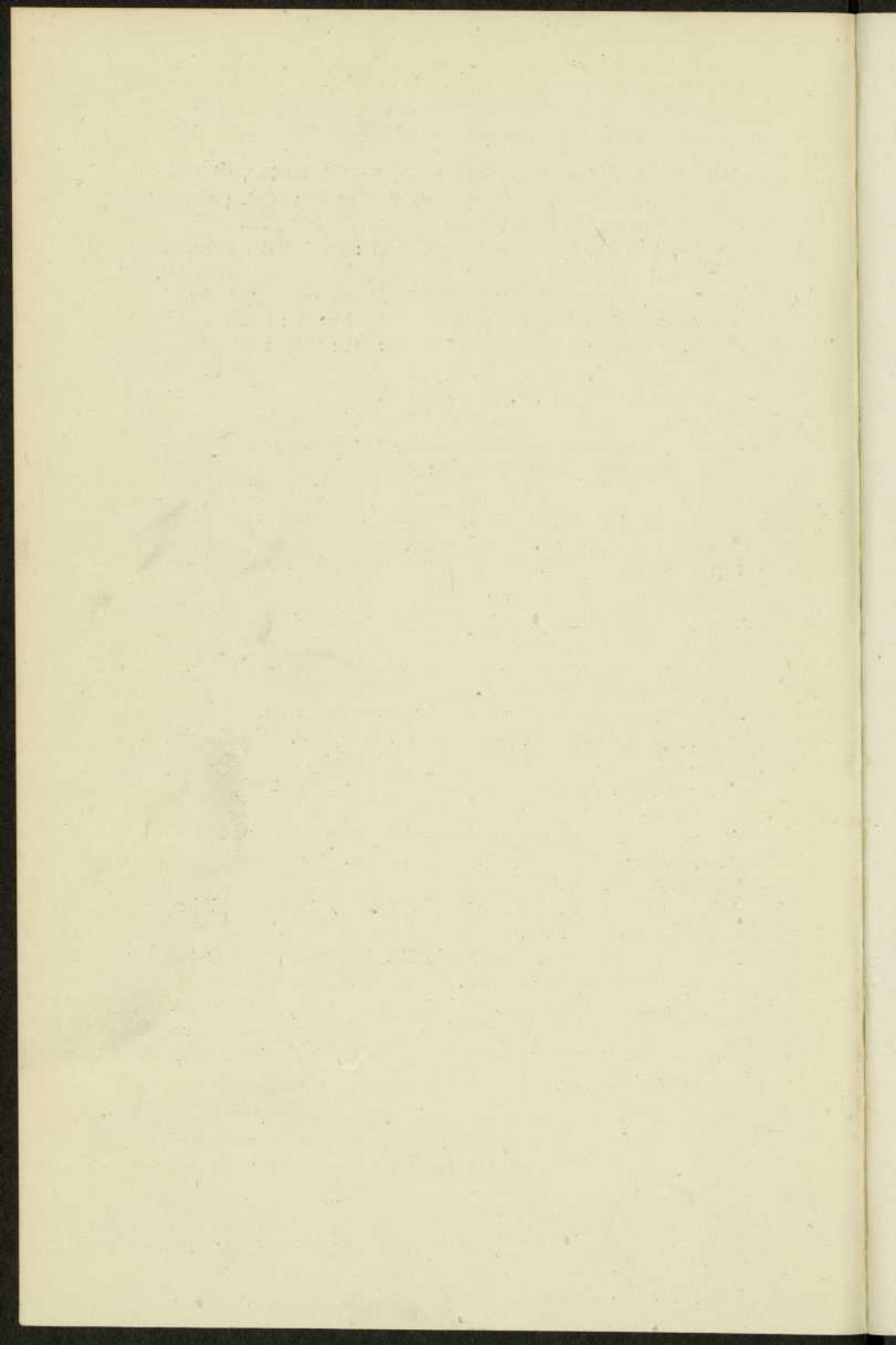
ESTUDIADAS Ó CONSULTADAS

PARA LA PREPARACIÓN DE ESTE VOLUMEN

- BABELON, ERNEST. *Les Assyriens et les Chaldéens*. Quatrième volume de l' *Histoire Ancienne de l'Orient*, de François Lenormant, 9me edit. Paris, A. Lévy, 1885. (Continued from Lenormant by Mr. Babelon.)
- BAUDISSIN, W. G. *Jahve et Moloch*. Sive de ratione inter Deum Israelitarum et Molochum intercedente. Dissertatio Inauguralis. Lipsiae: 1874.
- BUDGE, E. A. WALLIS. *History of Esarhaddon*, London: 1880. 1 vol.
- CORY. *Ancient Fragments*. London: 1876. 1. vol.
- DELATTRE, A. *Le Peuple et l'Empire des Mèdes*, jusqu'à la fin du règne de Cyaxare. Bruselles: 1883. 1 vol.
- *Les Chaldéens*, jusqu'à la formation de l'Empire de Nabuchodonozor. (Extrait de la *Rueve des Questions Historiques*.) Paris, 1877.
- *Esquisse de Géographie Assyrienne* (Extrait de la *Revue des Questions Scientifiques*). Paris: 1883. 55 pages.
- *Les Inscriptions historiques de Ninive et de Babylone*. Paris: 1879. (90 pages.)
- DELITZSCH, DR. FRIEDRICH. *Wo lag das Paradies?* Eine Biblisch-Assyriologische Studie. Leipzig: 1881. 1 vol.
- DUNCKER, MAX. *Geschichte des Alterthums*. 5th edition. Leipzig: 1878. Vols. 1 and 2.

- HOMMEL, DR. FRITZ' *Geschichte Babylonien und Assyriens*. (1st and 2d instalments, 320 pages.) (Allgemeine Geschichte in einzelnen Darstellungen, edited by Wn. Oncken. Lieferungen 95 and 117). Berlin, 1885 and 1886.
- HÖRNING, R. *Das sechsseitige Prisma des Sanherib, in Grundtext und übersetzung, nebst Beiträgen zu einer Erklärung*. (Inaugural dissertation.) Leipzig: 1878.
- KAULEN, DR. F. *Assyrien und Babylonien nach den neuesten Entdeckungen*. Freiburg: 1853. 1 vol.
- LAYARD, AUSTEN H. *Nineveh and its Remains*. London: 1849. 2 vol.
 ——— *Discoveries among the ruins of Nineveh and Babylon*. (American Edition.) New York: 1853. 1 vol.
- LEMORMANT, FRANÇOIS. *Les Premières Civilisations, Etudes d'histoire et d'archéologie*. Paris: Maisonneuve et Cie., 3 vol, 1874. 2 vol.
 ——— *Les Origines de l'Histoire, d'après la Bible et les traditions des peuples Orientaux*. Paris: Maisonneuve et Cie., 3 vol. 1st vol. 1882; 2d vol. 1880; 3d vol. 1884.
 ——— *La Légende de Sémiramis, premier mémoire de mythologie comparée*. Paris: 1873.
- LHOTZKY, HEINRICH. *Die Annalen Asurnazirpals, nach der Ausgabe des Londoner Inschriften-werkes umschrieben, übersetzt und erklärt*. (Inaugural-Dissertation.) München: 1885.
- LOTZ, DR. WILHELM. *Die Inschriften Tiglath-Pileser's I. in transkribirtem Assyrischem Grundtext mit Übersetzung und Kommentar*. Leipzig: 1888. 1 vol.
- LYON, DR. D. G. *Keilschrifttexte Sargon's, Königs von Assyrien*. Leipzig, 1877. 1 vol.
- MASPERO, G. *Histoire Ancienne des Peuples de l'Orient*. 4e. edit. Paris: 1877. 1 vol.
- MEYER, EDWARD. *Geschichte des Alterthums*. Stuttgart. 1884. vol. 1st.
- MÜNTER, D. FRIEDRICH. *Religion der Karthager*, 2te. Auflage. Kopenhagen. 1821. 1 vol.
- MÜRDTER, F. *Kurzgefasste Geschichte Babylonien und Assyriens*, mit besonderer Berücksichtigung des alten Testaments. Mit Vorwort und Beigaben von Friedrich Delitzsch. Stuttgart. 1882. 1 vol.
- PERROT ET CHIPIEZ. *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, Tomo II. «Les Assyriens.» And Tome III. «Phénicie et Chypre.»
- POGNON, H. *L'inscription de Bavian, texte, traduction et Commentaire*. Paris: 1879 et 1880.
- RAWLINSON, GEORGE. *The Five Great Monarchies of the Ancient Eastern World*. London: 1865. 1st and 2d. vol.

- RAWLINSON, *History of Herodotus*, a new English version, with copious notes and appendices, etc. London: 1875. 4 vol.
- *Records of the Past*. Vol. I., III., V., VII., IX., XI.
- RENAN, ERNEST. *Mission de Phénicie*. Paris: 1865. Text, 3 Parts. Plates, 6 Parts.
- SAYCE, A. H. *Fresh Light from Ancient Monuments*. («By-Paths of Bible Knowledge» Series II.) 3d ed. 1885. London: 1 vol.
- *The Ancient Empires of the East*. London: 1884. 1 vol.
- SCHRADER, EBERHARD. *Die Keilinschriften und das Alte Testament*. 2d ed. Giessen: 1883. 1 vol.
- *Keilinschriften und Geschichtsforschung*. Giessen: 1888. 1 vol.
- *Zur Kritik der Inschriften Tiglath-Pileser's II., des Asarhaddon und des Assurbanipal*. Berlin: 1880.
- *History of Sennacherib*, translated from the Cuneiform Inscriptions. Edited by the Rev. A. H. Sayce, London: 1878. 1 vol.
- SMITH, GEORGE. *History of Assurbanipal*. Translated from Cuneiform inscriptions. London: 1871. 1 vol.
- *Assyria from the Earliest Time to the Fall of Nineveh* («Ancient History from the Monuments» Series.) London. 1 vol.
- *Assyrian Discoveries, an account of exploration, 1873-1874*. London: 1875. 1 vol.
- *The Assyrian Eponym Canon*. London: 1876. 1 vol.
- STADE, DR. BERNHARD. *Geschichte des Volkes Israel*. («Allgemeine Geschichte in einzelnen Darstellungen.») Berlin: 1881-1886.
- TIELE, C. P. *Babylonisch-Assyrische Geschichte Erster Theil: von den ältesten Zeiten bis zum Tode Sargons II.* Gotha: 1886.
- VIGOUROUX, ABBÉ F. *La Bible et les Découvertes Modernes, en Palestine, en Egypte et en Assyrie*. 40 edit. Paris: 1884. 4 vols.
- WEBER, A. *Indische Streifen*.
- WRIGHT, WILLIAM. *The Empire of the Hittites*. American edition, New York: 1884. 1 vol.
- Numerous pamphlets and essays, by Fr. Lenormant, A. Delattre, Sir Henry Rawlinson, A. H. Sayce, Dr. Fritz Hommel and others; in Mr. Geo. Rawlinson's translation of Herodotus, in the *Calwer Bibellxikon*, and in various periodicals, such as the «Proceedings» and «Transactions» of the Society of Biblical Archaeology, and many more.



HISTORIA DE LAS NACIONES

POR

ARTURO GILMAN, J. K. HOSMER, S. BARING-GOULD,
A. J. CHURCH, J. P. MAHAFFY, STANLEY LANE-POOLE,
G. RAWLINSON, A. YAMBÉRY, J. E. THOROLD ROGERS,
HELEN ZIMMERN, G. MCOU, EMILY LAWLESS,
HENRY BRADLEY, ZÉNÄIDE RAGOZIN.

Y

OTROS EMINENTES ESCRITORES

ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS, LAMINAS Y MAPAS



Las obras que forman la importante colección de la HISTORIA DE LAS NACIONES pueden considerarse con razón como la síntesis y el complemento de cuantos trabajos se han llevado á cabo en el presente siglo. Sus autores han compilado en breves páginas la ciencia de voluminosos libros y las investigaciones de muchos sabios, logrando así poner al alcance de todas las inteligencias estos estudios de verdadera vulgarización, útiles y necesarios para cuantos con frecuencia no tienen tiempo ni ocasión de dedicarse á más profundos trabajos. Además, los autores de estos volúmenes han conseguido

abrir nuevos y dilatados horizontes al estudio de la Historia.

La HISTORIA DE LAS NACIONES es al mismo tiempo una obra verdaderamente internacional, pues el Editor inglés realizó su propósito de que contribuyesen á ella escritores ingleses, irlandeses, norteamericanos, franceses, húngaros, alemanes y rusos, nacionalidades dignamente representadas en los diversos estudios que la constituyen, y que hoy el Editor español amplía y generaliza.

En esta especie de galería de cuadros históricos aparecerán ante los ojos del lector así los pueblos antiguos como las principales naciones que han predominado y marchado al frente de la humanidad.

Cada volumen, ilustrado profusamente con mapas, grabados intercalados en el texto y láminas sueltas, contendrá la historia completa de una nación, de un pueblo ó de una época, formando un todo independiente.

Hemos realizado el anterior propósito, de cuyos resultados formarán cabal idea los lectores de las obras hasta ahora publicadas, que son las siguientes:

El Antiguo Egipto, por Jorge Rawlinson, catedrático de Historia antigua en la Universidad de Oxford, versión española por D. Eduardo Toda, correspondiente de la Real Academia de la Historia. Obra ilustrada con más de 130 grabados. (Agotada. En prensa la 2.^a edición.)

El profesor Rawlinson ha añadido un valioso tomo á la importantísima serie histórica que viene publicándose. — *Spectator*.

La obra *El Antiguo Egipto* es interesantísima por la erudición con que en ella se trata la cultura de aquel país. — *La Iberia*.

El libro de Rawlinson, traducido por el ilustre egiptólogo señor Toda, constituye un precioso y acabado estudio de la historia, artes y costumbres del antiguo Imperio de los Faraones, según los últimos descubrimientos que han modificado nuestras antes imperfectas y falsas nociones sobre aquella antiquísima civilización. — *La Justicia*.

Cartago, por el profesor Alfredo J. Church, catedrático de Latin en la Universidad de Londres; versión española por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González, catedrático en la Universidad de Madrid é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

La obra se distingue por la admirable lucidez de su estilo. — *Observer.*

Es un magistral bosquejo histórico en el cual no faltan, sin embargo, detalles hermosísimos en sus más importantes capítulos. — *Guardián.*

Si el nombre de Church es una garantía de la bondad de la obra, la del Sr. Fernández y González asegura la fidelidad de la traducción y da verdadero valor á las notas y ampliaciones. — *La Regencia.*

Los Sarracenos DESDE LOS MÁS REMOTOS TIEMPOS HASTA LA CAÍDA DE BAGDAD, por Arturo Gilman; traducida y anotada por D. Francisco Guillén Robles, individuo de número de la Real Academia de la Historia y correspondiente de la de San Fernando.

El libro de Mr. Gilman será evidentemente leído por gran número de personas á las cuales sería imposible estudiar las numerosas obras que se ocupan de los Sarracenos. — *Journal des Débats.*

La Biblioteca histórica que publica en Madrid *El Progreso Editorial*, acaba de enriquecerse con una obra de verdadera importancia. Nos referimos á la *Historia de los Sarracenos* desde los más remotos tiempos hasta la caída de Bagdad, escrita por Arturo Gilman y traducida al castellano por D. F. Guillén Robles. La edición es muy lujosa, según lo atestigua la hermosa impresión del libro y los soberbios grabados y planos que acompañan al texto. — *El Liberal.*

Caldea DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA EL ORIGEN DE ASIRIA, por Zénaïde A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de Paris, autor de *Asiria, Media,*

etcétera, obra ilustrada con más de 125 grabados; versión española por el Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Director y catedrático de la Escuela superior de Diplomática é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

La obra que analizamos ofrece un interés verdaderamente fascinador y notable habilidad, pues en ella se revela la rara combinación de aspectos comprensivos de las cuestiones que abarca, con la abundancia de datos, expuestos de manera que sus detalles son asequibles á todas las capacidades. — *Scottish Leader*.

El trabajo que damos á conocer es el mejor que hasta ahora ha visto la luz pública. — *Academy*.

Además tenemos en prensa y en preparación los volúmenes siguientes:

Los Godos, por Enrique Bradley; versión española corregida y con advertencia, notas y apéndices por D. Juan Ortega y Rubio, catedrático de Historia en la Universidad de Valladolid é individuo correspondiente de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

En la obra de Mr. Bradley encontrarán guía seguro todos aquellos que tienen interés por estudiar la trágica historia de los Godos. — *Spectator*.

Podemos recomendar sin escrúpulo alguno esta obra. — *Tablet* (diario católico).

Á pesar de su poca extensión, contiene este libro muchos detalles, que prueban que es obra de un escritor, capaz por todos conceptos, de llevar á cabo la empresa que se ha propuesto realizar. — *Saturday Review*.

El relato está bien dividido, es atractivo, y ajustado, en un todo, á la realidad. — *Revue historique*.

Asiria DESDE EL ENGRANDECIMIENTO DEL IMPERIO HASTA LA CAÍDA DE NÍNIVE (continuación de *Caldea*),

por Zénaïda A. Ragozin, de la Sociedad Etnológica de París; de la Sociedad Oriental americana; del Ateneo Oriental de París. Vertida del inglés por Siro García del Mazo, con prólogo y notas por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Historia universal en la Universidad de Sevilla.

OPINIÓN NOTABILÍSIMA

El profesor Sayce, conocido como una de las autoridades más notables en esta materia, se expresa en una carta dirigida á la Casa editorial inglesa en la forma siguiente: En manos del ilustre autor de *Asiria* la vida de este pueblo ha llegado á ser una realidad. En el volumen que nos ocupa, encontrará tanto el público en general como los asiriólogos en particular, una obra encantadora é interesante por todos conceptos.

Los Judíos EN LA EDAD ANTIGUA, MEDIA Y MODERNA, por Jaime K. Hosmer, versión española, ampliación y notas por D. Eduardo Toda, correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El autor es tan gráfico como descriptivo, y la mayor parte de los capítulos llaman poderosamente la atención del lector. — *Spectator*.

De la obra en cuestión puede estar con razón orgulloso su autor. — *Echo*.

Volumen luminoso é interesante, lleno de pintorescos y vivos incidentes. — *Literary World*.

El libro está escrito en forma verdaderamente encantadora. — *Jewish Advocate*.

El profesor Hosmer debe ser congratulado por la gran maestría con que ha sabido tratar el asunto. — *Jewish Messenger*.

Como el profesor Hosmer ha publicado una obra maestra, auguramos un éxito completo á su nueva producción. — *New-York Critic*.

Fenicia, por Jorge Rawlinson, autor de *El Antiguo Egipto*; versión española con ampliaciones y notas por el Excmo. Sr. D. Francisco Fernández y González, catedrático en la Universidad de Madrid é individuo

de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

El resultado obtenido por los estudios del autor ha sido el trazar una historia completamente exacta de la civilización, religión y aventuras de una de las más interesantes naciones de la antigüedad... pues en ella encontrará el lector todo cuanto sobre el particular merece ser conocido. — *Saint James's Gazette*.

NOTA. La versión española de la historia de la Fenicia, encomendada al reputado académico Sr. Fernández y González, irá aumentada considerablemente y con especialidad en todo cuanto se relacione con la de España, del mismo modo que lo ha hecho con la de Cartago.

Hungría DESDE SUS ORÍGENES HASTA NUESTROS DÍAS.
 Por Arminio Vambéry, profesor de la Universidad de Buda-Pest; versión española por D. José de Caso, profesor en la Universidad de Madrid y en la Institución Libre de Enseñanza.

La narración está hecha con verdadero fervor patriótico y con más deseo de despertar las simpatías que de satisfacer las investigaciones críticas de lo pasado; con lenguaje tan animado como lleno de entusiasmo nacional, por lo cual la obra que damos á conocer agrada é instruye de un modo admirable. — *Nation* (New York).

Tan apropiado encontramos el asunto, como al escritor en la popular Historia de Hungría publicada por M. Vambéry. — *Saint James's Gazette*.

Es uno de los volúmenes más interesantes de tan útil Biblioteca. — *Times*.

El Imperio de Alejandro, por Juan Pentland Mahaffy, autor de *La Historia de Grecia desde Homero hasta Menandro*, versión española por el Excmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, Director y catedrático de la Escuela superior de Diplomática é individuo de número de las Reales Academias de la Historia y de San Fernando.

Todo lo que realmente es digno de conocerse acerca de esta región, nos lo ha revelado, con mucha habilidad, Mr. Benjamin.—*Scotsman*.

Mr. Benjamin ha escrito un libro que tiene los atractivos de la novela.—*Newcastle Daily Leader*.

Persia, por S. G. W. Benjamin, Ministro que ha sido de los Estados Unidos en Persia.

Todo lo que realmente es digno de conocerse acerca de esta región, nos lo ha revelado, con mucha habilidad, Mr. Benjamin.—*Scotsman*.

Mr. Benjamin ha escrito un libro que tiene los atractivos de la novela.—*Newcastle Daily Leader*.

Alemania, por S. Baring-Gould, autor de los *Mitos curiosos de la Edad Media*.

Mr. Baring-Gould hace su variada narración con tanta inteligencia y perspicacia, que puede ser considerado como dueño absoluto del asunto.—*Globe*.

Obtendrá éxito seguro.—*Athenaeum*.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: En la Administración de EL PROGRESO EDITORIAL, Reina, 35, en las principales librerías y centros de suscripción.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR: En casa de nuestros Corresponsales.

NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

LA TIERRA Y LOS HOMBRES

POR

ELISEO RECLUS

TRADUCCIÓN POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO COELLO

Y POR EL

ILMO. SR. D. MARTÍN FERREIRO

Esta obra, cuyo segundo título LA TIERRA Y LOS HOMBRES es el que más fielmente corresponde á su interesante contenido, ha adquirido en poco tiempo fama universal, como lo pregonan el hecho por demás elocuente de estar apareciendo, á la vez que la española, las traducciones rusa, inglesa é italiana.

Publicase por entregas de **ocho páginas** de todo lujo, que iguala y supera en ocasiones al de la edición francesa, cuesta **25 céntimos de peseta** en toda España. Los señores suscriptores reciben semanalmente un cuaderno de cuatro entregas, ó sea **32 páginas**, por el precio de **UNA PESETA**.

Además de los dibujos, mapas y planos intercalados con profusión en el texto, se repartirán por separado algunos mapas en colores y láminas sueltas, tiradas en papel especial. Esta Casa Editorial facilitará á los suscriptores, por un precio módico, las cubiertas para la encuadernación, cuyo dibujo ha terminado ya el renombrado artista Sr. Mélida.

Puntos de suscripción.— MADRID: En las principales librerías y centros de suscripción, y en la Administración de EL PROGRESO EDITORIAL, *calle de la Reina, núm. 35*.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR: En casa de nuestros Corresponsales, ó bien dirigiéndose á esta Administración.

HISTORIA GENERAL
DE ESPAÑA

ESCRITA POR INDIVIDUOS DE NÚMERO

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

bajo la dirección del

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

DIRECTOR DE LA MISMA ACADEMIA

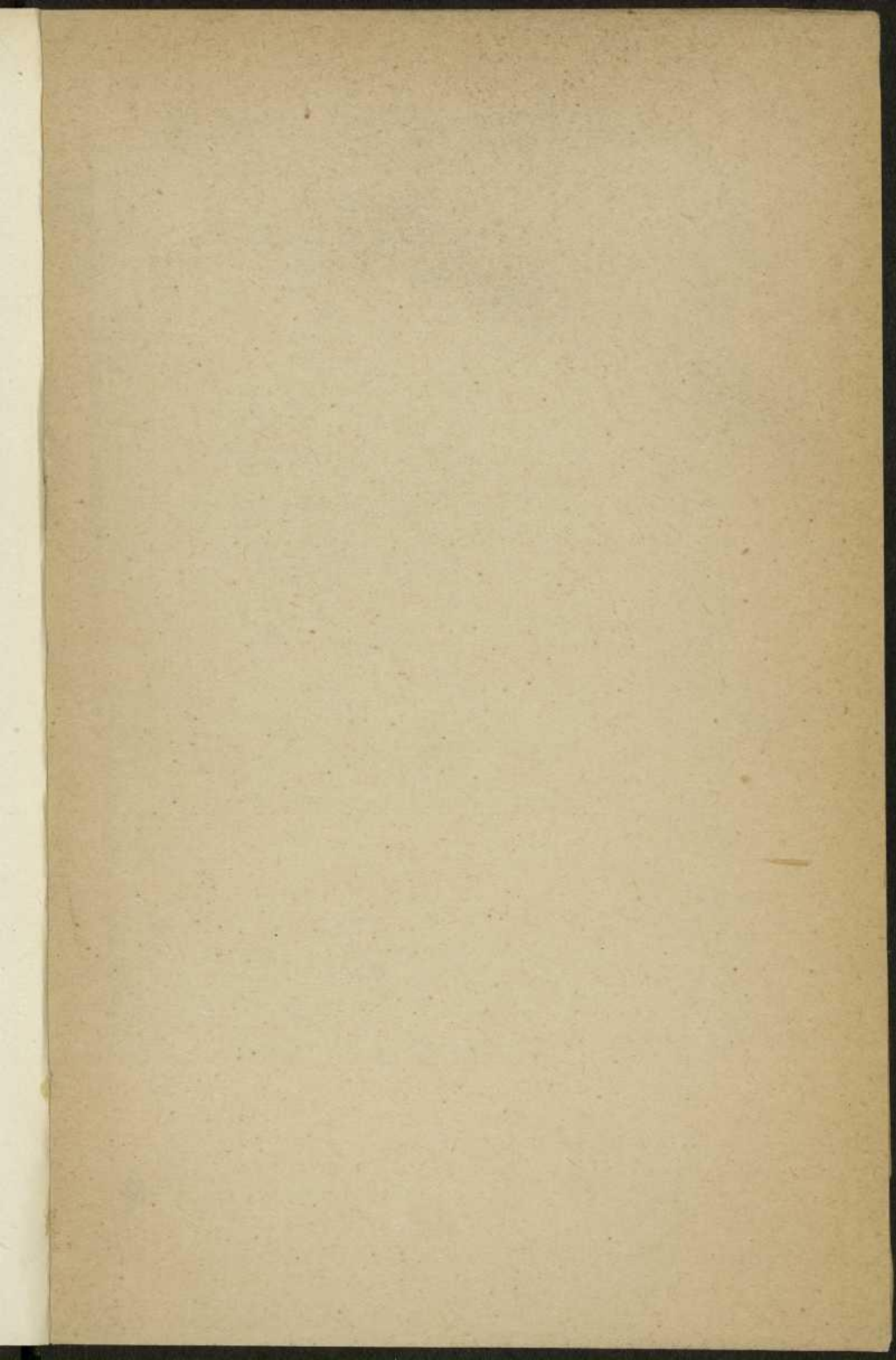
CONDICIONES DE LA PUBLICACIÓN

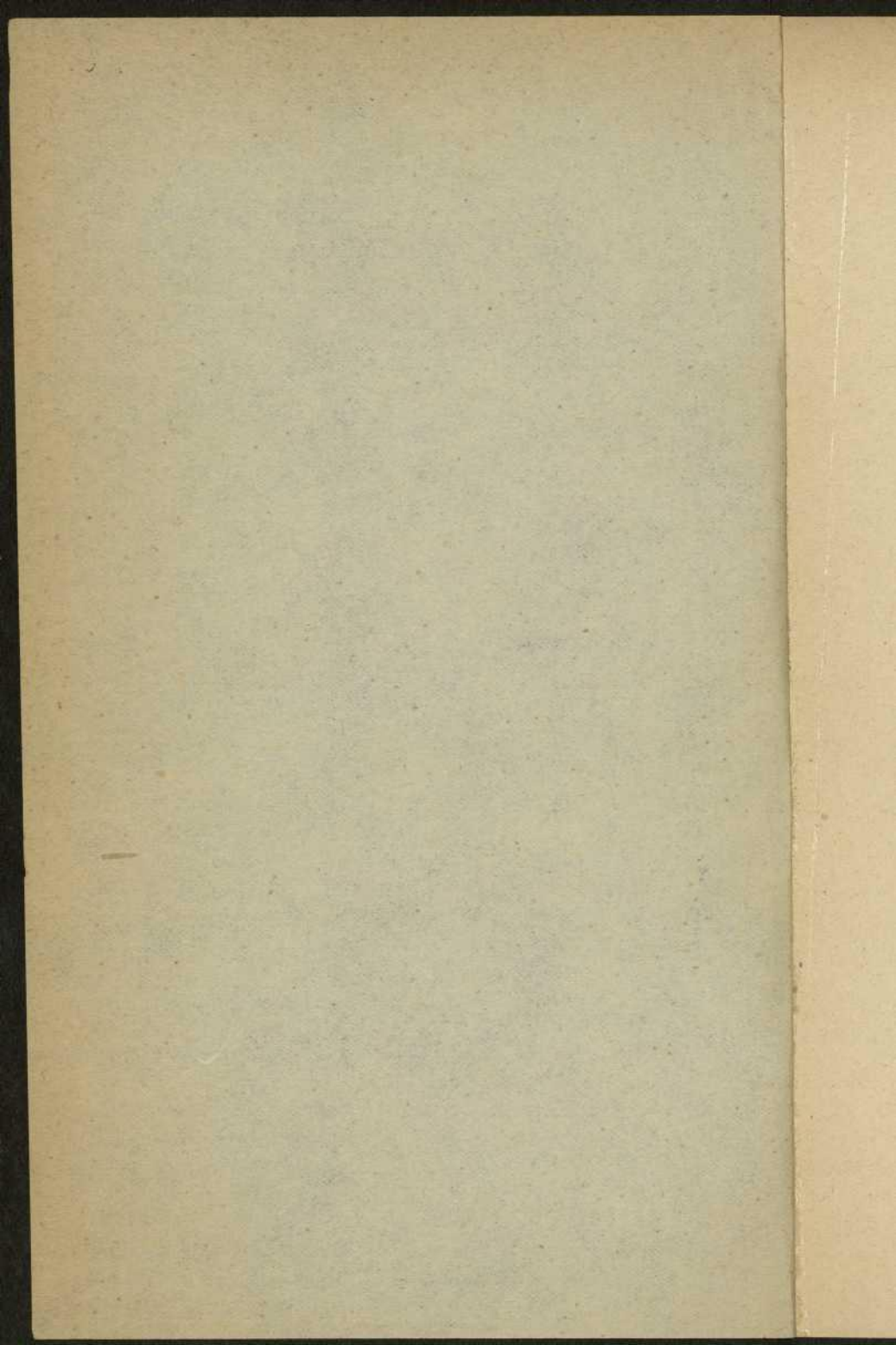
Poco hay que decir de sus condiciones científicas. El conocimiento cada vez más exacto y completo de las fuentes y el nuevo concepto de la Historia, reducida hasta ahora entre nosotros á la historia externa ó política, han demostrado la urgente necesidad de rehacer la de nuestro país, acometiendo el estudio de las costumbres, tradiciones, lengua, religión, monumentos, artes, industrias, etc., cuanto se comprende hoy bajo la denominación de historia interna de un pueblo.

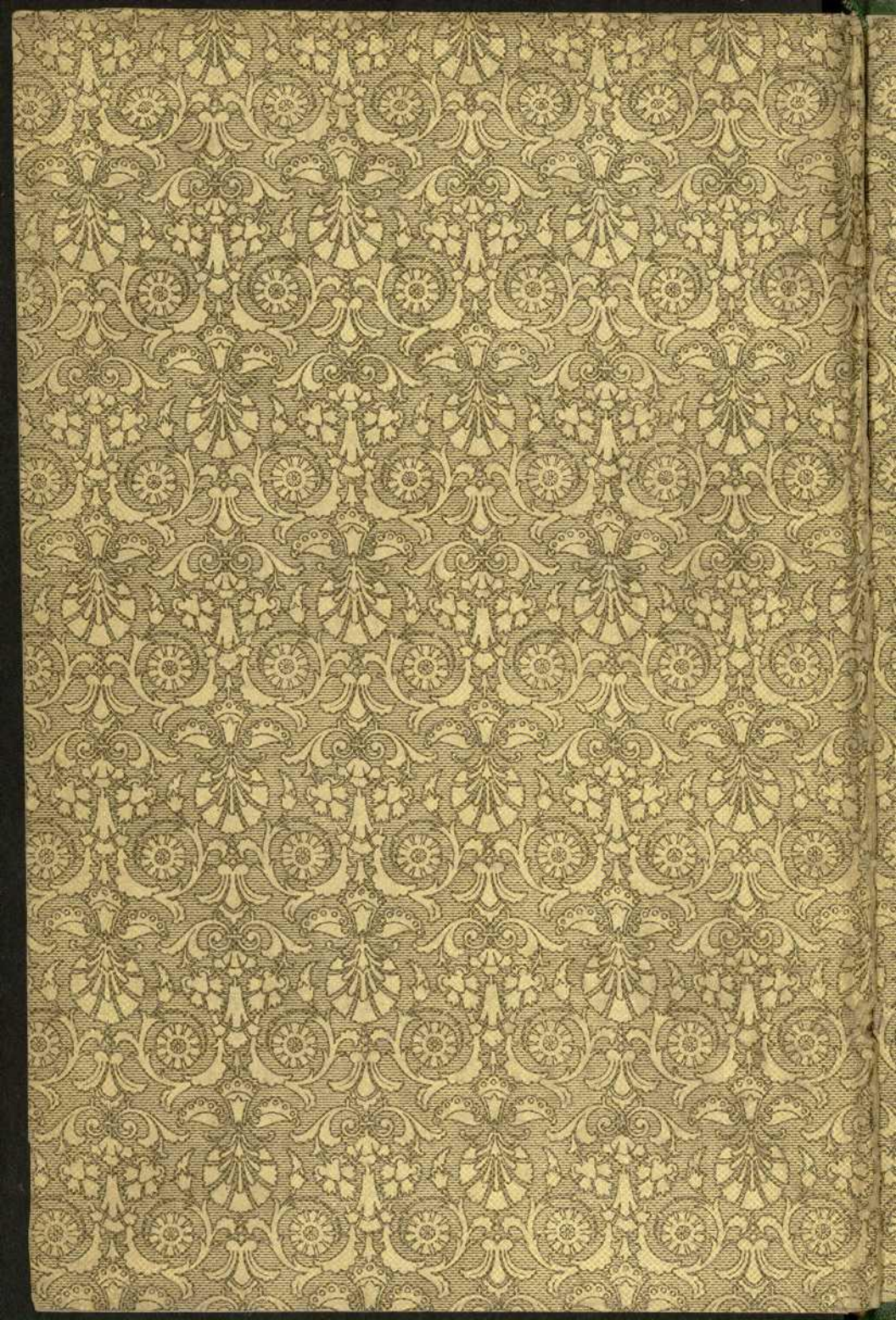
Á satisfacer esta necesidad responde la publicación de la HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, que anunciamos al público, y cuyo valor como obra científica garantizan la respetabilidad de la Corporación que ha tomado á su cargo la empresa y el nombre ilustre de su Director D. Antonio Cánovas del Castillo.

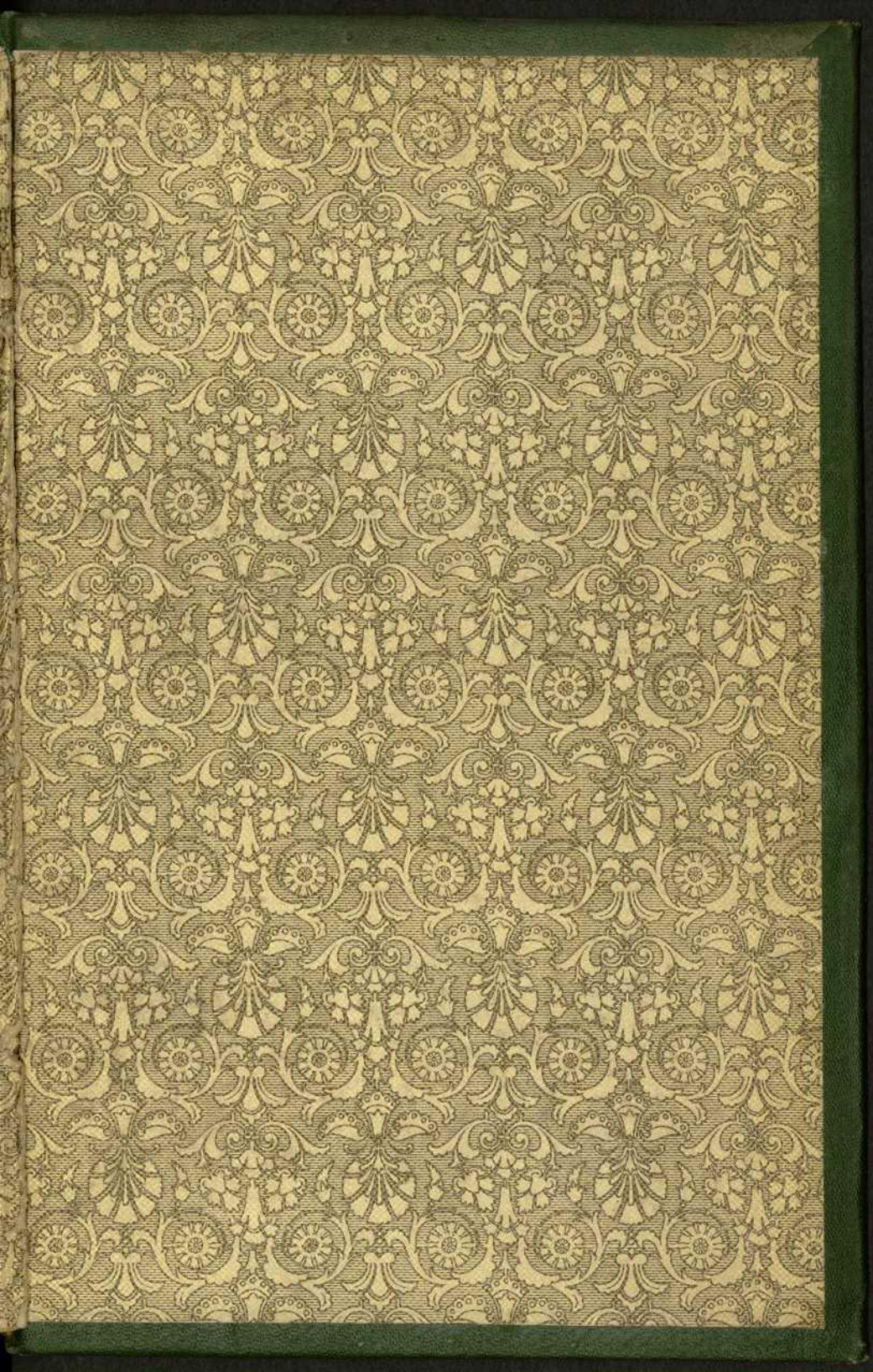
La obra va ilustrada con grabados, y ha empezado á publicarse por cuadernos al precio de **UNA PESETA**, constanding cada uno de **40** páginas de texto.

DE BEYNA











HISTORIA
DE
LAS
NACIONES



RAGOZIN

14.905